

William Faulkner

Una fábula



Lectulandia

Ésta es la verdadera historia del soldado desconocido que está enterrado en el Arco de Triunfo de París, contada por William Faulkner. Su mujer se llamaba Magda. Lo fusilaron entre dos ladrones. Resucitó. Era cabo de un regimiento francés que en la guerra de 1918 se negaba a atacar al enemigo, en un imposible intento de aplicar los principios del pacifismo en pleno campo de batalla. *Una fábula*, que se publicó por primera vez en 1954 y fue galardonada con el premio Pulitzer, es una de las grandes novelas de William Faulkner; y una de las visiones más cínicas, despiadadas y lúcidas que del mundo y la guerra se han dado nunca.

Lectulandia

William Faulkner

Una fábula

ePub r1.1

Epicureum 29.03.14

Título original: *A Fable*
William Faulkner, 1954
Traducción: José Luis López Muñoz
Diseño de cubierta: María Pérez-Aguilera

Editor digital: Epicureum
ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

Para mi hija, Jill

A William Bacher y Henry Hathaway, de Beverly Hills, California, a quienes debo la idea primera de la que creció este libro hasta su forma actual; a James Street, el autor de la obra *Look Away* en donde leí la historia del ahorcado y del pájaro; y a Hodding Carter y Ben Wasson, de la Levee Press, que publicaron en una edición limitada la versión original de la historia del caballo robado, en testimonio de mi viva gratitud.

Miércoles

Mucho antes de que en los cuarteles del interior de la ciudad y en los campamentos que la rodeaban sonaran las primeras cornetas, la mayoría de la población estaba ya despierta. No fue necesario que abandonaran las colchonetas de paja ni los delgados jergones de las casas de vecindad semejantes a colmenas, porque, a excepción de los niños, muy pocos se habían acostado. Habían permanecido apiñados, en una vasta hermandad muda de temor y ansiedad, en torno al mezquino fuego de braseros y hogares, hasta que finalmente se consumió la noche y comenzó un nuevo día de ansiedad y de temor.

El regimiento, creado en aquel distrito, fue reclutado en persona por uno de los gloriosos bribones que llegaron a ser mariscales de Napoleón, quien, junto con su unidad, se convirtió en una de las estrellas más rutilantes de la constelación que llenó el firmamento con sus prodigios y destruyó a medio planeta con sus relámpagos. Casi todos los sucesivos reemplazos habían salido del mismo distrito, por lo que, además de que la mayor parte de los ancianos y de los niños o habían sido ya soldados suyos o lo serían en el futuro, todos los habitantes de la ciudad eran padres y familiares, no sólo de los hombres condenados, sino padres y madres y hermanas y esposas y novias, cuyos hijos y hermanos y esposos y padres y amantes podrían haber estado entre los condenados de no ser por pura suerte y ciega casualidad.

Antes incluso de que muriera el eco de las cornetas, las conejeras de los alrededores los estaban vomitando ya. Un aviador francés, británico o estadounidense (o alemán, por qué no, en el caso de que tuviera la temeridad o la suerte) podría haberlo presenciado mejor que nadie: chozas y viviendas vaciándose en callejas, travesías e innominados callejones sin salida, y callejas y travesías y callejones convirtiéndose en calles, de modo que los hilos de agua se hicieron arroyos y los arroyos ríos, hasta que la ciudad entera dio la impresión de derramarse por los amplios bulevares que convergían, como radios de una rueda, hacia la plaza del *Hôtel de Ville*, llenándola, para después, impulsados por el volumen de su propio amontonamiento, de su fluir, como una ola que se distiende, llegar hasta las vacías puertas del *Hôtel de Ville*, donde los tres centinelas de las tres naciones combatientes flanqueaban las tres astas vacías a la espera de las tres banderas.

Allí la multitud se tropezó con las primeras tropas —un cuerpo de la guarnición de caballería, desplegado a la entrada del amplio bulevar principal que llevaba desde la plaza del *Hôtel de Ville* hasta la antigua puerta de lo que fuera en otro tiempo muralla oriental de la ciudad—, que la estaban esperando ya, como si el rumor del comienzo de la inundación la hubiera precedido, entrando incluso en el dormitorio del alcalde. Pero la multitud hizo caso omiso de la caballería. Siguió empujando hacia

la plaza, avanzando más despacio y deteniéndose ya, debido a su mismo peso y volumen, estremecida y agitada constantemente, con débiles movimientos dentro de su propia masa, mientras contemplaba, perpleja y paciente bajo la luz del alba, la puerta del *Hôtel de Ville*.

Luego el cañonazo que saludaba el amanecer resonó con estrépito desde la antigua fortaleza que dominaba la ciudad; las tres banderas surgieron simultáneamente de la nada y treparon por las tres astas. Aún seguía amaneciendo mientras aparecían, trepaban y se situaban en lo alto. Pero cuando ondearon con la primera brisa matutina, lo hicieron iluminadas por el sol, exhibiendo los tres colores comunes: el rojo del valor y el orgullo, el blanco de la pureza y la constancia, y el azul del honor y la verdad. A continuación el bulevar, situado detrás de la caballería y aún vacío, se llenó repentinamente de sol, arrojando sobre la multitud, como si se dispusieran a iniciar una carga, las alargadas sombras de jinetes y caballos.

Aunque, en realidad, era la gente quien avanzaba hacia la caballería sin hacer ruido alguno. Su movimiento resultaba casi ordenado, sencillamente irresistible gracias a la unanimidad de sus frágiles componentes, semejante a la unanimidad de una ola en sus gotas. Durante unos instantes la caballería —estaba presente un oficial, aunque quien parecía mandar era un sargento mayor— no hizo nada. Luego el sargento gritó. No era una orden, porque la tropa no se movió. El grito sonó en realidad como si no fuese nada en absoluto, ininteligible; un tenue sonido desamparado suspendido en el aire durante un fugaz instante como uno de los débiles gritos musicales, sin origen aparente, de las altas alondras invisibles que ya llenaban el cielo por encima de la ciudad. La siguiente exclamación del sargento fue una orden. Pero era demasiado tarde; la multitud ya había desbordado a los soldados, irresistible en su humildad, pasiva e invencible, acercando la fragilidad de su carne y de sus huesos, casi distraídamente, a la órbita metálica de herraduras y sables con una indiferencia humilde y pasivamente despreciativa, como mártires que entran en el foso de los leones.

La caballería resistió aún un momento más. Y ni siquiera entonces cedió. Simplemente, empezó a moverse hacia atrás sin dejar de mirar hacia adelante, como si la hubieran levantado a pulso: los ojos en blanco de los caballos, muy tirantes las riendas, los rostros de los jinetes, reducidos de tamaño por la altura, abiertas las bocas en gritos insignificantes bajo los sables enarbolados, todos moviéndose hacia atrás como las efigies marciales de un palacio o una mansión o un museo destruidos, arrastradas por la avalancha que ha convertido en ruinas instantáneas las criptas de piedra de su gloriosa intimidación. Luego el oficial a caballo se liberó. Por un instante dio la impresión de ser el único que se movía, porque sólo él permanecía quieto por encima de la multitud que ya se dividía y lo desbordaba por ambos lados. Enseguida se puso de verdad en movimiento, hacia adelante, el caballo muy corto de riendas,

sujeto con mano de hierro, hasta alcanzar y atravesar la multitud en marcha; alguien lanzó un grito desde debajo del caballo —un niño, una mujer, tal vez una voz de varón aflautada por el miedo o el dolor— mientras el oficial se abría paso, haciendo fintas y quiebros con el animal a través del río humano que no hacía el menor esfuerzo por evitarlo, que aceptaba el caballo como el agua acepta el empuje de la proa. Desapareció enseguida. Acelerando la marcha, la multitud se derramó por el bulevar. Apartó a la caballería y lo llenó todo, eclipsando al pasar las calles laterales como un río desbordado hace desaparecer a sus tributarios, hasta que, finalmente, también el bulevar no fue más que un denso lago agitado y mudo.

Pero ya antes de todo aquello había llegado la infantería, saliendo de la plaza del *Hôtel de Ville*, a espaldas de la multitud, mucho antes de que el oficial de caballería hubiera podido informar al oficial de jornada, quien tendría que haber enviado al ordenanza, quien a su vez habría llamado al asistente, quien habría interrumpido las abluciones y el afeitado del ayudante, quien habría despertado al alcalde de la ciudad para que con el gorro de dormir todavía puesto, telefonara o enviase un correo al comandante de infantería de la fortaleza. Fue todo un batallón, armado aunque sin petates, lo que salió en columna cerrada, precedido por un carro de combate ligero dispuesto para entrar en acción, y que, al avanzar, fue dividiendo la multitud como un quitanieves, arrojando la masa dividida a ambos lados, mientras la infantería se desplegaba en dos filas paralelas tras el carro de combate en movimiento, hasta que finalmente todo el bulevar, desde la plaza hasta la antigua puerta, estuvo de nuevo limpio y vacío entre las dos delgadas hileras de entrelazados fusiles con la bayoneta calada. En un punto detrás del dique de bayonetas se produjo un ligero revuelo, pero sin extenderse más allá de tres metros, y sólo quienes estaban muy cerca supieron que algo había sucedido o estaba sucediendo. Y cuando el sargento de un pelotón se agachó bajo los fusiles entrelazados y se abrió camino hasta allí, tampoco había mucho que ver: sólo el desmayo de una joven, de una muchacha delgada, vestida pobremente. Una muchacha que seguía tumbada donde había caído: un exiguo montón de ropa raída, manchada, como si hubiera venido desde muy lejos, probablemente a pie como principal medio de transporte, o en carros de campesinos, ocupaba el estrecho espacio en forma de tumba que le habían hecho para que cayera y, si tal había sido su intención, muriese allí, mientras que quienes al parecer no le habían dejado sitio para que estuviera de pie y pudiera respirar, la miraban ya tranquilamente, sin tomar ninguna decisión, como suele hacer la gente hasta que alguien —el sargento en este caso— se pone en movimiento.

—Levántenla, por lo menos —dijo con ferocidad—. Retírenla de la calle y llévenla a un sitio donde no la pisoteen.

Uno de los presentes empezó a moverse, pero cuando el sargento y él se agacharon la mujer abrió los ojos y trató incluso de colaborar mientras el sargento la

incorporaba sin brusquedad, tan sólo impaciente por la sempiterna ineptitud, que todo lo complica estúpidamente, de los civiles, de manera especial en aquella ocasión, porque le obligaba a permanecer lejos de su puesto.

—¿Con quién iba? —preguntó.

No obtuvo respuesta de los inmóviles rostros atentos. Al parecer, tampoco la esperaba. Estaba mirando a su alrededor, aunque probablemente había visto ya que sería imposible sacarla de entre la multitud, incluso aunque alguien se hubiera ofrecido a hacerse cargo de ella. La examinó por segunda vez y empezó a hablar de nuevo, interpeándola, pero se detuvo, furioso y reprimiéndose: era un corpulento individuo de unos cuarenta años, con bigotes de bandido siciliano y en la guerrera (cuya reglamentaria longitud Napoleón había acertado seis o siete centímetros cien años antes, como César había acertado la de los italianos y Aníbal la de los innominados pedestales de su gloria) los distintivos por sus hechos de armas y sus campañas en tres continentes y dos hemisferios; un esposo y padre que hubiera debido ser (quizá incluso hubiera podido y habría sido) guardián de barricadas de vino en Les Halles de París, si él y Les Halles hubieran coincidido en otro momento. Miró de nuevo a los rostros pacientes.

—¿No hay nadie...?

—Tiene hambre —dijo una voz.

—De acuerdo —dijo el sargento—. ¿Hay alguien que...?

Pero la mano había ofrecido ya el pan. Era el extremo de una barra, manchado y hasta un poco tibio por el calor del bolsillo que lo albergaba. El sargento lo tomó. Pero cuando se lo ofreció a la muchacha, ésta lo rechazó, muy de prisa, mirando a su alrededor como si estuviera buscando una escapatoria, al mismo tiempo que su rostro, sus ojos, reflejaban algo semejante al miedo. El sargento le puso el pan en las manos.

—Tómelo —le dijo bruscamente, con una aspereza que no era mal humor sino sólo impaciencia—. Cómaselo. Tendrá que quedarse aquí a verle, tanto si quiere como si no.

Pero la muchacha se negó de nuevo, repudiando el pan; no el don sino el pan mismo, y no a quien se lo había ofrecido, sino a sí misma. Era como si estuviera tratando de evitar que sus ojos se fijasen en el pan y, al mismo tiempo, se supiera incapaz de lograrlo. Y acabó rindiéndose cuando todavía la estaban mirando. Los ojos, todo el cuerpo, rechazaron la negativa de la boca: los ojos devoraban ya el pan antes de que extendiera las manos para tomarlo, arrebatándose al sargento y acercándose a la boca con las dos manos como para ocultárselo a un posible ladrón o para disimular su voracidad a quienes la contemplaban, mordisqueándolo como podría hacerlo un roedor: los ojos en continuo movimiento por encima de las manos ocultadoras, no del todo furtivos, no del todo secretos, tan sólo ansiosos, vigilantes y aterrados, con un algo que brillaba y desaparecía y luego brillaba de nuevo como un

ascua en la que se soplara. Pero ya estaba bien, y el sargento había empezado a darse la vuelta cuando la misma voz habló de nuevo. Perteneía sin duda a la mano que había ofrecido el pan, aunque si el sargento se dio cuenta no lo demostró en absoluto. Pero advirtió desde luego que el rostro no tenía nada que hacer allí, en aquel momento, en aquel sitio: ni en Francia, ni a cuarenta kilómetros del frente occidental, ni en aquél ni en ningún otro miércoles de finales de mayo de 1918; un individuo no demasiado joven ya, pero sí de aspecto juvenil, y ello no sólo como contraste con los otros hombres, entre los que se hallaba (más que «entre» habría que decir «por encima»; tan alto era, tan sin las imperfecciones de los otros), vigoroso y erguido y de aspecto descansado, con un blusón desteñido y pantalones ásperos y zapatos manchados, como un peón caminero o quizá un albañil, quien, para estar allí, en aquel día y en aquel lugar de la tierra, tenía que haber sido un soldado licenciado por invalidez permanente desde el cinco de agosto de hacía ya casi cuatro años, pero que, si tal era el caso, no lo demostraba en absoluto, y si el sargento se percató de ello o lo pensó, tan sólo hubo un brillo momentáneo en su mirada que lo revelara. La primera vez que el individuo habló se había dirigido a él; la segunda, al sargento no le cupo ya la menor duda.

—Pero ahora ya ha comido pan —dijo el otro—. Con ese bocado, debería haber comprado la inmunidad contra la angustia, ¿no es cierto?

El sargento, de hecho, se había dado la vuelta, estaba ya en movimiento, cuando la voz, el murmullo, lo detuvo; un murmullo no tanto amable como tranquilo, no tanto indeciso como suave y, por encima de cualquier otra cualidad, inocente: de manera que en el segundo, en el instante de pausa antes de que empezara siquiera a volverse, el sargento pudo ver, sentir, todos los rostros tranquilos y atentos que no lo observaban a él, ni tampoco a quien acababa de hablar, sino que parecían contemplar algo impalpable que la voz del otro había creado en el aire que los separaba. Luego el sargento lo vio también. Era el uniforme que llevaba. Al volverse para mirar, no sólo a quien había hablado sino a todos los rostros que lo rodeaban, tuvo la impresión de contemplar —a través de una especie de tristeza, de pesadumbre obsesionante, prolongada y omnisciente, tanto tiempo padecida y convertida en costumbre que, ahora, cuando se le ocurría recordarla, no era ya ni siquiera con pesar— a toda la raza humana del otro lado de la insuperable barrera de la vocación y modo de vida a la que él, veinte años antes, no sólo se había dedicado sino a la que había entregado también su vida y, junto con la vida, los huesos y la carne; le pareció que todo el círculo de rostros tranquilos y atentos estaba teñido de un débil color azul horizonte reflejado e indeleble. Siempre había sido así; sólo la tonalidad había cambiado: el pardo y blanco del desierto y de los trópicos, el intenso rojo y azul del viejo uniforme y, desde hacía tres años, el azulado camaleón del actual. El sargento lo había esperado, no sólo esperado sino aceptado, renunciando a la volición y al miedo al hambre y a la

decisión, hasta el punto de contar incluso con una paga asegurada por el privilegio y el derecho —sin otro compromiso que obedecer y exponer y arriesgar su tierna carne y sus frágiles huesos— a la inmunidad definitiva frente a sus apetitos naturales. De manera que por espacio de veinte años había contemplado a los anónimos habitantes del mundo civil desde el aislamiento, desde la insularidad de aquella inmunidad indiscutible, con algo semejante al desprecio por su condición de extranjeros intrusos, desprovistos de derechos, tolerándolos simplemente, él y los suyos, entretejidos y entrelazados en la inexpugnable fraternidad del valor y del aguante, abriéndose camino a través de ellos detrás de la afilada proa cortante de sus galones y fajas y estrellas y condecoraciones, como un buque de guerra (o, desde hacía ya un año, un carro de combate) a través de un banco de peces. Pero ahora había sucedido algo. Al contemplar los rostros expectantes (todos menos la muchacha; ella era la única que no lo miraba, la corteza de pan todavía pegada a la boca masticante entre las delicadas manos manchadas de tierra, de manera que no era sólo él, sino los dos, él y la muchacha sin nombre ni familia, quienes parecían hallarse en un estrecho pozo de respiraciones contenidas), le pareció, con algo semejante al terror, que el extranjero era él, y no sólo extranjero sino obsoleto; que en aquel día, veinte años atrás, a cambio del derecho y la posibilidad de llevar en la pechera de su guerrera las simbólicas insignias del valor y el aguante y la fidelidad y la angustia y el sacrificio corporales, hubiera vendido en realidad el derecho a formar parte de la raza humana. Pero no lo dejó traslucir. Los galones mismos eran la razón de que no pudiera hacerlo y llevarlos la prueba de que no lo haría.

—¿Y bien? —preguntó.

—Ha sido todo el regimiento —dijo el hombre alto como en sueños, con entonación varonil, amable, casi un simple murmullo, como si reflexionara en voz alta—. Como un solo hombre. A las cero horas, nadie salió de la trinchera, a excepción de los oficiales y unos cuantos suboficiales. ¿Ha sido así, no es cierto?

—¿Y bien? —repitió el sargento.

—¿Por qué no han atacado los boches —dijo el hombre alto— al ver que nosotros no avanzábamos, al comprobar que pasaba algo con el ataque? ¿Que el fuego graneado había funcionado bien y lo mismo la preparación artillera, pero que cuando cesaron y llegó el momento del ataque, únicamente salieron de las trincheras los jefes de sección, sin que la tropa se moviera? Tienen que haberlo visto, ¿no es cierto? Si te has pasado cuatro años a menos de mil metros del enemigo, ves cuándo un ataque falla y probablemente también sabes por qué. Y no me puede usted decir que ha sido por el fuego de la artillería, porque ésa es la primera razón para salir de las trincheras y atacar: abandonar el sitio que alguien está bombardeando; en ocasiones, incluso, los de tu mismo bando, ¿no es cierto?

El sargento sólo miraba al hombre alto; no necesitaba hacer nada más, porque

sentía a los otros: los rostros tranquilos, atentos, de personas que respiraban pausadamente, escuchando, sin perderse nada.

—Un mariscal de campo —dijo el sargento con tono amargo y despreciativo—. Quizá ya va siendo hora de que alguien se interese por ese uniforme que lleva —extendió la mano—. Vamos a echarles una mirada.

El hombre alto lo miró con calma desde arriba un momento más. Luego su mano desapareció en algún sitio por dentro del blusón y reapareció ofreciendo sus papeles, con varios dobleces, manchados, polvorientos y muy manoseados. El sargento los tomó y los desdobló. Pero incluso entonces no dio la impresión de estar examinándolos, sino que recorrió de nuevo, rápidamente, los rostros inmóviles y atentos mientras el hombre alto seguía mirándolo desde arriba, tranquilo y a la espera, hasta que volvió a hablar, remoto, con mucha calma, casi distraído, como limitándose a dar conversación:

—Y ayer al mediodía todo nuestro frente se paró con la excepción de algunos disparos simbólicos de la artillería, un cañón por batería cada diez mil metros, y a las quince horas también se pararon los británicos y los americanos, y cuando todo estuvo en silencio se oyó que los boches hacían lo mismo, de manera que ayer, a la puesta de sol, no había en Francia más fuego de artillería que los disparos de pura representación, ya que tenían que prolongarlos un poco más, porque todo ese silencio, cayendo de repente del cielo sobre la raza humana después de cuatro años, podía haberla destruido... —rápidamente, con un solo movimiento, el sargento volvió a doblar los papeles y extendió el brazo hacia el hombre alto, o al menos dio esa impresión, si bien, antes de que el otro pudiera recuperarlos, la mano del sargento había agarrado la parte delantera del blusón, fundiendo el rebujo de papeles y la masa apretada de tela áspera, zarandeándolos, aunque en realidad no fue el hombre alto quien se movió sino el sargento, su rostro de bandido siciliano pegado al del otro, la boca abierta, mostrando los dientes cariados y ennegrecidos, disponiéndose a hablar, aunque sin poder hacerlo porque el otro aún seguía hablando con el mismo murmullo tranquilo, sin precipitación alguna—. Y ahora el general de división Gagnon los trae a todos aquí para pedirle al generalísimo que le permita fusilarlos, dado que tanta paz y tanto silencio, cayendo sin previo aviso sobre la raza humana...

—Ni siquiera un mariscal de campo —dijo el sargento con voz colérica, llena de agitación—: Un abogado —añadió, en un furioso murmullo cortante, sin levantar la voz más que el otro, murmullo que los rostros atentos e inmóviles que los rodeaban dieron la sensación de no escuchar, incluso de no oír, del mismo modo que no habían escuchado ni oído al otro mientras hablaba, como tampoco la joven, que aún seguía royendo sin pausa la corteza de pan protegida con las dos manos, tan sólo contemplándolos, absortos e indiferentes como los sordos—. Pregunta a los hijos de perra que vienes a ver pasar si creen que alguien se ha rendido.

—Eso también lo sé —dijo el otro—. Acabo de decirlo. Ha visto usted mis papeles.

—También los va a ver la policía militar —dijo el sargento, y con un brusco empujón, que no consiguió mover al otro, sino apartarlo a él, se dio la vuelta, todavía apretando los papeles arrugados y utilizando al mismo tiempo codos y manos para abrirse camino hacia el bulevar; luego se detuvo otra vez de repente, alzó la cabeza y, mientras los espectadores lo contemplaban, dio la sensación de levantar todo el cuerpo para mirar por encima y más allá de la multitud de cabezas y rostros, en dirección a la antigua puerta de la ciudad. A continuación todos lo oyeron, no sólo el sargento que ya se estaba agachando para pasar bajo los fusiles entrelazados, sino hasta la joven, que incluso dejó de masticar detrás de las manos que protegían el pan para escuchar también, cuando, al unísono, las cabezas y los cuerpos amontonados se desentendieron de ella para volverse hacia el bulevar, y no porque hubiera sido superficial la impresión producida por su problema y el espectáculo de su alivio, sino a causa del sonido que, como un viento que empieza a soplar, se acercaba ya, procedente de la puerta antigua de la ciudad. Con la excepción de los gritos de mando de los jefes de sección de la infantería desplegada a lo largo de las aceras, no era tanto un sonido de voces como un suspiro, una emisión de aire que se repetía de pecho en pecho, bulevar arriba. Era como si la ansiedad de la noche, inmóvil durante algún tiempo bajo el simple peso de la espera, una vez que el nuevo día se disponía a revelar la realidad que en la oscuridad de la noche sólo había sido un temor, se estuviera acumulando para pasar sobre ellos, como el mismo nuevo día, formando una gran ola cegadora en el momento en que entró en la ciudad el primer automóvil.

En él viajaban los tres generales. Avanzaba deprisa, tan deprisa que los gritos de los jefes de sección, y el ruido de los fusiles cuando cada sección presentaba armas y el nuevo estruendo cuando volvían a la posición de descanso, no sólo eran continuos sino que se superponían, de manera que el automóvil parecía progresar sobre un prolongado estruendo metálico como sobre alas invisibles con plumas de acero. Un largo y polvoriento vehículo abierto, pintado como un destructor, que enarbolaba el estandarte del comandante supremo de todos los ejércitos aliados, los tres generales sentados codo con codo en el asiento de atrás en medio de un rígido centelleo de ayudantes —los tres ancianos que ostentaban el mando separado de cada uno de los tres ejércitos y el que de los tres, por consentimiento y acuerdo mutuo, poseía el mando supremo sobre todos (y, por aquel motivo y con aquel derecho, sobre todo lo situado debajo, encima y sobre la enloquecida mitad del continente): el británico, el estadounidense y, entre los dos, el generalísimo, el hombrecillo gris con un rostro que dejaba traslucir prudencia, inteligencia y escepticismo, alguien que no creía ya en nada que no fuera su desilusión, su inteligencia y su poder sin límites— que atravesó como un relámpago el asombro aterrado y estupefacto, para desaparecer de

inmediato, mientras los jefes de sección gritaban de nuevo y las botas y los fusiles regresaban con estrépito a la posición de alerta.

Los camiones venían inmediatamente después. También deprisa, en columna cerrada, y en apariencia inacabable, puesto que se trataba de todo el regimiento. Pero todavía faltaba la manifestación unánime, definida, humana, ni siquiera la brusca exclamación del saludo, sino el simple removerse, las ondas de movimiento dentro de la multitud, dejando pasar el primer camión en medio de un silencio todavía lleno de espanto y todavía incrédulo, un silencio en el que la angustia y el terror parecían salir al encuentro de cada camión que se acercaba, rodeándolo mientras pasaba y siguiéndolo cuando se alejaba veloz, quebrado sólo de tanto en tanto cuando alguien —una mujer— lanzaba un grito a uno de los rostros transeúntes; un rostro que, debido a la velocidad del camión, ya había pasado y desaparecido antes de que el reconocimiento fuera un hecho, y el rugido del camión siguiente ya lo había ahogado antes de que el reconocimiento se hiciera grito, de manera que los camiones parecían ir más deprisa aún que el automóvil, como si este último, con medio continente tendido delante de su capó, poseyera el don del ocio, mientras que los camiones, cuya distancia hasta su destino podía calcularse ya en segundos, sólo contarán con el acicate de la vergüenza.

Los camiones, descubiertos, con altos costados de tablas, como para el transporte de animales, estaban repletos de hombres inmóviles, semejantes a ganado, la cabeza descubierta, desarmados, con la suciedad y el polvo del frente, con un algo desesperado y desafiante en los rostros insomnes y sin afeitar que miraban con fiereza a la multitud como si no hubieran visto nunca seres humanos, o no pudieran ver ahora a aquellos con los que se cruzaban o, al menos, fuesen incapaces de reconocerlos como seres humanos. Eran como rostros de sonámbulos volviendo la vista hacia atrás entre pesadillas, sin reconocer a nadie ni tampoco cosas familiares, mirando con fiereza a través del irrevocable instante fugitivo como si los condujeran a toda prisa a su ejecución, como relámpagos, en rápida sucesión y curiosamente idénticos, no a pesar de que cada uno poseyera individualidad y nombre, sino precisamente por ello; idénticos no por una idéntica condena, sino porque cada uno aportaba a la ruina común un nombre y una individualidad, y la más completa de las intimidades: la capacidad para esa soledad en la que todo ser humano ha de morir; a velocidad de relámpago, como si no se percataran, como si no participaran ni les interesasen la violencia y la velocidad con la que se movían o en la que se movían rígidamente, como fantasmas o aparecidos o quizá figuras sin relieve cortadas en hojalata o cartón y arrojadas precipitadamente en violenta repetición sobre un escenario preparado para una pantomima de angustia y fatalidad.

Y enseguida se oyó un sonido múltiple: débiles gritos que se iniciaron en algún lugar de la plaza del *Hôtel de Ville*, adonde debía de estar llegando el primer camión.

Eran gritos agudos, adelgazados por la distancia, largos, no vengativos sino desafiantes y, al mismo tiempo, con un extraño componente impersonal, como si las bocas de las que surgían no los emitieran, no los produjeran, sino, simplemente, se limitaran a pasar por ellos como a través de un repentino chaparrón primaveral, ruidoso pero inofensivo. En realidad procedían del *Hôtel de Ville*, por donde pasaban ya los primeros camiones, y donde los tres centinelas se habían cuadrado debajo de las tres banderas, ahora inmóviles, porque a la brisa del amanecer había sucedido la calma, y en cuyos escalones de piedra delante de la puerta, el anciano generalísimo, seguido por los otros dos generales, que habían descendido con él del automóvil, se detuvo y se volvió, gesto que imitaron de inmediato los otros dos, de menor graduación, los dos en el escalón superior y por tanto más altos que él, los dos con el pelo tan cano como el suyo, ambos ligeramente detrás del generalísimo, pero no uno detrás de otro, mientras pasaba el primer camión, y los hombres que lo ocupaban, descubiertos, desgredados, con aspecto de sonámbulos, despertaban quizá a la vista de las tres banderas o quizá por el aislamiento de los tres ancianos después del bulevar abarrotado, pero despertaban, en cualquier caso, y, en el mismo instante, adivinaban, identificaban a los tres ancianos llamativamente colocados, no sólo por su yuxtaposición con las tres banderas sino por su aislamiento, como el de tres apestados en el centro vacío de una ciudad aterrorizada y en fuga, o quizá los tres supervivientes de una ciudad barrida por la peste, inmunes e indiferentes, llamativos y ostentosamente colocados y en apariencia tan inofensivos como una fotografía hecha cincuenta o sesenta años antes y que se hubiera desvanecido progresivamente desde entonces, aunque los pasajeros de los camiones se despertaban de todos modos como un solo hombre, gritaban como un solo hombre, agitaban el puño en dirección a las tres figuras impasibles, y el ruido se trasladaba de camión a camión a medida que cada uno entraba en la zona de los gritos, para acelerar luego, hasta que el último pareció dejar a su espalda una nube de triste rebeldía sin esperanza llena de bocas abiertas y puños amenazantes semejante a la nube menguante de su propio polvo.

Era como polvo, todavía suspendido en el aire, mucho después de que el objeto —el movimiento, el roce, el cuerpo, el impulso, la velocidad— que lo había producido se hubiera marchado y hubiese desaparecido. Porque todo el bulevar estaba lleno de gritos que ya no eran desafiantes sino simplemente asombrados e incrédulos, las dos orillas paralelas de apretados cuerpos empujados hacia atrás y rostros pálidos de bocas abiertas en un frenesí de ruegos encarecidos. Porque aún quedaba un último camión, que también llegó velozmente; aunque le separaban doscientos metros del precedente, y se movía en completo silencio, parecía viajar a doble velocidad que los otros, de la misma manera que los otros habían dado la impresión de viajar dos veces más deprisa que el automóvil con los tres generales. Había en él algo casi furtivo. Mientras los otros daban la sensación de pasar

ruidosamente, casi con violencia, con algo semejante a una desafiante manifestación de vergüenza y desesperación, este último llegó y se marchó con un silencioso y veloz deseo de pasar inadvertido, como si quienes lo conducían no aborrecieran en absoluto su punto de destino, sino más bien la carga que transportaban.

Se trataba también de un camión descubierto, como los otros, y hubiera sido imposible distinguirlo de no ser por su cargamento. Porque, mientras los demás estaban abarrotados, éste sólo transportaba a trece hombres, también destocados y sucios y marcados por los combates en el frente, pero esposados, encadenados entre sí y al camión como bestias salvajes, de manera que, a primera vista, no sólo parecían extranjeros, sino criaturas de otra raza, de otra especie; desconocidos, raros y extraños, pese a que llevaran en el cuello los mismos números, porque el resto del regimiento no sólo los había precedido a través de aquel vacío irreductible, sino que había creado incluso la impresión de estar huyendo de ellos, no sólo en razón de sus cadenas y de su aislamiento, sino debido a sus mismas expresiones y actitudes; si bien los rostros de los otros veloces camiones estaban aturridos y agotados, como hombres que han pasado demasiado tiempo bajo los efectos del éter, los rostros de aquellos trece eran simplemente graves, atentos, vigilantes. Luego se advertía que cuatro de los trece eran realmente extranjeros, ajenos no sólo por sus grilletes y su aislamiento al resto del regimiento, sino porque, en contraste con el panorama completo de la ciudad y de la tierra por donde el camión los transportaba a gran velocidad, sus rostros eran los de cuatro montañeses en un país donde no había montañas, de campesinos en una tierra donde ya no había campesinado; extraños incluso frente a los otros nueve entre los que estaban esposados y encadenados, dado que, mientras los demás tenían una expresión grave y vigilante y un poco, aunque no demasiado, preocupada, tres de los cuatro que no eran franceses estaban tan sólo ligeramente perplejos, atentos también, casi circunspectos, curiosos e interesados: como si los montañeses a los que tanto se parecían se dispusieran a entrar por vez primera en un extraño mercado en el pueblo de un valle; hombres sorprendidos de repente por un alboroto en una lengua que no tenían esperanza alguna de llegar a comprender y que, de hecho, no les interesaba demasiado y, por consiguiente, no les preocupaba su significado; tres de los cuatro que no eran franceses, claro está, porque la multitud había advertido ya que el cuarto, en cierto modo, era también extraño incluso a los otros tres, por la simple razón de ser el objeto de las diatribas, el terror y la furia. Porque la multitud alzaba su voz contra aquel único hombre, amenazándolo con los puños, sin mirar apenas a los otros doce. Amenazaban al hombre que se hallaba delante, las manos tranquilamente sobre el borde de la tabla frontal, de manera que el trozo de cadena entre las muñecas y los galones de cabo en la manga eran perfectamente visibles, con un rostro ajeno como el de los otros doce, un rostro de montañés como el de los tres últimos, un poco más joven que algunos de ellos, que

contemplaba el fugitivo mar de ojos y bocas abiertas y puños amenazadores con el mismo interés que los otros doce, pero sin desconcierto ni preocupación: un rostro simplemente interesado, atento y tranquilo, con algo más, que ninguno de los otros poseía: una comprensión, una penetración totalmente libre de compasión, como si ya hubiera previsto, sin censura ni piedad, el alboroto que se alzaba y que caminaba y seguía al camión a medida que éste aceleraba.

También a ellos les llegó el turno de atravesar la plaza del *Hôtel de Ville* donde los tres generales aún seguían como un grupo que posase para una fotografía en los escalones del ayuntamiento. Quizás esta vez fuese la simple yuxtaposición de las tres banderas que estaban empezando a agitarse bajo el viento del día, puesto que, ciertamente, ninguno de los otros tres que no eran franceses, y posiblemente ninguno de la totalidad de los doce, pareció advertir la importancia de las tres banderas, ni tampoco ver a los tres ancianos, con estrellas y condecoraciones, que estaban detrás. Sólo el hombre número trece dio la sensación de percatarse, ver, señalar; sólo la mirada del cabo al pasar, cuando él y el anciano comandante supremo, de quien ninguno de los ocupantes de los otros camiones podía decir que lo hubiera mirado con fijeza, se encontró frente a frente con la del otro, en un momento que no podía durar debido a la velocidad del vehículo; el rostro de campesino sobre los galones de cabo y las muñecas esposadas en el camión que aceleraba la marcha, y el rostro gris e inescrutable sobre las estrellas de la más alta graduación y los brillantes símbolos de honor y gloria en los escalones del *Hôtel de Ville*, se miraron durante un veloz instante. Enseguida, el camión había desaparecido. El generalísimo giró en redondo, sus dos colegas se volvieron con él, flanqueándolo de acuerdo con un rígido protocolo; los tres centinelas hicieron ruido y golpearon el suelo con el pie al presentar armas mientras el ágil y resplandeciente joven ayudante se adelantaba para abrir la puerta.

Esta vez la conmoción pasó casi inadvertida, no sólo debido a los gritos y al alboroto, sino a que la multitud misma se estaba moviendo. Se trataba otra vez de la joven, de la víctima del desmayo. Aún estaba royendo el mendrugo de pan cuando apareció el último camión. Entonces dejó de comer y los que estaban más cerca recordaron luego que se había movido y había lanzado un grito mientras trataba de correr, de abrirse paso entre la multitud hasta la calle, como para interceptar o adelantarse al camión. Pero para entonces todo el mundo se movía ya en la misma dirección, incluso aquellos a quienes la joven arañaba la espalda e intentaba apartar y ante cuyos rostros se esforzaba por gritar, por decir algo a través de la masa de pan masticado que le llenaba la boca. De manera que se olvidaron por completo de ella, y sólo quedó el hombre que le había dado el pan, y a quien seguía golpeando el pecho con las manos que aún sostenían el resto del mendrugo, mientras trataba de gritarle algo a través de la masa húmeda que le llenaba la boca.

Luego empezó a escupir el pan masticado, no a propósito, no de manera intencional, sino porque no tenía tiempo para volver la cabeza mientras se vaciaba la boca para hablar, gritándole algo mientras lo rociaba con el resultado de la masticación. Pero también el otro corría ya, limpiándose la cara con la manga, y desaparecía entre la multitud que, entre los fusiles entrelazados, se desparramaba finalmente hasta la calle. Todavía con el resto del mendrugo en la mano, la muchacha corrió también. Durante algún tiempo fue capaz de seguir al paso de los otros, corriendo y lanzándose entre ellos con una fuerza mayor incluso que la de los demás, mientras toda la multitud ocupaba el bulevar tras los veloces camiones. Pero muy pronto las personas que ya había dejado atrás empezaron a su vez a alcanzarla y a sobrepasarla; poco después corría ya entre los últimos rezagados, jadeante y tropezando, dando sensación de frenético y agotado retroceso frente al movimiento de toda la ciudad, de todo el mundo, de manera que cuando finalmente llegó a la plaza del *Hôtel de Ville* y se detuvo, toda la humanidad parecía haber desaparecido, legándole, haciéndole entrega del ancho bulevar, vacío una vez más, así como de la plaza e incluso, por el momento, de la ciudad y de la tierra misma: una mujer frágil, poco más que una niña —que había sido bonita anteriormente y que podía volver a serlo, con tiempo para dormir, mejor alimentada y con un poco de agua caliente y de jabón y un peine, y si llegaba a desaparecer de sus ojos algo que aún seguía allí—, de pie, en medio de la plaza vacía, retorciéndose las manos.

Lunes

Lunes por la noche

Cuando le preguntaron si aceptaba dirigir el ataque, el comandante de la división de la que formaba parte el regimiento dijo al instante: «Por supuesto que sí. Gracias. ¿De qué se trata?». Porque pensó que, finalmente, se le presentaba la oportunidad que necesitaba y que llevaba esperando más años de los que hubiera querido; tantos años, en realidad —ahora se daba cuenta—, que había perdido toda esperanza de que se la ofrecieran. Porque, en algún momento de su pasado que no podía precisar con exactitud, a él o, al menos, a su carrera, le había sucedido algo.

Personalmente tenía el convencimiento de que el destino lo había elegido para ser el soldado perfecto: sin pasado, sin ataduras, completo. Sus primeros recuerdos eran de un orfanato de los Pirineos dirigido por monjas, en el que no quedaba rastro alguno de su ascendencia, ni nada, tampoco, que hubiera que ocultar. A los diecisiete años ya se había alistado; a los veinticuatro llevaba tres años de sargento y su futuro era tan prometedor que el jefe de su regimiento (también ascendido por esfuerzo propio desde soldado raso) no paró hasta proporcionar a su protegido el paso a la academia militar; en 1914 Gragnon contaba ya con una espléndida hoja de servicios como coronel de espahíes en el norte de África, e inmediatamente después, de nuevo en Francia, inició otra, intachable, como general de brigada, de manera que quienes creían en él y seguían su carrera (tampoco Gragnon contaba con influencia alguna y carecía de amigos, excepto los que, como el oscuro coronel de sus tiempos de sargento, se había ganado con su esfuerzo y su hoja de servicios) tenían la impresión de que sus posibilidades de ascenso eran ilimitadas, salvo en el caso de que la guerra terminara prematuramente.

Pero luego sucedió algo. No le sucedió a él: Gragnon no había cambiado; seguía siendo competente, sin ataduras y soldado íntegro. Dio la impresión de haber perdido o extraviado en algún lugar, en algún momento, la vieja costumbre o manto o magnetismo o disposición que le permitía triunfar casi con monotonía (un estado en el que parecía sentirse tan a sus anchas como con su ropa), y se diría que, en realidad, no era él, sino su destino quien había aflojado el paso; no era que Gragnon hubiera cambiado, tan sólo que, de momento, se había hecho más sosegado, una opinión que también sus superiores parecían compartir, porque, a su debido tiempo (de hecho un poco antes que otros) consiguió una nueva estrella para su gorra y no sólo la división que iba con ella sino también las oportunidades, lo que indicaba que sus superiores aún creían que en cualquier momento podía recuperar, o volver a descubrir, el secreto de sus antiguos éxitos.

Pero de eso hacía ya dos años y en los últimos doce meses habían desaparecido incluso las oportunidades, como si, finalmente, también sus superiores se hubieran convencido, al igual que Gragnon, de que la marea de sus esperanzas y aspiraciones había alcanzado su punto más alto tres años antes, treinta y seis meses antes de que la marea menguante de su destino retrocediera finalmente bajo sus pies, dejándolo estancado como simple general de división en una guerra que llevaba tres años agonizando. Las hostilidades se prolongarían aún por algún tiempo, desde luego; los estadounidenses, ingenuos recién llegados, aún tardarían probablemente un año más en descubrir que no se puede acabar con los alemanes; que sólo es posible agotarlos. La guerra podría durar otros diez o incluso veinte años, y para entonces Francia y Gran Bretaña se habrían esfumado como entidades militares y hasta políticas y las hostilidades dependerían de un puñado de estadounidenses que ni siquiera tendrían barcos para regresar a casa, peleando, con ramas de árboles destrozados, vigas de casas derruidas, piedras de cercas alrededor de campos cubiertos de malas hierbas, trozos de bayonetas, culatas de fusiles inservibles y fragmentos oxidados de metal procedentes de aviones derribados y carros de combate calcinados, contra compañías alemanas reducidas a la mínima expresión, con el refuerzo de unos cuantos franceses y británicos tan duros como el mismo Gragnon y capaces de seguir aguantando, de aguantar como él aguantaría siempre, inmune a la nacionalidad, al agotamiento y hasta a la victoria..., aunque confiaba en que, para entonces, estuviese ya muerto.

Porque de ordinario se creía incapaz de concebir esperanzas: tan sólo capaz de osar, sin miedo, sin escrúpulos ni remordimientos, dentro del férreo y sencillo marco de un destino del que estaba seguro que nunca lo traicionaría, siempre que continuara atreviéndose sin preguntas, ni desfallecimientos ni pesar, pero que, al parecer, lo había abandonado, dejándolo tan sólo con la capacidad de osar, hasta dos días antes, cuando el comandante de su cuerpo de ejército lo mandó llamar. El comandante de su cuerpo de ejército era el único amigo que Gragnon tenía en Francia o, a decir verdad, en cualquier otro lugar sobre la faz de la tierra. Juntos habían sido suboficiales en el mismo regimiento al que luego Gragnon regresó como oficial. Pero Lallemond, aunque también era un hombre pobre, poseía, junto con el talento militar, las influencias necesarias que permitían explicar la diferencia entre general de división y comandante de cuerpo de ejército con los mismos años de servicio, lo que le colocaba en una situación muy favorable para la próxima vacante de comandante de ejército. Cuando Lallemond dijo «Tengo algo para ti, si lo quieres», Gragnon se percató, de todos modos, de que lo que él creía audacia pura estaba aún ligeramente manchado por la bajeza de esa esperanza que es el alimento de los débiles. Pero tampoco eso estaba mal, puesto que, si bien, al parecer, su destino lo había abandonado, Gragnon no se había equivocado al consagrar su vida a la milicia: pese a haber sido abandonado, nunca había sido infiel a su vocación y, como no podía por menos de

sucedier, cuando más falta le hacía, su vocación se había acordado de él.

De manera que dijo:

—Gracias. ¿De qué se trata?

Lallemont se lo explicó. Por un instante creyó no haber entendido, pero sólo por un instante, porque enseguida vio con claridad cuál era la situación. El ataque estaba condenado al fracaso de antemano, y quienquiera que lo dirigiese, quienquiera que lo lanzase, también estaba condenado al fracaso. No fue que su excelente criterio profesional le hiciera ver que aquella iniciativa, tal como se la presentaba su superior, fuese difícil, terriblemente arriesgada y, por lo tanto, más que dudosa. Eso, en lugar de detenerlo, hubiera supuesto, por el contrario, un estímulo, una prueba más de que su destino de siempre no lo había abandonado. Lo que su excelente criterio profesional captó al instante fue que aquel ataque estaba destinado a fracasar; que era un sacrificio planeado como parte de un plan más amplio, dentro del cual daba lo mismo que el ataque fracasara o no; tan sólo hacía falta que tuviera lugar; y aún vio más, puesto que en esta ocasión su experiencia y dedicación de más de veinte años le proporcionaron un dividendo de clarividencia; vio aquel asunto no sólo de frente, en su perspectiva pública, sino también por detrás: el ataque condenado a fracasar resultaría menos costoso, perjudicaría menos a todos si lo ejecutaba un hombre que carecía de amigos y de influencia, ya que de ese modo ni los miembros con cinco estrellas del Estado Mayor ni los civiles con escarapelas rojas en el Quai d'Orsay pondrían mala cara. No pensó ni por un segundo en el anciano de cabellos grises del *Hôtel de Ville* de Chaulnesmont. Y aún menos tiempo, *Lallemont se está cubriendo las espaldas*. Lo que en realidad pensó (y entonces supo que estaba definitivamente perdido) fue: *Se trata de Mama Bidet*. Pero se limitó a decir:

—No me puedo permitir un fracaso.

—Habrá un fajín —dijo el comandante de cuerpo.

—No tengo graduación suficiente para que me impongan el que se da por los fracasos.

—Sí —dijo Lallemont—. Esta vez sí.

—Tan grave es la cosa —dijo el general de división—. Tan urgente. Lo único que separa a Bidet de su bastón de mariscal es una división de infantería. La mía, concretamente.

Se miraron fijamente. Luego el comandante de cuerpo empezó a hablar. El general de división no se lo permitió. «No te molestes», dijo. Aunque no lo expresó de esa manera. Lo que salió de sus labios fue una frase expresiva, obscena y sucinta, que aprendiera, durante su vida como suboficial en el regimiento africano formado con los desechos de las cárceles y las cloacas de Europa, antes de que el comandante de cuerpo y él llegaran a conocerse. Luego añadió:

—De manera que no tengo elección.

—No la tienes —dijo el comandante de cuerpo.

Gragnon siempre presenciaba las acciones de sus tropas desde el puesto de observación más cercano al frente; lo tenía por costumbre; era parte de su hoja de servicios. En esta ocasión contaba con un puesto especialmente preparado, en una elevación, detrás de una plancha de acero con protección de ladrillos y sacos de arena, y provisto de una línea telefónica directa con el estado mayor del cuerpo de ejército y otra con el mando de artillería; allí situado, en la mano el reloj sincronizado mientras el fuego artillero preliminar gemía y ululaba por encima de su cabeza para caer sobre las alambradas alemanas, contempló la primera línea de su propio frente y después la del enemigo, la línea que ni siquiera quienes le habían confiado el ataque tenían intención de romper, como si estuviera presenciando una ópera desde el anfiteatro. O desde un palco, y no cualquier palco, sino el palco regio: la víctima, gracias a una magnánima dispensa, presenciando en solitario esplendor los preparativos para su propia ejecución, presenciando, en lugar de la última escena de la ópera, la última de su propia carrera militar antes de que lo trasladaran, de manera irrevocable y definitiva, a algún empleo de retaguardia en esa zona cuyo cometido es armar y equipar a las divisiones destinadas al combate y a cosechar una muerte gloriosa y una inmortal reputación; a partir de ahora tendría derecho a hacer realidad cualquier esperanza, pero no la gloria, y tendría derecho a todo, excepto a la posibilidad de morir para alcanzarla. Podía desertar, por supuesto, pero ¿dónde, con quién? Los únicos que aceptarían un general francés fracasado serían pueblos que se hubieran librado de la guerra hasta el momento: los neerlandeses, apartados del curso normal de las invasiones alemanas, y los españoles, demasiado pobres incluso para hacer una excursión de dos días y llegar hasta donde se desarrollaba la guerra, como hacían los portugueses para disfrutar con la emoción y el cambio de escenario, en cuyo caso (el de los españoles) ni siquiera le pagarían por arriesgar la vida y lo que sobreviviera de su reputación, aunque tuvo que rechazar aquella última idea al recordar las dos cosas —guerra y bebida— de las que ni siquiera la pobreza consigue privar a ningún hombre. Quizá su mujer y sus hijos vayan descalzos, pero siempre habrá alguien que lo invite a beber o que le dé armas. *Incluso más todavía: la última persona a la que alguien que se propusiera entrar en el negocio del vino acudiría para pedir un préstamo sería a un vinatero rival. Pero una nación que se prepara para la guerra puede solicitar un préstamo precisamente de la nación misma a la que se propone destruir.*

A la postre tuvo que enfrentarse no con un fracaso, sino con un motín. Cuando cesó el fuego de la artillería ni siquiera observaba la escena que tenía a sus espaldas, sino que contemplaba la esfera de su reloj de pulsera. No necesitaba ver el ataque. Después de contemplar a los hombres que tenía a su mando durante tres años, se había convertido en un experto, capaz no sólo de predecir el fracaso, sino de calcular

casi al milímetro cuándo, dónde y en qué punto del tiempo y del espacio sus tropas pasarían a ser ineficaces e inofensivas; y eso incluso cuando no estaba familiarizado con los hombres que lanzaban el ataque, circunstancia que no se daba en el caso presente, puesto que el día anterior había seleccionado precisamente a aquel regimiento dado que conocía, por una parte, no sólo en qué condiciones se encontraba, sino también la fe del coronel en sus hombres y el historial de sus éxitos; y, por otra, su mayor arrojo en comparación con los otros tres regimientos que formaban la división; sabía que aquella unidad se lanzaría al ataque dispuesta a alcanzar el rendimiento máximo que se le exigía, si bien, en el caso de que el fracaso preparado de antemano significara el desmantelamiento transitorio e incluso la ruina permanente, ello resultaría menos gravoso para la fortaleza y moral de la división que si se trataba de cualquiera de los otros tres regimientos; pero nadie, nunca, mientras siguiera vivo, podría haberle convencido ni podría siquiera haber insinuado que había elegido aquel regimiento exactamente como el comandante de grupo había elegido a la división de Gragnon del conjunto de sus ejércitos.

De manera que se limitó a seguir el movimiento entrecortado de la manecilla del reloj, esperando a que alcanzara el punto en el que todos los hombres que iban a atravesar las alambradas estuviesen ya del otro lado. Luego alzó los ojos y, más allá de las alambradas, no vio absolutamente nada en el espacio que para entonces tendría que estar lleno de soldados que corrían y caían derribados; sólo vio a unas cuantas figuras agachadas a lo largo de su propio parapeto; figuras que no avanzaban sino que, al parecer, gritaban, aullaban y gesticulaban, vueltas hacia las trincheras, y que eran los oficiales y suboficiales, los jefes de las compañías y de las secciones que, evidentemente, al igual que él, habían sido traicionados. Porque intuyó al instante lo sucedido. Sin perder la calma en absoluto, se limitó a pensar, sin apasionamiento e incluso sin asombro, *De manera que también esto me estaba reservado*, mientras volvía a colocar los prismáticos en la funda que le colgaba del pecho, cerraba bruscamente la tapa y se dirigía al ayudante que tenía al lado, señalando la línea telefónica que enlazaba con el cuartel general del cuerpo de ejército:

—Dígales que el ataque ha fracasado porque las tropas no han salido de las trincheras. Dígales que confirmen las órdenes que voy a dar a los artilleros. Y también que me pongo en camino hacia allí.

Acto seguido descolgó personalmente el otro teléfono:

—Aquí Gragnon. Quiero dos cortinas de fuego. Una sobre las alambradas enemigas. La otra sobre las trincheras de comunicación detrás del regimiento X. Continúen hasta que reciban contraorden del cuerpo de ejército.

Colgó el teléfono y se volvió hacia la salida.

—¡Mi general! —le gritó el ayudante que estaba hablando por el otro teléfono—, ¡el general Lallemond en persona!

Pero el general de división no hizo siquiera una pausa, al menos hasta que el túnel se abrió a la luz exterior, y entonces sólo un momento para escuchar el creciente estridor de los proyectiles que pasaban por encima, escuchándolo con algo semejante a una distanciada atención impersonal, como si él fuera un mensajero, un correo, enviado para comprobar si los cañones seguían o no disparando e informar a su regreso. Habían pasado ya veinte años desde que decidiera, cuando el primer galón colocado en su manga no había perdido aún el brillo, aceptar como primera piedra en el edificio de su carrera el siguiente principio: *Un comandante debe ser tan detestado, o al menos tan temido, por sus soldados, que éstos, inmunizados por esa rabia, se enfrenten impávidos con cualquier dificultad en cualquier momento y en cualquier sitio.* Gragnon se detuvo, inmovilizándose, alzando también el rostro, como toma esa misma precaución el mensajero que prevé la posibilidad de que aquellos a quienes tiene que informar exijan el testimonio de sus ojos, o le ordenen recorrer otra vez toda la distancia para rectificar el descuido, pensando: *Pero no era intención mía que me odieran hasta el punto de negarse a atacar, porque no creí que se pudiera odiar tanto a un comandante y, al parecer, tampoco sabía esta mañana que los soldados, siendo soldados, pudieran odiar tanto;* pensando con calma: *Lo que hay que hacer, por supuesto, es revocar la orden, detener el fuego de artillería, dejar que el enemigo avance; todo quedará borrado entonces, cancelado, y sólo tendré que decir que los alemanes me estaban esperando, preparados, antes incluso de que comenzara el ataque, sin nadie que pueda refutarme, porque quienes podrían haberlo hecho ya no estarán vivos;* pensando con lo que él consideraba que no era ni sarcasmo ni siquiera ingenio, sino sólo humor: *Con un regimiento amotinado como encargado de mantener el frente, los alemanes desborden y destruirán toda la división en diez o quince minutos. Y entonces los que se disponen a darle el bastón de mariscal apreciarán mejor el valor de su regalo,* mientras caminaba de nuevo, otros mil metros, casi hasta el final de la trinchera de comunicación donde su automóvil lo estaría esperando; y esta vez se detuvo en seco y completamente; no supo desde cuándo estaba pasando ni cuánto tiempo llevaba escuchándolo: no una insignificante concentración de fuego de artillería detrás del frente de un solo regimiento; tuvo la seguridad de que estaba oyendo cómo la furia se extendía de batería en batería en ambas direcciones a lo largo de todo el frente, hasta que todas las piezas del sector disparaban ya frenéticamente. *Han avanzado, pensó. Los alemanes han avanzado. Se ha hundido el frente; no sólo un regimiento amotinado, sino todas nuestras líneas; y ya se disponía a retroceder corriendo cuando se detuvo de nuevo, diciéndose, Es demasiado tarde; no se puede dar marcha atrás al tiempo,* recuperando la cordura o, al menos, las disciplinadas lógica y razón militares, incluso aunque tuviera que usar lo que él consideraba humor (y esta vez llamándolo también ingenio, el ingenio quizá de la desesperación) para lograrlo: *Tonterías. ¿Qué motivo podrían haber tenido los*

alemanes para lanzarse al ataque en ese momento? ¿Cómo iban a saber los boches, antes que yo incluso, que uno de mis regimientos estaba a punto de amotinarse? Y aunque lo supieran, ¿cómo podían permitirse dar a Bidet su mariscalato alemán a razón de un solo regimiento cada vez?, caminando de nuevo y diciendo en voz alta aunque con calma:

—Éste es el estrépito que hace un general al caer.

Dos obuses de campaña estaban disparando casi encima del automóvil que lo esperaba. No estaban allí al alba cuando se apeó, y su chófer no habría podido oírle si hubiera hablado, cosa que no hizo: un gesto perentorio mientras entraba en el vehículo, sentándose erguido y tranquilo, paralelo ahora durante un rato al pandemonio de cañonazos que se extendía más allá del alcance del oído; y aún perfectamente tranquilo cuando se apeó del automóvil en el cuartel general, sin ver siquiera en un primer momento al comandante de cuerpo que lo esperaba ya junto a la puerta; luego dio media vuelta a mitad de una zancada para regresar al coche, y todavía avanzaba con rigidez cuando el comandante de cuerpo lo alcanzó, lo tomó del brazo y empezó a llevarlo hacia donde esperaba el automóvil del cuerpo de ejército. Lallemont pronunció el nombre del comandante de ejército.

—Nos está esperando —dijo.

—Y luego Bidet —dijo Gragnon—. Quiero la autorización para fusilarlos de labios del mismo Bidet.

—Sube —dijo el comandante de cuerpo, que lo tocó de nuevo, que casi lo empujó al interior del coche y lo siguió después, cerrando él mismo la portezuela, el vehículo en movimiento, de manera que el asistente tuvo que dar un salto para colocarse en el estribo; muy pronto avanzaban ya velozmente al lado, por debajo de la ruidosa línea paralela del horizonte, Gragnon rígido, erguido, inmóvil, mirando hacia adelante, mientras Lallemont, recostado, lo estudiaba, o al menos lo que podía ver del tranquilo e invencible rostro—. Supongamos que no acepta —dijo.

—Espero que lo haga —dijo Gragnon—. Todo lo que pido es que me arreste y me mande a Chaulnesmont.

—Escúchame —dijo el comandante de cuerpo—. ¿No te das cuenta de que a Bidet no le importa si el ataque fracasó o no, ni cómo fracasó ni tampoco siquiera si se lanzó o no se lanzó? ¿No te das cuenta de que va a conseguir el bastón de mariscal de todos modos?

—¿Incluso aunque los boches nos destruyan?

—¿Destruirnos a nosotros? —dijo Lallemont—. Escucha —agitó la mano en dirección al este, donde, pese a la velocidad con que se movían, Gragnon aún pudo comprobar que el estruendo llegaba más allá y se trasladaba más deprisa de que lo que avanzaba el oído—. Los boches no quieren destruirnos, de la misma manera que nosotros tampoco queremos, tampoco nos está permitido destruirlos. ¿No entiendes

que, sin el otro, ninguno de los dos bandos podría existir? ¿Que incluso aunque no quedara nadie en Francia para entregar el bastón a Bidet, se elegiría a algún boche, aunque sólo quedara un soldado raso, y se le ascendería lo bastante en el escalafón francés para que lo hiciera? ¿Que Bidet no te eligió para esto porque fueras Charles Gragnon, sino porque, en esta ocasión, en este día, en esta hora, eras el general de división Gragnon?

—¿No quieren destruirnos? —repitió el general de división.

—No —dijo Lallemon.

—De manera que no he fracasado en el frente esta mañana a las seis, sino anteayer en tu cuartel general..., o quizá hace diez años, o incluso hace cuarenta y siete años.

—No has fracasado en absoluto —dijo Lallemon.

—He perdido todo un regimiento. Y ni siquiera ha sido en un ataque, sino bajo el fuego de ametralladora de un pelotón de ejecución.

—¿Es que tiene importancia cómo mueran?

—La tiene para mí. La forma en que se muere es la razón de morir. Ése es mi historial.

—Bah —dijo Lallemon.

—Puesto que sólo perdía a Charles Gragnon, pero salvaba a Francia...

—Nos has salvado a nosotros —dijo el comandante de cuerpo.

—¿A nosotros? —repitió el general de división.

—A nosotros —dijo Lallemon, y el orgullo puso aspereza y decisión en su voz —: A los tenientes, los capitanes, los comandantes y coroneles y sargentos, todos con el mismo privilegio: la posibilidad de yacer algún día en Los Inválidos en un ataúd de general o de mariscal entre las gloriosas banderas de nuestra nación.

—Si bien los estadounidenses, los británicos y los alemanes no hablan de Los Inválidos.

—De acuerdo, de acuerdo —dijo el comandante de cuerpo—; simplemente como recompensa por la fidelidad y la devoción y por aceptar un pequeño riesgo, por jugarse una cantidad insignificante, lo que, faltando la gloria, no tiene más valor que una hortaliza y merece la misma oscuridad como destino. Fracasado —añadió—. Fracasado. Charles Gragnon, de sargento a general de división antes de cumplir cuarenta y cinco años..., es decir, cuarenta y siete...

—Y después perdido.

—Lo mismo le sucedió hace dos meses al teniente general británico que mandaba aquel ejército en Picardía.

—Y al boche, quienquiera que fuese, que perdió contacto o extravió mapas y brújula en Bélgica hace tres años —dijo el general de división—. O al que creyó que podía abrirse camino por Verdún. O al que pensó que el Chemin des Dames sería un

sitio fácil por tener un nombre femenino. De manera que nos derrotamos unos a otros, porque no estamos luchando unos con otros. Quien diezma nuestras tropas es, sencillamente, la muerte innominada. Todos nosotros: capitanes y coroneles, británicos y americanos y alemanes y nosotros, hombro con hombro, las espaldas contra el largo e invencible muro de nuestra gloriosa tradición, dando y pidiendo cuartel... ¿pidiendo?, ni siquiera aceptando un trato benévolo...

—Bah —dijo Lallemon de nuevo—. Nuestro enemigo es el ser humano: la enorme masa de seres sin vigor, todo confusión y agitación, que forman la humanidad. Una vez en cada periodo de su mezquina historia, de repente y sin previo aviso, alguien con estatura de gigante entra en una nación como una lechera en una mantequería, y con su espada a modo de paleta, amontona y golpea y endurece la masa maleable e incluso la mantiene coherente y con un propósito definido durante algún tiempo. Pero nunca de forma duradera; a veces, antes siquiera de que vuelva la espalda, la mantequilla pierde la coherencia y se desmorona, disolviéndose cada vez más deprisa y regresando a su vulgar anonimato. Como lo que ha pasado ahí fuera esta mañana... —de nuevo el comandante de cuerpo hizo un breve gesto indicador.

—¿Qué es lo que ha pasado ahí fuera? —preguntó el general de división, a lo que Lallemon respondió casi exactamente como habría de hacerlo en el transcurso de la hora siguiente el comandante del grupo de ejércitos.

—No es posible que no sepas lo que ha sucedido.

—Que he perdido a Charles Gragnon.

—Bah —dijo el comandante de cuerpo—. No hemos perdido nada. Simplemente hemos tenido que enfrentarnos, sin aviso previo, con un riesgo profesional. Los íbamos a sacar de su barro ignominioso levantándolos por las tirillas de las botas; una fracción de segundo más y podían haber cambiado la faz del mundo. Pero nunca lo hacen. Se derrumban, como lo han hecho los tuyos esta mañana. Siempre les pasa lo mismo. Pero no a nosotros. Nosotros volveremos a levantarlos, quieran o no quieran, cuando llegue el momento, y ellos volverán a derrumbarse. Pero nosotros no. A nosotros no nos pasará.

El comandante de ejército también estaba esperando; el automóvil apenas tuvo que detenerse para recogerlo. Tan pronto como el vehículo se puso de nuevo en marcha, el general de división formuló por segunda vez su petición con voz descolorida, calmada, casi desapasionada: «Los fusilaré, por supuesto». El comandante de ejército no contestó. Gragnon no esperaba que lo hiciera. No hubiera oído la respuesta, dado que ni siquiera estaba escuchando el murmullo de las otras dos voces que intercambiaban frases breves, rápidas, inacabadas, mientras el comandante de cuerpo informaba sucintamente al comandante de ejército, indicando uno a uno, con número y nombre, los regimientos de las otras dos divisiones situadas en los flancos de la suya, hasta que las dos voces terminaron de colocar, pieza a

pieza, el largo mosaico de regimientos a todo lo largo del frente.

Después de que les pidieran el santo y seña ante la verja del *château*, entraron en el parque —en un sitio donde ni en aquel momento ni nunca se oía ruido de cañones—, con un guía en el estribo ya, de manera que ni siquiera se detuvieron brevemente en la puerta principal con tallas de estilo rococó, sino que torcieron hacia uno de los lados, atravesaron un patio repleto de ordenanzas y correos y motocicletas petardeantes, cruzándose —aunque el general de división ni se fijó ni le hubiera importado tampoco— con otros dos automóviles con los distintivos de otros dos comandantes de ejército, y un tercer vehículo británico, y un cuarto que ni siquiera había sido fabricado a este lado del Atlántico, hasta llegar a una *porte-cochère* a espaldas del *château* y acto seguido directamente al interior de un mezquino cuartito desordenado, no mucho más grande que un ropero, incrustado en el *bijou* italianizante del *château* como una espuela oxidada en una tarta nupcial, desde donde el comandante de grupo presidía los destinos de sus ejércitos.

Allí estaban todos: los comandantes de los otros dos ejércitos que formaban el grupo, con sus pesados mostachos, adquirida ya la forma de la cuchara del almuerzo, y copiosamente adornados gracias al diario ritual de la sopa; el jefe de estado mayor inglés no hubiera podido parecer más indomable y tiesamente juvenil si hubiera aparecido con el bien apretado corsé por fuera de la guerrera, con sus resplandecientes cordones y trocitos de latón y herretes carmesíes, sus cabellos y bigote blancos y sus helados ojos azules del color de la guerra; y el coronel estadounidense con rostro de magnate naviero bostoniano (como efectivamente era o, al menos, heredero legítimo de uno de ellos) o, más bien, un rostro dieciochesco: la cara de aquel predecesor o antepasado que, a los veinticinco años, enriquecido ya, se había retirado del puente de mando de un buque negrero y a los treinta había inscrito su nombre en vidrios de colores sobre su banco en la iglesia de Beacon Hill. Era el invitado, el privilegiado, puesto que por espacio de tres años aquella guerra no había sido la de su país, y que ya había aportado a aquel cónclave un aire, en su calidad de huésped privilegiado, de desaprobación afectadamente decorosa, vagamente solteronesca; un aire, una cualidad, apariencia también, casi victoriana en realidad, que se desprendía de sus cómodos zapatos de anciano y de las sencillas polainas de ganadero de Northumberland (zapatos y polainas, ambos, primorosamente brillantados pero evidentemente comprados en épocas y sitios distintos y por consiguiente nunca armonizados en color, ni siquiera haciendo juego con el cinturón de reglamento que, evidentemente, también se había adquirido por partes, consiguiendo de ese modo cuatro tonos diferentes de cuero) y los sencillos pantalones sin brillo, cortados de la misma pieza de tela que la breve guerrera que se alzaba sin mancha de adorno alguno hasta un cuello muy cerrado y alto, con su preciso remate de blanca tela de hilo, semejante al alzacuello de un sacerdote. (Se contaba una

anécdota relacionada con aquel uniforme, o más bien con el coronel que lo llevaba, cuando hacía la ronda de los comedores de oficiales seis meses atrás, acerca de cómo, poco después de establecerse el cuartel general estadounidense, un oficial más joven —no bostoniano, sino neoyorquino— se había presentado una mañana delante del coronel con los pantalones de pana de un oficial británico y una guerrera de largos faldones cortada por un sastre londinense, aunque provista del alto cuello cerrado; el coronel se encontraría más tarde otros muchos uniformes de la misma especie, pero entonces estaban todavía en 1917; el joven oficial se presentó un poco encogido, probablemente un poco asustado, deseoso quizá, como les ha sucedido a muchos pioneros, de haber dejado que fuera otro el primero en aparecer ante los fríos ojos de banquero de su superior, y dijo de inmediato: «¿Cree usted, mi coronel, que no debiera haberlo hecho? Es de mala educación, mal gusto, una imitación...», encontrándose con la respuesta cordial, inmediata de su superior: «¿Por qué no? En 1783 nos enseñaron el arte de la guerra perdiendo aquella contra nosotros; en 1917 no tendrían por qué poner reparos a prestarnos su uniforme si de ese modo ganamos otra para ellos».)

Y, blanco de todas las miradas, Mama Bidet, el general de Cabinet, el mariscal d'Aisance, encarnación de la inflexible voluntad, serena y helada, del general de división no de obtener justicia para sí, sino la reivindicación de su hoja de servicios; el militar que, veinticinco años antes, se había presentado, bajo el implacable sol africano, no dispuesto a guerrear (eso se pondría de manifiesto más tarde), ni tampoco con un deseo normal de gloria y ascensos, sino con una fría y despiadada preocupación por el funcionamiento del orificio revestido de mucosas en el interior de sus pantalones, preocupación que lo había acompañado (e incluso precedido) desde la sección a la compañía, y más adelante al regimiento, la brigada, la división, el cuerpo de ejército, el ejército y el grupo de ejércitos, a medida que avanzaba y ascendía, cada vez más protegido al aumentar el número de estrellas en su bocamanga y al encontrar su genio militar más amplio campo y horizonte, pero no más implacable; un hombrecillo tripudo de corta estatura que a los cincuenta años parecía un feliz y alegre verdulero jubilado, y que diez años después se vestía, un tanto a regañadientes, como para un baile de máscaras, con una guerrera informe de soldado raso, sin un solo galón ni insignia alguna de graduación, y cuyo verdadero nombre, referencia imprescindible desde hacía quince años en los manuales sobre cómo adiestrar a la tropa, había adquirido resonancias mágicas en los últimos cuatro para los generales en campaña por su maestría en la manera de llevar a los hombres al combate.

Mama Bidet no pidió al general de división que se sentara cuando lo hicieron los comandantes de ejército y de cuerpo; hasta donde al general de división se le alcanzaba, el comandante de grupo ni siquiera había reparado en su presencia,

dejándolo que siguiera de pie mientras la parte maquina de su atención registraba la tediosa recapitulación de regimientos y divisiones, no simplemente por su posición en el frente, sino por su historial pasado, por sus distritos de origen y por los nombres y la hoja de servicios de sus oficiales; el comandante de ejército habló, con rapidez y de manera sucinta, sin que apareciera señal alguna de alarma en su voz, ni tampoco una gran preocupación: tan sólo viveza, precisión, cuidado. Ni, al mirar (o, al menos, sin mirar de manera específica al comandante de grupo, porque en realidad no estaba viendo nada: tan sólo dirigiendo obstinadamente la mirada por encima del comandante de grupo o en dirección suya, como no había dejado de hacerlo desde que entrara, advirtiéndole de pronto que no sólo no recordaba cuándo había parpadeado por última vez, sino que ni siquiera sentía necesidad alguna de hacerlo), tampoco le pareció que el comandante de grupo escuchara, aunque sí debía de hacerlo, con un aire distraído, tranquilo y cortés; hasta que, de repente, el general de división se dio cuenta de que el comandante de grupo llevaba varios segundos mirándolo. Luego también los demás parecieron reparar en ello; el comandante de ejército dejó de hablar y dijo a continuación:

—Éste es Gagnon. Ha sido su división.

—Ah, sí —dijo el comandante de grupo. Luego se dirigió directamente al general de división en el mismo tono, afable y sin inflexiones—: Muchas gracias. Puede regresar con sus tropas —volviéndose de nuevo hacia el comandante de ejército—. ¿Sí? —después, durante otro medio minuto, la voz del comandante de ejército; y ya el general de división, rígido y sin parpadear, no miraba a nada, hasta que la voz del comandante de ejército cesó de nuevo, sin que Gagnon se molestara en enfocar la mirada incluso después de que el comandante de grupo volviera a dirigirle la palabra —: ¿De qué se trata?

Sin llegar a cuadrarse, sin ver nada, tan sólo con la mirada perdida sobre la cabeza del comandante de grupo, el general de división hizo su petición oficial para que se le permitiera ejecutar a todo el regimiento. El comandante de grupo lo escuchó sin interrumpirlo y sin que apareciera expresión alguna en su rostro.

—Tomo nota —dijo—. Regrese con sus tropas —el general de división siguió sin moverse. Cabía que no hubiera oído. El comandante de grupo se recostó en su asiento y habló con el comandante de ejército sin volver siquiera la cabeza—: Henri, ¿querrás llevar a estos caballeros al saloncito y pedir que les traigan vino, whisky, té, o cualquier otra cosa que les apetezca?

Al coronel estadounidense le dijo, en un inglés bastante aceptable:

—He oído hablar de la coca-cola que toman en su país. Lamento no tenerla todavía, pero esperemos que pronto..., ¿no es cierto?

—Muchas gracias, mi general —dijo el coronel, en un francés más que pasable—. Los únicos pedidos europeos que declinamos aceptar son los alemanes.

Salieron enseguida y la puerta se cerró a sus espaldas. El general de división no se había movido. El comandante de grupo lo miró y volvió a hablar con voz que seguía siendo simplemente afable, sin sombra de impaciencia.

—General de división. Ha recorrido usted mucho camino desde África, sargento Gragnon.

—Usted también —dijo el general de división—, Mama Bidet —utilizando con frialdad, sin inflexión ni acento alguno, el apodo con que los soldados rasos designaban, no de manera secreta sino simplemente cuando él no les podía oír, o quizá ni siquiera eso, tan sólo desde la inviolable seguridad de su falta de graduación, al comandante de grupo poco después de que se incorporara como teniente a un regimiento africano cuyo general de división también había sido sargento—: Un largo camino, monsieur le general de Cabinet, que muy pronto se convertirá en monsieur le marechal d'Aisance —y aún el rostro del comandante de grupo seguía sin dejar traslucir nada; la voz todavía serena, aunque ya se deslizaba en ella la sombra de algo distinto, una duda, hasta un poco de asombro, aunque el general de división decidió no advertirlo.

—Parece —dijo el comandante de grupo— que tenía más razón de lo que creía o esperaba. Cuando entró usted, barrunté ya que quizá le debía una disculpa. Ahora estoy seguro de ello.

—Se está usted rebajando —dijo el general de división—. ¿Cómo ha podido conseguir tantas estrellas un hombre que duda de su infalibilidad? ¿Y cómo pueden quedarle dudas sobre nada a una persona con tantas estrellas?

El comandante de grupo miró al general de división algunos momentos más. Luego dijo:

—Es imposible que se le escape a usted que la ejecución de esos tres o cuatro mil soldados ya ha dejado de tener importancia. Lo que nos estamos jugando es mucho más de lo que la muerte del doble de hombres podría remediar o cambiar.

—Sin duda habla usted en nombre propio —dijo el general de división—. En cuanto a mí, he visto diez veces tres mil franceses muertos. Me dirá usted: «¿Asesinados por otros franceses?» —y prosiguió, mediante una enumeración mecánica, fría, uniforme, como de memoria, casi telegráfica—: *Comité des Forges. Compagnies de Chemins de Fer. S.P.A.D. Las gentes de Billancourt.* Por no mencionar a los ingleses y a los estadounidenses, puesto que no son franceses, al menos hasta que nos hayan conquistado. ¿Qué les va a importar a los tres mil, o a diez veces tres mil, cuando estén muertos? ¿O qué nos importará a nosotros, que habremos acabado con ellos, si tenemos éxito?

—Cuando habla usted de «tener éxito» quiere decir «alcanzar la victoria» —dijo el comandante de grupo—. Y cuando habla de «nosotros» se refiere, por supuesto, a Francia.

Con su voz fría y monótona el general de división repitió la sencilla y explícita exclamación soldadesca que se atribuye a Cambronne.

—Un hecho, pero no una respuesta —dijo el comandante de grupo.

El general de división repitió la misma palabra.

—Para mí, una condecoración mañana; para usted el bastón de mariscal antes de morir. Como la mía sólo vale un regimiento, el suyo sin duda le sale barato.

—Lo que me está pidiendo es que le garantice el consejo de guerra —dijo el comandante de grupo—. Me está ofreciendo que elija entre enviarlo yo al comandante en jefe u obligarle a que vaya usted mismo —el general de división no se movió. No estaba dispuesto a hacerlo. Los dos lo sabían—. Vuelva a su cuartel general —dijo el comandante de grupo—. Ya se le hará saber cuándo lo recibirá en Chaulnesmont el mariscal.

Gragnon regresó al cuartel general del cuerpo de ejército con el comandante de cuerpo, y allí recuperó su propio automóvil; probablemente ni siquiera recordaría que el comandante de cuerpo no lo había invitado a almorzar. Le tenía sin cuidado. Hubiera rechazado la invitación de todos modos. El comandante de grupo le dijo que volviera a su propio cuartel general: le dio una orden. Probablemente ni siquiera se percató de que la estaba desobedeciendo cuando subió a su automóvil y le dijo lacónicamente al conductor: «Al frente». Aunque sería demasiado tarde. Eran cerca de las dos; el regimiento habría sido evacuado, desarmado y reemplazado mucho antes; sería demasiado tarde para verlo pasar y poder comprobarlo por sí mismo, como se había detenido en el ramal de comunicación para asegurarse de que la artillería seguía disparando. Volvía como un *chef* puede regresar dos o tres horas después a la cocina donde un plato que ha preparado se ha quemado o, incluso, ha explotado, no para ayudar ni tan siquiera para aconsejar sobre cómo proceder con la limpieza, sino simplemente para ver lo que queda cuando ya se ha retirado parte de los restos; no para lamentarlo, porque eso sería desperdiciar las lamentaciones, sino sólo para ver, para comprobar; ni siquiera para pensar en ello, ni para pensar en nada, inmóvil y tranquilo en el automóvil en movimiento, transportando dentro de sí, como un líquido sellado al vacío en una botella, la fría, inflexible, inamovible decisión de hacer justicia a sus estrellas de general a cualquier costo, la defensa de su hoja de servicios por encima de todo.

De manera que al principio no advirtió lo que le había sorprendido, desconcertado. Bruscamente dijo: «Pare», escuchando en el automóvil detenido el ensordecedor silencio que ni siquiera había advertido aún, porque allí, hasta entonces, sólo había oído cañonazos: no ya un militar solitario de alta graduación en un automóvil militar en un frente de batalla francés, sino un muchachito solitario y huérfano, tumbado boca abajo sobre una cerca de piedra junto a una aldea de los Pirineos donde, de acuerdo con documentos y recuerdos, había nacido; escuchando

ahora a la misma cigarra que cantaba y zumbaba sobre un amasijo de hierbas destrozadas por la cordita más allá del repecho convertido en hito, desde el último invierno, por los restos de la cola de un avión alemán. Luego Gragnon oyó también a la alondra, muy alta e invisible, un canto casi cristalino pero no del todo, como cuatro moneditas de oro que se dejaran caer sin prisa en una copa de plata blanda, y el conductor y él se miraron hasta que el general de división dijo, en voz muy alta y brusca: «Adelante». Avanzaron de nuevo; y, como no podía ser menos, la alondra una vez más, increíble y serena, y de nuevo el insoportable silencio dorado, de manera que Gragnon quería taparse los oídos con las manos, enterrar la cabeza, hasta que por fin la alondra, una vez más, alivió la tensión.

Aunque las dos baterías situadas en el ángulo camuflado hubieran dejado de hacer fuego, no sólo seguían allí, sino que estaban flanqueadas por una sección de obuses pesados y, silenciosos, los artilleros contemplaron al general mientras se acercaba, el paso decidido, sacando pecho, viril, en apariencia inasequible al desaliento e indestructible, de alta graduación y gran prestigio y, dentro de los límites de aquella concreta extensión de tierra, todavía supremo y omnipotente, si bien, por esa misma alta graduación, no se atreviera a preguntar al oficial de mayor categoría cuándo había detenido el fuego, y menos aún de dónde había llegado la orden, pensando en que durante toda su vida había oído hablar de la señal indeleble que la guerra dejaba en el rostro de un hombre, sin haberla visto nunca personalmente, aunque, por lo menos, había visto la huella que dejaba la paz. Porque sabía ya que el silencio se extendía mucho más allá del frente ocupado por una división o, incluso, por dos divisiones contiguas; ahora sabía ya a qué se referían el comandante de cuerpo y el comandante de grupo al decir, casi con las mismas palabras: «No es posible que no sepa lo que está sucediendo», mientras pensaba *Ni siquiera me van a hacer un consejo de guerra por incompetencia. Ahora que la guerra ya se ha terminado, no tendrán que concederme un consejo de guerra porque a nadie le importará ya, nadie se sentirá obligado en razón del simple reglamento militar a ocuparse de que se haga justicia a mi hoja de servicios.*

—¿Quién manda aquí? —preguntó. Pero antes de que el capitán pudiera responder, de detrás de las piezas salió un comandante—. Soy Gragnon —dijo el general de división—. Obedecen órdenes, por supuesto.

—Así es, mi general —dijo el comandante—. Se nos ha mandado cesar el fuego. ¿De qué se trata, mi general? ¿Qué es lo que está pasando? —aunque esto último se lo dijo ya a la espalda del general, que se había dado la vuelta, y avanzaba de nuevo, rígidamente erguido y cegado sólo en parte; luego una batería abrió fuego, dos kilómetros o incluso más hacia el sur: una descarga, una sacudida irregular; y, con paso decidido pero sin precipitación, fornido y viril e indestructible, se produjo dentro de él un estallido, una revelación involuntaria, una oleada de algo que si aún

siguiera siendo el chiquillo sin padre ni madre, a salvo en el aislamiento de su abandonada cerca pirenaica, habrían sido lágrimas, no más visibles entonces que ahora, como tampoco, ni entonces ni ahora, de pesadumbre sino de inflexibilidad. A continuación hizo fuego otra batería, una descarga, esta vez a menos de un kilómetro de distancia, sin que el general de división vacilara, simplemente cambiando de dirección a media zancada, de manera que en lugar de entrar en la trinchera de comunicación trepó decidido por el repecho, hasta el campo agujereado que quedaba más allá, sin correr todavía, pero con tal rapidez que había cubierto una distancia considerable cuando hizo fuego la siguiente batería, esta vez una de las que acababa de abandonar, disparando su andanada como si quien había creado el silencio lo estuviera subrayando, llamando la atención de los combatientes con aquellos medidos golpes sin sentido, diciendo con el alboroto insignificante de cada explosión, «¿Lo estáis oyendo?».

El puesto de mando de su primera brigada era la bodega de una granja destruida. Había varias personas allí, pero Gragnon no estuvo dentro el tiempo suficiente para reconocerlas, incluso aunque hubiera querido o lo hubiera intentado. Casi inmediatamente volvió a salir, zafando el brazo con brusquedad de la mano del ayudante que había estado con él en el puesto de observación cuando fracasó el ataque. Pero sí aceptó la botella plana, el brandy inanimado como agua estancada en la garganta, ligeramente tibio por el calor del cuerpo del ayudante, insípido. Porque allí por fin disponía de uno de los raros momentos en la soledad y el orgullo del mando en los que podía ser el general Gragnon sin ser, además, el general de división Gragnon.

—¿Qué...? —dijo.

—Vamos —dijo el ayudante con rapidez. Pero el general de división se zafó de nuevo de la mano del ayudante, y no lo siguió sino que lo precedió durante el breve recorrido por el patio de la granja, antes de detenerse y volverse.

—Ahora —dijo.

—¿Ni siquiera se lo han dicho? —preguntó el ayudante. Gragnon no contestó, inmóvil, macizo e indestructible; y, junto con todo ello, sumamente tranquilo. El ayudante se lo dijo—: Lo están parando. Todo nuestro frente..., no hablo sólo de nuestra división ni de nuestro cuerpo de ejército, sino de todo el frente francés. Orden de parar a mediodía, con la excepción de las patrullas aéreas y de algunas piezas de artillería, como las de aquel ángulo. Y los aviadores no se internan: se limitan a patrullar de un extremo a otro por nuestro frente, mientras que, para la artillería, la orden ha sido no apuntar a los boches, sino entre nosotros y ellos, lo que los norteamericanos llaman tierra de nadie. Y los boches están haciendo lo mismo con la artillería y la aviación; y la orden es que los británicos se unan a las quince horas, para ver si los boches que tienen enfrente hacen lo mismo —el general de división se

lo quedó mirando—. No es sólo nuestra división: son todos; nosotros y también los boches —y entonces el ayudante se percató de que el general seguía sin entender—. Es la tropa —dijo el ayudante—. Los soldados rasos. No sólo el regimiento, ni nuestra división, sino todos los soldados rasos del frente, los boches también, porque les han mandado parar tan pronto como ha cesado la artillería y, sin embargo, habrían tenido la oportunidad de atacar, puesto que sin duda han visto que nuestro regimiento se ha negado, que se ha amotinado; han ido incluso más lejos que nosotros, porque ni siquiera están usando la artillería: sólo su ejército del aire, sin internarse tampoco, patrullando de un extremo a otro de su frente. Aunque, por supuesto, hasta las quince horas no sabrán con seguridad lo que van a hacer los británicos y los norteamericanos ni los boches que tienen enfrente. Son los soldados rasos; los sargentos ni siquiera lo sabían ni sospechaban nada, no habían tenido el menor aviso. Y nadie sabe si simplemente se les ocurrió fijar una fecha por adelantado que coincidiera con nuestro ataque, o si disponían de una señal convenida de antemano que nuestro regimiento utilizaría cuando supiera con seguridad el momento del ataque...

—Falso —dijo el general de división—. ¿La tropa?

—Sí. Todos los que están en el frente por debajo de sargento...

—Falso —dijo el general de división. Lo dijo con una paciencia enorme, agotada, indomable—: ¿No se da cuenta? ¿No ve la diferencia entre un solo regimiento que se cansa, algo que puede ocurrir y que ocurre en cualquier regimiento el día menos pensado; al mismo regimiento que conquistó ayer una trinchera y que mañana, simplemente porque hoy ha puesto pies en polvorosa, tomará un pueblo o incluso una fortaleza? Y eso es lo que está usted intentando decirme —utilizó de nuevo la sucinta expresión soldadesca—. Las tropas, no —afirmó—. Oficiales, mariscales y generales decretaron lo que ha pasado hoy por la mañana, y lo decretaron de antemano como fracaso; los oficiales de estado mayor y los expertos lo planearon para que fracasara; yo proporcioné el fracaso con un regimiento amotinado, y otros muchos oficiales y generales y mariscales se cobrarán el importe a costa de mi reputación. Pero los soldados no. Los he llevado a la batalla toda mi vida. Siempre me he expuesto al fuego enemigo igual que ellos. A algunos los he llevado a la muerte, es cierto; pero yo estaba también allí, al frente, hasta el día en que me concedieron las estrellas suficientes para prohibirme repetirlo. Pero mis hombres no. Mis hombres entienden, aunque a usted se le escape. Incluso ese regimiento habría entendido; sabían el riesgo que corrían cuando se negaron a salir de la trinchera. ¿Riesgo? Desde luego. Porque yo no podría haber hecho otra cosa. Sabían perfectamente que, no por mi reputación, ni por mi propia hoja de servicios ni tampoco por el historial de la división que tengo a mis órdenes, sino por la seguridad futura de nuestras tropas, la seguridad de todos los demás regimientos y divisiones que podrían perecer mañana o el año que viene cuando otro regimiento rehuyera, se rebelara o se negara a obedecer órdenes, no iba a

hacer otra cosa que fusilarlos... —pensando, al mismo tiempo, *Iba. Ya estoy diciendo iba; no voy; iba*, mientras el ayudante lo miraba fijamente con incrédulo asombro.

—¿Le parece posible? —preguntó el ayudante—. ¿Cree de verdad que han detenido las hostilidades únicamente para privarle a usted, como comandante de la división, del derecho de fusilar al regimiento?

—No se trata de mi reputación —se apresuró a decir Gragnon—, ni siquiera de mi hoja de servicios. Sino del historial de la división y de su buen nombre. ¿Qué otra cosa puede ser? ¿Qué otro motivo pueden tener...? —parpadeó de prisa y doloridamente mientras el ayudante se sacaba la botella plana del bolsillo, la destapaba y empujaba con ella la mano del general—. Las tropas... —dijo Gragnon.

—Tenga —dijo el ayudante. El general aceptó la botella.

—Gracias —dijo; inició incluso el gesto de llevársela a los labios—. Los soldados —dijo—. Las tropas. Todos ellos. Desafiantes, rebelándose, no contra el enemigo, sino contra nosotros, los oficiales, que no sólo íbamos donde ellos iban, sino que los dirigíamos, íbamos delante, al frente, que no deseábamos para ellos más que la gloria, que sólo les pedíamos valor...

—Beba, mi general —dijo el ayudante—. Beba.

—Sí, claro —dijo Gragnon. Bebió y devolvió la botella—. Gracias —dijo, e inició un movimiento, pero antes de que pudiera completarlo, el ayudante, que formaba parte de su familia militar desde que lo ascendieran a general de brigada, ya había sacado un pañuelo, inmaculadamente limpio, todavía con los dobleces de la plancha—. Gracias —dijo de nuevo el general, tomándolo y limpiándose el bigote; luego se irguió de nuevo, en la mano el pañuelo todavía abierto, parpadeando de prisa y doloridamente—. Basta ya —dijo a continuación, con sencillez y claridad.

—¿Mi general? —dijo el ayudante.

—¿Sí? ¿Cómo? —dijo Gragnon, parpadeando de nuevo, de manera continua, pero no dolorida ya, ni tampoco muy de prisa—. Bien... —dijo. Luego se dio la vuelta.

—¿Voy con usted? —preguntó el ayudante.

—No, no —dijo el general, echando a andar ya—. Quédese aquí. Quizá lo necesiten. Quizá haya algo más... —su voz no se apagó, sino que cesó simplemente, y él avanzó otra vez con paso decidido, viril e inexpugnable, acercándose a los artilleros, situados ahora a lo largo de la cresta del otro repecho, con el pañuelo abierto en la mano, como si hubiera recibido la orden de transportar una bandera blanca que a él, personalmente, sólo le inspirase vergüenza y pesar. El comandante lo saludó. Gragnon le devolvió el saludo y subió al automóvil, que se puso inmediatamente en movimiento, porque el conductor ya había dado la vuelta. Los restos del avión alemán no estaban lejos y llegaron allí enseguida—. Párese aquí —dijo el general, apeándose—. Continúe. Yo le alcanzaré enseguida —sin esperar

siquiera a que el automóvil reanudase la marcha, trepó por la escarpadura hasta las hierbas destrozadas por la cordita, el pañuelo todavía en la mano. Aquél era el lugar; se había fijado bien, aunque, naturalmente, su aparición repentina habría alarmado al animalillo. Pero aún seguiría allí; acuclillándose e investigando con paciencia, apartando con suavidad los tallos de la maleza, aún podría verlo sobre la hierba, igual a la de los Pirineos, agazapado y sin miedo, esperando sencillamente a que él se inmovilizara, a que recobrase la soledad que era su origen y su linaje y su derecho de primogenitura; las monjas, el capellán mismo cuando se presentaba con sus ojos inconsolables llenos de dedicación y gestos suficientemente amables, pero que nada sabían de hijos, que no habían acariciado nunca, ni golpeado movido por la cólera ni el amor ni el miedo ni la esperanza ni el orgullo, carne de muchacho nacida de su carne y portadora de su inmortalidad, con el mismo amor y esperanza y orgullo intolerantes, más sabio quizá que las hermanas, menos afectuoso que ellas, aunque no menos comprensivo, sin saber nada, como tampoco sabían nada las hermanas, diciendo: «La Madre de Jesucristo, la Madre de todos, es también tu madre»; lo que no le bastaba, porque no quería ni la madre de todos ni tampoco la madre de Jesucristo, sino la madre de uno solo; bastaba con quedarse quieto y esperar hasta que el animalillo se habituara a su repentina aparición, y entonces surgiría el primer sonido, breve, provisional: una subida, casi un tono interrogativo, casi una prueba como para averiguar si estaba realmente allí y dispuesto; luego susurraría la palabra única contra la feroz piedra del mediodía que tenía delante; y estaba en lo cierto: no la cigarra de los Pirineos, por supuesto, pero sí su hermana septentrional, el chirrido insistente e impersonal y constante y discreto, fijo en algún sitio entre la confusión de motor oxidado y armas de fuego y cables ennegrecidos y palancas carbonizadas: algo semejante a un ronroneo, como Gragnon imaginaba que podía hacerlo, durante el sueño, la boca, todavía sin dientes, en torno al pezón dormido.

A su puesto de mando divisional el propietario de la finca lo llamaba su casa de campo, casa que construyó, después de ganar millones en la Bolsa de París, para instalar en su distrito natal a una amante argentina, estableciendo no sólo el símbolo y el monumento, sino trayendo la prueba de su éxito al escenario de su infancia y juventud, su «como les dije», dirigido a sus mayores, alcalde, médico, abogado y juez, que le habían augurado que nunca llegaría a nada; y que había encontrado una buena recompensa no sólo para su patriotismo sino también para sus intereses, cuando las fuerzas armadas pidieron utilizar la casa, puesto que, para empezar, la argentina había renunciado a París de muy mala gana.

El mensaje del puesto de mando del cuerpo de ejército lo estaba esperando: *Chaulnesmont. Se le recibirá el miércoles a las 15 horas. Permanecerá en su alojamiento hasta que pase el automóvil a recogerlo.* Lo arrugó, guardándolo, junto con el pañuelo del ayudante, en el bolsillo de la guerrera; y, de nuevo en casa (la

única casa que había tenido desde que, a los dieciocho años, se vistiera por vez primera el uniforme que desde entonces sería su hogar como su concha es el domicilio de la tortuga), se abrió ante él un tiempo diluido, el vacío de las próximas cinco o seis o siete horas hasta que oscureciera. Pensó en beber. No era bebedor; además de que sólo pensaba de ordinario en las bebidas alcohólicas cuando las tenía delante, era como si hubiera olvidado que existían hasta que alguien le ponía el recipiente en la mano, como había hecho el ayudante con la botella plana. Pero de inmediato rechazó la idea y de manera tajante, y por la misma razón que si hubiera sido bebedor: aunque oficialmente había dejado de ser el general de división Gragnon en el momento en que recibió la orden del comandante de cuerpo de imponerse el arresto domiciliario, el general de división Gragnon tendría que seguir existiendo durante otras cinco o seis o siete horas, quizá incluso uno o dos días más.

Luego, de repente, supo lo que iba a hacer mientras pasaba del alojamiento oficial al privado y, después de cruzar su propio dormitorio —un camarín con revestimiento de madera que el millonario llamaba su sala de armas y que contenía una escopeta de caza que nunca se había utilizado, una cabeza de ciervo (no muy buena) y una trucha disecada, compradas las dos en la misma tienda que la escopeta—, entró en la habitación donde dormían tres de sus ayudantes —el nido mismo de amor, que parecía conservar aún algo de la argentina, aunque nadie podría haber dicho qué, puesto que de ella no quedaba nada, como no fuese quizá algún fantasma inconsolable o lo que los septentrionales imaginan, creen, que es el frenesí libidinoso del otro hemisferio— y encontró el libro en el baqueteado baúl en el que era obligación de uno de los ayudantes transportar de un sitio a otro las pertenencias de los componentes del puesto de mando. Y de inmediato se presentó también el difunto propietario del libro: un antiguo oficial de su estado mayor, un individuo flaco, demasiado alto, de apariencia delicada e incluso lánguida, sobre cuyas inclinaciones sexuales el general albergaba dudas (muy probablemente estaba equivocado), aunque en realidad le tenía sin cuidado, que se incorporó a la familia militar del (entonces) general de brigada poco antes de su último ascenso, y que, según había descubierto el general, también era el producto innominado de otro orfanato; y ese hecho, no el libro, ni la lectura misma, como el general de división acababa por reconocer, con algo semejante a un salvaje autodesprecio, en los momentos de sinceridad, era lo que le hacía advertir de manera constante la presencia del otro, y no que lo bebiera a sorbitos, ni que lo degustara a trozos, ni tampoco, desde luego, que se sumergiera excesivamente en su lectura, puesto que era un ayudante de campo satisfactorio, hasta el punto de que, a la larga, el general tuvo la impresión de que el libro baqueteado y lleno de páginas con la esquina doblada era el ayudante de campo y la persona que lo leía nada más que su asistente; hasta que, por fin, una noche, mientras esperaban a un mensajero con una respuesta del frente sobre una orden, acerca de ciertos prisioneros,

que un general de brigada había olvidado firmar (el ayudante de campo se ocupaba de cuestiones jurídicas), le hizo una pregunta y luego escuchó, con frío y desinteresado asombro, la siguiente respuesta:

—Era modisto. En París...

—¿Era qué? —dijo el general de división.

—Diseñaba ropa de mujer. Lo hacía bien. Y habría llegado a ser todavía mejor con el tiempo. Pero no era eso lo que quería. Quería ser valiente.

—¿Ser qué? —dijo el general.

—Sí, ya me entiendes, quería ser un héroe. Pero en lugar de eso me dedicaba a vestir mujeres. Así que se me ocurrió hacerme actor..., Enrique V..., Tartufo mejor que nada..., incluso Cyrano. Pero eso no sería más que interpretar, fingir ser otro, no yo. Hasta que, por fin, supe lo que tenía que hacer. Escribir.

—¿Escribir?

—Sí. Obras de teatro. Escribirlas yo, en lugar de interpretar las ideas de otros sobre qué es ser valiente. Inventar yo mismo los hechos y las situaciones gloriosas, crear los personajes valientes, capaces de realizar los hechos y de enfrentarse con las situaciones y superar las dificultades.

—¿Y eso no sería también una ficción? —preguntó el general.

—Pero sería yo quien lo escribiera, inventara y creara.

El general tampoco se dio cuenta de la humildad que había en sus palabras, de la modestia llena de obstinación, aunque fuese tímida. Habría hecho eso al menos.

—Ah —dijo el general—. Y ahí está el libro.

—No, no —dijo el oficial—. Este libro lo escribió otra persona. Yo no he escrito aún el mío.

—¿No lo ha escrito todavía? Aquí ha tenido tiempo —sin saber siquiera que había manifestado su desprecio, ni tampoco incluso que había tratado de ocultarlo o, quizá, que tendría que haberlo intentado. Y esta vez el ayudante no se mostró humilde, ni siquiera obstinado; sin duda alguna el general no hubiera reconocido la desesperación, aunque sí, quizá, la indomable resolución:

—Aún no sé lo bastante. Necesitaba esperar a terminar los libros para encontrar...

—¿En los libros? ¿Encontrar qué en los libros?

—Sobre el valor. Sobre la gloria, cómo la consiguen los hombres, y cómo la soportan después de conseguirla, y cómo otras personas viven después con ellos; y el honor y el sacrificio, y la piedad y la comprensión que se ha de tener para ser digno del honor y del sacrificio, y del valor que se necesita para compadecerse, y el orgullo necesario para merecer el valor...

—¿Valor para compadecerse? —dijo el general.

—Sí. Valor. Cuando alguien se detiene a compadecer, el mundo le pasa por encima. Se necesita orgullo para ser tan valiente.

—¿Orgullo de qué? —dijo el general.

—No lo sé todavía. Eso es lo que estoy tratando de averiguar —tampoco, en aquel momento, reconoció el general la serenidad, puesto que, probablemente, él le daba otro nombre—. Y lo encontraré. Está en los libros.

—¿En ese libro? —preguntó el general.

—Sí —dijo el oficial, y se murió o, más exactamente, el general lo echó en falta una mañana o, más bien, no lo encontró por ningún sitio una mañana. Pasaron dos horas antes de que descubriera dónde estaba, y otras tres o cuatro antes de que se enterase exactamente de lo que había hecho, y nunca supo por qué ni cómo estaba allí, en primera línea, en donde al ayudante jurídico de un general de división nada se le había perdido, sentado, detrás de un muro, junto a un mensajero del regimiento, así fue como lo contó este último, cerca de un recodo muy utilizado por los automóviles del estado mayor, un lugar que, al menos eso era lo que el mensajero aseguraba haberle dicho al ayudante de campo, el enemigo había empezado a batir con una pieza de artillería aquella misma mañana. Y se había advertido a todo el mundo, pero el automóvil se acercaba de todos modos, aún seguía avanzando después de que el ayudante se pusiera en pie de un salto y empezara a agitar los brazos para que se detuviera. Pero el automóvil se negó a detenerse, avanzando incluso después de que el ayudante saltara a la calzada, todavía tratando de parar el coche después de que el mensajero, según contó, oyera ya el proyectil que llegaba, por lo que también el ayudante de campo debió de oírlo; y cómo este último no podía saber que en el vehículo viajaba no sólo una rica expatriada estadounidense, una viuda cuyo único hijo servía en una escuadrilla de la aviación francesa a pocos kilómetros de distancia y que financiaba un centro para huérfanos de guerra cerca de París, sino también un comandante de estado mayor parisino muy bien relacionado. Pero no dispusieron de nada donde prender la medalla cuando finalmente se la concedieron, ni tampoco de nada que identificar para enterrarlo con la medalla, de manera que la condecoración seguía en el baqueteado baúl que sus sucesores vigilaban durante el traslado de puesto en puesto; y el general de división sacó el libro y leyó el título y luego volvió a leerlo con creciente exasperación, repitiéndolo en voz alta, diciendo casi en voz alta: *De acuerdo. Lo escribió Blas. Pero ¿cuál es el título del libro?*, hasta que se percató de que la palabra que estaba mirando era el título del libro y que, por consiguiente, el libro tenía que ser acerca de una persona, pensando Sí, recordando trozos, fragmentos, ecos de aquella noche dos años atrás, diciendo esta vez el nombre en voz alta: «*Gil Blas*», escuchando, concentrado, por si quizá pudiera surgir de las páginas cerradas, a través quizá de la portada misma y el sencillo nombre, algo, algún eco del estruendo, del choque resonante, los sonoros clarines y las trompetas, el... ¿*Cómo era?*, pensó. *La gloria, el honor y el valor y el orgullo...*

Regresó a su dormitorio con el libro en la mano. A excepción de su catre de

campana, su baúl y su pupitre, los muebles aún pertenecían al propietario de la casa y a la argentina. Tenían aspecto de haberlos comprado todos en la misma tienda, probablemente encargándolos por teléfono. Colocó la única silla bajo la luz que entraba por la ventana junto a la trucha disecada, se sentó y empezó a leer, despacio, rígidamente, sin mover siquiera los labios, inflexible en la fortaleza y el sufrimiento como si estuviera posando cincuenta años atrás para su retrato. Al cabo de algún tiempo cayó la tarde. Se abrió la puerta, pero trasluciendo la vacilación de quien lo hacía; a continuación se abrió un poco más y entró sin hacer ruido un asistente, se acercó a la mesa y se dispuso a encender la lámpara que descansaba sobre ella, sin que el general levantara siquiera la vista para decir «Sí», incluso cuando estalló la suave mancha de luz, silenciosa y brillante sobre la página que tenía entre las manos, todavía leyendo cuando se retiró el asistente, todavía leyendo hasta que tuvo la bandeja sobre la mesa junto a la lámpara y desapareció el asistente. Luego el general dejó cuidadosamente el libro y se volvió hacia la bandeja, inmóvil de nuevo por espacio de un segundo, enfrentándose, como en cierto modo se había enfrentado con el libro antes de abrirlo, con la bandeja que contenía una fuente cubierta, el pan, el plato, los cubiertos, el vaso, una botella de vino, otra de ron y una tercera de *cassis* que llevaba ya tres años viendo sobre aquella bandeja: las mismas botellas que nunca había tocado, los mismos corchos sacados todos los días y luego apretados de nuevo e incluso desempolvados otra vez, el mismo nivel de líquido en cada una de ellas que cuando vinatero y fabricante las llenaron. Como tampoco usaba el cuchillo y el tenedor cuando comía a solas de una bandeja como en este caso, alimentándose sin voracidad, sin nada realmente vulgar en sus modales: introduciéndose los alimentos en la boca con rapidez y eficacia, utilizando los dedos y algún trozo de pan. A continuación, después de una brevísima pausa, no de indecisión sino simplemente para recordar en qué bolsillo, sacó el pañuelo del ayudante, se limpió cuidadosamente el bigote y los dedos, lo arrojó sobre la bandeja, apartó la silla de la mesa, tomó de nuevo el libro e hizo otra pausa, inmóvil, el libro alzado a medias, aunque nadie hubiera podido decir si estaba mirando la página o la ventana abierta que tenía delante, mirando o escuchando la oscuridad llena de primavera, el innumerable silencio lleno de paz que enmarcaba la ventana. Luego alzó aún más el libro y entró, se metió en él como entra un paciente en el despacho del dentista para el último ajuste insignificante antes de pagar la factura, y leyó de nuevo, rígido e inflexible, mientras lentamente se acumulaban las páginas, de las que no se saltó, evitó ni ignoró una sola palabra, con un asombro frío, incrédulo, respetuoso, no por las sombras de hombres y mujeres, dado que eran invenciones y como es lógico no se las creía — además de tratarse de otro país y de hacía mucho tiempo, de modo que, aunque hubieran sido reales, nunca podrían alterar, afectar el curso de su vida y su destrucción—, sino por la capacidad y laboriosidad y (lo admitía) la competencia del

hombre capaz de recordar todo aquello y de escribirlo.

Se despertó de inmediato, con perfecto conocimiento del futuro. Incluso recogió el libro caído antes de consultar el reloj de pulsera; sin estremecimiento de preocupación o desaliento, como si supiera de antemano que podría llegar al *château* antes de amanecer, sobrándole tiempo. No era que fuese a suponer ninguna diferencia; simplemente había planeado ver aquella noche al comandante de grupo, y dormir sin intención de dormir y despertarse sin que nadie tuviera que despertarlo, con tiempo más que suficiente para ver al comandante de grupo mientras, al menos técnicamente, era todavía de noche.

De manera que no había amanecido aún cuando el centinela de la entrada le permitió (iba él solo, conduciendo el automóvil) atravesar la verja y recorrer la avenida que se dirigía en línea recta, y ahora abovedada, hasta el *château*, a través de la oscuridad primaveral, ruidosa ya con el canto de los ruiseñores a la espera del alba. Un próspero salteador de caminos había decidido su emplazamiento y la forma del parque que lo rodeaba; un pariente lejano de una reina francesa lo había restaurado en el estilo italiano de su tierra natal; luego perteneció a sus descendientes, marqueses; después a la República; más tarde a un mariscal de Napoleón; finalmente a un millonario levantino; y durante los últimos cuatro años, a todos los efectos, había sido propiedad del general francés que mandaba el grupo de ejércitos del sector. Y el general de división no se percató de la presencia de los ruiseñores hasta que estuvo dentro del parque y puede que fuera en aquel momento cuando comprendió que él no poseería nunca ninguna de las dos cosas: ni mando de ejército ni *château*, ni ruiseñores para que los escucharan los generales de división, ya condenados, que acudieran a renunciar tanto a su pasado como a su futuro. Y aún no había amanecido cuando detuvo bruscamente el automóvil delante de la oscura mole que tenía menos de Luis que de Florencia y más de barroca que de ninguna otra cosa, frenó con la ferocidad con que hubiera tirado de las riendas del caballo reventado, se apeó y cerró con estrépito la portezuela a sus espaldas contra el silencio de la noche como hubiera arrojado las riendas al mozo de cuadra sin detenerse siquiera para comprobar que la cabeza del animal estaba segura, y subió luego los amplios escalones de muy poca altura hasta la terraza con su balaustrada de piedra tallada y los jarrones enguirnaldados, también de piedra. Aunque tampoco podía decirse que hubieran desaparecido por completo los vestigios del gótico: un montón de estiércol equino de dos o tres días de antigüedad junto a la puerta de la terraza, como si el principesco salteador de caminos de otros tiempos hubiera regresado en carne y hueso, o quizá sólo se hubiera marchado dos días antes, y que el general de división miró de reojo al pasar, pensando cómo el forraje crecido en aquel gredoso suelo septentrional sólo daba a los caballos tamaño sin consistencia, distendiendo a los animales con su inútil volumen: ni velocidad ni resistencia como los animales duros, enjutos y ligeros,

criados en el desierto para resistir con casi nada, indiferentes incluso a ese poco. Y no sólo los caballos: el hombre también, mientras pensaba *También yo era capaz de hacerlo antes de volver a Francia*, diciéndose que la longevidad del ser humano desborda su verdadera vida y que todos somos nuestros propios mendigos, desamparados; pensando, como habían pensado y dicho otros hombres antes que él, que a ningún soldado debería permitírsele sobrevivir a su primer combate y luego ya sin pensar nada, dirigiéndose con paso decidido hacia la puerta y golpeándola, con decisión, con autoridad, con fuerza.

Vio la vela, oyó los pies. La puerta se abrió: no ayudante desaliñado del Faubourg Saint Germain, sino simple soldado; un individuo de mediana edad con botas de infantería desanudadas y tirantes caídos, sujetándose los pantalones con la mano libre por encima de una camisa de paisano de color malva, cuya tirilla sin cuello estaba cerrada con un pasador de latón deslustrado del tamaño y forma de un colmillo de lobo. Incluso el hombre no parecía haber cambiado; la camisa, desde luego, era la misma: el general de división quizá los había visto, a él y a la camisa, aquel día, quince años atrás, cuando Bidet, por fin, ascendió a capitán y a instructor de la *École Militaire*, y él y su mujer, que lo había acompañado a África cuando era aún suboficial, pese a que ella no consiguió mejor acomodo que un sobrado en la medina de Orán, pudieron finalmente dormir todas las noches bajo el mismo techo, y el mismo soldado, aunque con un mandil de bayeta sobre la sucia camisa violeta, fregaba los escalones de la entrada o la escalera mientras la mujer de Bidet permanecía a su lado como otro sargento, con un abultado manojito de llaves a la cintura que se entrechocaban a cada uno de los convulsos estremecimientos del soldado cuando ella murmuraba, y con el mismo mandil de bayeta sirviendo a la mesa durante las comidas; y, al parecer, el mismo soldado (o por lo menos uno del mismo tamaño), y sin duda la misma camisa ocho años después, cuando Bidet ya era coronel y ganaba lo bastante para permitirse también un caballo, que ahora servía a la mesa con un delantal blanco sobre la camisa sin cuello y el abultado manojito de llaves repiqueteando sobre auténtico satén o incluso verdadera seda fúnebre a cada uno de sus convulsos estremecimientos, las mismas pesadas botas bajo el delantal, trayendo junto con las viandas el olor a estiércol, y el mismo pulgar gigantesco en los cuencos de sopa.

Gragnon siguió a la vela hasta el dormitorio que el caballeresco salteador de caminos, junto con la sombra del mariscal imperial, habrían contemplado con despreciativa incredulidad, en el que podían haber dormido o no los marqueses descendientes del florentino, pero en donde sin duda lo había hecho el millonario levantino, y vio algo más que, ahora se percataba, tampoco esperaba que hubiese cambiado, aunque la persona que los llevaba sí hubiera cambiado. Llegado al pie de la cama, tuvo delante, al otro lado de la desgastada tabla con guirnalda pintada, al

comandante del grupo de ejércitos, recostado contra las almohadas apiladas, con el mismo gorro y camisa de dormir de franela que llevara a África aquel día, veinticinco años atrás, en el que tuvo que dejar a su esposa bajo el abrasador alero de la casa de la medina, porque entonces no tenían dinero (Bidet hijo único de una viuda que vivía —o trataba de vivir— con la pensión de su marido, maestro de escuela saboyano, ella misma una de las seis hijas de un sargento mayor de marina jubilado), mientras él permanecía ausente por espacio de casi dos años en su primer recorrido como suboficial por los puestos de avanzada; enfrentándose con el hombre que ni siquiera ahora parecía un soldado francés y que en aquel primer día veinticinco años antes parecía completa y, más aún, criminalmente fuera de lugar, dado que por entonces tenía aspecto de maestro tísico, condenado no sólo al fracaso puro y simple sino a la absoluta indigencia y al suicidio, que pesaba por entonces menos de cuarenta y cinco kilos (había ganado peso con el tiempo, era casi regordete, y, en algún momento de su carrera, semejante a la de un cohete de retardo, también las gafas habían desaparecido) y llevaba unos lentes de un espesor tan formidable que sin ellos casi se quedaba ciego, e incluso también con ellos, puesto que durante una tercera parte del tiempo estaban tan sudados que resultaban opacos, y Bidet se pasaba otra tercera parte secándolos con los faldones de su albornoz a fin de ver algo antes de volver a quedar cegado por el sudor, y que había aportado a la vida en campaña de aquel regimiento de caballería del desierto algo de la vida monacal, algo de la fría mirada intolerante, feroz y sin parpadeo alguno, que arde a medianoche en la asepsia sacrosanta de los laboratorios clínicos o de investigación: esa despiadada preocupación por el hombre, no como instrumento del imperio, mucho menos aún como insignificante y valerosa criatura que soporta, impertérrita, sobre sus huesos y su carne frágil, el peso agobiante de su tradición y de su larga, inexplicable e incomprensible tribulación, y ni siquiera, de hecho, como animal en funcionamiento, sino como máquina en funcionamiento, en el mismo sentido en que lo es una lombriz de tierra, que vive, pura y simplemente, para transportar, sin moverse ella misma, a la distancia de su longitud corporal, el medio en el que vive, lo que, pasado el tiempo debido, cambiaría la posición de toda la tierra esa pulgada infinitesimal, con lo que al final sus insaciables mandíbulas ciegas no encontrarían nada que masticar más allá del abismo giratorio: aquella preocupación fría, acerba, desdeñosa con las aberturas y los orificios y membranas mucosas del cuerpo, como si él mismo no poseyera ni unas ni otros; él, que declaraba que ningún ejército era mejor que su ano, puesto que incluso sin pies podía arrastrarse hacia adelante y luchar, y así se ganó su apodo, debido a su fe inflexible en su propia doctrina, un apodo repetido al principio en tono de burla y con desprecio, más tarde con alarma e indignación y luego con rabia y finalmente con furor preocupado e impotente por cuanto sus inflexibles esfuerzos para probar su doctrina pronto llegaron más allá de su propio pelotón, hasta

compañías y escuadrones donde, siendo todavía un simple teniente de caballería, no tenía derecho ni motivo alguno para intervenir; y después repetido ya sin intención ridiculizadora, ni siquiera con desprecio ni indignación en ningún sitio, porque para entonces todo el ejército de África sabía que, sentado en una tienda de campaña, le había explicado al comandante de su regimiento cómo recuperar a dos exploradores capturados una noche por una banda de jinetes cabileños que desaparecieron después como antílopes; porque su sistema funcionó y, más adelante, siempre dentro de la tienda, le había dicho al general en persona cómo hacer llegar, a un puesto avanzado hasta entonces seco, el abastecimiento constante de agua potable, procedimiento que también había sido un éxito; luego ascendió del coronelato docente al mando de una división de campo en 1914, para ser tres años después el comandante competente y consagrado de un grupo de ejércitos y ya, de manera extraoficial, el segundo en la lista de candidatos para un bastón de mariscal sin haber cumplido aún los cincuenta y cinco, recostado —con su camisón y gorro de dormir de franela— en el ostentoso lecho del dormitorio rococó iluminado por la vela barata en la palmatoria de hojalata que el asistente había colocado en la mesilla de noche, como un concejal, antiguo tendero, sorprendido, pero no alarmado ni siquiera preocupado, en un suntuoso burdel.

—Tenía usted razón —dijo el general de división—. No voy a ir a Chaulnesmont.

—Ha luchado usted toda la noche —dijo el comandante de grupo—. ¿Con qué ángel?

—¿Cómo? —dijo Gragnon. Parpadeó sólo un segundo. Luego añadió, con firmeza y calma, como alguien que avanza decidido en la más completa oscuridad, sacándose al mismo tiempo de la guerrera un papel doblado que dejó caer sobre las rodillas del comandante de grupo—: No me ha llevado tanto tiempo.

Mama Bidet no tocó el papel. Se limitó a mirarlo.

—¿Sí? —preguntó amablemente.

—Es mi dimisión —dijo el otro.

—¿Cree que esto es el fin, no es eso?

—¿Cómo? —dijo Gragnon—. Ah, la guerra. No, no creo que sea el fin. Habrá algo que pueda hacer como civil. En otros tiempos fui incluso un veterinario aceptable; también herrero. O quizá sirva incluso para llevar una cadena de producción (¿es así como lo llaman, no es cierto?) en una fábrica de municiones.

—¿Y luego? —dijo el comandante de grupo.

El general de división lo miró, aunque sólo un instante.

—¿Se refiere a cuando eso haya terminado? Me marcharé de Francia. Quizá al Pacífico meridional. Una isla...

—Como Gauguin —dijo afablemente Mama Bidet.

—¿Quién?

—Otra persona que también descubrió un día que ya estaba harto de Francia, se fue al Pacífico meridional y se convirtió en pintor.

—Yo hablo de otro sitio —dijo Gragnon de inmediato—. En esa isla no habrá gente suficiente para necesitar que alguien les pinte la casa.

El comandante de grupo extendió la mano, recogió el papel doblado, se volvió y, sin desdoblarlo, acercó una esquina a la llama de la vela hasta que se prendió y empezó a arder con fuerza; aún lo sujetó unos segundos más antes de dejarlo caer, con un ruido silbante, en el orinal junto a la cama. Con el mismo impulso abandonó la posición vertical hasta estar de nuevo acostado, tirando hacia arriba de las sábanas.

—Chaulnesmont —dijo—. Mañana, a las tres; aunque ya es mañana.

Y entonces el general de división también se percató de ello: la modificación, el día, el invencible mañana indiferente que llega siempre, que el ser humano es incapaz de desviar, inmune a su voluntad; ayer fue testigo de su cólera, hoy la habría olvidado. Pasó incluso un segundo aproximadamente antes de que se percatara de que Mama Bidet seguía hablando con él:

—... si el mundo piensa que quiere dejar de luchar durante veinticinco o treinta años, perfecto. Pero no de esa manera. No como un grupo de jornaleros en un campo a medio segar que de repente se echan al hombro la guadaña y la fiambra y se marchan por donde han venido. Esta tarde en Chaulnesmont.

—Porque existen reglas —dijo con desabrimiento el general de división—. Nuestras reglas. Hemos de hacer que se cumplan o moriremos..., los capitanes y los coroneles..., cueste lo que cueste...

—Nosotros no hemos inventado la guerra —dijo el comandante de grupo—. La guerra nos creó a nosotros. De las entrañas de la furiosa avaricia innata del ser humano surgieron capitanes y coroneles para satisfacer sus necesidades. Somos responsabilidad suya y no la rehuirá.

—Pero yo no —dijo Gragnon.

—Usted también —dijo el comandante de grupo—. Incluso podemos permitir en ocasiones que nuestras propias tropas nos fallen; es uno de los prerrequisitos eternos de su destino y de su condena en tanto que tropa. Pueden incluso poner fin a las guerras, como ya lo han hecho antes y volverán a hacerlo en el futuro; nuestro destino y nuestra condena es protegerlos para que no sepan que han sido ellos los artífices. Dejemos que la confusión y el vasto hervidero humano se confabulen para detener las guerras si así lo desean, siempre que logremos evitar que se enteren de que lo han conseguido. Hace un momento ha dicho usted que debemos hacer cumplir nuestras reglas o, de lo contrario, morir. No es el incumplimiento de una regla lo que nos destruirá. Es menos aún lo que se necesita. Bastaría con que desapareciera una sola palabra de la memoria de los hombres. Pero no corremos ese peligro. ¿Sabe cuál es la palabra?

El general de división lo miró un momento.

—¿Cuál? —preguntó.

—Patria —dijo el comandante de grupo. Alzó la ropa de la cama, como gesto preparatorio para taparse con ella la cara y la cabeza—. Sí, se les puede dejar creer que pueden pararla, siempre que no sospechen que lo han conseguido —la ropa estaba en movimiento; sólo se veían ya la nariz, los ojos y el gorro de dormir del comandante de grupo—. Dejémosles creer que mañana acabarán con ella; porque así no se les ocurrirá pensar que quizá puedan detenerla hoy. Mañana. Y de nuevo mañana. Y una vez más mañana. Ésa es la esperanza que usted les va a conceder. Las tres estrellas que el sargento Gagnon ganó con su propio esfuerzo, sin ayuda de ningún hombre ni de Dios, le han condenado, general. Considérelo su martirio por el mundo, al que usted habrá salvado. Esta tarde en Chaulnesmont.

Y en aquel momento el general de división dejó de ser general, y menos aún el sargento de veinticinco años atrás, cuyo inflexible orgullo había consistido en no aceptar favores de nadie.

—Pero a mí —dijo—. ¿Qué me va a suceder a mí?

Y ya hasta el gorro de dormir había desaparecido, y de debajo de la ropa de la cama llegó una voz ahogada.

—No lo sé —dijo la voz—, pero será glorioso.

Martes por la noche

Aquel martes, en el frente, algo después de medianoche (era ya miércoles), dos soldados británicos descansaban sobre la banqueta de tiro de una trinchera de la primera línea de fuego, por debajo del escorial de Béthune. Dos meses antes lo veían no sólo desde otro ángulo sino desde otra dirección; hasta entonces su relación con el frente, siempre idéntica, parecía preceder a cualquier recuerdo. Pero desde la ruptura del frente la inmovilidad había desaparecido. Seguía existiendo, por supuesto, el antiguo pasillo, con un techo formado por los aullidos y el violento olor a cordita, pero sujeto a la tierra únicamente por los dos extremos: el primero en algún lugar del Canal de la Mancha, y el segundo en algún sitio del techo de Francia, de manera que parecía combarse ante el vendaval teutónico como una cuerda de colgar la ropa que el viento estuviera a punto de llevarse. Y desde las tres de la tarde de la víspera (más bien desde primera hora de la mañana, porque los franceses abandonaron a mediodía) se había limitado a estar suspendida, inmóvil, frente al empuje detenido del aire germánico, desprovista incluso de techo, puesto que, con la oscuridad, al regresar a su base el último avión encargado de patrullar, sólo quedaban las señales luminosas que subían en arco desde detrás de las oscurecidas alambradas con un débil silbido, al que seguía un prolongado resoplido, hasta florecer, suspendidas del paracaídas, recortándose sobre la oscuridad con la misma textura y el mismo color frío que las luces con que se trabaja en el depósito de cadáveres cuando se practica una autopsia, para luego descender silenciosas por el aire oscuro como gotas de grasa sobre el cristal de una ventana; y, muy a lo lejos, en el norte, el destello y el estruendo periódicos de un solo cañón de gran calibre, sin ruido de impacto, como si estuviera disparando hacia el Canal, o hacia el mismo mar del Norte a ochenta kilómetros de distancia, o quizá incluso a algún blanco más vasto y todavía más inmune: el cosmos, el espacio, el infinito, levantando la voz contra el Absoluto, convertido en el esencial «Aquí-estoy-yo», inofensivo: las férreas fauces de Plutón, desdentadas, incansables, ineficaces, vociferantes.

Uno de los soldados era un centinela. De pie en la banqueta de tiro, ligeramente apoyado en la pared, junto a la abertura protegida por sacos terreros, sobre los que descansaba su fusil, cargado y amartillado y con el seguro quitado. En la vida civil había sido sin duda mozo de caballos, porque incluso vestido de color caqui y después de cuatro años de guerra en infantería, aún se movía rodeado por un efluvio, por una atmósfera de establos y cuartos de arcos; un hombre con tamaño de yóquey, rasgos toscos y patiuerto que parecía haber traído algo duro, ligero y cortante — relacionado con caballos y apuestas— al barro francés y flamenco; un individuo que se colocaba el casco de acero con la misma incorrecta inclinación de la sucia gorra de

llamativos cuadros que habría sido la insignia de su antigua vocación y tarea. Aunque todo esto eran sólo deducciones a partir de su apariencia y aspecto general, puesto que él no había dicho nada a nadie; ni siquiera los compañeros de batallón que habían sobrevivido lo suficiente para compartir con él cuatro años en el frente sabían nada sobre su pasado, como si no lo tuviese, como si no hubiera nacido hasta el cuatro de agosto de 1914; una paradoja viviente, algo que estaba por completo fuera de lugar en un batallón de infantería y un enigma tal que, seis meses después de haberse incorporado a filas (aproximadamente en las Navidades de 1914), el coronel que mandaba su regimiento tuvo que acudir a Whitehall para informar de manera exhaustiva sobre aquel personaje. Porque las autoridades habían descubierto que once soldados del batallón lo habían nombrado beneficiario de su seguro militar de vida; cuando el coronel llegó al Ministerio de la Guerra, la cifra se elevaba ya a veinte y, aunque el coronel había hecho por su cuenta durante dos días una minuciosa investigación antes de abandonar el batallón, consiguió saber muy poco más que Londres. Y es que los oficiales de la compañía afectada no sabían nada, de los suboficiales obtuvo únicamente rumores y suposiciones, y de los soldados tan sólo una sorprendida inocencia, respetuosa e inexpresiva, en lo referente a la existencia misma del individuo en cuestión; el resumen de todo lo cual era que los interesados —once cuando el Ministerio de la Guerra recibió el primer informe, veinte en el momento en que el coronel llegó a Londres y (el coronel llevaba ya doce horas ausente del batallón) nadie sabía cuántos más para entonces— se habían presentado ante el sargento mayor del batallón de la manera más decorosa y de acuerdo con las normas y, al parecer, actuando con plena libertad y según sus deseos, para solicitar algo que, por carecer todos ellos de herederos legales, tenían perfecto derecho a pedir, y era obligación del imperio acceder a ello. En cuanto al personaje mismo...

—Sí —dijo el comandante de estado mayor que estaba realizando la investigación oficiosa—, ¿qué dijo el interesado? —y luego, al cabo de un momento—: ¿Ni siquiera lo interrogó?

Esta vez el coronel se encogió de hombros.

—¿Para qué? —preguntó.

—Cierto —dijo el comandante—. Aunque yo hubiera tenido tentaciones..., únicamente para enterarme de qué demonios es lo que les está vendiendo.

—Preferiría saber más bien con qué le pagan quienes sí tienen herederos legales y por lo tanto no pueden cederle el seguro —dijo el coronel.

—Con el alma, sin duda —dijo el comandante—. Puesto que la muerte ya la tienen comprometida —y eso fue todo. En conjunto, las ordenanzas reales, por medio de las cuales se había seleccionado y puesto a prueba y confirmado toda concebible actividad y postura e intención, caqui o azul, proporcionando una regla para cada una y una sanción para cada regla, no ofrecían nada que abarcara un caso como aquél:

porque no se había infringido disciplina alguna, ni se había tenido tratos con el enemigo, ni se había dejado de sacar brillo a ningún metal, ni de doblar adecuadamente ninguna polaina, ni se había omitido el saludo a ningún oficial. El coronel, sin embargo, siguió allí sentado, hasta que el comandante, algo más que curioso ya, no pudo contenerse:

—¿De qué se trata? Dígalo.

—No puedo —respondió el coronel—. Porque la única palabra que se me ocurre es amor —para explicar que aquel individuo estúpido, desabrido, sucio, huraño, realmente desagradable, que, al parecer, no era ni jugador ni bebedor (durante los dos últimos meses, el sargento mayor del batallón y el sargento que era el asistente del coronel habían sacrificado, oficiosamente, por supuesto, una parte no pequeña de su tiempo libre y también de su sueño, para presentarse por sorpresa en abrigos subterráneos, alojamientos en los pueblos y cafetines comprobándolo), y que, a plena luz del día, daba la sensación de carecer de amigos, cada vez que el sargento mayor o el asistente del coronel entraban en uno de los refugios o alojamientos los encontraban, sin embargo, abarrotados. Y ni siquiera eran siempre los mismos soldados, sino que cada vez encontraban una nueva colección de rostros, por lo que, durante cada periodo entre dos días de paga, cualquiera encargado de quedarse junto a la litera del susodicho habría podido pasar lista a todo el batallón; de hecho el mismo día de la paga, o durante uno o dos días después, se habría podido ver cómo la hilera, la cola, se extendía hasta la calle, como cuando la gente espera para entrar en un cine, mientras que el refugio, el cuarto mismo, estaba abarrotado de soldados de pie o sentados o acucillados alrededor de la litera o del rincón en el que el individuo mismo estaba tumbado, con mucha frecuencia dormido, taciturnos y resignados y ni siquiera hablando, como personas en la consulta del dentista, esperando tan sólo, eso era lo importante, tal como pudieron comprobarlo el sargento mayor y el asistente del coronel, a que ellos dos se marcharan.

—¿Por qué no darle un galón? —preguntó el comandante—. Si es devoción lo que sienten por él, ¿no habría que emplearlo para la mayor gloria de las armas inglesas?

—¿Cómo? —respondió el coronel—. ¿Tratar de comprar con un ascenso al hombre que ya es dueño del batallón?

—Quizá deba usted cederle su seguro y el saldo de su libreta.

—Sí —dijo el coronel—. Si me da tiempo a hacerlo.

Y aquello fue todo. El coronel pasó catorce horas con su mujer. Al siguiente mediodía estaba de nuevo en Boulogne; a las seis de la tarde su automóvil entraba en el pueblo donde se hallaba acantonado el batallón.

—Pare aquí —dijo el coronel, inmovilizándose por un momento mientras contemplaba la hilera de soldados que avanzaba infinitesimalmente hacia la puerta de

uno de esos patios de piedra que los franceses han estado repartiendo durante mil años por los campos de la Picardía y del Artois y de Flandes sin otro propósito, al parecer, que albergar entre batallas a las tropas de las naciones aliadas venidas para ayudarles a conservarlos. *No, pensó el coronel, no se trata de un cine; no hay suficiente expectación, aunque la urgencia sea grande. Es como si aguardaran ante unas letrinas*—. Siga adelante —dijo.

El otro soldado raso era un mensajero del batallón. Estaba sentado en la banqueta de tiro, el rifle al lado, y él medio apoyado, medio recostado, contra la pared, botas y polainas limpias del barro ya seco de las trincheras pero cubiertas con el polvo reciente de las carreteras; su actitud no era tanto de indolencia como de fatiga, de agotamiento físico. Aunque no se trataba en realidad de agotamiento, sino todo lo contrario, ya que, debido a la tensión subyacente, el agotamiento no daba la impresión de dominarlo, sino que, más bien, parecía llevarlo como llevaba el polvo; recostado y apoyado a medias, había hablado sin parar durante cinco o seis minutos, sin que apareciera en su voz el menor indicio de agotamiento. En aquel formidable tiempo antiguo llamado paz, había sido no sólo arquitecto de éxito, sino un buen arquitecto, pese a pecar (en su vida privada) de esteta e incluso, hasta cierto punto, de preciosista; en los buenos tiempos pasados, habría estado a aquella hora en un restaurante o en un estudio de Soho (o, con un poco de suerte, hasta en un salón de Mayfair o incluso, por lo menos en una o dos o quizá hasta tres ocasiones, en un *boudoir*), llevando la voz cantante de la conversación sobre el arte o la política o la vida o ambas cosas o incluso las tres. Figuró entre los primeros voluntarios londinenses, y fue soldado raso en Loos; antes de tener siquiera un galón de cabo de lanceros en la bocamanga consiguió sacar a su pelotón de una situación difícil y devolver a sus hombres con vida al otro lado del Canal de la Mancha; luego estuvo al mando de un pelotón durante cinco días en Passchendaele y, confirmado en su puesto, lo enviaron desde el campo de batalla a la academia de oficiales; al salir de allí llevó durante cinco meses en la bocamanga su única estrella, hasta 1916 y la noche en la que, al terminar una misión, entró en el refugio donde el capitán de su compañía se estaba afeitando con ayuda de un espejo metálico.

—Quiero dejarlo —dijo.

Sin detener la navaja barbera ni moverse siquiera lo bastante para ver el reflejo del otro en el espejo, el capitán respondió:

—Como cualquier hijo de vecino.

Luego dejó de afeitarse.

—Probablemente habla usted en serio. De acuerdo. Vaya a la trinchera y dispárese en un pie. Por supuesto, casi nadie lo consigue, pero...

—Entiendo —respondió el otro—. No, no quiero dejar la guerra —se tocó la estrella del hombro izquierdo con un movimiento rápido de la mano derecha y luego

la dejó caer —. Es sólo que no quiero seguir llevando esto.

—Quiere volver a ser soldado raso —dijo el capitán—. Ama tanto al ser humano que tiene que dormir en el mismo barro que él.

—Eso mismo —dijo el otro—, pero al revés. Aborrezco demasiado a los seres humanos. ¿No los oye? —de nuevo la mano se agitó, un movimiento, un gesto hacia el exterior, para descansar de nuevo—. También se los huele —eso era ya en el refugio, sesenta escalones por debajo: no sólo el rumor y el murmullo, sino también el hedor, el olor, la suciedad, la peste consecuencia de seguir usándolo; no por los huesos de los muertos ni por la carne pudriéndose en el barro, sino porque los huesos y la carne de los vivos habían utilizado durante demasiado tiempo el mismo barro para dormir y para comer—. Cuando yo, sabiendo lo que he sido, lo que soy ahora y lo que seguiré siendo (suponiendo, por supuesto, que continúe entre los elegidos a quienes se les permita seguir respirando, como probablemente sucederá, puesto que a algunos de nosotros, al parecer, nos corresponde, y no me pregunte tampoco el porqué de eso), tengo, por la simple coincidencia de llevar esta pequeña insignia en la guerrera, no ya el poder, con todo un gobierno militarizado para apoyarme, de decir a ingentes rebaños de hombres lo que tienen que hacer, sino el derecho, con toda impunidad, de pegarles un tiro con mi propia mano si no obedecen, me hago cargo de hasta qué punto el ser humano se merece cualquier clase de miedo, aborrecimiento y odio.

—No sólo los de usted —dijo el capitán.

—Exacto —respondió él—. Yo sólo soy incapaz de enfrentarme con el miedo, el aborrecimiento y el odio.

—El que no quiere enfrentarse —dijo el capitán.

—No puede —dijo él.

—No quiere —dijo el capitán.

—De acuerdo —dijo él—. De manera que he de volver al fango con el ser humano. Quizá entonces me libere.

—¿Liberarse de qué? —preguntó el capitán.

—Muy cierto. Tampoco lo sé. Quizá me libere de tener que repetir para siempre a intervalos inevitables esa especie de masturbación acerca de la raza humana a la que la gente llama esperanza. Eso sería suficiente. Había pensado en ir directamente al mando de la brigada para ahorrar tiempo. Pero el coronel podría enojarse si prescindiera de él. Estoy buscando lo que el prontuario y el reglamento llamarían la vía jerárquica, imagino. Sólo que, al parecer, no conozco a nadie que haya leído el libro.

No era tan fácil. El comandante se negó a apoyarlo, y se encontró en presencia de un general de brigada de veintisiete años, salido de la academia militar hacía menos de cuatro, en posesión de una Estrella de Mons, una Cruz militar con distintivo, la

medalla por servicios extraordinarios, una *Croix de Guerre* francesa, otra condecoración del rey de Bélgica y tres galones por heridas, que no podía —no es que no quisiera, es que no podía— creer siquiera lo que estaba oyendo, y mucho menos entender de qué hablaba aquel pelma, a quien finalmente dijo:

—Imagino que ya ha pensado en dispararse en un pie. Antes alce la pistola metro y medio aproximadamente. Puesto a ello, también podría salir de la trinchera. Mejor aún, llegue hasta las alambradas una vez que empiece.

Pero resultó francamente sencillo cuando finalmente se le ocurrió el método adecuado. Esperó a disfrutar de un permiso. Tuvo que hacerlo así, porque no quería en modo alguno desertar. En Londres encontró a una chica, una mujer joven, no una profesional, ni siquiera una aficionada con buen nivel; tan sólo una muchacha embarazada de dos o tres meses (el padre de la criatura podía ser cualquiera de tres soldados, dos de ellos muertos en menos de quince días y en el mismo kilómetro y medio del bosque de Nieppe y el otro en Mesopotamia), que tampoco le entendió y que, en consecuencia (eso fue lo que él pensó en un primer momento), estuvo dispuesta a ayudarle por dinero —el doble de lo que ella sugirió y que representaba el total de su saldo en el banco— a interpretar una escena tan llamativa y mezquina que sólo las películas americanas hubieran podido igualarla: los dos sorprendidos en un *delito* tan escandalosamente *flagrante* y público, tan completamente inequívoco y únicamente interpretable de una sola manera, que cualquiera, incluso los moralistas de alta graduación encargados de velar por la conducta de los jóvenes oficiales de origen anglosajón, debería haberse negado categóricamente a aceptarla o incluso a crearla.

Pero funcionó de todos modos. A la mañana siguiente, en una antesala del cuartel de Knightsbridge, un oficial, en representación del estado mayor, le ofreció, como alternativa para salvaguardar el honor del regimiento, el privilegio que, tres meses antes, había solicitado en Francia a su capitán, después al comandante al mando del batallón y finalmente al general de brigada; y tres noches después, al atravesar en fila india con otros soldados rasos la estación Victoria para subirse a un vagón del mismo tren, aunque esta vez para repetir, a la inversa, el recorrido que hiciera diez días antes en un vagón de primera clase reservado a los oficiales, descubrió que se había equivocado acerca de la chica, a la que ni siquiera reconoció cuando le dirigió la palabra.

—No lo lograste —dijo ella.

—Sí —respondió él—. Claro que sí.

—Pero tienes que volver. Yo creía que querías dejar de ser oficial para no volver —y acto seguido se agarró a él, maldiciéndolo y llorando al mismo tiempo—. Me mentiste todo el tiempo. Querías volver. Ser de nuevo un maldito guripa —le estaba tirando del brazo—. Ven. Todavía no han cerrado la verja.

—No —dijo él, resistiéndose—. Era eso lo que quería.

—Vamos —dijo ella, tirando de él—. Sé cómo funcionan estas cosas. Puedes tomar un tren por la mañana; no te declararán ausente hasta mañana por la noche en Boulogne —la fila empezó a moverse y él trató de avanzar, pero la chica se aferró a él con más fuerza—. ¿No lo entiendes? —exclamó—. No te puedo devolver el dinero hasta mañana por la mañana.

—Déjame —dijo él—. Quiero subir y encontrar un rincón donde dormir.

—Todavía faltan dos horas para que salga el tren. ¿No comprendes que he visto marcharse a muchos? Ven. Mi habitación está a menos de diez minutos de aquí.

—Déjame —dijo él, avanzando—. Hasta la vista.

—Sólo dos horas.

Un sargento le gritó. Hacía tanto tiempo que un suboficial no le hablaba en aquel tono que al principio no se hizo cargo de que se dirigía a él. Pero ya se había librado de la chica con un repentino movimiento brusco; a su espalda se abrió la puerta de un vagón y enseguida estuvo en el compartimento y dejó caer el macuto y el fusil sobre los demás, tropezando con las piernas de sus propietarios y cerrando la puerta mientras ella suplicaba por la abertura cada vez más pequeña—: No me has dicho adónde tengo que mandar el dinero.

—Adiós —respondió él, terminando de cerrar la puerta, dejando a la chica sobre el estribo, todavía agarrada de algún modo, incluso después de que el tren empezara a moverse, la boca abierta, el rostro suplicante moviéndose en paralelo al otro lado del cristal mudo, hasta que un policía militar desde el andén la arrancó del estribo, su rostro, no el tren, dando la sensación, de repente, de huir velozmente, hasta desaparecer un instante después.

Se había incorporado al frente con el contingente de Londres. Esta vez iba a reunirse con un batallón de Fronterizos de Northumberland. Su hoja de servicios lo había precedido; un cabo lo esperaba en el muelle de Boulogne para llevarlo al despacho del oficial al mando de los transportes por ferrocarril. Aquel teniente había sido compañero suyo en la academia de oficiales.

—De manera que les has hecho todo un numerito —dijo el teniente—. No me lo cuentes; no quiero saber por qué. Vas al batallón XX. Conozco a James (el teniente coronel que lo mandaba). Hice mi bautismo de fuego con él en el Saliente el año pasado. ¿Estás seguro de que no quieres incorporarte a un pelotón? ¿Qué tal de telefonista, de asistente del sargento mayor?

—Hazme mensajero —propuso. Y mensajero fue. La recomendación del oficial de transportes resultó demasiado buena; en el batallón le precedió no sólo la hoja de servicios, sino también su pasado, hasta llegar incluso a conocimiento del teniente coronel en persona antes de que hubiera transcurrido una semana, posiblemente porque él, el mensajero, tenía derecho a llevar (aunque no se la ponía porque era una

medalla reservada a los oficiales y, entre los hombres con los que iba a comer y a dormir, aquel distintivo sobre la guerrera de soldado raso hubiera exigido demasiadas explicaciones) una de las condecoraciones del coronel (que tampoco era un soldado profesional); aquello y otro asunto, aunque nunca pudiera llegar a creer que las dos cosas tuviesen más que una relación accidental.

—Veamos —dijo el coronel—. No ha venido usted aquí para alborotar el cotarro. Sepa que la única actitud posible es seguir adelante y acabar la guerra de una puñetera vez. Ya tenemos a un tipo que podría crearnos problemas, a no ser que se salga del tiesto a tiempo para que nos enteremos de lo que se propone —dijo cómo se llamaba—. Está en la misma compañía que usted.

—Yo no podría hacer nada —respondió el mensajero—. No hablarán conmigo. Y probablemente no podría convencerlos de nada aunque quisieran hablar conmigo y yo quisiera hablar con ellos.

—¿Ni siquiera con (el coronel mencionó de nuevo el nombre del soldado)? ¿Tampoco sabe usted lo que se propone?

—No creo ser un agitador —dijo el mensajero—. Sé a ciencia cierta que no soy espía. Esto ha desaparecido, recuérdelo —dijo, tocándose suavemente el hombro con la mano opuesta.

—Aunque no creo que olvide que antes lo tuvo —replicó el coronel—. Se engaña, no sé si se da cuenta. Si realmente odia al ser humano, todo lo que tiene que hacer es irse con la pistola a las letrinas y librarse de él.

—A sus órdenes, mi coronel —dijo el mensajero, impasible.

—Odie a los alemanes, si tiene que odiar a alguien.

—A sus órdenes, mi coronel —dijo el mensajero.

—¿Y bien? ¿No puede contestarme?

—Todos los alemanes, con sus parientes y amigos, no constituyen el ser humano.

—Para mí sí, en este momento —dijo el coronel—. Y más vale que piense usted lo mismo. No me fuerce a recordarle la estrella que llevaba en el brazo. Sí, sí, yo también estoy al tanto: los personajes que, con la esperanza de pasar a la historia como jefes de gobierno o ministros victoriosos, proporcionan seres humanos para esto. Los individuos que, a fin de convertirse en millonarios, suministran las armas y las municiones. Los sujetos que, con la esperanza de que se les llegue a dirigir la palabra como mariscal de campo o vizconde Plustreet o marqués de Loos, inventan esas jugadas arriesgadas a las que denominan planes. Quienes, para ganar una guerra, desentierran, si es posible, a un enemigo al que combatir o, si no, lo inventan. ¿Cuento con su promesa?

—A sus órdenes, mi coronel —dijo el mensajero.

—Bien —respondió el coronel—. Puede marcharse. Pero recuerde lo que hemos hablado.

Cosa que hizo, a veces cuando estaba de servicio, pero sobre todo en los periodos en los que el batallón permanecía acantonado, llevando —en bandolera y descargado— el fusil que era su emblema, la insignia de su función, y en el fondo de un bolsillo algún papel, cualquier papel, con la firma del coronel o del ayudante para casos de emergencia. A veces conseguía que lo llevaran los vehículos con los que se cruzaba: camiones, ambulancias vacías, un sidecar no ocupado. A veces, en zonas alejadas del frente, incluso se agenciaba una motocicleta, como si de verdad fuese un motorista de primera línea; se le podía ver sentado sobre bidones vacíos de gasolina en los hangares de escuadrones de aviones de reconocimiento, de caza o de bombardeo, en los depósitos de material de parques de artillería o de transportes, en las puertas traseras de estaciones de campaña, de hospitales o de castillos convertidos en cuartel general de división, en cocinas y cantinas y en los minúsculos cafetines con mostrador de zinc de las aldeas en donde, como le había dicho al coronel, no se dedicaba a hablar sino a escuchar.

De manera que supo enseguida la existencia de los trece soldados franceses (o, más bien, los trece individuos con uniforme francés), algo de lo que, en el ejército británico (y, por supuesto, también en el francés), estaban enterados desde hacía un año todos los combatientes por debajo del grado de sargento, percatándose en el mismo instante de que no sólo había sido el último hombre con graduación inferior a la de sargento que había tenido noticia de ellos en todo el frente aliado, sino también el porqué: quien cinco meses antes era oficial estaba, por las insignias de su guerrera, excluido y apartado para siempre del derecho y la libertad de las pasiones sencillas, de las esperanzas y de los miedos: nostalgia del hogar, preocupación por la esposa y la parte de la paga que se le enviaba, la cerveza sin fuerza y el chelín diario con el que no se llegaba siquiera a satisfacer la sed; incluso el derecho a tener miedo de la muerte; toda la solidaridad entre compañeros que permite al ser humano soportar el peso de la guerra; en realidad lo sorprendente era que, después de haber sido oficial, se le permitiera enterarse de algo acerca de aquellos trece hombres.

Su fuente de información fue un soldado raso de los servicios auxiliares del ejército de más de sesenta años, miembro y predicador laico de un pequeño grupo disidente de Southwark, que había sido mitad portero y mitad criado de confianza, con un historial sin mancha, en un bufete londinense, como antes lo fuera su padre y después tendría que haberlo sido su hijo, si en la primavera de 1914 este último no hubiera tenido que alistarse, como única alternativa para evitar la cárcel, al condenarle el tribunal de Old Bailey por robo con allanamiento; el juez que presidía era, sin embargo, además de filántropo, miembro de la misma sociedad filatélica a la que pertenecía el director del bufete, por lo que el muchacho, que se alistó al día siguiente de dictarse la sentencia, salió en el mes de agosto camino de Bélgica, declarándosele desaparecido en Mons al cabo de tres semanas; todo el mundo se

resignó, a excepción de su padre, a quien se dio permiso para alistarse sin otra razón que la confianza de sus jefes en que no lograría superar el examen médico; ocho meses después también el padre estaba en Francia; un año más tarde aún seguía tratando de conseguir un permiso o, en el caso de que no se le concediera, el traslado a alguna unidad lo bastante cercana a Mons para poder buscar a su hijo, aunque ya hacía mucho tiempo que no lo mencionaba, como si hubiera olvidado el motivo y recordase sólo el punto de destino, todavía predicador laico, todavía mitad vigilante nocturno y mitad enfermero, con una hoja de servicios irreprochable, al servicio de los sucesivos encargados —que, para él, no eran más que niños— de un enorme depósito de municiones detrás de Saint-Omer, lugar donde, una tarde, habló al mensajero de los trece soldados franceses.

—Ve a escucharlos —dijo el antiguo portero—. Tú sabes idiomas, los entenderás.

—¿No me has dicho que los nueve que tendrían que hablar en francés no lo hacen, y que los otros cuatro no hablan nada en absoluto?

—No necesitan hablar —respondió el antiguo portero—. Y no hace falta que los entiendas. No tienes más que ir y mirarlo.

—¿Mirarlo? —preguntó el mensajero—. ¿De manera que ahora sólo es uno?

—¿No fue también uno entonces? —dijo el antiguo portero—. ¿No bastó con uno, hace dos mil años, para explicarnos lo mismo? ¿Que todo lo que necesitábamos decir era: «Ya está bien»? Nosotros; ni siquiera los sargentos ni los cabos, sino sólo nosotros, todos nosotros, alemanes, coloniales y franceses y todos los demás extranjeros que están ahí en el barro, dijésemos juntos: Ya basta. Ya está bien de muertos y de mutilados y de desaparecidos; una cosa tan fácil y tan sencilla que puede entenderla y creer en ella en este momento cualquier ser humano, pese a estar lleno de maldad y de pecado y de locura. Ve a verlo.

Pero no los vio; no en aquel momento. Y no porque no hubiera podido encontrarlos; en la zona británica, en contraste con la monotonía caqui, aquel manojito de trece hombres con uniforme azul verdoso pálido, incluso manchado en combate, habría destacado como un ramillete de jacintos sobre el foso de un castillo escocés. Ni siquiera lo intentó. No se atrevió; aunque sólo había sido oficial durante cinco meses, y, pese a haber repudiado la estrella en la bocamanga, todavía subsistía algo indeleble, de la misma manera que el cura que ha colgado los hábitos o que el asesino arrepentido, aunque secularizado en el corazón o verdaderamente reformado, lleva siempre consigo como un catalizador el efluvio permanente de su antigua condición; le parecía que no debía estar presente ni siquiera en el límite externo de cualquier multitud que rodeara a aquel grumo azul de esperanza, ni tampoco caminar por el mismo aire, ni atravesarlo ni, mucho menos, detenerse; y ello incluso diciéndose al mismo tiempo que no se lo creía, que no podía ser verdad, ni tampoco posible, puesto que si fuera posible, no necesitaría esconderse de la autoridad; porque no tendría

importancia que la autoridad supiera o no de su existencia, ya que incluso la cruel y todopoderosa e incontrovertible autoridad resultaría impotente ante aquella acumulación de pasividad que ni pedía nada ni se resistía. Pensaba: *Sólo podrían ejecutar a un número limitado de todos nosotros antes de que se les desgastara el último rifle y antes de que a la última pistola se le terminaran las municiones*, imaginándose la escena: primero, la morralla anónima de subalternos y oficinistas a la que él mismo había pertenecido en otro tiempo, relegados a los tornos y a las ruedas para mantenerlos en funcionamiento mientras rayan cañones de fusil y rellenan cartuchos; luego, al aumentar el frenesí y el terror, la capa siguiente: capitanes y comandantes y secretarios y agregados con sus insignias marciales y bandas y pantalones con galón y carteras entre los bidones de aceite y los ejes de transmisión; luego los jefes: coroneles, senadores y diputados; después, por último, los embajadores y los ministros y los generales de brigada y de división, frenéticos e ineptos entre las ruedas cada vez más lentas y los cojinetes a punto de fundirse, mientras los ancianos, el último puñado de reyes y presidentes y mariscales de campo y los barones de la carne de vacuno putrefacta y del matarratas, la espalda contra la última muralla de su mundo real, tangible, a punto de desmoronarse, fatigados, exhaustos, no por el exceso de sangre, sino por el esfuerzo visual en busca del blanco, la tensión muscular para apuntar y las agujetas en el dedo por apretar el gatillo y disparar la última salva insignificante, dispersa, y tan ineficaz como si la hubieran dirigido contra la superficie del mar. No es que no crea en ello, dijo. Es que no puede ser verdad. No se nos puede salvar ya; ni siquiera Él nos quiere ya.

De manera que no creía estar esperando: tan sólo observando. Había llegado de nuevo el invierno, la larga línea ininterrumpida desde los Alpes hasta el mar casi inmóvil en la sucia menopausia del barro; aquélla iba a ser su oportunidad, cuando incluso las tropas de primera línea tenían, por un momento, libertad para recordar los tiempos en que habían vivido calientes, secos y limpios; para él y los otros doce — (pensando, casi con impaciencia, *De acuerdo, de acuerdo, también son trece*)— una tierra no sólo sembrada ya sino casi a punto de germinar, con muy poco espacio para pensar ya, para recordar y temer, reflexionando (el mensajero) que no se trataba de los moribundos sino de la indignidad del método: incluso el asesino condenado está en mejor situación, con un día y una hora determinados y fijados lo bastante lejos en el futuro como para disponer de tiempo en el que hacer acopio de la fortaleza para enfrentarse dignamente a la muerte, o de la soledad necesaria para disimular esa debilidad en el caso de que le falte el valor: convertido a la vez, de improviso, en objeto de la sentencia y víctima de la ejecución por un simultáneo relámpago sin preparación, ni siquiera en situación de descanso, sino corriendo, tropezando, cargado con hierros que se entrechocan, transformado en mula de carga en mitad de una muerte que lo puede alcanzar desde cualquier ángulo, por delante, por detrás, desde

arriba, jadeante, comido de parásitos, en medio del hedor de su propia suciedad, sin un rincón secreto donde descargar el estiércol y el agua que acarrea. Sabía incluso qué era lo que esperaba que sucediera: el momento de estancamiento en el que finalmente la autoridad advirtiese la presencia, sobre su foso, de aquel manojito de azul ajeno e incongruente. Algo que podría suceder en cualquier momento, porque lo que estaba presenciando era una carrera. El invierno casi había terminado; ellos, los trece, habían tenido tiempo, pero el tiempo se estaba acabando. Muy pronto llegaría la primavera: una estación gozosa y brillante de suelo seco bajo los pies y de gran movilidad; y llegaría incluso antes de que los de Whitehall y los del Quai d'Orsay y los de Unter-donde-usted-quiera y los de Gargaraplatz pensaran en algo nuevo, aunque no fuese más que en algo que ya hubiera fracasado anteriormente. Y de repente supo por qué no tenía importancia para la autoridad saber o no a qué atenerse en lo relativo a los trece. No les hacía falta porque no sólo tenían de su parte la autoridad sino también el tiempo; no les hacía falta buscar, hostigar y ejecutar a trece pobres hombres: su ocupación misma les servía a ellos de defensa y de bálsamo.

Y el tiempo se había acabado. Había llegado la primavera; los estadounidenses (1918 ya) habían entrado en guerra, atravesando frenéticos el océano antes de que fuese demasiado tarde, no quedase nada y se produjera la penetración: la marea alemana tradicional se derramaba de nuevo sobre los pueblos del Somme y de la Picardía, de los que podría pensarse que ya les habían servido de lección, y un mes después a lo largo del Aisne, de manera que los escribientes, en sus despachos de París, cerraban a toda prisa sus valijas diplomáticas, gastadas y sin hogar; mayo y de nuevo, incluso, el Marne, con las tropas estadounidenses contraatacando esta vez entre los pueblos en ruinas de los que cabría pensar que ya se habían merecido la absolución. Aunque él no pensaba en aquel momento; estaba demasiado ocupado para eso; por espacio de dos semanas él y su fusil, que nunca había utilizado, pasaron a formar parte de un pelotón de combate en la retaguardia, y estuvo demasiado ocupado recordando cómo retroceder para dedicarse a pensar, reemplazando la torturante prueba del pensamiento por la repetición continua de un texto leído en los viejos tiempos anteriores a la época en que dejó de creer, probablemente en sus años de Oxford (era capaz incluso de ver la página), aunque ahora le pareciera algo mucho más antiguo aún, demasiado remoto para haber durado tanto:

*Forniqué, por desgracia,
Pero fue en otro país; y, además,
La doncella ha muerto.*

De manera que, cuando finalmente sucedió, lo pilló desprevenido. La ola se había detenido y él había vuelto a ser mensajero; había regresado del cuartel general de la

división al amanecer y, dos horas después, cuando dormía en el jergón de un soldado en un destacamento de fajina, un ordenanza le transmitió la orden de presentarse en el puesto de mando del regimiento.

—¿Sabe conducir una motocicleta? —le preguntó el coronel.

Debería usted saberlo, pensó.

—Sí, mi coronel —respondió.

—Vaya al cuartel general del cuerpo de ejército. Necesitan mensajeros. Un camión los recogerá a usted y a los otros en el cuartel general de la división.

Ni siquiera pensó *¿Otros qué?* Tan sólo: *Han matado la serpiente, y ahora tienen que hacer desaparecer los trozos*, y regresó al cuartel general de la división, donde esperaban ocho mensajeros más y un camión, los nueve enviados mediante aquel transporte especial para hacer de mensajeros especiales en el cuartel general del cuerpo de ejército, un lugar, de ordinario, rebosante de mensajeros, siempre sin que lo avisaran con antelación, sin saber nunca nada, sin maravillarse siquiera, incluso indiferente; tranquilo detrás de una leve mueca irónica, casi una sonrisa, en medio de lo que no eran ni mucho menos ruinas, porque él lo sabía todo desde hacía mucho tiempo, demasiado: *Sí*, pensó, *una serpiente mucho más grande de la que pensaban que tendrían que destruir y hacer desaparecer*. Tampoco se enteró de nada más en el cuartel general del cuerpo, ni durante las dos horas siguientes cuando, a toda velocidad, entregó e intercambió y recibió despachos y se relacionó con personas a las que nunca había entregado antes mensajes en propia mano: no se trataba del suboficial del cuarto de ordenanzas, sino de comandantes y de coroneles y a veces incluso de generales, en parques de transporte y de artillería, acompañando a columnas de camiones y de piezas camufladas junto a carreteras en espera de la oscuridad para trasladarse, en baterías en posición y en puestos de mando de grupos de escuadrillas y aeródromos de primera línea; sin asombrarse siquiera ya detrás de aquella leve mueca irónica permanente que podría haber sido una sonrisa; alguien que no había sido en vano soldado en Francia por espacio de veintiún meses y oficial durante cinco de ellos, y que por tanto sabía qué era lo que estaba mirando cuando lo vio: la enorme y pesada maquinaria de guerra encaminándose, entre chirridos, hacia un desangelado punto muerto, con el fin de volver luego a chirriar y a rodar con estruendo en una nueva dirección; la ola victoriosa, sin propietario a quien atribuirle, agotada por su propio reflujo y devuelta por el flujo que la acompaña; agotada, no por el debilitamiento progresivo de su impulso, sino más bien empantanada en el rechazo de su propio éxito; más adelante tuvo la impresión de que había estado viajando a toda velocidad por aquellas carreteras de la retaguardia antes de darse cuenta de que las recorría; ni siquiera recordaría después en qué momento, dónde, qué voz anónima, desde un camión con el que se cruzó o desde otra motocicleta o quizá en algún puesto de una compañía cuando entregaba un despacho y recibía otro, dijo: «Los franceses

lo han dejado esta mañana...», mientras él seguía adelante, pisando el acelerador bajo el brillo despiadado del sol, antes de darse cuenta de que había oído lo que había oído.

Una hora después del mediodía encontró por fin un rostro: el de un cabo delante de un café en una calle de un pueblo; una cara que había estado en la antecámara del puesto de mando del antiguo batallón cuando él era uno de sus oficiales, por lo que disminuyó la velocidad de la motocicleta y acabó deteniéndola, pero sin bajarse de ella; aquélla fue la primera vez.

—Quia —dijo el cabo—. Sólo ha sido un regimiento. La verdad es que, en este momento mismo, están lanzando uno de los mayores ataques artilleros contra los puntos de aprovisionamiento y las líneas de comunicación de los boches a todo lo largo del frente. Están en ello desde el amanecer...

—Pero un regimiento ha dicho no —insistió el mensajero—. Hay uno que se ha negado.

El cabo no lo miraba ya.

—¿Nos tomamos un trago? —dijo.

—Además —prosiguió el mensajero con amabilidad—, estás equivocado. Todo el ejército francés lo ha dejado a mediodía.

—Pero no los nuestros —dijo el cabo.

—Aún no —respondió el mensajero—. Quizá requiera un poco más de tiempo.

El cabo no lo miraba, y esta vez no dijo nada en absoluto. Con un gesto rápido, el mensajero le palmeó apenas un hombro con la mano opuesta.

—Aquí ahora no hay nada —dijo.

—¿Echamos un trago? —insistió el cabo, sin mirarlo.

Y una hora después estaba lo bastante cerca del frente para ver la cortina de humo y polvo y oír también el frenético estruendo de la concentración artillera a lo largo del horizonte; a las tres, aunque se encontraba en otro sitio, casi a veinte kilómetros, oyó cómo el fuego se deshilachaba hasta convertirse en detonaciones a intervalos regulares, de apariencia inofensiva, como si se tratara de saludos o señales, y tuvo la impresión de que podía ver en su conjunto la línea interminable desde la orilla del mar, la línea que recorría la larga pendiente de Francia hasta el techo de una Europa cansada y vieja, en la que se amontonaban hombres acuclillados y encogidos, repugnantemente sucios, que habían olvidado, cuatro años antes, cómo mantenerse erguidos, asombrados y desconcertados e incapaces igualmente de creérselo, aunque (él ahora lo sabía ya) tenían que estar advertidos y llenos de esperanza; de manera que pensó, casi dijo en voz alta: *Sí, eso es. No es que no creyéramos: es que no podíamos, es que ya no sabíamos cómo. Eso es lo más terrible que han hecho con nosotros. Lo peor.*

Aquello fue todo, de momento, durante casi veinticuatro horas en realidad, si bien

él no lo sabía aún. Cuando regresaron, cuando se reunieron de nuevo aquella noche en el cuartel general del cuerpo de ejército (los nueve de su división y quizá otras dos docenas de las restantes unidades del cuerpo), un sargento mayor los estaba esperando.

—¿Quién es el de más edad? —preguntó. Pero no esperó a que le respondieran; lanzó una rápida ojeada a su alrededor y, con el certero instinto de su oficio, escogió a un individuo de treinta y tantos años cuya apariencia se correspondía exactamente con lo que probablemente era: un cabo interino degradado, procedente de una guarnición de la frontera noroccidental de 1912—. Vas a ser sargento en funciones —le dijo—. Te ocuparás de las cenas y las camas —los miró a todos—. Supongo que no servirá de nada decirnos que no habléis.

—¿Hablar de qué? —preguntó uno—. ¿Qué es lo que sabemos para poder hablar?

—Hablar de eso —dijo el sargento mayor—. Estáis libres de servicio hasta el toque de diana. Romped filas —y aquello fue todo por el momento.

Durmieron en el suelo de piedra de un corredor; antes incluso del toque de diana les dieron el desayuno (de buena calidad; estaban en un cuartel general de cuerpo de ejército); las cornetas que oyeron, que él, el mensajero, oyó aquella mañana sonaron en otros cuarteles generales de divisiones y cuerpos y en otros parques y almacenes adonde la motocicleta lo llevó durante otro día semejante al anterior con motivo de su minúscula colaboración para hacer una pausa en la guerra, para pararla, para detenerla, que supuso su continuo trasladarse (motorizado); mañana, mediodía y tarde de la Ceca a la Meca por la retaguardia, no bajo el manto de la paz sino bajo la obsesión del trajín, semejante a un sueño, que precede a unas vacaciones. Llegada la noche, el mismo sargento mayor los esperaba otra vez: a los nueve de su división y a las otras dos docenas.

—Eso ha sido todo —dijo el sargento mayor—. Los camiones están esperando para devolverlos a vuestras unidades.

Eso ha sido todo, pensó. Todo lo que tenéis que hacer, todo lo que necesitáis hacer, todo lo que Él pidió y por lo que murió hace mil ochocientos ochenta y cinco años, ya en el camión con su grupo de treinta y pico, mientras el resplandor del crepúsculo desaparecía del cielo, se esfumaba como el océano sin mareas ni orillas de la desesperación, dejando tan sólo el tranquilo sufrimiento y la esperanza; cuando el camión se detuvo, él se asomó para ver en qué consistía el problema: una carretera que no podían atravesar a causa del convoy que la ocupaba, una carretera que, si no recordaba mal, corría en dirección sudeste desde algún lugar cercano a Boulogne, y en la que ahora había tal cantidad de camiones tapados con lonas y sin luces, tan pegados unos a otros como una hilera de elefantes, que el camión que los llevaba los dejó en tierra allí mismo, para que cada uno encontrara el camino de vuelta como mejor pudiera, sus compañeros dispersándose, dejándolo allí, con las últimas luces

del día, mientras los camiones cubiertos se arrastraban interminablemente frente a él, hasta que una cabeza, una voz pronunció su nombre desde uno de ellos, diciendo: «Apresúrate, sube enseguida..., he de enseñarte algo», de manera que corrió para alcanzarlo, y ya había empezado a prepararse para saltar cuando reconoció la voz del anciano vigilante del polvorín de Saint-Omer, el antiguo portero que había llegado a Francia cuatro años atrás en busca de su hijo y el primero en hablarle de los trece soldados franceses.

Tres horas después de la medianoche estaba sentado en la banqueta de tiro desde donde el centinela se asomaba por la aspillera, mientras, a intervalos regulares, las señales luminosas atravesaban el cielo con un silbido, para luego explotar blandamente y perderse entre chisporroteos en la viscosa oscuridad, y el cañón lejano emitía su centelleo y retumbaba sordamente. El mensajero hablaba con una voz en la que, fueran cuales fuesen sus otras características, no había rastro alguno de fatiga; la voz de alguien que sueña en voz alta y habla sin esfuerzo, en apariencia no sólo despreocupado de sí mismo sino incapaz de despertar el interés de nadie en ningún sitio. Sin embargo, cada vez que hablaba, el centinela, aunque seguía mirando hacia las líneas enemigas, daba un respingo, iniciaba un convulso movimiento de impaciencia, como alguien que se siente molesto hasta extremos casi insoportables.

—Un regimiento —decía el mensajero—. Un regimiento francés. Sólo un necio consideraría la guerra como un estado permanente, dado que cuesta demasiado cara. La guerra es un episodio, una crisis, una fiebre que tiene por objeto librar al cuerpo de la fiebre. De manera que la finalidad de la guerra es terminar con la guerra. Lo sabemos desde hace seis mil años. El problema es que hemos tardado seis mil años en aprender a hacerlo. Durante seis mil años hemos sido víctimas de un engaño, el de que la única forma de acabar una guerra era, por ambas partes, acumular más batallones y regimientos que el enemigo, y lanzarlos a la refriega hasta la destrucción completa de uno de los adversarios; al no tener a nadie con quien luchar, el vencedor podía dejar de combatir. Estábamos equivocados, porque ayer por la mañana, por el sencillo procedimiento de negarse a lanzar un ataque, un solo regimiento francés nos ha detenido a todos.

Esta vez el centinela no se movió, apoyado, más bien sujeto a la pared de la trinchera por debajo de la violenta inclinación de su casco inmóvil, con aire de mirar casi sin interés por encima del parapeto, a excepción de una rigidez de la espalda y de los hombros —una especie de inmovilidad sobreañadida a la primera inmovilidad—, como si en lugar de estar sujeto por la pared de tierra, lo sujetase el aire tranquilo y vacío que tenía detrás. Tampoco el mensajero se había movido, aunque, a juzgar por sus palabras, se tenía casi la impresión de que había vuelto la cabeza para mirar directamente a la nuca del centinela.

—¿Qué se ve desde ahí? —dijo—. Crees que no hay ninguna novedad, ¿no es

cierto? ¿La misma tira maloliente de frenética tierra de nadie, sin el menor valor, entre nuestras alambradas y las suyas, que llevas viendo desde hace cuatro años a través de un agujero en un saco terrero? ¿La misma guerra que habíamos llegado a creer que no sabía cómo acabarse, al igual que el orador inexperto que busca desesperadamente el broche de oro? Te equivocas. Ahora puedes salir ahí fuera, al menos durante el próximo cuarto de hora, y probablemente no te matarán. Sí, quizá sea ésa la novedad: ahora puedes salir ahí fuera, erguido, y mirar a tu alrededor, en el caso de que cualquiera de nosotros sea realmente capaz de volver a enderezarse. Pero aprenderemos a hacerlo. ¿Quién sabe? Al cabo de cuatro o cinco años quizá incluso hayamos conseguido que los músculos del cuello tengan la flexibilidad suficiente para agachar la cabeza en lugar de limitarnos a inclinarla esperando el golpe, como hemos venido haciéndolo durante cuatro años; y sin duda lo habremos conseguido al cabo de diez años.

El centinela no se movió, como un ciego que se encuentra de repente amenazado por un peligro del que necesita interpretar la primera señal por medio de algún otro sentido auxiliar, cuando ya es demasiado tarde para protegerse.

—Vamos —dijo el mensajero—. Eres un hombre de mundo. De hecho has sido un hombre de este mundo desde ayer al mediodía, aunque no se molestaran en decírtelo hasta las quince. En realidad, ahora somos todos hombres de este mundo, todos los que estábamos muertos desde el cuarto día de agosto de hace cuatro años...

El centinela se movió de nuevo con un estremecimiento convulso; y luego habló en un murmullo áspero, denso, furioso:

—Por última vez. Te lo he advertido.

—... el miedo y las dudas, la angustia y el dolor y los piojos..., porque se ha terminado. ¿No se ha terminado?

—¡Sí! —dijo el centinela.

—Claro que se ha terminado. Tú has ocupado este puesto a las..., quince, ¿no es eso? También tú has visto más que suficiente guerra. Claro que sabes cuándo ha terminado una.

—¡Claro que ha terminado! —dijo el centinela—. ¿No has oído pararse a los condenados cañones ahí mismo, delante de ti?

—En ese caso, ¿por qué no volvemos a casa?

—¿Es que toda la primera línea puede abandonar así, por las buenas? ¿Dejar vacío de golpe todo el maldito frente?

—¿Por qué no? —dijo el mensajero—. ¿No se ha terminado? —se diría que había fascinado al centinela como el torero fascina al toro, logrando que el animal sólo sea capaz de mirarlo—. Ya está, terminada, acabada. Han concluido los desfiles. Mañana estaremos en casa; mañana por la noche a esta hora habremos expulsado de los lechos de nuestras esposas y amiguitas a los fabricantes de zapatos imitación de cuero y a los

de los mecheros Enfield... —se le ocurrió de pronto: *Se me va a tirar al cuello*—. Bueno. Perdóname. No sabía que tuvieras mujer.

—La tuve —murmuró el centinela temblándole la voz—. ¿Te vas a callar de una vez? ¿Vas a cerrar el pico, por los clavos de Cristo?

—Legítima no, desde luego. Qué buen olfato el tuyo. La chica de una taberna de High Street, como es lógico. O quizá una fulana de ciudad, de la gran ciudad, de Houndsditch o de Bermondsey, cerca ya de los cuarenta pero con aire de treinta y pocos, aunque también ésas tienen sus inconvenientes, ¿quién no? Pero, aunque los tenga, ¿quién no la elegiría con placer, a ella que sabe apreciar a un hombre, en lugar de una de esas jóvenes vulgares que cambian de acompañante cada vez que llega un tren con soldados de permiso...?

El centinela empezó a maldecir, con la misma voz monocorde, ronca, cansada, furibunda, insultando al mensajero con una falta de imaginación obscena y torpe, sacada de las cuadras y cuartos de arreos y de todos los demás antros de los bajos fondos donde debía de haber ejercido en otro tiempo su antigua profesión hasta que, en un mismo instante, el mensajero se incorporó, con rapidez y elasticidad, y el centinela se volvió de espaldas a la tronera con una sucesión de movimientos espasmódicos, como un juguete mecánico al que se le está acabando la cuerda, murmurando de nuevo con voz estremecida por la indignación, «Acuérdate de lo que te he dicho», mientras dos hombres aparecían por la trinchera transversal y avanzaban hacia ellos en fila india, indistinguibles por sus uniformes, a excepción del bastoncillo de oficial y de los galones de sargento.

—¿Puesto? —preguntó el oficial.

—Dos-nueve —respondió el centinela.

El oficial levantaba ya el pie para subirse a la banqueta de tiro cuando vio, pareció ver, al mensajero.

—¿Quién es ése? —preguntó.

El mensajero se puso en atención con suficiente prontitud, pero sin precipitarse. El sargento dio su nombre.

—Formaba parte del destacamento especial de mensajeros que el cuerpo de ejército solicitó ayer por la mañana. Cuando hoy por la noche han vuelto y se han presentado, se les ha enviado a los refugios, con orden de esperar allí. En cualquier caso era uno de ellos.

—Ah —dijo el oficial cuando el sargento dio su nombre—. ¿Por qué no está usted allí?

—A sus órdenes, mi teniente —dijo el mensajero. Recogió su fusil, dio media vuelta con un taconazo, enfiló la trinchera y desapareció por la transversal. El oficial terminó de subirse a la banqueta de tiro, luego los dos cascos se inclinaron, inmóviles y gemelos, entre los sacos de arena, mientras sus poseedores miraban por la tronera.

Entonces el centinela dijo, murmuró, tan bajo que parecía imposible que el sargento, situado a dos metros de él, pudiera oírlo:

—¿No ha sucedido nada nuevo, mi teniente?

Durante medio minuto más el oficial siguió mirando por la tronera. Luego se volvió y descendió al enrejado de tablas que cubría el fondo de la trinchera; el centinela se volvió al mismo tiempo, el sargento se dispuso de nuevo a avanzar en fila india y el oficial, cuando ya estaba casi en movimiento, dijo:

—Después de que lo releven, váyase al refugio y quédese allí.

A continuación el sargento y él se alejaron. El centinela se dispuso a volver a ocupar su puesto ante la tronera, pero no llegó a concluir el gesto. El mensajero estaba de nuevo sobre el enrejado de tablas bajo él. Mientras se miraban, la señal luminosa pasó acompañada de un zumbido, trazó su arco silbante, estalló al desplegarse el paracaídas, su tenue claror inundó el rostro alzado del mensajero e, incluso después de que la luz se hubiera extinguido, pareció prolongarse aún, como si aquella luminosidad no hubiese sido un simple reflejo sino, más bien, agua o quizá aceite.

—¿Te das cuenta? —empezó a hablar en voz baja, tensa, furiosa, apenas poco más alta que un murmullo—. No es asunto nuestro preguntar cómo ni por qué; lo único que hemos de hacer es meternos en un agujero bajo tierra y quedarnos allí hasta que decidan lo que van a hacer. No; no lo que van a hacer; sólo cómo lo van a hacer, porque ya saben qué. Por supuesto no nos lo dirán. No nos hubieran dicho nada en absoluto si no se hubieran visto obligados, si no les hubiera quedado más solución que decirnos algo antes de que los que fuimos destinados ayer como correos especiales regresáramos por la noche y os contásemos lo que habíamos visto. E incluso entonces se os ha dicho sólo lo justo para manteneros en el estado de ánimo conveniente, de modo que, cuando se os diera la orden de descender a los refugios y quedaros allí, obedecierais. Y yo mismo no hubiera sabido nada más si, al volver por la noche, no me hubiese cruzado por casualidad con ese convoy de camiones.

»No; tampoco eso es exacto; si no hubiera sabido a tiempo que ya están dispuestos a hacer algo. Porque ahora todos sabemos que eso que quieren hacer es injusto. ¿No lo entiendes? Ha pasado algo allí, ayer por la mañana, en el sector francés del frente, un regimiento ha retrocedido, o se ha hecho el muerto, o se ha amotinado, no sabemos qué, ni llegaremos a saberlo porque no nos lo dirán. De todos modos, poco importa lo que haya sucedido. Lo que importa es lo que ha pasado después. Ayer, cuando amanecía, un regimiento francés ha hecho algo..., ha hecho o ha dejado de hacer algo que un regimiento que está en primera línea no debe hacer o dejar de hacer y, como resultado, el conjunto de las operaciones militares en el occidente de Europa se detuvo ayer a las tres de la tarde. ¿No te haces cargo? Cuando estás en plena batalla y una de tus unidades flaquea, lo último que se te ocurre hacer,

lo que nadie se atreve a hacer, es tomar las de Villadiego. En lugar de eso, empuñas todo lo que se te pone a mano y te lanzas con toda la velocidad y la fuerza que puedes, porque sabes exactamente lo que va a hacer el enemigo cuando descubra o sospeche que tienes problemas. Naturalmente, vas a estar en inferioridad numérica cuando encuentres al enemigo, pero esperas, es tu única esperanza, que si puedes salir primero y ser el más rápido, el impulso y la sorpresa quizá equilibren un poco las cosas.

»Pero no lo han hecho, sino que se han tomado unas vacaciones, han descansado: los franceses al mediodía, y los norteamericanos tres horas después. Y no solamente nosotros, también los boches. ¿No lo entiendes? ¿Cómo se puede descansar en una guerra, a no ser que también el enemigo esté de acuerdo? Y, ¿por qué tendrían que estar de acuerdo los boches, después de haber permanecido agazapados bajo la clase de fuego artillero que, desde hace cuatro años, les ha enseñado que precede a un ataque, cuando el ataque no se produce, fracasa o sucede Dios sabe qué? Porque, sin duda, cuatro años han servido para que los boches entiendan a las primeras de cambio; cuando el mensaje, la señal, la invitación (llámalo como quieras) ha llegado, sugiriendo una suspensión, ¿por qué habrían de aceptarla, a no ser que tengan una razón tan buena como la nuestra, quizá la misma que nosotros? La misma razón: esos trece soldados franceses no han encontrado, verosímelmente, la menor dificultad, desde hace tres años, para ir donde querían en todos nuestros sectores de retaguardia, ¿por qué no podrían haber pasado del otro lado, entre los boches, puesto que todos sabemos que, a menos de tener en mano el papel exacto, debidamente firmado, es bastante más difícil ir de aquí a París que de aquí a Berlín? Cuando se desea ir de aquí hacia el este, todo lo que hace falta es un uniforme francés, inglés o estadounidense. O, quizá, no ha sido necesario ir en persona, tal vez haya sido simplemente el viento, el desplazamiento del aire, lo que ha transmitido el mensaje. O quizá ni siquiera el desplazamiento, sino simplemente el aire, propagando mediante un frotamiento invisible e imponderable de una molécula contra otra, como una enfermedad, como los gérmenes de la viruela, el miedo o la esperanza, la noticia de que, sencillamente, un número suficiente de los que estamos aquí hundidos en el barro, hemos dicho juntos: Ya basta, acabemos de una vez.

»Porque, ¿te das cuenta?, no pueden. No pueden permitirlo, parar por completo, y no digamos nada de permitir que la guerra se detenga sola de esa manera..., las dos canoas en el río, la regata iniciada y los dos equipos, sin aviso previo, recogiendo simplemente los remos y diciendo al unísono: no remamos más. Todavía no pueden. Todavía no ha terminado, es como un partido inacabado de críquet o de rugby, que ha comenzado de acuerdo con un reglamento aceptado por ambas partes, aprobadas de manera oficial y pacífica, y que se debe terminar de acuerdo con esas reglas, sin que todo el sistema de control, todo el edificio político y económico, puesto a prueba y

revisado poco a poco, sobre el que se basa la concordia de las naciones civilizadas, se volatilice. Más aún: esa armazón de acero y de sangre humana, tan rígida como frágil, que sostiene el edificio nacional, alzándose, soberbio y amenazante, hasta las estrellas, por cuya sacralización se transporta gratuitamente a los jóvenes, dándoles incluso un salario, para morir de muerte violenta en lugares que ni los mismos fabricantes y distribuidores de mapas han visto nunca, pero en los que si un peregrino se perdiera cien o mil años después, aún estaría en condiciones de decir: he aquí un lugar que es (en todo caso, que era en otro tiempo) eternamente Inglaterra, Francia o los Estados Unidos. Y no se trata solamente de que no puedan, de que no se atrevan, sino de que no quieren. Han comenzado ya a no querer. Porque, escúchame bien, cuando regresaba esta misma noche, me han hecho sitio en un camión que transportaba obuses antiaéreos. Se trataba de un convoy de unos cuatro kilómetros, y todos los camiones estaban llenos de obuses antiaéreos; piensa un momento cuántos obuses se necesitan para poder medirlos en kilómetros; está claro que hace dos meses no teníamos tanto material en el frente de Amiens. Pero en el momento actual se necesita más munición para retrasar la guerra diez minutos que para detener una simple ofensiva. El camión iba a cargo de un viejo estupendo al que conocí cuando ya llevaba tres años esperando, en un polvorín de Saint-Omer, a que le concediesen el permiso que lo autorizara a trasladarse a Mons para buscar a su hijo desaparecido; un muchacho que no había podido o no había querido volver; en cualquier caso, se había abstenido de regresar una tarde, cuatro años antes. El viejo me enseñó uno de los obuses, que estaba vacío. No se trataba de un defecto de fabricación, sino de un proyectil como de foguero, porque estaba completo, intacto, pero sin metralla dentro; se le podía disparar e incluso explotar, pero sin causar daños. Por fuera parecía completamente normal; me pregunté si su progenitor, en su club del West End (de Birmingham, Leeds, Manchester o cualquier otro sitio donde viva la gente que fabrica obuses) habría notado la diferencia y, desde luego, sólo un tipo muy experto hubiera podido hacerlo. Era realmente asombroso; tenían que haber trabajado como negros ayer por la noche y todo el día de hoy, allí, en el polvorín, para modificar, para castrar cuatro kilómetros de obuses..., aunque, quizá, los tenían preparados de antemano; tal vez, en una guerra, hasta los anglosajones, al cabo de cuatro años, aprenden a calcular de antemano...» —el mensajero hablaba con una voz que ya no era como la de alguien que sueña en voz alta, sino simplemente la de una persona locuaz, y lo hacía con rapidez, en el camión en marcha, los tres, el viejo, el conductor y él, apretujados en la cabina estrecha y oscura hasta el punto de que sentía contra el suyo el enclenque cuerpo del viejo vibrar de entusiasmo de pies a cabeza, recordando, que, en un primer momento, su voz había resonado tan quebrada, tan maravillada como la del viejo, pero no durante mucho rato, las dos voces haciendo camino codo con codo, igualmente lógicas en su sinrazón, tan razonables e inconsecuentes como

las de dos niños:

—Será mejor que me lo repitas. Probablemente lo he olvidado.

—¡Se trata de la señal! —exclamó el viejo—. ¡Del anuncio! ¡Que el mundo entero sepa que ha resucitado!

—¿Una señal de obús antiaéreo? ¿Cuatro kilómetros de obuses antiaéreos? ¿No bastaría un solo cañón para anunciarlo? Y si bastara un solo cañón, ¿por qué ocultar su resurrección durante todo el tiempo que se necesita para hacer pasar por ese cañón cuatro kilómetros de obuses? O bien, si se trata de un solo obús por cada cañón, ¿por qué no, simplemente, cuatro kilómetros de cañones? ¿Por qué no la cantidad suficiente para todos los cañones entre Suiza y el Canal de la Mancha? ¿Acaso no hay que advertir también a los otros? ¿No deben celebrar también ellos su venida? ¿Por qué no, sencillamente, cornetas y cuernos de caza? Él reconocería los cuernos de caza; no lo asustarían.

—¿No nos dice el mismo libro sagrado que volverá rodeado de truenos y relámpagos?

—Pero no de pólvora de cañón —dijo el mensajero.

—Entonces, ¡que sean los hombres los que organicen el estrépito! —exclamó la voz quebrada—. ¡Que canten el aleluya y manifiesten su alegría con las cosas mismas con las que mataban! Sabios y antojadizos como niños, e igualmente crueles.

—¿Y que traiga a tu hijo con Él?

—¿Mi hijo? —exclamó el viejo—. Mi hijo ha muerto.

—Sí —dijo el mensajero—. Eso era lo que quería decir. ¿No era eso también lo que tú querías decir?

—Bah —dijo el viejo, con un ruido semejante al de un escupitajo—; ¿qué demonios importa que traiga o que no traiga a mi hijo consigo? ¿Mi hijo o el tuyo, o el de cualquier otro hombre? ¿Mi hijo? Incluso el millón que hemos perdido desde aquel día, hace cuatro años, o el billón desde aquel otro día, hace mil ochocientos ochenta y cinco años. Él va a devolver la vida a los que hubieran muerto a partir de las ocho de la mañana de hoy. ¿Mi hijo? ¿Mi hijo?

Después, el mensajero, nuevamente fuera del camión (la columna se había detenido, cerca ya del frente, en realidad tocándolo casi, en contacto con lo que había sido primera línea hasta las tres de la tarde; el mensajero lo entendió al instante, aunque nunca hubiera estado allí; no sólo había sido, durante veintitantos meses, soldado de infantería que se pasaba todo el tiempo entrando y saliendo, sino que, desde hacía siete, era mensajero, y se pasaba todas las noches entrando y saliendo, de manera que tenía tan pocas dudas sobre el lugar en el que se encontraba como el lobo o el lince viejos cuando se acercan a una hilera de trampas), dirigiéndose a pie hacia el sitio donde se había parado la cabeza de la columna; el mensajero se detuvo entre las sombras y contempló al policía militar y a los centinelas armados dividir la

columna en dos, con un guía para cada sección, y ambas, una vez separadas, abandonaron la carretera para avanzar entre los campos y los bosques más allá de los cuales se extendía el frente; pero esto último no lo vio mucho tiempo, porque casi enseguida un cabo, con la bayoneta calada, dio la vuelta al camión con cuya sombra se protegía.

—Vuelve a tu vehículo —le ordenó el cabo.

El mensajero se identificó, dando su batallón y su sección.

—¿Qué diablos estás haciendo aquí, si puede saberse? —preguntó el cabo.

—Trato de encontrar sitio en un camión.

—Aquí, no —replicó el cabo—. Márchate con viento fresco, y deprisa.

No dejó de mirarlo hasta que la oscuridad lo ocultó de nuevo; también él, entonces, abandonó la carretera, metiéndose en el bosque y dirigiéndose hacia el frente (y, mientras lo contaba, se tumbó sobre la banqueta de tiro, por debajo del centinela tenso y furioso, casi como si se dispusiera a dormirse, los ojos semicerrados, hablando locuazmente y con un absurdo tono de ensoñación); enseguida, desde la sombra donde se encontraba, observó a los hombres de una batería antiaérea descargar los obuses vacíos de uno de los camiones, y cambiar precipitadamente sus proyectiles reglamentarios; continuó después su camino, hasta descubrir de nuevo unos faros camuflados, que reducían la intensidad de la luz, y vio cómo también el camión siguiente cambiaba los obuses; y a medianoche se hallaba en otro bosque, o en lo que había sido un bosque, porque todo lo que quedaba era un ruiseñor en algún lugar a su espalda; ya no andaba, sino que permanecía inmóvil, junto al cadáver destrozado de un árbol, sin dejar de oír, por encima de la absurda cantinela del pájaro, los camiones que avanzaban lenta, furtivamente, sin tregua, atravesando la oscuridad; no los escuchaba, sólo los oía, sencillamente, porque buscaba algo que había perdido, que se le había extraviado de momento; pero, cuando creyó que ya le había puesto encima el dedo del recuerdo, no era lo que buscaba, sino algo que fluía por su memoria, aunque no lo que necesitaba: *En Cristo acaba la muerte que en Adán comenzara*; cierto, pero no era lo que quería; no por tratarse de una verdad que no quisiera, sino por la ocasión, que no era la adecuada, el mal momento necesario y deseado: *En Cristo acaba la muerte que en Adán comenzara*; siempre cierto, siempre a destiempo, siempre penoso; luego, antes de haber reflexionado, el cerebro se le iluminó de nuevo, y lo que buscaba apareció allí, sin brusquedad, entero, instantáneo, con todo el aspecto de llevar allí más de un minuto mientras él se preocupaba creyendo haberlo perdido:

*Pero fue en otro país; y, además,
La doncella ha muerto.*

Y, esta vez, el resplandor brotó de la trinchera misma en la que estaban, a menos de veinte metros de la transversal, tan cerca, esta vez, que, cuando la luz, de un color verde cadavérico, se extinguió, el centinela hubiera podido comprobar que lo que mojaba el semblante del mensajero no era ni un hipotético reflejo, ni el aceite al que se parecía, sino agua:

—Un pasillo compacto de inofensivas baterías antiaéreas que comenzase en nuestra trinchera y tuviera una anchura igual a la distancia a la que las baterías situadas a uno u otro lado decidieran que es absolutamente inútil hacer fuego contra un avión que vuele en línea recta por el centro de ese pasillo de regreso hacia el aeródromo de Villeneuve-Blanche, de manera que, para alguien que no fuese general, parecería perfecto..., y si todo ello se produjera con el adecuado componente de precipitación y sorpresa para los soldados que transportan los obuses, corren hasta los cañones, introducen el proyectil, cierran la culata, disparan y se ampollan las manos al retirar la vaina que todavía quema para dejar el camino expedito al siguiente proyectil, y no digamos nada de los que están en primera línea y tratan de aplastarse contra el suelo para que no los vea el piloto, no sea que el avión que enfila el pasillo en la dirección de Villeneuve transporte munición, cargada la noche anterior en lo que los boches llaman su Saint-Omer, todo ello parecerá incluso normal aunque el aviador alemán siga sin ser derribado a lo largo de todo el camino de regreso a Villeneuve, porque las fuerzas aéreas dicen que, de todas formas, la artillería antiaérea nunca derriba a nadie...

»De manera que ya ves lo que debemos hacer antes de que ese emisario alemán, o quienquiera que sea, llegue a París, o a Chaulnesmont o a cualquier otro lugar donde tenga que ir, y que esa otra persona, quienquiera que sea, con la que deba ponerse de acuerdo se ponga de acuerdo con él, aunque no sobre lo que hay que hacer, porque no es ése el problema, sino únicamente sobre cómo hacerlo, y regrese para informar. Nosotros ni siquiera necesitamos empezar: los franceses, ese único regimiento francés ya se ha echado el peso a la espalda. Y todo lo que nos queda a nosotros es no permitir que se les caiga, no permitir que tropiecen ni se detengan siquiera durante un segundo. Hemos de hacerlo ahora, mañana mismo..., ¿mañana? Ya es mañana; ahora ya es hoy, y hemos de hacer, nuestro batallón ha de hacer lo que hizo ese regimiento francés; salir de la trinchera mañana por la mañana, atravesar las alambradas sin fusiles, sin nada, y avanzar hacia las alambradas de los boches para que nos vean, para que nos vea un número suficiente..., uno de sus regimientos, un batallón o quizá sencillamente una compañía o incluso un único soldado, porque basta incluso con uno solo. Tú posees a todo el batallón, a todos sus hombres con graduación inferior a cabo, eres el beneficiario del seguro de todos los que ni están casados ni tienen deudas y, en el caso de los demás, la paga del mes que viene la llevas ya alrededor de la cintura. Todo lo que necesitas hacer es avisarles de que en cualquier momento les

vas a decir: Seguidme. Yo iré a hablar con los primeros tan pronto como te den el relevo, para que vean que respondes de mí, de manera que al amanecer o cuando salga el sol, en el momento en que los boches nos puedan ver, también nos vea el resto de Europa, no les quedará más remedio que vernos, no podrán dejar de vernos...»

Ahora, sin duda, me va a dar un puntapié y, además, en mitad de la cara, pensó.

En ese momento la bota del centinela lo alcanzó de través en la mandíbula, lanzándole la cabeza hacia atrás antes de que el cuerpo se desplomase, la exigua capa de agua que le cubría la cara desapareció bajo el golpe como desaparecen de una hoja las delicadas gotitas del rocío o de la lluvia; el centinela le propinó otra patada en el momento en que caía hacia atrás sobre la banqueta de tiro, y aún seguía martilleándole el rostro inconsciente cuando el oficial y el sargento reaparecieron, viniendo por la transversal, sin detener tampoco por ello las patadas, mientras el centinela musitaba con voz entrecortada: «¿Te callarás de una vez, por los clavos de Cristo? ¿Cómo quieres que te lo diga?», cuando el sargento, sujetándolo con fuerza, lo arrastró hasta las tablas del fondo de la trinchera. Sin detenerse siquiera, el centinela se dio la vuelta mientras el sargento lo sujetaba y, agarrando su fusil por el cañón, empezó a dar culatazos a ciegas contra la cabeza más próxima, que resultó ser la del oficial; pero el centinela no esperó a ver lo que había hecho y, volviéndose de nuevo hacia la banqueta de tiro y, pese a que el sargento seguía sujetándolo por la cintura, pasó a martillar a culatazos el rostro ensangrentado del mensajero, hasta que el sargento, con la mano libre, sacó el revólver y alzó el percutor.

—Tranquilo —dijo el oficial, limpiándose rápidamente con el puño la sangre que le brotaba del labio—. Sujételo —habló sin volver la cabeza, en dirección al cruce con la transversal, levantando ligeramente la voz—. Dos-ocho. Informen al cabo.

El centinela echaba literalmente espumarajos por la boca y, consciente apenas de que el sargento lo sujetaba, continuaba enarbolando la culata, por encima, o al menos en la dirección, de la cabeza inerte y ensangrentada del mensajero, hasta que el sargento le habló casi al oído.

—Dos-siete..., para el cabo —dijo una voz por detrás del cruce de la transversal, y luego otra, más lejana y más débil:

—Dos-seis..., el cabo.

—Utiliza la bota —murmuró el sargento—. Haz que se atragante con sus propios dientes.

Lunes

Martes

Miércoles

Regresaba ya hacia el aeródromo cuando vio el Harry Tate. En un primer momento se contentó con observarlo, pendiente tan sólo de pasar por encima sin problemas. Parecían tan grandes y se movían tan despacio que se cometía siempre el error, si no se tenía cuidado, de sobrevalorarlos. Pero enseguida comprendió que, de todos modos, el Harry Tate no sólo abrigaba la esperanza sino que estaba convencido de poder cortarle el paso; un avión que, de ordinario, ocupaban dos australianos o un solo general, pilotándolo él mismo; en aquel caso se trataba sin duda de un general, porque sólo contando con alguna circunstancia misteriosa, como una diferencia jerárquica extrema o abrumadora, cabía pensar que un R.E.8 consiguiera atrapar a un S.E. y devolverlo a tierra.

Y era aquello, evidentemente, lo que el Harry Tate se proponía hacer, por lo que Levine desaceleró hasta que su avión quedó suspendido de la hélice en el límite extremo de la pérdida de velocidad. Se trataba sin duda de un general: los dos aeroplanos continuaron volando a la par durante aproximadamente un segundo y, desde el puesto del observador, una impecable mano enguantada le hizo un signo imperioso para que descendiera, que se prolongó hasta que él hizo un movimiento de balanceo con las alas, indicando que se daba por enterado, e inclinó la nariz del avión en dirección al suelo, mientras se preguntaba: *¿Por qué a mí? ¿Qué demonios habré hecho? Y, además, ¿cómo han sabido dónde estaba?...*, teniendo de repente algo así como una visión de todo el cielo repleto de pesados R.E.8, cada uno con un general y su correspondiente lista, frenéticamente improvisada mediante llamadas telefónicas, de todos los observadores en vuelo, en el conjunto del frente, sin una misión debidamente justificada, para cazarlos uno a uno, hasta en las zonas más remotas, y forzarlos de inmediato a tomar tierra.

Al divisar el aeródromo desde el aire comprobó que habían extendido la banda de la señal de aterrizaje; desde la escuela de aviación no había vuelto a ver ninguna; durante algún tiempo no supo lo que era, pero al divisar a los demás aeroplanos ya en el suelo, o tomando tierra o preparándose para hacerlo, cayó en la cuenta de que se trataba de la señal de emergencia que ordenaba aterrizar a todos los aparatos; también él lo hizo, más deprisa y con mayor violencia de lo que solía hacerse con los S.E., debido a su caprichosa manera de comportarse en el suelo, y luego se deslizó hasta la pista alquitranada donde, antes incluso de apagar el encendido, el mecánico le gritó:

—¡A la sala de oficiales, mi teniente! ¡Vaya enseguida! ¡El comandante quiere

que vaya a la sala de oficiales!

—¿Cómo dices? —preguntó—. ¿Quiere que vaya yo?

—Quiere que vayan todos los oficiales, mi teniente —respondió el mecánico—. Toda la escuadrilla. Será mejor que se dé prisa.

Saltó a la pista corriendo ya; era tan joven que aún tardaría más de un año en cumplir los diecinueve y tan recién llegado a la guerra que si bien la RAF^[1] sólo contaba con seis semanas de existencia, su guerrera no era la guerrera universal con la insignia del RFC^[2] superpuesta a los restos de la antigua insignia regimental, como les sucedía a los veteranos transferidos, ni tampoco la antigua guerrera reglamentaria del RFC: Levine vestía ya el nuevo uniforme de la RAF, no sólo muy poco militar, sino ligeramente equívoco, con cinturón de tela y sin hombreras, exactamente como la chaqueta del dirigente adulto de un patronato neocristiano para niños, una estrecha banda de color azul celeste en los puños, y, como colofón, el distintivo de la gorra, que parecía de mariscal hasta que uno advertía, se percataba, distinguía, a ambos lados, los modestos y apagados alfileritos de oro, semejantes a imperdibles, regalo ideal para bautizo en el caso de padrinos que tuvieran que armonizar el buen gusto con sus modestas posibilidades económicas.

Un año antes aún era estudiante, no a la espera de cumplir los dieciocho, y con ellos la edad legal para alistarse, sino los diecisiete, para liberarse de la promesa hecha a su madre viuda (era hijo único) de que esperaría hasta entonces. Y así lo hizo, incluso con buenas notas, si bien, insistentemente, su cabeza, todo su espíritu, se consumía de impaciencia y de deseo al repasar con la imaginación la lista heroica de célebres apellidos: Ball, Mac Cudden, Mannock, Bishop, Barker, Rhys, Davies y, por encima de todos, así de sencillo, Inglaterra. Tres semanas antes se hallaba aún en la Gran Bretaña, aguardando en un centro de espera a que lo destinaran al frente, provisto de un diploma de piloto de reconocimiento en el que figuraba la siguiente frase regia: *Nos, al depositar nuestra fe y confianza en Gerald David, nuestro leal y querido súbdito...*, aunque ya como miembro de la RAF, demasiado tarde para formar parte del glorioso RFC, que había dejado de existir el primero de abril, dos días antes de que Levine recibiera su nombramiento, por lo que las campanadas de la medianoche del último día de marzo resonaron en sus oídos como un toque de difuntos. Se había cerrado para siempre una puerta que llevaba a la gloria. La inmortalidad misma se había terminado para siempre por el procedimiento de morderse la cola. Levine no podría pertenecer ya al viejo y glorioso Cuerpo, ser uno de los pioneros, disfrutar de la fraternidad heroica a la que había querido consagrar su vida, aunque para ello tuviera que destrozar el corazón de su madre viuda; ya no sería suyo el diploma de antaño que Albert Ball se llevara consigo a la inmortalidad, y que aún acompañaba, mientras conseguían sus incomparables éxitos, a Bishop, a Mannock, a Mac Cudden; a él le había correspondido una entidad nueva, y al final le

había tocado no ser ni carne, ni ave, ni pescado; ¡y todo por esperar un año entero, por ceder ante el sentimentalismo materno, irracional, delirante, feroz e irrevocablemente contrario a la idea de la gloria, y por consumir después otro año formándose, trabajando como una fiera, como el negro proverbial, pagando el precio de su incapacidad para resistirse a las lágrimas femeninas!

Demasiado tarde; quienes habían inventado los imperdibles y el pantalón reglamentario en lugar de los Bedford de color beis rosado, las botas altas y el cinturón de ordenanza, cerraron al mismo tiempo la puerta que llevaba a la antecámara de los héroes. En las salas de un Valhalla internacional, sombras internacionales, franceses, alemanes, ingleses, vencedores y vencidos por igual, Immerman y Guynemer, Boelcke y Ball, hermanados no por la vasta francmasonería de la muerte, sino por la exclusiva y selecta de la aviación, brindarían con copas rebosantes, pero él quedaría excluido. Sus herederos —Bishop, Mannock, Voss, Mac Cudden, Fonck, Barker, Richthofen, Nungesser— seguirían agujereando el aire al que la tierra sirve de base, paseando sus sombras fugitivas sobre las paredes abruptas y cambiantes de los cúmulos, licenciados ya, invulnerables, partícipes, todavía vivos, de la misma inmortalidad que sus mayores, pero él no figuraría entre su número. La gloria y el valor seguirían existiendo, sin duda alguna, mientras siguieran existiendo hombres dispuestos a cosecharlos. Se trataría, en realidad, del mismo valor, pero la gloria no sería la misma. A él le correspondería un Elíseo de segunda clase, quizá, incluso, un grado por encima de la gris infantería, pero muy poquito más, a él, que no era el primero en pensar: *Lo que he hecho por la gloria de la patria, es la patria quien lo ha hecho, porque me ha dado la fuerza para responder a sus necesidades.*

Y ahora, al parecer, iba incluso a negársele lo que aún quedaba: después de tres semanas de entrenamiento, sobre todo con la ametralladora (disciplina en la que sobresalía, sin que ni él mismo acabara de creérselo), en el aeródromo; después de una salida prudentemente vigilada —en compañía del comandante, de Bridesman, su capitán, y de otro aprendiz bisoño y sin pedigrí— hasta el frente para que vieran el aspecto que tenía y para enseñarles a encontrar el camino de vuelta, y después de que, finalmente, la víspera, cuando estaba en su barracón después del almuerzo, intentando escribir una carta a su madre, Bridesman asomara la cabeza para comunicarle oficialmente la orden que esperaba desde su decimoséptimo cumpleaños: «Levine. Tiene faena mañana por la mañana. A las once. Antes de que despeguemos trataré de recordarle que no se olvide de lo que le hemos dicho que recuerde». Y por la mañana se había subido al avión para realizar lo que iba a ser el fin de su aislamiento aéreo ininterrumpido, de su aprendizaje, lo que podía llamarse la oración fúnebre por su virginidad, hasta que aquel general a bordo del Harry Tate lo devolvió al aeródromo para saltar a tierra y echar a correr casi antes de que el aparato terminara de deslizarse y, para que, estimulado de nuevo por el mecánico,

volara hacia la sala de oficiales, el último ya, porque estaban todos los demás, excepto la patrulla que seguía fuera, y con el comandante en el uso de la palabra, la rodilla apoyada sin cumplidos sobre la esquina de la mesa; el comandante acababa de regresar del cuartel general del Ala, donde había hablado con el general, que acababa de volver de Poperinghe: los franceses habían pedido un armisticio que entraría en vigor a mediodía, a las doce. Pero eso no significaba nada: ellos (la escuadrilla) debían recordarlo; los ingleses no habían pedido ningún armisticio, ni tampoco los estadounidenses; y, conociendo a los franceses, por haber combatido a su lado por espacio casi de cuatro años, el comandante no acababa de creerse que aquello fuera importante. De todos modos habría una tregua, una suspensión, de una o dos horas, tal vez un día completo. Pero se trataba de una tregua francesa, no suya. Mirándolos uno a uno, distraído, indiferente incluso, les hablaba con el mismo aire distante, hastiado, con que permitía que la escuadrilla se corriera una francachela nocturna, organizase un alboroto infernal, aunque luego, sin que nadie se diera cuenta, excepto cuando todo había pasado, devolvía a sus hombres la sangre fría necesaria para cumplir con las obligaciones del día siguiente, lo que constituía uno de los motivos básicos para que, sin ser uno de los aviadores que había derribado más boches, figurase entre los jefes de escuadrilla más competentes y apreciados en toda Francia. Levine no llevaba aún tiempo suficiente en activo para darse cuenta, pero sí notaba que lo que oía en aquel momento era la voz misma, la voz auténtica de aquella isla invencible a la que, no sólo al precio de los dieciocho años que ya había cumplido sino de los que aún le esperaban y que probablemente perdería al obrar así, defendería con júbilo y orgullo y salvaría agradecido.

—Porque nosotros no vamos a abandonar. Ni nosotros ni los estadounidenses. Esto no ha terminado aún. Nadie declaró la guerra por nosotros; nadie, excepto nosotros, firmará la paz. La escuadrilla estará preparada para despegar como de costumbre. Pueden marcharse.

No pensó *¿Por qué?* todavía. Pensó, simplemente, *¿Cómo?* Nunca había oído hablar de vacaciones durante una guerra. Pero era verdad que aún sabía demasiado poco; en aquel momento se dio cuenta de que no sabía nada. Le preguntaría a Bridesman; lanzó una rápida ojeada por la sala, de donde todo el mundo se disponía a salir; advirtió, de inmediato, que Bridesman ya no estaba y, un instante después, que también habían desaparecido los tres capitanes: no sólo Bridesman, sino Witt y Sibleigh, lo que, respecto a Witt, significaba que, fuera, aún seguía contándose con la patrulla C para el trabajo de media mañana, y aquello —el hecho de que la patrulla C continuara la guerra— confirmaba las palabras del comandante; la patrulla C no había abandonado, y si él entendía a Bridesman (y en tres semanas había tenido tiempo suficiente) lo mismo sucedería con la B; en aquel momento miró su reloj: las diez y media, todavía faltaban treinta minutos para que despegara la B; tendría

tiempo de terminar la carta para su madre que Bridesman había interrumpido la víspera y podría incluso —puesto que la guerra iba a empezar oficialmente para él al cabo de treinta minutos— escribir la otra, breve, concisa, discretamente heroica, destinada a aparecer más tarde entre sus pertenencias, cuando, quienquiera que lo hiciese, las examinara y decidiese lo que debía enviarse a su madre; reflexionó sobre el hecho de que la patrulla despegaba a las once y las operaciones se suspenderían a mediodía, lo que le concedía una hora..., no, necesitaría diez minutos para ir hasta el frente, con un margen de quince; si un cuarto de hora bastaba al menos para que se estrenara, como se sabía que era posible gracias al historial de Bishop, de Mac Cudden y de Mannock, también sería suficiente para que lo derribaran. Y ya se dirigía hacia la puerta cuando oyó ruido de motores: una patrulla; salió andando, pero enseguida corrió hacia los hangares, percatándose de que ni siquiera se trataba de la B, y empezó a gritarle al sargento, incrédulo y estupefacto:

—¿Me está usted diciendo que los tres capitanes y todos los suplentes han despegado juntos? —y en aquel momento oyó cómo los cañones iniciaban su estruendo, un fragor que no se parecía a ningún fuego violento que hubiera escuchado nunca, increíblemente furioso, simultáneo y enormemente extenso: un sonido que existía ya hasta el sudeste antes de empezar a oírlo y que aún seguía presente hasta el noroeste cuando ya no se escuchaba—. ¡Van a romper el frente! —aulló—. ¡Los franceses nos han traicionado! ¡Les han dejado vía libre, permitiéndoles pasar!

—Sí, mi teniente —dijo el sargento—. ¿No será mejor que vaya al puesto de mando? Tal vez lo necesiten.

—Cierto —dijo Levine, corriendo ya, atravesando de nuevo el aeródromo vacío, bajo un cielo lleno del ruido furioso de los cañones lejanos, hasta entrar en el puesto de mando, que estaba peor que vacío: no sólo el cabo seguía como siempre detrás del teléfono, sino que lo miraba a él, al teniente, por encima del mismo maltrecho ejemplar de *Punch* que ya hojeaba tres semanas antes, cuando lo vio por vez primera—. ¿Dónde está el comandante? —gritó.

—Con el coronel, mi teniente —respondió el cabo.

—¿Con el coronel? —exclamó, incrédulo, echando de nuevo a correr; franqueó la puerta que tenía enfrente, entró en la sala de oficiales y encontró allí a los otros que, como él, eran recién llegados a la escuadrilla, sentados en silencio por toda la sala, como si el oficial auxiliar del comandante además de arrestarlos, los estuviera vigilando personalmente, detrás de su mesa, con la pipa, su galón de mutilado, la O de observador y el ala sencilla encima de la *Mons Star*, el tablero de ajedrez de la escuadrilla y la hoja doblada del *Times* del sábado anterior con el problema de ajedrez bien visible, mientras él (Levine) gritaba—: ¿Es que no los oye? ¿Es posible que no los oiga?

De manera que, a causa del ruido que hacía él mismo, no oyó en absoluto al

auxiliar del comandante hasta que también se puso a gritar:

—¿Dónde ha estado?

—En los hangares —respondió—. Tenía que salir con la patrulla.

—¿Alguien le ha dicho que viniera aquí, a informarme?

—¿Informar? —preguntó—. El sargento Conventicle..., no —dijo.

—Se llama usted...

—Levine.

—Levine. Lleva aquí tres semanas. Menos del tiempo necesario para haber aprendido que esta escuadrilla está mandada por personas nombradas para ello e, incluso, adecuadamente preparadas para hacerlo. De hecho, cuando se le entregaron sus distintivos se le confió además un ejemplar del reglamento, con el fin de evitarle en lo sucesivo la necesidad de torturarse las meninges como en este momento. Quizá no ha tenido usted tiempo de hojearlo.

—Sí —dijo Levine—, ¿qué quiere que haga?

—Que se siente en cualquier sitio y se esté quieto. Por lo que se refiere a esta escuadrilla, la guerra terminó a mediodía. Aquí no se volverá a volar hasta nueva orden. Los cañones, por su parte, han comenzado a disparar a las doce. El comandante lo sabía ya. Se detendrán a las quince. Ahora también lo sabe usted con anticipación.

—¿Detenerse? ¿No comprende usted...

—¡Siéntese! —dijo el auxiliar del comandante.

—... que si nos detenemos ahora nos han vencido, hemos perdido...?

—¡Siéntese!

Levine enmudeció. Después preguntó:

—¿Estoy arrestado?

—¿Es eso lo que quiere?

—De acuerdo —dijo, procediendo a sentarse. Eran las doce y veintidós; no temblaban ya las paredes de los barracones Nissen sino el aire que contenían. Enseguida o, al menos, en el momento debido, dieron las trece y después las catorce; toda aquella furia lejana venida de fuera se había convertido ya en tumultuoso diástole de átomos allí donde el sol entraba oblicuamente por las ventanas orientadas a poniente; y luego llegaron las tres de la tarde, y la escuadrilla misma había quedado reducida a un puñado de novatos que sólo sabían en qué dirección estaba el frente, bajo el mando de un oficial que, para empezar, no había sido nunca otra cosa que un insignificante observador y que incluso había renunciado a eso por un tablero de ajedrez; y los otros novatos que habían..., que debían haber traído consigo de Inglaterra una misma gratitud, un mismo orgullo, el mismo deseo ardiente y la misma esperanza. Entonces se puso en pie, oyendo el silencio que seguía cayendo como una piedra de molino en un pozo: y todos, como un solo hombre, cruzaron la puerta y se

encontraron en la gigantesca laguna a la que se había arrancado, arrebatado, los muros y el techo que formaban el fuego de los cañones, de la misma manera que un ciclón arranca los muros y el techo del rectángulo vacío que, un instante antes, era un hangar, dejando el oído sin apoyo alguno, explotando bruscamente en el vacío, de la misma manera que los tímpanos se rompen a causa de la altura, hasta que, finalmente, incluso aquella dolorosa sensación de estallido desapareció.

—Se diría que ya está —dijo una voz tras él.

—¿El qué está ya? —protestó Levine—. ¡No se ha terminado! ¿No oíste lo que dijo el comandante? ¡Tampoco los americanos abandonan! ¿Crees que Monaghan (un estadounidense que también formaba parte de la patrulla B y que, con sólo diez semanas de vuelo, ya tenía en su haber tres derribos y parte de otro) va a abandonar? Y aunque lo hagan... —y se calló, al advertir que todos lo miraban con una expresión muy seria, en silencio, como si fuera uno de los capitanes.

—¿Tú qué crees, Levine? —preguntó uno de ellos.

—¿Yo? —respondió—. ¿Acerca de qué?

Pregúntale a Collyer, pensó. Es el que lleva ahora el jardín de infancia; con amargura ya: Pregúntaselo a Collyer..., la pipa, la cabeza calva, el rostro redondo y bonachón que, en aquel momento, era el único monarca inglés que reinaba sobre su medio kilómetro cuadrado de barro francés, guardián del honor y del orgullo nacional, alguien que había llegado a Francia tres años antes (según lo que se contaba en la escuadrilla, había recibido un lanzazo de un ulano durante la primera semana de la guerra, haciéndose a continuación observador aéreo y, cuando aún no llevaba una semana en su nueva carrera, logró sobrevivir pese a estrellarse el avión en el que volaba después de la muerte del piloto; a partir de entonces había sido ayudante de la escuadrilla, luciendo una solitaria estrella de subteniente y, según decía la leyenda, la misma pipa apagada) con la misma actitud, la misma fe, el mismo apetito (como se lo quiera llamar), tan intolerante, tan insaciable como el del propio Levine, aunque después lo hubiera perdido o apartado, como había apartado definitivamente la guerra misma, bien tranquilo con su trabajo en tierra, donde no podían preocuparle ya ni la sed de victoria ni la comezón del heroísmo; pensando, *Sí, pregúntale a Collyer*, acabando la idea interrumpida por el repentino silencio de los cañones cuando aún se hallaba en la sala de oficiales: *También él ha abandonado. Renunció hace ya tanto tiempo que ni siquiera se acuerda de que ha perdido algo. Lo que he oído ha sido la muerte de Inglaterra*, se dijo para sus adentros. Luego añadió en voz alta:

—¿Qué pienso acerca de qué? ¿De ese ruido? Nada. Es lo que es, ¿no os parece?

A las cinco, el general que mandaba los Harry Tate de la brigada vino casi hasta la puerta del puesto de mando con el comandante. Muy poco antes de la puesta del sol llegaron dos camiones al aeródromo; al mirar desde su barracón, Levine vio descender a soldados de infantería con fusiles y cascos de hojalata que desfilaron un

momento por la hierba polvorienta de detrás del puesto de mando, y enseguida se dispersaron en pelotones; y, al ponerse el sol, aún no había regresado el grupo de los capitanes y de los suplentes, que despegaron a mediodía en lugar de la patrulla B, lo que quería decir que llevaban en el aire el triple de lo que solía durar cualquier patrulla y de la autonomía que proporcionaba a los S.E. su provisión normal de gasolina. Levine cenó con un grupo (el comandante no estaba presente, pero había algunos veteranos, incluido el oficial de infantería; no supo dónde habían estado ni cuándo habían vuelto); de ellos, Levine sabía que la mitad estaban in albis y, en cuanto a la otra mitad, ignoraba en qué medida sabían o deseaban saber; apenas iniciada la cena llegó el auxiliar del comandante y se quedó el tiempo suficiente para decir, sin dirigirse, menos que a nadie, a los veteranos:

—Considérense acuartelados. Lo que quiere decir, más o menos, que cualquier lugar que se les ocurra les está prohibido.

—¿Incluso el pueblo? —preguntó alguien.

—También Villeneuve-Blanche, cloaca de iniquidad donde las haya. Están todos autorizados a volver a sus barracones con Levine y a acurrucarse con un libro. Eso es al menos lo que él debiera hacer —luego volvió a guardar silencio—. La prohibición también incluye los hangares.

—¿Por qué tendríamos que ir a los hangares a esta hora de la noche? —preguntó alguien.

—No lo sé —dijo el auxiliar del comandante—. No tengo ni la menor idea.

Cuando los demás se dispersaron, Levine siguió en su sitio hasta después de que los ordenanzas recogieran el comedor, e incluso hasta después de que llegara el automóvil que no se detuvo delante de la sala de oficiales sino que dio la vuelta hasta el puesto de mando; y, a través del delgadísimo tabique, oyó entrar a la gente en el despacho y luego sus voces: la del comandante, la de Bridesman y la de los otros dos capitanes, aunque ningún S.E. había aterrizado en el aeródromo después de anochecer, prescindiendo de que hubiera oído el automóvil. Y si lo hubiera intentado, tampoco habría sabido lo que decían las voces; estaba allí sentado, sencillamente, cuando las voces cesaron; un segundo después se abrió la puerta, el auxiliar del comandante vaciló un instante, después entró bruscamente, cerrando la puerta que quedaba a su espalda y dijo:

—Vuelva a su barracón.

—De acuerdo —dijo Levine, levantándose. Pero el auxiliar avanzó por la sala y, esta vez, le habló con tono verdaderamente amable:

—¿No consigue tranquilizarse? —preguntó.

—Estoy tranquilo —respondió Levine—. No podría hacer otra cosa, dado que ignoro cómo ha podido terminarse si no lo ha hecho, ni cómo podría no haber terminado si lo ha hecho...

—Vuelva a su barracón —repitió el auxiliar.

Levine salió a la oscuridad, al silencio, moviéndose en dirección a los barracones mientras creyó que alguien podía verlo aún desde el comedor de oficiales; después, para estar completamente seguro, se concedió una veintena de pasos más antes de torcer y de dirigirse hacia los hangares, diciéndose que lo que le molestaba era, en realidad, una cosa muy sencilla; nunca había oído el silencio: tenía trece, quizá catorce años, cuando los cañones empezaron a disparar, pero tal vez fuese posible que, incluso a los catorce, uno no pudiera aún soportar el silencio: lo negaba en el instante mismo de su inicio, y luego, enseguida, como los niños de seis a diez años, intentaba hacer algo para evitarlo: como último recurso, si el ruido mismo no bastaba, a falta de otro encierro o de otras tinieblas a las que escapar, se refugiaba en un armario, en una alacena, en un rincón, bajo una cama, detrás del piano; torcía por la esquina del hangar cuando oyó el quién-vive del centinela y advirtió el rayo de luz por debajo de las puertas, que no sólo estaban cerradas sino con el candado echado, algo que ni él ni nadie había visto nunca en aquella escuadrilla ni en ninguna otra, a lo que se unió el verse inmovilizado, con la punta de una bayoneta a diez centímetros del estómago.

—Bien —dijo—. ¿Qué es lo que tengo que hacer ahora?

Pero el centinela ni siquiera le respondió.

—¡Cabo de guardia! —exclamó—. ¡Puesto número cuatro!

Enseguida apareció el cabo.

—Teniente Levine. Mi avión está en ese hangar...

—Aunque fuese el general Haig y tuviera ahí dentro la espada, daría lo mismo —dijo el cabo.

—De acuerdo —dijo él, dándose la vuelta. Durante un instante pensó incluso en Conventicle, el sargento; llevaba de soldado el tiempo suficiente para haber aprendido que en la milicia hay muy pocas situaciones, si es que hay alguna, que no se puedan resolver con el simple grito de «¡Sargento!». Era eso, fundamentalmente, sin duda, pero había también un poco de otra cosa: la relación, quizá no entre él y Conventicle, sino entre sus dos razas: el hombre entre dos edades, de tez terrosa, perteneciente a una comunidad cuyos miembros, al menos todos los que él había conocido, se apellidaban Evans o Morgan, con excepción de dos o tres, con nombres salidos del Antiguo Testamento, como Deuteronomio, Tabernáculo o Conventículo, gente taciturna y musical a quienes el simple hecho de existir había enseñado secretos misteriosos, gente que había nacido, al parecer, sin miedo a conocer los orígenes oscuros y tortuosos (o a relacionarse con ellos) de una humanidad que más habría valido que nunca viera la luz, gente cuyos nombres extraños y sonoros ningún otro hombre podía ni siquiera pronunciar, de suerte que, cuando salían de sus ciénagas y de sus guaridas al mundo normal donde los hombres se esforzaban aún por olvidar

sus orígenes sombríos, permitían que se les designara con nombres desconfiados y temerosos, ajenos a los antiguos y crueles anales hebraicos, en los que, más que ningún otro pueblo, daban la sensación de sentirse a gusto; fue así como en Austria Napoleón hizo que trajeran a su presencia personas de su raza (la del muchacho) con sus apellidos impronunciables para decirles, según su aspecto, el lugar donde vivían o el oficio en el que trabajaban: «Te vas a llamar Wolf, o Hoff, o Fox, o Berg, o Schneider». Pero no se detuvo ni un instante con aquello. Sólo le quedaba una fuente de información con la que pudiera contar, dándose cuenta enseguida de que tampoco le ofrecía muchas garantías. Pero no tenía nada más: la barraca de Bridesman y de Cowrie (uno de los privilegios con que se recompensaba el valor requerido para ascender a capitán era una barraca para dos. El comandante disponía de una para él solo). Cowrie, la cabeza sobre la almohada, se quedó mirándolo, mientras Bridesman, en la otra litera, se incorporó hasta sentarse y encendió la lámpara al tiempo que decía:

—Por supuesto que no ha terminado. Está tan lejos de terminar que mañana tendrá usted trabajo. ¿Se queda más satisfecho?

—De acuerdo —dijo Levine—. Pero ¿qué es lo que ha pasado? ¿De qué se trata? Un centinela armado hasta los dientes me ha detenido delante de los hangares hace cosa de media hora, y ha llamado a la guardia. Las puertas de los hangares, cerradas a cal y canto, las luces encendidas dentro y gente haciendo quién sabe qué en el interior, pero yo no he podido pasar más allá de la bayoneta y, mientras me echaban, he oído un camión y he visto una linterna que hacía señales en dirección a la batería antiaérea instalada junto al pueblo y, no cabe duda, era munición nueva lo que traían a toda prisa, porque la artillería antiaérea también se ha parado hoy a mediodía y, como es lógico, necesitarán munición abundante...

—Si se lo digo, ¿promete dejarnos en paz, volver a su barracón y acostarse?

—Claro que sí —dijo Levine—. No pido otra cosa, tan sólo saber. Si nos han vencido, también yo quiero cargar con mi responsabilidad...

—Ni hablar de vencernos. Ya no hay nadie en esta guerra capaz de vencer a quienquiera que sea, con la excepción, quizá, por los pelos, de los norteamericanos...

—Y que les sirva de provecho —dijo Cowrie.

Pero Bridesman siguió hablando:

—Esta mañana un regimiento francés se ha amotinado, se ha negado a salir de las trincheras. Cuando los franceses han empezado..., cuando han tratado de averiguar la razón, parece que... Pero todo está en orden.

—¿Cómo que está en orden?

—Sólo la infantería ha flaqueado. Las tropas de primera línea. Pero los demás regimientos no han intervenido. Han dado la impresión de que sabían de antemano lo que iba a suceder, y de que estaban esperando a ver qué pasaba. Pero no han..., los

franceses no han corrido un gran riesgo. Después de retirar el regimiento y reemplazarlo, han traído cañones y han mantenido una cortina de fuego a todo lo largo del frente, exactamente como hemos hecho nosotros por la tarde. Dándonos así tiempo para ver lo que sucede. Nada más.

—¿Nada más? —dijo Levine. Cowrie se había colocado un cigarrillo en la boca y, apoyado sobre un codo, se disponía a coger la vela, cuando su mano se detuvo, menos de una fracción de segundo, antes de continuar—. Y los boches, ¿qué hacían durante esas horas? —preguntó calmosamente—. Entonces es que todo ha terminado.

—No ha terminado —respondió Bridesman con aspereza—. ¿No oyó usted lo que dijo el comandante hoy al mediodía?

—Sí, sí —dijo Levine con serenidad—. Pero ha terminado. Todos esos pobres desgraciados de infantería, con su peste a cuestras, por todas partes, franceses, alemanes, americanos, nosotros... Y resulta que están intentando ocultárnoslo.

—¿Ocultarlo? —exclamó Bridesman—. ¿Ocultar qué? No hay nada que ocultar. La guerra no se ha terminado, soy yo quien se lo dice. ¿No acabo de explicarle que tenemos trabajo mañana por la mañana?

—De acuerdo —dijo—. No ha terminado. Pero ¿cómo puede ser que no haya terminado?

—Porque no. ¿Para qué se imagina que hemos mantenido esa cortina de fuego, hoy, nosotros, junto con los franceses, y también los americanos, todo el frente desde el paso de Calais, malgastando seis meses de suministros y de munición? Se trataba de detener a los boches hasta que sepamos qué es lo que hay que hacer.

—¿Saber lo que hay que hacer? ¿Qué era lo que estaban haciendo hace un rato en nuestro hangar?

—¡Nada! —dijo Bridesman.

—Explíqueme qué hacían en el hangar de la patrulla B —repitió Levine.

El paquete de cigarrillos descansaba sobre el cajón de embalaje que hacía las veces de mesilla entre las dos literas. Bridesman, volviéndose a medias, alargó la mano, pero, antes de que alcanzara la cajetilla, Cowrie, todavía tumbado, una mano debajo de la cabeza, sin mirar a su alrededor, le tendió el pitillo ya encendido que tenía en la otra mano. Bridesman lo tomó.

—Gracias —dijo. Luego miró de nuevo a Levine—. No lo sé —dijo con dureza, con brutalidad—. No quiero saberlo. Todo lo que sé es que mañana por la mañana tenemos trabajo y que usted viene con nosotros. Si tiene alguna buena razón para no hacerlo, dígalo y buscaré a otro.

—No —respondió Levine—. Buenas noches.

—Buenas noches —contestó alguien.

Pero no fue al día siguiente. Al día siguiente no pasó nada; tan sólo el amanecer, la salida del sol y la mañana. No despegó ninguna patrulla al amanecer, porque la

hubiera oído, ya que para entonces llevaba mucho tiempo despierto. No había ningún avión en la pista cuando la atravesó para ir a la sala de oficiales a desayunar, ni tampoco nada en la pizarra donde, de cuando en cuando, Cowrie consideraba adecuado garrapatear con tiza cosas que, en realidad, nadie leía nunca; se quedó mucho tiempo en la mesa ya recogida en la que Bridesman, antes o después, no tendría más remedio que verlo, a condición de que quisiera hacerlo. Desde su sitio divisaba, al otro lado del aeródromo, los hangares cerrados y sin vida y, cada dos horas, podía contemplar el relevo de los centinelas que estuvieron paseándose por delante durante toda la interminable mañana agonizante que, bajo un bello cielo silencioso, parecía no avanzar en absoluto.

Finalmente fue mediodía y vio aterrizar al Harry Tate, que luego se deslizó por la pista hasta el puesto de mando antes de cortar el encendido del motor, y cómo descendía el general que ocupaba el asiento del observador, se quitaba casco y gafas, y sacaba el bastón de mando y la gorra de banda roja y visera con ribeteado de cobre. Luego almorzaron todos juntos: el general, su piloto, el oficial de infantería y la escuadrilla al completo; el primer almuerzo, por lo que él recordaba, en el que no faltaban los integrantes de una o quizá de dos patrullas. El general lo dijo todo, no desde luego tan bien como el comandante, porque empleó mucho más tiempo, pero lo mismo, al fin y a la postre:

—No ha terminado. Y no es que necesitemos a los franceses. Nos habríamos limitado a retroceder hasta los puertos del paso de Calais y a dejar que los boches ocuparan París. No sería la primera vez. No se habría hecho sin pérdidas, pero tampoco sería la primera vez. Ahora todo eso ha pasado ya. No sólo hemos engañado a los boches, sino que los franceses han vuelto. Llámenlo vacaciones, porque, como todas las vacaciones, no tardarán en acabarse. Y habrá algunos de entre ustedes, me parece, que no se enfadarán por ello (los nombró, porque llevaba los ficheros al día y los conocía a todos), Thorpe, Osgood, De Marchi, Monaghan, ustedes que están haciendo un trabajo excelente y que lo harán todavía mejor, dado que los franceses han recibido ya su lección y que, por lo tanto, la próxima vez serán ya las vacaciones definitivas; la próxima vez que callen los cañones será del otro lado del Rin. A toda marcha y siempre adelante.

Y luego el silencio, aunque quizá nadie esperaba otra cosa, mientras todos lo acompañaban fuera, hasta el lugar donde el Harry Tate tenía ya el motor en marcha; el comandante ayudó a guardar el bastón y la gorra de banda roja en la carlinga y a sacar el casco y a que el general se lo pusiera y subiese de nuevo al avión.

—¡Firm...es! —dijo el comandante al saludar; el general agitó el puño, con el pulgar hacia lo alto, y el Harry Tate empezó a rodar.

Después la tarde y nada más. Levine siguió sentado en la sala de oficiales, donde Bridesman podía verlo o encontrarlo si así lo deseaba, esperando como había

esperado por la mañana, porque ahora se daba cuenta de que entonces no lo había hecho, no se lo había creído, sin contar con que Bridesman se había visto obligado a mirarlo durante el almuerzo, dado que tuvo que colocarse exactamente enfrente. En realidad, todos los de la escuadrilla habían hecho lo mismo que él: estar sentados o deambular por la sala de oficiales..., es decir, los nuevos, los novatos, los principiantes como él... Villeneuve- Blanche, incluso el mismo Villeneuve, el pueblo al que Collyer había calificado de cloaca, prohibido, lo que hacía que, quizá por primera vez en su historia, alguien que no había nacido allí deseara ardientemente visitarlo. Habría podido, también él, regresar a su barracón; tenía una carta empezada pero, en aquel momento, le era imposible terminarla, ya que la conclusión del cañoneo del día anterior no sólo había privado a las palabras de todo significado, sino que había aniquilado la razón misma de su propósito y finalidad.

Regresó de todos modos al barracón, tomó un libro y se tumbó con él en la litera. Quizá lo hizo sencillamente para mostrar, para demostrarse a sí mismo, a la vieja carne y a los viejos huesos, que no esperaba nada. O quizá para enseñarles a renunciar, a abandonar. Aunque tal vez no se trataba tanto de la carne y de los huesos como de los nervios, los músculos, entrenados por un gobierno, con motivo de una crisis grave, pero momentánea, con vistas a realizar una tarea sumamente especializada; luego el gobierno había superado la crisis, resolviendo el problema que hacía necesario todo aquello, antes de poder amortizar el coste de la formación. No se trataba de la gloria: simplemente de amortizar el gasto. El laurel de la gloria, aunque sólo fuera moderadamente frondoso, necesitaba de la sangre humana, lo que sólo se podía permitir cuando la patria misma estaba en peligro. La paz acababa con todo aquello y lo mejor que podía hacer el hombre que quisiera elegir entre la gloria y la paz era, a decir verdad, hablar lo menos posible...

Pero aquello no era leer: *Gaston de la Tour* merecía al menos que lo leyese quienquiera que lo tuviera abierto y lo estuviese mirando, aunque fuese tumbado. Leyó por tanto, tranquilo, resignado, perdido ya el ardor guerrero. Ahora tenía incluso un porvenir, viviría eternamente; todo lo que le quedaba por hacer, dado que el único oficio que conocía (pilotar un avión de guerra con el fin de derribar, o de tratar de derribar, a otro avión de guerra) había quedado sin vigencia, era encontrar alguna otra tarea afín. Muy pronto llegaría la hora de la cena, y comer sería en cierto modo una escapatoria, una distracción frente a todo aquello, cuatro horas suprimidas de las veinticuatro, aunque, si se contaba el té, quizá fuesen incluso cinco, si uno no se olvidaba de comer con la suficiente lentitud, y después otras ocho para el sueño, o incluso nueve, si uno se dedicaba a ello sin prisa excesiva, de manera que quedaba menos de la mitad del día. De todos modos, hoy no iría ni a tomar el té ni a cenar; aún le quedaba aproximadamente un cuarto de la libra de chocolate que su madre le había enviado la semana anterior, y que prefiriera el té y la cena al chocolate daba lo

mismo. Porque a ellos (a los novatos, a los reclutas) los devolverían probablemente a sus casas mañana, y, si no quedaba otro remedio, regresaría a Londres sin condecoración en la guerrera, pero, al menos, no volvería llevando en la mano una pastilla de chocolate reblandecido, como un crío que vuelve medio dormido del parque de atracciones. Por otra parte, cualquier persona capaz de prolongar el comer y el dormir por encima de catorce horas en un total de veinticuatro, también debería estar en condiciones de prolongar la lectura de *Gaston de la Tour* todo lo que quedaba de aquella jornada viuda hasta que llegara la noche y, con ella, la oscuridad y el sueño.

Después, al día siguiente, cuando acababan de dar las tres de la tarde, y no sólo no esperaba ya nada, sino que hacía veinticuatro horas que tenía que recordarse a cada momento que no esperaba nada, apareció de repente el cabo del puesto de mando en la puerta del barracón.

—¿Qué? —preguntó—. ¿Sucede algo?

—Sí, mi teniente. Una patrulla, mi teniente, que sale dentro de media hora.

—¿Toda la escuadrilla?

—El capitán Bridesman no me ha dado más nombres, mi teniente.

—¿Sólo media hora? —dijo—. Dios mío, no habrán podido... Bien —continuó—. Media hora. Gracias.

Porque ahora tendría que terminar la carta, y aunque media hora fuese tiempo suficiente, no bastaba, sin embargo, para recobrar el estado de ánimo, el convencimiento que la había hecho necesaria. Si no fuera porque tenía que firmarla, doblarla y meterla en el sobre, no habría necesitado siquiera sacarla. Porque se acordaba de lo que había escrito:

... en realidad no es nada peligroso. Ya sabía yo, antes de salir, que era capaz de pilotar; también he logrado ser un tirador aceptable, e incluso el capitán Bridesman reconoce que, en formación, no soy en absoluto una amenaza para la vida de otros, por lo que, quizá, cuando esté más asentado, pueda ser de alguna utilidad a la escuadrilla.

Y, ¿qué habría podido añadir? ¿Qué más decirle a una mujer que no sólo era madre, sino, además, madre huérfana a medias? Era decirlo al revés, por supuesto, pero cualquiera entendería lo que quería decir; ¿quién sabe?, quizá uno de esos cualquiera pudiese incluso sugerirle una posdata, como, pongamos por ejemplo:

P.D. Un chiste estupendo que te gustará: anteayer al mediodía nos anunciaron unas vacaciones y, si lo hubieses sabido, no habrías tenido necesidad de preocuparte en lo más mínimo desde ese momento hasta las tres

de la tarde de hoy; durante dos tardes seguidas podrías haber salido a tomar el té con la conciencia tranquila, lo que confío que hicieras, y que incluso te quedaras a cenar, aunque espero recuerdes el mal efecto del jerez sobre tu cutis.

Pero ni siquiera tenía tiempo para eso. Oyó los motores, miró fuera, vio tres aviones en el exterior del hangar, en marcha ya, mecánicos a su alrededor y el centinela montando de nuevo la guardia ante las puertas cerradas. A continuación, sobre el cuadrado de hierba próximo al puesto de mando advirtió la presencia de un vehículo de estado mayor que no conocía, y escribió, debajo del texto de la carta, «Te quiere tu hijo, David», dobló la hoja, la introdujo en el sobre que cerró utilizando la lengua para humedecer la goma y de nuevo vio que el asistente del comandante atravesaba la sala de oficiales camino del puesto de mando con varias prendas de un traje de vuelo; al parecer Bridesman no había salido del despacho, aunque un momento después lo vio llegar desde los hangares, vestido ya de faena, por lo que el traje de vuelo no era para él. Luego se abrió la puerta del despacho y salió Bridesman diciendo:

—De acuerdo. Vaya a buscar... —y se detuvo, porque Levine ya tenía aquellas cosas: mapas, guantes, casco, pasamontañas, la pistola en el bolsillo de la rodilla del Sidcott. A continuación se dirigieron hacia los tres aviones situados delante del hangar B.

—Sólo tres —dijo Levine—. ¿Quién más viene?

—El comandante —respondió Bridesman.

—Ah —dijo Levine—. ¿Por qué me ha elegido?

—No lo sé. Habrá echado a suertes, supongo. Lo puedo eliminar, si no le parece bien. No tendrá ninguna importancia. Creo de verdad que el comandante ha echado a suertes.

—¿Por qué tendría que parecerme mal? —dijo Levine. Luego añadió—: Pensaba, simplemente... —pero se interrumpió.

—¿Qué pensaba? —preguntó Bridesman.

—Nada —dijo. Después, sin saber por qué, añadió—: Pensaba que quizá el comandante se haya enterado de algún modo, y cuando decidió llevar a uno de los nuevos para este trabajo, se acordó de mí... —y lo contó: la mañana en que se suponía que había salido a hacer prácticas, sin duda una breve salida por encima de las líneas aliadas y cómo, en lugar de eso, permaneció cuarenta o cincuenta segundos, exponiéndose a un castigo, con un avión desarmado, encima de las trincheras boches o, por lo menos, lo que él imaginaba que eran sus líneas—: En el momento mismo no se tiene miedo; sólo después, más tarde. Y entonces..., es como la fresa del dentista, que ya vibra incluso antes de que abras la boca. Estás obligado a abrirla, y sabes

perfectamente que la vas a abrir, aunque no se te escapa, al mismo tiempo, que ni el saber que vas a hacerlo, ni el abrirla después, van a servir de nada, porque incluso después de que vuelvas a cerrarla, la cosa esa seguirá vibrando en tu dirección y tendrás que volver a abrir la boca un momento después o quizá mañana o tal vez dentro de seis meses, pero que zumbará de nuevo y tendrás que abrir la boca porque no tienes ningún otro sitio donde ir... Quizá —dijo— eso es todo lo que hay. Quizá cuando ya es demasiado tarde y no se puede hacer nada, no te importa que te maten...

—No lo sé —dijo Bridesman—. ¿No tiene usted ningún agujero de bala en la carlinga?

—No —dijo Levine—. Quizá me lo hagan ahora.

Esta vez Bridesman lo detuvo.

—Escuche —dijo—. Se trata de hacer un trabajo. ¿Sabe en qué consiste ese tipo de trabajo en esta escuadrilla?

—Sí. Encontrar boches.

—Y luego cargárselos.

—Suenan usted como Monaghan: «Me limité a llegar por detrás y a volarle el culo a ese hijo de perra».

—Hágalo usted también —dijo Bridesman—. Vamos.

Siguieron adelante, pero le había bastado una mirada a los tres aviones.

—El suyo no ha vuelto todavía —dijo Levine.

—No —respondió Bridesman—. Me llevo el de Monaghan.

Enseguida llegó el comandante y se dispusieron a despegar. Cuando pasaba cerca del puesto de mando Levine vio una camioneta de poco tamaño que llegaba de la carretera y entraba en el aeródromo, pero en aquel momento no tuvo tiempo para mirarla; sólo después de estar en el aire y de hacer el giro consiguió examinarla de verdad. Era el tipo de camioneta que utilizaba la policía militar y, al ascender para ocupar su sitio en la formación, vio no ya un vehículo, sino dos, detrás de la sala de oficiales; no los coches habituales de estado mayor, cubiertos de barro, sino de la especie en la que los oficiales del *Life and Horse Guards*^[3] destacados en los estados mayores de los comandantes de cuerpo y de los comandantes de ejército se hacían llevar de aquí para allá. Un momento después Levine se alineó frente a Bridesman, del otro lado del estabilizador del comandante, siempre ascendiendo, pero en dirección sur, para abordar el frente en ángulo recto, lo que hizo enseguida, sin dejar de subir; Bridesman inclinó el avión, apartándose, y Levine hizo lo mismo durante el tiempo suficiente para vaciar la Vickers, entrando en Alemania o, al menos, hacia donde estaban los alemanes; luego giró la Lewis sobre su cuarto de círculo, disparó también hasta descargarla, y se acercó de nuevo. Entonces el comandante, sin dejar de ascender, dio media vuelta en dirección noroeste por encima y en paralelo al frente, aunque nada en aquel momento permitiera saber que era el frente, nada que lo

denunciase como primera línea de combate, si bien, en realidad, Levine no lo había visto más que dos veces, sin tiempo suficiente para aprender a reconocerlo; tan sólo dos globos de observación, aproximadamente a un kilómetro y medio de distancia uno de otro, sobre las trincheras británicas, y, enfrente, sobre las alemanas, otros dos, pero sin polvo, ni zonas oscurecidas, ni explosiones, ni nubes de humo venido de no se sabía dónde subiendo en espiral, ni ruido, surgido de la nada, desvaneciéndose ya y reemplazado al instante; nada de centelleo de cañones como había visto en una ocasión, aunque quizá a la altura en que estaba no se notaran en absoluto los resplandores; nada por el momento que no se correspondiera con los detalles de un mapa, semejante a la apariencia que tendría cuando, llegado el momento, según había dicho el general, enmudeciera el último cañón al otro lado del Rin, durante el pequeño intervalo antes de que la tierra, con una gran oleada convulsa, se apresurase a recubrirlo y ocultarlo todo de la luz del día y las miradas de los hombres...

Se apartó para dar la vuelta al mismo tiempo que el comandante. Cruzaban el frente en aquel momento, ascendiendo siempre, exactamente por encima del globo inglés más alto, en línea recta hacia el globo alemán. Entonces lo vio también: una salva blanca que estallaba muy por debajo y por delante de ellos, después cuatro explosiones aisladas, jalonando la dirección este como cuatro asteriscos. Pero no dispuso de tiempo para ver hacia dónde señalaban porque en el mismo instante las baterías antiaéreas alemanas los tuvieron en su punto de mira, o los habrían tenido si el comandante no se hubiera zambullido ligeramente en dirección este. Pero Levine seguía sin ver nada, excepto las negras explosiones de la artillería boche. Parecían estar en todas partes: voló directamente a través de una ráfaga, contraído, encogido sobre sí mismo, esperando el ruido metálico y el zumbido que había oído antes. Pero quizá ahora iban demasiado deprisa, el comandante y él zambulléndose de verdad, y por primera vez se dio cuenta de que faltaba Bridesman, no sabía qué había pasado con él, ni en qué momento, y enseguida advirtió la novedad: un biplaza, aunque no supo de qué clase, porque nunca había visto un biplaza alemán volando, ni, a decir verdad, ningún otro avión alemán. Entonces Bridesman descendió verticalmente por delante de él y, al imitarle, descubrió que el comandante había desaparecido, pero tampoco pensó en ello, Bridesman y él descendiendo casi en picado, el aparato alemán exactamente por debajo de ellos, dirigiéndose hacia el oeste; pudo ver cómo las balas trazadoras de Bridesman alcanzaban de pleno al alemán hasta que el capitán se salió de la trayectoria y se apartó, y luego sus propias balas trazadoras, aunque le pareció que no conseguía tener al biplaza en el punto de mira antes de verse obligado a salir y apartarse, las baterías antiaéreas esperándole ya, incluso antes de apartarse, como si a los alemanes les diese igual a quién alcanzaban o incluso sin molestarse en mirar para ver. Uno de los proyectiles pareció estallar enteramente entre los planos superior e inferior de su ala derecha. *Quizá la razón de que no oiga el ruido que hace*

al chocar, pensó, es que éste me va a derribar antes de que tenga tiempo de oírlo. Luego encontró de nuevo al biplaza. No exactamente el avión, sino los estallidos blancos de la artillería antiaérea británica indicándole, o indicándoles, dónde se hallaba, y un S.E. (tendría que ser el comandante; era imposible que Bridesman se hubiera alejado tanto) que descendía hacia las explosiones. El capitán surgió de nuevo junto a su ala, y los dos desaparecieron por completo en la nube pustulosa de estallidos negros, como dos gorriones a través de un remolino de hojas muertas; luego vio los globos y notó, o se acordó del sol o, quizá, lo vio sencillamente.

Luego los tuvo a todos delante: el biplaza surgió, con extraordinaria precisión, entre los dos globos alemanes para volar, perfectamente recto y perfectamente horizontal, sobre una línea que lo llevaría a través de la tierra de nadie y exactamente entre los dos globos británicos; detrás y por encima del biplaza, el comandante; y Bridesman y él a cosa de kilómetro y medio dentro de una nube de estallidos negros, los cuatro semejantes a cuatro cuentas del rosario deslizándose a lo largo de un hilo, y dos de ellas sin correr demasiado, porque Bridesman y él alcanzaron al comandante casi de inmediato. Y quizá fue la expresión de su rostro, al lanzarle el comandante una mirada rápida y al hacerles luego a él y a Bridesman un gesto para que volvieran a la formación. Pero Levine no redujo la velocidad y Bridesman lo siguió, de manera que los dos se adelantaron al comandante, y entonces pensó: *Quizá me equivoqué, quizá no era la artillería boche la que disparaba aquel día, y fue la nuestra la que oí;* y todavía lo pensaba cuando, ligeramente por delante de Bridesman, recorrieron también la distancia que todavía les separaba del avión alemán y se metieron entre los estallidos blancos que rodeaban al biplaza antes de que alguien tuviera tiempo de decir a los artilleros que también ellos podían parar ya, la última voluta blanca de la ráfaga desvaneciéndose en la última nube que se disolvía alrededor de Bridesman y de él, y allí estaba el biplaza volando en línea recta, horizontal y tranquilo, hacia el sol de la tarde; Levine apretó el botón, dio un ligero empujón a la ametralladora, apuntando directamente al biplaza, paseándola de un extremo a otro, ida y vuelta: el motor, la nuca del piloto, después el observador, tan inmóvil como si se encontrara en el asiento trasero de un automóvil de lujo camino de la ópera, la ametralladora que nadie utilizaba balanceándose sobre su cuadrante detrás del observador como un paraguas recogido y suspendido de una barra; después el observador se volvió sin prisa y miró directamente a la ametralladora, y lo miró a él, directamente a la cara, y con un gesto decidido de una mano se retiró las gafas de aviador, mostrando un rostro prusiano, un rostro de general prusiano; durante los tres últimos años Levine había visto con demasiada frecuencia caricaturas del *Kronprinz*, Federico Guillermo, para no reconocer a un general prusiano cuando lo veía, mientras con la otra se ponía un monóculo y lo contemplaba; finalmente se retiró el monóculo y volvió a mirar hacia adelante.

Levine se apartó y adelantó al avión alemán; directamente debajo de ellos estaba ya el aeródromo, y se acordó de la batería antiaérea en las afueras del pueblo, donde, la noche anterior, había visto la linterna y oído el ruido del camión; con un giro cerrado, casi hasta la vertical, pudo ver, exactamente debajo, a los artilleros y les hizo señales con la mano, al tiempo que gritaba: «¡Vamos, vamos! ¡Es vuestra última oportunidad!»; volviendo a tomar la diagonal se alejó, después volvió en picado, paseando la ametralladora por la batería y también, en torno a ella, por los rostros inmóviles, levantados hacia el cielo, que lo miraban; al tomar de nuevo altura, vio a otro hombre —en el que hasta entonces no había reparado— que se mantenía en el límite del bosque situado detrás de la batería; un toque mínimo a la palanca de mando y el timón lo colocó directamente en el punto de mira de la Aldis y, al volver a elevarse para pasar por encima de los árboles, Levine se dio cuenta de que, en caso de calificarle por aquella acción, se habría situado muy cerca de un diez en los alrededores del ombligo de aquel tipo. Luego apareció de nuevo el aeródromo; vio cómo el biplaza se orientaba contra el viento para aterrizar, los dos S.E., por encima y por detrás, conduciéndolo hacia tierra; en cuanto a él, estaba demasiado alto, aunque su velocidad no fuera excesiva, e, incluso después del peligroso deslizamiento sobre el ala, aún podía destrozar el tren de aterrizaje de su S.E., algo bastante posible hasta cuando se tomaba tierra en las mejores condiciones. Pero el tren resistió, aguantó la prueba; Levine fue el primero en tocar suelo y empezar a rodar; por un momento le fue imposible recordar dónde lo había visto, luego lo recordó, empezando a dar la vuelta tan pronto como se atrevió (algún día les pondrían frenos: quienes los pilotaban ahora y continuaran vivos para entonces llegarían a verlo) y consiguiéndolo: una fugitiva aparición de cobre y escarlata en algún lugar cerca del puesto de mando, y la infantería en columna doblando la esquina; Levine rodaba deprisa en aquel momento, de nuevo sobre la pista alquitranada que pasaba por delante de los hangares donde tres mecánicos echaron a correr hacia él hasta que, con la mano, les hizo gesto de que se alejaran, rodando todavía hacia la esquina del campo, y allí era donde lo había visto la semana anterior; cortó el encendido del motor y descendió, el biplano en el suelo ya y Bridesman y el comandante aterrizando también mientras él miraba, los tres rodando juntos, contoneándose como tres gansos, hacia el puesto de mando, donde el cobre y el escarlata brillaban al sol, magníficos y rutilantes, delante de la infantería detenida. Como corría un poco pesadamente con sus botas de vuelo, la ceremonia ya había comenzado cuando él llegó: el comandante y Bridesman avanzaban ya, junto con el ayudante, Thorpe, Monaghan y el resto de la patrulla B, y en el centro los tres ayudantes de campo de Poperinghe, resplandecientes con su escarlata, su cobre y sus distintivos del *Life and Horse Guards*; y detrás de ellos el oficial de infantería con su pelotón detenido y desplegado en dos hileras, todos vueltos hacia el aeroplano alemán.

—Bridesman —dijo Levine, pero en aquel momento el comandante gritó:

—¡Firm...es!

Y el oficial de infantería:

—Presenten armas... ¡ar!

Desde la posición de firmes y saludando, vio cómo el piloto alemán saltaba a tierra y se colocaba también en posición de firmes junto al ala; por su parte, el individuo que ocupaba el asiento del observador se quitó el casco y las gafas de aviador, los dejó caer sin fijarse en dónde y, de algún sitio en el interior de la carlinga sacó una gorra, se la encajó y, ejecutando con la mano vacía algo semejante al gesto rápido de un prestidigitador que se dispone a sacar una carta, se colocó el monóculo, saltó del aeroplano enfrentándose con el piloto y dijo algo muy deprisa en alemán, momento en que el otro adoptó la posición de descanso; a continuación añadió algo con tono más duro, y el piloto adoptó de nuevo la posición de firmes; acto seguido, y sin apresurarse más de lo que lo hiciera para quitarse el casco, pero lo bastante deprisa para que nadie pudiera impedirlo, sacó de no se sabe dónde una pistola, apuntó durante un segundo, mientras el piloto, completamente rígido (por su aspecto no parecía tener mucho más de dieciocho años), no miraba siquiera a la boca del arma sino al monóculo, disparó, alcanzando al piloto en mitad de la frente; casi antes de que el cuerpo, después de estremecerse, empezara a derrumbarse, dio media vuelta, se cambió la pistola de mano y había empezado a devolver el saludo cuando Monaghan saltó por encima del cuerpo del piloto y lo empujó hacia el aeroplano antes de que Bridesman y Thorpe lo alcanzaran, reteniéndolo.

—Imbécil —dijo Bridesman—, ¿no sabes que los generales alemanes no pelean con desconocidos?

—¿Desconocidos? —exclamó Monaghan—. Yo no soy un desconocido. Estoy tratando de matar a ese hijo de perra. ¿Para qué crees que he recorrido tres mil kilómetros? ¡Para matarlos a todos y volverme a casa!

—Bridesman —volvió a llamar Levine, pero de nuevo intervino el comandante.

—¡Quietos ahí! ¡Firm...es! —por lo que, una vez más en posición de firmes y saludando, vio cómo el alemán (no había perdido siquiera el monóculo) se enderezaba, daba la vuelta a la pistola hasta sujetarla por el cañón y se la tendía, la culata por delante, al comandante, que la recogió; luego se sacó un pañuelo del puño, se limpió con él la pechera y la manga de la guerrera en los sitios donde Monaghan lo había tocado, miró a su agresor desde detrás del monóculo durante un segundo exactamente, sin la más mínima expresión, mientras volvía a guardarse el pañuelo en el puño y, con un brusco taconazo devolvió el saludo y avanzó directamente hacia el grupo como si no estuviera allí y no necesitara siquiera ver que se apartaban e incluso que se empujaban un poco para no estorbar y dejarle paso, los tres oficiales del *Life and Horse Guards* incorporándose a la formación tras él, entre las dos hileras de

infantes, en dirección a la sala de oficiales.

—Lléveselo —le dijo el comandante a Collyer—. No sé si lo querrán o no, pero nosotros, desde luego, no lo queremos aquí.

—Bridesman —repitió Levine.

Bridesman dejó escapar una exclamación y escupió con fuerza.

—No es necesario que vayamos a la sala de oficiales. Tengo una botella en el barracón —luego alcanzó a Levine—. ¿Adónde va?

—Será cuestión de un momento —dijo. Luego, al parecer, también Bridesman reparó, se fijó en el aeroplano.

—¿Qué le pasa a su cacharro? Ha aterrizado perfectamente.

—Nada —respondió Levine—. Lo dejé ahí porque hay un bidón de gasolina vacío entre la hierba que servirá para sujetarle la cola —el bidón estaba allí, un leve brillo herrumbroso en las últimas luces del día que agonizaba—. Porque ha terminado, ¿no es cierto? Eso es lo que quieren tratar con el general boche, como es lógico. Aunque no entiendo por qué tenían que hacerlo de esa manera, cuando todo lo que se necesita es que alguien agite una sábana o un mantel blanco; seguro que tienen un mantel en Pop, y sin duda los boches, en su cuartel general, tienen uno que le mangaron a una francesa; y alguien está en deuda por ese pobre taxista ensangrentado que... Que tampoco fue como explican los manuales; lo hizo al revés; primero tenía que haberse quitado la cruz de hierro de la guerrera y habérsela colgado al otro antes de pegarle el tiro...

—No sea estúpido —dijo Bridesman.

—De acuerdo. Sólo me llevará un momento.

—Déjelo estar —dijo Bridesman—. Basta con dejarlo estar.

—Sólo quiero ver —dijo Levine—. Luego haré lo que me dice. No será más que un momento.

—¿Lo dejará después? ¿Lo promete?

—Claro. ¿Qué otra cosa puedo hacer? Sólo quiero ver —colocó en posición el bidón vacío de gasolina, alzó la cola del S.E., la hizo girar hasta donde estaba el bidón y comprobó que era exactamente la altura precisa: ligeramente mejor que un ángulo de vuelo, casi una posición de simple planeo, la nariz un poco hacia abajo, en el sitio exacto; y Bridesman diciendo no, completamente en serio ya.

—Ni hablar.

—En ese caso tendré que conseguir a ... —Levine vaciló un momento; luego habló deprisa, con astucia—..., Monaghan. Monaghan lo hará. Sobre todo si consigo adelantarme a la camioneta o al coche de estado mayor o a lo que sea y pido prestada la gorra del general alemán. O quizá baste con el monóculo..., no: sólo la pistola para empuñarla.

—Le basta con su propio testimonio —dijo Bridesman—. Usted estaba allí. Vio

con qué nos disparaban y con qué disparamos nosotros contra ese biplaza. Usted lo tuvo una vez en el punto de mira durante cinco o seis segundos. Yo vi cómo lo barría con la ametralladora desde el motor hasta la cola pasando por el monóculo.

—Usted también —dijo Levine—. Suba.

—¿Por qué no lo deja estar?

—Lo he hecho. Hace tiempo. Suba.

—¿A esto le llama usted dejarlo estar?

—¿Se da cuenta de que parece un disco rayado?

—Calce las ruedas —dijo Bridesman. Levine encontró dos cuñas y sostuvo el fuselaje mientras Bridesman entraba en la carlinga. Luego dio la vuelta para ponerse delante de la nariz, y comprobó que estaba bien; veía la inclinación de la capota y la Aldis un poco sesgada: aunque él era más alto que la mayoría, tendría que bajar algo más. Aunque podía ponerse de puntillas y, de todos modos, se proponía taparse la cara con los brazos por si aún quedaba algo, a siete metros de distancia, de lo que habían utilizado para llenar los cartuchos la noche anterior, si bien no había visto ningún proyectil alcanzar el biplano ni salir rebotado, pese a haber estado exactamente encima los cinco o seis segundos a los que Bridesman había hecho referencia. Y la hélice ya estaba en posición abierta, de manera que el regulador funcionaría o no funcionaría, o lo que fuera que hiciese cuando dejaba pasar las balas. De manera que todo lo que había que hacer era alinear el cañón de la Aldis sobre la cabeza de Bridesman detrás del parabrisas, si no fuera porque Bridesman se estaba asomando por un lado, hablando de nuevo:

—Lo prometió.

—Es cierto —dijo Levine—. Todo saldrá perfectamente.

—Está usted demasiado cerca —dijo Bridesman—. Sigue siendo una trazadora. Puede quemarle.

—Sí —dijo Levine, retrocediendo, todavía delante de la pequeña abertura negra por donde disparaba la ametralladora—. Me pregunto cómo lo hicieron. Yo creía que en el caso de las trazadoras era la bala misma la que ardía. Entonces, ¿cómo es posible hacer una trazadora sin que haya un proyectil dentro? ¿Sabe usted cómo lo hacen? Lo que quiero decir es, ¿qué son? ¿Bolas de miga de pan, quizá? No, el pan se hubiera quemado al salir. Quizá se trate de bolas de madera con un baño de fósforo. Lo que resulta un tanto divertido, ¿no es cierto? Nuestro hangar cerrado anoche tan a cal y canto como..., y un centinela armado hasta los dientes, yendo de aquí para allá, a oscuras y muerto de frío y alguien dentro, quizá Collyer; un jugador de ajedrez debe de saber manejar un cuchillo, y sacar virutas a un trozo de madera parece también una actividad filosófica y se dice que el ajedrez es juego de filósofos, o quizá se tratara de un mecánico que mañana será cabo o de un cabo que mañana será sargento, a pesar de que la guerra se haya terminado, porque se le puede dar otro galón a un

cabo aunque ya esté camino de casa o por lo menos antes de que lo desmovilicen. O quizá mantengan todavía la Fuerza Aérea, puesto que mucha gente ha llegado aquí directamente desde la cuna antes de tener tiempo de aprender otra cosa que volar, e incluso en tiempo de paz también éstos tendrán que comer de cuando en cuando... — todavía retrocediendo porque Bridesman seguía indicándoselo, siempre con la Aldis alineada— aquí durante tres años, y nada; luego, de repente, una noche se instala en un hangar cerrado con un cortaplumas y un montón de trozos de madera y hace lo que ni Ball ni McCudden ni Mannock ni Bishop ni ninguno de ellos han hecho nunca: derribar a todo un general alemán; y recibirá la condecoración en el palacio de Buckingham durante su próximo permiso, sólo que no habrá ninguno, porque ya no hay razones para estar de permiso y, aunque las hubiera, ¿qué medalla podrían dar por eso, Bridesman? De acuerdo —dijo—. Está bien. También me taparé la cara...

Pero no iba a ser necesario; la línea de fuego se inclinaba hacia el suelo y, a aquella distancia, los proyectiles lo alcanzarían sin duda por debajo del pecho. De manera que comprobó una última vez que la Aldis estaba bien alineada, inclinó un poco la cabeza y cruzó los dos brazos por delante de la cara, diciendo:

—Ya está.

Luego el ruido como de matraca, el minúsculo guiño de color rosa oscuro en el cristal del reloj en la muñeca alzada y la punzada dura y ligera (eran bolas de algún tipo; si hubiera estado a un metro del cañón de la ametralladora en lugar de a diez, habrían acabado con él tan deprisa como los proyectiles de verdad. E incluso así, se inclinó hacia adelante bajo la ráfaga, no para evitar que lo empujaran hacia atrás, sino para no ser derribado, porque durante la caída, el ángulo, los sucesivos puntos de impacto habrían ido subiéndole por el pecho, para acabar probablemente recibiendo el final de la ráfaga en pleno rostro antes de que Bridesman hubiera podido detenerla), el rabioso tac-tac-tac-tac sobre el pecho y el acre olor a tela quemada antes de sentir el calor.

—¡Quíteselo! —gritaba Bridesman—. ¡No conseguiré apagarlo! ¡Quítese el Sidcott, maldita sea!

También Bridesman empezó a tirar con todas sus fuerzas del mono, rasgándolo mientras Levine se quitaba a puntapiés las botas de volar y luego se libraba definitivamente del mono y del lento e invisible hedor de un fuego sin llama.

—¿Está satisfecho ya? —preguntó Bridesman—. ¿Le parece suficiente?

—Sí, gracias —dijo Levine—. Todo en orden. ¿Por qué tuvo que pegarle un tiro al piloto?

—Un momento —dijo Bridesman—. Apártelo del avión... —apoderándose del mono por una pernera como para lanzarlo lejos, hasta que Levine lo detuvo.

—Espere —dijo—. He de sacar la pistola. Si no me la cobrarán —sacó el arma corta del bolsillo de la rodilla del Sidcott y se la guardó en el de la guerrera.

—¿Y ahora? —preguntó Bridesman, aunque sin soltar el mono.

—Al incinerador —dijo Levine—. No lo podemos dejar aquí tirado.

—De acuerdo —dijo Bridesman—. Vamos.

—Lo llevaré al incinerador y me reuniré con usted en el barracón.

—Tráigalo al barracón y que el asistente lo meta en el incinerador.

—Empieza a sonar otra vez como un disco rayado, ¿no le parece? —dijo Levine.

Bridesman soltó la pernera del Sidcott, pero no se movió de donde estaba.

—Luego vendrá al barracón.

—Claro —dijo Levine—. Además, tendré que pararme en los hangares y decir a los mecánicos que guarden el avión. Pero ¿por qué tuvo que pegarle un tiro al piloto, Bridesman?

—Porque es alemán —respondió el otro con algo parecido a una tranquila paciencia desesperada—. Los alemanes hacen la guerra de acuerdo con el reglamento. Según esas reglas, un piloto alemán que aterriza en un aeródromo enemigo con un avión alemán intacto en el que viaja como pasajero un teniente general alemán es un traidor o un cobarde y, en ambos casos, debe morir por ello. Ese pobre infeliz sabía probablemente esta mañana, mientras se desayunaba una salchicha con cerveza, lo que iba a sucederle. Si el general no hubiera hecho aquí lo que ha hecho, probablemente lo habrían fusilado a él nada más ponerle las manos encima. Y ahora, deshágase de eso y venga al barracón.

—De acuerdo —dijo Levine.

Bridesman se alejó y, al principio, no se atrevía a enrollar el mono para transportarlo. Luego pensó que ya daba exactamente lo mismo. De manera que lo enrolló, recogió las botas de vuelo y se dirigió hacia los hangares. Encontró abierto el de la patrulla B, porque estaban guardando los aparatos del comandante y de Bridesman; el reglamento, probablemente, no les permitiría colocar un biplaza alemán bajo un techo británico, pero sí, en cambio, obligaría a un mínimo de seis ingleses (que, como los soldados de infantería se habrían marchado ya, serían mecánicos sin costumbre alguna de manejar fusiles ni de pasar la noche en vela) a montar guardia, armados y haciendo relevos, en torno suyo.

—Se me encasquilló —le dijo al primer mecánico—. Dentro había un proyectil sin disparar. El capitán Bridesman me ha ayudado a sacarlo. Ya pueden guardar mi avión.

—Sí, mi teniente —dijo el mecánico.

Levine siguió su camino, llevando cautelosamente el mono enrollado, hasta dar la vuelta alrededor de los hangares y, a la incierta luz del crepúsculo, se dirigió hacia el incinerador situado detrás del comedor de la tropa, pero, de repente, torció bruscamente de nuevo en dirección a las letrinas; en el interior la oscuridad sería total, a no ser que ya hubiera alguien allí con una linterna (Collyer manejaba una

palmatoria de hojalata y, para alguien que se cruzara con él, yendo o viniendo de las letrinas, tendría sin duda aspecto claustral, tonsurado y con los tirantes anudados a la cintura bajo el capote desabrochado). En la negrura del interior, el olor a quemado del Sidcott era especialmente fuerte. Dejó en el suelo las botas y desenrolló el mono, pero estaba tan oscuro que no se veía nada: tan sólo el lento y espeso olor a algo que se quema; también él lo había oído; el año anterior a un tipo de la patrulla B se le metió una bala trazadora entre la tibia y el peroné, y aún seguían raspándole los huesos a medida que el fósforo los pudría; Thorpe le dijo que la próxima vez iban a amputarle la pierna por la rodilla para ver si así lo paraban. La equivocación de aquel fulano fue, por supuesto, no haber retrasado la patrulla, pongamos, para pasado mañana (o para mañana mismo, si vamos a eso; o incluso para hoy, aunque Collyer no le hubiera dejado), pero ¿cómo habría podido saberlo un año antes, cuando él mismo conocía a uno de la escuadrilla que no lo había descubierto hasta que las baterías antiaéreas le dispararon con balas de fogeo y aun así no acababa de creérselo? Enrolló de nuevo el Sidcott y buscó a tientas durante unos momentos en la oscuridad total (cuando uno se acostumbraba, la negrura no era tan intensa; las paredes de lona habían recogido un poco de luz, como si una prolongación del día fuese incluso a comenzar allí después de que concluyera oficialmente en el exterior) hasta encontrar las botas. Fuera no era ni mucho menos de noche; aún faltaban dos o tres horas, y esta vez se dirigió directamente a la barraca de Bridesman, deteniéndose sólo el tiempo suficiente para depositar junto a la pared, muy cerca de la puerta, el mono enrollado. Bridesman estaba en mangas de camisa, lavándose; sobre la caja situada entre su cama y la de Cowrie había una botella de whisky, además de dos vasos para lavarse los dientes. Bridesman se secó las manos y, sin hacer una pausa para bajarse las mangas, retiró los cepillos de los vasos, vertió whisky en ellos y pasó a Levine el de Cowrie.

—Écheselo al colete —dijo Bridesman—. Si el whisky es medio decente, matará cualquier germen que Cowrie haya dejado o que vaya usted a dejar.

Los dos bebieron.

—¿Más? —preguntó Bridesman.

—No, gracias. ¿Qué va a pasar con los aviones?

—¿Qué va a pasar con qué?

—Con los aviones. Nuestros aviones. No he tenido tiempo de hacer nada con el mío. Pero podría haberlo hecho, si hubiese tenido tiempo. Ya me entiende: machacarlo. Estrellarlo contra algo, un avión detenido en la pista, el de usted quizá. Matar dos pájaros de un tiro, antes de que se los vendan a América del Sur o al Cercano Oriente. Para que ningún tipo con uniforme de general de opereta mande nuestra escuadrilla en una fuerza aérea que nunca tuvo nada que ver con esto. Quizá Collyer me deje volar una vez más. Si es así, lo estrellaré...

Bridesman avanzó tranquilamente hacia él con la botella.

—Déjeme llenarle el vaso —dijo.

—No, muchas gracias. Imagino que no sabe usted cuándo volvemos a casa.

—¿Va usted a beber, si o no? —preguntó Bridesman.

—No, gracias.

—Bien —dijo Bridesman—. Le doy a elegir: beber o cerrar la boca, dejarlo estar, punto final. ¿Qué prefiere?

—¿Por qué sigue usted hablando de dejarlo estar? ¿Dejar estar qué? Sé, por supuesto, que la infantería volverá antes a casa, esos pobres desgraciados que se han pasado cuatro años en el barro, volviendo a la retaguardia cada dos semanas, pero sin motivos para alegrarse ni para sorprenderse de seguir con vida, porque salían de las trincheras simplemente para limpiar el fusil y asegurarse las raciones de hierro que les permitirían volver al frente otras dos semanas y, por lo tanto, sin motivos para sorprenderse hasta que se acabe. Claro que tienen que irse antes a casa, librarse para siempre del maldito fusil y quizá, al cabo de dos semanas, también de los piojos. Después ya no tendrán nada que hacer a excepción de trabajar todo el día, pasar la velada en el bar y dormir en una cama limpia con su esposa...

Bridesman casi dio la sensación de ir a golpearlo con la botella.

—Está claro que su palabra no vale nada. Déjeme llenarle el vaso.

—Gracias —dijo Levine, depositando el vaso sobre la caja—. De acuerdo —añadió—. Lo dejaré estar.

—En ese caso lávese deprisa y venga a la sala de oficiales. Encontraremos a alguien más y nos iremos a comer a casa de Madame Milhaud.

—Collyer ha vuelto a decirnos esta mañana que no tenemos autorización para salir del aeródromo. Quizá esté al tanto de lo que pasa. Puede que sea tan difícil parar una guerra como empezarla. Gracias por el whisky —salió. Antes incluso de abandonar la barraca le asaltó el olor. Se agachó para recoger el mono y se encaminó hacia su barracón, que estaba vacío, por supuesto; probablemente aquella noche habría una celebración, incluso una juerga, en la sala de oficiales. Tampoco encendió la lámpara; dejó caer las botas y las empujó con el pie hasta meterlas debajo de la litera; luego dejó cuidadosamente el Sidcott enrollado en el suelo y se tumbó en la cama, yaciendo tranquilamente de espaldas en aquella falsa apariencia de oscuridad y de tiempo para dormir que creaban las paredes, sintiendo el lento olor a quemado; y aún seguía allí cuando oyó a Burk maldecir acerca de algo o maldecir a alguien y la puerta se cerró de golpe.

—¡Dios bendito! —exclamó Burk—. ¿Qué es eso que huele tan mal?

—Es mi Sidcott —dijo Levine desde la cama mientras alguien encendía la lámpara—. Está ardiendo.

—¿Y para qué demonios lo metes aquí? —dijo Burk—. ¿Quieres prender fuego al

barracón?

—Está bien —dijo Levine, describiendo medio círculo con las piernas para levantarse y recogiendo luego el mono mientras los otros lo contemplaban con curiosidad un momento más, Demarchi junto a la lámpara, sosteniendo todavía la cerilla encendida—. ¿Qué sucede? ¿No hay juerga esta noche?

Entonces Burk empezó de nuevo a maldecir a Collyer incluso antes de que Demarchi dijera:

—Collyer ha cerrado el bar.

Levine salió fuera; todavía no era de noche, y aún pudo ver la hora en su reloj de pulsera: las veintidós (no, sencillamente las diez de la noche ya, porque también el tiempo volvía a ir de paisano); se llegó hasta la esquina del barracón y dejó el mono en el suelo junto a la pared, aunque no demasiado cerca; hacia el noroeste el cielo era una inmensa vidriera de iglesia que se difuminaba mientras él escuchaba el silencio poblado de innumerables ruidos menores que nunca había oído en Francia y que ni siquiera sabía que existieran allí porque para él eran Inglaterra. Pero le fue imposible recordar si en realidad los había oído en las noches inglesas o si alguien le había hablado de ellos, porque cuatro años antes, cuando ruidos nocturnos tan pacíficos eran legales o al menos *de rigueur*, no pasaba de ser un niño sin otro uniforme en perspectiva que el de los exploradores. Luego regresó al barracón; aún seguía oliéndolo desde la puerta e incluso dentro, aunque dentro, por supuesto, no hubiera podido jurar si de verdad lo olía o no. Ya se habían acostado todos; se puso el pijama, apagó la lámpara y se tumbó como estaba mandado, rígido e inmóvil boca arriba. Habían empezado los ronquidos —Burk roncaba siempre y siempre se enfadaba con los que se lo decían—, de manera que ya no oyó otra cosa que el paso de la noche, el paso del tiempo, los granitos del tiempo susurrando, con un débil murmullo sedoso, entrando o saliendo de donde quiera que el tiempo entraba o salía, y de nuevo levantó las piernas para sacarlas de la cama; palpando debajo encontró las botas de vuelo y se las puso, luego se levantó y encontró el capote sin hacer ruido, se lo puso también y salió fuera, oliendo el mono ya antes de llegar a la puerta; siguió andando hasta la esquina y se sentó junto al mono, con la espalda apoyada en la pared, el mundo no más oscuro que a las veintidós (no, las diez de la noche, ahora), el inmenso ventanal de la iglesia girando lentamente hacia el este, hasta que, casi antes de que uno se diera cuenta, se volvería a llenar, renovaría su luz y luego aparecería el sol y empezaría el nuevo día.

Pero no esperarían a eso. Las largas filas de infantes se estarían arrastrando ya en la oscuridad para abandonar las salvajes, amargas, letales, malolientes zanjas, grietas y cuevas donde habían vivido por espacio de cuatro años, parpadeando, asombrados e incrédulos, mirando a su alrededor sin saber aún qué pensar ni qué creer; y Levine trató de oír con toda su alma, porque sin duda podría oírlo, puesto que sería mucho

más alto, mucho más ruidoso que cualquier otro inicio de conjetura o de incredulidad; el grito unánime de todas las mujeres del mundo occidental desde lo que en otro tiempo fuera el frente ruso hasta el océano Atlántico y aún más allá, alemanas, francesas, inglesas, italianas, canadienses, estadounidenses y australianas: no sólo el de las que ya habían perdido hijos y esposos y hermanos y novios, porque ese sonido había invadido el aire desde el momento en que cayó el primero, y las tropas ya llevaban cuatro años viviendo con él; sino el que había empezado tan sólo ayer o aquella misma mañana o cuando fuera que había llegado aquel momento, el grito de las mujeres que habrían perdido un hijo o hermano o esposo o novio hoy o mañana si la guerra no se hubiera detenido y que ahora no lo perderían puesto que había terminado (no sus mujeres —las de Levine—, su madre, por supuesto, puesto que ella no había perdido nada ni había arriesgado realmente nada; no había habido tiempo suficiente); un sonido mucho más ruidoso que una simple suposición, tan estruendoso que los hombres no acabarían de creérselo siquiera, mientras que las mujeres podían creer y de hecho creían cualquier cosa que querían, sin hacer distinciones (ni querían ni necesitaban hacerlas) entre el sonido del alivio y el sonido de la angustia.

Tampoco su madre en la casa sobre el Támesis, más allá de Lambeth, donde Levine había nacido y donde siempre había vivido y desde la que, hasta su muerte diez años atrás, su padre se trasladaba a la City todos los días para dirigir la sucursal londinense de una vasta empresa algodonera de los Estados Unidos; ellos —su padre y su madre— habían empezado demasiado tarde para que el marido fuese el hombre al que su madre consagrara su capacidad femenina de cultivo del dolor, convirtiéndose en cambio en la mujer por la que él, Levine (puesto que, como la historia afirmaba —y, de acuerdo con las conversaciones que había tenido que oír en la sala de oficiales, se sentía inclinado a admitir que la historia sabía lo que decía—, los hombres siempre lo habían hecho), tenía que recoger coronas o, por lo menos, ramitas de laurel, de la boca del cañón. Levine recordaba, y era un recuerdo único, cómo él y dos de sus compañeros, para celebrar su nombramiento, hicieron un fondo común y se fueron al Savoy; cuando estaban allí apareció McCudden, ya porque acabara de recibir alguna nueva condecoración o porque acabara de derribar a algún boche, muy probablemente ambas cosas, de hecho indudablemente ambas, y se produjo una ovación, no los hombres sino las mujeres quienes aplaudían, los tres contemplando la escena, mientras criaturas que les parecieron más hermosas y casi tan incontables como ángeles se arrojaron a manera de ramilletes vivos a los pies del héroe; y cómo, mientras lo veían, pensaban, tanto si lo dijeron en voz alta como si no: «Ya me llegará la vez».

Pero había faltado tiempo; sólo quedaba su madre, y Levine pensó con desesperación en cómo a las mujeres no les conmovía la gloria en lo más mínimo y, si además eran madres, les irritaban los uniformes. Y de repente supo que su madre

sería la más ruidosa en cualquier sitio; la más ruidosa de todas; ella que nunca había tenido, ni por un instante, la más mínima intención de perder nada en la guerra, podría demostrar ahora a los ojos de todo el mundo que siempre había estado en lo cierto. Porque a las mujeres les tenía sin cuidado quién ganaba o quién perdía las guerras, incluso les tenía sin cuidado que alguien las ganara o las perdiera. Y luego supo que en realidad no importaba, al menos no le importaba a Inglaterra: Ludendorf podía lanzarse sobre Amiens y después dirigirse hacia la costa, y embarcar y cruzar el Canal de la Mancha y tomar por asalto lo que mejor le pareciera entre Goodwin Sands y Land's End y Bishop's Rock y apoderarse también de Londres y no tendría importancia. Porque Londres representaba a Inglaterra como la espuma representa a la cerveza, pero la espuma no es la cerveza y nadie iba a malgastar mucho tiempo o aliento lamentándolo, ni Ludendorf tendría tiempo para respirar ni para refocilarse, porque aún necesitaría rodear y someter a todos los árboles de todos los bosques y todas las piedras de todos los muros de toda Inglaterra, por no mencionar a los tres hombres de cada uno de los bares que tendría que destruir ladrillo a ladrillo para llegar hasta ellos. Y tampoco pasaría nada cuando terminase, porque habría otro bar en el siguiente cruce de caminos con otros tres hombres dentro y, sencillamente, no habría suficientes alemanes, ni gente de ningún otro país en Europa ni en ningún sitio; Levine desenrolló el Sidcott: al principio hubo en la parte delantera una serie de humeantes circulitos superpuestos, pero ahora todo aquello se había convertido en un solo círculo de bordes irregulares que seguía creciendo por arriba hacia el cuello y por abajo hacia el cinturón y por los lados hacia las axilas, hasta que, cuando amaneciera, todo el delantero habría desaparecido probablemente. Porque la destrucción era constante, inmutable, inevitable, directa; se podía estar tan seguro de ella como lo habían estado Ball y McCudden y Bishop y Rhys Davies y Barker, y Boelcke y Richthofen e Immelman y Guynemer y Nungesser y los americanos, como Monaghan, que se habían mostrado dispuestos a morir incluso antes de que su país estuviera realmente en guerra, para así proporcionarle una lista de nombres con los que enorgullecerse; y las tropas sobre el terreno, en el barro, la pobre e infeliz infantería, todos los que no habían suplicado para ponerse a salvo, los que ni siquiera habían suplicado que no volvieran a defraudarlos mañana los de siempre, los capitostes, quienes, probablemente, lo habían hecho también lo mejor que les había sido posible, aunque sí habían pedido que la inevitabilidad del riesgo y el hecho de que todos se hubieran expuesto a él y que muchos lo hubieran aceptado y en consecuencia no existieran ya, fuese reconocida por las naciones en París y en Berlín y en Washington y en Londres y en Roma como algo intocable e incontestable y superior a todo, a excepción de la valerosa victoria misma y la no menos valerosa derrota, ya que la primera proporcionaba gloria y la segunda borraba la vergüenza.

Martes

Miércoles

La siguiente vez que alguien hubiera podido verla o fijarse en ella y llegar a recordarla habría sido en la puerta antigua del lado oriental de la ciudad. Y el único motivo habría sido el mucho tiempo que permaneció allí, inmóvil cerca del paso cubierto, examinando con avidez a cada uno de los que entraban, y pasando muy deprisa al siguiente antes de terminar con el que tenía delante.

Pero nadie se fijó lo bastante para recordarla. Excepto ella, nadie se había detenido en los alrededores de la puerta buscando algo. Incluso quienes se empujaban para franquearla ya habían entrado en espíritu en la ciudad mucho antes de llegar en carne y hueso, porque, aunque seguían abarrotando las lentas rutas que convergían hacia ella, su inquietud y su miedo se identificaban desde antes con el inmenso depósito, cada vez mayor, de una y otro en que se había convertido la ciudad.

Habían empezado a llegar el día anterior, martes, cuando la noticia del motín y de la detención del regimiento se extendió por la región y antes incluso de que los tres mil hombres hubiesen vuelto a Chaulnesmont para que el comandante supremo, el anciano generalísimo en persona, decidiera sobre su suerte. Siguieron inundando la ciudad durante toda la noche, y aún continuaron haciéndolo aquella mañana, pisándole los talones al regimiento, envueltos en el polvo levantado por los mismos camiones que lo habían llevado a toda prisa, sin paradas, a la ciudad, para cruzarla y salir después, trasladándose a pie o en toscos carros destinados a las faenas agrícolas, amontonándose en la entrada donde la joven escrutaba sin cesar todos los rostros con tensa e incansable rapidez: gente de la ciudad y del campo, obreros y artesanos, taberneros, funcionarios y herreros; hombres que, en otro tiempo, habían servido en el regimiento, y otros hombres y mujeres, padres y familiares de los hombres que ahora servían en él y que, por esa razón, estaban detenidos bajo amenaza de ejecución en el campo de prisioneros, al otro extremo de la ciudad; y otros hombres y otras mujeres que, excepto por pura suerte y casualidad ciegas, habrían podido ser esta vez los padres y familiares y que —algunos de entre ellos— lo serían sin duda la próxima vez.

El primer día, cuando abandonaron sus domicilios, era poco lo que sabían, y fue muy poco más lo que aprendieron de boca de los demás, compañeros de la marcha común provocada por la desesperación y el terror, y de los que alcanzaron o les alcanzaron antes de llegar a la ciudad; tan sólo que el día anterior al amanecer el regimiento se había amotinado, negándose a atacar. No era que hubiese fracasado un ataque: simplemente el regimiento se había negado a lanzarlo, a abandonar las

trincheras; no antes ni, incluso, al iniciarse el ataque, sino después; se había negado —sin aviso previo, sin insinuárselo siquiera al más humilde de los cabos interinos designados para dirigirlo— a realizar aquel acto ritual que, al cabo de cuatro años, se había convertido ya en una parte muy destacada, además de inevitable, del ceremonial de la guerra, como la gran marcha que iniciaba todas las noches el baile de gala durante la temporada de las fiestas patronales o del carnaval; el regimiento se había trasladado a la primera línea de combate el día anterior, después de dos semanas de descanso y de reavituallamiento que podrían haber bastado para abrir los ojos del novato más ingenuo sobre lo que se preparaba, sin mencionar la efervescencia, la desmedida actividad que encontraron mientras avanzaban casi a tientas en la oscuridad para llegar hasta las trincheras; la densa silueta de los cañones agazapados en la sombra, las lentas y traqueteantes columnas de camiones y furgones de municiones, incluso el fuego concentrado de la artillería sobre la colina ocupada por el enemigo, hubieran bastado a las dos líneas del frente a lo largo de kilómetros en una y otra dirección para saber que algo iba a suceder en aquel punto, con los grupos de cortaalambradas saliendo y entrando y, al alba, todo el regimiento en armas, silencioso y dócil, mientras el fuego artillero se alargaba más allá de las alambradas enemigas para dificultar las comunicaciones e impedir la llegada de refuerzos; y todavía sin el menor aviso ni la menor insinuación; los oficiales y suboficiales, comandantes de compañía y jefes de sección, ya habían salido de las trincheras cuando, al volver la vista atrás, constataron que ni uno solo de sus hombres había hecho intención de seguirlos; ningún signo o señal entre ellos: la totalidad de los tres mil infantes desplegados en hilera de un extremo a otro del frente ocupado por el regimiento, actuando, sin intercambiar una sola palabra, como un solo hombre, de la misma manera que —a la inversa, por supuesto— una hilera de pájaros posados sobre un hilo de telégrafos lo abandona en un solo instante como un único pájaro; el general que mandaba la división de la que formaba parte el regimiento lo había retirado de la primera línea de combate, arrojando a todos sus hombres y, a las doce del mismo día, lunes, había cesado toda actividad en el frente francés y en el alemán situado frente a él, desde los Alpes hasta el Aisne, con la excepción de las patrullas aéreas y de las salvas de artillería, espaciadas y simbólicas, que más bien parecían señales; y, hacia las tres de aquella tarde, las líneas estadounidenses e inglesas y las alemanas frente a ellas, desde el Aisne hasta el mar, habían hecho otro tanto y, ahora, el general al mando de la división de la que formaba parte el regimiento lo enviaba al gran cuartel general de Chaulnesmont, donde él mismo iba a comparecer el miércoles a las tres de la tarde (tampoco perdían el tiempo asombrándose, ni menos aún dudando, sobre cómo una población rural había conseguido saber, con dos días de anticipación, no sólo el motivo y la intención, sino también la hora de una conferencia del alto estado mayor) para solicitar en persona, y con el apoyo o al

menos la aquiescencia de sus superiores inmediatos —el comandante del cuerpo al que pertenecía la división y el del ejército al que pertenecía el cuerpo—, del anciano generalísimo la autorización para pasar por las armas a todos los integrantes del regimiento.

De momento era todo lo que sabían mientras se apresuraban en dirección a la ciudad, viejos, mujeres, niños, padres, esposas, familiares y amantes de los tres mil hombres cuya muerte el anciano generalísimo podía decretar alzando sencillamente un dedo; todo el campo circundante precipitándose sobre la ciudad jadeando y tropezando, horrorizados y enloquecidos, ni siquiera divididos entre el terror y la esperanza, sino sólo entre el dolor y el miedo; sin una meta, tampoco, puesto que carecían de esperanza; personas que no abandonaban sus hogares, sus campos, sus tiendas para correr hacia la ciudad, sino que, torturados por el sufrimiento y el terror, salían de sus cabañas, de sus cuchitriles, de sus agujeros, y eran arrastrados hacia la ciudad, de grado o por fuerza: que abandonaban pueblos y granjas para encaminarse hacia la ciudad simplemente para añadir dolor al dolor, puesto que el dolor y la ansiedad, como la pobreza, eran privilegio suyo; para amontonarse en la ciudad ya abarrotada sin otra voluntad, sin otro deseo, que perder y disolver su dolor y su angustia en la inmensa amalgama de todas las pasiones y de todos los paroxismos que era la ciudad: miedo, tristeza, desesperación, impotencia, fuerza indiscutible e invencible voluntad; participar en todo y compartirlo todo respirando el mismo aire que todos respiraban y que, en consecuencia, respiraban tanto quienes se afligían como quienes eran el motivo de aquella aflicción, y también el hombre solitario, de cabellos grises, que ocupaba la cúspide jerárquica, omnipotente e inaccesible detrás de la entrada de piedra esculpida, detrás de los centinelas y de las tres banderas simbólicas, tratante de la muerte al por mayor, y que podía condenar a todo el regimiento sin conceder a la desaparición de aquellos tres mil hombres, entre las multitudes que pasaban por sus manos, más importancia que a una inclinación de cabeza o al gesto de levantar la mano que bastaría para salvarlos. Porque no creían que la guerra hubiese terminado. Se prolongaba desde hacía demasiado tiempo para cesar, para concluir en el espacio de una noche, de pronto, en un abrir y cerrar de ojos. Simplemente se había detenido: no los hombres que intervenían, sino la guerra misma, la guerra impenetrable e indiferente al dolor, a la carne torturada, a todo ese flujo y reflujo infinitesimal de victorias y de derrotas semejante al hormigueo efímero y sin cesar renovado de larvas sobre un montón de estiércol, diciendo: «Silencio. Callaos», a los cañones y a las quejas de los heridos, a toda aquella franja de tierra irremediadamente devastada desde los Alpes hasta el mar, donde innumerables rostros esperaban, con vigilante y silencioso despegue, desde hacía unos instantes, uno o dos días, a que el gris anciano de Chaulnesmont alzara la mano.

Al cabo de cuatro años se habían acostumbrado a la guerra. En aquellos cuatro

años habían aprendido a vivir con ella, cerca de ella o, más bien, bajo ella, como bajo el imperio de un hecho o de una situación sometida a leyes físicas inmutables: las privaciones y las pérdidas, el terror y la amenaza, semejante a la de un tornado detenido en su marcha o a un maremoto del otro lado de un frágil dique; la mutilación y la muerte de padres, amantes e hijos, como si perder a familiares a causa de la guerra no fuese más que un simple riesgo profesional del matrimonio, de la paternidad, del parto y del amor. Y no sólo durante el transcurso de la guerra, sino incluso después de que concluyera oficialmente, como si la única escoba que la guerra conociese o con la única con que debiera barrer el sitio que dejaba vacío fuese la muerte; como si todo hombre que hubiera rozado, incluso tan sólo un segundo, su barro, su suciedad, su miedo, hubiese sido licenciado bajo el peso de una pena capital similar a una enfermedad incurable; así la guerra finge ignorar su propia cesación hasta que ha conseguido reducir igualmente a polvo la última y vil escoria de su saciedad y los restos de su actividad inacabada; tanto si la guerra había terminado como si no, los soldados del regimiento tendrían que morir de todos modos antes de tiempo, pero, puesto que el regimiento, en tanto que unidad, era responsable, resultaba necesario que muriera en tanto que unidad, de acuerdo con los métodos tradicionales y obsoletos de la guerra, aunque sólo fuera para que los verdugos pudieran devolver sus fusiles a los almacenes de intendencia y volver así a sus puntos de origen y licenciarse. De hecho, lo único que podía salvar al regimiento era la reanudación de la guerra: tal era la paradoja, el motivo de dolor; que, al amotinarse, el regimiento la hubiera detenido; que hubiera salvado a Francia (¿Francia?, también a la Gran Bretaña, a todo el Occidente, puesto que, sin duda alguna, desde la ruptura del frente de Amiens en marzo, ninguna otra cosa había logrado detener a los alemanes) y que fuese a ser aquélla su recompensa; los tres mil hombres que habían salvado a Francia y al mundo iban a perder la vida, pero no al cometer el acto, sino después del hecho consumado; de manera que para los hombres que lo habían salvado, ese mundo no valía el precio pagado; para ellos no tendría importancia, desde luego, porque estarían muertos: el mundo, Occidente, Francia, todo, carecía de importancia para ellos; pero las esposas, los padres, los hijos, los hermanos, las hermanas, los amantes que iban a perderlo todo para salvar a Francia y al mundo, no se consideraban ya como una unidad que formara parte de un movimiento de resistencia, de una nación, soportando en común sufrimientos, dolor, privaciones contra la amenaza germana, sino como seres aislados, minúsculo cantón, clan, familia casi, en orden de batalla contra toda esa Europa Occidental que *sus* hijos, padres, maridos y amantes debían salvar. Porque, fuera el que fuese el tiempo que todavía pudiera prolongarse la amenaza de la guerra, algunos al menos de sus amantes, hijos, padres o esposos podrían haberse salvado al precio de una herida, mientras que en el momento presente, pasados el terror y la amenaza, sus padres, sus amantes, sus

esposos y sus hijos iban todos a morir sin remedio.

Pero cuando alcanzaron la ciudad, no encontraron un lago tranquilo de dolorosa conformidad, sino, más bien, una caldera hirviente de cólera y de consternación. Porque pronto supieron que si el regimiento se había amotinado no lo había hecho de común acuerdo e intención (ya fueran premeditados o espontáneos), sino que, en lugar de eso, a sus integrantes los había seducido, embaucado, empujado traicioneramente a la revuelta un solo pelotón de doce soldados y su cabo; que aquellos tres mil hombres, en su totalidad, habían sido corrompidos, para que cometieran un delito capital, colocándose, a causa de aquel delito, directamente ante los fusiles que servirían para castigarlos, por trece hombres, de los cuales cuatro, incluido el cabo que los mandaba, no solamente no eran franceses de nacimiento, sino que tres de ellos ni siquiera estaban nacionalizados. De hecho, sólo uno de los cuatro —el cabo— hablaba francés. Los registros mismos del ejército parecían desconocer su nacionalidad: su presencia en el seno de las fuerzas francesas resultaba contradictoria y confusa, pero, indudablemente, habían llegado allí, tenían que haber llegado, a consecuencia o por medio de algún alistamiento en la legión extranjera descuidadamente notificado o registrado, dado que los ejércitos, en realidad, jamás pierden nada de manera irrevocable una vez que la transacción de que se trate queda descrita y numerada y fechada y ratificada en un trozo de papel; la bota, la bayoneta, el camello o incluso el regimiento pueden desaparecer sin dejar el menor rastro, pero no su registro ni el nombre, graduación y designación de la última persona que lo tuvo en su poder o, al menos, estampó su firma por última vez. Los otros nueve componentes del pelotón sí eran franceses, aunque sólo tres tenían menos de treinta años y dos más de cincuenta. Pero los nueve contaban con una hoja de servicios irreprochable, que se remontaba no ya a agosto de 1914, sino al día en el que el de más edad de todos ellos cumplió los dieciocho años y fue llamado a filas treinta y cinco años antes.

Y a la mañana siguiente, la del miércoles, supieron el resto de la historia: cómo, además de advertidos y alertados, por el fuego de concentración de la artillería francesa, de que se preparaba un ataque, y aunque los puestos alemanes de observación habían visto sin duda cómo los soldados franceses se negaban a salir de las trincheras después de hacerlo sus oficiales, el enemigo no había lanzado ningún contraataque e, incluso en el mejor momento, en el momento más favorable, cuando aún subsistían la confusión y los problemas causados por la necesidad de relevar en pleno día al regimiento amotinado en el que ya no se podía confiar, el enemigo siguió sin contraatacar, sin dirigir siquiera su fuego artillero sobre las líneas de comunicación donde necesariamente tenían que cruzarse el regimiento relevado y el que iba a sustituirlo, de manera que, una hora después de retirar al regimiento y de ponerlo bajo arresto, cesó toda la actividad de la infantería de la zona y, dos horas

más tarde, el general que mandaba la división de la que formaba parte el regimiento, su comandante de cuerpo, el comandante de su ejército, un coronel estadounidense de estado mayor y el jefe de estado mayor del comandante en jefe del ejército británico, celebraron una reunión a puerta cerrada con el general al mando del grupo de ejércitos, mientras que, de acuerdo con rumores y noticias cada vez más creíbles, se tenía la impresión de que no sólo los soldados rasos de otros tres regimientos de la división, sino los de las dos divisiones que la flanqueaban sabían de antemano que iba a producirse el ataque y que el regimiento elegido se negaría a llevarlo a cabo; y que (mientras oficiales de estado mayor y de la policía militar con sus sargentos y sus cabos, movidos por la sorpresa, la inquietud y la incredulidad, se agitaban frenéticamente en aquel momento, al mismo tiempo que sonaban sin cesar los teléfonos y aumentaba el repiqueteo del telégrafo y el rugido de los motores de las motocicletas con las entradas y salidas de los mensajeros) no sólo el cabo extranjero y la singular amalgama que formaba su pelotón conocían personalmente a todos los soldados rasos de aquellas tres divisiones, sino que, desde hacía más de dos años, los trece hombres —el cabo misterioso de quien bien pocos sabían el nombre y hasta éstos eran incapaces de pronunciarlo, cuya presencia misma en el regimiento, al igual que la de los otros tres también manifiestamente originarios de un país de Europa central, era un enigma, porque ninguno de ellos parecía tener un historial que se remontara más allá del día en que aparecieron, materializándose, por así decirlo, salidos de ninguna parte y de la nada, en el almacén de ropa donde se les había hecho entrega de uniformes y equipo, y los otros nueve que eran franceses y soldados franceses auténticos y, hasta aquella mañana, irreprochables, habían consumido durante dos años sus permisos y vacaciones entre las tropas combatientes que descansaban en los acantonamientos, no solamente de un extremo a otro de la zona de los ejércitos franceses, sino de los ejércitos estadounidenses y británicos, a veces de manera individual, pero, de ordinario, el pelotón al completo—, en su totalidad, y aunque tres ni siquiera supieran hablar francés, habían convivido, durante días y a veces semanas enteras, no sólo con las tropas francesas, sino también con las británicas y las estadounidenses; momento en el que los inquisidores y los inspectores, con sus cinturones, correaes, estrellas de ocho o seis puntas, galones, águilas y entorchados, se percataban, más que de la enormidad, de la monstruosidad, de la incredibilidad, de la increíble monstruosidad ante la que se encontraban: el momento en el que supieron que, durante tres de aquellos permisos de quince días, dos el año anterior y el tercero el último mes, el pelotón entero había salido de Francia, había desaparecido una noche de sus acantonamientos con sus permisos de circulación, órdenes de transporte y bonos de avituallamiento, para reaparecer una mañana, dos semanas después, de nuevo en su destino, con los salvoconductos y los permisos siempre sin sellar e intactos; monstruoso e increíble, porque no existía más

que un sitio en la tierra, desde hacía ya casi cuatro años, al que trece hombres de uniforme pudieran haber ido sin que se les sellaran los papeles, sin necesitar papeles, sino, tan sólo, oscuridad y un par de tijeras para cortar alambradas; ellos —los inquisidores, jueces de instrucción, generales inspectores y jefes de la policía militar, rodeados en aquel momento por pelotones de suboficiales y de policías militares con los revólveres al alcance de la mano en sus fundas desabrochadas— se afanaban ahora, sin duda, con algo semejante a una calma furibunda, yendo de un extremo a otro de la línea ininterrumpida, que se extendía desde Alsacia hasta el paso de Calais, de hombres manchados de barro, sin galones ni distintivos, a los que se designaba por un simple número de serie y que, durante casi cuatro años, habían permanecido en insomne rotación detrás de sus fusiles cargados y amartillados en las troneras de aquella continua y única banqueta de tiro y que, ahora, no vigilaban ya la línea alemana que tenían enfrente, sino que, como habían dado la espalda a la guerra, los miraban a ellos, a los inquisidores, a los inspectores, inquietos, ofuscados, estupefactos, hasta que un heliógrafo de un puesto francés de observación empezó a parpadear y otro, detrás de la línea alemana que tenía enfrente, le respondió; y a mediodía, aquel lunes, todo el frente francés y el frente alemán que tenía delante guardaron silencio y, a las tres, los frentes estadounidense y británico y la línea alemana del otro lado hicieron lo mismo, de manera que, a la caída de la noche todo el laberinto de galerías subterráneas de los dos lados se extendía tan muerto como Pompeya y Cartago por debajo del arco vigilante y del estallido incesante de las señales luminosas, y del resplandor intermitente y el sordo retumbar de los cañones de la retaguardia.

Ya disponían, por consiguiente, de un responsable de su dolor, de un objeto de execración mientras recorrían, aquel miércoles por la mañana, entre jadeos y tropezones, los últimos kilómetros, por encima de los cuales la ciudad alzaba al sol la corona dorada de sus agujas y almenas, franqueando en densas oleadas las puertas de la vieja ciudad, fundiéndose con aquella vasta sombra hormigueante de la que, hasta la víspera, surgía serenamente el esplendor duro y marcial de la ciudad, pero que, ahora, se había convertido en un hervidero y torbellino que, al amanecer, había inundado el bulevar y seguía derramándose por toda la ciudad tras los camiones que se alejaban velozmente.

Los camiones, al atravesar la ciudad con gran rapidez, no tardaron en alejarse de la multitud, si bien cuando la vanguardia de quienes caminaban alcanzó también la llanura soleada al otro lado de la ciudad, se hicieron de nuevo visibles, envueltos en un remolino de polvo color amarillo claro y dirigiéndose hacia la masa confusa y camuflada del campo de prisioneros, a kilómetro y medio de distancia.

Por un momento, sin embargo, la multitud pareció incapaz de discernir o distinguir los camiones. Se detuvo, se retorció sobre sí misma como un gusano ciego

que sale de pronto a la luz del sol, e inició un retroceso que parecía desmentir el movimiento mismo provocado por una repentina ondulación, como la de un trigal que se inclina bajo un soplo invisible. Después distinguieron y localizaron el rápido desplazamiento del polvo, y la multitud se desencadenó, se hinchó como una ola, sin correr ya, viejos, mujeres y niños, porque la carrera a través de la ciudad los había agotado; sin gritar ya, porque, a fuerza de hacerlo, se habían quedado afónicos, pero apresurándose, entre tropiezos, jadeantes, comenzando —ahora que estaban fuera de la ciudad— a desplegarse en abanico por la llanura, de manera que sus integrantes no se parecían ya a un gusano, sino, de nuevo, más bien a la ola que, al amanecer, se había derramado por la plaza del *Hôtel de Ville*, ocupándola de un extremo a otro.

Carecían de un plan de conjunto; avanzaban, sencillamente, como una ola; desplegados ya a través de la llanura, sus componentes, o ella, parecían tener, al igual que una ola, más anchura que profundidad, dando la sensación, a medida que se aproximaban al campo de prisioneros, de aumentar la velocidad, como una ola cuando llega cerca de la arena, para luego, de repente, estrellarse contra las alambradas, vacilando un instante para después romperse, separarse en dos olas menores, extendiéndose en las dos direcciones a lo largo de la alambrada, hasta que cada una de ellas se quedó sin fuerzas. Y aquello fue todo. Había sido el instinto, la inquietud, lo que los había puesto en camino: el impulso que los empujaba desde hacía una hora (en el caso de algunos de ellos, veinticuatro) los había conducido hasta allí, arrojándolos como un montón de detritos contra la alambrada (en otro tiempo, en los días ya muertos y desaparecidos de lo que las naciones llamaban paz, el campo de prisioneros había sido fábrica: un rectángulo de muros de ladrillo cubiertos de pacífica hiedra, convertido un año atrás en centro de entrenamiento y reemplazo mediante la adición de una cincuentena de geométricos barracones de planchas y cartón alquitranado, contruidos con materiales comprados con dinero estadounidense, aserrados en trozos numerados por máquinas estadounidenses al otro lado del Atlántico, transportados desde allí y erigidos, por ingenieros y artesanos estadounidenses, como espantoso monumento, símbolo siniestro de la escandalosa eficacia y velocidad de una nación, y convertido de nuevo, ayer mismo, para el regimiento amotinado, en corral inaccesible gracias a la adición de barricadas con alambres electrificados, torres con reflectores, plataformas para ametralladoras, fosos y pasarelas elevadas para los centinelas; zapadores franceses y tropas auxiliares seguían edificando otras barricadas y tendiendo otros hilos mortales para coronarlas), abandonándolos después, dejándolos tendidos a lo largo de la barrera formando una masa inextricable, como víctimas resucitadas después de un holocausto, mirando estupefactas a través de la alambrada tensa, pérfida, infranqueable, del otro lado de la cual el regimiento había desaparecido tan completamente como si nunca hubiera existido, mientras que todo el entorno —la primavera soleada, la alegría de la

mañana, el cielo lleno de cantos de alondra, el hilo de hierro, flamantemente nuevo, resplandeciente (que, desde lo bastante cerca como para tocarlo, seguía teniendo el aspecto frágil y efímero de oropeles navideños, dando a los equipos de obreros entrevistados a través de los rollos de alambre el aspecto inesperado de campesinos instalando la decoración para una fiesta parroquial), la plaza de armas desierta, los barracones desolados y los senegaleses que los vigilaban deambulando allá arriba, de un extremo a otro de las pasarelas y prestando a sus sucios y lamentables uniformes una despreocupación fastuosa y teatral, como si se tratara de una compañía de *minstrels* de los Estados Unidos con la cara embadurnada y vestidos a toda prisa en una casa de empeños— parecía contemplarlos desde lo alto, absorto, distraído, inescrutable y desinteresado.

Y eso fue todo. Era allí adonde habían querido llegar por espacio de veinticuatro horas, y allí estaban finalmente, derramados a lo largo de la alambrada, como los restos de un naufragio, sin ver siquiera el hilo de hierro ante el que se habían desplomado, y no digamos nada de lo que se hallaba detrás, durante el medio minuto que necesitaron quizá para darse cuenta, no de que carecían de plan, sino de que ni siquiera el movimiento que había ocupado su lugar había sido movimiento únicamente mientras tuvieron sitio para trasladarse, pero que el movimiento mismo los había traicionado llevándolos allí, y que al periodo de tiempo que habían utilizado para recorrer el kilómetro y medio que separaba la ciudad del campo de prisioneros, tendrían que añadir el que necesitarían para volver a la ciudad y a la plaza del *Hôtel de Ville* que, ahora se daban cuenta, no deberían haber abandonado, de manera que, por mucha prisa que se dieran en volver, ya sería demasiado tarde. De todos modos, por espacio de otro medio minuto todavía, siguieron inmóviles junto a la alambrada, al otro lado de la cual los pelotones de trabajadores, luchando calmamente con sus interminables rollos de oropel, se detenían para contemplarlos tranquilamente y sin curiosidad; y desde donde los llamativos senegaleses, ganduleando con letárgico desdén entre sus ametralladoras, tan por encima de los blancos que trabajaban dentro de la barrera como de los que se angustiaban fuera, fumaban cigarrillos y acariciaban con aire ocioso el filo de las bayonetas con gruesos pulgares oscuros y sin molestarse siquiera en mirar a los recién llegados.

Ni tampoco el aviador detenido e inmóvil en el áspero viento azul hubiera podido decir exactamente dónde, entre ellos, se inició la operación de darse la vuelta, cuando, de la misma manera que la bestia acéfala nacida de la tierra, a todas luces sin órgano propio alguno para advertir un peligro o para elegir un medio de evitarlo, puede, ante la menor sospecha, moverse instantáneamente y a toda velocidad en cualquier dirección, la multitud inició el regreso hacia la ciudad, dando media vuelta y poniéndose en marcha toda ella en el mismo instante, como una bandada de pájaros, apresurándose de nuevo, agotados e infatigables, dotados de una infinita

capacidad no sólo para sufrir, sino para hacerlo hasta el paroxismo, trasladándose una vez más entre dos filas de soldados extendidas a lo largo de toda la distancia hasta la ciudad (al parecer una brigada de caballería frente a otra de infantería, de nuevo sin macuto, pero con la bayoneta calada y también con granadas y, en un punto determinado, la boca y el tubo enrollado de un lanzallamas, y, en el límite de la ciudad, de nuevo el paso libre, el carro de combate entrevisto una vez más detrás del arco de la puerta, como un can malhumorado pero no demasiado valiente mirando desde el fondo de su perrera), sin dar la impresión de haber advertido la llegada de las tropas, ni mucho menos manifestar la menor curiosidad. Tampoco los soldados prestaban atención a la gente, vigilantes, sin duda, pero, a decir verdad, casi repantigados sobre el caballo o con el fusil apoyado en tierra, mientras la multitud se derramaba entre ellos, como si para las mismas tropas y para aquellos que les habían ordenado colocarse allí, la gente fuese como uno de esos rebaños de ganado del Lejano Oeste que, una vez puesto en marcha en la dirección adecuada, asegura simultáneamente, sin ayuda exterior, tanto su propia seguridad como la tranquilidad pública.

Volvieron a cruzar la ciudad para llegar a la plaza del *Hôtel de Ville*, llenándola de nuevo hasta las verjas de hierro terminadas en punta de lanza, más allá de las cuales los tres centinelas, debajo de las tres banderas agitadas por el viento, enmarcaban la puerta cerrada. La multitud seguía amontonándose en la plaza mucho después de que ya no hubiera sitio, todavía convencidos de que, por muy deprisa que hubieran vuelto del campo de prisioneros, llegaban demasiado tarde, sabedores de que ningún correo que llevara la orden de ejecución podía haberles adelantado por el camino, pero seguros, al mismo tiempo, de que era eso lo que tenía que haber sucedido. La multitud, sin embargo, seguía amontonándose, como si los más retrasados no pudieran dar crédito a la última consigna recibida y tuvieran que constatar, o tratar de constatar por sí mismos, que el correo se les había escapado y era ya demasiado tarde; hasta el punto de que, si hubieran querido volver, a trompicones y jadeantes, al campo de prisioneros, para encontrarse al menos en el lugar desde el que pudieran oír la andanada que confirmase su desconsuelo, les hubiera faltado el espacio para darse la vuelta y echar a correr; inmovilizados y detenidos por su misma densidad en aquella hondonada de piedra cuyos muros eran más antiguos que Clodoveo y que Carlomagno...; hasta que, de repente, se les ocurrió que no podían haber llegado tarde, que era imposible que hubieran llegado tarde; que, pese a los errores o equivocaciones sobre tiempo o dirección o geografía que pudieran cometer, les era tan imposible llegar tarde a la ejecución como evitarla, puesto que la única razón de aquella enorme marejada frenética y angustiada que había sumergido la ciudad era estar presente cuando el general al mando de la división llegara para pedir al anciano general de cabellos grises, detrás de la puerta cerrada, situada entre columnas de

piedra, que tenían delante, la autorización para fusilar al regimiento, y que la aparición del general no estaba prevista hasta las tres de la tarde.

Todo lo que tenían que hacer de momento era esperar. Los relojes acababan de dar las nueve. A las diez, tres cabos, uno estadounidense, otro británico y el tercero francés, acompañados cada uno por un soldado de su misma nacionalidad, salieron por la galería con arcos situada en la parte trasera del *Hôtel de Ville*, cambiaron la guardia y regresaron, con los soldados relevados, por donde habían venido. Después llegó el mediodía. Las sombras de los que esperaban se acortaron poco a poco desde el oeste hasta casi desaparecer; los mismos cabos volvieron con nuevos centinelas, relevaron a los anteriores y se marcharon; era el momento, en el viejo tiempo desaparecido llamado paz, en que los hombres regresaban a sus hogares para comer y quizá para descansar un poco, pero nadie se movió; las sombras se inclinaron hacia el este, alargándose de nuevo; a las dos los tres cabos aparecieron por tercera vez; los tres grupos de tres realizaron por tercera vez los gestos rituales: desfilaron, dieron los correspondientes taconazos y volvieron a marcharse.

Esta vez el automóvil avanzó a tal velocidad por el bulevar que adelantó al mensajero encargado de precederlo. La multitud, asustada, sólo tuvo tiempo de retroceder precipitadamente y de dejar entrar al vehículo en la plaza, para luego volverse a cerrar tras él mientras la atravesaba como un proyectil y se detenía delante del *Hôtel de Ville* en medio de una nube de polvo. Era también un automóvil de estado mayor, aunque cubierto de polvo y manchado con barro seco, porque, si bien el banderín lucía las cinco estrellas de comandante de ejército, no sólo llegaba de la zona militar, sino del frente mismo. En cualquier caso, después de cuatro años de guerra, hasta los niños eran capaces de entender el significado del banderín y, si el automóvil no lo hubiera llevado, hasta un niño hubiera reconocido a sus dos pasajeros: al individuo rechoncho y fornido que mandaba la división a la que pertenecía el regimiento, y que ya había comenzado a ponerse en pie antes de que el coche se detuviera, y al otro, de estatura aventajada y aspecto de intelectual, que era el jefe de estado mayor del comandante del grupo de ejércitos del que formaba parte la división; el general se apeó de un salto antes de que el asistente sentado junto al chófer tuviera tiempo de abrirle la portezuela, y se dirigió velozmente, pese a la brevedad de sus rígidas piernas de jinete, antes incluso de que el oficial de estado mayor empezara a moverse, hacia la puerta cerrada del *Hôtel de Ville*, enmarcada por los tres centinelas.

También el oficial de estado mayor terminó por incorporarse, recogiendo del asiento vecino un objeto de forma alargada, un objeto que un instante después la multitud, saliendo de su inmovilidad, adelantándose después de su movimiento de retroceso, había reconocido ya, dejando escapar un sonido que no era de execración, ya que ni siquiera estaba dirigido al general de división; incluso antes de conocer la

existencia del cabo extranjero, la multitud nunca lo había culpado realmente e, incluso después de recibir la información sobre el cabo, aunque todavía vieran al general de división como causa de su miedo e instrumento de su angustia, tampoco lo culpaban: se trataba no solamente de un soldado francés, sino de un hombre valiente y leal, que no podía hacer más que lo que hacía, ni creer otra cosa que lo que creía, puesto que gracias a personas como él Francia había resistido tanto tiempo, rodeada y asediada por los celos y la envidia; un soldado convencido de que no solamente habían quedado comprometidos su honor personal y el de su división, sino el honor profesional de todos los mandos, desde los de graduación más modesta hasta los comandantes de ejército y de grupo de ejércitos; un francés convencido de que la seguridad misma de la patria había quedado comprometida o estaba, al menos, amenazada. Más adelante, cuando todo terminó, les parecería a algunos de ellos, que, durante los cuatro o cinco segundos antes de que reconocieran el significado de lo que el oficial de estado mayor había recogido del asiento del automóvil, hubo un momento en el que notaron en él algo casi semejante a la compasión: no sólo francés y soldado, sino francés y soldado que había sido hombre primero para llegar a ser francés y convertirse en soldado, pero que, sin embargo, para merecer el singular privilegio de ser francés y soldado valiente y leal, había tenido que perder y renunciar a todos sus derechos ligados a la condición de hombre: allí donde ellos sólo tenían el derecho de afligirse y de sufrir, el suyo era ordenar lo que tenía que ordenar; sólo le era posible compartir su duelo, pero nunca su dolor, víctima, como ellos, de su rango y de su situación privilegiada.

Después vieron lo que el oficial de estado mayor llevaba en la mano: un sable. Cuando también él se apeó del automóvil comprobaron que llevaba dos: uno colgado de su cinturón de ordenanza y otro, con las correas enrolladas en torno a la empuñadura y la vaina, que se colocó bajo el brazo. E incluso un niño habría comprendido lo que aquello significaba: que también el general de división estaba arrestado, y en aquel momento la multitud dejó escapar el grito; fue como si sólo en aquel instante se hubieran dado cuenta por vez primera de que el regimiento iba a morir; y el grito no fue siquiera de simple angustia, sino de renunciación, casi de aceptación, hasta el punto de que el mismo general de división vaciló, volviéndose, y la multitud tuvo la impresión de mirarlo, de verlo también por vez primera, víctima no ya de su rango y de su situación privilegiada, sino, como ellos, de un mismo instante del espacio y del tiempo que había significado la condena del regimiento, pero sin ningún derecho sobre el destino de sus hombres; solo, sin familia, abandonado, marginado al mismo tiempo que huérfano tanto de aquellos cuyo decreto de orfandad llevaría a cabo como de aquellos otros a quienes dejaría huérfanos; repudiado de antemano por aquellos a quienes había comprado el austero privilegio del sufrimiento, de la fidelidad y de la abnegación al precio de renunciar al

derecho universal de ser un hombre accesible a la compasión y a la piedad, e incluso al derecho de morir; el general permaneció un instante inmóvil, mirando a la multitud, y luego se volvió, apresurándose con zancadas irregulares hacia los escalones de piedra y la puerta cerrada, seguido por el oficial de estado mayor que llevaba bajo el brazo el sable con las correas enrolladas, los tres centinelas presentando armas con un taconazo mientras subía los escalones, pasaba ante ellos y abría con violencia, antes de que nadie pudiera hacer un gesto para adelantársele, el negro bostezo de la puerta, introduciéndose por ella: la figura rechoncha y robusta del hombre sin familia, indomable y condenado, que desapareció, muy tieso, sin una mirada atrás, al otro lado de aquel negro umbral como si se tratara (para la multitud vigilante) de un abismo sin fondo o del mismísimo infierno.

Y ya era demasiado tarde. Si hubieran podido moverse, tal vez habrían llegado al campo de prisioneros a tiempo de oír el toque de difuntos; de momento, en su forzada inmovilidad, el único privilegio posible sería contemplar cómo el verdugo preparaba la cuerda y el nudo corredizo. Al cabo de unos instantes, los correos y los mensajeros armados aparecerían y pondrían en marcha, con una vigorosa patada, las motocicletas que esperaban en el patio trasero; los automóviles se detendrían delante de la puerta y saldrían los mismos oficiales: no el anciano general en jefe, ni sus dos subordinados, ni tampoco el general de división obligado a aquel último y supremo acto de expiación que sería vigilar la ejecución de la sentencia de la que había sido instigador; ellos no, pero sí, en cambio, los oficiales de la policía militar, los especialistas: a los que se había llamado por vocación o afinidad y que, como por mano de obispo, habían sido elegidos, formados, consagrados y entronizados en la inmutable jerarquía de la guerra, para ser, en circunstancias como aquéllas, los mayordomos encargados de presidir, con toda la impunidad y la autoridad de los usos civilizados, con el fin de evitar cualquier desviación o violación de la justicia, ordenándolo de la manera establecida, el fusilamiento de un grupo de hombres por otro grupo de hombres que llevaba el mismo uniforme; adiestrados para aquel momento y con aquel fin, como a los caballos de carreras se los doma cuidadosamente, con toda la habilidad, la competencia y el interés que pueda tener un hombre, para el instante del salto del obstáculo y del griterío de las tribunas de Saint-Léger o de Derby; los automóviles de estado mayor con los banderines al viento se pondrían en marcha ruidosamente, veloces, alejándose al instante, haciéndoles tragar una última nube de polvo, mientras ellos, una vez más, regresarían al campo de prisioneros que, ahora se daban cuenta, nunca deberían haber abandonado: aun suponiendo que pudieran moverse, sólo gracias a la velocidad más frenética lograrían llegar a las alambradas con el tiempo justo para oír el eco debilitado de las descargas de fusilería y ver desvanecerse en espirales el humo que los convertía en huérfanos, viudas y padres sin hijos, pero, de momento, no disponían siquiera del espacio para

darse la vuelta, puesto que la plaza entera no era más que una gelatina de rostros boquiabiertos de donde se elevaba un rumor, no de vociferaciones, sino mitad murmullo mitad gemido, mientras seguían allí, los ojos fijos en el edificio gris de aspecto sepulcral en el que los dos generales con sus entorchados, sus gloriosas insignias y sus armas gloriosas habían desaparecido como en un mausoleo destinado a los héroes, y de donde, cuando algo reapareciera, sería ya la muerte; mirando el *Hôtel de Ville* con ojos desorbitados, ansiosos, despavoridos, incapaces de hacer el menor movimiento, a excepción de los que estaban delante, que podrían quizá precipitarse sobre el cortejo antes de que pudiera partir, destruirlo y, pereciendo ellos mismos con él, legar al regimiento condenado un periodo suplementario de vida, hecho con el tiempo que se necesitara para sustituirlo.

Pero nada sucedió. Al cabo de unos instantes hizo su aparición un correo procedente de la parte trasera del edificio, pero no era más que un vulgar portador de despachos e iba solo; toda su actitud ponía con claridad de manifiesto que todo lo que tuviera que ver con ellos o con sus preocupaciones no le interesaba en absoluto. Ni siquiera los miró, aunque el ruido, nunca demasiado fuerte, cesó por completo mientras se montaba en una de las motocicletas que estaban a la espera y se alejaba, aunque no en la dirección del campo de prisioneros sino del bulevar, empujando entre los pies, con los que tocaba sucesivamente el suelo, el vehículo petardeante, porque no había la menor posibilidad de hacerlo avanzar a la velocidad suficiente para poder conservar el equilibrio en medio de aquella multitud que se abría exactamente lo necesario para dejarlo pasar y volvía a cerrarse tras él, mientras el motorista trataba de facilitar su progresión mediante imprecaciones urgentes e incesantes para que se le permitiera avanzar, tan furiosas y exóticas como los graznidos de un ánade desorientado; al cabo de un rato salieron otros dos, idénticos incluso por el aire de discreta y desenvuelta indiferencia, que partieron en otras dos motocicletas, mientras sus vociferaciones señalaban igualmente su progresión infinitesimal e invisible. «Abrid paso, atajo de cretinos, progenie de ovejas y camellos...»

Y aquello fue todo. Después se puso el sol. Mientras permanecieron allí, inmóviles, en la creciente marea de la noche, el ocaso se pobló de repente con la ordenada discordancia de las cornetas; ordenada porque todas sonaron al mismo tiempo, discordante porque no se trataba de un solo toque, sino de tres —la *Extinction des feux* de los franceses, el *Last Post* de los británicos y la *Retreat* de los estadounidenses—, que comenzaron en el interior de la ciudad y se fueron transmitiendo de acuartelamiento y almacén en acuartelamiento y almacén, subiendo y bajando dentro de su peculiar ruido rítmico a medida que la garganta bronceada de la guerra reglamentaria y reglamentada proclamaba y ratificaba el fin del día, estridente y melancólica, por encima del desfile ritual de la guardia entrante y la guardia saliente, mientras los centinelas, custodios del hoy, daban paso a los del

mañana: esta vez aparecieron a la vez los seis sargentos, cada uno con sus dos centinelas, el que se marchaba y el que llegaba, y las seis filas hicieron, con movimiento acompasado, los giros necesarios para que cada soldado se colocara frente a quien lo iba a reemplazar en posición de firmes, mientras las voces de mando ladradas en tres idiomas distintos resonaban, con la misma unanimidad discordante de las cornetas, en un lacónico intercambio de puestos y consignas en el momento de la sustitución y de la colocación en sus sitios de los tres centinelas de la guardia entrante. Después, desde la antigua ciudadela llegó el cañonazo que marcaba la puesta de sol, puntual, profundo, como si se hubiera dejado caer una sola vez un solo palillo de tambor sobre la bóveda invertida del aire hueco y resonante, y el sonido se desvaneció lenta y calmosamente, hasta que por fin, sin transición que marcara su término, se perdió en el murmullo de estameña con el que las banderas, radiantes flores de gloria, innumerables de un extremo a otro del continente dispuesto en orden de batalla, cayeron inertes sobre el suelo.

La multitud pudo moverse ya. Los últimos ecos del cañón y el arriar de las banderas los habían sacado sin duda del torpor que los atenazaba; tendrían incluso tiempo de volver deprisa a sus casas para comer un bocado y regresar después. De manera que casi corrían, caminando sólo cuando no podían hacer otra cosa, para volver a correr enseguida, macilentos, obstinados, infatigables, mientras lo que fuera marea matutina se desparramaba de nuevo por el crepúsculo, la ciudad amortajada con las sombras de la noche, hacia las casas de vecindad y las conejeras de donde habían salido. Eran algo así como el turno saliente de una fábrica —donde hubieran acortado despiadadamente la pausa reglamentaria a fin de producir proyectiles de día y de noche para, pongamos por caso, un ejército en retirada pero que todavía no se ha rendido—, que con los ojos inyectados en sangre a causa de los humos industriales y los cabellos y la ropa malolientes debido a los vapores nauseabundos, se apresurase para ir a comer y después regresar, masticando ya los alimentos que lo esperan mientras todavía corre hacia ellos, y ya de regreso a las máquinas estruendosas, centelleantes, siempre en movimiento, todavía masticando y engullendo el alimento cuyo sabor ni siquiera advierte.

Martes

Miércoles

Miércoles por la noche

Mucho antes de que en los cuarteles del interior de la ciudad y en los campamentos que la rodeaban sonaran las primeras cornetas, la mayoría de la población estaba ya despierta. No fue necesario que abandonaran las colchonetas de paja ni los delgados jergones de las casas de vecindad semejantes a colmenas, porque, a excepción de los niños, muy pocos se habían acostado. Habían permanecido apiñados, en una vasta hermandad muda de temor y ansiedad, en torno al mezquino fuego de braseros y hogares, hasta que finalmente se consumió la noche y comenzó un nuevo día de ansiedad y de temor.

El mensajero se incorporó al batallón hacia finales de la primavera de 1916. La brigada entera se había trasladado de Flandes a la Picardía, donde permaneció acantonada cerca de Amiens mientras descansaba, se reequipaba y recibía refuerzos para estar al completo en lo que después se conoció como la primera batalla del Somme, un acontecimiento que daría, incluso a quienes, por haberlas sobrevivido, recordaban Loos y el Canal, no sólo motivos para estremecerse, sino para descubrir que todavía quedaba alguna cosa capaz de provocar estremecimientos.

Había desembarcado aquel mismo día, al amanecer, del buque que transportaba desde Dover a quienes habían terminado sus permisos. En Boulogne, un camión aceptó llevarlo; la primera persona que encontró le indicó el camino, de manera que se presentó a tiempo en el puesto de mando de la brigada, la orden de destino preparada, esperando encontrarse con un cabo o un sargento o, como máximo, con el ayudante del general, pero, en lugar de eso, a quien encontró sentado en su despacho fue al general de brigada en persona, con una carta en la mano, que le dijo:

—Buenas tardes. Espere un momento, si no le importa —el mensajero se quedó donde estaba y vio entrar a un capitán al que después conocería como comandante de una de las compañías del batallón al que iba a incorporarse, seguido de un soldado raso, un hombrecillo delgado pero nervudo, de aspecto huraño, que, el mensajero lo advirtió al primer vistazo, parecía apretar, entre las manos y las piernas arqueadas, la forma de un caballo, mientras el general decía de mal humor—: En su lugar, descanso —luego desplegó la carta, la ojeó, miró al soldado raso y dijo—: Esto ha llegado hoy por correo especial. De París. Alguien procedente de los Estados Unidos está tratando de encontrarlo. Alguien lo bastante importante como para que el gobierno francés lo localice por la vía jerárquica y envíe de París un correo especial. Alguien que se llama —lanzó de nuevo una ojeada a la carta— reverendo Tobe Sutterfield.

Para entonces el mensajero observaba también al soldado, por lo que no sólo le oyó, sino que le vio decir, de prisa y con brusquedad, zanjando el asunto:

—No.

—Mi general... —apuntó el capitán.

—No, ¿qué? —preguntó el brigadier—. Un norteamericano, un pastor negro. ¿No sabe quién es?

—No —repitió el soldado.

—Al parecer previó que dijera usted eso. Y pidió que se le mencionara Missouri.

—No —dijo el soldado, rígido, brusco y definitivo—. No he estado nunca en Missouri. No sé nada de él.

—Cuando conteste —le indicó el capitán al soldado—, añada «mi general».

—¿Es su última palabra? —preguntó el brigadier.

—Sí, mi general —dijo el soldado.

—De acuerdo —dijo el brigadier—. Vuelva a sus ocupaciones.

Después de que se marcharan, el mensajero, todavía en posición de firmes, sintió, más que vio, cómo el general abría la orden que él acababa de entregarle y comenzaba a leerla, para después alzar los ojos en su dirección, aunque sin mover la cabeza; simplemente los ojos alzándose rápidamente, deteniéndose un instante, para regresar enseguida a la orden; pensando (el mensajero) sin perder la calma: *Esta vez, no. Hay demasiadas estrellas; pensando: No será siquiera el coronel, sino más bien el ayudante.* Lo que de ordinario podría haber sucedido incluso dos semanas después, puesto que, en tanto que mensajero oficialmente destinado a un batallón de combate, su situación era la misma que la de cualquier otro componente del batallón y también, por tanto, oficialmente «descansando» hasta que volvieran al frente; y, de no haber sido por la coincidencia, sería eso probablemente lo que hubiera sucedido, porque no se presentó al sargento mayor del regimiento, sino a la Coincidencia, al entrar, dos horas más tarde, en el acantonamiento que se le había asignado y, en el momento en que colocaba su impedimenta en un rincón todavía libre, vio de nuevo al hombre a quien había conocido dos horas antes en el despacho del general: el soldado raso, de aspecto hosco, casi insubordinado, del que emanaba un inconfundible efluvio de cuadra y del que, a juzgar por su apariencia, nadie hubiera creído capaz de sobrevivir veinticuatro horas más allá de Whitechapel, excepto, quizá, en el cercado para caballos del hipódromo de Newmarket, pero que resultaba ser todo un personaje, no sólo con la importancia suficiente para que un particular estadounidense, o un apoderado, o una organización, con el peso necesario para utilizar como mensajero al gobierno francés, tratara de contactar con él por la vía jerárquica, sino lo bastante importante para rechazar ese contacto, sentado esta vez sobre un catre y, abierto sobre una rodilla, un voluminoso cinturón de cuero, provisto de compartimentos para guardar dinero, y, sobre la otra, un sucio cuadernito muy manoseado; vio igualmente

a otros tres o cuatro soldados rasos que se le iban acercando por turno y para los que contaba algunos billetes franceses que sacaba del cinturón, procediendo después a hacer una anotación con un cabo de lápiz en el cuadernito.

Al día siguiente la misma escena; y al de después, y al otro, nada más terminada la revista matutina del batallón; nunca las mismas caras ni el mismo número de personas: dos o tres, a veces sólo una; pero siempre alguien, el gastado cinturón con el dinero adelgazándose un poco todos los días, pero en apariencia inagotable, el cabo de lápiz haciendo sus meticulosas anotaciones en el costroso cuadernito; luego llegó la quinta jornada, día de paga y, al acercarse a su acantonamiento, después del rancho de mediodía, el mensajero pensó descabelladamente por un momento que parte de la entrega de la paga se estaba haciendo allí mismo: una fila, una hilera de soldados que se prolongaba en la calle, esperando para entrar uno a uno, de manera que le costó trabajo llegar hasta su sitio y, una vez dentro, presenciar, a la inversa, todo el proceso: los clientes, los afiliados, los pacientes —lo que quiera que fuesen— devolviendo los desgastados y sucios billetes franceses, el trocito de lápiz volviendo a hacer las meticulosas anotaciones; y aún seguía allí, observando, cuando el ordenanza al que ya había conocido la primera mañana en la antecámara de la brigada entró abriéndose camino a través de la fila, para decirle al individuo sentado en el catre:

—Vamos. Esta vez no creo que te escapes. Te ha venido a buscar un j...do automóvil de París con un primer ministro dentro —viendo (el mensajero) cómo el individuo del catre, sin prisa, se guardaba el cuadernito y el cabo de lápiz en el cinturón con compartimentos, lo cerraba, se volvía y tapaba el cinturón con la manta que tenía detrás, se levantaba y seguía al ordenanza, momento en que el mensajero se puso a hablar con el más cercano de los soldados que formaban la hilera, ya rota y dispersa:

—¿De qué se trata? ¿Para qué es el dinero? Se ha marchado, ¿por qué no os servís vosotros mismos ahora que no está aquí para apuntároslo en el debe? —pero sin conseguir otra cosa que miradas desconfiadas, sigilosas, que se dispersaban sin esperar siquiera a ver lo que sucedía; fuera ya él mismo, en la calle empedrada, donde también pudo presenciarlo: uno de los largos vehículos negros de los franceses, de aspecto funerario, como los que utilizan los altos dignatarios gubernamentales, con chófer uniformado y un capitán francés de estado mayor en el asiento delantero; otro británico y un flaco joven negro en los dos trasportines; y, en el asiento trasero, una mujer de edad indefinida envuelta en pieles suntuosas que sólo podía ser alguna rica estadounidense (el mensajero no la reconoció, aunque casi cualquier francés lo hubiera hecho, puesto que su dinero mantenía en parte a la escuadrilla francesa en la que volaba como piloto su hijo único) y un francés que, sin llegar a primer ministro (el mensajero sí se dio cuenta de esto último), alcanzaba, por lo menos, a titular de un ministerio importante y, sentado entre los dos, un anciano negro con un sombrero de

copa gastado y cepillado, y el rostro noble y sereno de un cónsul romano idealizado; el propietario del cinturón monedero, tieso como un huso, el ojo inmóvil pero sin mirar a nada, saludando, pero sin saludar a nadie, saludando simplemente y de nuevo tieso como una estaca a tres metros de distancia mientras el anciano negro se inclinaba, hablándole. El anciano se apeó finalmente del automóvil, también testigo presencial el mensajero, y no sólo el mensajero sino todo el entorno: las seis personas que aún seguían en el automóvil, el ordenanza que había ido a buscar al soldado sentado en el catre, los treinta y tantos individuos que avanzaban lentamente en línea cuando el asistente se abrió camino a través de ellos, y que lo habían seguido hasta la calle, quedándose delante de la puerta del acantonamiento, contemplando igualmente la escena, esperando quizá: los dos protagonistas algo apartados ya, el propietario del cinturón todavía tieso como un huso, invenciblemente reacio, mientras la cabeza noble y serena, el tranquilo rostro imperial de color chocolate, aún hablaba con él, susurrándole; apenas un minuto, después de lo cual se dio la vuelta y regresó al coche, el mensajero sin esperar a verlo entrar tampoco, siguiendo ya al blanco patiuerto que regresaba al acantonamiento, mientras el grupo que esperaba delante de la puerta lo dejaba pasar para amontonarse detrás hasta que el mensajero detuvo al último, tocándolo, agarrándolo por la manga:

—El dinero —dijo el mensajero—. ¿Qué es?

—Se trata de la Asociación —respondió el soldado.

—Está bien, de acuerdo —dijo el mensajero, casi enfadado—. ¿Cómo se consigue? ¿Puede cualquiera...?

—Sí —respondió el otro—. Recibes diez chelines y luego, a partir del primer día de paga, empiezas a devolver seis peniques al día durante treinta días.

—Si sigues con vida —dijo el mensajero.

—Sí —dijo el otro—. Cuando devuelves todo el dinero puedes empezar de nuevo.

—Pero supongamos que no acabas de pagar —dijo el mensajero, pero el otro se limitó a mirarlo, de manera que continuó, casi enfadado de nuevo—: De acuerdo, de acuerdo, no soy tan estúpido como todo eso; estar todavía vivo dentro de un año se merece el seiscientos por ciento de cualquier cosa —pero el otro lo siguió mirando, con algo tan peculiar en el rostro, detrás de los ojos, que el mensajero dijo enseguida—: Sí, ¿qué?

—Eres nuevo —constató el otro.

—Sí —dijo el mensajero—. Estaba en Londres la semana pasada. ¿Por qué?

—El interés no es tan alto si eres... —la voz deteniéndose, extinguiéndose, los ojos todavía contemplándolo de manera tan extraña, con tanta intensidad, que al mensajero le pareció que su propia mirada era atraída, como por alguna fuerza física, hacia el costado del soldado, al lugar donde la mano colgaba a la altura de la cadera,

momento en el que la mano produjo un gesto, una señal, tan breve, tan rápida, antes de inmovilizarse de nuevo contra la pierna de color caqui de su propietario, que el mensajero apenas pudo creer que la había visto.

—¿Qué? —dijo el mensajero—. ¿Qué?

Pero el rostro había vuelto a cerrarse, inescrutable ya, y el soldado se alejaba.

—¿Por qué no le preguntas a él lo que quieres saber? —propuso—. No te morderá. Ni siquiera te forzaré a que aceptes el préstamo.

El mensajero vio cómo el largo automóvil negro daba media vuelta y llenaba el estrecho callejón para regresar al sitio de donde había venido; por entonces no se había entrevistado aún con el ayudante del batallón, que, en el peor de los casos, no podía tener una graduación superior a la de capitán y que probablemente sería más joven que él; de manera que los preliminares no llevarían mucho tiempo, probablemente no más que esto: el ayudante: *Ah, ¿es usted? ¿Por qué no lleva la condecoración? ¿Se la han retirado también, al mismo tiempo que la estrella de oficial?*

Él, entonces: *No lo sé. ¿Podría llevar la condecoración con esta ropa?*

El ayudante: *Tampoco lo sé yo. ¿Quiere alguna cosa más? No le tocaba pasarse por aquí hasta el lunes.*

Y después preguntaría, porque para entonces había adivinado ya quién era la estadounidense rica: desde hacía dos años, Europa (Francia, al menos) estaba llena de norteamericanos, y se oían por todas partes los apellidos de los ricos de Filadelfia, de Wall Street y de Long Island, cuyo dinero mantenía ambulancias y escuadrillas en el frente francés; existían comités, organizaciones de diletantes, oficialmente ajenos a la contienda, por medio de los cuales los Estados Unidos se protegían más contra la guerra misma que contra los alemanes; el mensajero podría entonces plantear la cuestión y decir: *Pero ¿por qué aquí? Concedido que tienen una organización presidida por un negro entrado en años con aspecto de predicador disidente, pero ¿por qué lo envía aquí el gobierno francés en un vehículo oficial para una entrevista de dos minutos con un soldado raso en un batallón británico de infantería?* Sí, claro que podría preguntarlo, probablemente sin conseguir otra cosa que el nombre del anciano negro, una información que ya poseía y que, por lo tanto, no era lo que le faltaba, lo que necesitaba, lo que habría debido saber en tiempo de paz; pero hicieron falta otros tres días desde aquel lunes en el que, presentándose en el despacho del sargento mayor, se convirtió oficialmente en miembro de la familia que era el batallón y pudo empezar a cultivar la amistad del cabo que se encargaba de la correspondencia y lograr así tener entre sus manos el documento oficial firmado por el jefe de estado mayor en Poperinghe, documento que no sólo contenía el nombre del anciano sino el lustroso y bien sonante de la organización, del comité, que presidía: *Les Myriades d'Amis Anonymes de la France dans Tout le Monde*; un título,

una designación tan amplia, con tales resonancias de nobleza y de fe como para haberse librado por completo de los seres humanos y de sus sufrimientos, tan majestuosa en su empírea extensión, tan ligera e impalpable por encima de las miserias terrestres como la sombra de una nube. Y si había confiado en obtener algo, aunque no fuera más que eso, y no digamos nada de algo más, del propietario del cinturón billetero, sin duda se equivocó, y aquel fracaso le costó cinco chelines en francos; tuvo que darle caza y detenerlo por el sencillo procedimiento de ponerse delante, quedarse parado, y preguntarle a quemarropa y sin miramientos:

—¿Quién es el reverendo Tobe Sutterfield? —luego se mantuvo firme en su sitio más de un minuto, soportando el chaparrón de insultos, hasta que finalmente pudo añadir—: ¿Has terminado ya? En ese caso te pido disculpas. Todo lo que quiero son diez chelines —y entonces contempló cómo su nombre se incorporaba a la lista en el usado cuadernito y se guardó los francos que ni siquiera iba a gastar, de manera que las treinta piezas de seis peniques regresarían a su fuente bajo la forma de los billetes originales. Pero, al menos, había establecido un contacto eficaz, que le permitía entablar una conversación, porque, debido a sus visitas al puesto de mando de la brigada, adquirió conocimientos que pudo utilizar para ese fin, sin necesidad, esta vez, de ponerse delante para hablarle:

—Más valdrá que esto siga siendo una cuestión de estado mayor, pero creo que deberías saberlo. Volvemos al frente —el otro se lo quedó mirando—. Va a suceder algo. Han traído demasiadas tropas. Habrá una batalla. Quienes concibieron la idea de Loos no pueden dormirse sobre los laureles, no sé si me explico —el otro siguió mirándolo—. Hablo de tu dinero. Para que tomes tus precauciones. ¿Quién sabe? Quizá seas uno de los que se libren. En lugar de permitir que te lo devolvamos de seis en seis peniques, reclámalo todo de una vez y entiérralo en algún sitio —pero el otro se limitó a seguir mirándolo, ni siquiera con desprecio; de repente el mensajero pensó, con humildad, casi avergonzado: *Tiene sentido ético; no le preocupan sus clientes en cuanto personas, sino en cuanto clientes, como le sucedería a un banquero. No se trata de compasión: arruinaría a cualquiera, los arruinaría a todos, sin inmutarse, una vez que hayan aceptado el trato; los escrúpulos se refieren a su vocación, a su oficio, a su profesión. Es una cuestión de pureza. No; más aún, se trata de castidad, como la mujer de César.* El mensajero no se equivocaba, y el batallón regresó al frente aquella noche; cuando la unidad volvió a la retaguardia (el sesenta y tantos por ciento que quedaba) lo sucedido se le quedó grabado en la memoria como la quemadura de un hierro al rojo vivo, el nombre del río insignificante y los otros nombres relacionados con el Somme —Arras y Albert, Bapuame, Saint-Quentin y Beaumont-Hamel— de manera indeleble, para que durasen tanto tiempo como la posibilidad de respirar, la posibilidad de llorar, diciendo (el mensajero) esta vez:

—En tu opinión, ¿todo eso no es más que un miedo perfectamente sano y perfectamente normal, como un desastre bursátil, necesario para mantener el cuerpo sano y vigoroso? ¿Crees que quienes en el futuro encuentren la muerte estaban predestinados, como lo están los corredores de bolsa de segunda categoría y los pequeños inversores sin sentido común ni inteligencia, o quizá sin el suficiente apoyo económico, cuyo destino glorioso es suicidarse para salvaguardar la solvencia del edificio financiero? —y el otro que aún se contentaba con mirarlo, sin desprecio siquiera, ni tampoco compasión, esperó, sencillamente, a que el mensajero terminara.

—Vamos a ver, ¿quieres el dinero o no lo quieres? —le preguntó después.

El mensajero recibió los francos. En esta ocasión se los gastó, dándose cuenta, advirtiéndolo por vez primera, hasta qué punto las finanzas se parecen a la poesía, puesto que también reclaman, exigen, para durar, alguien que dé y alguien que reciba, que cante y que escuche, que preste y a quien se preste, que venda y que compre, ambos escrupulosos, inquebrantables y cándidos en su devoción y en su fe; pensando: *He sido yo quien ha fallado; soy yo quien soborna, el traidor;* y esta vez se gastó el dinero en modestas orgías de comida y bebida para quien quería compartirlas con él, cumpliendo el contrato de devolver el dinero de seis peniques en seis peniques, y aceptando luego otro préstamo de diez chelines, con la perseverancia de un católico en sus devociones o en el cumplimiento de una penitencia, a lo largo de aquel otoño y de aquel invierno; pronto llegaría la primavera y con ella su nuevo permiso y pensó con calma, sin angustia, sin remordimientos: *Por supuesto podría volver a casa, volver a Londres. Porque, ¿qué más se puede hacer por un oficial destituido, en este año de gracia de mil novecientos diecisiete, excepto facilitarle un fusil y una bayoneta, y yo ya los tengo?*, cuando de repente y con toda serenidad supo lo que iba a hacer con aquella libertad, aquella libertad de la que no tenía ya necesidad, puesto que no había para ella sitio alguno sobre la tierra; y, esta vez, no pediría chelines sino libras, valorando el préstamo no en chelines sino en libras, no sólo de acuerdo con la peregrinación retrospectiva que iba a hacer a la época y a los lugares donde existió el espíritu de libertad que la humanidad había perdido, sino también con lo que hacía posible la peregrinación, solicitando diez libras y fijando él mismo la tasa de interés en diez chelines por día durante treinta días.

—Te vas a París a celebrar tu j... condecoración, ¿no es eso? —preguntó el otro.

—¿Por qué no? —dijo el mensajero, que se embolsó las diez libras en francos y, con el fantasma de su juventud perdida, muerta desde hacía ya quince años, rehízo el itinerario de su difunta vida de entonces hasta la época en que tenía no sólo esperanza sino fe, dio la vuelta en torno al vallecito, rural en otro tiempo, donde se alzaban las piedras grises y desnudas de Saint-Sulpice, y reservó para el final la callecita estrecha y tortuosa donde había vivido tres años, pasando ante la Sorbona, aflojando el paso pero sin entrar, y los otros sitios familiares de la Orilla Izquierda —muelles, puentes,

galerías, jardines, cafés— donde había consumido sus magníficas horas de ocio y sus escasos recursos; tan sólo después de la segunda mañana solitaria y sentimental, después del café (y de *Le Figaro*: era el ocho de abril, un transatlántico inglés, casi lleno esta vez de estadounidenses, había sido torpedeado el día anterior a la altura de Irlanda; pensó con calma, sin derramar lágrimas: *Ahora tendrán que intervenir; podremos destruir los dos hemisferios*) en el Deux Magots, eligió el camino más largo, de nuevo a través de los jardines de Luxemburgo, entre las niñeras y los soldados mutilados (en la primavera próxima, quizá incluso aquel mismo otoño, también habría allí uniformes estadounidenses) y las estatuas ennegrecidas de diosas y reinas, hasta ir a parar a la rue de Vaugirard y mirando ya al frente para descubrir la estrecha grieta que sería la rue Servandoni y la buhardilla a la que había llamado su domicilio (quizá el señor y la señora Gargne, el dueño y la dueña, estuvieran allí para saludarlo), cuando lo vio, cuando vio la bandera, la franja de tela, colocada sobre el arco bajo el que, en otro tiempo, pasaran las carrozas de príncipes y duques, con su inscripción que proclamaba, desde el viejo barrio aristocrático, su humilde y grandiosa declaración: *Les Myriades d'Amis Anonymes de la France dans Tout le Monde* y, convertido ya en uno más en la fila ininterrumpida de personas —soldados y civiles, hombres y mujeres, jóvenes y viejos— entró en un lugar que, más tarde, reflexionando, le pareció semejante a un sueño: un vestíbulo, una antecámara donde una mujer de edad indefinida, sólida y sana, pero no bella, que llevaba una cofia blanca como la de una monja y que hacía punto, le preguntó:

—¿Monsieur?

—Monsieur le président, madame, s'il vous plait. Monsieur le Révérend Sutterfield.

Sin disminuir en absoluto el ritmo al que entrechocaba las agujas, la dama repitió:

—¿Monsieur?

—Le chef de bureau, madame. Le directeur. Monsieur le Révérend Sutterfield.

—Ah —dijo la mujer—. Monsieur Tulemon —y, sin dejar de hacer punto, se puso en pie para precederlo, guiarlo, conducirlo: un amplio salón con suelo de mármol, cornisas doradas, lujosas arañas y amueblado, abarrotado, desordenada y heterogéneamente, con bancos de madera y con el tipo de sillas desvencijadas que se alquilan por unos céntimos para los conciertos de las bandas en los parques, y lleno de un murmullo que no era de voces sino, por así decirlo, del simple respirar, inspiración y espiración, de las personas —los soldados mutilados o no, los ancianos y las ancianas con velos negros y brazaletes de luto y las jóvenes aquí y allá que acarreaban bebés sobre o incluso bajo sus amplios ropajes de viudas inconsolables— aisladas o en pequeños grupos, de tamaño familiar, por todo el vasto salón donde subsistía algo semejante a un rumor de príncipes y de millonarios, vueltos hacia el fondo, de donde colgaban otras banderas y donde también estaba extendida una franja

de tela semejante a la situada encima de la puerta de entrada, con la misma inscripción: *Les Myriades d'Amis Anonymes de la France dans Tout le Monde*, sin mirar las banderas, sin prestarles atención, no como los fieles en una iglesia; no era tan discreto como todo eso, sino que se parecían más bien a los pasajeros que esperan indefinidamente el tren en una estación; finalmente llegaron al comienzo de una escalera suntuosa, y la mujer se detuvo y se apartó, todavía haciendo punto y sin levantar siquiera la vista para hablar.

—*Prière de monter, monsieur* —y él así lo hizo; él, que acababa de atravesar una nube, ascendiendo en aquel momento hacia las supremas y quiméricas regiones donde se olvidan los dolores y las penas: una habitación minúscula, semejante al boudoir de una duquesa en el paraíso arreglado momentáneamente para representar el despacho de un hombre de negocios en una charada: un buró nuevo, sencillito y vacío, tres sillas igualmente sencillas de asiento duro y, detrás del buró, sobre la estrecha bufanda de lana blanca, el rostro noble y sereno que emergía en realidad de un uniforme azul verdoso de cabo de infantería, uniforme que, a juzgar por las apariencias, aún se hallaba el día anterior doblado en las estanterías de un almacén de intendencia; un poco detrás de él, el joven negro, delgado como un huso, también de uniforme, y con una estrella de alférez francés que parecía casi tan nueva, y el mensajero frente a ellos al otro lado del buró, las palabras, también ellas, serenamente congruentes y sin importancia, como en un sueño:

—Sí, antes me apellidaba Sutterfield. Pero lo cambié. Para que fuese más fácil de recordar. Sacado del nombre de la Asociación.

—Ah. *Tout le Monde*.

—Sí. *Tulemon*.

—De manera que fue usted quien vino el otro día a ver al..., iba a decir al amigo...

—Sí, no está del todo preparado. Fui para ver si necesitaba dinero.

—¿Dinero? ¿Él?

—El caballo —dijo el anciano negro—. El que afirmaron que habíamos robado, pero que no podríamos haber robado aunque hubiésemos querido. Porque nunca perteneció a nadie a quien se le pudiera robar. Era el caballo del mundo. El campeón. No, tampoco eso es exacto. Las cosas le pertenecían y no él a las cosas. Tanto las cosas como la gente. Él. Yo. Los tres estuvimos a su servicio hasta que todo terminó.

—¿Él? —preguntó el mensajero.

—*Mistairy*.

—*Mist...* ¿qué? —dijo el mensajero.

—*Harry* —dijo el joven negro—. Era así como lo pronunciaba.

—Ah —dijo el mensajero, casi avergonzado—. Por supuesto. *Mistairy*.

—Exacto —dijo el negro anciano—. Insistía en que yo dijera precisamente *Airy*, pero supongo que ya era demasiado viejo —de manera que lo contó: lo que había

visto, lo que sabía de primera mano, y lo que había adivinado como consecuencia de lo que había visto, observado; y eso no era todo, se percató el mensajero al pensar: *Un protagonista. Si he de correr con la liebre y ser, además, al mismo tiempo, los perros que vienen detrás, necesito un protagonista*, mientras que el negro joven, hablando por vez primera, explicó que:

—Fue el delegado de la policía quien envió al abogado de Nueva Orleans.

—¿Quién? —preguntó el mensajero.

—El delegado de la policía federal —dijo el joven—. El jefe de los que nos perseguían.

—De acuerdo —dijo el mensajero—. Cuéntenmelo.

* * *

Corría 1912, dos años antes del comienzo de la guerra; el animal era un caballo de carreras de tres años, pero de tal categoría que incluso el precio —aunque excepcional— que el argentino, rey del cuero y del trigo, pagó por él en la venta de Newmarket, no tuvo nada de escandaloso. Su mozo de caballos era el centinela, el hombre del cuadernito y del cinturón monedero, que había ido a los Estados Unidos con el caballo, después de lo cual, durante los veinticuatro meses siguientes, sucedieron tres cosas que no sólo cambiaron por completo su vida, sino también su personalidad, de manera que cuando, a finales de 1914, regresó a Inglaterra para alistarse, fue como si en algún sitio del corazón mismo del valle del Mississippi donde desapareció en el curso de los tres primeros meses de su estancia, hubiera nacido un hombre nuevo, sin pasado, ni pesares, ni recuerdos.

No se vio pura y simplemente incluido en la venta del caballo, sino forzado a ello. Y no por el comprador, ni tampoco por el vendedor, sino por el vendido: el objeto de la venta, el caballo mismo, con una autoridad que no admitía ni contemporizaciones ni, menos aún, resistencia de ninguna clase. Y no porque él fuera el mozo de caballos excepcional que habría podido ser, ni tampoco por ser el de primera categoría que de hecho era. Se debió a que, al parecer, entre hombre y animal se estableció desde su primera entrevista algo que no era una relación sino una afinidad; no de inteligencia a inteligencia, sino de corazón a corazón y de glándulas a glándulas, de manera que, si el mozo no estaba a su lado o, al menos, cerca, el caballo no era siquiera un caballo inferior: dejaba por completo de ser caballo, para convertirse en una criatura intratable y todo menos imprevisible, porque, de hecho, era totalmente predecible; no sólo peligroso sino, dadas la carrera y la meta a las que se le había destinado y consagrado —la larga y paciente cría y selección que finalmente lo produjo, para venderlo por el precio que consiguió y cumplir el único rito para el que había sido formado—, totalmente inútil, puesto que sólo permitía a aquel hombre compartir con él los muros o el recinto vallado donde se le almohazaba o se le daba de comer, y sólo

aceptaba que yóquey o entrenador se le acercaran y lo montaran si el mozo de caballos se lo pedía; e incluso entonces, con el jinete instalado ya en la silla, se negaba a correr hasta que —por el medio de transmisión que fuera: palabra, contacto o cualquier otro— se le autorizaba a hacerlo.

Tal fue el motivo de que el argentino adquiriera también al mozo de caballos y de que depositase en un banco de Londres una cantidad que se le entregaría a su regreso a Inglaterra después de ser oficialmente despedido por el caballo, como es lógico; no podía ser de otra manera, puesto que fue él (el caballo) quien a la postre los despidió y absolvió a todos, incluido el anciano negro que contaba aquella parte de la historia, ya que era en ese momento cuando él, ellos, él y su nieto, entraron en escena: el purasangre que, antes de que el mozo de caballos interviniera en su vida, ganaba carreras pura y simplemente, pero que, después de su llegada, empezó a batir marcas; tres semanas después de sentir por vez primera su mano y de oír su voz, realizó una proeza («La carrera se llamaba Sillinger», dijo el anciano. «Algo así como el equivalente del Derby.») que siete años después aún seguía sin ser igualada; y en su primera competición en América del Sur, aunque sólo quince días después de desembarcar, tras mes y medio de viaje, había conseguido otra que, probablemente, no sería nunca igualada. («En ningún sitio. Nunca. Por ningún caballo.») Y al día siguiente lo compró un ciudadano estadounidense, un rey del petróleo, por un precio que ni siquiera el millonario argentino se atrevió a rechazar, y dos semanas después desembarcó en Nueva Orleans, donde el negro, predicador los domingos, y mozo de caballos y mozo de cuadra el resto de la semana en los establos para la cría y la doma que el nuevo propietario tenía en Kentucky, lo conoció; dos noches más tarde, el tren que remolcaba el vagón en el que viajaban el caballo y los dos mozos, el blanco y el negro, se desplomó desde lo alto de un puente de madera dañado por una inundación: desastre e infortunio que dio lugar a los veintidós meses que provocaron la transformación del mozo de caballos inglés en baptista practicante, masón y en uno de los manipuladores o jugadores de dados más hábiles de su época.

Cinco grupos separadamente organizados, aunque, a la larga, temiblemente unificados —el gobierno federal, las sucesivas fuerzas de policía de distintos Estados, los detectives privados de las compañías de ferrocarriles y de seguros y los del rey del petróleo—, persiguieron, durante dieciséis de aquellos veintidós meses, a los cuatro (al purasangre cojo, al mozo de caballos inglés, al anciano negro y al chiquillo de doce años que lo montaba) por toda la cuenca del Mississippi comprendida entre Illinois y el golfo de México, Kansas y Alabama, donde, sobre tres patas, el caballo participó en las carreras de un cuarto de milla de los sitios más aislados, ganando la mayor parte; el anciano negro, grave y tranquilo, siguió contando todo aquello, serena y pacíficamente inconsecuente, como si escuchara las palabras de un sueño, hasta que, en el despacho parisino, el mensajero vio, cinco años después de los hechos, lo

que el oficial de la policía federal había visto cinco años antes mientras iba sucediendo: no un robo, sino una pasión, una inmólación, una apoteosis; no se trataba de una pandilla de aprovechados huyendo con un caballo cojo, cuyo valor, aunque hubiera salido incólume del accidente, quedó por debajo, al cabo de unas cuantas semanas, de la suma gastada en perseguirlo, sino del espectáculo inmortal de la tierna leyenda, el coronamiento glorioso de la leyenda misma de la humanidad, que comenzó en el momento en que la primera pareja perdió para siempre el mundo y, a partir de esos prototipos emparejados, no ha dejado de reivindicar el paraíso perdido, siempre mediante parejas inmortales, a lo largo de las sórdidas y ensangrentadas páginas de la crónica: Adán y Lilit, Paris y Helena, Píramo y Tisbe, y todos los demás Romeos y Julietas anónimos, la historia más antigua y más hermosa del mundo proyectaba su luz, por un instante, sobre aquel mozo de caballos inglés malhablado y patituerto, como lo ha hecho siempre sobre Paris, Lochinvar^[4] o cualquier otro de los más célebres raptos: la condenable y magnífica ebriedad de una historia de amor, obstaculizada no por la apertura de un expediente administrativo, ni siquiera por la indignación del propietario millonario y frustrado, sino por su propia e inherente condena, puesto que, al ser inmortal, la historia, la leyenda, no debe ser propiedad exclusiva de ninguna de las parejas que han contribuido a su esplendor y engrandecimiento trágico, sino estar disponible simplemente para que cualquiera, a su vez, condenado y fugitivo, la utilizara de pasada.

No explicó cómo lo hicieron; tan sólo que lo hicieron, como si, una vez hecho, poco importara lo demás; es decir, si una cosa debe hacerse, se hace, y después dificultad, inquietud o incluso imposibilidad no significan ya nada; sacaron al caballo enloquecido y lastimado del vagón destrozado y lo metieron en el brazo pantanoso del río donde pudo nadar mientras ellos le mantenían la cabeza fuera del agua. «Mistairy encontró una barca», dijo el anciano negro, «si es que a aquello se le podía llamar barca. Tallada en un tronco de árbol, giraba sobre sí misma antes incluso de que le pusieras el pie encima. Las llaman piraguas. Allí farfullaban de una manera curiosa, como sucede aquí». Más adelante salieron incluso del río, consiguiendo una invisibilidad tan completa que, cuando los detectives de la compañía de ferrocarriles llegaron al lugar de los hechos a la mañana siguiente, fue como si la inundación misma se los hubiera llevado a los tres. Se ocultaron en un montículo, una islita en el pantano a poco más de un kilómetro del puente derruido, al que el tren de socorro, con un equipo de obreros, llegó a la mañana siguiente para reconstruir el puente y la vía. El mozo de caballos (habían sacado al purasangre y lo situaron, la primera noche, lo más lejos del agua que pudieron, dejando que el anciano negro se ocupara de él. «Yo me contenté con darle de beber, cubrirle el anca con una capa de barro y esforzarme por espantar a las moscas, a los mosquitos y a otros insectos», dijo el negro) regresó del puente derruido al alba del tercer día, trayendo en la piragua un

aparejo de poleas con la marca de la compañía de ferrocarril, comida para los seres humanos y para el caballo, lona para el cabestrillo y también el soporte y el yeso blanco para el entablillado («Sé lo que va usted a preguntarme ahora», dijo el negro. «De dónde sacamos el dinero para todo eso. Lo consiguió él, igual que la piragua», explicando también aquello: cómo el mozo de caballos cockney que no había llegado nunca más allá de Londres, Epsom o Doncaster, pero que, en dos años de vida americana, se había hecho masón y baptista y que, en las dos semanas justas pasadas en el castillo de proa del carguero que los había traído desde Buenos Aires descubrió o, en todo caso, se confesó la atracción, la pasión por los dados, al volver al lugar del accidente por vez primera, se apoderó del juego de poleas sencillamente porque se tropezó con él, ya que a donde en realidad se dirigía era al vagón en el que dormía el equipo de obreros negros, a quienes procedió a despertar: el blanco con sus pantalones de montar manchados del cieno del pantano y los negros en camiseta o pantalones de mono o sin nada en absoluto acucillados en torno a una manta extendida bajo una lámpara humeante, y los billetes de banco y las monedas y los dados que rodaban y se entrechocaban) en la oscuridad más completa, porque no volvió con lámpara ni luz alguna; además de que hubiera sido peligroso utilizarla, tampoco la necesitaba: por orgullo, despreciativamente incluso, puesto que desde los diez años conocía el cuerpo de los caballos como el ciego conoce la habitación que no se atrevería a abandonar; tampoco, por supuesto, hubiera vuelto con un veterinario, no sólo porque no lo necesitaba, sino porque no hubiera permitido que ninguna mano, distinta de la suya o la del anciano, tocara al caballo, aunque el animal lo hubiera permitido; ellos mismos lo colgaron con ayuda de las poleas, volvieron a poner el anca en su sitio y prepararon la escayola destinada a inmovilizarla.

Luego pasaron las semanas mientras el anca rota se soldaba y los equipos de búsqueda, con todas las salidas del pantano vigiladas y guardadas, seguían dragando el brazo de río por debajo del puente y chapoteaban y maldecían entre las culebras de agua, las serpientes de cascabel y los caimanes que habitaban en el pantano, mucho después de que hubieran llegado a creer (los perseguidores) que el caballo estaba muerto por la sencilla razón de que tenía que estar muerto, puesto que aquel caballo concreto no podía estar otra cosa que muerto para seguir siendo invisible, y que su propietario, a la larga, no conseguiría otra cosa que desahogar sobre los ladrones su deseo de venganza. Y, una vez a la semana, tan pronto como oscurecía lo suficiente y los equipos de búsqueda se retiraban a descansar, el mozo de caballos salía con la piragua y regresaba antes del amanecer dos o tres días después con otro cargamento de provisiones y de pienso; necesitaba dos o tres días porque el puente estaba definitivamente reparado; una vez más el rugido de los trenes se ahuecaba al atravesarlo de noche y el grupo de obreros y aquella fuente de ingresos o de rentas habían desaparecido, puesto que habían regresado a Nueva Orleans, que era de donde

procedían, por lo que el mozo de caballos blanco se trasladaba hasta allí, enfrentándose a jugadores profesionales sobre mesas con tapetes verdes bajo luces eléctricas, y ni siquiera el anciano negro (jinete y mozo de caballos tan sólo por accidente, pero por vocación y dedicación ministro de Dios, enemigo jurado y declarado del pecado, pero que, al parecer, desde tiempo atrás, sin remordimientos ni vacilaciones, había trazado primero y después olvidado las fronteras de su rigorismo de manera que no afectaran para nada al magnífico caballo cojo y a todos los que se habían convertido voluntariamente en sus servidores) sabía ya a qué distancia tenía que viajar a veces con el fin de encontrar otra manta extendida bajo una lámpara humeante o, como último recurso, la mesa de tapete verde e iluminación eléctrica, donde, si bien, y gracias a sus cubiletes de cuero, los dados quedaban tan libres de toda sospecha como la mujer de César, las apuestas —fichas, dinero— seguían aumentando, ya fuera como corroboración de las aptitudes del inglés o por la simple exigencia de sus necesidades.

Después pasaron los meses, animal y raptos siempre lo bastante cerca del puente ya reparado como para seguir oyendo diariamente no sólo a los trenes que, con ruido de tormenta, lo atravesaban, sino también a los mismos equipos de búsqueda (a quienes a veces cualquiera de los dos podría haber dirigido la palabra sin tener siquiera que alzar la voz), puesto que el rastreo continuó mucho después de que quienes chapoteaban y maldecían y retrocedían, frenéticos, ante las lentas ondulaciones y silbidos amenazadores de culebras de agua y serpientes de cascabel a las que despertaban por sorpresa, creyeran, desde el primero hasta el último, que el caballo llevaba mucho tiempo muerto y desaparecido para siempre gracias al insomne apetito insaciable de anguilas, lucios y tortugas, y que el ladrón mismo había huido, abandonando la región y el país, y quizá incluso el continente y el hemisferio, aunque prolongaran de todos modos la búsqueda porque la compañía de ferrocarriles había puesto en juego un costoso equipo de poleas triples y más de sesenta metros de cable de cinco centímetros, y la de seguros poseía bancos y líneas de transporte fluvial y cadenas de almacenes desde Portland, en Maine, hasta Oregón y, por lo tanto, no podía permitirse perder siquiera un caballo de un dólar y mucho menos aún otro de cincuenta mil, y el propietario del caballo, con un bolsillo sin fondo, no echaría de menos el valor de los sesenta caballos de carreras que aún poseía si con ello lograba vengarse del ladrón del sesenta y uno, y la policía federal, que arriesgaba aún más que las estatales, porque para estas últimas la gloria y la recompensa siempre serían compartidas, había abierto un expediente que antes o después no tendría otro remedio que cerrar; hasta que, cierto día, llegó una noticia de última hora de la United Press, transmitida la noche anterior desde Washington al delegado federal, explicando cómo un caballo, un purasangre de gran valor que sólo corría con tres patas, del que se ocupaban, o al menos al que acompañaban, un extranjero menudo y patituerto que a

duras penas hablaba inglés y un predicador negro de mediana edad, y al que montaba un muchachito negro de doce años, había dejado atrás a todos los demás participantes en una carrera de media milla, celebrada en Weatherford, en el estado de Texas. («Le hacíamos caminar», dijo el anciano negro, «de noche. Necesitaba por lo menos eso para volver a acostumbrarse. Para dejar de acordarse de aquel puente, adquirir flexibilidad y empezar de nuevo a ser caballo. Al hacerse de día nos escondíamos de nuevo en el bosque». Y también después, contándolo igualmente: cómo no se atrevían a hacer otra cosa; cómo participaban en una carrera y se marchaban inmediatamente, sin casi siquiera detenerse, porque, tan pronto como aquel caballo con tres patas ganaba una carrera, la noticia corría de boca en boca, y necesitaban mantener al menos un día de ventaja.) La primera vez los perseguidores llegaron con un día de retraso, y se enteraron de que el predicador negro y el extranjero gruñón y despreciativo se habían presentado de repente saliendo de la nada, justo a tiempo de inscribir al purasangre de tres patas para una carrera en la que el susodicho extranjero había invertido cantidades comprendidas (por entonces) entre los diez y los mil dólares, en apuestas con todas las variaciones posibles desde el diez a uno hasta el cien a uno, y de que el caballo de tres patas se había alejado a tal velocidad de la línea de salida que la barrera dio la sensación de saltar tras él, de que luego corrió tan deprisa que el resto de los competidores parecía, en todo caso, participar en otra carrera, y de que llegó tan por delante a la meta que el yóquey parecía no tener control alguno sobre el caballo, si es que alguien, y desde luego no un chiquillo de doce o todo lo más trece años que montaba sin silla, tan sólo con una barriguera y una sobrecincha para sujetarse (el informador había presenciado la carrera), podía haberlo dominado después de que cayera la barrera, y una vez que cruzó la línea de meta a toda velocidad, decidido, al parecer, a dar otra vuelta al circuito, si no hubiera sido porque el extranjero blanco, inclinándose por encima de la cerca más allá de la meta, le dijo una sola palabra en un tono de voz inaudible para cualquier persona a cinco metros de distancia.

El lugar al que se trasladaron a continuación, a menos de tres días de marcha para el caballo, fue Willow Springs, en Iowa, e inmediatamente después a Bucyrus, Ohio, y la vez siguiente los perseguidores llegaron casi con dos semanas de retraso: eso sucedió tres meses después, en un valle prácticamente inaccesible en las montañas al este de Tennessee, un lugar tan alejado de los ferrocarriles como de los telégrafos y de los teléfonos, por lo que el caballo llevaba ya diez días participando en carreras y ganándolas antes de que la noticia llegara a oídos de sus perseguidores; por entonces, sin duda, el mozo de caballos ingresó, lo aceptaron en la masonería, puesto que por primera vez se detuvieron más de una tarde, el caballo con la posibilidad de correr con toda tranquilidad durante diez días sin que los perseguidores se enterasen siquiera, hasta tal punto que cuando estos últimos abandonaron el valle llevaban un

retraso de veinte días, ya que, después de dos semanas pacientemente empleadas en interrogar y escuchar de un extremo a otro de aquella hondonada de cuarenta y cinco kilómetros de largo, encajada entre montañas, a sus habitantes, tampoco encontraron, una vez más, al igual que en el escenario de su primera desaparición, ni un solo ser humano que hubiese oído hablar del caballo de tres patas, ni de los dos hombres y el muchachito y, menos aún, que los hubiera visto.

De manera que cuando se enteraron de que el caballo estaba en el centro de Alabama, ya se había marchado de allí, dirigiéndose de nuevo hacia el oeste, mientras que los perseguidores se hallaban aún, con un mes de retraso, al otro extremo de Mississippi, desde donde cruzaron el río Mississippi para entrar en Arkansas, haciendo una pausa como las hacen los pájaros, sin tomar tierra, aunque la última cosa que se podría llamar a aquella pausa sería quedar suspendido, puesto que el caballo seguía corriendo, una vez más, a aquella asombrosa, increíble velocidad (y con unas apuestas asombrosas e increíblemente favorables; según rumores e informaciones, los dos hombres —el predicador negro de edad avanzada y el blanco malhablado a quien atribuir la condición humana significaba sencillamente aceptar al emisario de las Tinieblas en lugar de a su verdadero príncipe y señor— habían ganado decenas de miles de dólares), como si su viaje terrestre a través de los Estados Unidos fuese demasiado lento para que el ojo lo registrase y solamente en el curso de los increíbles momentos transcurridos junto a una cerca blanca se hicieran visibles el caballo y los tres seres humanos que lo completaban.

En aquel momento, el delegado federal, jefe supremo, por razones de protocolo, de la persecución, descubrió que, de repente y sin aviso, le había sucedido lo mismo que cinco años más tarde volvería a sucederle en París a un soldado británico cuyo nombre nunca llegaría a conocer. El delegado era poeta, no de los que escriben o, por lo menos, no lo era todavía, sino más bien uno de los mudos ahijados huérfanos de Homero, concebido, por ciega casualidad, en el seno de una acomodada familia de Nueva Orleans dedicada a la política y que, según las normas familiares, había fracasado en Harvard y luego malgastó dos años en Oxford antes de que su familia lo descubriera; devuelto al hogar, después de pasar algunos meses bajo la amenaza de convertirse en jefe de policía, llegó a un acuerdo con su padre y quedó de lugarteniente. Lo cierto fue, en todo caso, que llegó la noche —estaba en Arkansas, en un hotel, con olor a pintura fresca, de un pueblecito en pleno crecimiento debido al negocio de la madera, remodelado un año antes— en que se hizo cargo de qué era lo que se había estado negando a aceptar sobre aquel asunto desde Weatherford, en Texas, por lo que, un segundo después, cambió de actitud para siempre, puesto que lo que aún quedaba tenía forzosamente que ser no sólo la respuesta sino además la verdad; y ni siquiera *la* verdad, sino simplemente *verdad*; porque lo que era verdad era verdad: ni siquiera era necesario que fuese algo; poco importaba incluso que fuese

así o no, considerándolo (el delegado) sin triunfalismo, sino con humildad, dado que un anciano negro, ministro del Señor, ya lo había captado con una sola mirada hacía casi dos años: un ministro, un hombre de Dios, enemigo declarado de la concupiscencia y de las locuras humanas, pero que, desde el primer instante, no sólo había aprobado el robo y el juego, sino que había consagrado a esa misma causa los tiernos y virginales años de su hijo, como lo hiciera en otro tiempo el padre de Samuel o Abraham con su hijo Isaac; y ni siquiera con orgullo porque, pese a emplear todo un año, hubiera terminado por advertir la verdad, pero sí al menos orgullo por el hecho de que, desde el comienzo, como ahora comprendía, desempeñó su papel en la persecución con pasión pero con remordimientos. Por lo que diez minutos después despertó a su ayudante y, dos días más tarde, dijo en el despacho de Nueva York:

—Renuncie. Nunca lo atrapará.

—Quiere decir que no lo hará usted —le respondió el dueño del caballo.

—Si lo prefiere —dijo el delegado—. He dimitido.

—Eso tendría que haberlo hecho hace ocho meses, cuando empezó.

—Touché! —dijo el otro—. Si es que sirve para que se sienta usted mejor. Quizá lo que trato de hacer ahora es disculparme por no haberlo sabido hace ocho meses.

Luego añadió:

—Tengo una idea aproximada de lo que se ha gastado hasta el momento. También sabe usted lo que el caballo vale en la actualidad. Le voy a extender un talón por ese importe. Le compro su caballo cojo. Renuncie a la persecución.

El propietario le dijo lo que en realidad había pagado por el caballo, casi tanto como la gente creía.

—Entendido —dijo el delegado—. Ahora no le puedo extender un talón por esa cantidad, pero sí firmar una nota reconociendo la deuda. Incluso mi padre se morirá algún día.

El propietario tocó un timbre. Entró un secretario, con el que habló brevemente antes de despedirlo. Cuando este último volvió a entrar colocó en el escritorio un talón que el propietario procedió a firmar, empujándolo después en dirección al delegado. Era por una suma todavía mayor que la diferencia entre el precio del caballo y el invertido hasta entonces en la persecución. Y estaba extendido a nombre del delegado.

—Ésos son sus honorarios por recuperar el caballo, deportar al inglés y devolverme esposado al negro —dijo. El otro dobló dos veces el cheque y luego lo rompió también dos veces por la mitad, el dedo del propietario ya sobre el timbre mientras el delegado depositaba cuidadosamente los fragmentos en un cenicero; ya se había puesto en pie para marcharse cuando entró de nuevo el secretario—. Otro talón —dijo el propietario sin volver siquiera la cabeza—. Añada la recompensa por la

captura de los hombres que me robaron el caballo.

Pero el ex delegado ni siquiera esperó a que le trajeran el segundo, y los que continuaban la persecución ya habían llegado a Oklahoma antes de que él los alcanzara, uniéndoseles, ahora a título privado, como algunos jóvenes con dinero —o que lo habían tenido en algún momento y lo habían perdido o se lo habían gastado— solían incorporarse a las expediciones continentales del duque de Marlborough (y, de hecho, encontró, entre quienes una semana antes habían sido sus compañeros en la tarea, la misma unánime frialdad, despreciativa a medias, que los jóvenes aficionados encontraban sin duda entre los profesionales de Marlborough). Luego las desoladas estacioncitas de ferrocarril entre una rampa para ganado y un depósito de agua, los hombres con sombreros anchos y botas de tacones altos, amontonados ya en torno al cartel en el que se ofrecía por un caballo robado una recompensa muy superior a lo que hasta los mismos estadounidenses habían visto nunca: un cartel con la reproducción de una fotografía de periódico, hecha en Buenos Aires, del hombre y el caballo juntos, acompañada por la descripción de ambos; un rostro ya tan familiar y reconocible en la parte central de los Estados Unidos (también en México y Canadá) como el de un presidente o el de una asesina, pero, por encima de todo, la suma, la cantidad a la que ascendía la recompensa, la sucinta evocación en negro sobre blanco de aquel sueño dorado, de aquel resplandeciente e increíble montón de dólares que cualquier hombre podía obtener por el simple procedimiento de menear un poco la sin hueso; una suma que siempre los precedía (a los perseguidores, por supuesto, y, según creía ahora el ex delegado, también a los perseguidos), diseminando el veneno a un ritmo superior al de su avance, más deprisa incluso que la carrera meteórica del amor y del sacrificio, de manera que la cuenca entera de los ríos Mississippi-Missouri-Ohio debía de estar ya contaminada e infectada y finalmente el ex delegado supo que se acercaba el fin: pensando en que nada tenía de sorprendente que el ser humano nunca hubiera sido capaz de resolver el problema que plantea su breve estancia en la tierra, puesto que no ha dado ningún paso para educarse, no en lo relativo a cómo administrar sus concupiscencias y sus locuras, que sólo le perjudican esporádicamente, de manera casi individual, sino sobre cómo enfrentarse a su propio volumen y peso ciegos; viéndolos —al hombre y al caballo y a los dos negros arrastrados, de grado o por fuerza, a su órbita frenética y radiante— condenados, pero no, ni mucho menos, porque la pasión sea efímera (razón por la que nunca se ha encontrado para ella un nombre más hermoso, razón por la que Eva y la serpiente, Mary y el corderito y Ahab y la ballena blanca y Androcles y el desertor africano de Balzac, y toda la celestial zoología de caballo y cabra y cisne y toro, han sido el firmamento de la historia humana en lugar del simple cimiento de su pasado), ni tampoco porque el rapto fuese robo y el robo un mal y el mal no deba prevalecer, sino simplemente porque, dada la pura repetición de ceros detrás del símbolo del dólar en

un cartel impreso, todo el mundo con la suficiente agudeza visual o movilidad lingual (lo que incluía a los seres humanos capaces de ver y oír entre Canadá y México y las Rocosas y los Apalaches) tendría el oído casi sobrenaturalmente afinado para captar el mínimo susurro sobre el paradero del caballo.

No, no tendría que pasar mucho más tiempo; y por un instante acarició la idea de combatir la corrupción con la corrupción; pensó en contrarrestar la recompensa con el importe del talón que se había ofrecido a firmar en Nueva York, pero acabó renunciando porque también aquello fracasaría: no porque corromper la corrupción fuese a extender el mal, sino porque la simple idea creaba una imagen que incluso un poeta habría considerado una fantástica extravagancia de poeta: David, hijo de Mammón, haciendo resonar por un momento, a pesar de todo, el cráneo bronceo, invencible e impenitente, de Goliat, también hijo de Mammón. Faltaba muy poco, ya se divisaba el fin cuando el rastro, la carrera (como si también supiera que se acercaba el final) inició un brusco giro para volver hacia el sur y el este a través de Missouri y acabar penetrando en la V terminal donde el río Saint Francis se une al Mississippi, un lugar todavía frecuentado por los fantasmas de los antiguos ladrones de bancos y ferrocarriles que allí buscaron refugio; luego todo terminó, se acabó, concluyó: una tarde, en una minúscula cabeza de partido, perdida en un ramal de ferrocarril, con una feria y una pista para carreras de media milla, sin cerca, los perseguidores, al penetrar en el recinto a la vanguardia de una multitud cada vez mayor de gentes de la zona, procedentes de la ciudad, los pantanos y las granjas, todos varones, silenciosos, atentos, sin aún acercárseles más de la cuenta, tan sólo vigilantes, pusieron los ojos encima, por vez primera, al ladrón al que perseguían desde hacía ya quince meses: el extranjero, el inglés, apoyado en el viudo marco de puerta de una cuadra en ruinas, la culata del revólver, todavía tibio, sobresaliendo de la cintura de sus mugrientos pantalones de montar y, tras él, el cadáver del purasangre, muerto con limpieza de una certera bala en el centro de la estrella que llevaba en la frente y, tras el caballo, la cabeza de senador romano y la levita gastada pero bien cepillada del anciano predicador negro y, todavía más atrás, más aún en la sombra, el inmóvil blancor de los ojos del muchachito; y aquella noche, en la celda de la cárcel, el ex delegado (que seguía siendo abogado aunque el detenido lo rechazara con violencia y un diluvio de groserías) dijo:

—Yo también lo hubiera hecho, por supuesto. Pero dígame por qué. No; sé muy bien por qué. Conozco la razón. Sé que está usted en lo cierto: sólo quiero oírse lo decir, oírnoslo decir a los dos para saber que es real —de manera que no esperó para empezar a hablar, y siguió hablando después, a pesar del único epíteto, violento, grosero y despreciativo que le lanzaba el otro—. Podría usted haber devuelto el caballo en cualquier momento y el animal aún seguiría vivo, pero no se trataba de eso; no se trataba simplemente de conservarlo con vida, como tampoco se trataba de

esos miles de dólares que la gente creerá siempre que ustedes han ganado con él — deteniéndose entonces e incluso esperando, o, al menos, observando, exultante y tranquilo mientras el detenido lanzaba maldiciones, no dirigidas a él, ni, hablando propiamente, contra él, sino maldiciéndolo, maldiciendo al ex delegado durante quizá un minuto entero, con hosca y grosera monotonía; luego el ex delegado habló de nuevo, rápido, apacible, tranquilizador—: De acuerdo, de acuerdo. La razón era que pudiera correr, que siguiera corriendo, que siguiera perdiendo carreras por lo menos, que las terminara por lo menos aunque tuviera que correrlas con tres patas, porque era un gigante y ni siquiera necesitaba tres patas para correrlas, ya que le hubiera bastado al final una sola pezuña para calificarlo de caballo. Ellos, en cambio, lo hubieran devuelto a la granja de Kentucky para encerrarlo en un burdel donde no habría necesitado patas en absoluto, ni siquiera una correa ancha para colgarlo de una grúa accionada por un mecanismo para imitar el ritmo de la eyaculación, puesto que un alcahuete habilidoso con una taza de hojalata y un guante de goma... —exultante y totalmente tranquilo, mientras proseguía, sin alzar la voz—, para engendrar eternamente potrillos; hubieran utilizado sus pelotas para castrarle el corazón el resto de la vida, pero usted se lo ha evitado, porque cualquier hombre puede ser padre, pero sólo el mejor, el más valiente... —y se marchó a mitad del monótono rosario de insultos y, a la mañana siguiente, desde Nueva Orleans, envió al mejor abogado que, gracias a todo el amplio círculo de relaciones políticas familiares y de las suyas propias, semiprofesionales y sociales, fue capaz de encontrar: un abogado cuyo igual ni el perdido pueblito de Missouri, ni nadie más si vamos a eso, probablemente había visto nunca, que tendría que recorrer seiscientos kilómetros para ir a defender a un ladrón de caballos anónimo y extranjero, y a quien el ex delegado le contó lo que había visto allí, la actitud peculiar, vigilante de las gentes del pueblito...

—Una revuelta —comentó el abogado casi con unción—. Hace mucho tiempo que no he tenido que enfrentarme con una revuelta.

—No, no —dijo con viveza su cliente—. Sólo observan, esperando algo. No tuve tiempo de averiguar qué.

Y también el abogado lo vio, encontrando incluso algo más: la mañana del segundo día, después de viajar toda la noche en su automóvil particular con chófer, cuando apenas había transcurrido media hora desde su llegada, ya estaba hablando por teléfono con su cliente de Nueva Orleans, porque el acusado al que se le había pedido defender se había marchado, había desaparecido, no escapándose de la cárcel, sino liberado: el abogado hablaba por teléfono en una posición que le permitía ver la tranquila plaza casi desprovista de movimiento, desde la que nadie lo observaba ahora ni, a decir verdad, nadie se había siquiera molestado en mirarlo, aunque él sí fuera consciente de la presencia de los habitantes del pueblo, no tanto de sus austeros rostros, mitad sureños, mitad del oeste, ni de la lentitud con que se expresaban, como

de su espera, de su atención vigilante.

Y, además del blanco, también se habían marchado los dos negros, explicó el abogado de Nueva Orleans cuando telefoneó de nuevo por la noche, no porque le hubiera llevado tanto tiempo enterarse de los escasos detalles, sino, simplemente, porque ya había comprendido que, por mucho tiempo que se quedara, aquello era todo lo que iba a descubrir allí, tanto si hacía preguntas o compraba respuestas, como si recurría al sencillo procedimiento de escuchar las conversaciones de otros. Se enteró de cómo los dos negros nunca llegaron a la cárcel, sino que, al parecer, se habían volatilizado después de abandonar el juzgado, lugar donde el sucesor del ex delegado federal había hecho oficialmente entrega de los tres prisioneros al sheriff local; sólo el hombre blanco llegó finalmente a la cárcel, porque el ex delegado lo había visto allí él mismo, pero también se había marchado, no tanto puesto en libertad como sencillamente volatilizado; el abogado descubrió a los cinco minutos de llegar que no había ningún detenido, al cabo de treinta que tampoco había ningún delincuente y a media tarde que ni siquiera existía el delito, por haber desaparecido el cuerpo del caballo en algún momento durante aquella primera noche, y sin que nadie lo hubiera tocado ni hubiese visto a nadie que lo tocara ni oído de nadie que tuviera intención de hacerlo o que de hecho supiera siquiera que ya no estaba en la cuadra en ruinas.

Pero los perseguidores se habían enterado hacía ya tiempo de todo lo que había que saber sobre las dos semanas pasadas en el valle del este de Tennessee el otoño anterior, y el ex delegado había transmitido el informe al abogado, de manera que no existía para este último misterio alguno, e incluso había adivinado la solución: también en Missouri debía de haber masones, una opinión de la que su cliente de Nueva Orleans no se molestó en hacer caso omiso, ni mucho menos dar por válida, no la voz del ex delegado sino la del poeta la que farfullaba de hecho al otro extremo de la línea mientras el abogado seguía hablando:

—En cuanto al dinero —dijo el abogado—. Se le registró, por supuesto...

—Está bien, está bien —respondió el ex delegado—, quizá no hayan prevalecido ni el derecho ni tampoco la justicia, sino algo más importante...

—Sólo tenía encima noventa y cuatro dólares y unos centavos —dijo el abogado.

—El negro lleva lo demás en los faldones de la levita —dijo el ex delegado—. Verdad, amor, sacrificio y otra cosa todavía más importante: ciertos lazos entre el hombre y su hermano más fuertes incluso que las cadenas de oro que consolidan precariamente su tierra arruinada...

—Acabáramos —dijo el abogado—. Ahí es donde está el dinero, claro que sí. Por qué demonios no... Cállese y escúcheme un minuto. Yo no puedo hacer aquí nada más, de manera que voy a volver a la ciudad tan pronto como abran el garaje por la mañana y pueda recuperar el automóvil. Pero usted ya está en el sitio apropiado,

usted por teléfono puede hacerlo más deprisa que yo desde aquí. Póngase en contacto con su gente y haga que se extienda el aviso de un extremo a otro del valle lo más deprisa posible..., carteles, descripción de los tres...

—No —dijo el ex delegado—. Usted tiene que quedarse ahí. Si se produce algo nuevo por parte de la acusación, ha de ser ahí donde se origine. Usted debe estar ahí para protegerlo.

—El único que necesitará protección aquí será la primera persona que trate de ponerle la mano encima al hombre que, con las manos vacías y un caballo de tres patas, ganó todo el dinero que ellos creen que ganó —dijo el abogado—. Ese individuo es un imbécil. Si se hubiera quedado aquí, habría conseguido la estrella de sheriff sin tener que presentarse a la elección. Por mi parte, puedo hacer por teléfono desde mi despacho todo lo necesario hasta que lo atrapemos.

—Le dije desde el principio que no lo entendía usted —replicó el ex delegado—. No: lo que sucede es que sigue sin creerme, incluso después de lo mucho que me he esforzado por explicárselo. No quiero encontrarlos ni a él ni a los otros dos. Tuve mi oportunidad y abandoné la partida. Quédese ahí. Eso es lo que tiene que hacer —el ex delegado colgó el teléfono, si bien el abogado siguió sin moverse, la comunicación aún abierta por su lado, el humo de su cigarro inmóvil como un lápiz en equilibrio sobre una mano tallada, hasta que respondió el otro número de Nueva Orleans que había solicitado y habló con su pasante de confianza, describiéndole a los dos negros, con rapidez, precisión y brevedad.

—Hay que cubrir todas las localidades ribereñas desde Saint Louis hasta Basin Street. Vigilar la choza o la cuadra o lo que quiera que sea en Lexington. Por supuesto, si el viejo no vuelve a casa, quizá trate de mandar al chico.

—Usted está en un sitio inmejorable para buscarlo —dijo el pasante—. Si el sheriff de ahí no...

—Escúcheme —replicó el abogado—. Escúcheme atentamente. No debe reaparecer por aquí bajo ningún pretexto. No se le debe encontrar bajo ningún concepto hasta que sea posible detenerlo por algo así como vagabundeo en alguna ciudad lo bastante grande para que nadie sepa quién es, ni le importe. No debe caer en manos de ningún funcionario local en ningún pueblo o villorrio lo bastante pequeño como para haber oído hablar de ese caballo de tres patas, y menos aún para haberlo visto. ¿Entiende usted?

Después de un instante de silencio, el pasante preguntó:

—¿Es verdad entonces que ganaron tanto dinero?

—Haga lo que le digo —respondió el abogado.

—Claro —dijo el pasante—. Sólo que llega usted demasiado tarde. El propietario del caballo se le ha adelantado ya. La policía de aquí dispone de esa información desde ayer, y me imagino que a estas alturas la tiene la policía de todas partes:

descripción, recompensa y todo. Saben incluso dónde está el dinero: en el bolsillo del faldón de la levita que lleva el negro. Es una lástima que todas las casas por donde pase no tengan una radio, como los barcos. En ese caso sabría el mucho valor que tiene y dispondría de algo para negociar con usted.

—Haga lo que le digo —insistió el abogado; era el segundo día; al tercero ya había establecido su cuartel general o puesto de mando en el despacho del juez, anexo a la sala del tribunal en el palacio de justicia, no con el consentimiento ni la simple dejación del juez, miembro de un tribunal de distrito, obligado a seguir el itinerario de su tribunal, por lo que no vivía en la localidad y ni siquiera se le consultó, ni tampoco por la aquiescencia de la ciudad, sino por su voluntad, de manera que ni siquiera tuvo importancia que el juez fuera también masón o no lo fuera; y aquel día el abogado vio en la barbería el periódico de Saint Louis de la tarde anterior, reproduciendo algo que pretendía ser incluso una fotografía del anciano negro, junto con la descripción habitual e incluso un cálculo sobre la cantidad de dinero oculto en los faldones de su levita, y el barbero, ocupado con otro cliente, había reparado al menos una vez, al parecer, en el abogado mientras examinaba el periódico, porque acabó diciendo: «Con tanta gente persiguiéndolo, tendrán que acabar por encontrarlo», luego un silencio y a continuación una voz desde el otro extremo del local, una voz que no se dirigía a nada ni a nadie y que anunció sin entonación de ninguna clase: «Varios miles de dólares».

Luego llegó el cuarto día, cuando aparecieron el investigador del Departamento de Justicia y el de la compañía fiadora del sheriff (el primer reportero de Saint Louis se había presentado en el lugar de los hechos un tren antes que el enviado de la United Press, procedente de Little Rock), y el abogado, desde su elevada y tranquila ventanita prestada, contempló a los dos forasteros y al sheriff y a los dos individuos que iban a ser los fiadores locales del sheriff cruzar la plaza no en dirección a la puerta principal del banco, sino dando la vuelta hasta una discreta entrada lateral que llevaba directamente al despacho del presidente; cinco minutos después reaparecieron: los dos forasteros se detuvieron, mientras el sheriff y sus dos fiadores locales se dispersaban y desaparecían, seguidos por la mirada de los dos forasteros, hasta que el representante de la policía federal se quitó el sombrero y pareció dedicarse a estudiar su interior por un momento, un segundo. Luego se dio bruscamente media vuelta, dejando al representante de la compañía fiadora mirando aún hacia el otro lado de la plaza, llegó hasta el hotel, entró en él, reapareció llevando su maleta, atada con correas, y fue a sentarse en el banco situado frente a la parada del autobús; y acto seguido el representante de la compañía fiadora también se puso en movimiento, cruzó la plaza hasta el hotel y reapareció con su maleta.

Luego llegaron el quinto y el sexto día, cuando incluso los dos reporteros ya habían regresado al sitio de donde vinieron y no quedaba ningún forastero en la

ciudad a excepción del abogado, si bien ya había dejado de ser forastero, aunque nunca pudo saber por qué medios la ciudad supo o adivinó que él no estaba allí para procesar sino para proteger; y en ocasiones, durante aquel tiempo de ociosidad y espera, se imaginaba, se veía en carne y hueso ante el tribunal con el hombre a quien no sólo no esperaba sino que no tenía la más mínima intención de ver nunca; no una imagen de sí mismo logrando simplemente una monótona victoria legal más, sino como una figura —probablemente *la* figura— en un cortejo que sería de hecho una conmemoración histórica, más incluso que eso en realidad: la afirmación de un credo, la declaración de una fe imperecedera, la reivindicación de una irreductible manera de vivir: la voz poderosa y recia de los mismos Estados Unidos, surgida del tumultuoso Oeste de un continente gigantesco y martirizado pero indomablemente virgen, donde nada, a excepción del cielo inmenso ignorante de la moral, limitaba lo que el hombre podía proponerse, donde ni siquiera el cielo mismo ponía límite a su éxito y a la adulación de sus semejantes; incluso el procedimiento de defensa que utilizaría se apoyaría sobre la antigua, la orgullosa y fuerte tradición estadounidense del saqueo, cuyo válido precedente había sido establecido ya en aquella misma región, o, al menos, en una muy próxima, por un ladrón más antiguo o con más éxito que cualquier mozo de caballos inglés o predicador negro: John Murrell en persona, actuando como defensor de sí mismo; el rapto no era robo sino simplemente un delito menor, puesto que el anuncio ofreciendo la recompensa antes de la defunción del caballo constituía un poder legal por procuración autorizando a cualquiera a apoderarse del cuerpo del caballo, por lo que su incumplimiento no había sido más que un simple abuso de confianza, que competía probar a los perseguidores puesto que tendrían que establecer que el acusado no había tratado simplemente, desde el principio hasta el fin, de encontrar al propietario y devolverle lo que le pertenecía.

Todo eso parecía fruto de la ociosa improvisación de quien sueña despierto, ya que, en realidad, el abogado no esperaba ver nunca a ninguno de ellos, puesto que serían o el propietario o el gobierno federal quienes indudablemente los atraparían, hasta que, en la mañana del séptimo día, alguien llamó a la puerta de la cocina de la prisión —un golpe tan sólo con la fuerza necesaria para que fuese audible, pero muy firme al mismo tiempo; firme, pero no perentorio, sencillamente educado, cortés y firme; un manera de llamar que no se había oído con frecuencia en la puerta trasera de una pequeña cárcel de Missouri, ni tampoco siquiera en la puerta de atrás de una mansión en Arkansas o Louisiana o Mississippi, donde hubiera sido más apropiado—, y la esposa del carcelero, secándose las manos con el delantal mientras se apartaba del fregadero, abrió la puerta a un negro de edad indefinida con una levita gastada pero bien cepillada que llevaba en la mano un sombrero de copa raído, a quien no reconoció porque no esperaba verlo allí, posiblemente porque estaba solo, ya que el muchacho, el niño, aún seguía inmóvil cinco minutos después, a la entrada

del callejón detrás de la cárcel, donde ni él ni el de más edad dieron señal alguna de reconocerse, aunque el abuelo —esposado ahora al carcelero— lo rozó de hecho al pasar.

Pero su marido lo reconoció al instante, no por la cara, ya que apenas le lanzó una ojeada, sino por la levita, la prenda de paño negro, gastada y polvorienta a causa de la cual —no del hombre, sino de la prenda; y, ni siquiera toda la prenda, sino los faldones, con cabida para una maleta y en los que se podía meter el brazo hasta el codo— la policía local y estatal de cinco comunidades vecinas había bloqueado las carreteras y registrado los carros y los automóviles y los trenes de mercancías y los vagones para negros de los trenes de pasajeros, y, desde hacía sesenta y cinco horas, no habían cesado, intentando localizarlo, de irrumpir, por parejas o tríos, con rifles y pistola en mano, en salones de juego, sociedades funerarias, así como en las cocinas y los dormitorios de las viviendas para los negros. Como también sucedió en el pueblo: apenas salidos de la prisión el carcelero y su presa esposada, empezó a reunirse tras ellos una cola, cada vez más larga, de hombres, jóvenes y niños, semejante a la de una cometa que alza el vuelo, cometa que, en la calle que llevaba a la plaza, el carcelero pudo decirse para sus adentros que conducía él, y que, mientras cruzaba la plaza hacia el palacio de justicia aún parecía seguir haciéndolo, caminando cada vez más deprisa, casi arrastrando al prisionero al otro extremo de la cadena que les unía, hasta que al final no pudo resistir más e incluso dio un paso adelante corriendo literalmente antes de darse la vuelta para hacer frente a la multitud apremiante, sacando el revólver de la funda, todo en un solo gesto ciego, como la tentativa furiosa y desesperada de un niño volviéndose, una vez más entero, sin mancha y absuelto, para lanzar su pistola de juguete contra un elefante que se abalanza, víctima no ya del terror sino del orgullo, y exclamando, con una vocecita lamentable que era también semejante a la voz impúber de un chiquillo:

—¡Deteneos! ¡Tenéis delante a la justicia!

Y que también, sin duda, en el caso de que se hubieran arrojado sobre él, habría aguantado a pie firme, todavía en la mano el revólver que no había amartillado ni llegaría nunca a amartillar, muriendo sin lucha, pisoteado, en aquel último segundo sublime de su distintivo y autoridad: un hombrecillo corriente, perfectamente ordinario, que cualquiera ha visto diez mil veces paseándose por las calles de muchos pueblitos de los Estados Unidos, y algunos ni siquiera tan pequeños, no sólo en el amplio valle central, sino en las vertientes del este y del oeste y también en las altas mesetas montañosas, que había conseguido su puesto y su función gracias a esa inagotable reserva de nepotismo mediante la cual, durante algo más de cien años desde la fundación de la república, casi otros tantos millones de hijos suyos habían recibido no sólo el pan de cada día sino también un suplemento para el domingo y la Navidad, porque, contemporánea de la república, esa reserva era uno de sus

principales fundamentos —en el caso presente, el sheriff en ejercicio, con cuya pariente lejana, para su interminable sorpresa e incredulidad, que aún no se había desvanecido diez años después, el carcelero había logrado casarse—, un hombre tan tranquilo, tan afable, tan ordinario que, cuando prestó juramento para tomar posesión del cargo, nadie se fijó en la manera con que hizo suyas las palabras pronunciadas; simple primo anónimo y desconocido, por lazos de sangre o tan sólo de matrimonio, prometiendo ser tan valiente y honesto y leal como cualquiera podía o debía esperar por el salario que recibiría durante los siguientes cuatro años en un puesto que perdería el día en que el sheriff abandonara el cargo, volviéndose para afrontar el momento singular y sublime de su existencia, como el macho de la efímera o cachipolla concentra el único día de su vida en el acto de procreación de una sola tarde y luego desaparece. Pero la multitud no arremetía contra él: caminaba, simplemente, pero tan sólo porque el carcelero se hallaba entre ellos y el palacio de justicia, y vaciló un instante a la vista del revólver, pero sólo hasta que una voz dijo: «Quitádselo antes de que lastime a alguien», lo que procedieron a hacer; una mano, no sin delicadeza e incluso amablemente, le arrebató el arma con firmeza, la multitud se puso de nuevo en marcha, convergiendo sobre él, y la misma voz, no tanto impaciente como irascible, lo llamó por su nombre de pila al dirigirle la palabra:

—Quítate de en medio, Irey. Desaparece —de manera que, volviéndose de nuevo, el carcelero se encontró simplemente ante otro dilema, obligado a tener que escoger de nuevo: o bien ceder para siempre ante el hombre o romper para siempre con la raza humana mediante el acto (soltarse él o soltar al prisionero de la cadena de acero que los unía) que le permitiría escapar. O ni huir ni escapar; quién negaría la imagen heroica del momento, incluso en aquel último segundo: no la torpeza insignificante al manejar una ciega llave, mecánica e insensible, sino, por el contrario, un único tajo como un relámpago de espada o cimitarra segando el puño traidor, y luego corriendo, el muñón con su chorro de sangre escarlata, inevitablemente en vuelo, como el asta de un gallardete nunca humillado, o la madera decapitada de una lanza jamás vencida, ni siquiera como imprecación, sino como renuncia a toda la humanidad y a su corrupción.

Pero tampoco hubo tiempo para eso; la única elección posible fue la de no ser pisoteado mientras, hombro contra hombro con su prisionero o, más bien, ligeramente tras él, siguieron avanzando en el centro de la multitud, atravesando la plaza hasta llegar al palacio de justicia, una mano muy firme sujetándolo por encima del hombro y empujándolo con firmeza, exactamente como él había soñado hacerlo todas las noches desde que asumiera sus funciones, tan pronto como encontrara un delincuente lo bastante pequeño o con el suficiente buen carácter como para permitirselo, y llevándolo a lo largo del corredor y por las escaleras hasta el despacho del juez, donde el abogado de Nueva Orleans recibió un sobresalto, se indignó

primero para asombrarse después, y luego el destello infinitesimal que nunca llegó a reflejarse en su rostro, ni siquiera en los ojos, hasta que la misma voz tranquila, simplemente irascible, dijo: «Esto no es lo bastante grande. Usaremos la sala del tribunal», y él (el abogado) siguió a su vez el movimiento, los tres ya —el carcelero, el prisionero y él, como tres jaulas para gallinas flotando sobre una inundación— llenando la habitacioncita con un sonido sibilante, como si todos los fantasmas de Coke, Littleton, Blackstone, Napoleón y Julio César, todos, uno tras otro, aparecidos sin previo aviso, hubieran retrocedido bruscamente, en inextricable confusión, con un polvoriento grito de estupor, para después, franqueando la puerta situada al otro extremo, penetrar en la sala del tribunal, donde, de repente, el abogado no sólo se liberó de la multitud, sino que logró (con extraordinaria habilidad, habida cuenta de su corpulencia: un individuo no ya grande, sino enorme, con su magnífico traje de paño oscuro, chaleco immaculado de piqué y una corbata negra con una perla semejante al huevo de un colibrí celestial) liberar al carcelero y a su detenido y, en el mismo movimiento, al abrir de un rodillazo la puerta batiente de la barandilla baja que separaba el tribunal, el estrado de los testigos, la tribuna del jurado y las mesas de los abogados, introducir a los otros dos y dejar que la puerta batiente volviera a cerrarse mientras la multitud inundaba la sala.

La gente no entraba únicamente desde el despacho del juez, sino también por las grandes puertas del fondo, y no se trataba sólo de hombres y muchachitos, sino también de mujeres —jovencitas que a las ocho o las nueve de la mañana ya habían bebido su coca-cola en los drugstores, y amas de casa que habían examinado carne y coles en las tiendas y en los mercados, o emparejado trozos de encaje y botones en los mostradores de las mercerías—, hasta que no ya la ciudad, sino el distrito mismo, todos y cada uno de cuyos habitantes habían visto, probablemente, correr al caballo con tres patas, y que, en su mayoría, habían aportado personalmente uno o dos de los dólares (el total se elevaba ya a los treinta mil) que los dos hombres habían ganado y con los que el anciano predicador negro se había escapado y que sin duda había escondido, pareció llegar sin interrupción desde todas partes al palacio de justicia, haciendo retumbar con pausado estruendo el corredor, la escalera, la misma cavernosa sala del tribunal, llenando fila a fila los duros bancos de madera semejantes a bancos de iglesia, hasta que el último eco quedó oculto por los arrullos, tan despreocupados como frenéticos, de las palomas en la torre del reloj y por el frágil piar y alborotar de los gorriones en las acacias y los falsos plátanos del patio, hasta que la voz tranquila y simplemente irascible dijo, y no desde detrás de algún rostro sino como si, más bien, en lugar de hablar una persona determinada lo hiciera la sala misma: «De acuerdo, amigo. Empecemos».

Y, allí de pie, con su presa, en el asilo ilusorio creado por la barandilla, acorralado, atrapado de hecho, entre la minúscula barrera de madera que cualquier

niño podía franquear de una zancada como un grado de latitud o de honradez, y el estrado sacrosanto ante el cual, incluso antes de verlo, ya había perdido su apelación, no completamente solo, excepción hecha de sus dos acompañantes, ni tampoco a pesar de ellos, sino, en realidad, a causa de ellos, todavía durante un instante el abogado contempló al Ser Humano que se derramaba obstinadamente en el tabernáculo, en el santuario mismo de sus últimos misterios tribales, penetrando en él sin temeridad ni actitud desafiante, ¿por qué no, pensándolo bien? Era suyo, lo había decretado él, lo había construido, lo había sudado: no en razón de una necesidad particular ni para hacer realidad una esperanza largo tiempo inalcanzable, dado que no tenía conciencia de que le faltara nada ni tampoco de ninguna larga sucesión de penalidades, como tampoco porque participara en una larga crónica de aspiraciones frustradas, sino porque lo había querido, se lo podía permitir o, en cualquier caso, iba a tenerlo tanto si se lo podía permitir como si no: no para ser símbolo, ni cuna, ni punto culminante de mamífero, puerto donde el fabuloso cascarón de nuez de su sueño obstinado, salido de las latitudes ignoradas de las cartas de navegación donde se encontraban sus orígenes perdidos y donde, como la del mar eterno, la voz de su declaración abordaba con un sordo gruñido el estrado-atolón de su unanimidad, donde no reinaban simples derechos insignificantes sino la ciega justicia en persona, implacable e indiferente, entre los olores imperecederos de sus victorias: a rancio esputo nicotínico y a sudor. Porque, en primer lugar, no se trataba de *él* sino de *ellos*, y de *ellos* simplemente por haber elegido serlo, porque en realidad él era *yo* y, para empezar, no era mamífero y, en cuanto a sus latitudes ignoradas de las cartas de navegación, no sabía exactamente no sólo de dónde había venido seis mil años antes, sino que al cabo de setenta, más o menos, iba a volver allí, y, en lo referente a su afirmación, la señal distintiva de un hombre libre era su derecho a decir *no* sin otra razón que el mismo *no*, lo que también explicaba la unanimidad; y el suelo, el piso, era suyo porque era él quien lo había construido, quien lo había pagado y, ¿quién, sino él, podía escupir encima? Y cabe, incluso, que el abogado hubiera leído a Dickens y a Hugo alguna vez en otro tiempo, cuando era joven, y quizá su mirada contemplaba ahora, por encima de la frágil barrera, no el establo de ladrillo y yeso construido ayer por los abuelos, temerosos de Dios, de otros granjeros de Missouri, ordenados y comedidos y temerosos de Dios, sino cientos de años atrás, en el interior de edificios de piedra más antiguos que Orleans, Capeto o Carlomagno, repletos de zuecos de madera que todavía ayer apestaban a tierra labrada y a estiércol, que mancharon y envilecieron las sedas y las flores de lis pisoteadas que habían durado mil años y tendrían que haber sobrevivido diez mil más; las gorras de pescadores mediterráneos, y los sobretodos de zapateros remendones y mozos de cuerda y peones camineros curtidos por la roja unción de manos que habían arrancado y derribado las sedas y las flores de lis, mirándolos no con simple asombro y respeto, ni

únicamente con inquietud, sino con el orgullo del triunfo; orgullo por el triunfo del hombre y del que, del conjunto de toda su raza, tiempo y geografía lo había emparejado con aquel momento y aquella hora: Norteamérica, los Estados Unidos y aquel abril del año de gracia de mil novecientos catorce, cuando el ser humano había dispuesto de ciento cuarenta años para acostumbrarse hasta tal punto a la libertad que el simple derecho incontestado a presenciar sus acciones simbólicas, perfectamente organizadas y reglamentadas, bastaba para mantenerlo tranquilo y satisfecho; después de contemplarlos un instante más, volviéndose, agitó las esposas con un golpe violento aunque casi musical y apostrofó al carcelero con voz tonante:

—¿Qué significa esto? ¿Acaso ignora usted que no se puede procesar dos veces a nadie por el mismo delito? —luego, volviéndose de nuevo, se dirigió a la sala con la misma voz, semejante al profundo ronquido de un órgano—: Este hombre ha sido detenido ilegalmente. La ley le reconoce el derecho a consultar a un abogado. Nos retiraremos durante diez minutos —y, volviéndose de nuevo, abrió esta vez la puerta batiente de la barandilla por el procedimiento de empujar a los otros dos a través y por delante de él hacia la puerta del despacho del juez, sin volverse siquiera a mirar, mientras cinco hombres se alzaban del fondo de la sala y salían por la puerta principal, e introdujo al negro y al carcelero en el despacho del juez, siguiéndolos a continuación, luego cerró la puerta y (el carcelero lo contó después) sin detenerse siquiera, fue hasta la del otro lado, la abrió y ya se había colocado en el umbral cuando los cinco hombres de la sala doblaron la esquina.

—Cinco minutos, caballeros —dijo el abogado—. Luego volveremos a la sala —cerró la puerta y regresó al sitio donde se hallaban el negro y el carcelero. Pero ni siquiera miró al negro; y el carcelero, deshecho, exhausto, casi comatoso a causa del valor y de la emoción, descubrió, se dio cuenta, con una especie de furiosa incredulidad, de que el abogado que, por propia decisión, se había concedido tan sólo diez minutos para hacer lo que se proponía hacer, iba al parecer a utilizarlos en parte para fumar, ya que vio cómo se sacaba el cigarro habano del bolsillo superior de un chaleco que parecía haber pasado por la plancha de la lavandería tan sólo cinco minutos antes, bolsillo que contenía otros tres puros iguales. Luego el carcelero reconoció la marca y en consecuencia el precio —un dólar—, puesto que él había sido propietario de uno en cierta ocasión (y se lo había fumado en una mañana de domingo) debido a la equivocación de un forastero, convencido de que había sido el sheriff quien se había casado con su hermana (la del carcelero) y no que el carcelero se hubiera casado con la sobrina de la cuñada del sheriff, y lo hizo con dolor y también con indignación, porque de nuevo iba a sucederle lo mismo, pero esta vez mil veces peor: el hombre que le dio el otro cigarro puro no le había pedido nada, mientras que ahora sabía por fin qué quería el abogado, qué era lo que buscaba, lo que llevaba buscando desde el primer momento, situando el precio de su corrupción,

la del carcelero, al nivel de un habano de dólar; se trataba de los cuarenta mil dólares con los que el negro se había escapado y que había escondido tan bien que ni siquiera el gobierno federal era capaz de encontrarlos. Luego el dolor y la indignación dejó de ser indignación y menos aún dolor; fue sensación de triunfo y orgullo y también alegría, puesto que el abogado no sólo había fracasado ya antes de ponerle los ojos encima al negro, sino que ni siquiera iba a enterarse hasta que él (el carcelero) estuviera de buen humor y dispuesto a decírselo, esperando a que el abogado hablara primero, ya sin órgano en la voz en esta ocasión, sino con un tono tan duro y tranquilo y frío y libre de vacilaciones como la de su tío político:

—Tiene que sacarlo de la ciudad. Es su única posibilidad —y quizá la suya (la voz del carcelero) no resultaba demasiado tranquila y quizá tampoco le pareciera tan dura a un abogado de una gran ciudad. Pero incluso un hombre tan grande como aquél no habría dejado de oír lo que había en ella de decisión y, si la escuchaba, también de desdén, de desprecio y hasta de placer:

—Pues a mí se me ocurre otra. Y me propongo utilizarla ahora mismo —luego, dirigiéndose al negro—: Vamos —moviéndose ya hacia la puerta del corredor, arrastrando al negro tras él, y soltando ya del resorte del cinturón la anilla que contenía la llave de las esposas—. Usted está pensando en ese dinero. Yo no. Porque es un asunto que no me concierne. Es de él; la mitad, quiero decir; si a un negro le corresponde o no quedarse con la mitad de cuarenta mil dólares no es asunto mío ni tampoco de usted. Y tan pronto como le haya quitado las esposas, podrá ir a buscarlos — y ya había girado el picaporte y había abierto la puerta cuando la voz lo detuvo; la voz dura y tranquila, ni siquiera muy alta, que sonaba como alguien dejando caer guijos en una batidora.

—Tampoco yo estoy interesado. Porque no existe tal dinero. Y no estoy siquiera pensando en ustedes, sino en sus fiadores —y el carcelero oyó el ruido del fósforo y se volvió a tiempo para ver cómo la llama se curvaba y se aplastaba, aspirada por el extremo del cigarro y cómo salía la primera bocanada de humo más bien pálida, ocultando por un instante el rostro del abogado.

—Tampoco eso me parece mal —dijo el carcelero—. Ya he vivido dos años en la cárcel, de manera que ni siquiera tendré que mudarme. Y espero incluso aguantar los trabajos forzados.

—Bah —dijo el abogado, no a través del humo, sino en el humo, por medio del humo, la bocanada, el chorro, la pálida nube placentera y costosa estallando, desvaneciéndose, dejando la palabra seca y tranquila, nada fuerte, tan duradera y única como un guijarro o un perdigón—. Cuando detuvo usted a este hombre por segunda vez, infringió la ley. Tan pronto como lo deje en libertad no tendrá que ir en busca de un abogado, porque probablemente hay una docena, de Memphis y de Saint Louis y de Little Rock, esperándolo ya en el patio, confiando precisamente en que

tenga usted tan poco sentido común como para dejarlo en libertad. A usted no lo van a meter en la cárcel. Ni siquiera lo van a demandar. Porque ni tiene el dinero ni sabe dónde está, como tampoco lo sabe el negro. Van a demandar a sus fiadores, quienes quiera que sean y creyeran lo que creyesen que usted podía hacer por ellos, usted y... ¿cuál es el parentesco?, ¿cuñado?, el sheriff.

—Eran mis... —empezó a decir «parientes», pero no eran parientes suyos, sino de su mujer; él tenía muchos, pero ni por separado, ni todos juntos, tenían dinero suficiente en ningún banco para garantizar una fianza. Luego empezó a decir «amigos», pero también eran amigos de la familia de su mujer. Aunque para entonces había dejado de tener importancia lo que dijera, porque la voz le había leído ya los pensamientos:

—... lo que aún dificulta más las cosas; quizá pudiera usted dejar a sus parientes sosteniendo la bolsa, pero estos otros son los amigos del sheriff y usted tiene que dormir todas las noches en la misma cama que su sobrina —lo que tampoco era cierto desde hacía ya tres años y dos meses y trece noches, pero eso tampoco importaba, el cigarro consumiéndose en el cenicero del juez, y la voz—: Vuelva aquí —y él regresó, trayendo al negro con él, hasta que los dos estuvieron delante del chaleco blanco con su curva de cadena de reloj, como un trozo de tirante de arado hecho de oro, y la voz—: Tiene que encarcelarlo en algún sitio donde puedan retenerlo el tiempo suficiente para que usted le atribuya un delito que la justicia quiera reconocer. Entonces podrán ponerlo en libertad al día siguiente o un minuto después si así lo desean; todo lo que usted necesita es tenerlo inscrito en el registro como acusado de un delito o falta por un magistrado legalmente capacitado de un tribunal legalmente constituido, porque entonces, cuando sus abogados demanden a los fiadores de usted por detención indebida, les podrán decir que se vayan al diablo.

—¿Qué delito? —preguntó el carcelero.

—¿Dónde está la cárcel más importante de los alrededores? No una cabeza de partido, sino un pueblo que tenga por lo menos cinco mil habitantes —el carcelero se lo dijo—. De acuerdo. Llévelo allí. Utilice mi automóvil; está en el garaje del hotel; telefonaré a mi chófer desde aquí. Sólo que, tendrá usted..., aunque sin duda no necesito explicarle cómo librar a un detenido de las garras de la turba —lo que también era cierto, e igualmente parte del sueño del carcelero; lo había planeado todo, lo había visto con la imaginación una y otra vez hasta el último gesto, espléndido y victorioso, desde aquel momento, hacía dos años, en que tocara la Biblia con la mano y jurase su cargo, no porque realmente esperase que fuera a suceder, sino porque quería estar preparado para el momento en el que se le exigiera probar no sólo su competencia para el puesto sino su honor y valentía como hombre, salvaguardando y defendiendo la integridad de su juramento precisamente ante aquellos por cuya benevolencia había accedido al puesto.

—Sí —dijo—. Sólo que...

—De acuerdo —dijo el abogado—. Suéltelo de una vez. Vamos, déme la llave — se la quitó de la mano, abrió las esposas y las arrojó sobre la mesa, donde emitieron de nuevo una débil nota musical.

—Sólo que... —dijo de nuevo el carcelero.

—Ahora dé la vuelta por el corredor, llegue hasta la puerta principal de la sala del tribunal y ciérrela con llave por fuera.

—Eso no los detendrá..., no conseguirá...

—No se preocupe por la gente. Ya me ocupo yo. Haga lo que le digo.

—Está bien —dijo, volviéndose, pero para detenerse una vez más—. Espere. ¿Y los tipos que están de este lado de la puerta?

Durante quizá dos o tres segundos el abogado no dijo nada y, cuando habló, fue como si no hubiera nadie más en la habitación o, de hecho, como si ni siquiera hablase en voz alta.

—Cinco hombres. Frente a usted, representante oficial de la justicia y armado por añadidura. Podría incluso desenfundar el revólver. No son peligrosos si tiene usted cuidado.

—Sí —dijo, volviéndose y deteniéndose de nuevo, sin mirar atrás, tan sólo inmovilizado en el gesto de volverse—. La acusación...

—Vagabundeo —dijo el abogado.

—¿Vagabundeo? —repitió el otro—. ¿El propietario de la mitad de cuarenta y cinco mil dólares?

—Bah —dijo el abogado—. No posee la mitad de nada, ni siquiera de un dólar. Haga lo que le digo.

Pero esta vez fue el carcelero quien no se movió; quizá no miró para atrás, pero tampoco se movió, hablando él esta vez y con suficiente calma:

—Porque nada de todo eso se tiene en pie. Todo funciona al revés. La justicia escamotea de la cárcel a un prisionero negro y lo saca de la ciudad para protegerlo de un populacho que quiere llevárselo y prenderle fuego. Pero en realidad lo que esa gente quiere es ponerlo en libertad.

—¿No le parece que la justicia debe ser un arma de dos filos? —dijo el abogado—. ¿No cree que también debería proteger a las personas que no han robado cuarenta y cinco mil dólares?

—Sí —dijo el carcelero; y ahora miró al abogado, la mano de nuevo en el pomo de la puerta, pero sin girarlo todavía—. Aunque, de todos modos, ésa no es la pregunta que quiero hacer. E imagino que también tiene usted respuesta para ésta y espero que sea buena... —hablando también con calma, despacio y de manera muy clara—. Todo lo que hay que hacer es llevarlo a Blankton el tiempo suficiente para que quede constancia oficial en los libros de que existe una acusación contra él. Y a

continuación ya se puede marchar.

—Mírelo a la cara —dijo el abogado—. No tiene ni un céntimo. Ni siquiera sabe dónde está el dinero. No lo sabe ninguno, porque nunca lo hubo y si en algún momento hubo algo, ese mozo de caballos barriobajero ya hace mucho tiempo que se lo gastó en putas y en whisky.

—Todavía no me ha contestado —dijo el carcelero—. Tan pronto como la acusación conste en los libros, se puede marchar.

—Sí —dijo el abogado—. Primero cierre con llave la puerta del tribunal. Luego vuelva a por el negro.

Entonces el carcelero abrió la puerta del despacho del juez; los cinco hombres seguían allí, pero no tuvo ni un momento de vacilación; se cruzó con ellos y siguió adelante; luego, de repente, en lugar de seguir por el corredor hacia la puerta de la sala del tribunal, como el abogado le había ordenado, se dirigió hacia la escalera, moviéndose deprisa ya, pero sin correr: tan sólo yendo deprisa, escaleras abajo y por el vestíbulo hasta el despacho del tío político de su mujer, ahora vacío, en el que entró, fue directamente al cajón de la mesa, que también abrió sin vacilar, para recoger de debajo del montón de viejas órdenes de detención anuladas, citaciones incompletas, clips, sellos de goma y plumillas oxidadas, el revólver de repuesto del despacho, que introdujo en la funda vacía, regresó al vestíbulo y subió por la escalera situada enfrente que lo llevó a la puerta principal de la sala del tribunal y procedió a cerrar las dos hojas tranquilamente, mientras primero una cabeza, luego tres, luego una docena se volvían para mirarlo; después cerró con la llave, se guardó ésta en el bolsillo, de nuevo apresurándose, incluso corriendo ya, de vuelta al despacho del juez donde el abogado acababa de colgar el teléfono, procediendo a apartarlo, y tendía la mano hacia el cigarro que estaba en el cenicero y, de hecho, miraba por vez primera al negro, reanimando el puro con una lenta inhalación-espriación y, a través del humo, examinaba por vez primera el rostro sereno de senador romano de edad indefinida enmarcado por un estrecho anillo incompleto de cabellos entrecanos que abrazaba el cráneo como los laureles de César por encima de la vieja levita gastada, cuidadosamente cepillada y remendada, los dos procediendo a una breve secuencia, casi monótona, de preguntas y respuestas:

—Usted no tiene ni un céntimo, ¿me equivoco?

—No.

—Tampoco le consta que haya dinero en ningún sitio, ¿no es así?

—No.

—Porque no lo hay. Nunca lo hubo. E incluso si lo hubo, ese blanco pendenciero amigo suyo lo derrochaba antes incluso de que usted lo viera...

—Se equivoca. Y sabe que se equivoca. Porque me consta...

—De acuerdo. Quizá había en total cien dólares.

—Más.

—¿Más de treinta mil dólares? —y sólo entonces la más leve de las vacilaciones, sin llegar a detenerse, tan sólo un intervalo, la voz todavía firme, mostrándose aún invenciblemente inquebrantada e inquebrantable.

—Sí.

—¿Cuánto por encima de treinta mil?... De acuerdo. ¿Cuánto por encima de cien dólares?... ¿Ha tenido usted cien dólares alguna vez? ¿Ha visto alguna vez cien dólares?... De acuerdo. Usted sabe que es más de cien dólares, pero no sabe cuánto. ¿No es eso?

—Sí. Pero no tiene usted que preocuparse...

—Y usted, en cualquier caso, ha vuelto para recibir su mitad de los cien dólares.

—He vuelto para despedirme de él antes de que se vuelva a casa.

—¿A casa? —preguntó con interés el abogado—. ¿Quiere usted decir a Inglaterra? ¿Se lo dijo él?

Y el otro, imperturbablemente tranquilo, imperturbablemente reacio:

—¿Cómo podría habérmelo dicho? Aunque no tenía necesidad. Cuando un hombre llega al sitio en donde ya no le queda nada que merezca la pena gastar o perder, siempre vuelve a casa. Pero no se preocupe usted, porque sé lo que se propone hacer: encerrarme en la cárcel hasta que él se entere por los periódicos y vuelva. Y está en lo cierto, y eso es lo que hará, porque también me necesita. Y no tiene usted que preocuparse por cuánto dinero hay; será suficiente para todos los abogados.

—¿Como los panes y los peces? —dijo el abogado. Pero esta vez no hubo ni intervalo ni respuesta alguna, serenamente nada, y fue el abogado quien tuvo que poner fin a la pausa—. De manera que es él quien lo necesita a usted, aunque sea él quien tiene los cuarenta mil dólares. ¿Cómo es posible que alguien con cuarenta mil dólares lo necesite? —y de nuevo el intervalo, imperturbable y sereno, que de nuevo tuvo que cerrar el abogado—. ¿Está usted ordenado como ministro del Señor?

—No, no lo estoy. Me limito a dar testimonio.

—¿Ante quién? ¿Ante Dios?

—Ante los hombres. Dios no me necesita. Doy testimonio ante Él, por supuesto; pero sobre todo doy testimonio ante los hombres.

—Lo más demoledor que el hombre podría padecer sería un testimonio válido ante Dios.

—Se equivoca usted en eso —dijo el negro—. El ser humano no es más que pecado e instinto; nada de lo que hace admite el menor escrutinio y buena parte de lo que dice es una vergüenza y una ignominia. Pero ningún testimonio puede hacerle daño. Quizá algo le venza algún día, pero no será Satanás —y los dos se volvieron al oír la puerta y ver al carcelero dentro del despacho, tratando de sujetar la puerta del corredor, tensándose contra su lento e implacable movimiento, hasta que la plena

extensión de su bostezo lo aplastó completamente contra la pared para dar paso a los cinco hombres del corredor, el abogado moviéndose ya antes de que terminaran de entrar, dirigiéndose hacia la puerta del otro lado que daba a la sala del tribunal, y diciéndoles sin volver la cabeza: «Por aquí, caballeros», al mismo tiempo que abría la puerta y se apartaba sujetándola: ni gestos ni movimientos imperiosos, ni siquiera apremiantes, mientras, dóciles y simultáneos como cinco ovejas, los otros cruzaron la habitación tras él como cinco de los blancos idénticos —patos o pipas de barro o estrellas— atravesando sobre su cadena sin fin el campo de tiro liliputiense de una caseta de tiro al blanco, hasta franquear la puerta, el abogado pisándole los talones al último y diciendo por encima del hombro al carcelero o al negro o tal vez a los dos o quizá a ninguno: «Cinco minutos»; luego siguió hasta alcanzar y desbordar a los cinco individuos que se habían detenido, amontonados, tapando el estrecho pasadizo, como si hubieran tropezado a toda velocidad con un muro invisible, hasta encontrarse con la paciente y masiva espera de la sala del tribunal; y a través de la puertecilla batiente hasta el espacio reservado, para detenerse frente al público casi en el mismo punto que había ocupado diez minutos antes, solitario esta vez, pero ni mucho menos solo, entre, contra, como un friso o un tapiz, la titánica reunión que representaba la heroica y larga ascensión del ser humano —los gigantes que sojuzgaron, obligaron, empujaron y, en ocasiones, realmente dirigieron su innumerable afán: César y Jesucristo, Bonaparte y Pedro y Mazarino y Alejandro, Gengis y Talleyrand y Warwick, Marlborough y Bryan, Bill Sunday, el general Booth y el Preste Juan, príncipe y obispo, normando, derviche, conspirador y kan, no por el poder y la gloria ni tampoco siquiera por el engrandecimiento; eso era tan sólo secundariamente concomitante e incluso accidental; sino por el ser humano, poniendo a algunos en movimiento en una dirección, por él, de él y para él, a fin de descongestionar la tierra, apartarlo por lo menos durante un breve espacio de tiempo de su propio camino—, permaneciendo allí un momento, luego dos y a continuación tres, sin aceptar pero atrayendo todas las miradas, como en la habitación en penumbra el espejo concentra sobre sí la totalidad de la luz y todo lo demás sólo posee visibilidad de segunda mano; cuatro, luego cinco y después seis, sin dejar escapar sonido ni suspiro ni ruido de respiración siquiera, excepto el susurro de la cadena de oro del reloj y la débil música insistente de la perla, manteniendo, por así decirlo, en la palma de la mano, como un trozo de masilla, la espera de aquella masa anónima, como el escultor sostiene todavía un momento más la arcilla maleable, dócil y paciente, o el director de orquesta, más allá de sus manos en equilibrio sin tensión, la batuta que contiene en su brillo ingrávido, como de lápiz, todo el desgarramiento de la furia, del amor y del dolor.

Luego movió la mano, sintiendo al hacerlo que el inmenso peso de las miradas y de la atención se concentraba en un único rayo sobre ella, como lo consigue la mano

del prestidigitador, y sacó el reloj, abriéndolo con un golpe seco, viendo, en la lisa concavidad de la tapa, como en la bola de cristal del vidente, incluso mientras calculaba el tiempo transcurrido gracias al lento deslizarse de las manecillas, las miniaturas fantasmales del carcelero y del detenido que deberían estar ya para entonces decididamente en la plaza e incluso quizá en el callejón que llevaba al garaje del hotel; y en aquel momento mismo llegó a la sala el rugido creciente de un motor de automóvil, luego el sonido del coche mismo que llegaba a toda velocidad a la plaza, cruzándola y saliendo de ella, avanzando de la manera despreciativa y temeraria que caracterizaba la conducción de su insolente chófer negro cuando, por orden de su señor, el automóvil contenía pasajeros que el chófer consideraba inferiores a él o por debajo de la magnificencia del vehículo; porque su chófer era un jactancioso semid'Artagnan, asesino mulato a quien el abogado dejó cumplir su condena a trabajos forzados por espacio exactamente de un año y un día, como el amaestrador ata con alambre el ave muerta al cuello del perro de caza desobediente, sacándolo luego bajo libertad condicional, no porque él (el abogado) encontrara la menor excusa para el asesinato mismo, sino por la forma en que había muerto la víctima; con la navaja de afeitar, al parecer, abierta ya, el hombre no había obligado a la mujer a salir de la cabaña, sino que simplemente la había perseguido y acosado a lo largo de una escena que, tal como el abogado la imaginaba, debió de tener cualidades de ballet, hasta que la mujer, incapaz de soportarlo, salió corriendo y gritando de la casa al camino iluminado por la luna, dirigiéndose sin duda hacia el refugio de la cocina de los blancos donde trabajaba, mientras el hombre, sin prisa, la alcanzó, no para atraparla, no para echarle el guante, sino limitándose a desbordarla corriendo y a propinarle, con el revés de la mano, un único tajo limpio, como de cirujano, incorporándose primero y escapando después a la inmovilidad momentánea en cuyo seno todo movimiento desemboca en el gesto único de una violencia específicamente afeminada, casi afectada, incluso mezquinamente fatal, como la del matador, los dos corriendo uno al lado del otro dos o tres pasos más a la luz de la luna hasta que la mujer se derrumbó, el hombre ni siquiera salpicado ni la hoja misma apenas manchada, como si, en lugar de una yugular hubiera cortado un grito, devolviendo sencillamente su silencio a la medianoche.

El abogado podría haberse detenido entonces, dejándolos, con una sola palabra, inmovilizados de nuevo, como el primer espada inmoviliza al toro con un leve movimiento de la muleta, para regresar después al despacho del juez y de allí al hotel, donde haría las maletas y las cerraría con llave. Pero no lo hizo, porque aún tenía que cumplir con una insignificante formalidad, de la misma manera que el pagano de antaño, antes de apurar la copa hasta las heces, no dejaba nunca de inclinarla ligeramente y derramar al menos una gota sobre el hogar, no para aplacar, sino simplemente en reconocimiento a quienes lo habían emparejado con su hora sobre la

tierra; en una de las casas de una de las mejores calles de uno de los barrios más señoriales de Nueva Orleans, el abogado poseía un cuadro, un óleo, no una copia, sino un original incontestable y envidiado, por el que había pagado más de lo que le gustaba recordar, pese a haber sido declarado auténtico por los correspondientes expertos antes de adquirirlo y otras dos veces más después de la compra y por el que, en dos ocasiones, le habían ofrecido la mitad de lo que pagara por él; un cuadro que no le gustaba cuando lo compró, que seguía sin gustarle y del que ni siquiera estaba seguro de conocer su significado, pero que ahora era suyo y ni siquiera tenía que fingir que le gustaba, y que —así lo creía entonces, más sinceramente de lo que nadie, él exceptuado, se daba cuenta— afirmaba haber comprado sin otro fin que no estar ya obligado a fingir que le gustaba; una noche, solo en su estudio (sin esposa ni hijos en la casa excepto el mulato asesino de chaqueta blanca y andares silenciosos, no domesticado sino simplemente manejable), se sorprendió de repente contemplando no el inerte rectángulo donde se desencadenaba el tumulto de azules, de azafranes y de ocres, ni tampoco el letrero que proclamaba como un trompetazo la inevitable conversión en espacio contemporáneo del total de su pasado —su casa en una calle tan respetable; el hecho de ser miembro de algunos clubs cuyas puertas eran más antiguas que el estado y tras de las cuales el apellido de su padre nunca hubiera bastado para perturbar su quietud; las cifras secretas que permitían abrir cofres fuertes y los monótonos incrementos de sus valores bursátiles—, sino que miraba en cambio al emblema de su destino, semejante al estandarte resistente al viento del viejo conde normando bajo cuya inmensa sombra no sólo acudían rápidamente y procedían a cuadrarse banqueros y se encogían y temblaban políticos, gobernadores y vicegobernadores, sino a las desvencijadas mesas ante las que en sus cocinas, trascocinas o incluso patios abiertos y perreras, se sentaban diariamente sesenta mil seres humanos que no llevaban espada ni espuelas ni poseían apellidos, para hacer el único, último y supremo sacrificio: el don gratuito de su pauperismo, y (el abogado) pensó: *Esto no lo he ganado realmente. No he tenido tiempo. Ni siquiera he necesitado ganarlo; el ser humano, debido a su inagotable e incalculable estupidez, me lo ha atribuido antes de tener siquiera tiempo para resistirme;* cerró el reloj, volvió a guardárselo en el bolsillo y entonces la voz, sin subir el tono, un simple murmullo, una voz como de ventrílocuo que no salía de ninguna parte, como si ni siquiera fuese él sino lo que le rodeaba, la sala, el aire inmaterial, en lo alto, en alguna parte alrededor o en medio de las altas cornisas en sombras, que no se dirigía a los rostros sino que más bien descendía, no como sonido sino como bendición, como la luz misma, sobre las cabezas dóciles, resistentes, triunfantes:

—Damas y caballeros... —después, no exactamente elevando el volumen, meramente haciendo la voz más seca, perentoria, sucinta, como el chasquido de un latiguito o de una pistola de juguete—; demócratas: el día cuatro de noviembre, hace

dos años, surgió de las urnas electorales de los Estados Unidos el sol de un millar de años de paz y prosperidad cuyo igual el mundo no ha conocido nunca; y el cuarto día de noviembre, dentro de dos años, lo verán ustedes ocultarse de nuevo si el pulpo de Wall Street y los millonarios que son propietarios de las fábricas de Nueva Inglaterra se salen con la suya, dispuestos como están a aprovechar la primera oportunidad para elevar una vez más la barricada de las tarifas yanquis entre el granjero sureño y las fábricas hambrientas y el trabajo mal pagado del viejo mundo europeo que ha entrado ya en su propio milenio de paz y razón, liberado por fin, después de dos mil años de guerra y del miedo a la guerra, deseosos únicamente de trocar, a un precio aceptable para vosotros, el trigo y el maíz y el algodón que recogéis a cambio de los productos manufacturados necesarios para vuestra vida y vuestra felicidad y la de vuestros hijos, a un precio razonable que podáis pagar, afirmando de nuevo el derecho inalienable, proclamado por vuestros mayores hace ya ciento veintiséis años, a la independencia y al libre cambio: el derecho del ser humano a vender el producto de su sudor y de su trabajo donde y cuando quiera, sin tener miedo ni solicitar el favor de los capitalistas de Nueva York ni de los propietarios de fábricas de Nueva Inglaterra que ya se dedican a gastar, como si fuese agua, el dinero sustraído al trabajo de los niños en esas empresas donde se explota al obrero, para desviar a los rincones más apartados de la tierra los justos beneficios de vuestro sudor y vuestro trabajo, de manera que no sean vuestras mujeres y vuestros hijos, sino los de los salvajes de África y los chinos paganos quienes tengan buenas carreteras y escuelas y desnatadoras y automóviles... —luego moviéndose ya antes de dejar de hablar, cruzando rápidamente la puerta batiente de la barandilla, mientras que, con unánime lentitud, la sala entera se ponía en pie, no tanto dirigiéndose como oscilando hacia las grandes puertas del fondo, porque, casi al mismo tiempo, una voz situada junto a ellas exclamó:

—Está cerrada con llave —sin que por ello la oscilación disminuyera, sino que, cambiando de sentido, pasó a convertirse en corriente: un sordo arrastrar de pies, sin excesivo apresuramiento, avanzando todavía paso a paso, en dirección al estrecho pasadizo que llevaba al despacho del juez, mientras el abogado, atravesando rápidamente el portillo batiente, se situaba entre ellos y la otra puerta; e incluso mientras pensaba, *Mi primer error ha sido moverme*, cometió el segundo.

—Retrocedan, señores —dijo, e incluso alzó la mano, palma hacia afuera, viendo, distinguiendo por vez primera los rostros, las caras y los ojos concretos que, en aquel instante, carecían de importancia individual, porque eran más bien un rostro único que se dirigía directamente hacia él, desbordándolo hasta que, de repente, descubrió que estaba retrocediendo: sin sacudida, sin conmoción, sino sencillamente encerrado, incluido en un movimiento envolvente; en un momento dado tropezó, pero, de inmediato, sintió cómo una docena de manos impersonales, rápidas y firmes lo

ayudaban a recobrar el equilibrio e incluso le daban la vuelta y luego lo retenían mientras otros, adelantándolo, abrían la puerta que daba al despacho del juez, sin por ello precipitarse ni tampoco apartarlo violentamente, sino evacuándolo, desocupando el espacio junto a la pared mientras la multitud atravesaba la habitacioncita en dirección a la puerta del otro lado que daba al corredor, vaciando ya el cuarto antes de haber tenido tiempo de llenarlo, por lo que supo que los primeros en salir habían llegado a la altura de las grandes puertas de la sala de la audiencia y las habían abierto, de manera que el lento y sordo arrastrar de pies no se producía únicamente en el corredor sino en todo el edificio, mientras él aún seguía allí, todavía un instante, contra la pared, luciendo en el centro mismo del chaleco, hasta entonces immaculado, la huella de una mano; una huella que no era una mancha sino un enturbiamiento; una huella no apresurada, sino firme, clara y ligera.

Y, de repente, escandalizado ante lo que preveía, se sobresaltó, abalanzándose casi, literalmente, sabiendo, antes de llegar a la ventana, lo que iba a contemplar al dirigir la vista hacia la plaza donde el carcelero se había detenido ya, para regresar hacia el palacio de justicia, mientras buscaba algo en el interior de la chaqueta; con la diferencia de que ahora eran tres, y el abogado pensó, deprisa, distraído y sin sorprenderse: *Sí, claro, el chico que montaba el caballo*, y dejó de mirar al carcelero que seguía rebuscando torpemente en el interior de la chaqueta, para observar, en cambio, la muchedumbre que salía sin prisa del pórtico del palacio de justicia, extendiéndose ya como la ola implacable y lenta de la tinta derramada sobre un mantel mientras convergía hacia las tres figuras que aguardaban, pensando (el abogado) cómo el ser humano sólo cuando está montado en algo —cualquier cosa, desde un taburete hasta un caballo o un estrado o el mástil de una bandera o una máquina voladora— resulta vulnerable y familiar; cómo, sin otro apoyo que sus pies y en marcha, resulta terrible, pensando con asombro y humildad y también orgullo en que ninguna simple masa inmóvil de seres humanos, prescindiendo de su tamaño y de lo que aparentemente esté haciendo o a punto de hacer, ni tampoco ninguna masa en movimiento montada en algo que (no el ser humano, sino ese algo) se mueva, sino una masa de seres humanos moviéndose por sí misma en una dirección, hacia un objetivo, sin otro medio de transporte que sus frágiles y torpemente ensambladas piernas y pies, no las trompas de asta de Gengis, ni las cornetas de Murat, ni menos aún la voz de oro de Demóstenes o de Cicerón, ni los trompetazos de Pablo o de John Brown o de Pitt o de Calhoun o de Daniel Webster, sino los niños muriendo de sed entre los espejismos mesopotámicos, y los salvajes de los bosques nórdicos que entraron en Roma a pie llevando incluso la casa a cuestas y los compañeros de Moisés que recogieron el maná en el desierto durante cuarenta años y los hombres de elevada estatura con un fusil o un hacha y una bolsa con cuentas que cambiaron el color de la raza americana (y en la memoria misma del abogado el último ejemplo: el

vaquero que marcara todo el oeste de los Estados Unidos con el estiércol de su caballo y las latas vacías, pronto cubiertas de orín, de sus conservas de sardinas y de tomates, exterminados de la tierra por un flujo de hombres provistos de tensores de alambradas y con los bolsillos llenos de grapas); pensando con orgullo y también con asombro, que sólo resultaba amenazador en marcha y peligroso únicamente en silencio; que la fuerza de su amenaza no residía ni en la lujuria ni en la ambición ni en la avaricia, sino en el silencio y la meditación: la capacidad para moverse *en masse* por su propio impulso, y el silencio propicio para dedicarse al pensamiento que desemboca en la acción, como se cae en la boca abierta de un desagüe; con júbilo además, porque nadie lo sabía mejor que los señores propietarios de su masivo respirar, los corifeos heroicos y gigantescos de su hormigueante tropel, que utilizaban su potencia despilfarradora en el acto mismo de dominarlo y dirigirlo, y siempre lo han hecho y siempre lo harán: actualmente, en Detroit, un antiguo ciclista, destinado a ser uno de los gigantes del planeta, su apellido mismo convertido en simple adjetivo en la boca del mundo, que ya había puesto sobre ruedas a medio continente por familias, y al cabo de otros veinticinco años tendría a medio hemisferio sobre ruedas individualmente, y al cabo de mil habrá logrado que desaparezcan las piernas de una especie de la misma manera que aquel remoto y, sin duda, imperceptible, estremecimiento del cosmos vació los mares para convertirlos en continentes e hizo que sus peces perdieran las agallas. Pero eso no había llegado aún; eso sería la paz y, para alcanzarla, también había que conquistar el silencio; el silencio en el que el hombre disponía de espacio para pensar y, en consecuencia, para actuar de acuerdo con lo que creía que pensaba o pensaba que creía: el silencio en el que la multitud avanzaba, se derramaba sin pausa sobre la plaza en dirección a las tres figuras detenidas, y en medio del cual el carcelero exclamó con su voz aflautada, nada varonil, sacando el nuevo revólver de debajo de la chaqueta:

—¡Deténganse! ¡Contaré hasta tres! —y empezó a hacerlo—: Uno, dos... — clavando la mirada, incluso con ferocidad, en los rostros que no se precipitaban sobre él y que ni siquiera parecían avanzar en su dirección, sino que más bien se abatían sobre él, sumergiéndolo, sintiendo de nuevo que ni le arrancaban el revólver ni se lo quitaban violentamente sino que se lo sustraían con firmeza y que, enseguida, otras manos lo sujetaban—. ¡Hatajo de idiotas! —gritó, forcejeando. Pero ¿cómo decirlo? ¿Cómo contárselo? Hay que ser honesto cuando se trata de dinero, prescindiendo de quién lo posea; si no se es honesto en cuestiones de dinero, compadecerse de los débiles no les sirve de nada, porque lo que se les da es únicamente piedad. Además era ya demasiado tarde para intentar contárselo, incluso aunque no existiera ninguna otra razón, las manos firmes, sin la menor rudeza, casi amables, que no sólo lo sostenían, sino que incluso lo alzaban, lo levantaban, y acto seguido se lo llevaban, como dos solteros sin familia podrían llevar entre ellos a un niño, los pies recordando

la tierra, pero sin tocarla ya; levantándolo luego todavía más hasta que pudo ver, entre las cabezas y los hombros, y aún más allá, el círculo de rostros sin asomo alguno de malhumor y en absoluto coléricos: tan sólo unánimes y atentos, y, en el centro, el anciano negro con la levita gastada y el adolescente flaco de color chocolate y las córneas de ese color blanco de increíble pureza que los pintores flamencos sabían cómo mezclar; luego habló de nuevo el dueño de la voz tranquila e irascible y ahora, por vez primera, el carcelero pudo verlo y reconocerlo: ni abogado ni comerciante ni banquero ni ninguna otra fuerza viva, sino un jugador que se dedicaba por elección personal al más duro de todos los juegos: ser propietario de una pequeña serrería ambulante con la que había empezado a trabajar a los quince años como único sostén de una madre viuda y de tres hermanas solteras y que ahora, a los cuarenta, poseía la serrería, una esposa, dos hijas y una nieta, hablando por fin en un silencio en el que no se oía siquiera el ruido de las respiraciones:

—¿Cuánto ganaron usted y ese otro individuo con el caballo? ¿Cien dólares?

—Más —dijo el negro.

—¿Mil?

—Más de mil —y aún fue más intensa la inmovilidad, las respiraciones contenidas: tan sólo una vasta cesación, como si la deslumbrante mañana de abril hubiera quedado por completo en suspenso.

—¿Fueron cuarenta mil?... De acuerdo. ¿La mitad de cuarenta mil? ¿Cuánto vio usted? ¿Cuánto contó? ¿Sabe usted contar hasta mil?

—Era un montón —dijo el anciano negro; y respiraron ya: un estremecimiento, un suspiro, un romper la inmovilidad; el día, la mañana, de nuevo siguiendo su curso normal, la voz alzándose como para darles el adiós:

—Habrá un tren en la estación dentro de veinticinco minutos. Será mejor que esté usted dentro cuando salga y que no vuelva. No nos gustan los negros ricos.

* * *

—De manera que subimos al tren —dijo el negro—, y fuimos hasta la estación siguiente, donde nos apeamos y echamos a andar. Era bastante lejos, pero ya sabíamos dónde encontrarlo, si es que lo habían dejado en paz —el valle azul envuelto en brumas donde se reúnen el extremo de Georgia, de Tennessee y de Carolina, y donde el mozo de caballos había aparecido, saliendo repentinamente de la nada, un día del verano anterior, con un caballo de carreras de tres patas, un viejo predicador negro y un chiquillo también de color que montaba el caballo, y en donde los cuatro se quedaron dos semanas durante las cuales el purasangre superó a todos los demás en un radio de ochenta kilómetros y también, finalmente, a otro caballo que trajeron nada menos que de Knoxville para tratar de hacerle sombra, hasta que (los cuatro) desaparecieron de nuevo de la noche a la mañana con seis horas de

ventaja sobre una horda de agentes federales, sheriffs y policías especializados, semejante a una concentración de jaurías para dedicarse a la caza del zorro a nivel estatal o nacional.

—Y estábamos en lo cierto; debió de ir directamente allí desde la cárcel de Missouri porque todavía estábamos en junio. Así nos lo contaron luego: apareció en la iglesia un domingo por la mañana, y fue probablemente el predicador quien lo vio primero, porque ya estaba mirando en aquella dirección antes de que los demás volvieran la cabeza y también lo reconocieran, de pie, apoyado en la pared del fondo, al lado de la puerta, como si nunca se hubiera marchado... —el mensajero lo veía igualmente, casi tan bien como lo hubiera visto el ex delegado federal si hubiese estado allí: el extranjero taciturno, violento, malhablado, casi incapaz de expresarse (más aún por el hecho de que, de cuando en cuando, algún fragmento de lo que decía sonaba un poco a lo que la gente del valle conocía como idioma inglés), que se movía, que respiraba en una atmósfera no solamente de ilegitimidad y de soltería sino, incluso, de vagabundeo, como un miserable chucho medio salvaje: sin padre, sin mujer, estéril y quizá incluso también impotente, contrahecho, bestial y repugnante; huérfano universal, desheredado, intratable e inconsolable que, sin gritar apenas, había introducido en aquel desierto somnoliento una extraña asociación ambulante tan sorprendente como un hipódromo construido alrededor de un cometa: dos negros y los restos, las ruinas, del magnífico e increíble caballo, del que ni el valle ni la región habían visto nunca nada parecido, tampoco con cuatro patas, en una zona donde un caballo era cualquier animal incapaz de producir leche pero capaz, en cambio, de tirar de un arado o de un carro los días de entresemana y de acarrear sacos de maíz al molino los sábados y de llevar el domingo a la iglesia a tantos miembros de la familia como pudieran sostenerse sobre su enteco espinazo, y donde no sólo no había ningún negro, sino donde nunca había habido ninguno; cuyos habitantes, muchachos y hombres, desde los trece y los catorce hasta los sesenta y pico, habían abandonado, cincuenta años atrás, sus brumosos nidos de águilas —que no figuraban en ningún mapa— para caminar durante millas e incluso semanas, dispuestos a participar en una guerra que nada tenía que ver con sus intereses, y con la que no hubieran tenido contacto alguno si se hubieran quedado en casa, a fin de defender sus tierras de los negros; no contentos con combatir y repudiar sencillamente su propio atavismo geopolítico, tuvieron que aliarse con sus enemigos en armas, robando, deslizándose de noche entre las líneas de la Confederación (en una ocasión, en una taberna en un cruce de caminos, un grupo suyo libró algo que se asemejaba bastante a una batalla campal con un destacamento que buscaba nuevos reclutas) para intentar reunirse con el ejército federal, con el fin de luchar no en contra de la esclavitud, sino contra los negros, para abolir la raza negra, liberándola de quienes serían perfectamente capaces de traer a los negros entre ellos, de la misma manera que

habrían descolgado sus carabinas de los ganchos o de las cornamentas de ciervos colocados sobre la chimenea o sobre la puerta para repeler, por ejemplo, a una compañía comercial que hablara de traer una vez más a los indios.

Y también oyó lo siguiente: «Aunque no fueron dos semanas, sino quince días, lo que pasamos allí la primera vez. Los dos primeros días no hicieron otra cosa que mirarnos. Venían de todas partes, de un extremo a otro del valle, a pie o a caballo o en mula o toda la familia en un carro, hasta colocarse en la carretera delante del almacén en cuya galería nos habíamos acuclillado mientras comíamos queso y galletas saladas y sardinas, y contemplarnos desde allí. Luego hombres y muchachos daban la vuelta alrededor de la tienda, donde habíamos construido un corral con trozos de cercas y de tablas y cuerdas, para quedarse allí mirando el caballo. Después empezamos las carreras: al quinto día ya habíamos superado a todos los caballos del valle e incluso habíamos ganado una hipoteca sobre un maizal de cinco hectáreas en la montaña; para el séptimo día corríamos ya contra caballos de los condados vecinos, que traían atravesando lo que llamaban el Paso. Y luego seis días más, con la gente del valle apostando ya por nuestro caballo, hasta el día decimoquinto, cuando trajeron de Knoxville el caballo que había corrido una vez en Churchill Downs, por nuestra tierra, y esa vez no apareció sólo la gente del valle sino la de todo Tennessee, para contemplar cómo el caballo de tres patas que ni siquiera llevaba silla (tampoco usábamos nunca la brida, únicamente un cabestro y una barriguera para que este chico se agarrase) vencía al caballo de Knoxville primero en la carrera de un kilómetro y después en la milla, doblando las apuestas, y ya no sólo la gente del valle, sino la gente de los otros condados también apostaba por él, de manera que todo el mundo o, al menos, todas las familias de aquella parte de Tennessee tuvieron su parte en lo que ganó...».

—Fue entonces cuando ingresó en la masonería —dijo el mensajero—. Durante aquellas dos semanas.

—Quince días —dijo el negro—. Sí, allí había una logia... Luego, al día siguiente, antes de amanecer, bajó del Paso un hombre montado en una mula que sólo les llevaba una hora de ventaja... —el mensajero oyó todo aquello como el anciano negro lo había oído un año después de que sucediera: al salir el sol, delante de la tienda estaba el automóvil mismo, el primer automóvil que dejaba la marca de sus ruedas en el suelo del valle; una máquina que algunos de los viejos y de los niños nunca habían visto, y que recorrió parte del camino para atravesar el Paso por sus propios medios, pero que indudablemente había sido arrastrada y empujada y probablemente incluso remolcada de cuando en cuando durante el resto del trayecto, y, en el interior de la tienda, el sheriff del condado y los forasteros de la ciudad con sus sombreros de ciudad y sus corbatas y zapatos, oliendo, apestando, a recaudadores de impuestos e inspectores de hacienda, mientras que los caballos, las mulas y las carretas de la

víspera regresaban en oleadas de las cuevas y de las colinas, y los jinetes y los ocupantes de las carretas se apeaban al instante, para detenerse un momento y contemplar el automóvil sin decir nada, con curiosidad, como si se tratara de una serpiente de cascabel de buen tamaño, para luego abarrotar la tienda hasta que ya no quedó sitio para nadie más, sin ocuparse de los forasteros, gente de ciudad, que formaban un grupito circunspecto delante de la estufa apagada, picada de escupitajos, en su cajón de arena, igualmente picado de escupitajos; los habían mirado una vez y nada más, aunque más bien habían mirado al sheriff, de manera que, como el sheriff también era de allí, como llevaba el mismo apellido que la mitad de los habitantes del valle, como todos habían votado por él y, de hecho, si se exceptuaba la corbata de saldo que llevaba él y los monos que vestían ellos, daba la impresión de que el valle se miraba a sí mismo.

—Robaron el caballo —dijo el sheriff—. Todo lo que quiere el dueño es que se lo devuelvan —pero sin obtener respuesta; tan sólo los rostros tranquilos, serios, corteses, de personas que no escuchaban en realidad sino que se limitaban a esperar, hasta que uno de los forasteros dijo con su voz ciudadana llena de acritud:

—Espere un momento... —y pasaba ya deprisa por delante del sheriff, la mano dentro del delantero perfectamente abotonado de su chaqueta de ciudad, cuando el sheriff dijo con su voz de montañés, sin inflexiones:

—Espere más bien usted —también él metió la mano en el delantero abotonado de la chaqueta del otro y ocultó la otra mano, más pequeña, sacándola de la chaqueta y sosteniendo sin dificultad y simultáneamente la delicada mano ciudadana y la pistola plana de la ciudad, de manera que parecieron juguetes dentro de la suya, sin arrancarle la pistola, sencillamente extrayéndola y dejándola caer en el bolsillo de su propia chaqueta, mientras decía, «Bueno, muchachos, será mejor que nos marchemos», moviéndose, avanzando, sus compañeros de camisas blancas y mangas de chaqueta y perneras de pantalón y zapatos planchados y brillantados dos días antes en los hoteles de Chattanooga, pisándole los talones, muy juntos todos, mientras los rostros se separaban, abriendo paso: atravesaron la tienda, los rostros, el camino que después de abrirse se volvía a cerrar tras ellos; cruzaron la galería, descendieron los escalones, el camino silencioso abriéndose todavía y cerrándose tras ellos hasta que llegaron al automóvil; era todavía 1914, y los jóvenes montañeses no habían aprendido aún cómo inutilizar un automóvil por el simple procedimiento de retirar el delco o atascar el carburador. De manera que utilizaron lo que conocían: un martillo de cinco kilos del taller del herrero, ignorantes incluso del secreto de la vida de la máquina bajo el capó, por lo que, como es lógico, se pasaron: el delicado polvo de porcelana de las bujías hechas añicos y los cables arrancados y retorcidos, los tubos aplastados e incluso las huellas mudas, como de media herradura, del martillo, puntuando el vómito del aceite y de la gasolina e incluso el martillo mismo inmóvil

junto a una pernera de mono, a la vista de todos; y enseguida el forastero, maldiciendo con su voz acre y furiosa, estaba ya escarbando en la chaqueta del sheriff con las dos manos hasta que el representante de la justicia le sujetó las dos con la suya, inmovilizándolo; luego se volvió hacia los montañeses por encima del motor destrozado, de nuevo simplemente el valle enfrentándose consigo mismo—. El automóvil no es del gobierno —dijo—, sino suyo, y tendrá que pagar la reparación.

Todavía nada durante un momento. Luego una voz:

—¿Cuánto?

—¿Cuánto? —preguntó el sheriff por encima del hombro.

—¿Cuánto? —repitió el tipo de la ciudad—. Mil dólares, que yo sepa. Quizá dos mil.

—Pongamos que unos cincuenta —dijo el sheriff, soltando las manos y retirando el estilizado sombrero ciudadano de color gris perla de la cabeza ciudadana mientras con la otra mano se sacaba del bolsillo del pantalón un amasijo de billetes, apartaba uno y lo dejaba caer en el sombrero, extendiendo luego el sombrero del revés, como si lo hubiera cebado con aquel único billete, hacia el miembro de la multitud que le quedaba más cerca, mientras decía—: El siguiente.

»Aunque tuvieron que mirar de prisa, porque antes de que el predicador llegara a bendecirlos y pudieran levantarse de los bancos e incluso saludarlo, ya se había marchado. Pero aunque salió a toda velocidad, la noticia ya había empezado a extenderse para entonces»; contando también con que había treinta y siete personas en la iglesia aquella mañana, de manera que era como si estuviera todo el valle, así que a media tarde, o en todo caso a la puesta del sol, en todos los vallecitos y colinas y senderos se sabía que el inglés estaba de vuelta, solo, sin el caballo; y arruinado y hambriento; no era que se hubiera marchado de nuevo, tan sólo que había desaparecido, que se hallaba a cubierto de miradas indiscretas; supieron, por tanto, que bastaba con esperar, con aguardar el momento, que fue aquella noche en el desván del edificio donde estaba la oficina de correos... «Era la sede de la logia. También la utilizaban para reuniones políticas, y como tribunal, pero sobre todo para las partidas de póquer y de dados que, según aseguraban, se venían celebrando allí desde la colonización del valle y la construcción de aquel edificio. Había una escalera exterior, perfectamente visible, que utilizaban los abogados y los jueces y los políticos y los masones y los miembros de la Estrella de Oriente, pero, sobre todo, había una escalera de mano clavada directamente por fuera en la pared trasera, que conducía a una ventana igualmente trasera, y que todos los habitantes del valle conocían aunque ninguno reconocería jamás haberla visto, y menos aún haber trepado por ella. Y en el interior siempre había una damajuana llena de whisky montañés, colocada en una repisa junto al cubo de agua y la calabaza, de cuya existencia todo el mundo estaba enterado, como sucedía con la escalera de mano,

pero que nadie veía durante la celebración de un juicio, las reuniones de la logia o los mítines políticos», contándolo el negro:

Una hora después de anochecer, cuando los seis o siete individuos (incluido el dependiente de la tienda) acuclillados alrededor de la manta extendida en el suelo junto a una linterna humeante («Era domingo por la noche. Sólo jugaban a los dados. El póquer no estaba permitido el domingo por la noche») oyeron sus pies en la escalera de mano y lo vieron colarse por la ventana, dejaron enseguida de mirarlo mientras se acercaba a la damajuana y se servía un trago con la calabaza vacía que servía de cacillo, sin mirarlo exactamente, como tampoco ninguno de ellos le hubiera ofrecido como regalo la comida misma ni le hubiera prestado el dinero para comprarla; tampoco lo miraron cuando se volvió y vio la moneda, el medio dólar, en el suelo junto a su pie donde diez segundos antes no había moneda alguna, ni cuando lo recogió e interrumpió la partida durante dos o tres minutos mientras les obligaba a todos, sucesivamente, a negar que la moneda fuese suya, ni cuando se arrodilló en el círculo y apostó el medio dólar y tiró los dados, apartó luego la primera moneda y aumentó sus ganancias con otras dos jugadas; luego le entregó los dados a otro jugador y, levantándose, dejó la primera moneda en el suelo, donde la había encontrado, se dirigió a la trampilla y a la escalerilla que llevaba al oscuro interior de la tienda y, sin luz alguna, descendió para regresar luego con un trozo de queso y unas cuantas galletas saladas, e interrumpió de nuevo el juego para entregar al dependiente una de las monedas que había ganado y recibir el cambio; luego, acuclillado contra la pared, y sin otro ruido que el rítmico de su masticar, se comió lo que el valle supo que era su primer alimento desde que regresara, desde que reapareciera en la iglesia diez horas antes; y —se les ocurrió de repente— el primero desde que desapareciera con el caballo y los dos negros diez meses antes.

—Lo aceptaron de nuevo como si nunca se hubiera marchado. Incluso más que eso. Fue como si nunca hubiera habido más de lo que veían en aquel momento: ni caballo que ganara carreras sobre tres patas y que era como si nunca hubiera existido porque probablemente nunca le preguntaron tampoco qué había sido de él, ni tampoco dos negros como yo y este muchacho, ni el dinero que les permitiera preguntarle, como lo habían hecho los tipos de Missouri, cuánto había ganado, como si tampoco hubiera transcurrido tiempo alguno entre el verano anterior y aquel...» sin intervalo de otoño, invierno y primavera, sin flamear de roble y nogal americano ni tormentas de aguanieve ni la marea espumosa de laurel y rododendro por las laderas de los montes hasta la nueva llegada del verano; el mismo inglés (el mensajero lo veía todo por medio del oído, escuchando), siempre igual a sí mismo, ni siquiera más sucio, pero esta vez solo (aunque no tan bien como el ex delegado federal podría haberlo visto), el mismo misántropo violento y patituerto, con la asquerosa gorra a cuadros muy inclinada y la imitación barata de una chaqueta de tweed y los

pantalones de pana Bedford demasiado abombados («Él los llamaba pantalones de montar y hubieran cabido tres como él. Decía que los habían confeccionado en un sitio llamado Savile Row para alguien a quien llamaba el segundo en importancia entre los duques de la nobleza irlandesa.»), acuclillado en la galería delantera de la tienda debajo de los anuncios de específicos y de tabaco y de levadura en polvo y de los programas y las promesas solemnes de los candidatos a sheriff y a representante y a fiscal del distrito (todo esto era en 1914, un año par), que ya habían sido derrotados y olvidados y allí quedaban sólo sus fotografías descoloridas, encargadas al por mayor al licitador más económico y que de todos modos no se les parecían, cosa que nadie esperaba, sino que fueran sencillamente como cualquier candidato, que era lo único que se pretendía, mostrándose por todo el campo desde los postes de telégrafos y las cercas y las barandillas de madera de los puentes y los costados de los graneros y ya desdibujándose bajo la acumulación del tiempo y el efecto de la intemperie, semejantes a exclamaciones, avisos, súplicas, gritos.

—Al principio se limitaba a estar allí acuclillado, sin hacer nada y sin que nadie lo molestara, ni tratara siquiera de hablar con él, hasta el domingo, cuando volvía a presentarse en la iglesia, colocándose en el último banco junto a la entrada, para marcharse el primero después de la bendición. Dormía sobre una colchoneta rellena de paja en la habitación de la logia encima de la tienda y comía lo que compraba allí porque había ganado lo suficiente aquella primera noche. Podría haber encontrado trabajo; también me lo contaron: estaba acuclillado una mañana en la galería cuando alguien le trajo un caballo al herrero, quien, al intentar herrarlo, le llegó a lo vivo con un clavo en la pezuña trasera izquierda, por lo que el animal saltaba, coceaba y relinchaba cada vez que intentaban tocársela, hasta que, finalmente, cuando ya se disponían a atarle las patas y quizá incluso derribarlo para quitarle la herradura mal puesta, el mozo de caballos se incorporó, fue donde estaba el animal, le puso la mano en el cuello y la mantuvo allí durante un minuto, habló con él y luego ató sencillamente el ronزال a la anilla de la pared, le alzó la pata, sacó la herradura y se la colocó de nuevo. El herrero le ofreció un empleo fijo, pero ni siquiera le respondió; volvió a acuclillarse en la galería y el domingo apareció una vez más en el último banco de la iglesia, de donde podía marcharse el primero, antes de que nadie intentase hablar con él. Porque no podían verle el corazón.

—¿El corazón? —preguntó el mensajero.

—Sí —dijo el anciano negro—. Luego desapareció, porque la vez siguiente no lo hubieran reconocido, excepto por la gorra, dado que ya no llevaba ni la chaqueta ni los pantalones irlandeses, sino un mono y una camisa de algodón a rayas. Y además hubieran tenido que salir del pueblo para verlo, porque se había hecho granjero, peón, sin ganar probablemente mucho más que la comida, la cama y la ropa lavada, ya que el sitio donde trabajaba apenas producía lo bastante para mantener a las dos personas

que trataban de ganarse la vida con aquello... —el mensajero viéndolo ya casi tan bien como el ex delegado federal podía haberlo visto, una pareja de artríticos de mediana edad sin hijos: dos herederos del infortunio mutuamente atraídos no se sabe por qué razón, como último recurso, por así decirlo, a la alianza matrimonial, de la misma forma que, al revés, pudieran atraerse dos herederos de grandes patrimonios y de sangre real; una cabaña de una sola habitación con cobertizo, casi una chabola, que nadie había llegado a pintar, agarrada a la pronunciada pendiente de una ladera, junto a un maizal irregular; una cabaña que se alzaba como miserable monumento a lo increíble, al trabajo no ya rompedor de espaldas sino de corazones que representaba cada mezquina mazorca: se diría la efigie de un Moloc que no recompensaba el sudor humano, limitándose a consumir su carne; el hombre que diez meses antes iba en compañía de gigantes y de héroes y que todavía ayer, incluso sin caballo, aislado y solitario, aún avanzaba protegido por su sombra magnífica y gigantesca, ahora con un mono descolorido ordeñando una esquelética vaca montañesa y cortando leña (los tres, a los que sólo se distinguía a cierta distancia porque uno llevaba gorra a cuadros y otra falda) azadoneando el maíz flaco y torcido y descendiendo de la montaña para acucillarse, sin hablar todavía pero sin permanecer decididamente mudo, entre los demás en la galería de la tienda los sábados por la tarde; y a la mañana siguiente, la del domingo, de nuevo en la iglesia ocupando el banco del fondo, siempre con la rotación limpia y planchada de azul descolorido que no era el atributo de su metamorfosis ni la insignia del trabajo agrícola paciente y continuado, pero que escondía y disimulaba incluso la equina curvatura de sus piernas, borrando, eliminando por fin el último suspiro o recuerdo de la antigua actitud fanfarrona de soltero desenvuelto y sin ataduras, de forma que (ya estaban en julio) sólo quedaba (no el corazón) sino la apestosa gorra inclinada de llamativos cuadros para hablar (no el corazón interesado por la pasión y el duelo) entre las vacías colinas de Tennessee de la tierra extranjera metropolitana y hormigueante.

—Luego desapareció. Ya era agosto; el correo a caballo que atravesaba el Paso había traído aquella semana los periódicos de Chattanooga y de Knoxville, y el domingo el predicador rezó por toda la gente al otro lado del mar hundida de nuevo en la guerra, el asesinato y la muerte repentina, y el siguiente sábado por la noche me contaron cómo había subido un escalón más en la masonería y en esa ocasión trataron de hablar con él dado que los periódicos de Chattanooga y de Knoxville atravesaban el Paso todos los días y también ellos los leían; sobre aquella batalla...

—Mons —dijo el mensajero.

—Mons —repitió el negro—, y le decían «¿También estaba la gente de tu país, no es cierto?», consiguiendo la clase de respuesta a la que sólo se podía replicar con un puñetazo. Y para el domingo siguiente ya se había marchado. Aunque por lo menos

esta vez sí supieron adónde, de manera que cuando por fin nos presentamos...

—¿Cómo? —dijo el mensajero—. ¿Les llevó desde junio hasta agosto llegar a Tennessee desde Missouri?

—No era agosto —dijo el anciano negro—, sino octubre. Fuimos andando. Teníamos que pararnos de cuando en cuando para buscar trabajo y ganar algún dinero con que comprar comida. Eso nos llevó algún tiempo, porque este muchacho aún no había crecido y yo sólo sé de caballos y de predicar y si me ponía a hacer cualquiera de las dos cosas, alguien podía preguntarme quién era.

—¿Me está diciendo que le llevaron el dinero sin obtener siquiera un anticipo para gastos de viaje?

—No había dinero —dijo el negro—. Nunca hubo dinero, excepto lo que necesitábamos, lo que teníamos que tener. Nadie creyó nunca que lo hubiera excepto aquel abogado de Nueva Orleans. Nunca tuvimos tiempo para molestarnos en ganar un montón de dinero que luego hiciera falta cuidar. Teníamos el caballo. Y queríamos evitar que a aquel caballo, que nunca quiso nada ni supo de otra cosa que ir por delante de todos los demás caballos en una carrera, lo devolvieran a Kentucky para no ser más que otro semental más el resto de su vida. Teníamos que salvarlo hasta que pudiera morirse sin saber nada más ni querer otra cosa que correr por delante de todos los demás. Al principio Mistairy pensaba de otra forma, tenía otras intenciones. Pero no por mucho tiempo. Fue mientras recorríamos Texas. Un día estábamos escondidos en el bosque junto a un arroyo y hablé con él y aquella noche lo bauticé en el arroyo como miembro de mi iglesia. Y después de eso supo ya que apostar es pecado. Teníamos que hacerlo a veces, ganar un poco de dinero para vivir, comprar pienso para el caballo y comida para nosotros. Pero eso era todo. Dios también lo sabía. Y no le parecía mal.

—¿Está usted ordenado como ministro del Señor?

—Doy testimonio —dijo el anciano negro.

—Pero no está ordenado. ¿Cómo hizo para incorporarlo a su iglesia?

—Calla, abuelo —dijo el joven.

—Espere —dijo el mensajero—. Ya sé. Mistairy también lo hizo masón a usted.

—Supongamos que lo hiciera —dijo el negro—. Usted y este muchacho son iguales. Cree que quizá yo no tenía derecho a hacerle cristiano, pero está seguro de que en ningún caso era asunto suyo hacerme a mí masón. Pero ¿qué le parece más fácil: decirle a un hombre que actúe como el jefe de los masones cree que debe actuar, que sólo es otro hombre tratando de saber qué es lo que se debe hacer, o decirle que el que manda en los cielos *sabe* cómo tiene que actuar, decirle que es Dios y *que sabe* lo que hace falta para aliviar sus sufrimientos y salvarlo?

—De acuerdo —dijo el mensajero—. Era octubre...

—Sólo que esta vez sabían dónde estaba. «¿Francia?», dije sin entender, con este

muchacho tirándome ya de la manga y diciendo, «Vamos, abuelo, vamos». «¿Por dónde se va?», dije. «¿También está eso en Tennessee?» «Vamos, abuelo», dijo este muchacho, «yo sé dónde está».

—Sí —le dijo el mensajero al joven negro—. Me ocuparé de ti dentro de un momento.

—Así que se vino usted a Francia —volviéndose al anciano negro—. Ni siquiera voy a preguntarle cómo lo hizo sin tener un céntimo. Porque fue Dios, ¿no es así?

—Fue la Sociedad —dijo el joven. Pero pronunció la palabra en francés y dijo «société».

—Sí —le dijo el mensajero al joven. Se lo dijo en francés, su mejor francés: el argot suelto, elegante, febril, nacido en los bajos fondos de París e inmolado en los salones internacionales después de pasar por los clubs nocturnos—. Me estaba preguntando quién hablaba en su nombre. ¿Fuiste tú, no es cierto?

—Alguien tenía que hacerlo —dijo el joven en un francés todavía mejor, el francés de la Sorbona, del Instituto, mientras el anciano negro escuchaba, tranquilo y sereno, hasta que dijo:

—Su mamá era una chica de Nueva Orleans que sabía hablar de esa manera. Ahí lo aprendió.

—Pero no el acento —dijo el mensajero—. ¿Dónde conseguiste el acento?

—No lo sé —dijo el joven—. Se me pegó, sin más.

—¿Se te podrían «pegar» el griego o el latín o el español de la misma manera?

—No lo he intentado —dijo el otro—. Calculo que podría, si no son más difíciles.

—Está bien —dijo el mensajero, hablando ahora con el anciano negro—. ¿Ya contaba usted con la Sociedad antes de salir de los Estados Unidos? —y oyó lo que sigue, sin orden ni recursos oratorios, también como un sueño: estaban en Nueva York, ellos que un año antes no sabían que la tierra se extendiera más allá de la distancia entre Lexington, Kentucky y Louisville hasta que la recorrieron, hasta que pisaron la tierra dura y perdurable que llevaba los nombres de Louisiana y Missouri y Texas y Arkansas y Ohio y Tennessee y Alabama y Mississippi, palabras que hasta entonces no reposaban sobre nada, no pertenecían a ningún lugar, como las que designaban a Avalon o Astalot o Ultima Thule. Luego, una vez allí, apareció inmediatamente una mujer, una «dama», pasada ya la juventud, ricamente adornada con pieles...

—Ya sé —dijo el mensajero—. Vino con usted, en el coche, aquel día de la primavera pasada cuando visitaron Amiens. El hijo de esa señora está en la escuadrilla francesa que mantiene con su dinero.

—Estaba —intervino el joven—. Su hijo ha muerto. Era un voluntario, uno de los primeros aviadores muertos al servicio de Francia. Entonces empezó a dar dinero para la escuadrilla.

—Porque estaba equivocada —dijo el anciano negro.

—¿Equivocada? —preguntó el mensajero—. Ah. ¿El monumento para su hijo muerto era una máquina de guerra que matara cuantos más alemanes mejor, puesto que un alemán lo mató a él? ¿No es eso? Y cuando usted se lo explicó, ¿no fue como aquella mañana en el bosque cuando habló usted con el cuatrero y luego lo bautizó en el arroyo, salvándolo? De acuerdo, cuéntemelo.

—Sí —dijo el negro, procediendo a contárselo: cómo los tres atravesaron, por así decirlo, una serie de avatares: desde lo que debió de haber sido un apartamento de Park Avenue, a lo que tuvo que ser un despacho en Wall Street, hasta otro despacho, otra habitación: un individuo relativamente joven con un parche negro en un ojo, una pata de palo y una hilera de medallas en miniatura sobre la chaqueta, y otro hombre de más edad, con una diminuta cosa roja, parecida a un minúsculo botón de rosa, hablando en gluglú con la dama y luego también con el joven...

—¿Un consulado francés? —dijo el mensajero—. ¿Buscando a Mistairy?

—Era Verdún —dijo el joven.

—¿Verdún? —preguntó el mensajero—. Eso fue exactamente el año pasado..., 1916. Les llevó hasta 1916...

—Andábamos y trabajábamos. Luego el abuelo empezó a escuchar lo que contaban...

—Había demasiados —dijo el anciano negro—. Hombres y muchachitos que bajaban durante meses a una trinchera embarrada para matarse entre sí. Había demasiados. Sin sitio siquiera para tumbarse tranquilamente y descansar. Lo único que se puede matar de los hombres es la carne. No se puede matar la voz. Y si hay carne suficiente, aunque falte sitio para tumbarse y descansar, también se la oye.

—¿Incluso aunque sólo diga «Por qué»? —preguntó el mensajero.

—¿Hay algo más perturbador que oír a un ser humano preguntarte, Dime por qué, Dime cómo, Enséñame el camino?

—¿Y usted es capaz de enseñarles el camino?

—Al menos creo —dijo el anciano negro.

—De manera que como usted era creyente, el gobierno francés lo mandó a Francia.

—Fue la señora —dijo el joven—. Fue ella quien pagó.

—También ella creía —dijo el anciano negro—. Todos creían. El dinero no contaba, porque para entonces todos sabían ya que el dinero, por sí solo, había fracasado.

—De acuerdo —dijo el mensajero—. En cualquier caso, vinieron ustedes a Francia... —escuchándolo: un barco; había un comité de una o dos personas en Brest, aunque no fueran más que militares, oficiales de estado mayor para facilitar las cosas, quizá no un tren especial pero, al menos, uno que tuviera precedencia sobre todo lo

que no fuera militar; la casa, el palacio, sonoro y vacío, los esperaba ya en París, incluso aunque no estuviera listo el estandarte que se colocaría sobre la verja ducal y siguieran reflexionando sobre la inscripción que llevaría. Pero no se tardó mucho en todo aquello y la casa, el palacio, tampoco permaneció vacío mucho tiempo: primero las mujeres de negro, las ancianas y las jóvenes con los bebés, luego los mutilados con su azul claro verdoso manchado en las trincheras, que iban a sentarse durante un rato en los duros bancos provisionales, y no siempre para verlo a él, puesto que todavía trataba de localizar a su compañero, a su Mistairy, contando también esto: en París, desde el Ministerio de la Guerra hasta el Ministerio de Asuntos Exteriores; en Londres desde Downing Street hasta Whitehall y finalmente también en Poperinghe, hasta que finalmente se le pudo localizar: como el caballo de Newmarket y su leyenda se conocían y se recordaban también en Whitehall, el interesado podría haber conseguido cuidar del caballo del comandante en jefe en persona si hubiese querido, pero se alistó en cambio con el contingente de Londres, hasta que, cuando apenas había aprendido a enrollarse las polainas, se encontró en un puesto que lo hubiera relegado durante toda la guerra a la condición de mozo de caballos y herrero en un escuadrón de los *Life and Horse Guards* si no hubiera enseñado al sargento encargado del reclutamiento a tirar los dados a la manera estadounidense, ganándose así la libertad y convirtiéndose, por espacio de dos años, en soldado raso en un batallón de combate de los fronterizos de Northumberland.

—Si bien, cuando usted lo encontró por fin, apenas le dirigió la palabra —comentó el mensajero.

—Todavía no está preparado —dijo el anciano negro—. Podemos esperar. Hay tiempo de sobra.

—¿Podemos? —preguntó el mensajero—. ¿Se refiere a usted y a Dios?

—Sí. Incluso aunque acabe el año que viene.

—¿La guerra? ¿Esta guerra? ¿Se lo ha dicho Dios?

—Está bien. Ríase de Él. Tampoco eso le importa.

—¿Es que puedo hacer algo mejor que reírme? —dijo el mensajero—. ¿Acaso no prefiere las risas a las lágrimas?

—Dios tiene espacio para ambas cosas. Todo es lo mismo para Él; puede afligirse por unas y por otras.

—Sí —dijo el mensajero—. Demasiado de todo. Demasiada gente. Con demasiada frecuencia. Hubo otra el año pasado, llamada la batalla del Somme; ahora dan condecoraciones por valentía porque todos los hombres son valientes si se les asusta lo suficiente. Habrá oído usted hablar de esa batalla, también les habrá oído a ellos.

—También a ellos —dijo el anciano.

—*Les Amis de la France de Tout le Monde* —repitió el mensajero—. Sólo creer,

esperar. Ese poco. Así de poco. Sentarse juntos en una habitación llena de dolor y creer y esperar. ¿Y eso es bastante? Como el médico cuando estás enfermo: sabes que no te puede curar con una imposición de manos y no esperas que lo haga; todo lo que necesitas es alguien que diga «Cree y espera. Ten valor». Pero supongamos que ya es demasiado tarde para el médico; lo único que serviría ya, allí donde de verdad está la sangre, sería un cirujano, alguien acostumbrado a la sangre.

—En ese caso también Él habría pensado en ello.

—Entonces, ¿por qué no lo ha mandado a usted allí, en lugar de dejarlo aquí, comiendo caliente, vestido con ropa limpia y sin parásitos y viviendo en un palacio?

—Quizá porque sabe que me falta valor —dijo el anciano.

—¿Iría usted si Él lo enviara?

—Lo intentaría —dijo el negro—. Si pudiera hacer la tarea, ni a Él ni a mí nos importaría lo valiente que fuese.

—Creer y esperar —dijo el mensajero—. Sí, claro; he cruzado el salón de abajo; los he visto; paseaba por la calle y he visto por casualidad el estandarte encima de la verja. Me dirigía hacia otro sitio y, sin embargo, aquí estoy. Pero no para creer y esperar. Porque el ser humano soporta lo que sea con tal de que le quede algo, una insignificancia: su integridad de criatura con la resistencia y la dureza suficientes no sólo para no esperar, sino para no creer siquiera, ni echar de menos la fe; ser lo bastante resistente para durar hasta el resplandor, el estallido, lo que quiera que sea, cuando desaparecerá y ya nada tendrá la menor importancia, ni siquiera el hecho de que haya sido resistente y haya durado hasta entonces.

—Es cierto —dijo el anciano negro sin inmutarse—, quizá tenga usted que volver al frente mañana mismo. De manera que váyase y disfrute de París mientras aún le queda tiempo.

—¡Ah! —dijo el mensajero—. *Ave Bacchus et Venus, morituri vos salutant*, ¿eh? ¿No tendría usted que llamarlo pecado?

—El mal es una parte del hombre; el mal, el pecado y la cobardía, al igual que el arrepentimiento y el valor. Hay que creer en todas esas cosas o no creer en ninguna. Creer que el hombre es capaz de todas ellas o de ninguna. Puede usted salir por ahí, si lo prefiere, sin tener que encontrarse con nadie.

—Gracias —dijo el mensajero—. Quizá lo que necesito es tener que encontrarme con alguien. Tener que creer. No en algo concreto: sólo creer. Entrar en ese salón de ahí abajo, no escapar de algo sino escapar hacia algo, huir de la humanidad durante un rato. Ni siquiera contemplar ese estandarte porque probablemente algunos de ellos ni siquiera saben leerlo: tan sólo sentarme en el mismo sitio un rato con esa afirmación, esa promesa, esa esperanza. Si yo pudiera. Si usted pudiera. Si pudiera cualquiera. ¿Sabe cuál es la experiencia más solitaria de todas? Pero por supuesto que lo sabe; acaba de decirlo. Es estar vivo, respirar.

—Mande a buscarme —dijo el anciano negro.

—Sí, por supuesto..., si pudiera.

—Lo sé —dijo el negro—. Tampoco usted está listo aún. Pero cuando lo esté, mande por mí.

—¿Cuándo esté listo para qué? —dijo el mensajero.

—Cuando me necesite.

—¿Para qué lo puedo necesitar yo, si todo habrá terminado el año que viene? Sólo tengo que seguir vivo.

—Mande a buscarme —dijo el anciano negro.

—Hasta la vista —dijo el mensajero.

* * *

Descendió utilizando el mismo camino; aún seguían allí, en el vasto salón semejante a una catedral, no sólo los del principio sino el goteo constante de recién llegados, que ni siquiera miraban la inscripción, limitándose a permanecer durante un rato dentro de las mismas paredes que aquella inocente e irreductible afirmación. Y el mensajero había tenido razón: estaban ya en agosto y se veían uniformes estadounidenses en Francia, no como unidades combatientes, pero sí a título individual, todavía aprendiendo: un capitán y dos tenientes se habían incorporado al batallón para recibir el bautismo de sangre sobre los viejos nombres del Somme, preparándose, capacitándose para conducir a los suyos al antiguo y familiar matadero; pensó: *Sí, claro, tres años más y habremos agotado Europa. Entonces todos, boches y aliados juntos, trasladaremos intacto todo el problema a los jugosos pastizales transatlánticos, a la escena estadounidense todavía virgen, como si se tratara de un grupo de músicos ambulantes.*

Luego ya era invierno; más tarde, recordándolo, le parecería que podría haber sido realmente el aniversario del Hijo del Hombre; en un día gris y frío, cuando los grises adoquines en la plaza del *Hôtel de Ville* de aquel pueblo relucían y se ondulaban como los cantos rodados en el fondo de un arroyo, vio al grupo que crecía continuamente y se unió a ellos, por simple curiosidad al principio, descubriendo, por encima de las húmedas espaldas de color caqui, el pequeño grupo de uniformes azul claro verdoso ennegrecidos en la batalla y cuyo jefe indiscutible o, al menos, aparente, llevaba galones de cabo del ejército francés, los rostros insólitos y extranjeros y todos con el mismo aire de sentirse perdidos, de quienes —algunos de ellos al menos— han alcanzado cierto punto o lugar o situación sin otra fuerza que la temeridad y ya ni siquiera tienen confianza en la misma temeridad, y tres o cuatro sin duda extranjeros, que le recordaban a los que se daba por sentado que la Legión extranjera francesa había reclutado en las cárceles europeas. Y si en algún momento anterior habían llegado a hablar, dejaron de hacerlo tan pronto como él apareció y fue

reconocido, los rostros, las cabezas por encima de los húmedos hombros de color caqui volviéndose para reconocerlo y adoptando al instante la expresión indecisa, reservada y vigilante con la que había llegado a familiarizarse desde que, partiendo de la oficina de la compañía, se extendió la noticia (probablemente transmitida por un cabo oficinista) de que en otro tiempo había sido teniente.

De manera que se marchó. En la oficina supo que estaban estrictamente en regla según el protocolo militar: tenían pases para visitar los hogares de uno o dos o tres de entre ellos en pueblos situados dentro de la zona británica. Luego, gracias al capellán del batallón, empezó incluso a adivinar por qué. No a saber el porqué sino a adivinarlo.

—Es un problema de estado mayor —dijo el capellán—. Algo que viene sucediendo desde hace uno o dos años. Incluso los estadounidenses están probablemente al corriente del caso a estas alturas. El grupo entero aparece, con sus pases correctamente expedidos y con todos los visados reglamentarios en los acantonamientos donde descansan las tropas. Se los conoce y, por supuesto, se los vigila. El problema consiste en que no han... —y se detuvo, mientras el mensajero se lo quedaba mirando.

—Iba usted a decir «no han hecho nada malo todavía» —dijo el mensajero—. ¿Malo? —añadió con suavidad—. ¿Problema? ¿Acaso es un problema y es malo para los hombres de primera línea pensar en la paz, pensar en que, después de todo, podemos dejar de combatir si lo quiere un número suficiente?

—Pensarlo, pero no hablar de ello. Eso es sedición. Hay maneras de hacer las cosas y maneras de no hacerlas.

—¿Dar al César? —preguntó el mensajero.

—No puedo hablar de ese asunto mientras lleve esto —dijo el capellán, señalando con un gesto rápido el símbolo militar en el puño.

—Pero también lleva usted eso otro —dijo el mensajero, indicando a su vez con la mano el cuello y la V negra de la sotana dentro de las solapas de la guerrera.

—Que Dios nos ayude —dijo el capellán.

—O nosotros a Dios —respondió el mensajero—. Quizá ya haya llegado el momento —y también se marchó de allí, mientras el invierno seguía su curso hacia la primavera y hacia la siguiente batalla definitiva que pondría fin a la guerra, y durante la cual oiría una vez más hablar de los trece, rumores llegados desde las retaguardias de las zonas militares (ahora tres), vigilados todavía por los servicios de información (ahora tres), pero todavía en un punto muerto porque no habían hecho aún, en realidad, nada malo, todavía no, al menos; a decir verdad el mensajero había empezado ya a pensar en ellos como una concesión aceptada oficialmente e incluso definitiva a la natural e inquebrantable convicción de todo soldado de que a él, al menos, no lo van a matar, equiparable a las reglamentadas remesas de putas que se

enviaban a las zonas de retaguardia como concesión a las necesidades sexuales naturales y normales de todo hombre, pensando (el mensajero) con amargura y en silencio, como ya lo había pensado anteriormente: *Su prototipo sólo tenía que luchar con la natural propensión del ser humano hacia el mal; éste de ahora se enfrenta con la infalibilidad rojo y oro de todos los estados mayores generales.*

Y, esta vez (era mayo de nuevo, el cuarto que veía desde debajo de un casco de acero, el batallón había vuelto al frente una vez más dos días antes y él acababa de salir del cuartel general del cuerpo de ejército en Villeneuve-Blanche), se produjo tal algarabía de silbatos de suboficiales y tal estruendo de presentación de armas cuando vio de nuevo el enorme automóvil negro, que en un primer momento lo creyó lleno de generales franceses y británicos y estadounidenses hasta que comprobó que tan sólo uno era general, el francés; luego los reconoció a todos: en el asiento trasero, junto al general, el casco azul completamente nuevo, tan inmaculado y tan virgen de intemperies y peligros como un zafiro en bruto, por encima de las facciones romanas y la guerrera de color azul claro verdoso, también inmaculada con los galones de cabo, y el joven, ahora ya con uniforme de capitán norteamericano, en el segundo traspontín, junto al comandante británico de estado mayor, por lo que el mensajero, dando media vuelta sin cambiar el paso, se dirigió hacia el vehículo, se detuvo un paso antes, dio un taconazo, hizo el saludo militar y le dijo al comandante con voz sonora:

—¡A sus órdenes, mi comandante!

Luego se dirigió también en francés al general, un hombre mayor, con las suficientes estrellas en la gorra como para mandar por lo menos un ejército.

—Buenos días, hijo mío —le respondió el general.

—¿Se me permite decirle unas palabras a monsieur le Directeur, el compañero de su excelencia?

—Ciertamente, hijo mío —dijo el general.

—Gracias, mi general —dijo el mensajero—. Se le ha escapado otra vez —dirigiéndose al anciano negro.

—Sí —respondió el otro—. Aún no está preparado del todo. Pero no se olvide de lo que le dije el año pasado. Mande a buscarme.

—Y usted no olvide tampoco lo que le dije yo el año pasado —replicó el mensajero, dando después un paso atrás y deteniéndose de nuevo—. Pero le deseo buena suerte de todos modos; él no la necesita —dijo, antes de dar el taconazo, de hacer el saludo militar y de decir de nuevo, con voz sonora y vacía, dirigiéndose al oficial de estado mayor o quizá a nadie en particular:

—¡A sus órdenes, mi comandante!

Y aquello había sido todo, pensó; nunca volvería a verlos: ni el rostro noble y solemne, ni el muchacho extraño y también solemne. Pero se equivocaba. Menos de

tres días después estaba en la zanja junto a la carretera oscura y veía a los camiones que avanzaban camino del frente cargados con lo que el viejo vigilante de Saint-Omer le dijo que eran obuses antiaéreos huecos, y menos de cuatro cuando se despertó, gimiendo y ahogándose en su propia sangre hasta que pudo volver la cabeza y escupir (tenía el labio cortado e iba a perder dos dientes —cuando escupió de nuevo ya los había perdido— y ahora recordaba incluso la culata del fusil en la cara), oyendo ya (aquello fue lo que lo despertó, lo que lo reanimó) el terror de aquel silencio.

Supo de inmediato dónde estaba: en el mismo lugar donde estaba siempre, dormido o de servicio: tumbado (alguien incluso le había extendido por encima su manta) sobre el saliente de tierra tallado en la pared de la cueva diminuta que era la antecámara del refugio subterráneo del batallón. Y estaba solo: ningún centinela armado que hiciera guardia delante de la entrada para vigilarlo, como, ahora se daba cuenta, había esperado que sucediera; tampoco lo habían esposado; no había nada, excepto él mismo, tumbado, pero en apariencia libre, en un saliente familiar y en medio de un silencio que no se daba sólo en la superficie sino también allí: ausencia de telefonista en la cercana centralita, ninguno de los ruidos —voces, movimiento, ir y venir de ordenanzas y de comandantes de compañía y de suboficiales, todo el ordenado desorden de un puesto de mando de batallón funcionando normalmente en el estrecho espacio de un refugio subterráneo— que hubiera debido producir el refugio mismo: tan sólo el rumor silencioso del peso acumulado de la tierra apuntalada y en equilibrio con el que todos los animales subterráneos —tejonos y zapadores y topos— van perdiendo capacidad auditiva hasta que dejan de oírlo. Su reloj (intacto, sorprendentemente) señalaba las 10.19, si de la mañana o de la noche, no hubiera podido decirlo allí, bajo tierra, aunque no podían, no debían ser las 10.19 de la noche, porque él no podía, no debía llevar allí cerca de veinte horas; incluso las siete que supondría el caso contrario serían ya demasiadas. De manera que se hizo cargo al menos de que el puesto de mando en su totalidad —coronel, ayudante, sargento mayor y telefonista, con su línea provisionalmente empalmada y extendida — estaría fuera, escondido detrás del parapeto, mirando a través del periscopio, del otro lado del vacío silencioso y cubierto de ruinas, a las líneas opuestas, donde sus equivalentes alemanes también estarían escondidos detrás de un parapeto, examinando, igualmente, a través de sus periscopios, el otro lado de aquella desolación primaveral, de aquel silencio, esperando también ellos, vigilantes y estupefactos.

Pero no se movió aún. No porque quizá fuese ya demasiado tarde; había decidido negarse a creerlo, dejando por tanto de pensar en ello. Sino porque el centinela armado quizá estuviera en el refugio mismo, guardando la única salida posible. Pensó incluso en emitir algún ruido, un gemido, algo que lo atrajera; pensó incluso en lo que

le diría: *¿No lo entiendes? No sabemos qué es lo que se proponen, y parece que sólo yo estoy asustado o preocupado. Si me equivoco, todos acabaremos muertos antes o después. Si estoy en lo cierto y me matas aquí de un tiro, todos moriremos sin duda alguna. O todavía mejor: Dispara contra mí. Seré el único ser humano en estos cuatro años que habrá muerto tranquila, pacífica y reposadamente y con la ropa seca en lugar de jadeante, embarrado hasta la cintura o completamente empapado por el sudor del esfuerzo y de la angustia.* Pero no lo hizo. No tuvo que hacerlo. También el refugio estaba vacío. El centinela armado se hallaba quizá en lo alto de la escalera en lugar de abajo, pero allí o en sus proximidades estarían también el coronel, su estado mayor y su periscopio; en un lugar o en otro tendría, además, que correr el riesgo, que enfrentarse con el fusil, y no importaría dónde, puesto que (para él) sólo contenía un proyectil, mientras que aquello con lo que él estaba armado era capaz de contener todo el tiempo, toda la humanidad.

Encontró inmediatamente su casco. No dispondría de fusil, por supuesto, pero en el momento mismo en que se resignaba encontró uno, apoyado contra la pared detrás de la mesa del sargento mayor (sí, claro, aquello con lo que estaba armado lo equipaba incluso, cuando era necesario, con aquello a lo que su propio armamento era sin duda superior) y sí, allí estaba todavía, en la mesa del sargento mayor: el permiso extendido a su nombre el lunes que le permitía trasladarse al cuartel general del cuerpo y regresar luego, de manera que ni siquiera encontraría un centinela en lo alto de los cincuenta y dos escalones que desembocaban en la trinchera, tan sólo el estado mayor transubstanciado del regimiento, tal como había sabido de antemano: coronel, ayudante, sargento mayor, teléfono, periscopios y todo lo demás, mientras que lo que él iba a decir lo tenía ya en la lengua cuando el sargento mayor se volvió y lo miró.

—Letrinas —dijo.

—De acuerdo —respondió el sargento mayor—. Pero deprisita. Después vuelva aquí.

—A la orden, mi sargento —dijo; y dos horas después se hallaba de nuevo entre los árboles desde donde había visto cómo se movían las linternas alrededor de la batería antiaérea dos noches antes; tres horas después vio a los tres aeroplanos (eran S.E.5) en un cielo que llevaba ya cuarenta y ocho horas vacío de aviones, y vio y oyó el frenético estruendo de los obuses por encima del frente enemigo. Luego vio también el aeroplano alemán, lo vio volar en línea recta y al parecer no a gran velocidad, cercado por los estallidos blancos de la defensa antiaérea británica que llevaban su mismo ritmo, atravesando la tierra de nadie, y los tres S.E., en medio de los estallidos negros de la defensa antiaérea boche, subiendo en ángulo abrupto y dejándose luego caer en dirección al aparato alemán; y vio cómo uno de ellos se colgaba de la cola del alemán durante lo que debió de ser al menos un minuto o dos, ambos aviones, en apariencia, estrechamente unidos mediante los sutiles hilos de las

balas trazadoras, sin que por ello el boche dejara de volar uniforme y serenamente, descendiendo siempre, hasta pasar incluso por encima del mensajero, y cómo la batería situada detrás (cerca) de donde él se escondía abrió fuego contra el boche con el frenesí de la desesperada frustración histérica compartida por todas las baterías antiaéreas; el avión boche descendió, desapareció exactamente por encima de los árboles y, de repente, supo adónde iba: al aeródromo cercano a Villeneuve-Blanche; desapareció mientras descendía, sin prisa, serenamente, rodeado hasta el final por aquel inútil simulacro de furia, los S.E.5, por su parte, remontaron el vuelo y se alejaron en una última ascensión casi vertical; y, como si aquello no bastara para decirle lo que tenía que hacer, vio cómo uno de los aviones británicos giraba sobre sí mismo en lo más alto del rizo y, helado, inmóvil, lo vio descender en picado, lanzándose directamente contra la batería misma, la nariz centelleando a ráfagas debido a las balas trazadoras dirigidas directamente a la batería y al grupo de artilleros a su alrededor, siempre descendiendo, sobrepasando incluso lo que el mensajero hubiera creído ser el instante a partir del cual ya no sería posible evitar que el avión se estrellara contra la batería, pero recuperando aún la horizontalidad; y el mensajero mismo lo vio progresar rápidamente hacia él, atravesar el terreno que le separaba de la batería, oyó el crepitar entrecortado de las balas trazadoras, hasta que se encontró mirando directamente al guiño centelleante y la cabeza del piloto, cubierta con el casco y protegida por las gafas de aviador, por detrás y por encima, tan cerca que probablemente podrían reconocerse mutuamente si alguna vez volvieran a verse: ambos fundidos un instante, un segundo, por el tenue hilo llameante de un simulacro de muerte (después recordaría incluso el choque ligero contra la pierna, como si alguien le hubiera dado un capirotazo); luego el aeroplano restableció definitivamente la horizontal y, con un solo bramido hondo y un violento chorro de aire descendente, volvió a subir con brusquedad, y siguió trepando hasta que el rugiente gemido se hizo imperceptible, el mensajero todavía inmóvil, todavía congelado mientras el gruñido perdía fuerza, se apagaba poco a poco y también se disipaba el ligero olor sulfuroso a lana quemada que desprendía el faldón de su guerrera.

Aquello bastó. Ni siquiera esperaba poder superar la primera barricada en la carretera cuando se acercase al aeródromo de Villeneuve-Blanche, él mismo hablando con el cabo, encañonado no por un fusil sino por una ametralladora:

—Soy mensajero del batallón XXX.

—Lo siento mucho —dijo el cabo—, pero no puedes pasar —tampoco quería en realidad. Ya sabía lo suficiente. Diez horas después, uniformado como un gendarme de Villeneuve-Blanche, se hallaba en París, atravesando de nuevo las calles oscuras y silenciosas de una ciudad horrorizada y ansiosa por la que hormigueaba no sólo la policía civil francesa sino las policías militares de las tres naciones, cuyos vehículos

motorizados, repletos de soldados armados, recorrían las calles, hasta que pasó de nuevo bajo el estandarte y la inscripción que coronaba la cimbra de la entrada.

Miércoles por la noche

Para la joven que esperaba en el interior de la ciudad, junto a la vieja puerta del lado oriental, el dispersarse de la multitud que llenaba la plaza del *Hôtel de Ville* sólo supuso un largo ruido apresurado, débil, remoto, superficial, tan lejano e impreciso como un derramarse de agua o como el aleteo de una formidable bandada de aves migratorias. Con la cabeza vuelta, inmovilizada, y una mano casi transparente sujetando con fuerza sobre el pecho el lamentable chal, pareció escucharlo casi con indiferencia mientras el ruido llenaba la puesta de sol —de color azafrán entre la ciudad violeta y el firmamento azul verdoso—, para ir después desvaneciéndose poco a poco.

Luego la muchacha se volvió hacia el sitio donde, por debajo del antiguo arco, la carretera entraba en la ciudad. Estaba casi vacía ya, tan sólo un escaso goteo, los últimos, las heces; al volverse, su rostro, todavía pálido y crispado, resultaba casi apacible ya, como si la jornada de vigilancia y espera hubiera terminado por agotar la angustia matutina, deparándole el olvido.

Y ni siquiera vigilaba la carretera cuando una mano, soltando el chal, rozó el delantero de su vestido y se detuvo, todo su cuerpo inmóvil mientras la mano buscaba algo a tientas a través de la tela, tocándolo como si no supiera lo que estaba a punto de encontrar. Luego metió la mano por debajo de la ropa y sacó el objeto: la corteza de pan recibida en el bulevar, casi doce horas antes, tibia por el calor de su cuerpo y de la que, a juzgar por la expresión de su rostro, se había olvidado por completo, incluso de haberla guardado allí. Luego volvió incluso a olvidarse del pan, llevandoselo vorazmente a la boca, apretado en un frágil puño, picoteándolo con rápidos movimientos como de pájaro, mientras una vez más vigilaba la puerta, hacia donde se acercaban con lentitud quienes entraban en la ciudad, arrastrándose penosamente. Porque se trataba de los restos, del residuo: de los muy viejos y de los muy jóvenes, retrasados no porque hubieran tenido que venir desde más lejos, sino porque algunos habían vivido lo bastante como para sobrevivir a parientes y amigos propietarios de carros que pudieran prestarles o compartir con ellos, y otros habían vivido aún demasiado poco para contar con amigos en condiciones de poseer vehículos o ya se habían convertido en huérfanos al cabo de tres años, dada la participación del regimiento en los combates de Béthune, de Souchez y en el Chemin-des-Dames, todos, viejos y jóvenes, arrastrándose hacia la ciudad al ritmo de los más pequeños y de los más débiles.

Luego, de repente, la muchacha echó a correr, la boca llena de pan, masticando todavía cuando se precipitó bajo la penumbra de la bóveda centenaria, evitando, sin dejar de correr, a una anciana y a un niño que entraban en aquel momento, cambiando

simplemente de pie como un caballo en plena carrera que se dispone a saltar, lanzando la corteza hacia atrás, entregándola con desprecio al aire inconsistente e inerte, sin dejar de correr hacia un grupo que llegaba en aquel momento por la carretera, casi completamente desierta: un viejo y tres mujeres, una de las cuales llevaba un niño en brazos. Esta última reparó en ella y se detuvo. La segunda mujer se detuvo también, si bien los demás —un anciano con una sola muleta que acarreaba un hatillo y se apoyaba en el brazo de una anciana que parecía ciega— aún seguían andando cuando la joven se cruzó corriendo con ellos hasta llegar a la altura de la mujer con el niño y detenerse ante ella, el pálido rostro de nuevo frenético y porfiado:

—¡Marthe! —dijo—. ¡Marthe!

La interpelada respondió de inmediato, con laconismo, no en francés sino en una lengua entrecortada, llena de rápidas y ásperas consonantes, muy de acuerdo con sus facciones, con su rostro moreno, plácido, sin atractivo, enérgico, competente, de campesina originaria de la vieja cuna montañosa de Europa central, y, aunque un momento después pasó a hablar en un francés sin acento, resultaba evidente que aquella mujer no estaba en absoluto emparentada con el niño que llevaba en brazos, de ojos azules y sonrosada tez de flamenco. La mujer empezó a hablar en francés de inmediato, como si, al mirar a la joven, comprendiera que, aun en el caso de que hubiera entendido en otro tiempo la primera lengua, o ya no la entendía o la había olvidado. La ciega que sostenía al anciano lisiado también se detuvo entonces, procediendo a dar media vuelta y a volver sobre sus pasos; y en aquel momento hubiera sido posible fijarse por vez primera en el rostro de la segunda mujer, la que se había detenido al mismo tiempo que la que llevaba al niño, casi idéntico al de la otra; eran hermanas, sin la menor duda. A primera vista, aquel rostro parecía el de más edad. Pero enseguida se advertía que era mucho más joven. Hasta que, finalmente, se llegaba a la conclusión de que carecía de edad; de que tenía todas las edades y no tenía ninguna; de que era el rostro apacible de una simple de espíritu.

—Cállate —dijo la mujer que llevaba al niño—. No lo fusilarán sin los otros.

Luego la ciega se acercó, arrastrando al anciano. Vuelta simultáneamente hacia todos, y hacia ninguno en particular, se inmovilizó mientras escuchaba la respiración de la muchacha hasta localizarla y dirigir rápidamente hacia ella la feroz mirada vidriosa.

—¿Lo han cogido? —preguntó.

—Todos lo sabemos —respondió al instante la mujer con el niño—. Vamos a continuar.

Pero la ciega no se movió, maciza e invidente en la carretera, bloqueándola, vuelta aún hacia la joven.

—Tú —dijo—. No me refiero a los estúpidos que lo escucharon y que merecen morir por ello. Hablo del extranjero, del anarquista que los asesinó. ¿Lo han cogido?

Contéstame.

—También está allí —dijo la mujer que llevaba al niño, poniéndose de nuevo en marcha—. Vamos.

Pero la ciega siguió sin moverse, excepto para volver el rostro, mientras hablaba, hacia la mujer con el niño.

—No es eso lo que he preguntado —dijo.

—Ya me has oído decir que también lo fusilarán —respondió la mujer con el niño. Reanudó la marcha, como para tocar a la ciega con la mano y hacer que se volviera. Pero antes de que la mano la alcanzara, la mujer que no veía levantó la suya bruscamente, golpeando al bajar la mano de la otra.

—Que me responda ella —dijo, volviéndose de nuevo hacia la muchacha—. ¿No lo han fusilado todavía? ¿Te has quedado sin lengua? Tenías mucho que decir mientras te acercabas —pero la joven no hizo otra cosa que mirarla.

—Contéstale —dijo la mujer que llevaba al niño.

—No —susurró la muchacha.

—Vaya —dijo la ciega. Aunque carecía de motivos para parpadear y de manera de hacerlo, no se podría, sin embargo, calificar de otra manera su gesto. Luego empezó a mover la cabeza rápidamente tanto en la dirección de la joven como de la mujer con el niño. Antes incluso de que hablara, la muchacha pareció encogerse, mirándola fijamente con ojos desorbitados, como si presintiera lo que iba a decir. La voz de la ciega se hizo sedosa, zalamera—. Tú también tienes a alguien de la familia en el regimiento, ¿no es verdad? ¿Marido..., hermano..., un novio?

—Sí —dijo la mujer que llevaba al niño en brazos.

—¿Cuál de las dos? —preguntó la ciega.

—Las tres —dijo la mujer con el niño—. Un hermano.

—¿También un novio, quizá? —dijo la ciega—. ¿No es cierto?

—Sí —respondió la mujer con el niño.

—De manera que eso es lo que hay —dijo la ciega. Volvió bruscamente la cabeza hacia la muchacha—. Tú —exclamó—. Quizá digas que eres de este distrito, pero a mí no me engañas. Se te nota al hablar. Y tú... —volviéndose de nuevo hacia la mujer con el niño—, ni siquiera eres francesa. Lo supe desde el momento en que aparecisteis las dos, saliendo de no se sabe dónde, hablando de que le habíais dado el carro a una mujer encinta. Quizá logréis engañar a los que no tienen más que ojos, ni otra cosa que hacer excepto creerse todo lo que ven. Pero yo no.

—¡Angélique! —llamó el anciano con una vocecita temblorosa, como caída en desuso. La ciega no le hizo el menor caso. Tenía enfrente a las dos mujeres. O a las tres, también a la tercera: la hermana de más edad que no había hablado aún y que nadie, al mirarla, sabría nunca si se disponía a hablar o no y que, incluso, cuando finalmente lo hiciera, no sería en el lenguaje de las pasiones familiares y conocidas:

sospecha o desprecio o miedo o indignación; que ni siquiera había saludado a la muchacha que acababa de llamar a su hermana por su nombre de pila, y que se había detenido simplemente porque su hermana lo había hecho y que, en apariencia, se limitaba a esperar, con tranquila e infinita paciencia, a que su hermana se moviera de nuevo, contemplando sucesivamente, con serena indiferencia, a las personas que hablaban.

—De manera que el anarquista asesino de franceses es tu hermano —dijo la ciega. Siempre vuelta hacia la mujer con el niño, agitó lateralmente la cabeza en dirección a la chica—. ¿Qué parentesco dice ésa que tiene con él..., también hermano, o quizá tío?

—Es su mujer —dijo la mujer con el niño.

—Más bien su puta, querrás decir —replicó la ciega—. Y tal vez esté mirando a dos más, aunque seáis las dos lo bastante viejas para ser sus abuelas. Dámelo —de nuevo, con la precisión de quien ve, se movió hacia el débil ruido de la respiración del niño y, antes de que la otra pudiera moverse, se lo arrebató—. Asesinos —dijo.

—Angélique —repitió el anciano.

—Recógelo —le gritó la ciega. Era el hatillo; sólo ella, que seguía vuelta hacia las otras tres mujeres, supo antes que el mismo anciano que lo había dejado caer. El otro se inclinó, prudente, dejando descender la mano poco a poco, con insoportable lentitud, muleta abajo, hasta recoger el bulto, y luego volvió a enderezarse por el mismo procedimiento. Apenas había terminado de incorporarse cuando la mano de la otra se adelantó con aquella implacable precisión ciega que la caracterizaba y lo agarró del brazo, arrastrándolo consigo al ponerse en movimiento, el niño sentado en el hombro opuesto y contemplando, con silencioso asombro, a la mujer que hasta entonces lo había llevado; la ciega no sostenía únicamente al viejo, sino que era ella quien, en realidad, señalaba el camino. Entraron en el arco centenario y pasaron por debajo. Incluso la última luz del crepúsculo había desaparecido ya de la llanura.

—Marthe —dijo la más joven a la que había llevado hasta entonces al niño. Ahora habló la otra hermana por vez primera. También ella transportaba un bulto, una cesta muy bien tapada con una tela muy limpia y cuidadosamente doblada.

—Lo que sucede es que es diferente —dijo con tranquilo acento triunfal—. Incluso la gente de las ciudades se da cuenta.

—¡Marthe! —dijo de nuevo la muchacha. Esta vez agarró a la otra por el brazo y empezó a tirar de él—. ¡Eso es lo que dicen todos! ¡Lo van a matar!

—Ése es el motivo —intervino la segunda hermana con el mismo sereno acento triunfal.

—Vamos —dijo Marthe, intentando andar. Pero la joven seguía colgada de su brazo.

—Tengo miedo —dijo—. Tengo miedo.

—No podemos hacer nada quedándonos aquí y teniendo miedo —dijo Marthe—. Ahora somos todos uno solo. La muerte es la misma, da igual quién elija la canción, quién la toque y quién pague al violinista. Vamos. Todavía llegaremos a tiempo con tal de que sigamos adelante —continuaron hacia el pasadizo en sombra y entraron. El rumor de la multitud había cesado ya. Se reanudaría sin embargo muy pronto, de todos modos, cuando, después de cenar, la ciudad volviera de nuevo a toda prisa a la plaza del *Hôtel de Ville*. Pero en aquel momento el escaso ruido que hacía era animal, material, interiorizado y pacífico, no ya la expresión de un pensamiento, una esperanza o un temor, sino la tranquila y cotidiana alquimia de una víscera; el aire mismo quedaba menos oscurecido por la caída de la noche que por el humo de las cocinas, que escapaba por ventanas, puertas y chimeneas o salía de hornillos y fuegos que ardían directamente sobre los mismos adoquines allí donde los barrios populares habían llegado a desbordarse, y coloreaban con una luz rojiza los trozos de carne de caballo puestos a asar, las marmitas, los rostros de hombres y niños acucillados a su alrededor y de las mujeres que se inclinaban por encima, con una cuchara o un tenedor en la mano.

Es decir, hasta un momento antes. Porque cuando las dos mujeres y la muchacha franquearon la puerta de la ciudad, la calle, hasta donde les alcanzaba la vista, permanecía inmóvil, paralizada, bajo un silencio mortal, dado que el rumor se había difundido casi tan deprisa como la angustia, aunque las mujeres nunca volvieron a ver ni a la ciega ni al anciano. Sólo vieron los rostros de las personas acucilladas que les daban la espalda en torno al fuego más cercano y el de la mujer que, en el momento de agacharse o de erguirse, en una mano el tenedor o la cuchara suspendida sobre la olla, volvía, a su vez, la cabeza, y más allá, alrededor del siguiente fuego, rostros que se volvían para mirar y aún más allá otras personas, en torno al tercer fuego, que empezaban a incorporarse para ver, de manera que incluso Marthe se había detenido ya por espacio de un segundo cuando la muchacha la agarró de nuevo por el brazo.

—¡No, Marthe! —dijo—. ¡No!

—Tonterías —respondió Marthe—. ¿No te he dicho que ahora somos todos uno? —sin brusquedad logró que la otra le soltara el brazo, y siguió adelante. Avanzó con decisión hasta el fuego, hasta el vaho ligero que despedía la carne, mientras los rostros sin expresión de las personas acucilladas se volvían como cabezas de búhos para seguirla con los ojos, y se detuvo, al otro lado del círculo cerrado, frente a la mujer con una cuchara en la mano—. Dios sea con todos los que están aquí esta noche y mañana.

—De manera que habéis venido —dijo la mujer—. Las putas del asesino.

—Sus hermanas —dijo Marthe—. Esta muchacha es su mujer.

—También eso nos lo han contado —dijo la mujer.

El grupo en torno al fuego vecino se había acercado ya, y también los componentes del tercero. Pero de las tres extranjeras sólo la más joven parecía darse cuenta de que toda la calle se iba acercando en silencio, adensándose a su alrededor por momentos, sin mirarlas todavía, bajando incluso los ojos o apartándolos ligeramente; tan sólo los niños, demasiado flacos, miraban con fijeza, pero no a las tres extranjeras, sino a la cesta cubierta que llevaba la hermana. Marthe no había mirado ni una sola vez a ninguno de ellos.

—Tenemos comida —explicó—. La compartiremos con vosotros si nos dejáis calentarnos junto al fuego —sin volver la cabeza dijo algo en su idioma montañés, extendiendo el brazo hacia atrás al tiempo que la hermana le ponía en la mano el asa de la cesta. Luego se la tendió a la mujer con la cuchara—. Toma —le dijo.

—Pásamela —dijo la mujer. Uno de los hombres acuclillados en torno al fuego tomó la cesta de manos de Marthe y se la ofreció. La mujer, sin prisa, introdujo la cuchara en la olla, haciendo una pausa para remover el contenido con un gesto circular, e inclinó la cabeza para oler el vapor que salía del interior; luego, con un solo movimiento, soltó la cuchara, se volvió, recogió la cesta que sostenía el hombre, echó el brazo hacia atrás y la lanzó contra la cabeza de Marthe. La cesta giró en el aire sobre sí misma (el paño cuidadosamente doblado), golpeó a Marthe en lo alto del hombro, rebotó, volcándose, y se vació (eran alimentos lo que contenía) antes de alcanzar en el pecho a la otra hermana, que lo atrapó. Es decir, aunque nadie la vio moverse, sostenía ya con una mano la cesta vacía, apretándola contra el pecho, mientras, interesada y serena, contemplaba a la mujer que la había lanzado.

—No tenéis hambre —dijo.

—¿Todavía piensas que nos apetece vuestra comida? —dijo la mujer.

—Eso es lo que he dicho —respondió la hermana—. Ahora ya no tenéis que afligiros.

La mujer, entonces, sacó la cuchara de la olla y la lanzó contra la hermana, pero no la alcanzó. Es decir, mientras la mujer se agachaba furiosa en busca de otro proyectil (una botella de vinagre, medio llena) se dio cuenta de que la cuchara no había golpeado nada, que ninguna de las extranjeras se había agachado siquiera, como si la cuchara se hubiera volatilizado al salir de su mano. Y no logró ver a ninguna de las tres cuando arrojó la botella, que golpeó a un hombre en la espalda y rebotó, desapareciendo, en el momento en que la multitud, en su totalidad, alzándose como una ola, acorralaba a las tres extranjeras en un redondel mínimo, como sabuesos que inmovilizan, aunque sin atacarlo todavía, a algún animal al que no temen pero que les ha desconcertado por completo al quebrantar todas las reglas de la persecución y la huida, de manera que, al igual que los sabuesos se inmovilizan y, por un momento, cesan incluso de gañir, la multitud dejó de gritar y mantuvo simplemente a las tres extranjeras en un círculo de bocas abiertas y vociferaciones en

suspenso, hasta que la mujer que había tirado la cuchara se abrió paso, con una taza de hojalata y dos bolas de carbón y las arrojó sin apuntar, la multitud ladrando y agitándose de nuevo mientras Marthe se daba la vuelta, medio llevando a la muchacha por un brazo y empujando a la hermana con la otra mano, caminando con decisión, la multitud abriéndose por delante o cerrándose por detrás de manera que el círculo mismo daba la impresión de trasladarse intacto junto con ellas, como un minúsculo torbellino en la corriente de un río; luego la mujer, gritando ya, corrió para agacharse junto a un montón de cagajones de caballo entre los adoquines y empezó a lanzar las bolas secas que hubieran podido ser, también ellas, excepto por el color y la durabilidad, bolas de carbón. Marthe se detuvo y se volvió, la muchacha medio colgándole del codo, el rostro sin edad de la hermana, interesado, observando desde detrás de su hombro, mientras detritos de todas clases —restos de comida, basura, palos, adoquines de la calle misma— llovían a su alrededor. Un hilillo de sangre le apareció de repente en la comisura del labio, pero no se movió, hasta que, al cabo de un rato, su inmovilidad pareció detener la lluvia de proyectiles y los rostros boquiabiertos de la multitud se limitaron a vociferar de nuevo, con lo que el ruido llenó la calleja, rugiendo de pared en pared hasta que las reverberaciones adquirieron un matiz no ya de frenesí, sino de risotadas estentóreas, con momentos de tregua y paroxismos, propagándose de callejón en callejón y de calle en calle hasta alcanzar también el extremo de los bulevares respetables.

La patrulla —un grupo de soldados a caballo bajo la autoridad del capitán preboste— se tropezó con la multitud en la primera esquina. El grupo se partió, estalló, porque aquello era una carga. El griterío subió toda una octava sin transición, como se vuelve un naipe en el juego; mientras, inmóviles de nuevo, las tres mujeres contemplaron cómo la multitud refluyó sobre ellas; y siguieron inmóviles en medio de un vacío creado por la desbandada mientras la masa se desmigajaba, barrida por todos lados, por delante y por debajo y por detrás de los caballos al galope, cuyos cascos chocaban contra los adoquines entre haces de chispas, mientras los alaridos se perdían en el vasto murmullo en el que se resumía el tumulto de toda la ciudad, dejando el callejón vacío —con la excepción de las tres mujeres— cuando el suboficial que mandaba la patrulla tiró de las riendas de su caballo, que, aun sujeto, siguió tascando el freno y piafando y desprendiendo un tufo amoniacal, mientras miraba airadamente a las tres mujeres.

—¿Dónde viven? —les preguntó. No le contestaron, devolviéndole la mirada con fijeza, la muchacha pálida, la mujer alta y tranquila, la hermana, con su viva y serena aprobación. El suboficial escuchó un instante el tumulto lejano—. De acuerdo —dijo bruscamente—. Váyanse de la ciudad mientras todavía pueden. Vamos. Pónganse en marcha.

—También nosotras somos de aquí —dijo Marthe. Durante un segundo el

suboficial volvió a mirarlas ferozmente, el caballo y él dibujando una violenta silueta en escorzo contra un cielo igualmente lleno de angustia y de cólera.

—¿Es que el mundo entero se está amontonando aquí para crucificar a un hijo de perra al que, de todos modos, le va a arreglar las cuentas el ejército? —dijo con una furiosa exasperación casi lastimera.

—Sí —respondió Marthe. Acto seguido el suboficial se marchó. Al aflojar las riendas, el choque de los cascos sobre los adoquines levantó nuevos haces de chispas y su tufo caliente y acre flotó un instante tras él; enseguida, el ruido mismo del galope se había fundido con el sonido de la ciudad—. Vamos —continuó Marthe. Las tres volvieron a ponerse en marcha. Al principio hubiera podido pensarse que Marthe se limitaba a apartarlas del ruido. Pero luego pareció llevarlas precisamente hacia él. Dobló por un callejón y luego por otro no más pequeño pero sí más vacío, desierto, con apariencia de lugar donde sólo se abren puertas traseras, dando sin embargo la impresión de saber dónde iba o, por lo menos, de saber lo que buscaba. Casi llevaba en peso a la muchacha, hasta que la hermana se acercó sin que nadie se lo pidiera, se cambió la cesta de brazo y cargó con la mitad del peso de la joven, avanzando muy deprisa a partir de aquel momento, hasta llegar al fondo del callejón y doblar la esquina; allí estaba lo que Marthe había ido a buscar tan directamente como si además de saber que estaba allí lo hubiera visitado anteriormente: un pesebre de piedra, un establo, o cuadra, ahuecado en el flanco oscuro de la ciudad. Había incluso una ligera capa de paja seca sobre el suelo de piedra y, una vez dentro, aunque el ruido de la ciudad aún resultaba audible, era como si hubieran logrado un armisticio con el tumulto y la furia, no en el sentido de que fuesen a evacuar la ciudad en favor suyo, pero sí en el de que, por lo menos, no se acercarían más. Marthe no habló; se limitó a seguir sujetando a la muchacha mientras la hermana dejaba en el suelo la cesta vacía, se arrodillaba y con rápidos y hábiles movimientos, como los de una niña preparando una casa de muñecas, extendía la paja de manera uniforme. Luego se quitó el chal y lo extendió sobre la paja; todavía arrodillada, ayudó a Marthe a depositar a la joven sobre el chal, tomó el que Marthe llevaba sobre los hombros y lo extendió sobre la muchacha. A continuación se tumbaron en la paja a ambos lados de la joven y, mientras Marthe se acercaba a la muchacha para darle calor con su cuerpo, la hermana extendió el brazo, tomó la cesta y, ni siquiera triunfante, con otro de sus gestos infantiles, un poco torpes y precipitados, pero hábiles al mismo tiempo, o al menos eficaces, y, en todo caso, coronados por el éxito, sacó de la cesta que todo el mundo había visto vaciarse al arrojársela la mujer que estaba junto al fuego, un mendrugo un poco más grande que dos puños. Marthe tampoco dijo nada. Se limitó a tomar el pan que su hermana le ofrecía y empezó a partirlo.

—En tres —dijo la hermana, recogiendo el tercer trozo cuando Marthe terminó de partirlo, metiéndolo de nuevo en la cesta; luego volvieron a tumbarse, mientras la

muchacha empezaba a comer. Ya era casi completamente de noche. La escasa luz que quedaba parecía haberse concentrado en torno al gastado dintel de la puerta, nebuloso y sutil como un débil halo casi imperceptible, y el mundo exterior parecía tan sólo un poco más luminoso que las piedras de dentro; unas piedras sudorosas y heladas que no parecían ni transmitir, ni tampoco contener, sino más bien exudar, como si fuese su propia humedad, el murmullo de la ciudad, un ruido que ya no resultaba inquietante para el oído, sino tan sólo para el espíritu, como la respiración de un perrillo o de un niño enfermo. Pero cuando comenzó el otro ruido dejaron de masticar. Se pararon en el mismo instante; y cuando se irguieron bruscamente, también fueron las tres juntas, como si estuvieran conectadas de algún modo, sentada cada una con un trozo de pan en una mano alzada, escuchando. Era un ruido por debajo del primero, más allá de él, también humano, pero en absoluto el mismo ruido, porque en el antiguo había mujeres, la expresión colectiva de la aptitud ancestral e ilimitada de las portadoras de mamas no tanto para sufrir como para afligirse, para gemir, para soportar un dolor increíble, dada su capacidad para expresarlo vocalmente sin vergüenza ni respeto humano, pasando directamente de la glándula a la lengua sin transmisión por el pensamiento, mientras que el nuevo ruido lo producían varones y, si bien las tres mujeres no sabían dónde estaba el campo de prisioneros ni tampoco (nadie se había parado a decírselo) que el regimiento estuviese detenido en algún sitio, se percataron al instante de su naturaleza—. ¿Los oís? —preguntó serenamente la hermana, presa de un entusiasmo lleno de gozoso asombro, tan embelesada que el movimiento de Marthe hizo que alzara los ojos cuando la otra ya se había levantado y se estaba inclinando para ayudar a la joven; momento en el que la hermana tendió de nuevo la mano con su característica vivacidad maquinal, a la vez torpe y precisa, se apoderó del trozo de pan de Marthe, lo volvió a colocar con el suyo en la cesta, junto con el tercero, se puso de rodillas y empezó a ayudar a levantar a la muchacha, preguntando con un tono a la vez feliz e impaciente—: ¿Adónde vamos ahora?

—A casa del alcalde —respondió Marthe—. Coge la cesta —la otra así lo hizo; tuvo además que recoger los dos chales, lo que la retrasó un poco, de manera que, cuando se puso en pie, Marthe, sosteniendo a la muchacha, ya había llegado a la puerta. Pero todavía permaneció la hermana un momento más sin seguirla, la cara ligeramente alzada, con una expresión radiante y embelesada por aquel resto de luz que parecía haber llevado a aquella humilde celda de piedra no sólo la angustia y la indignación de la ciudad, sino a la ciudad misma con todo su impenetrable esplendor. Incluso en el interior de aquel humilde y rudimentario establo, parecía nacer resplandeciente y minúscula, crecer, elevarse, lo bastante grande, lo bastante alta para remontarse hasta la luz del sol aunque ya hubiera caído la oscuridad, lo bastante sublime y lo bastante alta por encima de las antiguas nieblas miasmáticas de la tierra

para que quizá los resplandecientes y magníficos pináculos, invencibles, eternos y vastos, no volvieran nunca jamás a estar en tinieblas.

—Llevará aquí abajo una magnífica espada —dijo.

* * *

Muy poco antes de la puesta de sol se terminó de colocar y de unir el último segmento de alambrada que cerraba el nuevo campo, procediéndose a electrificarla. Luego se hizo salir de los barracones, con la excepción de los trece prisioneros especiales que se hallaban en una celda aparte, a todo el regimiento. No se los dejó en libertad sino que se los expulsó, y no mediante pelotones ni mediante guardias actuando de consuno, ni tampoco por medio de un solo destacamento itinerante, compacto y armado hasta los dientes, que se moviera con rapidez, y que vigilase, sino por senegaleses aislados quienes —unas veces llevando fusil con bayoneta, otras, simplemente, una bayoneta que manejaban como machete o bastón de mando y otras, finalmente, nada— aparecieron bruscamente y sin previo aviso en todas las habitaciones y expulsaron a sus ocupantes, empujándolos con despreocupada y desdeñosa celeridad hacia la puerta, sin esperar siquiera a salir detrás, sino acompañándolos, cerca ya del centro del grupo antes incluso de que alcanzaran la puerta, y todavía apresurándose hacia la cabeza, abriéndose su particular camino móvil con la culata del fusil o la empuñadura de la bayoneta e, incluso dentro de la confusión, moviéndose más deprisa que el resto, no sólo sacando la cabeza y los hombros por encima de la masa en movimiento, sino, por así decirlo, transportados sobre ella, risueños, negros y desdeñosos, semejantes a esos árboles multicolores arrancados de raíz, por ejemplo, de tierras vírgenes, de campos salvajes de las antípodas, moviéndose rígidos y rectos, flotando en la corriente lenta y gris de un canal comercial contaminado por la cercanía de una gran ciudad. El resultado final fue que los senegaleses encabezaban de hecho los diferentes grupos cuando aparecieron en las calles de las compañías. Y tampoco al llegar allí los hicieron detenerse, ni esperaron a colocarlos de dos en dos, y menos aún en pelotones, sino que se limitaron a dar aún una o dos zancadas, llevando siempre el fusil con bayoneta, o la bayoneta sola, como las lanzas o los cuchillos para una cacería de leones o de antílopes, y desaparecieron de manera tan individual y abrupta como habían aparecido.

De manera que cuando el regimiento, desarmado, sin afeitarse, la cabeza descubierta y vestido a medias, empezó, sin órdenes de mando, a agruparse en las antiguas formas rutinarias de pelotones y compañías, descubrió que nadie le estaba prestando la menor atención, que había sido abandonado incluso por las bayonetas que los habían expulsado de los barracones. Pero durante algún tiempo siguieron moviéndose confusamente, buscando a tientas las antiguas alineaciones familiares,

parpadeando con frecuencia, deslumbrados por el resplandor del crepúsculo después de la oscuridad de los barracones. Luego el regimiento se puso en movimiento. De ningún sitio les llegó orden alguna; los pelotones y secciones se limitaron a colocarse entre los primeros y los últimos habituales de cada fila, y empezaron, gracias a no se sabe bien qué fuerza de gravedad benévola e incluso despreocupada, a reunirse en compañías en las calles que separaban los barracones, y más adelante en batallones en la plaza de armas, donde finalmente se detuvieron. No se trataba aún de un regimiento, sino de un conglomerado todavía bastante informe, en el que sólo escuadras y pelotones tenían cierta unidad (como la cohesión de una ciudad evacuada sólo existe en los grupos familiares que se mantienen juntos no por la consanguinidad de sus componentes, sino porque han comido juntos y dormido juntos y han sufrido y esperado y peleado entre ellos durante largo tiempo), agrupados, inmóviles y parpadeantes, bajo las altas alambradas infranqueables, los reflectores, las plataformas elevadas con ametralladores y los centinelas desdeñosamente apoyados en sus fusiles, todos recortados en silueta por el sol poniente, como si la mortal sacudida con que se había cargado el hilo de hierro diez minutos antes los hubiese electrocutado a todos en el mismo instante, petrificándolos hasta el final de los tiempos en una inflexible inmovilidad.

Aún seguían allí amontonados cuando comenzó un nuevo tumulto en la ciudad. Se había puesto el sol, las cornetas habían sonado y enmudecido, el eco del cañonazo disparado desde la vieja ciudadela había terminado por extinguirse, y el regimiento amontonado en el centro de la plaza de armas no era ya más que una masa anónima e indistinta cuando los primeros gritos, debilitados por la distancia, llegaron desde el otro extremo de la llanura. Pero, en un primer momento, los soldados no hicieron nada, excepto inmovilizarse aún más, como los perros cuando la nota ascendente de una sirena está a punto de alcanzar un tono insoportable que el oído humano no capta en absoluto. Y, de hecho, cuando empezaron a hacer ruido no fue humano en absoluto, sino animal, no gritos sino aullidos, siempre amontonada en el crepúsculo aquella masa oscura e informe que hubiera podido ser el protoplasma mismo, ciego y mudo, en el fondo del océano apenas separado del caos primigenio, palpitante y vocinglero, no gracias a un movimiento o sonido que le fuera propio, sino según la copulación enorme y primitiva de las mareas violando el aire en un gigantesco alboroto, mientras, por encima de ellos, sobre pasarelas y plataformas, los senegaleses se apoyaban indolentemente en sus fusiles o acercaban al cigarrillo la llamita inmóvil de encendedores fabricados con casquillos vacíos, como si la luz del día hubiera escondido hasta entonces lo que la noche desvelaba: que la descarga eléctrica que los había petrificado en la inmovilidad del carbón había dejado, aquí y allá, una brasa todavía viva.

La oscuridad también parecía haberles descubierto la ventana iluminada, situada

en el viejo muro, antaño cubierto de hiedra, de lo que fuera el edificio principal de la fábrica; puede incluso que llegaran a ver al hombre que estaba de pie delante de ella, aunque, probablemente, bastara con la ventana sola. No gritos, sino aullidos que se fueron extendiendo por todo el campamento. Pero la noche avanzaba aún más deprisa, por lo que la masa del regimiento se había difuminado por completo antes de que sus componentes hubieran atravesado la plaza de armas, de manera que fue el ruido, los aullidos, lo que pareció llegar y estrellarse como una ola contra el muro, retroceder y rugir de nuevo bajo la ventana iluminada y la silueta que permanecía inmóvil junto a ella, y retrocedió y rugió de nuevo mientras empezaba a sonar una corneta apresurada, y los silbatos a chillar, y una tropa compacta de infantería de raza blanca apareció rápidamente por la esquina del edificio y los fue apartando del muro con breves y precisos culatazos.

Cuando la guardia vino a buscarlos, el cabo seguía aún junto a la ventana, mirando hacia el sitio de donde procedía el alboroto. Los trece estaban en una pequeña celda vacía, con una sola ventana y totalmente inaccesible que, a todas luces, había sido en otro tiempo algo semejante a una cámara acorazada en la época ya periclitada en que la fábrica no era más que fábrica. Una sucia bombilla lucía en el centro del techo, detrás de una jaula de alambre semejante al extremo de una ratonera. Ya estaba encendida cuando los metieron allí poco después del alba y, dado que se trataba de electricidad estadounidense o, mejor dicho, de la energía eléctrica que se cargaba, con un día de adelanto, a la cuenta de intendencia del Cuerpo Expedicionario Americano, seguía brillando desde entonces. De manera que, cuando el día dio paso a la noche, los rostros de los trece hombres, sentados en el suelo con la espalda contra una de las paredes, no desaparecieron poco a poco en la sombra, sino que, al contrario, surgieron, sin parecer siquiera pálidos, antes bien, por el contrario, más viriles por no estar afeitados, concentrando una mayor densidad de fúnebre y lívida energía.

Cuando se manifestaron por todo el campamento los primeros síntomas de agitación, en el momento en que los senegaleses expulsaron de los barracones a los integrantes del regimiento, los trece, que seguían sentados en el suelo, no parecieron inmutarse, con la excepción, quizá, de una inmovilidad y un silencio todavía más completos que se extendieron de uno a otro entre doce de ellos —un rostro vuelto a medias, una breve mirada de reojo, casi imperceptible, hacia el decimotercero, el cabo sentado en medio de ellos, que no se movió en absoluto hasta que la primera ola de rugidos atravesó la plaza de armas y se estrelló contra la pared bajo la ventana. Entonces se puso en pie, sin prisa, reposadamente, pero, sobre todo, sin esfuerzo, como se mueven los montañeses, y se acercó a la ventana; luego, las manos posadas sobre los barrotes con la misma ligereza y naturalidad con que se habían posado en la barra delantera del camión, se inmovilizó, contemplando los gritos. No daba

sensación de escucharlos: tan sólo los contemplaba, viendo cómo atravesaban el campamento para romperse, con un estallido inaudible, bajo la ventana, en la vaga luminosidad en medio de la cual aún se distinguía a los soldados mismos: los puños crispados, los rostros descoloridos que, uno a uno quizá, incluso con la boca abierta para gritar, lograba reconocer, puesto que había pasado cuatro años con ellos, acurrucado detrás de los parapetos acribillados de balas y tratando, sin decir nada, de aplastarse contra el barro hediondo de los cráteres de obús bajo fuego graneado o bajo barreras de fuego móvil, o, en patrullas nocturnas, vientre a tierra, inmóvil y sin respirar, bajo los silbidos y susurros de los cohetes de señales. No daba la sensación de escuchar, sino de contemplar, inmóvil, indiferente, mientras la corneta gañía frenética y los silbatos chillaban y la sección de infantería, lanzándose sobre el flanco de la masa y desperdigándola, la obligaba lentamente a dar la vuelta. Después siguió sin moverse. Parecía exactamente un individuo sordo como una tapia que observase con interés, pero sin sorpresa ni alarma, la pantomima de algún cataclismo o incluso de alguna conmoción universal que ni lo amenazara ni le concerniese siquiera, puesto que no hacía ningún ruido.

Luego pesadas botas avanzaron estruendosas por el corredor. El cabo se apartó de la ventana y en esta ocasión también los otros doce rostros se movieron, alzándose como uno solo y siguiendo de un extremo a otro del muro el ruido de pies invisibles hasta que se detuvieron, de manera que todos estaban mirando hacia la puerta cuando se abrió con violencia y el sargento que apareció en el umbral (no se trataba esta vez de senegaleses ni tampoco de infantería de raza blanca, sino de personal del capitán preboste) barrió el interior de la celda con un gesto perentorio.

—¡En pie! —dijo.

* * *

Siempre por delante del jefe del estado mayor y deteniéndose tan sólo el tiempo suficiente para que el ayudante de campo le abriera la puerta y se hiciera a un lado, el general entró en la habitación, algo menos grande que una moderna sala de conciertos, pero que, de hecho, no había sido más que un *boudoir* en los tiempos ya lejanos de la difunta duquesa o marquesa, y aún conservaba huellas de una extravagante opulencia principesca (que quizá alguna de aquellas duquesas o marquesas había creído inexpugnable) en las recámaras con frisos, el techo con artesones y medallones, las arañas, los apliques, los espejos, los candelabros, los estantes de marquetería, las vitrinas repletas de *bibelots* de porcelana y la alfombra blanca en la que las botas descoloridas por la guerra se hundían hasta los tobillos como en el barro de las trincheras o, si se prefiere, en el frío rostro de la luna, y que recubría, blanda y suave como una nube, la majestuosa perspectiva al final de la cual estaban sentados los tres ancianos generales.

Con un telón de fondo formado por un friso reverente de ayudantes de campo y oficiales de estado mayor, ocupaban sus respectivos asientos detrás de una enorme mesa rectangular, tan desnuda, lisa y suntuosamente austera como la tapa del sarcófago de un noble medieval o de un obispo, los tres con los lentes característicos de los ancianos y cada uno de ellos con su respectiva copia de un grueso expediente formado por documentos sujetos con un clip, de manera que todo el grupo, con su ropa de color polvo o azul verdoso y sus adornos en oro, escarlata y cuero, tenía un aspecto paradójico y divertido, al mismo tiempo académico y extravagante, como una manada de animales salvajes revestidos con las insignias del poder e instalados en el marco de un tribunal civilizado, esperando, con calma decorosa y casi somnolienta, mientras los tres ancianos dirigentes permanecían durante cierto tiempo, determinado de antemano, ante los documentos sin sentido que eran también parte de las insignias de poder, hasta que llegara el momento no de juzgar, ni tampoco, siquiera, de condenar, sino, simplemente, de deshacerse de la embarazosa ropa y de los molestos documentos y ejecutar.

Las cortinas estaban descorridas y las ventanas abiertas, de manera que no sólo entraban en la habitación la luz y el aire de la tarde, sino también un atisbo de la agitación de la ciudad: no los sonidos, porque las voces, incluso el repentino griterío que el general de división y el jefe del estado mayor acababan de dejar fuera, en la plaza del *Hôtel de Ville*, no llegaban hasta allí. Era más bien una sensación, algo que parecía surgir de la luz misma, un reflejarse de la luz sobre los rostros amontonados abajo, que ascendía hasta el interior de la sala a través de las ventanas abiertas, como el reflejo de un agua agitada, que palpitara y temblara sin cesar sobre el techo, donde nadie, ni siquiera los escribientes y los secretarios que iban y venían en el cumplimiento de sus interminables y minúsculas misiones, lo advertía, a no ser que por casualidad levantaran la vista, a no ser que, como ahora, algo acelerase esa palpitación, de manera que cuando entraron el general de división y el jefe del estado mayor, todos los que se hallaban en la sala estaban mirando hacia la puerta. Aunque, casi inmediatamente después, también eso desapareció y el reflejo se limitó de nuevo a temblar con más sosiego.

El general de división no había visto nunca la sala, pero tampoco la miró ahora. Se limitó a entrar y se detuvo rígidamente por un instante infinitesimal, hasta que el jefe del estado mayor lo desbordó por la derecha, el sable ahora entre ellos, bajo su brazo izquierdo. Luego, casi marcando el paso al unísono, recorrieron el blanco panorama de la alfombra hasta la mesa, donde se detuvieron juntos rígidamente, al tiempo que el jefe del estado mayor saludaba y sacaba de debajo del brazo el sable inerte, holgadamente envuelto por los extremos colgantes de sus arreos, como un paraguas mal plegado, depositándolo sobre la mesa. Y, mirando rígidamente al vacío mientras el jefe del estado mayor realizaba verbalmente el rito oficial de su renuncia,

el general de división pensó: *Es verdad. Me ha reconocido al instante.* No; peor; el anciano lo había reconocido mucho antes de que se anunciara la presencia de los dos en la antecámara; consciente de que, al parecer, había hecho todo el largo camino desde el momento, dos días antes, en el puesto de observación, cuando murió su carrera militar, simplemente para probar lo que creían todos los que conocían la leyenda del viejo mariscal: que el anciano recordaba el nombre y el rostro de todos los militares que había visto en alguna ocasión; no sólo los de quienes procedían del antiguo regimiento al que se le había destinado cuando salió de Saint-Cyr con el despacho de oficial y los de los comandantes de alta graduación de todos sus ejércitos y cuerpos de ejército a los que veía diariamente, sino los de los miembros de sus estados mayores, secretarios y escribientes, y los de los comandantes de divisiones y brigadas con sus estados mayores, y también los de los oficiales y jefes de regimientos, batallones y compañías, sus ordenanzas, asistentes y mensajeros, al igual que los de los soldados rasos a los que había condecorado, amonestado o condenado, los de los suboficiales, y los del primero y el último soldado sin graduación en cada hilera de secciones, pelotones y escuadras, a los que había pasado rápidamente revista en otros tiempos, treinta o cuarenta años atrás, llamándolos a todos «hijo mío», exactamente como hacía con su ayudante de campo, joven y bien parecido, su asistente ya entrado en años y su chófer, un vasco de dos metros de altura con rostro de asesino de niñitas. El general de división no advirtió ningún movimiento; su recuerdo del momento en que había entrado era que el anciano mariscal sostenía en la mano, abierto, el grueso expediente. Ahora, sin embargo, el expediente no sólo estaba cerrado, sino ligeramente apartado, y el mariscal se había quitado los lentes, y los sostenía, distraídamente, en una mano con manchas de edad (casi completamente oculta en el tremendo orificio redondo de un puño postizo, inmaculadamente lavado y planchado, unido a una almidonada camisa blanca de civil pasada de moda); al mirar durante sólo un segundo aquellos ojos sin lentes, el general de división recordó algo que Lallemonet había dicho en una ocasión: *Si yo fuese malo, lo odiaría y lo temería. Si fuese un santo, lloraría. Si fuese prudente y las otras dos cosas o ninguna de ellas, me desesperaría.*

—¿Y bien, general Gragnon? —dijo el mariscal.

Siempre sin mirar a nada, manteniendo sencillamente los ojos por encima de la cabeza del anciano, el general de división recitó, palabra por palabra, el informe que ya había reconocido nada más entrar en la habitación: las hojas mecanografiadas, firmadas por él y ratificadas por el comandante del cuerpo de ejército, y que ahora se hallaban, por triplicado, encima de la mesa; al terminar se detuvo un momento, como el conferenciante se detiene para pasar la página y beber un sorbo de agua, y acto seguido repitió por cuarta vez su solicitud oficial de que se ejecutara sumariamente al regimiento; inflexible y tranquilo delante de la mesa donde yacía el triple testimonio

del entierro de su carrera, el triple mausoleo de lo que el comandante del grupo de ejércitos había llamado su gloria, excluyó por cuarta vez al regimiento de las listas de su división como si hubiera desaparecido dos días atrás ante un grupo de ametralladoras o debido a la explosión de una única mina. No había cambiado de idea. Su decisión había sido correcta treinta y seis horas antes, cuando su honor y su integridad en tanto que general al mando de la división a la que pertenecía aquel regimiento (daba lo mismo cuál) le forzaron a prever que tendría que eliminarlo; y seguía siendo correcta un segundo después, cuando descubrió que las virtudes que le habían permitido llegar a general de división, a cambio del sacrificio del honor y de la vida, le obligaban a declararlo. De manera que aún seguía siendo correcta ahora, por la sencilla razón de que se trataba del honor y de la integridad que la benevolencia había juzgado dignos de que se le otorgaran las tres estrellas de su graduación, más que la benevolencia misma, quienes lo imponían, quienes le forzaban a hacerlo.

Porque la benevolencia no necesitaba de aquel gesto. Tal como, en la práctica, había venido a decirle por la mañana el comandante del grupo de ejércitos, lo que estaba diciendo ahora no tenía relación alguna, fuera de la pura coincidencia, con el informe que descansaba sobre la mesa. Las palabras pronunciadas eran mucho más antiguas que aquel momento dos días atrás en el puesto de observación cuando descubrió que tendría que obrar así. Su concepción se remontaba al momento en que se le comunicó que iban a enviarlo a la academia militar; su nacimiento, al día en que recibió su diploma, algo que se convirtió, junto con la pistola y el sable y la estrella de alférez, en parte del equipo con el que iría en pos de su destino, dispuesto a servirlo con la vida mientras siguiera vivo; su análogo coetáneo, era aquél de los cartuchos perpetuamente presentes en el cilindro del revólver para el momento en que cumpliera el compromiso voluntario contraído con su honor, expiando lo que un civil llamaría mala suerte y sólo un soldado deshonor, ya que la mala suerte, en este caso, era sólo el momento presente, cuando la necesidad exigía las palabras pero, al mismo tiempo, denegaba la bala. De hecho, ahora le parecía que ambas cosas, palabras y bala, eran análogas y coetáneas incluso en algo más que su nacimiento: análogas por la paradoja misma de los orígenes a partir de los cuales se encaminaban, apenas formadas todavía, hacia su fin común: un montón de escorias sacadas de la tierra y, gracias al calor, convertidas en cobre y, gracias a una hábil y poderosa compresión, en funda de cartucho; en un laboratorio una pizca, una cucharada, un poco de polvo, precipitado del movimiento primordial de la tierra y el aire, los dos condensados y combinados detrás de un pequeño lingote estriado y aprisionado, el todo calibrado y micrometrado para un habitáculo y un cañón que no le era posible conocer, ni siquiera entonces, como un criado que se contrata por teléfono en una agencia de colocaciones; la mitad de Europa había ido a la guerra contra la otra media,

consiguiendo finalmente arrastrar con ella a medio continente americano: un plan, un diseño de grandes proporciones, una grandiosa concepción, aterradora (y esperanzadora) por sus implicaciones, ni siquiera concebida allí, en el gran cuartel general, por los tres ancianos generales y sus competentes consejeros y expertos en una conferencia reglamentaria, sino concebido como consecuencia de la cólera y del temor mutuos de las tres naciones mismas que se repartían el océano, simultáneamente en Washington, Londres y París, gracias a no se sabe qué immaculada polinización semejante a la simultánea aparición de las hojas sobre la tierra, y nacida en un consejo que ni siquiera se había celebrado en el gran cuartel general, sino detrás de puertas vigiladas y cerradas con llave en el Quai d'Orsay, un consejo en el que sabios expertos militares, consagrados a la guerra tan irremediabilmente como las monjas eligen a Dios por esposo, habían quedado en minoría frente a quienes no solamente no tenían ninguna costumbre de la guerra, sino a quienes les faltaban incluso las insignias y las armas para hacerla: los primeros ministros, los secretarios y subsecretarios de Estado, los jefes de gabinete, los senadores y los cancilleres, y aquellos que incluso los sobrepasaban en número: los presidentes de los consejos de administración de las vastas empresas que fabricaban las municiones, el calzado y los víveres en conserva y aquellos otros, discretos, desconocidos y todopoderosos, que eran solamente los sacerdotes del dinero; y aún los otros, que sobrepasaban en número incluso a éstos: los políticos, los representantes de los grupos de presión, los propietarios y directores de diarios, los jefes jerárquicos de las distintas iglesias, y todos los demás representantes itinerantes y acreditados de vastas y ricas sociedades, asociaciones y movimientos, que por coacción o seducción controlan la moral y los actos de la humanidad y todo el potencial colectivo de afirmación o de negación que representa; toda esa vasta, poderosa y temible representación que, además de dirigir en tiempo de paz todos los asuntos de la democracia, se dedica a los suyos propios en tiempo de guerra, logrando entonces su verdadera apoteosis mediante un férreo cónclave que decreta para la mitad de la tierra un vasto plan acorde con su intención de suprimir una frontera, y más vasto aún por su furioso deseo de reducir un pueblo a la nada; todos en un cónclave tan singular que el anciano generalísimo, canoso e impenetrable, con su rostro de quien ha adquirido desde hace mucho tiempo el derecho a no creer en nada, excepto en la inacabable insensatez humana, no necesitaba votar en absoluto, sino, sencillamente, presidir y, desde la presidencia, asistir al nacimiento del plan y luego contemplarlo, sin tener siquiera necesidad de dirigirlo mientras proseguía su curso sin desviaciones posibles, descendiendo de las naciones aliadas a las naciones escogidas, a las fuerzas armadas, a los grupos de ejércitos, a los ejércitos y a los cuerpos de ejército; toda aquella compleja crónica, gigantescamente desmesurada, reducida al final al ataque de un simple regimiento contra una insignificante elevación del

terreno, demasiado pequeña para aparecer en un mapa, conocida únicamente por sus vecinos e incluso entre ellos por una cifra y un apodo con menos de cuatro años de antigüedad, hasta el momento en que alguien había descubierto que, desde su cima, se podía ver quizá unos cuatrocientos metros más allá que desde su pie; un ataque que no se había asignado a una división sino que se había impuesto por su propia geografía y logística, ya que las alternativas eran o allí o en ningún sitio, aquello o nada, e impuesto a aquella división particular sin otra razón que la de que el ataque estaba condenado y previsto como fracaso y la suya era, entre todas las divisiones, aquella en la que el fracaso resultaba más barato, de la misma manera que otra podía ser la división más barata para cruzar un río o para conquistar una aldea; ahora comprendía que no había sido necesario que nadie previera el motín, porque el motín mismo carecía de importancia; el fracaso, por sí solo, habría sido suficiente, y el cómo y el porqué del fracaso le tenían sin cuidado a todo el mundo; el motín era una contribución inesperada, se diría que un regalo, a aquel epílogo cuyo único propósito había sido ponerlo en posición de firmes ante una mesa donde yacía dentro de una funda y envuelto en unos correaes el cadáver de su carrera, para que repitiera por cuarta vez las palabras a las que se había negado la bala, para que terminase de hablar y para que después se callara.

—Todo el regimiento —dijo el mariscal, repitiendo a su vez, con voz enigmática y agradable, y tan desprovista de todo significado como para parecer casi cálida, distraída, casi impersonal—. No solamente al cabecilla y a sus doce discípulos. Por supuesto a los nueve que, siendo franceses, se han dejado corromper.

—No ha existido ningún cabecilla —dijo el general de división, rígido e implacable—. El regimiento se amotinó.

—El regimiento se amotinó —repitió el anciano mariscal—. Y, suponiendo que accedamos, ¿qué pasará con los restantes regimientos de su división, cuando se enteren?

—Habrá que fusilarlos, si es necesario —dijo el general de división.

—¿Y las otras divisiones de su cuerpo de ejército, y los otros cuerpos de ejército a ambos lados de usted?

—También habrá que fusilarlos —dijo el general de división, inmovilizándose de nuevo, inflexible y tranquilo, mientras el anciano mariscal se volvía y traducía lo dicho en voz baja, rápidamente, al general inglés y norteamericano sentados a cada lado; luego, dirigiéndose al jefe del estado mayor, dijo:

—Gracias, general.

El jefe del estado mayor saludó. Pero el general de división no lo esperó, dándose ya la vuelta, adquiriendo de nuevo sobre él una ventaja de una fracción de segundo, puesto que el otro aún había de realizar su propio movimiento, el cual, ni siquiera un sargento instructor excepcional hubiera podido hacer con soltura sin saberlo con

anticipación, puesto que de hecho necesitaba dar dos zancadas adicionales para situarse a la derecha del general de división, y sin conseguirlo, o casi, tampoco en este caso, de manera que fue el ayudante de campo del viejo mariscal quien se situó junto al general de división, con el jefe del estado mayor medio paso detrás, mientras recorrían de nuevo la alfombra blanca en dirección a la puerta ahora abierta, en cuyo umbral esperaba ya un oficial de la policía militar, reglamentariamente armado, si bien antes de que llegasen a su altura el general de división también se había adelantado incluso al ayudante de campo.

* * *

De manera que el ayudante de campo acabó no dando escolta al general de división sino al jefe del estado mayor, marcando correctamente el paso a su izquierda, hasta la puerta abierta más allá de la cual el oficial de la policía militar esperaba a que el general de división la atravesara.

Con lo que el ayudante de campo no sólo eliminó de la sala todo el significado de la rendición del sable, sino que borró por completo cualquier desafortunada alusión a la guerra. Al avanzar deprisa, ágilmente, e incluso de manera un tanto desenvuelta, hacia la puerta abierta más allá de la cual habían desaparecido el general de división y el oficial de la policía militar, fue como si, renunciando de antemano a sujetar la puerta para el general de división (incluso aunque este último hubiera ya rechazado de antemano aquella muestra de cortesía al no esperar a que se produjera), no sólo se hubiera vengado en el general más joven de la afrenta perpetrada contra la superior jerarquía del de más edad, sino que se había servido del más joven como instrumento apropiado para dar a entender que tanto el jefe del estado mayor como él eran irrevocablemente ajenos e irreductiblemente indiferentes a todo lo que representaba aquella sala y las personas que albergaba; el capitán de veintiocho o de treinta años, de aventajada estatura, elegantemente esbelto, con el rostro y el cuerpo de un astro de los espectáculos de masas, que habría podido ser una criatura de otro planeta, anacrónico e inmune, inviolable, tan invenciblemente sin hogar como para encontrarse total e invulnerablemente a gusto en éste o en cualquier otro planeta donde de hecho se encontrara, no ya el día de mañana sino el día de antes, proyectado hacia atrás por un avatar en sentido inverso en un mundo donde lo que subsistía de una humanidad perdida y acabada se debatía débilmente un instante aún entre las ruinas revueltas de sus ayeres; una criatura que había sobrevivido intacta al hecho de que carecía de sitio, de que no tenía el menor interés en la guerra, que a pesar de cualquier ganancia o pérdida a causa del inexorable dilema de la guerra y el juego de las naciones desgarradas y en pleno hundimiento, habría podido igualmente encontrarse, con la toga y el birrete académico (y también con la borla dorada de un señorío, dado que tenía un aspecto más aristocrático que el de cualquier hijo de

duque), atravesando el patio central de algún *college* de Oxford o de Cambridge, obligando a quienes los contemplaban a él y al jefe del estado mayor a perdonar que se desprendieran del efluvio mismo de la guerra incluso en el uniforme que llevaban, convirtiéndolo en un simple traje, adelantando con rapidez, ligereza y elegancia al jefe del estado mayor para alcanzar la manija y cerrar la puerta hasta enganchar el pestillo, y luego girar de nuevo el pomo y abrir la puerta, juntando los talones sin llegar a la posición de firmes, sino con una breve inclinación del busto, mientras el jefe del estado mayor pasaba por delante y franqueaba la puerta.

Luego la cerró, se dio la vuelta y se dispuso a cruzar de nuevo la sala, pero, en el mismo instante, se detuvo de nuevo y trató, manifiestamente, de borrar de allí incluso el rumor de segunda mano que se había introducido entre aquellas cuatro paredes; inmóvil durante aquel momento al extremo de la espléndida perspectiva en disminución, quedó envuelto como en una atmósfera de amabilidad solitaria y despreocupada, semejante a Arlequín solo en escena en el segundo o el tercer acto cuando el telón baja o sube, mientras que, sin moverse, la cabeza ligeramente torcida, escucha. Luego se movió, rápido, elástico sobre sus largas piernas elásticas, hacia la ventana más cercana. Pero el anciano mariscal habló antes de que hubiera dado el segundo paso, diciendo en inglés, sin levantar la voz:

—Déjelas abiertas.

El ayudante de campo no hizo el menor caso. Llegó hasta la ventana en unas cuantas zancadas y sacó por ella la parte superior del cuerpo en el esfuerzo por alcanzar las dos hojas, abiertas hacia fuera, y empezó a cerrarlas. Después se detuvo, y dijo en francés, en voz baja, con profundo asombro, desapasionado y momentáneo:

—Parece una multitud en un hipódromo, esperando a que abran la ventanilla de las apuestas a perra gorda, si es que existe. No, más bien parece que están contemplando cómo arde una casa de empeños.

—Déjela abierta —dijo el viejo general en inglés.

El ayudante de campo se detuvo de nuevo, la ventana a medio cerrar. Volvió la cabeza y replicó, también en inglés, sin el menor acento, ni siquiera de Oxford, ni tampoco de Beacon Hill:

—¿Por qué no los deja entrar y acabamos de una vez? Desde ahí fuera no se enteran de lo que está pasando.

Esta vez el general habló en francés.

—No quieren saber lo que está pasando —dijo—. Sólo quieren sufrir. Déjela abierta.

—Sí, excelencia —respondió en francés el ayudante. Empujó de nuevo hacia fuera las hojas de la ventana y se volvió. Mientras lo hacía se abrió uno de los batientes de la puerta doble situada en la pared de enfrente. Se abrió exactamente quince centímetros, sin causa aparente, antes de volver a inmovilizarse. El ayudante

ni siquiera miró en aquella dirección. Avanzó hacia la mesa, diciendo con su inglés impecable, sin el menor acento: «Señores, la cena», mientras los dos batientes de la puerta lateral terminaban de abrirse sin ruido.

El viejo mariscal se levantó cuando lo hicieron los otros dos generales, pero eso fue todo. Al cerrarse las puertas detrás del último ayudante de campo, ya estaba sentado de nuevo. Luego apartó aún más el expediente cerrado, guardó los lentes en su gastada funda, que introdujo en uno de los bolsillos superiores de la guerrera, procediendo a abotonarlo, y, ya completamente solo en la amplia y espléndida habitación de la que incluso se desvanecían poco a poco, a medida que la luz abandonaba el techo, la agitación y la angustia de la ciudad, inmóvil en el sillón cuyo alto respaldo se elevaba por encima de su cabeza como si se tratara de un trono, las manos escondidas bajo la suntuosa y enorme mesa que ocultaba en gran parte el resto de su persona y, según todas las apariencias, no sólo inmóvil sino inmovilizado por la abundancia y el brillo de sus galones, de sus estrellas y de sus botones, parecía un muchacho, un niño, acurrucado no entre los restos dorados de las tumbas de un aristócrata o de un obispo profanadas a favor de la noche, sino de un sultán o de un faraón, destruidas por los cristianos a plena luz del día (siendo él quizá la momia misma).

Luego la misma hoja de la puerta doble se abrió de nuevo, exactamente como la primera vez, exactamente quince centímetros, sin aparición de mano alguna que explicara el movimiento y sin apenas el menor ruido e incluso dando la impresión de que podría no haber hecho ninguno si hubiera querido y que el que hacía era sólo el mínimo absoluto que resultaba audible, abriéndose aquellos quince centímetros y ya sin moverse más hasta que el anciano general dijo: «Sí, hijo mío». A continuación empezó a cerrarse, sin hacer el menor ruido puesto que los sonidos eran ya superfluos, y había recorrido la mitad de la distancia necesaria para reunirse con su hoja gemela cuando se detuvo de nuevo y, sin pausa, empezó otra vez a abrirse, siempre en silencio pero muy deprisa esta vez, tan deprisa que ya se había abierto más de cuarenta centímetros y, al cabo de un momento, quien movía o lo que movía la puerta tendría necesariamente que revelarse, que mostrarse, antes de que el anciano general pudiera o quisiera hablar. «No», dijo. La puerta se detuvo. No se cerró; simplemente dejó de moverse y pareció quedar en suspenso como un columpio que ni sube ni baja, manteniéndose así hasta que el viejo general habló de nuevo: «Déjelas abiertas».

La puerta se cerró entonces. Por completo esta vez, y el viejo general se puso en pie, dio la vuelta alrededor de la mesa y se acercó a la ventana más cercana, atravesando la conclusión oficial del día como si hubiera cruzado un umbral para entrar en la noche, porque, mientras bordeaba el extremo de la mesa, las cornetas, surgiendo de todas partes, empezaron a tocar a formación para los tres ejércitos; en el

momento en que cruzaba la sala subieron del patio ruidos de botas y de fusiles, y cuando llegó a la ventana las dos guardias estaban situadas una frente a otra para la primera nota de las tres retretas y, antes de nada, la ceremonia del relevo. Pero no dio la sensación de que el anciano general lo estuviera viendo. Se limitó a permanecer en la ventana por encima de la abarrotada plaza inmóvil donde la multitud paciente se apretaba contra la verja de hierro; como tampoco volvió la cabeza cuando la puerta se abrió, esta vez rápidamente, y el joven ayudante de campo, llevando un teléfono cuyo cordón flotaba tras él sobre la alfombra blanca como la cola interminable de un trofeo de caza, entró, pasó por detrás de la mesa, acercó con el pie uno de los sillones, se sentó, dejó el teléfono sobre la mesa, descolgó el auricular, sacó a la vista el reloj de pulsera que llevaba en la otra muñeca y se inmovilizó de nuevo, el receptor junto al oído y los ojos en el reloj. El mariscal, por su parte, siguió donde estaba, ligeramente alejado de la ventana y un poco a un lado, apartando un tanto el visillo, visible desde la plaza si a alguien se le hubiera ocurrido alzar los ojos, mientras que, por todas partes, la llamada imperativa y solemne de las cornetas se apagaba entre los taconazos y el repiqueteo de las armas al tiempo que las dos guardias adoptaban la posición de descanso y toda la línea divisoria entre dos instantes, terminada ya la tarde pero sin que hubiera empezado aún la noche, se prolongaba en muda expectativa, hasta que las cornetas volvieron a sonar, las tres voces aullando en el patio al unísono una vez más, aunque incorregiblemente distintas, los dos grupos de hombres fuertemente armados rindiéndose honores mutuamente con rígidos gestos, semejantes a los de la ceremonia ritual de alguna tribu salvaje para una inmolación religiosa. El mariscal no podía haber oído el teléfono, puesto que el ayudante de campo tenía ya el receptor pegado al oído y se limitó a pronunciar una palabra de acuse de recibo; luego escuchó un momento, dijo otra palabra, bajó el receptor y esperó también mientras las cornetas trompeteaban y gemían como gallos hasta que se desvanecieron en el crepúsculo rojo.

—Ha aterrizado —dijo el ayudante—. Se apeó del avión, sacó la pistola, hizo ponerse firmes al piloto y le pegó un tiro en la cabeza. No saben por qué.

—Son ingleses —dijo el mariscal—. Será suficiente.

—Por supuesto —dijo el ayudante—. Siempre me sorprende que los ingleses no tengan más problemas en las guerras continentales. En todas sus guerras —añadió—. Sí, excelencia —poniéndose en pie—. He pedido que mantengan abierta esta línea telefónica en cinco lugares desde aquí hasta Villeneuve-Blanche, para mantener informado a su excelencia sobre su avance...

—Que es indistinguible de su destino —dijo el anciano general sin moverse—. Bastará con eso —el ayudante colgó el receptor, recogió el teléfono y dio la vuelta alrededor de la mesa, el cable flexible e interminable replegándose sobre sí mismo a través de la alfombra, hasta que el oficial tiró rápidamente del bucle empequeñecido,

franqueó la puerta y la cerró. En aquel momento retumbó el cañonazo que marcaba la puesta de sol: no un sonido sino más bien algo que sugería la idea de un vacío, como si, desde el fondo de las entrañas vaciadas por la explosión, toda la jornada marcial regurgitada se extendiera en la repercusión de un solo trueno; desde el inmediato exterior de la ventana llegó el estridente rechinar de las tres poleas y el susurro de los tres cabos que se enrollaban y la misma hoja de la puerta se abrió de nuevo los mismos quince centímetros, hizo una pausa y luego, sin sonido alguno, se abrió del todo pausadamente y sin motivo aparente, sin que el viejo general se moviera, mientras ladraban las voces triplemente ajenas y, por debajo de las tres místicas enseñas, transportadas con infinito cuidado, los pasos de los tres depositarios de las banderas resonaban sobre el adoquinado del patio y, en ritmada disminución férrea, sobre el adoquinado mismo de la noche.

Y entonces la multitud al otro lado de la verja empezó a moverse, regresando, a través de la plaza, que fue quedándose vacía, hacia los bulevares divergentes, desvaneciéndose incluso antes de alcanzarlos, como si con una larga y tranquila aspiración la noche borrara toda la sufrida neblina humana; el anciano general tenía a sus pies la ciudad que, inmune ya al sufrimiento humano, se liberaba incluso de su tumulto. O más bien, no era que la noche borrara al ser humano de la plaza del *Hôtel de Ville*, sino que, más bien, borraba la plaza misma, haciéndola entrar y desaparecer en el dolor inmemorial del ser humano y su polvo invencible, sin que la ciudad se hubiera liberado en realidad ni de uno ni de otro, situándose tan sólo por encima de ambos. Porque sus habitantes sufrían como sólo puede hacerlo una paciencia más firme que la roca, más imperturbable que la locura, más duradera que el dolor, mientras la ciudad oscura y silenciosa se elevaba del crepúsculo sombrío y desierto para volver a caer como un trueno, puesto que la urbe era la efigie y el poder, surgiendo en hileras sucesivas de la penumbra de aquel laberinto como una tremenda colmena cuyo pináculo de día desafiaba al sol y de noche rompía como una roda la innumerable marea de las estrellas.

En primer lugar, y en lo más alto, se situaban las tres banderas y los tres generales en jefe que las servían: un triunvirato consagrado y ungido, una constelación tan inaccesible en su inmutabilidad como otros tantos planetas, tan poderosos en su trinidad como arzobispos, espléndidos como cardenales por sus séquitos y tan venerables como brahmanes por el número incontable de sus discípulos incondicionales; a continuación se hallaban los tres mil generales de rango inferior que eran sus diáconos y presbíteros en su jerarquía doméstica, sus acólitos y portadores de custodias y de sagradas hostias e incensarios; los coroneles y comandantes que tenían a su cargo carteras y mapas y memorandos; los capitanes y oficiales subalternos encargados de las comunicaciones y recados que actualizaban carteras y mapas, y los sargentos y cabos que de hecho acarreaban las carteras y los

estuches con los mapas y que los protegían con su vida y que respondían al teléfono y hacían los recados y los soldados rasos, sentados delante de las centralitas parpadeantes a las dos, a las tres y a las cuatro de la madrugada, que utilizaban las motocicletas bajo la lluvia y la nieve, que conducían los automóviles estrellados y empavesados, que cocinaban para los generales y los coroneles y los comandantes y los capitanes y los suboficiales y que les hacían la cama y los afeitaban y les cortaban el pelo y que sacaban brillo a sus botas y a sus correajes; y aún quedaban otros inferiores y aún más abajo en aquella jerarquía galonada y sacrosanta: tan abarrotada estaba la ciudad con generales de altísima graduación y sus espléndidos y relucientes estados mayores, que no sólo los oficiales subalternos, los capitanes e incluso los comandantes y coroneles no eran nada, reconocibles únicamente entre los civiles porque llevaban uniforme, sino que había además una situación de especial inferioridad entre ellos: el de los hombres que realmente habían estado en la primera línea de combate y que, a veces, hasta con graduación de comandante o incluso de coronel, se encontraban perdidos en la ciudad iluminada y desprovista de artillería a causa de alguna incomprensible y extraña convulsión de ese peculiar metabolismo castrense que hace cualquier cosa por un soldado excepto perderlo, que no aprende nada, ni olvida nada, ni pierde nunca nada, ya sea trozo de papel, expediente inacabado o memorando incompleto, por insignificante o trivial que sea; algunos de ellos estaban siempre allí, no muchos pero los suficientes: jefes de pelotones o de secciones y comandantes de compañía y segundos oficiales de batallón manchados con el barro de la primera línea que, en medio de aquel pomposo y resplandeciente tropel de estrellas, de bastones cruzados, de trenzas, de dorados y de bandas escarlata, circulaban tímidos, desconcertados e ignorados, con el aire perdido de campesinos lerdos con olor a estiércol, llamados al castillo, a la Casa Grande, para una rendición de cuentas o para recibir un castigo: a un herido manco cojo o tuerto se lo miraba con la misma piedad estupefacta y asqueada, con la misma repugnancia, con la misma sensación de atentado contra el decoro con que se miraría a alguien que sufriera un ataque de epilepsia al mediodía en una esquina muy concurrida del centro de una gran ciudad; luego los civiles: Herodes Antipas, sus amigos y los amigos de sus amigos, comerciante, príncipe, obispo, jefe de claque y blanqueador de conciencias para organizar el atentado, aplaudir la intención y perdonar el fracaso; y todos los sobrinos y ahijados de Tiberio en la lejana Roma y sus amigos y los amigos de las esposas y de los maridos de sus amigos que acudían a comer con los generales y a vender a los gobiernos de los generales los proyectiles y las armas y los aviones y la carne y los zapatos para que los generales los gastaran contra el enemigo, y sus secretarios y mensajeros y chóferes que habían conseguido la exención del servicio militar porque había que llevar la cartera y conducir el automóvil, y aquellos que de hecho vivían como *pater familiae* en los bulevares y avenidas de la ciudad, e incluso

en calles más aristocráticas, antes ya de que la ciudad iniciara sus cuatro años de apoteosis, y durante el transcurso de aquella apoteosis, y que aún vivirían allí (al menos así lo esperaban) después de que la apoteosis terminase y se olvidara; alcalde y ciudadano, doctor abogado director inspector y juez que no contaban con una carta personal de Tiberio desde Roma pero que, aun restringidos a salas de visita y mesas de comedor, se relacionaban siempre con generales y coroneles y no con capitanes ni oficiales subalternos; tabernero y herrero y panadero y tendero y artesano que no se relacionaban ni con capitanes ni oficiales subalternos ni sargentos ni cabos ni tampoco con soldados rasos puesto que eran sus mujeres las que hacían punto detrás de mostradores de zinc, que pesaban el pan y las verduras y devolvían el cambio y que golpeaban la ropa interior contra las piedras de la orilla del río; y las mujeres que no eran esposas ni de directores ni de panaderos, que no trabajaban en la guerra sino a causa de la guerra y que, por la misma razón que, en cierto sentido, dos mil novecientos noventa y siete de los generales no eran más que un solo general, todas ellas no eran tampoco más que una sola mujer, tanto si los coroneles de estado mayor se ponían en pie cuando entraban en una habitación como si compartían el mismo piso de una pensión modesta con capitanes de intendencia o preparaban la sopa de los cabos del servicio de comunicaciones o, convertidas ellas mismas en tropa, suministraban a su pareja eso a lo que se da el nombre de amor y que, según la lista de un sargento, no podía considerarse sin duda como algo muy distinto de la ración de hierro o de las botas que recibe un soldado, y que no obligaba a la pareja a ponerse de nuevo la guerrera o el capote antes de volver al frente porque el sargento que tomaba nota a la entrada y la salida de ese amor quizá nunca le había permitido quitarse ninguno de los dos, de tal modo que la mitad de las veces la mujer se llevaba a dormir con ella por la noche la semilla todavía tibia y viva de un muerto; y luego, en el último lugar absoluto, la masa anónima, sin nombre y sin rostro, que abarrotaba la antigua Jerusalén al igual que la antigua Roma y donde, de cuando en cuando, gobernador y César le arrojaban pan y espectáculos circenses, de la misma manera que, en la antigua e ingenua pantomima, el pastor que huye abandona a los lobos que lo persiguen trozos de su almuerzo, una prenda de vestir y, como último recurso, al cordero mismo; los obreros cuya única posesión es gastar hoy lo que ganaron ayer, los mendigos y ladrones que no siempre entendían que lo que estaban haciendo era pedir limosna y robar, los leprosos junto a la entrada de la ciudad y la puerta del templo que no siempre sabían que no estaban sanos y que no pertenecían ni al estamento militar ni al gremio de comerciantes ni a la aristocracia ni a la Iglesia, que ni lograban ni esperaban beneficio alguno de los contratos con el ejército ni engordaban por el simple hecho de existir, de ser contemporáneos de la prodigalidad y del despilfarro que acompañan a la angustia mortal de una nación, esa misteriosa y permanente minoría a la que siempre se le niega cualquier oportunidad de participar

en el carnaval suntuoso donde se derrama la fuerza vital de su país, de quienes la suerte se olvida siempre, porque carecen de parientes o amigos que tengan parientes o amigos que, a su vez, tengan parientes o amigos y protectores poderosos y que sólo poseen el atavismo de sufrir con paciencia sin esperanza de mejora ni estímulo de orgullo; una capacidad de aguante que, incluso después de cuatro años de sobrevivir como extranjeros tolerados, pero sin derechos, en su propia tierra y en su propia ciudad, les permitía, sin esperanza ni orgullo siquiera en el aguante, seguir aguantando, sin pedir ni esperar nada más que el permiso para ejercitarlo, como si se tratara de un tipo de inmortalidad. Por encima de ese polvo de sufrimiento y de angustia se alzaba la ciudad, surgiendo del sombrío sueño gótico, elevándolo sobre alas de arcos y contrafuertes, en una ascensión de pilastras y cintras con esculturas de caballeros, obispos, santos y querubines hasta el vuelo de agujas y pináculos donde trasgos y demonios, grifos, gárgolas y hermafroditas aullaban en la piedra muda y helada recortándose contra el cielo que se desvanecía. El viejo general dejó caer la cortina y se alejó de la ventana.

—Puede usted cerrar... —dijo. Después se detuvo. Más que esperar el ruido dio la sensación de que sabía de antemano que iba a producirse, inmóvil ya cuando el sonido entró por la ventana: un griterío al otro extremo de la ciudad, adelgazado por la distancia, no difuso, sino localizado y aun singularmente localizado, en relación con su punto de origen, incluso cuando empezó a moverse, como si estuviera dirigido a algún pequeño objeto, muy concreto y específico, no más voluminoso que un hombre, y no se trataba de que los gritos avanzaran sino de que el objeto de aquellas imprecaciones retrocedía lentamente ante ellas... El mariscal no regresó junto a la ventana, simplemente siguió inmóvil cerca de ella. De repente se oyó un resonar de cascos sobre la plaza y un destacamento de caballería la atravesó al trote, siguiendo después por el bulevar que llevaba a la antigua puerta oriental, transformado ya el trote en galope corto, hasta alejarse. Durante algún tiempo el ruido de los cascos dio la sensación de haberse disuelto en el clamor, de haber sido ahogado por los gritos, hasta que, de repente, la caballería penetró en el griterío como en un frágil montón de hojas caídas, dispersándolas, lanzándolas en todas direcciones, para reaparecer unos segundos después como la acometida de una banda de centauros, en un impulso mudo y furioso, intacto en una nube igualmente intacta y visible, en un remolino de frenéticos alaridos que siguió agitándose y estallando incluso después de que, sin duda, los caballos hubieran desaparecido, por lo que remolinos y efervescencia subsistieron aquí y allá y fueron calmándose poco a poco mientras comenzaba el otro ruido, que se elevó por encima de ellos, iniciándose no como ruido sino más bien como resplandor, difuso pero continuo, del otro lado de la llanura, fuera de la ciudad: voces de hombres solamente, un sonido casi coral, que no crecía en volumen sino en densidad, como sucede con la misma aurora, llenando el horizonte bajo, más allá de

la alta y sombría masa de la ciudad, con una orquesta no de ruido sino de luz, mientras que por encima de ella y en ella los alaridos y los gritos furiosos más cercanos se dispersaban, se daban la vuelta, se extinguían como chispas en el agua, todavía llenando el horizonte incluso después de que las voces mismas se hubieran transformado en un zumbido sonoro, como decrece poco a poco una puesta de sol, y tan frío como la aurora contra la que la tremenda ciudad sombría parecía abalanzarse, al asalto del cielo, en un férreo y poderoso rugido provocado por la furiosa carrera de la tierra hacia su polvo furioso, erguida e insensible como la proa de una nave de acero entre las serenas e impasibles estrellas.

Esta vez el mariscal sí se apartó de la ventana. El único batiente de la puerta estaba ahora abierto algo menos de un metro y muy cerca se hallaba —no en posición de firmes sino simplemente de pie— un anciano apenas más grande que un niño, al que no cabía calificar ni de encorvado ni de cheposo, como tampoco hubiera sido correcto llamarlo apergaminado. Estaba más bien condensado, intacto y sin arrugas, la prolongada elipse de su vida casi enteramente recorrida ya, momento en el que, aún sonrosado y sin imperfecciones, sin recuerdo de haber sufrido nunca en la carne, quejumbroso, calvo y desdentado, sólo poseía tres cosas y no deseaba ninguna más: un estómago, unas cuantas terminaciones nerviosas superficiales para buscar el calor y algunas células que le permitieran conciliar el sueño. No era soldado. El hecho de vestir un pesado capote reglamentario de infantería de faldones levantados y llevar además un casco de acero y un fusil en bandolera sólo servía para que aún lo pareciera menos. Allí inmóvil, con sus gafas, con su capote desteñido, probable despojo del cadáver de su primer (o postrer) propietario: aún se veía la zona más oscura de donde se habían descosido unos galones de sargento y el número de un regimiento, mientras que en la parte delantera, cuidadosamente zurcido, inmediatamente por encima de donde se doblaban los faldones, se veía el desgarrón donde algo (una bayoneta, evidentemente) lo había atravesado; capote que, en el espacio de las últimas veinticuatro horas, había sido cuidadosamente cepillado y planchado a mano por alguien que no veía muy bien, además de haber sido tratado en una planta de limpieza y desparasitación y luego entregado al anciano por el centro de recuperación de un cuartel general, así como el casco de acero reluciente y el fusil (limpio e igualmente brillante que parecía tan amorosamente cuidado y tan poco usado como una pica del siglo XII salida de un museo privado) con el que el anciano nunca había disparado ni sabía cómo disparar ni dispararía nunca, y para el que nunca hubiese aceptado un cartucho cargado aunque hubiera alguien en todos los ejércitos franceses dispuesto a dárselo. Aquel hombrecillo había sido asistente del mariscal durante más de cincuenta años (exceptuando los trece que comenzaron el día, ahora hacía ya más de cuarenta años, en que el anciano general, entonces capitán con un futuro brillante y casi increíble, había desaparecido no sólo del escalafón sino de la

vista de todas las personas que, hasta aquel momento, pensaban que también lo conocían, para reaparecer trece años después en el escalafón y en el mundo con el grado de general de brigada sin que nadie supiera ni el dónde ni tampoco el porqué, aunque, en lo referente a la graduación, sí supieron cómo; su primer acto oficial fue encontrar a su antiguo asistente, por entonces empleado por los servicios de intendencia en Saigón, y devolverlo a su antiguo puesto y categoría); y allí estaba, inmóvil, tan sonrosado y sano como un niño, sin edad, sereno en su aureola de indefectible fidelidad, invenciblemente testarudo, incorregiblemente apegado a sus opiniones y seguro de sí mismo, inflexible en sus consejos, sugerencias y observaciones, radicalmente contrario a la guerra y a todas sus ramificaciones, constante, estable, leal, insubordinado y casi invisible entre la confusión y revoltijo de su parodia marcial, de manera que parecía un anciano criado de alguna antigua casa ducal vestido con el traje de ceremonia para la conmemoración periódica de algún acontecimiento antiquísimo, de alguna derrota o gloria antigua de la Casa, tan anterior a su época que había olvidado su significado hacía mucho tiempo si es que alguna vez lo había sabido, mientras el anciano general cruzaba la sala, daba la vuelta alrededor de la mesa y volvía a sentarse. Luego el viejo asistente se volvió, cruzó la puerta en la dirección opuesta, y reapareció inmediatamente con una bandeja que contenía un simple cuenco de sopa que podría haber salido de un comedor de suboficiales, o quizá formar parte del rancho de la tropa, una jarrita de barro, un cantero de pan, una gastada cuchara de peltre y una impoluta servilleta de damasco cuidadosamente doblada; a continuación dejó la bandeja en la mesa delante del anciano, y, mientras el reflejo del fusil brillaba y centelleaba al inclinarse, enderezarse y retirarse discretamente, contempló, afectuoso, autoritario e implacable, todos los movimientos de su superior mientras éste desmigaba el pan en el cuenco de sopa.

Cuando el anciano general ingresó en Saint-Cyr a los diecisiete años no parecía, con la excepción de aquella parte de su magnífico destino de la que incluso allí no podía librarse, haber aportado, del deslumbrante mundo exterior que dejaba atrás, otra cosa que un relicario, un objeto pequeño de oro cincelado, muy gastado, a todas luces valioso o por lo menos venerable, parecido a una saboneta, y con la posibilidad evidente de contener dos retratos; sólo con la posibilidad, porque ninguno de sus compañeros de clase le vio abrirlo nunca y de hecho únicamente se enteraron de que lo poseía debido a que uno o dos de entre ellos se lo vieron, casualmente, en el baño del cuartel, colgado del cuello por una cadena, como si se tratara de un crucifijo. E incluso aquella brizna de información quedó pronto oscurecida por la importancia del destino del que ni siquiera las altas verjas de la academia militar lograrían apartarlo: el destino que hacía de él no sólo sobrino de un ministro sino ahijado del presidente del consejo de administración del gigantesco consorcio internacional dedicado a la

fabricación de los proyectiles que, con unos pocos cambios en la inscripción estampada en la funda de cada cartucho y de cada obús, podían ser utilizados por casi todos los fusiles, las pistolas y las piezas de artillería ligera del continente americano e incluso de la mitad del resto del mundo. Pese a ello, debido a su infancia retirada, y estrechamente vigilada hasta que entró en la academia militar, puede decirse que el mundo exterior al faubourg Saint-Germain casi no lo había visto nunca, y que el mundo que comenzaba en el extrarradio de París sólo había oído hablar de él como de un nombre de pila masculino. Huérfano, hijo único, último varón de su linaje, se había criado desde la infancia en la rue Vaugirard, en el severo y aislado domicilio particular de su tía materna, de más edad que su madre, y casada con un ministro sin otra virtud que su ilimitada ambición, hombre carente de escrúpulos que sólo había necesitado de una oportunidad y la había encontrado en la fortuna y en las relaciones de su esposa, y que —por carecer de descendencia— había adoptado legalmente a la familia de su mujer, uniendo, mediante guión, el otro a su apellido, con lo que el niño creció hasta el umbral de la edad adulta no sólo como heredero de su tío y del poder y riqueza de su padrino soltero (el presidente del Comité de los Ferrocarriles), amigo íntimo de su padre, sino sin que nadie, a excepción de los habituales del salón de su tía en el faubourg Saint-Germain, sus criados y sus tutores, estuvieran en condiciones de relacionar su rostro con sus espléndidos antecedentes y su fabuloso futuro.

De manera que cuando ingresó en la academia militar, ninguno de los camaradas de promoción con los que pasaría los cuatro años siguientes (ni tampoco, probablemente, el personal y el claustro de profesores) lo habían visto antes. Y probablemente pasó allí al menos veinticuatro horas sin que nadie, excepto una persona, relacionase aquel rostro con su ilustre apellido. Esta persona no era un muchacho sino un hombre ya, de veintidós años, que había llegado a la academia dos días antes y que sería el número dos de su promoción (tras el número uno del otro) el día en que recibieran sus despachos, y que durante aquella primera tarde empezó a creer, y siguió creyéndolo durante los quince años siguientes, que había reconocido al instante en aquel rostro de diecisiete años la promesa de un destino que devolvería a Francia (corría el año 1873, dos después de la capitulación y ocupación oficial de París por los prusianos) toda su gloria y su grandeza. En cuanto a los demás, su primera reacción fue la misma que la del mundo exterior: sorpresa, asombro y, por el momento, incredulidad total ante la idea de que aquel muchacho se encontrara entre ellos. Pero no debido a su apariencia frágil y delicada; sus compañeros y profesores también habían incluido el rostro en la fragilidad y delicadeza que, durante aquel primer instante en el que pareció no traspasar las puertas de la verja sino más bien quedar inmóvilmente encuadrado por ellas, habían servido para proclamarlo tan absoluta, tan irrevocablemente ajeno a aquella mandíbula de hierro con refuerzos de piedra, donde se realizaba el aprendizaje de la guerra, como si fuese una figura de

vidriera arrancada a la ventana de una catedral y colocada por un azar incomprensible tapando la brecha abierta en la muralla de un fuerte. Porque, según ellos, su destino dorado era el de príncipe heredero de un reino paradisíaco. Para ellos no era sólo un joven brillante, sino *el* joven brillante; para los alumnos y profesores de la academia y para todo el mundo que se extendía desde los barrios residenciales hasta el límite extremo donde termina el mundo de la *Ville Lumière*, no era solamente un parisino sino *el* parisino: millonario y aristócrata de nacimiento, huérfano e hijo único, no sólo heredero por derecho propio de una cantidad de francos que nadie conocía, a excepción de los abogados y banqueros que la guardaban, nutrían e incrementaban, sino del incalculable peso e influencia del tío que, aunque fuese otro quien llevara el título y disfrutara del rango, era, de hecho, el verdadero primer ministro, y del padrino cuyo apellido (por tratarse del presidente del consejo de administración del Comité de los Ferrocarriles) abría puertas que, a causa de sus implicaciones y compromisos, o (por tratarse de un soltero) de su sexo y casta, ni siquiera estaban al alcance de un ministro del gobierno; un muchacho a quien le bastaba llegar a la mayoría de edad para heredar la peor de todas las catástrofes: el privilegio de poder agotar su vida —o, en caso necesario, acortarla— por los peores medios imaginables: ser joven, varón, soltero, aristócrata, rico, al abrigo de peligros por derecho de nacimiento, y en París: aquella ciudad que era también el mundo, reina entre todas las ciudades, con la que todos los hombres soñaban y a la que todos adoraban, y no sólo cuando disfrutaba orgullosa de su supremacía, sino cuando —como en aquel momento— había perdido su rango. Nunca, de hecho, más soñada ni adorada que entonces, en su degradación; nunca más soñada ni adorada que entonces por lo que, en cualquier otra ciudad, hubiera sido degradación. Nunca fue París, más que entonces, no de Francia sino del mundo, puesto que la profanación no sólo pasaba a formar parte de la inmortalidad y de la pureza que adoraban, y que por esa razón les era necesaria, sino porque era la clase de espléndida decadencia de la que sólo París era capaz, y por serlo la convertía en capital del mundo: conquistada o, más bien, inconquistada —puesto que, a París, capital de Francia, ni la violaba ni la alteraba el mismo tacón de hierro bajo el cual el resto de Francia (y puesto que París era también capital del mundo, el resto del mundo igualmente) yacía abatido y humillado—, inviolada e indemne: la deseada, la virgen estéril e insaciable, inviolada y por siempre impura, del mundo civilizado: la virgen que renovaba su estéril virginidad en el acto mismo de cada cópula estéril y anónima. Eva y simultáneamente Lilit para todo joven lo bastante favorecido por la fortuna como para que se le permitiera entrar en su órbita devoradora e insaciable; el prusiano mismo, invasor y victorioso, boquiabierto no tanto a causa de su éxito como por el sitio increíble donde repentinamente se encontraba, arrastrando sus pesadas botas por las antecámaras perfumadas, tan encandilado como aquéllos, nacidos para tan inapreciable destino, a quienes, ciudad

inmortal, les concedía la breve inmortalidad de los semidioses, a cambio, exclusivamente, de su juventud.

Pero allí estaba él, simple miembro anónimo entre los demás candidatos a una carrera profesional, no sólo dentro de la rígida jerarquía de un ejército, sino de un ejército que, durante los siguientes cincuenta años, lucharía sencillamente por sobrevivir, por salir del desastre y de la humillación de la derrota para que no se lo viera como amenaza sino, sencillamente, para que se le respetara como monumento. Un espíritu anglosajón habría podido discernir, y casi cualquier estadounidense habría adivinado, en su presencia allí, el sueño de un joven en el que reconocerse, no quizá para arrancar de su roca cruel, como otra Andrómeda, al precio de algún irremediable sacrificio, aquella ciudad adorada, sino, al menos, como uno de los hijos de Níobe o de Raquel, blandiendo espada y adarga. Pero no el espíritu latino, francés, para quien aquella ciudad nada tenía que salvar, la ciudad que había estrangulado, con algún rizo loco de su cabellera de Lilit, el corazón de todos los hombres; aquella ciudad que, estéril, carecía de hijos; eran sus amantes y, cuando marchaban a la guerra, lo hacían por conseguir la gloria de reposar ante el altar de aquel lecho impuro y siempre inviolado.

De manera que sólo aquel único compañero de promoción rechazó la hipótesis de que no era el joven quien renunciaba al paraíso, sino el paraíso quien repudiaba a su retoño y heredero; que no era él sino su familia quien lo había puesto donde estaba, no desheredándolo, sino despojándolo de sus privilegios, excluyéndolo de la comunidad: que era la familia quien lo había empujado al ejército a modo de —para ellos, para su nombre y su posición— aislamiento, de cuarentena contra la amenaza, fuera la que fuese, que representaba o en que se había convertido o, poniéndose en el peor de los casos, a modo de mausoleo para la vergüenza que sería el resultado, y —para él— de refugio contra las consecuencias. Porque, allí donde estaba, seguiría siendo lo que era: varón, solitario y heredero; la familia seguiría usando de su poder y de su influencia, aunque se hubiera visto obligada a aislarlo y a poner en cuarentena su incapacidad para ser lo que podría —lo que debería— haber sido. De hecho, no se trataba pura y simplemente de que su familia le hubiera comprado la absolución. Los bordados en oro que adornarían en el futuro su quepis y sus puños añadirían, por el contrario, para sus familiares, una cegadora superabundancia al esplendor original del nombre prestigioso. Porque incluso el compañero de curso ya mencionado estaba seguro de que su promoción (y en aquel momento también las tres que la precedían) comía y dormía con alguien que sería general a los cuarenta años y —por poco que en los treinta años siguientes se presentara alguna ocasión para un desastre militar digno de ese nombre— que habría llegado a mariscal de Francia cuando la nación celebrara sus exequias.

Sucedió, sin embargo, que no utilizó su influencia, que no lo hizo, al menos,

durante los cuatro años siguientes. Tampoco lo necesitó. Además de ser el número uno de su curso, lo hizo con las calificaciones más altas jamás obtenidas en la academia; era tal su expediente académico que ni siquiera sus compañeros de promoción, a quienes en ningún caso se les hubiera ofrecido el puesto fueran cuales fuesen las calificaciones que hubieran obtenido, sintieron celos ante la capitánía de intendencia que, según rumores, le esperaba al salir de la academia como esperan a su propietario el sombrero y la capa, sobre el brazo de un criado, al salir del teatro o del restaurante. Pero cuando, inmediatamente después, oyeron hablar de él —lo que sucedió muy pronto, al día siguiente, cuando el resto de la promoción había iniciado apenas el permiso reglamentario de quince días antes de incorporarse a su destino—, supieron que no ostentaba el grado de capitán. Se había limitado a aparecer en Toulon sin las tres estrellas, todavía con un aspecto muy poco diferente del que tuviera cuatro años antes: no tanto frágil como delicado, con su impoluta cartilla de pago que no tenía para él más utilidad que para el mendigo el clavo del herrero real o para el rey la limosnera del mendigo, con su espartano equipo de alférez todavía sin estrenar y con su ejemplar todavía sin abrir del *Manual de la guerra* (y el relicario, por supuesto; sus compañeros de promoción no lo habían olvidado; sabían incluso de quiénes serían los dos retratos: el tío y el padrino, su crucifijo y su talismán, sin duda), pero tan desprovisto del grado de capitán como lo está de capa y sombrero el cliente o el espectador que abandona el restaurante o el teatro por la salida de incendios o la puerta trasera.

Pero —con la excepción del ya indicado— sus compañeros creyeron adivinar la explicación. Se trataba de un gesto, no del joven, sino de la familia, uno de esos gestos de modestia y discreción de los fuertes y los poderosos que son lo bastante fuertes y poderosos para permitirse incluso la discreción y la modestia; sus familiares esperaban lo mismo que él: la aparición del gran automóvil silencioso con aspecto de coche mortuario y color de noche cerrada que no traería al secretario civil con el despacho de capitán, como si se tratase de una corona ducal, sobre un almohadón de terciopelo, sino más bien al tío ministro en persona, que regresaría con su sobrino al Quai d'Orsay y, en privado, se desembarazaría del modesto equipo de alférez del ejército de África con la fría indignación de un cardenal que retirase, del bolsillo de la sotana de un candidato a la ordenación sacerdotal arrodillado ante él, un himnario baptista. Pero tampoco sucedió aquello. El automóvil habría llegado demasiado tarde, porque, si bien el destacamento al que iba a incorporarse el joven heredero aún tardaría dos semanas en partir, y sus componentes no habían empezado aún a presentarse en el depósito, él se marchó a África después de una sola noche, para entrar inmediatamente en campaña, sin ruido, casi subrepticamente, con la misma graduación de alférez y el mismo austero equipaje que llevarían, a su vez, los demás.

De manera que quienes podrían haber tenido celos de él (no sólo sus compañeros

de Saint-Cyr, los más jóvenes y los de más edad, sin tíos ministros ni padrinos presidentes de consejos de administración, sino los oficiales de carrera que sí tenían padres y tutores aunque no fuesen miembros del Gabinete ni presidentes del Comité de los Ferrocarriles, que lo aborrecían no porque se le hubiera ofrecido la capitanía sino porque no la había aceptado) carecían ya de motivos para seguir teniéndoselos. Porque sabían que nunca lograrían alcanzarlo, al quedar para siempre alejado de la envidia y, por consiguiente, tanto del odio como del miedo; al comprender que los tres —sobrino, padrino y tío— iban ya tan deprisa que se mostraban despiadados incluso con la larga tradición de nepotismo al enviar precipitadamente al joven a alguna lejana frontera donde el poder y la voluntad de tío y padrino carecerían en verdad de freno, sin nadie, excepto, de cuando en cuando, un general inspector para hacerles frente; sin límite alguno para la ambición de la familia ni obstáculos para todo lo que la favoreciera. Quedaban libres al haber comprado la inmunidad contra la envidia simplemente sobreviviéndola; cuando el joven heredero reapareciese, pongamos que dos años después, convertido en coronel a los veintitrés, estaría totalmente fuera del alcance de la envidia o de los celos de cualquiera y, en especial, de los de sus compañeros de academia. Y tal vez ni siquiera hicieran falta dos años, podía bastar con uno, tan grande era su confianza no sólo en el poder y la voluntad del tío y del padrino, sino en la rapacidad misma: los compasivos, los omnipotentes, que todo lo veían, llegaban a todas partes; un día el Quay d'Orsay se manifestaría cortésmente y sobre aquella salvaje costa africana descendería de manera oficial una unanimidad lo bastante sonora y prolongada no ya para impedir que se advirtieran las circunstancias más evidentes, sino para apartar de las mentes toda curiosidad; sólo perdurarían el éxito y su protagonista, yuxtapuestos sin pasado sobre un escenario sin ayer, como dos máscaras para una pantomima sacada del exangüe trastero de la literatura, porque para entonces ya habría escapado no sólo al miedo y al odio, sino al largo y rígido mosaico del mismo escalafón, tan irrevocablemente como una joven que pierde la virginidad; lo verían, podían ya verlo —frío, sereno, inmune a todo recuerdo desagradable—, incluso volver a verlo pasando por las calles de Orán, entre las aclamaciones, en medio de las banderas al viento y de las tropas que desfilaban, en el automóvil del gobernador general, sentado a la derecha del mismo gobernador —el héroe de veintidós o de veintitrés años que no se había limitado a salvar alguna migaja o parcela de un imperio, sino que había desplegado de nuevo contra el cielo la feroz silueta de un ave, aunque sólo se tratara, en realidad, de otra pluma perdida por las águilas que setenta años antes sometieran a toda Europa, África y Asia, mirándolo ya sin celos, e incluso sin rencor, tan sólo con asombrada admiración no sólo hacia Francia sino hacia el hombre invencible, el héroe, que, incluso después de dos años de sol y de desierto africanos, aún tenía aire de jovencita, aún frágil y delicado como esos adolescentes que parecen increíblemente frágiles y, al mismo tiempo,

increíblemente resistentes y que circulan, libres e indiferentes, como volutas o nubes de vapor, entre los monstruos ensordecedores con cimientos de hormigón en el interior de una fundición; presentándose ya como el más sólido a causa de su fragilidad puesta a prueba, no reprobada, frágil y a la vez incólume e inviolado a causa de aquello que, tratándose de otro, habría sido no sólo motivo de ruina, sino de destrucción, como la santa de la vieja historia, la joven que, sin dudas ni discusión, pagó de antemano el precio de su virginidad al barquero que la llevó al otro lado del río y la hizo entrar en el paraíso (también una leyenda anglosajona, porque sólo un anglosajón podía creer seriamente que una cosa susceptible de adquirirse a un precio tan modesto mereciera realmente un título de santidad)— el héroe, la masa ovejil aclamándolo, sin nadie entre todos sus componentes para preguntar o al menos preguntarse qué era lo que había hecho, cuándo y dónde, ni tampoco contra qué o contra quién la victoria, mientras él pasaba indiferente incluso al clamor, atravesando la ciudad delirante para alcanzar el muelle y el destructor (crucero quizá, destructor sin duda) que lo llevaría a su triunfo parisino y luego lo devolvería convertido ya en jefe de cuerpo y comandante de departamento o, incluso, en gobernador general.

Pero tampoco fue eso lo que sucedió. El nuevo alférez cruzó el Mediterráneo y desapareció. Cuando sus compañeros lo siguieron para incorporarse a sus puestos, supieron que también había abandonado el puerto de desembarque, sin detenerse siquiera una noche, para llegar a su destino, en el interior, sin que en la base naval supiera nadie exactamente dónde ni en qué servicio. Pero contaban con ello. Creyeron saber incluso dónde estaba: no en un lugar alejado tan sólo a causa de la distancia y de la dificultad de las comunicaciones, como Brazzaville, por ejemplo, donde los tres rostros pálidos —el comandante-gobernador, el nuevo alférez y el intérprete mulato— sesteaban, jerarquizados y superpuestos, bonachones e impenetrables, irascibles e indescifrables como un poste totémico de indios americanos, en la inocencia de su edén de ébano; sino en un lugar verdaderamente remoto, no sólo pasiva sino activamente aislado, e incluso agresivamente secreto, como un oasis en el corazón mismo del desierto, más escondido que una cueva y mejor guardado que una caravana, una tienda de seda donde se quemaban pastillas de olor, hasta donde llegaba como un murmullo el somnoliento repicar del hacha de los leñadores y el ruido sordo de los pies de los aguadores y donde, sobre un diván recubierto con una piel de león, el joven heredero esperaría, paciente, el parto sin fecha de su destino. Pero se equivocaban. Había abandonado el puerto de desembarco para dirigirse, el día mismo de su llegada, a un puesto tan famoso en los círculos del ejército colonial francés como el Agujero Negro de Calcuta^[5]: una avanzadilla no sólo a quinientos kilómetros de cualquier puesto que se asemejara a un fuerte civilizado o incluso a un fortín, sino a más de sesenta de su apoyo más próximo, un diminuto campamento perdido, sin otros defensores que un pelotón al mando de un

sargento, procedente de un batallón de la legión extranjera reclutado entre los desechos de las cloacas de toda Europa, América del Sur y el Cercano Oriente: un pozo, un asta para la bandera, un único edificio de adobe con troneras situado en un hostil desierto de arena y sol que pocos hombres vivos habían visto nunca, adonde se mandaba a los soldados para castigarlos o a los incorregibles para apartarlos hasta que el calor y la monotonía, además de sus vicios naturales o adquiridos, los divorciaran definitivamente de la humanidad. Y ya hacía tres años que, desde el puerto de desembarco, había ido directamente allí (el único oficial presente y también, para todas las cuestiones prácticas, el único hombre blanco), cumpliendo no sólo su año de destino, sino también el de su supuesto sucesor, y había hecho ya diez meses del que hubiera sido el turno del sucesor de su sucesor: la impresión que tuvieron —con la excepción del ya citado— durante el primer segundo después de enterarse de la noticia, fue la de que la tierra misma les fallaba bajo los pies, la de que la rapacidad misma había fallado, puesto que, prescindiendo de cuál —siete, ocho o diez años antes— hubiera sido la malversación de las esperanzas o de los sueños familiares cometida por el sobrino, ni siquiera aquel tío ni aquel padrino habían sido capaces de salvarlo; así, hasta que el antiguo compañero de promoción se apoderó de toda la historia, transformándola por completo.

Se trataba de un normando, hijo de un médico de Caen, cuyo abuelo, cuando estudiaba arte en París, se hizo primero amigo y después discípulo fanático de Camille Desmoulins hasta que Robespierre los guillotizó a los dos; el bisnieto también se trasladó a París para llegar a ser pintor, pero abandonó aquel sueño por la academia militar debido a su amor a Francia, como su bisabuelo había renunciado al suyo por amor a la humanidad; quien, pese a su gran envergadura de campesino, tenía a los veintidós años un aspecto más frágil y quebradizo del que nunca tuviera su obsesión a los diecisiete: un hombre con un amplio rostro lunar, flácido y enfermizo y unos ojos voraces y apasionados, que había mirado una vez a aquel al que el resto del mundo consideraba un simple jovencito más de diecisiete años, entregándose completamente a él como un sexagenario, viudo de muchos años, a una adolescente que no se da cuenta de nada, y que, después de recoger las tres figuras —tío, sobrino y padrino— como otras tantas muñecas de papel, les había dado la vuelta para colocarlas de nuevo en las mismas posiciones y actitudes pero del revés. Aunque todavía tendrían que pasar varios años, casi diez de hecho, desde el día en que se vio, a aquella inmensidad inundada de sol por detrás de Orán, recibir el paso ligero del joven alférez y luego cerrarse, sin límite, tras él, como un simple decorado, no sólo ilimitado sino también impenetrable; y no un decorado sino más bien un espejo que hubiera que atravesar no para llegar a lo irreal, sino, más bien, llevándose lo irreal con él para instalarlo allí donde antes no existía: cuatro años después aún seguía allí, en su pérdida avanzadilla, estéril, cegado por el sol, sin futuro; quien, tanto si había

sido una amenaza real en otro tiempo como si no, ahora era ya un enigma que escondía su cabeza de avestruz a fin de evitar que lo nombraran para un puesto de estado mayor que lo devolviera a París, colocándolo, por lo menos, a una distancia peligrosa de la existencia sibarita a la que renunciara en otro tiempo; cinco años después de aquel día, y al comienzo del sexto turno voluntario de aquel destino que hubiera debido corresponder a cualquier otro oficial en activo (a cualquiera en cualquier sitio) antes que a él, y (tan grave la malversación a raíz de la cual su familia se había visto obligada a enterrarlo que no sólo se había trastocado el orden mismo del escalafón sino la periodicidad inmutable de los permisos militares) sin que los cafés de Casablanca, ni de Orán ni de Argel ni, con mayor motivo, los de París, lo hubieran visto nunca.

Y luego, pasados seis años después de aquel día, también desapareció de África, sin que nadie conociera su paradero, excepto la esperanza apasionada y voraz del normando, su compañero de promoción: desaparecido no sólo de las relaciones humanas sino de la cadena y de la trama dorada de la leyenda, sin dejar tras de sí más que un nombre en las listas del ejército, siempre acompañado de su antigua graduación de alférez, pero nada más, ni siquiera «fallecido», ni tampoco «paradero desconocido»; aún pasaron otros dos años durante los cuales todos aquellos que lo habían temido antiguamente, no sólo su promoción de Saint-Cyr, sino las que habían llegado después, se dispersaron y repartieron por todo el perímetro donde flotaba la bandera tricolor, hasta la tarde en que cinco de entre ellos, comprendido el normando y un capitán de estado mayor, que se encontraron por azar en una antecámara del Quai d'Orsay, procedieron a sentarse en la terraza del café más cercano, el oficial de estado mayor, capitán desde hacía ya cuatro años, tan sólo uno después de terminar la carrera, descendiente de un ducado napoleónico, cuyo fundador o beneficiario había sido carnicero, después republicano, después partidario del imperio, después duque, y su hijo monárquico primero y después de nuevo republicano, de manera que tres de los cuatro militares que lo veían y lo escuchaban pensaban que allí estaba la verdadera juventud dorada a la que aquel otro, once años antes, de quien el oficial de estado mayor se disponía a hablar, se había negado a pertenecer, dándose cuenta, conscientes por vez primera, no sólo de lo que el otro hubiera sido en el momento presente, sino —con su familia, antecedentes y poder— qué cimas incomparables hubiera sin duda escalado, puesto que aquel otro sólo tenía detrás simples propietarios de bancos y agiotistas; el oficial de estado mayor que cumplía en la antecámara sus funciones de capitán, tres de los otros que se habían presentado aquella mañana por simple coincidencia después de pasar tres años destinados en Asia, y el cuarto, el más joven, al que se había destinado allí nada más salir de la academia militar, los cinco bien apretados en torno a una mesa en aquella terraza abarrotada, mientras que tres de ellos —comprendido el normando gigantesco que

más que sentado entre ellos estaba encima de ellos, inmenso y enfermizo y, en apariencia, tan insensible como una piedra, a excepción de su rostro flácido pero ávido y sus ojos voraces y apasionados— escuchando mientras el capitán de estado mayor, fornido, brusco, brutal, sin muchas luces, muy seguro de sí mismo y en voz tan alta que las personas sentadas en otras mesas empezaban a volverse, hablaba de un alférez casi olvidado en su miserable destinillo en las profundidades de Nunca-Jamás; hablaba de quien hubiera debido ser el modelo idolatrado y la esperanza no sólo de todos los oficiales de carrera, sino de la juventud dorada de toda la nación, de la misma manera que Bonaparte lo había sido no sólo para los militares sino para todos los franceses sin antepasados, que sólo contaban en principio con la necesaria pobreza, dispuestos a obtener un buen precio por su vida y su conciencia; preguntándose (el capitán de estado mayor) qué había podido haber allí, en el desierto, para que el joven heredero hubiera preferido, durante seis años, ser alférez en un agujero apestoso rodeado de ocho palmeras y habitado por dieciséis asesinos sin nacionalidad, en lugar de aceptar el nombramiento de capitán de intendencia; qué había allí que Orán, Casablanca, o incluso París, no podían igualar: qué paraíso en una tienda con olor a camello; qué viejas diablas hastiadas y expertas en antiguas voluptuosidades totalmente ignoradas en los burdeles de Montmartre (e incluso en los boudoirs del faubourg Saint-Germain), pero tan peculiares, tan abocadas a la saciedad, que habían terminado por provocar un sentimiento de repulsión, de manera que al cabo de tan sólo seis años el sultán y dueño de aquellos placeres tenía que abandonar...

—¿Marcharse? —dijo uno de los tres—. ¿Quiere eso decir que se ha ido? ¿Que realmente ha renunciado a ese destino?

—No se ha marchado todavía —respondió el capitán—. No puede hacerlo hasta que llegue quien ha de sustituirlo. Después de todo, aceptó bajo juramento prestar sus servicios a Francia, incluso él, a pesar de sus lazos con el Comité de los Ferrocarriles. Ha faltado a su deber. Perdió un camello. También un soldado, aunque se tratara de un individuo que se había pasado en el calabozo la mayor parte de sus cinco alistamientos... —contándolo: un soldado engendrado en un pozo negro de Marsella para ser la némesis fatal, definitiva, de una mujer, de una muchacha a la que, dieciocho años antes, había corrompido y contaminado, a la que luego había empujado a la prostitución para asesinarla finalmente, pasando los dieciocho años siguientes en distintas guarniciones de fronteras perdidas, porque sitios como aquél (el límite del olvido) eran los únicos lugares sobre la tierra donde podía seguir caminando y respirando, donde podía alimentarse y vestirse; su único temor, hacer algo que incitase a alguien a nombrarlo cabo o sargento, forzándolo así a volver a algún otro puesto a menos de un día de camino de cualquier comunidad lo bastante nutrida como para contar con un policía civil, donde no sería él quien viera un rostro

extraño sino donde un rostro extraño pudiera verlo a él; aquel soldado de caballería había desaparecido junto con el camello, secuestrado sin duda por una cercana banda o tribu de rifeños, cuya presencia en la zona era la excusa para la existencia de la guarnición y la razón de que estuviera armada. Y si bien el individuo en cuestión también pertenecía al gobierno, aunque no fuese una pertenencia muy valiosa, el camello era un camello. Pero el comandante del puesto no había hecho, al parecer, esfuerzo alguno por recuperarlos a ninguno de los dos; por lo que ellos (quienes escuchaban) podían decir que el único fallo del comandante en aquel asunto había sido evitar una guerra local. Lo que no era cierto. No había impedido una guerra, simplemente no había llegado a iniciarla. Pero no se le había enviado allí para eso, ni era aquélla la prueba a la que se le sometía a fin de decidir si era competente para el mando: no se trataba de no iniciar guerras sino de proteger la propiedad del gobierno. Había faltado, por tanto, a su deber, y el día anterior su petición oficial de que se le relevase del mando había sido transmitida a la autoridad competente...

El normando se puso en pie mientras el capitán de estado mayor seguía hablando; cuatro al menos de sus compañeros supieron por tanto cómo tuvo conocimiento de que el puesto quedaba vacante, pero ni siquiera estos últimos averiguaron cómo el normando logró convertirse en el sucesor del futuro mariscal de Francia: una persona sin familia ni influencia, ni fortuna personal, alguien que no poseía realmente nada que pudiera auparlo o protegerlo en su profesión, excepto la dudosa capacidad de su corpachón enfermizo para aguantar penalidades y su condición de número dos de la promoción de Saint-Cyr; ya para entonces, en razón de su expediente académico, alférez de ingenieros y, debido a su buen número y a su precaria salud (con el mérito añadido de haber terminado un turno de servicio activo en Indochina), tenía prácticamente asegurado —desde aquel momento hasta que le llegara la edad de la jubilación— un puesto en la metrópoli, con toda probabilidad en el mismo París. Menos de una hora después, sin embargo, estaba en el despacho del mismísimo Intendente General, utilizando, habiendo utilizado por vez primera (y probablemente última) su condición de número dos para tener la oportunidad de entrevistarse con el ocupante de un escritorio que llegaría a ser suyo, aunque en aquel momento no pudiera ni saberlo ni imaginarlo, convertido a su vez, entonces, en árbitro único e incontestable del destino y mantenimiento de todo militar que llevara el uniforme francés.

—¿Usted? ¿Un ingeniero? —le preguntó su interlocutor.

—También lo era él —el tono apasionado, sereno, no tanto apremiante como imposible de contradecir—: Ésa es la razón, compréndalo. Recuerde que fue el número uno de nuestra promoción, y yo el dos. Al marcharse él me corresponde a mí sustituirlo.

—Se olvida usted de esto —dijo el otro, dando golpecitos con la mano al informe

médico que tenía delante—. Aquí se indica que usted no puede volver a Saigón después de su permiso, y por eso debería usted tener, a partir de ahora, un destino metropolitano. Además, no podría usted vivir un año allí, en ese...

—Iba usted a decir «ese agujero» —le interrumpió el normando—. ¿No es ésa la finalidad de un sitio así? ¿Disponer honorablemente de quien ha demostrado no tener cabida en el concierto del ser humano?

—¿Del ser humano?

—De Francia, entonces —respondió el otro. Y trece días después, contemplaba, desde el lomo de su camello, los kilómetros, sin mojones que los indicaran, que se sucedían, cegadores de claridad, como, mil años después de los acontecimientos, el primer peregrino debió de ver el muladar apenas reconocible donde el guía indígena le aseguraba que había estado, no el Gólgota, por supuesto, sino Getsemaní, el asta de la bandera y los muros calcinados por el sol en un nido de enjutas y harapietas palmeras; al ponerse el sol se hallaba ya entre ellas, rígido y abnegado, mientras sonaba la corneta y descendía desde lo alto, a su vez, aquel fragmento deshilachado que servía al imperio de caparazón; con las primeras sombras de la noche, mientras los dos camellos gruñían y borboteaban incansables a pocos pasos, junto al asistente que esperaba, el normando se halló a la entrada del puesto junto al compañero que había sido número uno frente a su número dos de la promoción seis años atrás, ambos apenas visibles, apoyándose tan sólo en la voz, serena, afectuosa, apasionada por el sufrimiento, sedienta de esperanza:

—Lo sé. Pensaban que te escondías. Primero te tenían miedo. Y después llegaron a la conclusión de que no eras más que un imbécil que insistía en llegar a mariscal de Francia a los cincuenta en lugar de a los cuarenta y cinco, utilizando poder e influencia a los veintiuno, veintidós, veintitrés, veinticuatro y veinticinco para evitar a los cuarenta y cinco el bastón de mariscal por el que ya no tendrías que pelear a los cincuenta; el poder y la influencia para escapar al poder y a la influencia, el mundo para escapar del mundo; librarte de la carne sin tener que morir, sin tener que dejar de saber que te habías librado de la carne; sin escapar de ella, ni ser inmune a ella porque tampoco querías serlo; tan sólo librarte de ella, saber siempre perfectamente que habías firmado un armisticio con ella al precio de una vigilancia constante e inflexible, porque sin saberlo la carne no existiría para ti de manera que pudieras saberte libre de ella y entonces no habría para ti en ningún sitio nada de que librarte. Sí, claro, sé lo que vas a decir: Byron, el poeta inglés, soñaba o deseaba o pedía que todas las mujeres vivas tuvieran una única boca para su beso: el incomparable joven dorado que abarcaba toda la carne, apartándola, todavía virgen. Pero yo estaba mejor informado acerca de quién buscaba un desierto, pero no como Simón sino como Antonio, utilizando a Mitrídates y a Heliogábalo no simplemente para adquirir un asilo contra el desprecio y la burla, sino como anticipo de la caverna donde se tumba

el león; ellos (los que en otro tiempo te tenían miedo), que creían haber visto a la ambición y a la avaricia declararse vencidas ante un muchachito de diecisiete años, que habían visto la enorme y hasta entonces invulnerable hegemonía de los apetitos sin escrúpulo revelarse inofensiva y vana, puesto que incluso tío y padrino eran incapaces de habérselas con tu delito o tu malversación, como si la ambición y la avaricia, a las que incluso ese tío y ese padrino te habían consagrado, fuesen demasiado modestas y mínimas, como si la misma voracidad desmesurada hubiese repudiado a quienes habían sido sus pilares más auténticos y el supremo pináculo de su gloria.

»Y eso no podía ser. No sólo resultaba increíble, sino intolerable. La rapacidad no engaña, tanto valdría negar que el ser humano respira. No la rapacidad: toda su inmensa historia gloriosa lo rechaza. No puede, no debe fallar. No ya una sola familia en una nación privilegiada predestinada a alzarse (gracias a ella o por su causa) a modo de cometa hasta un resplandeciente apogeo, no una nación entre todas las naciones, elegida como heredera de un vasto y magnífico patrimonio, tampoco Francia únicamente, sino todos los gobiernos y todas las naciones que se han elevado o han durado lo suficiente para dejar su marca como tales, que han surgido de ella, en ella y por encima de ella y que, por mediación suya, se han convertido para siempre en inmutables en la admiración de la humanidad presente y en la gloria de su pasado; la civilización misma es su contraseña y la cristiandad su obra maestra, Chartres y la Capilla Sixtina, las pirámides y los polvorines tallados en las entrañas de la roca bajo las Columnas de Hércules son sus altares y sus monumentos, Miguel Ángel, Fidias, Newton, Ericsson y Arquímedes y Krupp sus sacerdotes, papas y obispos; la larga, la inmortal lista de sus glorias —César, los Barca, los dos macedonios, nuestro Bonaparte y el gran ruso y los gigantes que atravesaron, nimbados por una roja cabellera de fuego, la aurora boreal, y todos los comparsas que no fueron héroes pero que, gloriosos en el anonimato, cumplieron al menos con su destino de héroes— generales y almirantes, los gloriosos cabos y soldados rasos, los ordenanzas y asistentes célebres, los presidentes de consejos de administración y los presidentes de federaciones, los médicos, los abogados, los educadores y los eclesiásticos que, después de diecinueve siglos, han salvado del olvido al hijo del cielo, metamorfoseándolo en simple y humilde heredero de la tierra, en ministro de su comercio; y los que ni siquiera tenían un nombre, ni siquiera una designación que pudieran perder para convertirse en anónimos —las manos y las espaldas que tallaron y alzaron los bloques de piedra y pintaron los techos e inventaron las imprentas y rayaron el ánima de los cañones, hasta la última voz indestructible que no pidió nada excepto el derecho a hablar de esperanza en los fosos romanos de los leones y a murmurar el nombre de Dios desde el interior de las monstruosas piras de los indios en los bosques canadienses— extendiéndose, inmutable en el sufrimiento y en la

duración, más hacia atrás de lo que el simple recuerdo de los seres humanos viene anotándolo. No la rapacidad: la rapacidad no falla; supongamos que el heredero de Mitrídates y de Heliogábalo hubiera utilizado su herencia para escapar a sus herederos: Mitrídates y Heliogábalo serían siempre Heliogábalo y Mitrídates y aquella carrera desenfrenada desde Orán seguía siendo la de un ratón, puesto que uno de los progenitores de Grimalkin también era paciencia, y todo aquel asunto Saint-Cyr-Toulon-África no era más que una huida semejante a la de una virgen que escapa de su violador no en busca de refugio sino de independencia, y tan sólo la suficiente para hacer la victoria memorable y su trofeo una recompensa. No la rapacidad que, como la pobreza, sabe cuidar de los suyos. Puesto que aguanta: no ya por ser rapacidad, sino porque el hombre es hombre, resistente e inmortal; no resistente porque sea inmortal sino inmortal porque resiste: de esa manera en la rapacidad y con la rapacidad consigue y mantiene su inmortalidad, la inmensa, la universal, la misericordiosa, que le dice únicamente: cree en mí: aunque dudes setenta veces siete, sólo necesitas creer una vez más.

»Pero yo sé. Estuve allí. Vi, hoy hace once años; detenido en aquella férrea mandíbula de hierro, no exactamente frágil; sencillamente inmutable e inviolable en la fragilidad, como la figura de una vidriera; no atravesando un espejo para penetrar en la irrealidad, sino simplemente intangible, moralmente contradictorio e invenciblemente apóstata; si aún existía para ti, incluso en sueños, el esplendor y el brillo de los bulevares y los faubourgs de tu antigua cuna y de tu fortuna perdida, era simplemente a título de sueño para siempre inseparable de tu pasado y ajeno para siempre a tu destino, inseparable el sueño, tú y el sueño uno solo, tú mismo para siempre protegido y libre de esa inquietud y de ese deseo: inseparable de aquel joven que es ahora este hombre, del mismo modo que este rincón estéril queda para siempre inseparablemente unido a ese destino: nunca ya la mazmorra personal de ese tío y de ese padrino sino más bien el símbolo de esa necesaria estancia de consagración para ese momento, ese lugar, alguna parte en el tiempo y el espacio; no el joven, la fragilidad; no para poner a prueba la juventud, sino para probar la fragilidad: para medir y sonar y probar; no un niño rebelde y testarudo que se da a la fuga, no un tío y un padrino que se esfuerzan por contradecirlo con el desgaste y el hambre, sino los tres, la trinidad siempre intacta, porque nunca había sido de otra manera, verificando de común acuerdo el potencial de fragilidad con vistas al destino y a la consagración, sirviéndose del desierto como de una medida, de la misma manera que, en los tiempos antiguos, el doncel pasaba su última noche de simple escudero de rodillas sobre las losas de piedra de la capilla desierta, delante del cojín donde descansaban las espuelas todavía vírgenes del caballero que sería a la mañana siguiente.

»Eso es lo que piensan: no que el hombre falló a la rapacidad, sino que el hombre

falló al hombre; que su carne y su sangre débiles lo traicionan: la sangre sigue circulando, pero ahora, al enfriarse, recorre ya la segunda fase de su breve y ávida existencia, puesto que prefiere a la gloria y al trono el placer de llenarse el vientre, y circula todavía en la tercera y última fase cuando el estado de sus deposiciones le preocupa más de lo que le conmueve la visión anticipada de una cabellera femenina sobre la almohada. Ahí es donde creen que debe de estar tu destino y tu fin. Y, dentro de diez años, tampoco sabrán a qué carta quedarse. Porque dentro de diez años tu hora, tu minuto, no habrá llegado aún. Hará falta ir más lejos. Se necesitará un tiempo nuevo, una nueva época, un siglo nuevo que ni siquiera recuerde ya nuestras antiguas pasiones y fracasos; un siglo nuevo diferente de aquel en el que el ser humano descubrió a Dios por un segundo y luego lo perdió, reclamado por un nuevo intervalo en el testimonio de su esperanza y de su necesidad; pasarán incluso más de veinte años antes de que llegue el día, el instante en el que aparecerás de nuevo, sin pasado, como si nunca hubieras existido, porque durante ese tiempo no existirás para ellos más que en sus recuerdos compartidos: una figura ajena a la milicia, no sólo desprovista de vida sino integrada como mito sólo en un patrimonio compartido: propiedad de ninguno de ellos porque serás la propiedad de todos, poseedor de unidad e integración sólo cuando suceda que tus custodios se reúnan desde los extremos de la tierra (que es el imperio francés) y unan los fragmentos y te completen durante un momento; yacerás imponderable sobre el rostro de Francia desde Mozambique hasta Miquelón, y desde la Isla del Diablo hasta los puertos de Turquía como un olor apenas recordado, una palabra que se apaga, una costumbre, una leyenda, un retrato-recuerdo cortado para hacer con él un rompecabezas que sólo se completa en un café o en la mesa de un comedor de oficiales en Brazzaville o Saigón o Cayena o Tananarive, recompuesto durante un minuto o una hora, como cuando unos chiquillos comparan e intercambian retratos de actrices, de generales o de presidentes salidos de paquetes de cigarrillos, ni siquiera la sombra de un hombre vivo, sino, en lugar de eso, algo sintético y artificial como el más extraño de los objetos domésticos que la mano de la nodriza interpone, para dormir a un pequeño, entre la lámpara de la habitación de los niños y la pared: una pelota, un canario, Polichinela, *la gloire*, la cabeza de un gato; una sombra proyectada detrás de ti sobre esa cortina, al sur de Orán, al otro lado de la cual desapareciste, y no por el sol sino por la negativa a convertirte en capitán de intendencia, rechazo que les llenó en un principio de terror y de cólera, hasta el punto de que, veinte años después, ni tú, ni incluso tus dos poderosos parientes seréis reales: lo será, simplemente, ese pergamino de otro tiempo que se desvanece, y real no sólo porque, al rechazarlo, lo incorporaste a tu leyenda, el pergamino amarillento y ya inofensivo del que cuelgan vanamente sellos y cintas descoloridas junto a la rasgadura por la que desapareciste en la más antigua de las comedias: el joven primer galán dándose a la fuga, la novia

abandonada, envejecida pero incansable perseguidora, abyecta, constante, incansable, intrépida, aterradora no por la amenaza sino por la fidelidad, hasta que, finalmente, quienes te temían en otro tiempo te habrán visto pasar de la hostilidad al asombro y al desprecio: a la irrealidad y, a fin de cuentas, a escapar por completo a tu raza y a tu linaje y entrar en el polvoriento almacén de los accesorios de la literatura.

»Pero no para mí —añadió el normando, inmenso, impreciso, visible sólo como una gran silueta lúgubre, enfermizo, furioso, reacio—. Porque yo estoy mejor informado. Lo supe aquel primer momento hace once años cuando miré y te vi en la entrada de la academia. Lo supe. De lo contrario no estaría aquí para verlo, claro (mi último examen médico, ya sabes: esa cosa maravillosa y sorprendente, una vida humana, medida y luego —¿cuál es la palabra que usan los bóers?— desmedida por una seca y polvorienta página de jerga médica. Se equivocan, por supuesto. Hablo del Quai d'Orsay. No querían enviarme aquí por nada del mundo, puesto que al hacerlo, pensaban, no harían más que doblar el trabajo de un secretario cualquiera, se verían obligados no sólo a relevarme sino a borrar me del escalafón del ejército y a buscarme un sucesor antes incluso de que terminara mi tiempo aquí), y al principio todo eso me entristeció un poco, porque, en una ocasión pensé que quizá me necesitaras. Me refiero a necesitar me por algo más que por la mayor antigüedad de mi esperanza en la condición humana. Es cierto —dijo, aunque el otro no había emitido el menor sonido —: Ríete de ese sueño, y también de esa vana esperanza. Porque no vas a necesitar a nadie donde quiera que sea que vayas ahora para regresar más adelante. Fíjate bien, no pregunto dónde. Estaba a punto de decir: “Para encontrar a aquél o aquello que necesitarás para que sea tu instrumento”, pero me he contenido a tiempo. Así que, al menos, no necesitas reírte de eso, puesto que sé que vas a dondequiera que vayas para regresar de allí cuando llegue la hora, el momento, convertido en esperanza viva de la humanidad. ¿Puedo abrazarte?»

—¿Tienes que hacerlo? —preguntó el otro. Luego—: ¿Debes hacerlo? —luego, deprisa—: Por supuesto.

Pero, antes de que se moviera, el más alto se había inclinado ya, había curvado su inmensa estatura para tomar la mano del más bajo; después de besársela volvió a soltarla y, de nuevo erguido, tomó el rostro del otro entre las manos, casi como un padre, como una madre, y lo retuvo durante un momento antes de soltarlo.

—Con Jesucristo en Dios —dijo—. Vete ya.

—De manera que debo salvar a Francia —dijo el otro.

—Francia —dijo el normando, ni siquiera con brusquedad, ni tampoco con desprecio—. Salvarás al ser humano. Adiós.

Y tuvo razón durante casi dos años. Es decir, que casi se equivocó. No recordó el camello o las angarillas —lo que fuera— en absoluto; tan sólo un momento —probablemente, sin duda, en el hospital de base de Orán—, un rostro, una voz,

probablemente la de un médico, maravillándose no de que hubiera perdido el conocimiento a lo largo de aquella feroz y terrible distancia vacía, sino de que siguiera vivo; luego no mucho más, tan sólo movimiento; el Mediterráneo; luego supo tranquilamente, sin alegría ni júbilo, tan sólo tranquilamente, casi sin prestar atención, incapaz aún (tampoco eso importaba) de alzar la cabeza para mirar, que ya estaba en Francia, Europa, en casa. A la larga pudo mover la cabeza y alzar también las manos, aunque el gran corpachón normando y campesino pareciera yacer aún fuera de su transparente envoltorio; dijo, débilmente pero en voz alta, con algo semejante a un asombro tranquilo, débilmente, pero por lo menos en voz alta: «Había olvidado qué aspecto tiene el invierno», medio tumbado todo el día ya en la galería cubierta por encima de Zermatt contemplando el Matterhorn, viendo más que el ordenado e innominado progreso y disolución de los días la tierra humilde, porque siempre el gran picacho transportaba hasta el siguiente, como en una mano gigantesca, un puñado de luz. Pero eso no era más que el cuerpo, y también se estaba reponiendo; pronto sería tan fuerte, no quizá como lo fuera en otro tiempo ni volvería nunca a serlo, pero sí en la medida en que iba a necesitar serlo, puesto que eran la misma cosa: simplemente el cuerpo, no la memoria, porque la memoria no había olvidado nada, ni siquiera durante un segundo, el rostro del más joven, aquella tarde, dos años antes, alrededor de una mesa en la terraza del café, y que había venido desde París exclusivamente para verlo...

—No de París —dijo el otro—, de Verdún. Ahora estamos construyendo fortificaciones que nunca lograrán superar.

—¿Ellos? —dijo el normando calmosamente—. Es demasiado tarde ya.

—¿Demasiado tarde? Tonterías. La impaciencia y la violencia aún perduran allí, te lo concedo. Parecen nacidas con ellos, probablemente no pueden evitarlo. Pero pasarán decenios, quizá toda una generación, antes de que se repita el conflicto.

—No para nosotros —dijo el normando—. Demasiado tarde para ellos.

—Ah —exclamó el otro que, se daba cuenta perfectamente, no entendía nada en absoluto. Luego añadió—: Te he traído esto. Llegó nada más salir tú para África. Probablemente no lo has visto todavía —era una página de la *Gazette*, amarillenta, descolorida, casi de tres años antes, el otro manteniéndola extendida mientras el normando leía el lacónico anuncio:

Al grado de teniente coronel:

El alférez (y el nombre)

29 de marzo de 1885

Relevado del mando y retirado:

Teniente coronel (y el nombre)

29 de marzo de 1885

—Nunca volvió a París —dijo el otro—. Ni siquiera a Francia...

—No —dijo el normando sosegadamente.

—Probablemente fuiste el último que lo vio. Porque tú sí que lo viste, ¿no es cierto?

—Sí —dijo.

—En ese caso, quizá sepas incluso dónde fue. Dónde está.

—Sí —dijo calmadamente.

—¿Estás diciendo que te lo contó? No me lo creo.

—Sí —dijo—; parece imposible, ¿verdad? No que yo pretenda que me lo dijera a mí, sino que sintiera la necesidad de contárselo a alguien. Está en el Tíbet, en un monasterio budista.

—¿Un qué?

—Sí. El oriente, la mañana, hacia donde miran tumbados los muertos, incluso los muertos paganos, de manera que la primera débil sombra del sol que se alza por el este los saque del sueño —ahora sentía cómo el otro lo vigilaba y había algo en el rostro, pero no quiso que le preocupara todavía, y cuando el otro habló, también había algo en la voz, pero tampoco quiso preocuparse.

—Le dieron además una condecoración —dijo el otro—. La roja. No sólo salvó tu puesto y la guarnición que tuviste, sino que, probablemente, también salvó África. Evitó una guerra. Después de eso, como es lógico, tuvieron que deshacerse de él, le pidieron que dimitiera.

—Naturalmente —dijo con calma, y añadió—: ¿Por qué?

—El camello y el soldado que perdió: el asesino, ¿no te acuerdas? Si te dijo dónde iba, también te tuvo que hablar de eso —ahora el otro lo estaba mirando, vigilándolo—. Había una mujer de por medio, no suya, claro. ¿Quieres decir que no te lo contó?

—Sí —dijo el normando—. Me lo contó.

—En ese caso no tengo que hacerlo yo.

—Sí —dijo de nuevo—. Me lo contó.

—Era una rifeña, una indígena, del poblado, la tribu, el aduar, lo que fuese, de la comunidad por cuyo motivo existía en aquel lugar un puesto y una guarnición; lo viste sin duda, de todos modos, mientras estabas allí; una esclava, un objeto de valor; ni esposa ni hija ni favorita de nadie, según parece o al menos según la información disponible: simplemente una mercancía de valor. También muerta, como la otra en Marsella dieciocho años antes; el poder que ese hombre tenía sobre las mujeres era en verdad mortal. Y a continuación, a la mañana siguiente, el camello, el del comandante del puesto, su montura personal (quizá su animal preferido, si es que se

quiere, si es que se puede mimar a un camello), y el mozo, conductor, cornaca, lo que quiera que sean, habían desaparecido, y dos días después, al amanecer, regresó el mozo, a pie y aterrado, con el ultimátum del jefe, del caído, al comandante del puesto, dándole hasta el día siguiente al alba para enviarle al responsable (eran tres los comprometidos, pero el jefe se contentaba con el principal) de la muerte de la mujer y del perjuicio causado por la pérdida material que representaba; en caso contrario, el jefe y sus hombres atacarían el puesto y acabarían con la guarnición; probablemente lo habrían podido hacer, si no inmediatamente, sí con toda seguridad durante los casi doce meses que transcurrirían antes de que el siguiente inspector general fuera a darse una vuelta para ver lo que sucedía. El comandante del puesto solicitó entonces un voluntario que saliera aquella noche, antes de que el ultimátum entrase en vigor al alba, y la plaza quedase rodeada, se trasladase al puesto más próximo y regresara con refuerzos... ¿Has dicho algo? —pero el normando no había abierto la boca, ni siquiera se había movido, él, encarnación ahora de la fragilidad, que acababa apenas de escapar al abrazo de la muerte.

—Me ha parecido que decías «eligió un voluntario» —continuó el otro—. No tuvo que elegir, porque era la oportunidad del asesino. Podía haber escapado en cualquier momento; podía haber acumulado comida y agua y haber desaparecido cualquier noche durante aquellos dieciocho años, y posiblemente habría llegado a la costa e incluso a Francia. Pero ¿adónde iría entonces, un hombre que podía escapar de África, pero nunca de sí mismo, de su condena de antaño, cuando lo único que le había salvado era su uniforme y eso tan sólo cuando lo llevaba a plena luz del día? Pero ahora podía irse. Ni siquiera se estaba escapando; no se trataba de una simple amnistía, sino de la absolución; a partir de aquel momento todo el edificio de Francia iba a ser su garantía y su purificación, incluso aunque regresase demasiado tarde con los refuerzos, porque no sólo tenía la palabra del comandante, sino un papel firmado reconociendo su hecho de armas y ordenando a todos, por la presente, que se le recompensara.

»De manera que el comandante no necesitó elegirlo, tan sólo aceptarlo; a la puesta de sol la guarnición formó y el individuo en cuestión rompió filas; y en aquel momento el comandante debería haberse quitado la condecoración del pecho para colgársela a la víctima, pero no la había recibido aún (sí, claro, también yo pensé en el relicario; sacarse la cadena del cuello y colgárselo al condenado, pero eso estaba reservado para un instante más bello, más duradero, de esa vertiginosa ascensión, para algo más importante que la destrucción de un canalla o la conservación de una cagada de mosca). Sin duda fue aquél el momento en que le hizo entrega del papel firmado que lo liberaba de su pasado, ignorante el otro de que el primer paso al romper filas lo había librado ya de cualquier otra consecuencia que pudiera tener para él respirar; acto seguido saludó, se dio la vuelta y salió del puesto al amparo de la

oscuridad de la noche. Hacia la muerte. Y me ha parecido por un momento que habías vuelto a hablar, que estabas a punto de preguntar cómo, si el ultimátum no entraba en vigor hasta el siguiente amanecer, el jefe rifeño descubrió que un explorador intentaría salir aquella noche, y preparó una emboscada en la boca del curso de agua por donde iba a pasar. La misma víctima se lo preguntó probablemente en aquel único grito, el último alarido sofocado de acusación o de renuncia que le quedaba, porque tampoco él, en aquel momento, sabía nada de la condecoración.

»Hacia la oscuridad; la noche; el curso de agua. Hacia el infierno; el mismo Victor Hugo no pensó en ello. Porque, a juzgar por lo que quedó de él, le llevó buena parte de la noche morirse; el centinela que custodiaba la entrada oyó voces al amanecer del día siguiente, y luego el camello (no el animal en buen estado que había desaparecido, sino otro viejo y sarnoso, porque la mujer muerta era una posesión valiosa; y además, cuando lo refleja un estadillo del Servicio de Transportes del ejército, lo mismo da un camello que otro) entró al galope corto con el cuerpo atado al lomo, sin ropa y, por añadidura, sin buena parte de la masa muscular que recubre de ordinario los huesos del cuerpo humano. De manera que los rifeños levantaron el sitio, renunciando al ataque; el enemigo se retiró y, a la puesta de sol, el comandante enterró, con toque de corneta y la salva de rigor, a la única víctima (si se exceptúa al camello de mejor calidad, si bien la mujer también tenía un valor considerable); acto seguido llegaste tú para sustituirlo y él se marchó, teniente coronel condecorado, a un monasterio budista en la cordillera del Himalaya, sin dejar detrás más que el rinconcito de Francia que había salvado para convertirlo en el mausoleo y cenotafio del individuo a quien engañó para salvarlo. Un hombre —dijo el otro—. Un ser humano.»

—Un asesino —dijo el normando—. Dos veces asesino.

—Engendrado para el asesinato en una cloaca francesa.

—Pero repudiado por todas las cloacas del mundo; dos veces sin nacionalidad, dos veces sin patria, puesto que, por su crimen, había perdido todo derecho a la vida; dos veces apartado del mundo, puesto que había perdido ya todo derecho a la muerte, sin pertenecer a la humanidad puesto que tampoco se pertenecía a sí mismo...

—Pero hombre —repitió el otro.

—... que hablaba, que pensaba en francés tan sólo porque, carente de nacionalidad, tenía necesariamente que utilizar una lengua que, por encima de todo, es internacional; alguien que llevaba el uniforme francés porque un uniforme francés era el único sitio del mundo donde un asesino puede protegerse contra su crimen...

—Pero al llevarlo, llevaba al menos sin quejarse y sin esperanza de recompensa su parte de la inmensa carga del imperio en un lugar donde pocos hombres osan o pueden hacerlo; incluso portándose bien, a su manera: nada en su historial a excepción de algunas borracheras, ciertas raterías...

—Hasta entonces —exclamó el normando—, sólo raterías, sodomía, hasta entonces.

—... lo que era su única defensa para que no lo hicieran cabo o sargento, lo que hubiera sido su sentencia de muerte. Sin pedir nada a nadie hasta que su ciego destino sin valor alguno se enredó con el de quien había agotado al Comité de los Ferrocarriles y al ejército francés, reducido ya a hozar entre las pocilgas y las cloacas de la raza humana; una persona que ya había perdido todo derecho a la vida, que no debía nada a Francia excepto el uniforme que vestía y el fusil que engrasaba y bruñía y que, a cambio de ocupar, cuando se le ordenaba, el espacio de un cuerpo humano en la primera fila de un pelotón, ni pedía ni quería otra cosa que el derecho a esperar la muerte en el catre de un cuartel, siempre réprobo, pero a quien se engañó para que diera la vida, sin ocasión siquiera de prepararse, por un país que lo hubiera mandado a la guillotina menos de un cuarto de hora después de que la policía judicial le echara el guante.

»Era un hombre —continuó el otro—. Incluso muerto, los ángeles, la misma justicia, aún luchaban por él. Por entonces no estabas en Francia, tampoco has oído hablar de eso. Fue en el momento de firmar la orden para concederle la medalla. Mientras atravesaba la habitación para llevar el pergamino hasta el escritorio donde iba a firmarlo el canciller, su secretario (aficionado al alpinismo en la vida privada) tropezó, derramando sobre el diploma una botella de tinta, borrando no sólo el nombre del beneficiario, sino el relato completo de su hecho de armas. Se preparó, por consiguiente, un pergamino nuevo, que llegó hasta la mesa, pero, en el instante mismo en que el canciller extendía la mano para empuñar la pluma, una corriente de aire, de procedencia desconocida (si has tratado al general Martel, sabes que cualquier habitación donde se detiene el tiempo suficiente para quitarse el quepis ha de estar herméticamente cerrada), empujó el pergamino por espacio de veinte metros hasta meterlo en el fuego de la chimenea, donde se volatilizó como si se tratase de celuloide. Pero ¿de qué sirve todo eso a quienes sólo están armados con espadas flamígeras torpemente mitológicas frente a un Comité de Ferrocarriles al que acompañan ronquidos de revólver y rítmicos regüeldos de ametralladoras Maxim? De manera que se ha marchado a un monasterio budista. Para arrepentirse.»

—¡Para esperar! —exclamó el normando—. ¡Para prepararse!

—Sí —dijo el otro—. También ellos lo llaman así: *Der Tag*. Por lo tanto más valdrá que me vuelva cuanto antes a Verdún, para que también nosotros sigamos preparándonos y esperando, puesto que se nos avisa ya de que necesitaremos las dos cosas. Sí, sí, lo comprendo. Yo no estaba aquel día en aquella puerta para ver su figura como tú la has visto. Pero, al menos, he heredado la imagen. Todos lo hemos hecho: no sólo aquella promoción, sino todas las que han venido después. Y al menos ahora sabemos qué es lo que hemos heredado: sólo el miedo, pero no el dolor. Un

profeta nos ha librado del dolor, advirtiéndonos. De manera que sólo es necesario mantener el respeto a lo otro.

—Un asesino —dijo el normando.

—Pero un ser humano —dijo su interlocutor, marchándose, y dejándolo, sí, escapado apenas de la muerte, pero por lo menos una vez más de espaldas a ella, lo bastante restablecido para advertir cómo disminuía gradualmente el número de quienes tenían más antigüedad que él en el ejército; cómo disminuía el depósito sobre el que flotaba la corteza de su carrera, que pronto quedaría varada si se mantenía aquel ritmo. Llegaría de hecho el momento en el que sabría que había tocado tierra, sin que marea, ola o inundación pudieran cambiarla; él, que había creído toda su vida, si no en su durabilidad personal, sí al menos en el amplio marco que arrojaba su fragilidad; por lo que un momento después sabría que, varado o no, ni su carrera, ni él, quedarían nunca abandonados; que aquel edificio que había aceptado la dedicación de su lúgubre osamenta tendría cuidado al menos de que siempre hubiera un número entre él y el cero, incluso aunque sólo fuera el suyo; de manera que llegó el día, *Der Tag*, en el que el enemigo se derramó, no a través de Verdún, porque su visitante de aquella mañana veinticinco años antes estaba en lo cierto y no pudo pasar por allí, sino por Flandes, y tan deprisa y para llegar tan lejos que una chusma desesperada les salió al encuentro en los taxis de París y los contuvo durante el necesario momento desesperado y, mientras aún permanecía detrás de su galería encristalada, el normando tuvo noticia de cómo aquel número uno, por delante de su número dos de la antigua promoción de Saint-Cyr, era ya el número uno entre todos los pueblos aliados y desesperados de Europa Occidental, y dijo: *Incluso desde aquí habré visto el comienzo*. Luego, dos meses después, se encontró separado tan sólo por la anchura de una mesa del rostro que llevaba treinta años sin ver y que había contemplado por vez primera hacía ya cuarenta ante la verja de Saint-Cyr, causándole una impresión impercedera, y descubriendo ahora que no daba la sensación de ser mucho más viejo, y que permanecía sereno, tranquilo, con el cuerpo, con los hombros todavía frágiles y delicados bajo aquel rostro, aunque condenados a (no; no condenados a, sino capaces de) cargar con el terrible peso de la angustia y del terror del hombre y de su esperanza; se encontró con aquel rostro que lo miró durante un instante y dijo a continuación:

—Adjudicar el cargo de intendente general figura entre mis prerrogativas. ¿Quieres aceptarlo?

Y el normando se dijo, con la tranquila sensación no de justificar una esperanza inmensa y desesperada, sino la simple razón, la lógica: *Llegaré incluso a ver el fin, la consumación. Incluso estaré presente*.

Pero para eso faltaba aún un cuarto de siglo, como había profetizado el visitante de hacía diez minutos; ahora yacía en el lecho, bañado por lágrimas serenas, la

enfermera inclinada sobre él con un paño doblado, diciendo, débil, pero todavía indomable, obstinado, incurablemente condenado a la esperanza, mezclando indiscriminadamente a dos personas distintas al hablar, como si también la enfermera estuviese al tanto: «Sí, era un hombre. Pero aún muy joven por aquel entonces, poco más que un niño. Y estas lágrimas no son de angustia, tan sólo de pena».

* * *

La sala estaba iluminada por arañas, candelabros y apliques. Se habían cerrado las ventanas y corrido las cortinas; en aquel momento el cuarto parecía estar suspendido, aislado, como una campana de buzo, por encima de los rumores de la ciudad, donde la gente empezaba a reunirse de nuevo bajo las ventanas del *Hôtel de Ville*. La jarrita y el cuenco habían desaparecido y, una vez más, el anciano mariscal se hallaba flanqueado por sus dos colegas, detrás de la mesa vacía, pero entre ellos había ahora un cuarto personaje tan incongruente y paradójico como una urraca en una pecera: un civil barbudo sentado entre el mariscal y el general estadounidense, con uno de esos trajes blancos y negros que, para los anglosajones, son el uniforme oficial para banquetes, fiestas y otras diversiones nocturnas y para el europeo del continente y el americano del sur, el uniforme de rigor para encizañar a otros gobiernos o para derrocar al propio. El joven ayudante se detuvo ante ellos y dijo en francés, deprisa y con gran soltura:

—Los prisioneros están aquí. El automóvil de Villeneuve-Blanche llegará a las veintidós. También ha llegado la mujer que reclama su cuchara.

—¿Su cuchara? —dijo el anciano general—. ¿Le hemos quitado una cuchara? Que le sea devuelta.

—No, excelencia —dijo el ayudante de campo—. Esta vez no se trata de eso. Las tres mujeres que no son de aquí. Las extranjeras. El asunto del señor alcalde.

El anciano general permaneció un instante completamente inmóvil. Pero en su voz no apareció la menor inflexión.

—¿Han robado ellas la cuchara?

Tampoco se advirtió nada en la voz del ayudante, lacónico, impersonal.

—La demandante les lanzó la cuchara. La cuchara ha desaparecido. Tiene testigos.

—Que vieron cómo una de ellas recogió la cuchara y la escondió —dijo el anciano general.

El ayudante siguió rígidamente inmóvil, sin mirar a nada.

—También les tiró una cesta. La misma mujer la recogió en el aire sin que se cayera nada.

—Entiendo —dijo el anciano general—. ¿Viene a protestar porque se ha producido un milagro o sólo para dar testimonio?

—Así es, excelencia —dijo el ayudante—. ¿Desea su excelencia que entren también los testigos?

—Que esperen las extranjeras —dijo el anciano general—. Sólo la demandante.

—A la orden, excelencia —dijo el ayudante, saliendo de nuevo por la puertecita situada al fondo de la habitación. Aunque cuando reapareció, menos de un segundo después, no había tenido tiempo de apartarse para dejar paso a nadie. No reapareció empujado sino precipitado, no en medio, sino por encima, inmenso, superando, no por media cabeza ni por una cabeza entera, sino por medio cuerpo, a un denso grupito de mujeres con chales o pañuelos conducido por una maritornes quincuagenaria, rechoncha y fornida, que se detuvo exactamente al borde de la alfombra blanca como si se tratase de agua, lanzó una rápida ojeada alrededor de la sala, luego otra a los tres ancianos sentados detrás de la mesa, y que finalmente se puso otra vez en marcha hacia el anciano generalísimo, guiando a su rebaño —exceptuado el ayudante de campo, que había logrado zafarse, permaneciendo cerca de la puerta— con paso decidido sobre la blanca superficie de la alfombra, diciendo con voz fuerte y decidida:

—Así es. No espere esconderse; al menos, no detrás de un alcalde, en todo caso; son ustedes demasiados para eso. En otro tiempo habría dicho que la maldición de este país era el bosque de fajines y espadines de alcalde; ahora estoy mejor informada. Después de cuatro años de acoso, hasta los niños reconocen a un general a primera vista, con tal de que encuentren a uno cuando se le necesita.

—Un tercer milagro entonces —dijo el anciano mariscal—. Puesto que su primera afirmación queda probada por la refutación de la segunda.

—¿Milagro? —dijo la mujer—. Quia. El milagro es que todavía nos quede algo después de cuatro años de estar invadidos por extranjeros. Y ahora, incluso americanos. ¿Acaso Francia ha llegado ya a una situación tan triste que no sólo nos roban ustedes los utensilios de cocina sino que hasta importan americanos para sus batallas? La guerra, la guerra, la guerra. ¿Es que no se cansan nunca?

—Indudablemente, Madame —dijo el anciano general—. Su cuchara...

—Desapareció. No me pregunte dónde. Pregúnteselo a ellas. O mejor aún: que las registren algunos de sus cabos y de sus sargentos. Aunque es cierto que hay dos bajo cuya ropa ni siquiera un sargento querría hurgar. Pero ninguna de ellas se opondrá.

—No —dijo el anciano general—. No se debe exigir ni a los cabos ni a los sargentos que vayan más allá de los simples riesgos de la vida militar.

A continuación pronunció el nombre del ayudante de campo.

—Excelencia —dijo este último.

—Vaya al lugar de los hechos. Encuentre la cuchara de esta dama y devuélvasela.

—¿Yo, excelencia? —exclamó el ayudante.

—Llévese a toda una compañía. Al salir haga entrar a los prisioneros... No:

primero a los tres oficiales. ¿Están aquí?

—Sí, excelencia —dijo el ayudante.

—Bien —dijo el anciano general, volviéndose hacia el civil sentado a su vera, quien, al advertir el movimiento, empezó a levantarse del asiento con algo parecido a una sobresaltada diligencia—. Eso por lo que se refiere a la cuchara. Creo que el resto del problema está ligado a la queja de las tres extranjeras de que carecen de sitio donde pasar la noche.

—Eso y... —dijo el alcalde.

—Sí —respondió el general—. Voy a recibirlas ahora mismo. Mientras tanto, ocúpese de encontrarles donde guarecerse, o...

—Ciertamente, excelencia —dijo el alcalde.

—Muchas gracias. En ese caso, buenas noches —se volvió hacia la otra mujer—. También a usted, Madame. Y duerma en paz, porque se le devolverá su cuchara —ahora fue el alcalde el barrido, el transportado (esta vez la urraca en una bandada de palomas o quizá de gallinas o tal vez de gansos) hasta la puerta que el ayudante de campo mantenía abierta, mirando desde allí al anciano general con la misma expresión de escandalizada incredulidad.

—Una cuchara —dijo el ayudante—. Una compañía. Nunca he tenido a un hombre bajo mi mando, y no digamos nada de toda una compañía. Y aunque pudiera y supiera, ¿cómo voy a encontrar esa cuchara?

—Claro que la encontrará —dijo el anciano general—. Ése será el cuarto milagro. Ahora haga pasar a los tres oficiales. Pero antes lleve a las tres señoras extranjeras a su despacho de usted y dígalas que me esperen allí.

—A sus órdenes, excelencia —dijo el ayudante. Luego salió y cerró la puerta, que volvió a abrirse enseguida para dar paso a tres hombres: un coronel británico, un comandante francés y un capitán estadounidense; los dos militares de inferior graduación escoltaron protocolariamente al coronel mientras recorrían la alfombra para detenerse en impecable posición de firmes hasta que el coronel saludó.

—Caballeros —dijo el anciano general—. Esto no es una revista. Ni siquiera una investigación: tan sólo una identificación. Sillas, por favor —dijo, sin volver la cabeza hacia la galaxia de oficiales de estado mayor que tenía a su espalda—. Y a continuación los prisioneros —tres de los ayudantes de campo acercaron sillas, con lo que aquel extremo de la sala se asemejó al de un anfiteatro o a una sección de un graderío estadounidense, los tres generales y los tres recién llegados formando el comienzo de un semicírculo delante de una fila de ayudantes y de oficiales de estado mayor; mientras tanto, uno de los ayudantes que habían traído las sillas se dirigió hacia la puertecita, la abrió y se hizo a un lado. Y ya en aquel momento se advirtió su olor, antes incluso de que entraran: el hedor, no demasiado intenso pero inconfundible y tenaz, de la primera línea de combate: a barro sucio, a cordita quemada, a tabaco, a

amoniaco y a porquería humana. Luego entraron los trece, precedidos por el sargento con el fusil colgado al hombro y seguidos por otro soldado raso también armado, descubiertos, sin afeitar, desorientados, manchados con la suciedad de los combates, y aportando un componente más al olor común: cansancio, desconfianza, también un poquito de miedo, pero sobre todo simple atención, vigilancia, desplegándose con torpeza cuando el sargento, con dos rápidas voces de mando en francés, les hizo detenerse en hilera. El anciano general se volvió hacia el coronel británico.

—¿Coronel? —dijo.

—Sí, mi general —dijo inmediatamente el coronel—. El cabo.

El mariscal se volvió hacia el estadounidense.

—¿Capitán? —dijo.

—Sí, mi general. Es él. El coronel Beale está en lo cierto..., quiero decir que no puede... —pero el anciano general hablaba ya con el sargento.

—Que se quede el cabo —dijo—. Lleve a los demás a la antecámara y espere allí —el sargento dio media vuelta y ladró una orden, pero el cabo se había salido ya de la hilera, no en posición de firmes, pero casi, mientras los otros doce daban la vuelta y se ponían en marcha en fila india, precedidos ahora por el soldado raso y seguidos por el sargento, camino de la puerta, sin llegar a atravesarla, porque la cabeza de la fila vaciló y retrocedió un instante dejando paso al ayudante personal del anciano general, que entró, pasó ante los prisioneros, se apartó a su vez para permitirles pasar, con el sargento en último lugar y cerrando después la puerta, para dejar una vez más al ayudante, solo, delante de la puerta cerrada, elástico, de aventajada estatura, desconcertado todavía e incrédulo, pero no agraviado ya, simplemente desorganizado.

—Mi general —dijo el coronel británico, pero el mariscal estaba mirando a su ayudante, inmóvil delante de la puerta.

—¿Hijo mío? —dijo en francés.

—Las tres mujeres —respondió el ayudante—. En mi despacho en este momento. Mientras las tenemos aquí, ¿por qué no...?

—Sí, claro —dijo el anciano general—. Autoridad para una misión independiente. Dígale al jefe del estado mayor que lo considere una misión de reconocimiento de..., pongamos..., cuatro horas de duración. Eso debería bastar —volviéndose hacia el coronel británico—. Me decía usted...

El coronel se levantó con presteza, la vista fija en el cabo: el rostro de montañés, perfectamente tranquilo, sin sombra de desconfianza, tan sólo deferente y atento, devolviéndole la mirada.

—Boggan —dijo el coronel—. ¿No se acuerda de mí? ¿Del teniente Beale? —pero el otro se limitó a seguir mirándolo, cortés, inquisitivo, sin inquietarse; sencillamente neutro, tan sólo a la espera—. Lo creíamos muerto —dijo el coronel—.

Lo vi...

—En mi caso fue más que eso —dijo el capitán estadounidense—. Yo lo enterré —el anciano general alzó ligeramente una mano en dirección al capitán.

—¿Sí, coronel? —le preguntó al británico.

—Fue en Mons, hace cuatro años. Yo era teniente. Este hombre estaba en mi pelotón aquella tarde cuando..., nos sorprendieron. Cayó ante una lanza. Vi cómo le salía la punta por la espalda antes de romperse el asta. Los dos caballos siguientes le pasaron por encima al galope. Pisoteándolo. También eso tuve que verlo. Quiero decir, sólo un segundo o dos, el aspecto de su cara después del último caballo, antes de que..., me refiero a lo que había sido antes su cara... —hablaba sin dejar de mirar al cabo, la voz cada vez más apremiante por el deseo de obtener una respuesta—: ¡Boggan! —pero el cabo se limitó a seguir mirándolo, cortés, atento, perplejo. Luego el cabo se volvió hacia el mariscal:

—Lo siento. Sólo entiendo francés.

—Lo sé —respondió el mariscal, en el mismo idioma—. En ese caso, no es su hombre —le dijo en inglés al británico.

—No es posible —dijo el coronel—. Vi la punta de aquella lanza. Vi lo que quedó de su cara después de los caballos... Además, vi... —guardó silencio, volviendo a sentarse, marcial y resplandeciente, con sus hombreras rojas y las insignias de su graduación y los entorchados en cadeneta símbolo de la cota de malla con que su regimiento había combatido en Crécy o en Azincourt, siete u ocho siglos antes, mientras la palidez de su rostro hacía pensar en la muerte misma.

—Dígame —preguntó amablemente el anciano general—. ¿Qué fue lo que pasó? ¿Volvió a verlo más adelante? Quizá sé ya lo que me va a decir..., ¿vio en Mons a los fantasmas de los antiguos arqueros ingleses? ¿Con jubones de cuero, calzas y ballestas, y a él entre los demás, vestido de caqui, con casco de acero y empuñando un Enfield? ¿Fue eso lo que vio?

—Sí, mi general —dijo el coronel. Luego se irguió en la silla y alzó la voz—: Sí, mi general.

—Pero en cuanto a que éste pueda ser el mismo hombre... —dijo el mariscal.

—Lo siento, mi general —dijo el coronel.

—Ni lo afirma ni lo niega: ¿es o no es aquel hombre?

—Lo siento, mi general —dijo el coronel—. Tengo que creer en algo.

—¿Aunque sea sólo en la muerte?

—Lo siento, mi general —dijo el coronel.

El mariscal se volvió hacia el estadounidense.

—¿Capitán? —dijo.

—Eso nos pone a todos en una situación comprometida, ¿no es cierto? —dijo el capitán—. A los tres; no sé quién sale peor librado. Porque yo no sólo lo vi muerto,

sino que lo enterré, lo lancé al fondo del mar en mitad del Atlántico. Se llama..., se llamaba..., no; no puede ser porque lo tengo delante de los ojos... No se llamaba Brzonymi. Al menos no se llamaba así el año pasado. Se llamaba..., maldita sea..., disculpe, mi general..., se llama Brzewski. Procedía de una de las ciudades del carbón alrededor de Pittsburgh. Fui yo quien lo lanzó al mar. Me refiero a que fui yo quien presidió la ceremonia, quien leyó el oficio de difuntos, ya sabe. Formábamos parte de la Guardia Nacional; quizá no sepa usted de qué se trata...

—Lo sé —dijo el anciano general.

—¿Cómo ha dicho? —preguntó el capitán.

—Sé de qué se trata —dijo el anciano general—. Continúe.

—Sí, mi general. Éramos civiles, que habíamos organizado nuestra propia compañía para ir a morir por Rutgers, por nuestra *alma mater*, algo por el estilo; elegimos a nuestros oficiales, notificamos al gobierno a quién correspondía qué graduación y luego tratamos de aprendernos el manual lo mejor que pudimos antes de recibir confirmación de los nombramientos. Así que cuando se nos vino encima la gripe en octubre pasado, estábamos de camino, cruzando el charco en un buque de transporte, y al morir el primero (que fue Brzewski) nos dimos cuenta de que el único que había llegado en el manual hasta donde se explicaba cómo enterrar a un soldado muerto era yo, un novato..., subteniente por entonces, pero me había enterado por pura casualidad la noche antes de salir para Europa, porque una chica me dejó plantado y pensé que sabía por qué, quiero decir, que sabía quién era, quién era el tipo por el que me había dejado. Y ya sabe lo que pasa, mi general, piensas en todo lo que podrías hacer para pagar a la chica con la misma moneda, para hacer que lo sienta; estar muerto allí mismo, en el sitio donde, si quiere pasar, tiene que pisarte, y ya es demasiado tarde y, caramba, menuda lección para ella...

—Sí —dijo el general—. Lo sé.

—¿Mi general? —dijo el capitán.

—También eso lo sé —dijo el anciano general.

—Claro, naturalmente..., lo recuerda, al menos —dijo el capitán—. Nadie es en realidad tan viejo, me da lo mismo... —deteniéndose sólo entonces—. Lo siento, mi general —dijo.

—No lo sienta —dijo el mariscal—. Siga. De manera que lo enterraron en el mar.

—De manera que aquella noche, por casualidad o por curiosidad, o tal vez por interés personal, estuve leyendo lo que alguien tendría que hacer para librarse de mí y lograr que cuadraran los libros del tío Sam, de manera que cuando Br... —hizo una pausa y miró de reojo al cabo durante sólo un segundo, quizá menos; apenas una vacilación— murió el primero, se me eligió para confirmar personalmente, junto con el oficial médico, que el interesado estaba realmente muerto, firmar el certificado, preparar la escuadra que debía disparar la salva de honor y luego dar la orden de

arrojar el cadáver por la borda. Aunque cuando llegamos a Brest dos semanas después todos los demás habían practicado más que suficiente. Así que ya ve usted en qué situación nos encontramos. Quiero decir en qué situación se encuentra él; es él quien tiene el problema: si yo lo enterré en mitad del Atlántico en octubre del año pasado, el coronel Beale no pudo ver cómo lo mataban en Mons en 1914. Y si el coronel Beale vio cómo lo mataban en 1914, no puede estar aquí delante, esperando a que usted lo fusile ma... —se detuvo en seco. Luego añadió muy deprisa—: Lo siento, mi general. No quería...

—Sí —dijo el mariscal, con su voz cortés, afable, neutra—. El coronel Beale estaba equivocado.

—No, mi general —dijo el estadounidense.

—En ese caso desea usted retractarse; éste no es el hombre cuya muerte certificó personalmente y cuyo cuerpo vio hundirse en el océano Atlántico.

—No, mi general —dijo el capitán.

—Eso significa que cree usted al coronel Beale.

—Si él lo dice, mi general.

—Eso no es realmente una respuesta. ¿Cree usted lo que dice? —contempló al capitán. El capitán le devolvió la mirada sin parpadear. Luego dijo:

—Y que yo certifiqué su muerte y lo enterré en el mar —se lo dijo al cabo, hablando en algo que se parecía al francés—. De manera que ha vuelto. Me alegro de volver a verlo y confío en que haya tenido un buen viaje —y volvió a mirar de nuevo al anciano general con la misma firmeza, calma y cortesía durante un buen rato, hasta que el mariscal dijo en francés:

—También habla usted nuestro idioma.

—Muchas gracias, mi general —le respondió el capitán—. Ningún otro francés lo ha llamado nunca así.

—No se rebaje. Lo habla usted bien. ¿Cómo se llama?

—Middleton, mi general.

—Tiene usted..., ¿veinticinco años, quizá?

—Veinticuatro.

—Veinticuatro. Algún día llegará usted a ser un hombre muy peligroso, si no lo es todavía —luego se dirigió al cabo—: Gracias, hijo mío. Vuelva con su escuadra —pronunció un nombre por encima del hombro sin mover la cabeza, aunque el ayudante se trasladaba ya alrededor de la mesa mientras el cabo daba media vuelta; el ayudante lo acompañó hasta la puerta, para después cruzarla y salir; el capitán estadounidense torció la cabeza a tiempo para enfrentarse durante otro segundo con los ojos tranquilos e inescrutables, la voz cortés, afable, casi acariciante—: Porque también aquí se llama Brzewski —el mariscal se recostó en el asiento; de nuevo parecía un niño disfrazado, bajo la ilusión del peso arrollador y resplandeciente de su

azul, escarlata y oro y bronce y cuero, hasta que incluso los cinco que estaban todavía sentados dieron la sensación de haberse puesto también en pie, rodeándolo y encerrándolo—. Debo dejarles un momento. Pero el comandante Blum habla inglés. No es tan bueno como el de ustedes, desde luego, ni tan bueno como el francés del capitán Middleton, pero servirá para la ocasión; uno de nuestros aliados vio cómo lo mataban y el otro, el capitán Middleton, lo enterró, de manera que todo lo que nos queda es presenciar su resurrección, y nadie más competente que el comandante Blum, que se incorporó al regimiento nada más recibir su diploma de la Academia en 1913, de manera que ya estaba antes y ha seguido siempre en él desde el día en que llegó este cabo omnipresente. Por lo tanto, la única pregunta es... —se detuvo un instante; fue como si se hubiera vuelto a mirarlos a todos sin siquiera moverse: el cuerpo frágil y esbelto, el rostro delicado, hermoso, sereno y aterrador— quién lo conoció antes: el coronel Beale en Mons, en agosto de 1914, o el comandante Blum en Chalons en ese mismo mes, antes, por supuesto, de que el capitán Middleton lo arrojase al mar en 1917. Pero todo es pura teoría: la identidad, si existe, ha quedado establecida (en realidad, nunca se ha discutido); sólo queda recapitular los hechos, y de eso se encargará el comandante Blum —se puso en pie; a excepción de los dos generales, todos los demás se alzaron rápidamente y, aunque repitió varias veces—: No, no, siéntense, siéntense —los tres oficiales llegados en último lugar siguieron en pie. El mariscal se volvió hacia el comandante francés—. El coronel Beale tiene a sus arqueros fantasmas en Bélgica; nosotros podemos igualarle al menos con nuestros arcángeles del Aisne. Sin duda aceptará usted el desafío en nombre nuestro, las tremendas formas aéreas que patrullan nuestro frente, y que cada vez son más compactas, más pesadas, más densas, más arcangélicas, quizá también esté allí nuestro cabo, marchando con ellas, presente una vez más el habitual fuego nocturno de armas ligeras, lo suficiente para que un hombre en su sano juicio mantenga la cabeza por debajo de la trinchera y se alegre de tener una trinchera que le permite tener la cabeza a cubierto, si bien este cabo está en el exterior de la trinchera, entre el parapeto y la alambrada, paseándose con tanta paz como lo haría un monje por su claustro mientras las grandes formas imprecisas y brillantes recorren el aire oscuro a su lado y por encima de él. O quizá ni siquiera pasea, sino que se limita a estar apoyado en la alambrada contemplando la desolación que le rodea como hace un granjero con el campo donde ha plantado sus nabos. Veamos, comandante.

—Mi imaginación sólo da para mandar un batallón, mi general —dijo el comandante—. No puede competir con la suya.

—Tonterías —dijo el mariscal—. El delito, si existe, ha quedado probado. ¿Si existe? ¿Probado? Ni siquiera había que probarlo; ni tampoco él tenía que aceptarlo de antemano; se ha limitado a anularlo. Todo lo que queda ahora es encontrar circunstancias atenuantes..., piedad, si podemos persuadirlo para que acepte la

compasión. Vamos, cuénteles lo que hay.

—Está la muchacha —dijo el comandante.

—Sí —dijo el anciano general—. La boda y el vino.

—No, mi general —dijo el mayor—. Todavía no. Compréndalo, estoy en condiciones de... ¿cómo se dice? *démentir...* *contredire...* hablar en contra...

—Contradecir —intervino el capitán estadounidense.

—Gracias —dijo el comandante—..., contradecirle a usted en este caso; mi puesto en el escalafón me permite contradecirle a usted en esto; mi grado de comandante me permite enfrentarme con un simple chismorreo de regimiento.

—Cuénteles lo que haya —dijo el viejo general. De manera que el comandante lo hizo, aunque después de que el mariscal hubiera abandonado la habitación: una niña, una criatura que se estaba quedando ciega en una de las ciudades del Aisne porque no se le practicaba una operación que cierto famoso cirujano de París podía realizar, y cómo el cabo hizo una cuestación entre los soldados de dos divisiones vecinas, un franco aquí, dos francos allá, con tanto éxito que se alcanzó la suma para pagar al cirujano y se mandó a la niña. Y un anciano que en 1914 tenía esposa, hija, nieto y una modesta granja, pero esperó demasiado antes de evacuarla, incapaz de abandonar su propiedad; hija y nieto desaparecieron en el desastre con que terminó la primera batalla del Marne; su esposa murió de frío a un lado de la carretera, el anciano regresó solo a la aldea cuando de nuevo lo pusieron en libertad y pudo hacerlo, y allí vegetaba, idiotizado, olvidado hasta del propio nombre, olvidadas las penas y olvidado todo, cayéndosele la baba, buscando comida en los desechos de las cocinas militares, durmiendo en zanjas y junto a los setos en el terruño que poseyera en otro tiempo, hasta que el cabo utilizó uno de sus permisos para buscar a un pariente remoto del anciano en un lejano pueblo del Mediodía; luego recogió en el regimiento el dinero suficiente para mandar allí al viejo.

—Y ahora —dijo el comandante, volviéndose hacia el capitán estadounidense—, ¿cómo se dice *touché*?

—Eliminado —dijo el capitán—. Y me gustaría que el mariscal estuviera presente para oír cómo se lo dice usted.

—Bah —dijo el comandante—. Es francés. Sería mucho más difícil si se tratara de un mariscal alemán. Y ahora, de él a mí, ¡eliminado! Porque a continuación llegan las bodas y el vino... —y contó la historia: una aldea detrás de Montfaucon y muy recientemente, el último invierno, porque ya habían llegado tropas estadounidenses; acababan de recibir la paga y, cuando estaba en marcha una partida de dados, el suelo cubierto de billetes franceses, y toda la compañía americana apiñada alrededor de los jugadores, apareció el cabo francés y, sin decir palabra, se puso a recoger el dinero esparcido; durante un instante estuvo a punto de producirse un verdadero incidente internacional, hasta que el cabo consiguió hacerse entender, explicar de qué se

trataba; una boda, la boda de un joven norteamericano y de una huérfana, una refugiada procedente de algún lugar más allá de Reims, convertida en algo muy parecido a una esclava en el cafetín de la localidad; el joven americano y la muchacha estaban..., estaban...

—El resto de la compañía diría que el soldado la había preñado —dijo el capitán estadounidense—. Pero nosotros entendemos lo que usted quiere decir. Siga.

Y el comandante prosiguió: la cosa acabó no sólo con toda la compañía asistiendo a la boda, sino adoptando a los contrayentes, haciéndose cargo del festejo, comprando todo el vino que había en el pueblo para el banquete e invitando a los habitantes de la zona; y ocupándose también de los recién casados: el regalo a la novia le permitió hacer figura de verdadera dama por derecho propio, le dio la posibilidad de esperar en su habitación de soltera a que su marido regresara, si es que regresaba, de su siguiente periodo en el frente. Pero eso sería después de que el mariscal se hubiera ausentado nuevamente: de momento, los tres recién llegados le abrieron paso mientras daba la vuelta en torno a la mesa y hacía una pausa para decir:

—Cuénteselo. Dígales también cómo consiguió la medalla. Lo que buscamos ahora no son circunstancias atenuantes, ni siquiera la compasión, sino la misericordia, si tal cosa existe, y si quiere aceptarla —y, volviéndose, se dirigió hacia la puertecita, que se abrió en aquel momento; el ayudante de campo, que se había llevado al prisionero, se puso firmes al lado del mariscal, dejándolo pasar, siguiéndolo después y cerrando la puerta—. ¿Sí? —preguntó el general.

—Están en el despacho de De Montigny, excelencia —dijo el ayudante—. La más joven es francesa. Una de las de más edad está casada con un francés, un granjero...

—Lo sé —dijo el mariscal—. ¿Dónde está la granja?

—Estaba, excelencia —dijo el ayudante—. Estaba cerca de un pueblo llamado Vienne-la-Pucelle, al norte de Saint-Mihiel. Esa zona se evacuó en 1914. Un lunes por la mañana Vienne-la-Pucelle estuvo bajo el fuego de la artillería enemiga.

—En ese caso la mujer y su marido no saben si tienen una granja o no la tienen —dijo el anciano general.

—Así es, excelencia —dijo el ayudante de campo.

—Entendido —dijo el mariscal. Luego añadió—: ¿Algo más?

—El automóvil de Villeneuve-Blanche acaba de entrar en el patio.

—Bien. Presente mis respetos a nuestro invitado y llévelo a mi despacho. Disponga que le sirvan la cena y pregúntele si podrá recibirnos dentro de una hora.

Tres años antes unos carpinteros habían improvisado el despacho del ayudante de campo en un extremo de lo que fuera en otro tiempo salón de baile y más adelante sala de tribunal. El ayudante lo veía cada veinticuatro horas y, como es lógico, entraba al menos una vez porque en una percha colgaba su sombrero y su abrigo y un excelente paraguas londinense muy bien enrollado, que, en contraposición con el

sombrero y el abrigo, resultaba tan extraño y paradójico como un dominó o un abanico, hasta que el espectador se percataba de que era posible reivindicar su presencia por el mismo motivo que la de los otros dos objetos de cierta importancia que allí se encontraban: unos broncecillos colocados a los extremos del escritorio, por lo demás completamente vacío, un elegante y fogoso caballo asexuado que se apoyaba, como si careciera de peso, sobre una sola pata, y una cabeza bestial y adormecida, ni fundida ni moldeada, sino tallada a mano por Gaudier-Brzeska. Por lo demás la habitacioncita se hallaba vacía, con la excepción de un banco de madera apoyado contra el muro, frente al escritorio.

Cuando entró el anciano general las tres mujeres estaban sentadas en el banco, las de más edad en los extremos y la más joven en medio; al atravesar el mariscal la habitación sin mirarlas todavía, la muchacha tuvo un sobresalto que fue casi una convulsión, como queriendo ponerse en pie, hasta que una de las otras la detuvo con la mano. Después se inmovilizaron de nuevo, siguiéndolo con los ojos mientras daba la vuelta a la mesa, se sentaba detrás de los broncecillos y las miraba sucesivamente: el áspero rostro montañés que, excepto por la diferencia de edad, podría haber sido el de una hermana gemela del cabo; el otro rostro, sereno y apacible, carente de edad o que, tal vez, las incluía todas; y, entre las dos, el rostro tenso y angustiado de la muchacha. Luego, como obedeciendo a una señal, como si hubiera esperado a que el mariscal completara los gestos exigidos por la buena educación sentándose, la hermana apacible (que mantenía sobre el regazo una cesta de mimbre cuidadosamente cubierta por un paño inmaculado muy bien remetido) habló:

—Me alegro de verlo, de todos modos —dijo—. Parece usted exactamente lo que es.

—Marya —dijo la otra.

—No se avergüence —continuó la primera—. No puede usted evitarlo. Y debería agradarle, porque hay muchísimas personas que no se parecen a lo que son —ya se estaba poniendo en pie.

La otra intervino por segunda vez:

—Marya —e incluso alzó un brazo, pero la primera se acercó a la mesa y empezó a levantar una mano, iniciando un gesto como de registrar la cesta, pero luego la adelantó hasta apoyarla sobre la mesa, empuñando ya una cuchara de hierro de mango muy largo.

—Ese muchacho tan simpático —dijo—. Por lo menos debería usted avergonzarse de eso. Mandarlo de noche a patear la ciudad con todos esos soldados.

—El aire fresco le vendrá bien —dijo el anciano general—. No sale mucho de aquí.

—Podía habérselo dicho.

—Nunca dije que la tuviera usted. Mis palabras fueron que creía que usted podría

mostrársela cuando fuese necesario.

—Aquí está —soltó la cuchara y colocó suavemente la mano adelantada sobre la que sostenía la cesta, cubierta por el paño inmaculado tan bien remetido. De inmediato, pero sin prisa, le sonrió beatíficamente, serena e indulgente—: No lo puede evitar, ¿no es cierto? Es verdad que no lo puede evitar.

—Marya —dijo la mujer que seguía sentada en el banco. De nuevo y al instante, pero sin prisa, la sonrisa desapareció, sin que nada la reemplazase; sencillamente desapareció, dejando el rostro tal como se hallaba antes, sereno, indulgente.

—Sí, hermana —dijo. Dándose la vuelta regresó al banco, de donde la otra acababa de levantarse; de nuevo la muchacha hizo un gesto casi convulso para ponerse en pie; esta vez la nervuda mano de campesina de la mujer alta la sujetó por el hombro, reteniéndola.

—La muchacha es... —dijo el anciano general.

—Su esposa —respondió con aspereza la mujer alta—. ¿Quién pensaba usted que era?

—Sí, claro —dijo el anciano general, mirando a la joven; luego añadió con el tono amable pero sin inflexiones que le era habitual—: ¿Marsella? ¿Toulon quizá? —enseguida dio el nombre de una calle, de un distrito, pronunciando el nombre de la calle que era símbolo del distrito. La mujer alta empezó a contestarle, pero el anciano general hizo un gesto con la mano—: Que conteste ella —dijo, dirigiéndose a continuación a la muchacha—: Habla un poco más alto, hija mía.

—Sí, señor —dijo la muchacha.

—Sí, claro —dijo la mujer—. Una puta. ¿Cómo cree que llegó hasta aquí, cómo cree que consiguió los papeles para llegar tan lejos, hasta este sitio, si no hubiera sido para servir también a Francia?

—Pero también su esposa —dijo el anciano general.

—Su mujer ahora —le corrigió la mujer—. Acéptelo, tanto si lo cree como si no.

—Hago las dos cosas —dijo el anciano general—. Acepte usted también eso de mí.

Entonces la otra dio un paso adelante, retirando la mano del hombro de la muchacha y acercándose al escritorio, casi hasta tocarlo, pero deteniéndose al fin, por así decirlo, en el punto exacto en el que su voz, cuando hablara, sólo sería un murmullo para las que aún seguían en el banco.

—¿Quiere usted que salgan?

—¿Por qué? —preguntó el anciano general—. De manera que usted es Magda.

—Sí. No Marthe, Magda. Sólo he sido Marthe más tarde, después de que me naciera un hermano y de tener que cruzar media Europa para enfrentarme, treinta años después, con el general francés que puede negarle la vida. No dársela, sino negársela; y tampoco es ésa la palabra: devolvérsela quizá —siguió allí delante, alta,

inmóvil, dominándolo con la mirada—. De manera que incluso nos conocía. Estaba a punto de decir que «no podía recordarnos», porque nunca nos vio. Pero quizá tampoco eso sea cierto y nos vio entonces. Si eso es verdad, nos recordaría, aunque yo sólo tuviera nueve años y Marya once, porque tan pronto como esta noche le vi la cara supe que ese rostro nunca necesitaría huir, evitar, asustarse o deplorar el recuerdo de algo que haya visto alguna vez. Quizá Marya no se dé cuenta; aunque también Marya haya tenido que venir hasta Francia para ver cómo se le niega la vida a su hermanastro, y aunque tampoco ella necesite temer ni evitar ni deplorar ningún recuerdo, lo que no es mi caso. Quizá Marya sea la razón de que usted nos recuerde si es que nos vio entonces: porque ya tenía once años y en nuestro país las chicas de once años han dejado de ser niñas para convertirse en mujeres. Pero no voy a decirlo, aunque no por el insulto que eso supondría incluso para nuestra madre, y sobre todo para usted; nuestra madre tenía algo, no me refiero a la cara, que no era de aquel pueblo, ¿he dicho pueblo?, que no era de nuestras montañas, de toda aquella zona; lo que usted tenía, ¿tenía?, tiene, en cambio, es algo que debiera inspirar desconfianza y temor a toda la tierra. El insulto hubiera sido contra el mismo mal. No me refiero únicamente a aquel mal. Hablo del Mal, como si hubiera en él una pureza, un rigor, un celo semejante al de Dios, un rigor en la falsedad incapaz de concesiones, incapaz de conformarse con algo inferior o con un sustituto. Una perseverancia, una finalidad como si ni nuestra madre, ni tampoco usted pudieran hacer nada por evitarlo; y no sólo usted, también nuestro padre, el de Marya y mío: no dos, sino tres personas haciendo no lo que querían sino lo que inevitablemente tenían que hacer. Esas personas, hombres y mujeres, no eligen el mal y lo aceptan y lo ponen en práctica, sino que el mal los elige poniéndolos a prueba, los examina y los selecciona y los acepta ya para siempre hasta que llega el momento en que se consumen y se quedan vacíos y fracasan en el mal porque ya no tienen nada que el mal quiera o desee utilizar; y entonces los destruye. De manera que no fue sólo usted, un extranjero que llegó por accidente a un país tan remoto y tan aislado que generaciones enteras de nuestras gentes nacen, viven y mueren sin saber ni preguntarse ni importarles lo que haya al otro lado de nuestras montañas ni tampoco si la tierra continúa más allá. No sólo un hombre que llegó por casualidad, en posesión de todo lo necesario para encantar, para extasiar, para embrujar a una mujer débil y vulnerable, además de hermosa; sí, hermosa; si pudiera usted alegar eso, su belleza y el amor que usted sentía, yo habría sido la primera en perdonarlo, porque los celos no serían de usted sino de ella; pero se trataba de destruir su hogar, la confianza de su marido, la tranquilidad de sus hijas y, finalmente, quitarle la vida; empujar a su marido a repudiarla, dejar a sus hijas sin padre, y luego abandonarla para que se muriera de parto en un establo, detrás de una posada a la vera de un camino, convirtiendo a los niños en huérfanos, y luego, por fin, para tener el derecho, el privilegio, el deber,

como se lo quiera llamar, de condenar a muerte a aquel único hijo varón, de manera que el apellido traicionado por ella dejara de existir. Porque eso no basta. No es suficiente, ni mucho menos. Ha de ser algo mucho más grande, mucho más espléndido, mucho más terrible: no nuestro padre marchándose tan lejos del valle en busca de un rostro hermoso que fuese la madre de los herederos de su apellido, para encontrar en cambio otro funesto, calamitoso, que acabaría con él; no pudo tratarse de que usted apareciese allí por error, por un simple azar, sino enviado para encontrarse con aquel rostro hermoso y fatal; no tanto porque a la mujer le faltaran orgullo y virtud, sino más bien porque estaba condenada a causa de aquel rostro; no ustedes tres sencillamente obligados a borrar un apellido de la historia humana, porque, ¿quién, fuera de nuestro valle, oyó nunca ese apellido, o le importó? Sino más bien para crear un hijo que uno de ustedes tendría que condenar a muerte como si con ello fuese a salvar la tierra, fuese a salvar el mundo, la historia de los hombres, la humanidad.

Adelantó las dos manos y las dejó allí inmóviles, un puño descansando sobre la palma de la otra mano.

—Por supuesto que usted nos conocía. Mi estupidez fue pensar que iba a tener que aportar pruebas. De manera que ahora no sé qué hacer con esto, cuándo utilizarlo, como si se tratara de un cuchillo capaz de cortar sólo una vez o de una pistola con un único proyectil, algo que no me puedo arriesgar a utilizar demasiado pronto ni esperar tampoco a que sea ya demasiado tarde. Cabe que ya sepa usted todo lo demás; no se me olvida lo equivocada que estaba al creer que no sabría usted quiénes éramos. Quizá su rostro me esté diciendo que ya sabe todo lo demás, cómo terminó la historia, aunque ya no estuviera allí, aunque ya hubiera cumplido su destino, o al menos el de ella, y se hubiera marchado.

—Cuéntemelo entonces —dijo el anciano general.

—Si no queda otro remedio... ¿Es ésa la situación? ¿Las condecoraciones y las estrellas y los entorchados que han superado cuarenta años de lanzas y proyectiles no bastan para detener una lengua de mujer? O tratar de contárselo, más bien, porque en realidad no lo sé; no tenía más que nueve años, sólo vi y recuerdo lo que vi; Marya tampoco, aunque tuviera once años, porque incluso entonces no necesitaba ya temer ni padecer nada aunque sus ojos lo hubieran visto. Pero tampoco necesitábamos mirarlo, porque había estado allí toda nuestra vida, y también la de la mayor parte del valle. Era una cosa nuestra, era el orgullo de nuestro valle (con un poquito de temor), como otros pueden tener un pico o un glaciar o una cascada: aquella mancha, aquella blanca pared vacía o cúpula o torre, lo que fuese, que era la primera cosa de nuestro valle que tocaba el sol y la última que perdía su luz, todavía reteniéndola mucho después de que el barranco por donde nos arrastrábamos hubiera perdido la poquita que lograba capturar. No estaba demasiado alta, sin embargo; aunque «alta» tampoco

fuese la palabra adecuada; no era así como se podía, como podíamos, medir dónde estaba. Se hallaba sencillamente más allá de donde llegaban nuestros hombres, nuestros pastores e incluso nuestros cazadores. No por encima de donde podían pero sí de donde llegaban, por encima de donde se atrevían a llegar; ni santuario ni lugar sagrado, porque también conocíamos esos sitios, e incluso el tipo de personas que vivían allí, los frecuentaban y los servían; también montañeses antes de convertirse en sacerdotes, porque conocíamos a sus padres y nuestros padres habían conocido a sus abuelos, de manera que sólo serían sacerdotes después, con lo que quedaba. Se trataba más bien de uno de esos sitios donde anidan las águilas, donde las personas, los hombres, llegan como si vinieran por el aire (usted), sin dejar más huella de su venida o de su llegada (sí, usted) o de su marcha (sí, sí, usted) de la que dejarían las águilas (sí, claro, también usted; si Marya y yo lo vimos alguna vez entonces, no lo recordábamos, ni tampoco cuando usted nos vio, si alguna vez lo hizo, excepto por el relato de nuestra madre; casi he dicho si nuestro padre lo vio alguna vez en carne y hueso, porque claro está que lo vio, usted se ocupó sin duda de ello: un caballero honorable a la manera caballeresca y además valiente, porque haría falta valor, puesto que nuestro padre ya había perdido demasiado para que ésa otra pequeñez le pareciese costosa), llegados allí no para temblar arrodillados sobre suelos de piedra, sino para pensar. Pensar: no esa manera soñadora de esperar y desear y creer (pero sobre todo de esperar) que nosotros creeríamos que es pensar, sino alguna feroz y rígida concentración que en cualquier momento (mañana, hoy, el próximo instante, éste de ahora) cambiará la forma de la tierra.

»No muy alta, sólo lo bastante alta para hallarse entre nosotros y el cielo como un apeadero antes del paraíso, por lo que no es de extrañar que, cuando moría alguno de nosotros, los demás no llegáramos a creer que el alma se hubiera detenido allí, pero sí al menos que había hecho una pausa para que le cortaran media entrada; como tampoco tiene nada de extraño que cuando nuestra madre se marchó aquella semana de primavera, Marya y yo supiéramos adónde había ido; no que hubiera muerto; no habíamos enterrado nada, de manera que no tendría que ir más allá. Pero sin duda allí, porque ¿en qué otro lugar podría estar aquel rostro que nunca había pertenecido, que no tenía sitio en nuestro valle desde el comienzo, por no mencionar lo que nosotros, incluso sus hijas, habíamos percibido, habíamos sentido, detrás de aquel rostro que no tenía sitio en nuestras montañas, ni en ningún otro sitio entre quienes eran como nosotros? ¿En qué otro sitio excepto allí? No para pensar, no para incorporarse a aquella forma de ser terrible y prodigiosa, porque ni siquiera su rostro y lo que había detrás estaban a la altura, pero sí al menos para respirar, para bañarse en el resplandor de aquella furiosa meditación. Lo sorprendente fue que volviera. Sorpresa no para el valle, sino para mí y también para Marya. Porque no éramos más que niñas, no sabíamos: sólo observábamos y veíamos y tejíamos y atábamos cabos,

tratábamos de hacerlo con los simples hilos de nuestras suposiciones; para nosotras fue sencillamente que el rostro, que aquel algo en ella, lo que fuera, que nunca había sido nuestro ni tampoco de nuestro padre, aunque hubiese sido la esposa de uno y la madre de las otras, había terminado por hacer lo que desde el principio estaba condenado a hacer. Sin embargo regresó. No cambió para siempre aquella casa, hogar, vida y todo: ya lo había hecho marchándose como lo hizo, y con su regreso sólo agravó lo que ya había dejado allí; siempre había sido una extraña y huésped de paso y a su regreso no podía serlo aún más. De manera que Marya y yo, aunque niñas, sabíamos mejor que el resto del valle que aquello no podía durar. El niño, el hijo futuro, el hermano o la hermana o lo que fuera que tendría que nacer al invierno siguiente no significaba nada para nosotras. Aunque fuésemos niñas, sabíamos todo lo que había que saber sobre bebés; no había nadie en nuestro país lo bastante joven para no saberlo; porque en nuestra tierra, en nuestras duras y despiadadas montañas, la gente utilizaba a los niños, tenía que utilizarlos, los necesitaba, estaba obligada a hacerlo, no tenía otra cosa que utilizar, de la misma manera que la gente en tierras donde habitan animales peligrosos utilizan armas de fuego para defenderse, para durar, para aguantar; no vimos, como hizo nuestro padre, en aquel niño el estigma del pecado sino la prueba incontrovertible de algo que, en otras circunstancias, quizá él hubiera aprendido a soportar. No la echó de casa. No piense usted eso. Fuimos nosotras, fue ella. Era él quien se disponía a marcharse; a dejar atrás hogar, pasado, todos los sueños y esperanzas a los que la gente llama hogar; la rabia, la impotencia, la virilidad ultrajada; sí, dejar también ¿por qué no? la congoja a sus espaldas. Pero fue ella quien cortó amarras y se marchó, con la tripa bien abultada porque no podía faltar mucho ya, estábamos en invierno y quizá no pudiéramos calcular el tiempo de la gestación, pero habíamos visto suficientes vientres abultados para hacernos una idea aproximada.

»Así que nos marchamos. Salimos tarde, cuando ya era de noche. Mi padre se había ido nada más cenar, no sabíamos adónde, y ahora yo diría que quizá se limitaba a escudriñar la oscuridad y la soledad y el espacio y el silencio en busca de algo que, para él, no estaba ni allí ni en ningún otro sitio. Y ahora sé por qué nos dirigimos, por qué nuestra madre se dirigió también hacia el oeste, y de dónde venía el dinero que tuvimos durante algún tiempo hasta que ya no pudimos pagar para que nos llevaran y empezamos a andar, porque nuestra madre, nosotras, no sacamos nada de aquella casa excepto la ropa que llevábamos puesta, nuestros chales y un poco de comida que Marya puso en esa misma cesta. Y yo podría decir también aquí: “Pero estaba usted a salvo; porque no era suficiente”, aunque no lo digo, no se lo digo a usted que lleva sobre sí algo ante lo que puede estar justificado que todo el cielo retroceda. De manera que caminamos, y siempre hacia el oeste; quizá nuestra madre no hubiera aprendido a pensar durante la semana que pasó en aquel sitio, pero había memorizado

al menos algunos datos geográficos. Luego llegó un momento en que no hubo más comida que la que mendigábamos, pero ya no tardaría en suceder aunque nos quedase dinero para viajar en algún vehículo. Finalmente la noche del parto: ya era invierno cuando nos marchamos de casa y había llegado la Nochebuena; y ahora no recuerdo si nos echaron de la posada o sencillamente no nos admitieron o quizá fue incluso nuestra madre que quiso cortar hasta ese lazo con los seres humanos. Sólo recuerdo la paja, la oscuridad del establo y el frío; ni siquiera sé si fue Marya o fui yo quien corrió por la nieve para llamar a la puerta de la cocina hasta que acudió alguien; sólo recuerdo la luz por fin, la lámpara, los rostros extraños y desconocidos inclinados sobre nosotros, luego la sangre, la linfa y la humedad: yo, una niña de nueve años, y su hermana idiota de once, tratando de disimular lo más discretamente que podíamos la exhibición de aquella angustia humillante y de aquella desnudez sin defensa, mientras su mano cerrada buscaba torpemente la mía y trataba de hablar, la mano todavía crispada, reteniéndomela, incluso después de que yo le hubiera dado mi palabra, se lo hubiera prometido, jurado...»

Se quedó allí mirándolo, el puño cerrado sobre la palma de la otra mano.

—No para usted sino para él. No, tampoco eso es cierto; ya era para usted, a la espera de este momento, aquella noche de hace treinta y tres años cuando por vez primera me lo puso con fuerza en la mano y trató de hablar; tuve que saber, ya a los nueve años, que cruzaría media Europa para traérselo un día, de la misma manera que sin duda supe, ya a los nueve años, la inutilidad de hacerlo. Un destino, una condena que se me transmitió, que se me impuso por el simple hecho de entrar en contacto con mi carne, antes siquiera de abrirlo y mirar dentro y adivinar, suponer de quién era aquella cara, incluso antes de que yo, nosotras, encontráramos la bolsa, el dinero que nos traería hasta aquí. Sí, claro, fue usted generoso, nadie lo niega. Porque, ¿cómo podía saber que el dinero que tendría que haber pagado la inmunidad que le permitiera verse libre de las consecuencias de su locura juvenil, la dote si el bebé era niña, un pastizal en cuesta y un rebaño que paciera en él si nacía varón, y luego, con el tiempo, una esposa y así, incluso, unos nietos que inmovilizaran para siempre a su compañera de locura más allá del alcance geográfico de la vulnerabilidad de usted, lograría precisamente lo contrario, puesto que compró nuestros pasajes hasta Beirut, y el resto sirvió aún para su propósito inicial, que era proporcionarnos una dote?

»Porque podríamos habernos quedado allí, en nuestras montañas, en nuestro país, entre gentes que sabíamos cómo eran y que también sabían cómo eramos nosotros. Podíamos habernos quedado incluso en la posada, en el pueblo donde estábamos, porque la gente es de verdad amable, son de verdad capaces de sentir piedad y compasión por los débiles y los huérfanos y los indefensos puesto que se trata de piedad y de compasión y ellos mismos son débiles y huérfanos y están indefensos y son gente, aunque, por supuesto, usted no pueda, no se atreva a creerlo: sólo se atreve

a creer que a la gente hay que comprarla y utilizarla hasta vaciarla por completo y entonces desecharla. De todos modos nos quedamos allí durante casi diez años. Trabajábamos, por supuesto, en la posada: en la cocina, con las vacas lecheras; también en el pueblo y para la gente del pueblo; Marya, por ser idiota, tenía un don para tratar con criaturas sencillas y sin espíritu guerrero, como vacas y gansos, que se contentaban con ser vacas y gansos en lugar de leones y venados: pero hubiéramos trabajado de la misma manera en casa, que fue adonde, pese a toda su amabilidad, quizá debido a su amabilidad, trataron al principio de persuadirnos para que volviéramos.

»Pero no yo. Quizá la condena fuese para mi hermanastro, pero, al menos, la maldición que exigía apresurarla, consumarla, recayó sobre mis espaldas; era yo quien llevaba el talismán secreto, la prueba, no para recordar, ni para atesorar; no un tierno recuerdo de total fidelidad ni tampoco prenda de abandono, sino algo pegado a mi carne bajo la ropa como una marca a fuego, como una fiebre, como un carbón encendido, como un agujijón que me empujaba (era su madre ya; la condena que lo movía tendría que moverme antes a mí; a los nueve años, a los diez y a los once ya era la madre de los dos, el hermano pequeño y la hermana idiota dos años mayor que yo, hasta que en Beirut encontré un padre para los dos) hacia el día, la hora, el momento, el instante en el que con su misma sangre absolvería a una y expiaría la otra. Sí, el condenado era él; pero, al menos, yo era la sirvienta, la mensajera, para traerle a usted esto. Y para ofrecerle además la razón de su necesidad; para ello he de traer conmigo a su órbita el objeto mismo que constituye y hace imperativa esa necesidad. Peor aún: al introducirlo en su órbita, yo misma he creado la necesidad que la prueba, la señal, la última jugada desesperada que me queda, será incapaz de satisfacer.

»Una maldición y una condena que, llegado el momento, destruiría el mismo ambiente favorable que nos albergaba, porque ya está usted tratando de preguntar por qué tuvimos que pasar por Asia Menor para alcanzar Europa Occidental, y se lo voy a contar. No fuimos nosotros. Fue el pueblo. No: fue el conjunto de todos nosotros: fue una alianza. Francia: una palabra un nombre una designación con un sentido, pero abstracto, como los conceptos para gracia, martes o cuarentena, esotéricos e infrecuentes no sólo para nosotros, sino para las buenas gentes ignorantes entre las que habíamos encontrado asilo para nuestra orfandad y ausencia de hogar; personas que apenas sabían nada de Francia ni les preocupaba su ignorancia hasta que aparecimos nosotros entre ellos; después, sin embargo, fue como si hubieran establecido con ella una relación viva, gracias a nosotros, por intermedio nuestro, que ni siquiera sabíamos dónde se encontraba Francia, excepto en dirección oeste y que nosotros, yo, arrastrando a los otros dos conmigo, teníamos que ir allí; hasta que, al poco tiempo, todo el pueblo, el valle, el distrito, nos conocía como los pequeños

Franchini: los tres que iban, que estaban destinados, dedicados a Francia, como otros puedan estarlo a alguna situación o destino irrevocables como un convento o la cima del monte Everest, no al paraíso, porque todo el mundo está convencido de que se pondrá en camino hacia allí tan pronto como encuentre tiempo para concentrarse de verdad en ello, sino a algún lugar particular, personal, misterioso, adonde nadie quiere ir realmente, excepto con la imaginación cuando no tiene nada mejor que hacer, pero cuyo reflejo, sin embargo, arroja cierta gloria colectiva sobre el lugar que favoreció la marcha y fue testigo de los preparativos.

»Porque nunca habíamos oído hablar de Beirut; hubieran hecho falta personas de más edad y más mundanas que nosotros para saber de su existencia, y aún menos de que había allí una colonia francesa, una guarnición, una administración francesa: una Francia, de hecho, la Francia más próxima al lugar donde vivíamos. Cabe que la Francia real estuviera más cerca, pero había que llegar por tierra, lo que resultaba costoso, y nosotros éramos pobres; para viajar sólo disponíamos de abundante tiempo y ocio. Estaba, por supuesto, la bolsa que, probablemente, a falta de otra razón mejor para salvarla, tampoco nos hubiera llevado a los tres hasta Francia por el camino más rápido. De manera que gastamos aquello de lo que teníamos más, viajando como únicamente pueden hacerlo los muy pobres o los muy ricos; sólo viajan deprisa los que son demasiado ricos para tener tiempo o demasiado pobres para disponer de ocio: por mar, gastando de la bolsa sólo lo suficiente para situarnos a los tres en un retazo de Francia, auténtico y oficial, que era el más próximo y disponible para nosotros, y seguir reservándonos la mayor cantidad posible de dinero. Porque yo ya tenía diecinueve años y en mi persona disponíamos de algo más provechoso que la bolsa, de la que sólo necesitábamos lo bastante para situarme, sin aparecer con las manos completamente vacías, en una posición que facilitara al máximo la adquisición de un marido francés que se convirtiera en el pasaporte requerido para que los tres llegáramos al país en donde a nuestro hermano lo aguardaba su destino.

»Tal fue el porqué de Beirut. Yo no había oído nunca el nombre de aquella ciudad, pero ¿por qué tendría que haber dudado si el pueblo no lo hizo? Como tampoco de que, a su debido tiempo, o cuando Dios quisiera, Beirut aparecería frente a la proa del buque y que el marido francés me estaría esperando. Que fue lo que sucedió. Nunca había oído su apellido y no recuerdo siquiera las circunstancias de nuestro primer encuentro: tan sólo que no duró mucho y que él era, es, un buen hombre y ha sido siempre un buen marido para mí y hermano para Marya y padre para aquel por quien al parecer estoy destinada a padecer todas las angustias excepto la inicial de haberlo traído al mundo; yo, por mi parte, he tratado, voy a seguir tratando, de ser una buena esposa. Mi marido era un soldado de la guarnición de Beirut. Es decir, estaba haciendo allí su servicio militar, porque pertenecía a una familia de agricultores, y le faltaba muy poco para licenciarse; sí, efectivamente, tan

justos de tiempo; un día más y no lo hubiera conocido, lo que me debiera haber hecho ver, me debiera haber servido de advertencia, para comprender que no nos enfrentábamos con un destino sino con una condena, porque el destino es torpe, ineficaz, todo lo retrasa, al contrario que la condena. Pero entonces no lo sabía. Sabía tan sólo que teníamos que llegar a Francia, y eso fue lo que hicimos: la granja..., no voy a molestarle en contarle dónde está.»

—Sé dónde está —dijo el anciano general. La mujer había permanecido inmóvil todo el tiempo, de manera que no podía inmovilizarse aún más: una figura alta, de respiración tan sosegada como para pensar que respiraba tan poco como se movía, apretando el puño sobre la palma inmóvil de la otra mano, mirándolo fijamente.

—Así que ya hemos llegado a eso —dijo—. Por supuesto que ya se ha enterado usted dónde está la granja; de qué otra manera podía conocer el lugar sobre el que vacilaría a la hora de autorizarme para proceder a enterrar la carne y la sangre nacidas de la carne y la sangre que amó usted en otro tiempo, o que, al menos, deseó en otro tiempo. Usted sabía incluso de antemano cuál era la petición que terminaría por hacerle, puesto que los dos sabemos que esto... —sin separar las manos movió levemente la que seguía cerrada para volver a colocarla enseguida sobre la palma de la otra—... no servirá para nada.

—Sí —dijo el anciano general—. También eso lo sé.

—¿Y también la ha concedido de antemano, puesto que para entonces ya no representará una amenaza? No, no, no me conteste todavía; permítame creer algún tiempo más que nunca habría creído que nadie, ni siquiera usted, pudiera controlar el movimiento natural de la compasión mejor que su propio intestino. ¿Dónde estaba? Ah, sí, la granja. En el buque, camino de Beirut, oí hablar de arribada y de puerto; gracias a Beirut supe incluso lo que significaba refugio y ahora por fin en Francia creí que lo habíamos encontrado, que mi hermano había encontrado todo eso. El hogar que nunca había conocido: cuatro paredes y un fuego al que volver al final del día porque eran unas paredes y un fuego compartidos; trabajo que se realizaba no por la paga o por el privilegio de dormir en un henil o por unas sobras junto a la puerta de una cocina, sino porque la tarea terminada era lo bastante suya como para poder elegir entre la negligencia y el trabajo bien hecho. Porque ya no era sólo granjero de nacimiento, sino un buen granjero, como si la mitad de su sangre y de sus antecedentes y de su herencia, que eran campesinos, hubieran dormido en una espera indefinida hasta que su destino vino a buscarlo para ponerlo en contacto con la tierra, con una tierra lo bastante buena, amplia, fértil y honda como para que al final del segundo año fuese el heredero de mi marido e incluso coheredero aunque tuviésemos nuestros propios hijos. Y no sólo hogar sino también patria; ya era súbdito francés; al cabo de diez años sería además ciudadano francés, ciudadano de Francia, francés a todos los efectos, y sería también como si su origen anónimo nunca hubiera existido.

»De manera que ya, por fin, nosotros, yo, él, podíamos olvidarnos de usted. No, eso no: no nos podíamos olvidar de usted porque no otra era la razón de que estuviéramos donde estábamos, de que hubiéramos encontrado finalmente el puerto, el refugio donde, como decían en el barco, podíamos echar el ancla y quedar bien amarrados. Por otra parte, no le era posible, hablando con propiedad, olvidarlo, puesto que nunca había oído hablar de usted. Fue más bien que yo lo perdoné a usted. Ya, por fin, podía dejar de buscarlo, manteniendo en vilo y arrastrando conmigo a otras dos personas a fin de encontrarlo y enfrentarme y reprocharle su comportamiento, obligarlo, lo que tuviera que ser; recuerde que todavía era una niña, aunque hubiese sido dos veces madre desde los nueve años. Era como si hubiese sido yo, en mi ignorancia, quien le hubiera malentendido a usted y le debiera las disculpas y el avergonzarme, mientras que usted, en su sabiduría, conociera desde siempre la única indemnización para la que mi hermano estaba preparado; supiera que, debido a la inerradicable mitad campesina de su origen, cualquier otra relación, yuxtaposición, con usted, sólo serviría para llevarlo al desastre, hasta el punto, incluso, de destruirlo. Sí, por supuesto, yo creía ya que usted conocía nuestra historia, no sólo dónde estábamos, sino cómo habíamos llegado hasta allí y qué hacíamos; esperaba, sí, creía, que usted lo había planeado y arreglado deliberadamente para que fuese así, pese a que quizá no podía haber previsto del todo que yo fuera a colocar intacto el problema a la puerta misma de su casa: refugio y puerto y hogar no sólo para él sino también para nosotras, también para Marya y para mí: los cuatro, no sólo usted y quien usted había engendrado, sino las otras dos en cuyo origen no había tenido usted parte alguna, todos marcados para siempre en un irremediable parentesco por aquella misma pasión que había creado tres de nuestras vidas y alterado para siempre el curso o, al menos, la pauta de la de usted; los cuatro borrando juntos, incluso, el irremediable pasado de aquella pasión en el que usted no había participado: en su progenitura desposeía usted a su predecesor; en Marya y en mí, borraba usted incluso su prioridad; y en Marya, su primer descendiente, confirmaba incluso el trofeo virginal de aquella pasión. Más aún: en nosotros dos, no en Marya esta vez, porque, desprovista de razón y de inteligencia, no representaba una amenaza para usted e, ignorante del mal, era invulnerable incluso para usted, puesto que los idiotas sólo saben de pérdidas y ausencias, nunca de duelos; pero él y yo, además de su absolución, éramos también su expiación, como si ya en el primer esbozo de su plan hubiera usted previsto este momento aquí, ahora, y me hubiera usted confiado por procuración el último derecho, el último privilegio de su amante abandonada y muerta: exaltar la virtud de su constancia al mismo tiempo que acumulaba sobre usted el peso de los reproches por su caída.

»Ni siquiera necesitaba, por tanto, perdonarlo: los cuatro nos habíamos unido en ese compartido armisticio eficaz, ni piadoso ni despiadado, y ninguno de nosotros

necesitaba ni tenía tiempo para perderlo perdonándose o reprochándose mutuamente, porque estaríamos todos suficientemente ocupados apoyando, manteniendo en equilibrio la situación de su expiación y de nuestra reparación, la de mi hermanastro, de la cual había sido usted instrumento. Como tampoco había visto nunca su cara para poder recordarla y ya empezaba a creer que nunca la vería, que nunca tendría que verla: que incluso cuando llegara el momento, si llegaba, en el que usted no podría evitar por más tiempo hacerme frente, mi hermano, él solo, sería suficiente, sin necesidad ni de mi ratificación ni de mi apoyo. No, era el pasado mismo lo que yo había perdonado, lo que por fin podía perdonar: cambiar toda aquella amarga impotencia ultrajada por el hogar, por el puerto, por el refugio que estaba al alcance de sus posibilidades (para el que estaba dotado y equipado), más aún, que él mismo hubiera elegido si se le hubiera dado la oportunidad, y cuyo instrumento anónimo había sido usted, tanto si se había propuesto que fuese en Francia como si no, y donde, puesto que se había librado de usted, también nosotras dos podíamos ser libres. Entonces llamaron a filas a su quinta. Acudió casi con ilusión, aunque es cierto, no se me oculta, que no podía hacer otra cosa, pero también usted sabe que hay maneras y maneras de aceptar lo que no se puede rechazar. Y él se presentó con la mejor disposición y cumplió su servicio militar, he estado a punto de decir «su tiempo», pero ¿no acabo de explicar que fue casi con entusiasmo?, y luego regresó a casa y entonces creí que se había librado de usted, que usted y él habían logrado un equilibrio, un armisticio entre responsabilidad y amenaza; él era ya ciudadano francés y lo era no sólo legal sino también moralmente, puesto que su fecha de nacimiento probaba el derecho al beneficio de la ciudadanía, y además porque acababa de quitarse el uniforme con el cual había demostrado personalmente que se merecía ese derecho; no sólo se había librado de usted sino que, por fin, cada uno de ustedes se había librado del otro; usted quedaba absuelto de la responsabilidad, puesto que, habiéndole dado la vida, había creado ya la seguridad y la dignidad para terminarla y por tanto no le debía usted nada; y él libre de la amenaza, puesto que usted ya no le hacía ningún mal y por tanto no necesitaba temerlo nunca más.

»Sí, libre de usted finalmente, o al menos eso creía yo. O más bien usted se había librado de él, puesto que más bien era él quien debía de tener miedo. Si aún quedaba en él la más mínima posibilidad de peligro para usted, él mismo se disponía a suprimirla con el medio más certero de todos: matrimonio, esposa y familia; las muchas responsabilidades económicas que aceptar y que llevar a buen puerto no le dejarían tiempo para soñar con sus derechos morales; una familia, hijos: el vínculo más fuerte e indisoluble con que hacerlo inofensivo para siempre, atrapado en el presente, comprometido irrevocablemente con su futuro, aislándolo para siempre jamás de las penas y sufrimientos (no los había tenido, por supuesto, en el sentido al que me refiero, ya que seguía sin saber nada de usted) de su pasado.

»Pero, por lo que parece, me equivoqué. Siempre me he equivocado en todo lo relacionado con usted, siempre me he equivocado en lo que yo creía que usted pensaba o sentía o temía de él. Y nunca más que ahora, cuando, al parecer, había llegado usted a creer que sobornarlo, haciéndolo independiente, sólo había servido para herir a la serpiente sin acabar con ella, y que el matrimonio, mediante los hijos, agravaría la amenaza, ya que cualquiera de entre ellos podía resultar inmune al soborno de una granja. Cualquier matrimonio, incluso éste. Y al principio parecía como si la misma sangre de usted tratara, como por una instintiva lealtad filial, de defenderlo y de protegerlo contra esa amenaza. Hacía mucho tiempo que teníamos intención de casarlo, y ahora que ya era libre, una persona adulta, ciudadano francés, heredero de una granja porque mi esposo y yo sabíamos que no íbamos a tener hijos, el servicio militar (eso creíamos entonces) definitivamente a sus espaldas, empezamos a hacer planes. Pero él se negó dos veces, en dos ocasiones rechazó las novias virtuosas, solventes y adecuadas que elegimos para él, y lo hizo de manera que nunca pudimos saber si rechazaba a la muchacha o la institución matrimonial. Quizá las dos, por ser hijo de usted aunque, hasta donde yo sé, ignoraba aún que usted existiera; quizá las dos, por haber heredado ambas cosas de usted: el rechazo de la institución, por cuanto él había venido al mundo sin necesitarla; la concienzuda elección de una compañera, puesto que, con él, en una ocasión, la pasión había tenido que ser suficiente porque era todo lo que había y él sentía, deseaba, creía, a su vez, que no se merecía menos para estar a la altura de su propia herencia.

»Aunque quizá fuese peor incluso para usted: ¿tan verdaderamente hijo suyo, tan decidido no ya a desquitarse sino dispuesto a vengarse que rechazó a las dos que nosotros habíamos elegido y que no sólo tenían dinero sino también virtud, a cambio de esta otra que además de vender una por otro, había terminado, en su comercio, por perder ambas cosas? No lo supe; no lo supimos: tan sólo que se había negado, que las había rechazado y, en cualquier caso, de la forma que le he explicado, más una negativa que un rechazo, por lo que pensamos que no estaba aún listo, que aún quería un poco más de la libertad del joven soltero y sin lazos que sólo había recuperado (¿recuperado? encontrado) un día antes, cuando se quitó el uniforme. Como disponíamos de tiempo, decidimos esperar; pasaron los meses, pero seguíamos pensando que no era tarde, puesto que el matrimonio es lo bastante largo como para que haya espacio suficiente después de contraerlo. Luego, de repente, sin aviso alguno, puesto que nosotros sólo sabíamos de trabajo y pan, no de política ni de gloria, llegó 1914 y dejó de tener importancia que hubiera habido o no tiempo suficiente y que él, esperando, hubiera tenido razón o no. Porque ahora no esperó; se marchó aquella primera semana con el viejo uniforme, sacado del baúl del desván y que aún apestaba a naftalina, pero ni aun así consiguió darse más prisa que nosotros; usted sabe dónde está la granja, dónde estaba (no: está todavía, porque tendrá que

estar todavía allí para que pueda ser la base de lo que usted finalmente nos conceda), de manera que no necesito decirle tampoco cómo la dejamos, puesto que una parte de sus obligaciones es disponer de la masa confusa y angustiada de civiles sin hogar de manera que dejen sitio libre para que ustedes obtengan sus victorias.

»Ni siquiera esperó a que llamaran a su quinta. Alguien que no lo conociera habría pensado que se trataba de un joven soltero dispuesto a aceptar incluso la guerra como última y desesperada posibilidad para escapar al matrimonio, pero esa persona se equivocaría, por supuesto, como él mismo demostró dos años después. Pero nosotros estábamos mejor informados. Ya era francés, y todo lo que Francia le pedía a cambio de aquella dignidad, de aquellos derechos y de aquella seguridad e independencia era que estuviera dispuesto a defenderla a ella y a defender a sus conciudadanos, y mi hermano se marchó a hacer eso. Luego, de repente, el nombre de usted empezó a resonar por toda Francia (por toda Europa Occidental en realidad); en Francia hasta los niños reconocían su rostro, porque usted iba a salvarnos; usted, jefe supremo, no para mandar nuestros ejércitos o los ejércitos de nuestros aliados, dado que no necesitaban ser mandados, puesto que el terror y la amenaza eran su terror y su amenaza y todo lo que necesitaban era ser conducidos, reconfortados, tranquilizados y usted era quien podía hacerlo porque tenían fe en usted, porque creían en usted. Pero yo sabía más. No era que estuviese mejor informada, tan sólo sabía más; me bastaba comparar cualquier periódico con esto —de nuevo movió ligeramente la mano cerrada sobre la palma de la otra— para saber no sólo quién era usted, sino lo que era y dónde estaba. No, no, usted no empezó esta guerra para poner aún más a prueba a mi hermano como hijo suyo y como francés, sino, más bien, puesto que esta guerra tenía que hacerse, su propio destino, la fatalidad, utilizaría la guerra para ponerlo a prueba ante su padre. ¿Se da cuenta? Usted y él convertidos en uno para la salvación de Francia, él desde su humilde posición y usted en la suya, elevada e incomparable, y la victoria misma llegaría cuando por fin, un día, se vieran el uno al otro cara a cara, él todavía sin graduación, excepto por el valor demostrado y la constancia y la dedicación que simbolizaría y afirmaría la medalla que usted terminaría colgándole del pecho.

»Fue la chica por supuesto; el desquite y la venganza que usted temía: una puta, una puta de Marsella que concibiera los nietos que habrían de llevar su sangre, tan noble y tan ensalzada. Nos habló de la chica durante el permiso de que disfrutó en el segundo año de guerra. Nosotros, yo, le dijimos por supuesto que no, pero también había heredado eso de usted: la capacidad para hacer siempre su voluntad. Sí, claro, nos habló de ella: una buena chica, obligada por el destino, la necesidad, las imposiciones (vive aún una abuela de avanzada edad) a llevar una vida que no era la suya. Y tenía razón. Nos dimos cuenta tan pronto como nos la trajo. Es una buena chica, lo es ahora, al menos, desde entonces, al menos, tal vez, como él creía, una

buena chica desde siempre, o quizá sólo desde que empezó a quererlo. En cualquier caso, ¿quiénes somos nosotros para ponerles objeciones a los dos, si todo esto prueba únicamente la fuerza del amor, tan capaz de salvar a una mujer como de condenarla? Pero todo eso no importa ahora. Usted nunca querrá creer (quizá porque no se atreva a correr el riesgo, porque no quiera exponerse) que mi hermano jamás le hubiera exigido nada; que los hijos de esa prostituta no llevarían el apellido de su padre sino el de mi padre. Usted nunca querrá creer que no habrían sabido de quién era la sangre que llevaban, como tampoco mi hermano lo habría sabido, de no ser por esto. Pero ya es demasiado tarde. Todo eso ha terminado ya; yo lo había visto a usted con la imaginación, frente a él, en aquel último campo de batalla victorioso, al ponerle la medalla en la guerrera; ahora, en cambio, lo verá usted por vez primera...; no, ni siquiera lo verá, ni siquiera estará allí, él atado a un poste, para que usted lo viera, cosa que no hará, por encima de los hombros, y de los fusiles listos para disparar del pelotón de ejecución.»

La mano, el puño cerrado, se estremeció, hizo un movimiento brusco, tan rápido que el ojo apenas pudo percibirlo, y el objeto pareció brillar una vez en el aire antes incluso de aparecer, rodando ya por la superficie vacía de la mesa hasta abrirse de golpe, como por decisión propia, antes de detenerse: un pequeño relicario de oro cincelado muy gastado por el uso, que se abría como una saboneta, y dejaba al descubierto dos medallones, dos miniaturas pintadas sobre marfil.

—Así que tuvo usted madre. Una madre de verdad. Cuando vi por primera vez el segundo rostro dentro del relicario aquella noche, pensé que se trataba de su esposa, o de su novia y de su querida, y lo aborrecí. Pero ahora estoy mejor informada y pido disculpas por atribuirle una debilidad de carácter capaz de ganarle el calor humano del odio —lo miró de nuevo desde arriba—. De manera que esperé demasiado para sacarlo a relucir, después de todo. No, tampoco eso es cierto. Cualquier momento hubiera sido demasiado tarde para utilizarlo como arma: siempre me habría salido el tiro por la culata del fusil o se habría quebrado la hoja del cuchillo con el golpe. De manera que, por supuesto, ya sabe usted cuál será mi próxima petición.

—Efectivamente —dijo el anciano general.

—Y concedida de antemano, por supuesto, dado que ya no será una amenaza para usted. Pero, por lo menos, no es demasiado tarde para que se le entregue el relicario, aunque a él no sea posible salvarlo. Al menos puede usted decirme eso. Vamos. Dígalo: al menos no es demasiado tarde para que lo reciba.

—No es demasiado tarde —dijo el anciano general—. Lo recibirá.

—Tiene que morir por tanto —se miraron los dos—. Su propio hijo.

—¿No se limitará entonces a heredar de mí a los treinta y tres años lo que yo ya le había legado en el momento de nacer?

*

Por su tamaño y el lugar donde estaba situada, la habitación que el anciano general llamaba su despacho había sido probablemente la cámara, la celda, de la dama de honor o quizá de la doncella de la antigua marquesa, aunque, por su aspecto actual, podría tratarse de una biblioteca transportada íntegramente desde una casa de campo inglesa y despojada luego de sus libros y de sus muebles. Las estanterías estaban vacías, salvo en una pared, y aun éstas igualmente vacías, si se exceptúa una breve hilera de libros de texto y manuales relacionados con la profesión del anciano general, cuidadosamente alineados en un extremo. Debajo, contra la pared, había una estrecha litera del ejército, sin almohada, cubierta con una manta gris muy pulcra y cuidadosamente doblada, a cuyo pie se había colocado el gastado escritorio de campo del mariscal. El cuarto contenía además una maciza mesa, de aspecto victoriano, casi americano, con cuatro sillas, ocupadas por los cuatro generales. De la mesa acababan de retirarse los restos de la cena del general alemán; un asistente salía en aquel momento con la última bandeja cargada de platos sucios. Delante del mariscal había un servicio de café y una bandeja con botellas y copas. Después de llenar las tazas se las fue pasando a sus invitados. A continuación alzó una de las botellas.

—Schnapps, por supuesto, mi general —le dijo al alemán.

—Gracias —respondió este último. El mariscal llenó una copa y se la tendió. Al británico no le preguntó nada, limitándose a entregarle la botella de oporto y una copa y, a continuación, una segunda copa vacía.

—Puesto que el general (usando el nombre del general estadounidense) ya está a su izquierda —dijo, sin dirigirse a nadie en particular—. Aunque el general (repitiendo de nuevo el nombre del general estadounidense) tiene por costumbre no beber después de cenar, esta noche, sin duda, se saltará esa regla —luego, dirigiéndose esta vez al estadounidense—: Aunque quizá también usted quiera aguardiente.

—Oporto, muchas gracias, mi general —dijo el estadounidense—. Porque sólo estamos dejando en suspenso una alianza, no aboliéndola.

—Bah —dijo el general alemán, que estaba sentado muy tieso, rutilante de condecoraciones, y con el monóculo de vidrio esmerilado (sin cordón ni cinta alguna que lo sujetara; y que no llevaba en el rostro o, mejor, en la cabeza, como si se tratase de una oreja, sino encajado tan indeseablemente en la órbita del ojo derecho como si se tratara del globo ocular mismo), fijo, como una rígida mirada opaca, en el general estadounidense—. Alianzas. Eso es lo que nunca da resultado. La equivocación que nosotros..., que nosotros y que ustedes..., y también ustedes y ustedes... —su mirada dura e inflexible fue saltando de rostro en rostro mientras hablaba— hemos cometido una y otra vez, como si fuésemos incapaces de aprender.

Y esta vez vamos a pagar las consecuencias. Ah, sí, ya lo creo que sí. ¿No se dan cuenta de que sabemos tan bien como ustedes lo que está sucediendo, de que sabemos cómo va a terminar todo esto dentro de otros doce meses? ¿Doce meses? Bah. No durará doce meses, bastará con otro invierno. Lo sabemos mejor que ustedes — dirigiéndose al general británico— porque ahora están retrocediendo ya, y no tienen tiempo para pensar en otra cosa. Y aunque no estuvieran retrocediendo, probablemente tampoco se darían cuenta, porque no son un pueblo marcial. Pero nosotros, sí. Nuestro destino nacional es la gloria y la guerra, cosas que no son ningún misterio para nosotros, de manera que sabemos qué es lo que tenemos delante de las narices. De manera que pagaremos por esa equivocación. Y al igual que nosotros lo harán ustedes..., y ustedes..., y quizá también ustedes... —la mirada fría y sin vida se detuvo una vez más en el estadounidense—, que sólo piensan en que han llegado lo bastante tarde como para obtener ganancias con muy poco riesgo, tengan que pagar —luego ya no miraba a nadie; se diría que acababa de aspirar, rápida, silenciosamente, una tranquilizadora bocanada de aire, sin perder por ello la rigidez, la precisión protocolaria—. Pero tendrán ustedes que disculparme, se lo ruego. Esta vez ya es demasiado tarde. Hemos de resolver un problema inmediato. Además, en primer lugar... —se puso en pie tan deprisa, después de arrojar la servilleta arrugada sobre la mesa y de tomar la copa de aguardiente, que la silla donde estaba sentado salió disparada hacia atrás y hubiera caído al suelo si el general estadounidense no la hubiera detenido con la mano, el otro rígidamente de pie, alzada la copa de aguardiente, su ceñido uniforme tan inarrugable como una cota de malla frente a la desahogada guerrera del británico, tan cómoda como la chaqueta de un guardabosque, y la del estadounidense, semejante a un traje hecho a medida para un baile de disfraces en el que representaría a un militar de hacía medio siglo, y la del anciano general, que parecía haber sido recuperada por su esposa, entre bolas de naftalina, del baúl del sobrado, procediendo después a hacer algunos arreglos y a coserle, para terminar, algunos entorchados y galones y botones—. *Hoch!* —dijo el general alemán, echándose el aguardiente al colete y, sin detenerse, arrojando la copa vacía por encima del hombro.

—*Hoch!* —dijo cortésmente el anciano general. Luego bebió también, pero dejó la copa sobre la mesa—. Tendrá que disculparnos —dijo—. Nosotros no estamos en la misma situación que ustedes; no podemos permitirnos el lujo de romper copas francesas —tomó de la bandeja otra copa para aguardiente y empezó a llenarla—. Siéntese, mi general —dijo. El general alemán no se movió.

—Y, ¿quién tiene la culpa —dijo el general alemán— de que nos hayamos visto obligados, *ja*, dos veces, a destruir bienes franceses? Ni usted, ni yo, ni ninguno de los que estamos aquí; ninguno de nosotros tiene la culpa, ninguno de los que nos hemos pasado cuatro años peleándonos desde detrás de dos alambradas, sino los

políticos, los estúpidos civiles que, generación tras generación, nos obligan a nosotros, a los militares, a arreglar los errores de su condenado chalaneo internacional...

—Siéntese, mi general —dijo el mariscal.

—¡En su lugar, descanso! —respondió el general alemán. Acto seguido logró dominarse. Hizo un impecable giro de noventa grados y dio un taconazo vuelto hacia el francés—. Me he propasado por un momento. Tenga la amabilidad de perdonarme —repitió a la inversa el giro de noventa grados, pero esta vez sin acompañarlo con el taconazo, la voz dulcificada, más tranquila al menos—. El mismo error porque la alianza es siempre la misma: tan sólo se mueven y se intercambian piezas. Quizá tienen que seguir haciéndolo, cometiendo la misma equivocación; puesto que son civiles y políticos quizá no lo puedan evitar. O, por el hecho de serlo, no se atreven a evitarlo. Porque serían los primeros en desaparecer si *nosotros* estableciéramos una alianza. Piensen en ello, si no lo han hecho ya: una alianza que dominaría toda Europa. ¿Europa? ¡Bah! El mundo... Nosotros, con ustedes, los franceses, y ustedes, los ingleses... —pareció caer de nuevo en la cuenta al cabo de un segundo y se volvió hacia el general estadounidense—, y ustedes para..., con su apoyo moral...

—Como accionistas minoritarios —dijo el general estadounidense.

—Gracias —respondió el general alemán—. Una alianza, la alianza que conquistará toda la tierra, Europa, Asia, África, las islas, para triunfar allí donde fracasó Napoleón, para realizar el sueño de César, lo que Aníbal no tuvo tiempo de hacer...

—¿Quién sería emperador? —dijo el mariscal. La pregunta sonó tan cortés y tan amable que por un momento nadie pareció darse cuenta. El general alemán se lo quedó mirando.

—Sí —dijo el general británico con la misma amabilidad—: ¿Quién?

El general alemán lo miró. No se produjo movimiento alguno en su rostro; simplemente el monóculo se desprendió del ojo, cayendo por el rostro hasta la guerrera, lanzando uno o dos destellos mientras giraba en el aire, hasta llegar a la palma alzada para recibirlo, la mano cerrándose sobre él y luego abriéndose de nuevo, el monóculo correctamente situado ya, entre el pulgar y el índice, para volver a ser colocado; y, efectivamente, no había detrás el globo de un ojo; ni tampoco cicatriz ni siquiera una sutura ya curada; tan sólo la órbita vacía y sin párpados mirando con indignación al general británico.

—¿Tal vez quiera repetir ahora el brindis, mi general? —preguntó el mariscal.

—Gracias —dijo el general alemán. Pero siguió sin moverse. El francés colocó la copa llena de aguardiente delante del sitio todavía vacío—. Gracias —repitió el general alemán. Sin dejar de mirar con ira al general británico, se sacó un pañuelo del puño, limpió el monóculo y volvió a colocárselo; de nuevo el óvalo opaco fulminó

desde lo alto al general británico—. Sin duda entiende por qué tenemos que odiarlos a ustedes, los ingleses —dijo—. Ustedes no son soldados. Quizá no están en condiciones de serlo. No hay nada que objetar; si es verdad, no pueden evitarlo; no los aborrecemos por eso. Ni siquiera nos parece mal que no traten de serlo. Lo que nos parece mal es que ni siquiera lo intenten. Intervienen ustedes en una guerra; avanzan a ciegas no se sabe cómo y consiguen incluso sobrevivir. Debido a que su isla es como es, no tienen posibilidad alguna de ser más grandes, y lo saben. Y debido a ello saben también que antes o después tendrán que intervenir en otra guerra, pero tampoco se preparan para ello. Sí, claro, mandan a unos cuantos jóvenes a sus academias militares, donde se les enseña a la perfección cómo montar a caballo y hacer el relevo de la guardia de palacio; incluso adquieren cierta experiencia trasladando intacto ese ritual a sus pequeñas avanzadillas junto a arrozales o plantaciones de té o caminos para cabras en la cordillera del Himalaya. Pero eso es todo. Esperan a que el enemigo esté ya aporreándoles la puerta principal. Entonces salen ustedes y lo rechazan haciendo exactamente lo mismo que los habitantes de un pueblo que tienen que salir a la calle una noche de invierno, entre maldiciones y juramentos, para salvar un henil que arde; reunirán a sus barrenderos, a la vez de sus barrios bajos, establos y cuadras, sin vestirlos siquiera para que tengan aspecto de soldados, sino con ropa de gañanes, peones camineros y carreteros; sus oficiales parecerán tomar parte en una excursión campestre que se dispone a dar una batida a los faisanes. ¿No se dan cuenta? Salen al frente, sin otra arma que un bastón para pasear, diciendo: «Vamos, muchachos. Creo que allí está el enemigo, y parecen bastantes, pero me atrevería a decir que no demasiados», y luego caminan, avanzan sin siquiera mirar atrás para ver si los soldados los siguen porque no lo necesitan, porque saben que sí los siguen, efectivamente, entre maldiciones y protestas porque no están preparados, pero siguen a sus oficiales y mueren, siempre maldiciendo y protestando, sin dejar nunca de ser civiles. No nos queda otro remedio que aborrecerlos. Se trata de una inmoralidad, de una inmoralidad indignante; ni siquiera desprecian la gloria, sencillamente no les interesa: sólo les interesa la solvencia — seguía de pie, rígido y sereno, mirando desde arriba al general británico; y luego añadió tranquilamente, con un tono de voz sosegado, de infinita desesperación—: Son ustedes unos cerdos, no sé si lo sabe —luego dijo—: No —y en su voz había también una carga de incrédula indignación—. Todavía es peor. Son increíbles. Cuando estamos en el mismo bando, siempre vencemos, y el mundo entero les atribuye a ustedes el mérito de la victoria, como en Waterloo. Cuando nos enfrentamos, ustedes siempre pierden: Passchendaele, Mons, Cambrai y mañana Amiens..., y ustedes ni siquiera se dan cuenta...

—Si es usted tan amable, mi general —le interrumpió el anciano mariscal con su voz más dulce. El alemán ni siquiera hizo una pausa.

—Ustedes también —dijo, volviéndose hacia el estadounidense.

—¿Cerdos también? —preguntó el estadounidense.

—Soldados —dijo el alemán—. No son mejores soldados.

—Quiere usted decir que no somos peores, ¿no es eso? —dijo el estadounidense—. Anoche mismo regresé de Saint-Mihiel.

—Entonces, quizá pueda visitar Amiens mañana —dijo el alemán—. Yo mismo lo llevaré.

—Mi general —dijo el mariscal. Esta vez el general alemán se detuvo un momento y miró incluso al francés.

—Todavía no. Soy, ¿cómo lo llaman ustedes?, un suplicante —procedió a repetirlo—: Un suplicante —luego empezó a reírse, es decir, hasta la altura del ojo muerto, indomable, impenitente, sin hablar con nadie, ni siquiera consigo mismo; tan sólo la indignada e impenitente incredulidad—. Yo, un teniente general alemán, he recorrido ochenta y siete kilómetros para suplicar a un inglés y a un francés; no, *ja*, para insistir en que derroten a mi nación. Nosotros, yo, podríamos haberlo evitado negándonos sencillamente a reunirnos aquí con ustedes. Podría evitarlo ahora marchándome simplemente. Podría haberlo hecho esta tarde en su aeródromo utilizando contra mí mismo la pistola que he usado para conservar, incluso en la derrota, la integridad de lo que esto... —hizo un rápido gesto con una mano, indicando, apenas con un movimiento, la totalidad de su uniforme (correaes, metal, entorchados, insignias y todo)— representa, lo que ha conseguido el derecho a simbolizar, lo que mantiene todavía aquello por lo que perecieron quienes han muerto en la guerra. Luego esto, este error de los curas y de los políticos y de los civiles, a remolque de la opinión, se detendría ahora, puesto que, de hecho, ya se ha detenido hace tres días. Pero no lo he hecho. No lo hago, lo que tendrá por resultado, dentro de otro año, que nosotros..., aunque no los militares —de nuevo, sin moverse, indicó el uniforme—, sino aquellos cuya equivocación hemos tratado de rectificar, estarán irremediablemente acabados; y con ellos también nosotros, puesto que ya no es posible separarnos de ellos; claro que sí, también nosotros, prescindiendo de que los americanos molesten a nuestro flanco todo lo que quieran: tampoco ellos pasarán de Verdún; para mañana los habremos sacado a ustedes —dirigiéndose al británico— de Amiens y, posiblemente, los habremos metido en lo que llaman su zanja, y para el mes que viene, su gente de París —dirigiéndose ahora al anciano general— estará amontonando sus sagrados talismanes oficiales en las carteras antes de ponerse en camino hacia España o Portugal. Pero será demasiado tarde, todo habrá terminado, se habrá puesto el punto final; doce meses a partir de ahora y nosotros (no ellos en este caso, sino nosotros, los militares) tendremos que solicitar de ustedes, aceptando los términos de ustedes, su supervivencia, porque ya es imposible separar la suya de la nuestra. Porque soy primero soldado y después alemán y, en tercer lugar, soy, o

espero ser, alemán victorioso. Pero eso no está siquiera en segundo lugar, sino en tercero. Porque esto —de nuevo se señaló el uniforme— es más importante que cualquier alemán o incluso que cualquier victoria —ahora los miraba a todos; su voz totalmente tranquila, en tono de amigable conversación—. Ése es nuestro sacrificio: todo el ejército alemán contra un solo regimiento francés. Pero tienen ustedes razón. Estamos perdiendo el tiempo —los miró a todos rápidamente, erguido, pero no del todo rígido—. Ustedes están aquí. Yo... —volvió a mirarlos—. Bah. Durante un rato al menos no necesitamos tener secretos. Yo estoy a ochenta y siete kilómetros de aquí. He de regresar. Como usted dice —se volvió hacia el general estadounidense—, esto no es más que una suspensión, no un armisticio —sin moverse, miró rápidamente al americano, después al inglés y de nuevo al estadounidense—. Son ustedes admirables. Pero no son soldados...

—Todos los jóvenes son valientes —dijo el estadounidense.

—Siga —respondió el general alemán—. Dígalo. Incluso los alemanes.

—Incluso los franceses —intervino el mariscal con su característica amabilidad—. ¿No estaríamos todos más a gusto si se sentara?

—Un momento —dijo el general alemán. Ni siquiera miró al mariscal—. Nosotros —de nuevo, sin moverse, miró rápidamente primero a uno y después a otro—, ustedes dos y yo hemos analizado a fondo este asunto mientras su... ¿cómo debo llamarlo?, ¿comandante en jefe oficial o común?, estaba ocupado en otro sitio. Coincidimos en cuanto a lo que debe hacerse; eso no ha sido nunca un problema. Sólo nos falta ponernos de acuerdo para hacerlo en el poco tiempo de que disponemos después de cuatro años de contenernos mutuamente: nosotros, los alemanes, por un lado, y ustedes, ingleses y franceses... —se volvió hacia el estadounidense; de nuevo sonó el taconazo— y también ustedes, no los he olvidado, por otro lado; cada uno atacando al contrario tan sólo con media mano, porque necesitábamos la otra mano y media para defender nuestras retaguardias de nuestros propios políticos y sacerdotes. Durante ese análisis, antes de que su comandante en jefe se reuniera con nosotros, se dijo algo sobre decisión —lo dijo de nuevo—: Decisión —esta vez ni siquiera añadió «Bah». Miró rápidamente una vez más al norteamericano, después al británico y de nuevo al norteamericano—. Usted —dijo.

—Sí —respondió el general estadounidense—. Decisión implica elección.

El general alemán miró al británico.

—Usted —dijo.

—Sí —dijo el general británico—. Que Dios nos ayude.

El general alemán hizo una pausa.

—¿Cómo ha dicho?

—Disculpe —respondió el general británico—. Dejémoslo simplemente en sí.

—Ha dicho, Que Dios nos ayude —dijo el general estadounidense—. ¿Por qué?

—¿Por qué? —preguntó el general alemán—. ¿El por qué va dirigido a mí?

—Los dos tenemos razón esta vez —dijo el general estadounidense—. Podemos, al menos, despreocuparnos de eso.

—En ese caso —dijo el general alemán—. Eso los incluye a ustedes dos. Tres, conmigo —se sentó, recuperó la servilleta arrugada, acercó la silla a la mesa, tomó la copa de aguardiente y, bien erguido, con la misma rigidez de la posición de firmes que había mantenido de pie cuando brindara por el káiser, de manera que, incluso sentado, la rigidez tenía algo visiblemente inaudible, como un taconazo silencioso, la copa llena a la altura de la rígida mirada inmóvil del monóculo esmerilado, de nuevo sin moverse pareció mirar rápidamente las copas de los demás—. Hagan el favor de llenarlas, caballeros —dijo. Pero ni el británico ni el estadounidense se movieron. Siguieron como estaban mientras, al otro lado de la mesa, el general alemán seguía con la copa rígidamente alzada—. En ese caso —dijo, indomable y siempre dueño de sí mismo, ni siquiera desdeñoso—, todo lo que queda por hacer es que informen ustedes a su comandante en jefe de la parte de nuestro análisis previo que tal vez esté dispuesto a escuchar. Luego procederemos a la ratificación oficial de nuestro acuerdo.

—¿Ratificación oficial de qué acuerdo? —preguntó el mariscal.

—Ratificación recíproca si se prefiere —dijo el general alemán.

—¿De qué? —preguntó el mariscal.

—Del acuerdo —dijo el general alemán.

—¿Qué acuerdo? —dijo el mariscal—. ¿Es que necesitamos un acuerdo? ¿Alguien lo ha echado de menos? El oportuno lo tiene usted, mi general —dirigiéndose al británico—. Llénese la copa y pase la botella.

Jueves

Jueves por la noche

Esta vez se trataba de un dormitorio. El rostro noble y severo, encuadrado por la almohada, miraba al mensajero desde debajo de un gorro de dormir de franela atado bajo la barbilla. La camisa de dormir también era de franela, abierta por el cuello y dejando al descubierto una bolsita de tela, ni nueva ni demasiado limpia, que contenía algo con olor a asa fétida, colgada de un cordón muy sucio a manera de collar. El joven negro, vestido con una bata de brocado, estaba de pie junto a la cama.

—Eran proyectiles sin carga —dijo el mensajero con su tono de voz seco y despreocupado—. Los cuatro aviones atravesaron las explosiones sin el menor problema. El alemán ni siquiera se desvió, ni aceleró tampoco cuando uno de los nuestros se le colocó a unos quince metros de la cola durante más de un minuto: vi cómo lo alcanzaban las balas trazadoras. Ese mismo avión se lanzó en picado hacia nosotros, hacia mí; sentí incluso cómo una de las cosas que salían de la ametralladora me alcanzaba en la pierna, aquí. Fue como cuando un niño te tira una pelotilla de papel con una cerbatana, excepto por el olor, el mal olor, el fósforo ardiendo. Había un general alemán a bordo, ¿se da cuenta? Me refiero al avión alemán. No quedaba otro remedio; o nosotros mandábamos a alguien o lo mandaban ellos. Y puesto que nosotros, o los franceses, fuimos quienes lo empezamos, a quienes se les ocurrió primero, obviamente teníamos el derecho, el privilegio, de ser los anfitriones. Aunque, claro está, todo tenía que parecer normal desde abajo; no podían, al menos no se atrevieron, a dar una orden sincronizada y simultánea para que todos los combatientes de ambos lados cerraran los ojos y contaran cien, de manera que adoptaron la segunda mejor solución para que todo pareciera normal, perfectamente ortodoxo para cualquiera a quien no pudieran ocultárselo...

—¿Cómo? —dijo el anciano negro.

—¿Todavía no lo entiende? La razón es que no pueden permitir que la guerra se detenga así. Quiero decir que no están dispuestos a que la paremos nosotros. No se atreven. Si nos permitieran descubrir que podemos parar una guerra con la misma facilidad con que unos individuos cansados de cavar una zanja deciden tranquila y sosegadamente dejar de cavar...

—Me refiero a ese uniforme —dijo el anciano negro—. El uniforme de policía. Se lo ha llevado sin más, ¿no es eso?

—No he podido hacer otra cosa —dijo el mensajero, con una paciencia en la que había algo de terrible e inevitable—. Tenía que salir. Y también volver a entrar. Por lo menos al sitio donde escondí el uniforme de soldado. De ordinario ya era bastante

difícil pasar en cualquiera de las dos direcciones, tanto para salir como para entrar. Pero ahora será casi imposible volver a entrar. Pero no se preocupe por eso; todo lo que necesito...

—¿Ha muerto? —preguntó el anciano negro.

—¿Cómo? —dijo el mensajero—. Ah, el policía. No lo sé. Probablemente no —lo dijo como con asombro—. Espero que no. Lo supe anteanoche..., hace dos noches, el martes..., lo que estaban planeando, si bien, por supuesto, no tenía aún ninguna prueba. Traté de decírselo. Pero ya sabe cómo es; probablemente ha tratado usted de contarle alguna cosa que no podía probar o que él no quería creer. De manera que yo necesitaba algo más. No para demostrárselo, no para hacérselo creer: no queda tiempo suficiente para malgastarlo de esa manera. Por eso vine aquí. Quiero que también a mí me haga usted masón. Aunque quizá tampoco quede tiempo ni siquiera para eso. Así que basta con que me enseñe el signo..., algo así —movió rápidamente la mano, se dio un golpecito en el costado, procurando que se asemejara lo más posible a lo que había sido capaz de adivinar, o por lo menos a lo que recordaba ahora del antiguo mozo de caballos dos años atrás, el día que él se incorporó al batallón—. Eso será suficiente. Tendrá que serlo; luego inventaré todo lo que haga falta...

—Espere —dijo el anciano negro—. Cuéntemelo despacio.

—Eso es lo que trato de hacer —dijo el mensajero con terrible paciencia—. Todos los soldados del batallón le deben la paga de varias semanas, con tal de que vivan lo suficiente para ganarla y él viva lo suficiente para cobrar lo que le deben. Lo consiguió haciéndolos masones a todos o, por lo menos, haciéndoles creer que lo son. Es el dueño de todos ellos. No pueden negarle nada. Lo único que necesita hacer es...

—Espere —dijo el anciano negro—. Espere.

—¿No lo entiende? —dijo el mensajero—. Si todos nosotros, si todo el batallón, por lo menos un batallón, si una unidad, en todo el frente, empezara, si tomase la iniciativa de abandonar los fusiles y las granadas y todo lo demás...; bastaría con salir de las trincheras con las manos vacías, no con las manos en alto para rendirnos, sino con las manos abiertas, para mostrar que no tenemos nada con que hacer daño, nada con que herir a nadie; no salir corriendo, tropezando; tan sólo caminando como hombres libres. Bastaría con uno de nosotros, con un único soldado; imagínese a un solo hombre y luego multiplíquelo por un batallón; imagínese a todo un batallón nuestro, que sólo quiere volver a casa, ponerse ropa limpia, trabajar, beber un poco de cerveza por las noches, charlar un rato y luego acostarse y dormir y no tener miedo. Y quizá, sólo quizá, otros tantos alemanes que tampoco quieren otra cosa, o quizá baste con un alemán que quiera lo mismo, y que él o ellos dejen los fusiles y las granadas y también salgan de las trincheras con las manos vacías, pero no para rendirse, sino para que cualquiera pueda ver que no llevan nada que sirva para hacer daño o para herir a nadie...

—Supongamos que no lo hacen —dijo el negro—. Supongamos que disparan contra nosotros.

Pero el mensajero no oyó el «contra nosotros». Aún continuaba hablando.

—¿Acaso no dispararán contra nosotros mañana, de todos modos, tan pronto como se les pase el susto? En cuanto la gente de Chaulnesmont y de París y de Poperinghe y quienquiera que viajara en ese avión alemán esta tarde hayan tenido tiempo de reunirse, de comparar la información que tienen y de decidir dónde está exactamente la amenaza, el peligro, querrán acabar con ese peligro y a continuación reanudar la guerra: mañana y pasado y al otro, hasta que se haya cumplido la última regla oficial del juego y se haya sacado del terreno al último jugador destrozado y se haya inmolido la victoria como un trofeo de fútbol que se coloca en la vitrina de un club. Eso es todo lo que quiero. Eso es todo lo que estoy tratando de hacer. Pero quizá tenga usted razón. Así que dígame lo que hay que hacer.

El anciano negro gimió. Dejó escapar un gemido apacible. Con una mano salida de debajo de las sábanas, las apartó, y luego movió las piernas hacia el borde de la cama y le dijo al joven de la bata:

—Pásame los zapatos y el pantalón.

—Escúcheme —dijo el mensajero—. No hay tiempo. Dentro de dos horas amanecerá y yo he de estar de vuelta para entonces. Sólo tiene que enseñarme cómo hacer el signo, la señal.

—No puede usted aprenderlo bien en tan poco tiempo —dijo el anciano negro—. Y, aunque pudiera, también voy a ir yo. Quizá sea lo que yo andaba buscando.

—¿No acaba usted de decir que quizá los alemanes disparen contra nosotros? —dijo el mensajero—. ¿No lo entiende? Ahí está, ése es el peligro: que algunos de los alemanes salgan de las trincheras. Porque entonces dispararán contra nosotros por ambos lados; dispararán alemanes y también los nuestros..., fuego de artillería sobre todos los que salgan de las trincheras. Tendrán que hacerlo. No les quedará otra solución.

—Eso quiere decir que ha cambiado usted de idea —dijo el anciano negro.

—Todo lo que tiene usted que hacer es enseñarme la señal —dijo el mensajero. De nuevo el anciano negro dejó escapar otro gemido, tranquilo, casi distraído, sentándose en el borde de la cama. El uniforme de cabo, immaculado e impoluto, estaba meticulosamente colgado de una silla, y los zapatos y calcetines cuidadosamente colocados debajo. El joven los había recogido y ya estaba arrodillado junto a la cama, manteniendo abierto uno de los calcetines para que el anciano negro metiera el pie—. ¿No tiene miedo? —preguntó el mensajero.

—¿No tenemos ya problemas suficientes sin necesidad de sacar eso a relucir? —dijo el anciano negro con tono malhumorado—. También sé lo que se dispone a decir a continuación: ¿cómo voy a llegar hasta allí? Y a eso sí le puedo contestar: no he

tenido ningún problema para llegar hasta Francia y calculo que podré hacer esos otros cien kilómetros. Y también sé lo que me va a decir después de eso: que no puedo ponerme el uniforme francés sin un general que me acompañe. Pero no necesito contestar a esa pregunta porque ya lo ha hecho usted por mí.

—¿Matar a un soldado británico esta vez? —dijo el mensajero.

—Usted dijo que no estaba muerto.

—Dije que quizá no lo estuviera.

—Usted dijo que esperaba que no lo estuviera. No lo olvide.

El mensajero sería la última cosa que viera el centinela. De hecho, fue la primera cosa que vio aquella mañana, si se exceptúa el soldado de relevo que le llevó el desayuno y que en aquel momento estaba sentado muy cerca, el fusil apoyado contra la pared opuesta del refugio subterráneo.

Llevaba casi treinta horas arrestado. Eso era todo: sólo arrestado, como si los furiosos golpes, dos noches atrás, con la culata del fusil, no se hubieran limitado a acallar una voz que ya no soportaba más, sino que, además, habían servido de algún modo para separarlo de la humanidad; como si la terrible conmoción, la terrible interrupción de cuatro años de barro y sangre y la consiguiente dislocación del silencio lo hubieran arrojado a aquel lugar bajo tierra sin otra manifestación humana que la alternancia de los sucesivos guardianes que le traían la comida y luego se sentaban frente a él hasta que les llegaba la hora del relevo. El día anterior y también aquella mañana, de acuerdo con el orden establecido, el sargento ayudante del oficial de servicio apareció de repente en la entrada del orificio, gritando «¡Firm...es!», y el centinela se puso en pie con la cabeza descubierta mientras el soldado de guardia saludaba y el oficial de servicio en persona entraba y preguntaba, con rapidez y con soltura, siguiendo la fórmula del manual: «¿Alguna queja?», marchándose otra vez antes de darle tiempo para recibir una respuesta que el centinela no tenía intención alguna de dar. Pero eso era todo. El día anterior trató, durante un rato, de hablar con uno de los soldados que se sucedían haciendo guardia y, desde entonces, algunos de ellos intentaron hablar con él, pero tampoco pasaban de ahí, de manera que, en realidad, había permanecido, durante más de treinta horas ya, sentado o tumbado y durmiendo en su grada de tierra, taciturno, irascible, incorregible, malhablado y gruñón, ni siquiera esperando, sino tan sólo resistiendo, pendiente de lo que finalmente decidiesen hacer con él o con el silencio, los dos o cada uno de ellos, cuando tomaran una decisión, si es que llegaban a tomarla.

Entonces vio al mensajero. Y en el mismo instante vio cómo la pistola, ya en movimiento, golpeaba al soldado de guardia entre la oreja y el borde del casco, y cómo el mensajero lo sujetaba antes de que cayera de bruces, para colocarlo sobre la grada de tierra; luego se volvió y el centinela vio también la caricatura de soldado que entraba tras él: la parodia de las polainas mal puestas, la guerrera cuyos botones

inferiores no era posible abrochar sobre la tripa, no por razones de sedentarismo sino de edad; y por encima, debajo del casco, el rostro de color chocolate que cuatro años antes había tratado de relegar y de repudiar el libro cerrado de su pasado.

—Con ése van cinco —dijo el anciano negro.

—De acuerdo, de acuerdo —respondió el mensajero, hablando deprisa y con tono brusco—. Tampoco está muerto. ¿No le parece que ya he tenido tiempo para aprender a hacerlo? No tienes que preocuparte —le dijo al centinela, también deprisa—. Todo lo que necesitamos de ti es inercia.

Pero el centinela ni siquiera le prestaba atención. Miraba al negro.

—Te dije que me dejaras en paz —exclamó.

Pero fue el mensajero quien le respondió, siempre hablando muy deprisa y con la misma voz quebradiza.

—Ya es demasiado tarde para eso. Porque no lo he dicho bien; no es inercia lo que queremos de ti, sino silencio. Ven con nosotros. No olvides que tengo la pistola. Si es necesario, la utilizaré. Ya la he usado seis veces, aunque sólo la culata. La próxima vez apretaré el gatillo. De acuerdo —le dijo al anciano negro, siempre deprisa y con la misma voz quebradiza y casi desesperada—: Éste acabará muerto. Después espero que me sugiera usted algo.

—No podrás salirte con la tuya —dijo el centinela.

—¿Quién ha dicho que lo espere? —dijo el mensajero—. De ahí que no tengamos tiempo que perder. Vamos. Debes proteger tus inversiones, no sé si te das cuenta; después de un momento de respiro como éste y del ímpetu que van a tener para empezar de nuevo, sin mencionar el descubrimiento de lo que puede suceder si permiten que las mismas personas anden por ahí rondando demasiado tiempo en uniforme, lo más probable es que todo el batallón desaparezca tan pronto como puedan llevarnos otra vez a primera línea. Cosa que podría suceder esta misma tarde. Ayer trajeron en avión a un general alemán; sin duda estaba en Chaulnesmont a la hora de cenar, con nuestros peces gordos, y también con los norteamericanos, esperándolo ya, y todo el problema resuelto y concluido cuando llegó el momento de pasar al oporto (si los generales alemanes beben oporto, aunque por qué no, dado que hemos dispuesto de cuatro años para comprobar, si toda la historia no lo hubiera hecho ya, que el bípedo suficientemente exitoso para llegar a general deja de ser alemán o británico o estadounidense o italiano o francés casi tan deprisa como se descubre que tampoco es humano), y sin duda ya estará de regreso y ambos lados esperan simplemente a que salga por el foro, de la misma manera que se interrumpe un partido de polo mientras uno de los rajás visitantes abandona el terreno de juego...

El centinela —en el tiempo que aún le quedaba— todavía tendría ocasión de recordarlo. Supo de inmediato que el mensajero no bromeaba al hablar de la pistola; lo comprobó enseguida —al menos el uso que hacía de la culata— cuando, una vez

en el túnel, casi tropezó, antes de verlos, con los cuerpos caídos del oficial de guardia y de su sargento. Pero le parecería sobre todo que no era el cañón de la pistola apoyado en los riñones sino la voz misma: la voz elocuente, tranquila, rápida, desesperada y desesperante que los llevaba, que los barría hacia el refugio vecino donde todo un pelotón estaba tumbado o sentado en la grada de tierra, los rostros volviéndose como uno solo para mirarlos cuando el mensajero lo empujó dentro con el cañón de la pistola y luego empujó también hacia adelante al anciano negro, diciendo:

—Haga la señal. Vamos. Hágala —sin que la tensa voz, tranquila, desesperada, se detuviera tampoco entonces, dándole la sensación al centinela de que nunca había parado de hablar—: Por supuesto, no necesita hacer la señal, como es lógico. Basta con que esté aquí. Ha venido de fuera. También yo, si vamos a eso, pero no tendréis necesidad de dudar de mí; sólo necesitáis mirarlo a él; puede que algunos de vosotros reconozcáis incluso la condecoración de Horn en esa guerrera. Pero no os preocupéis; Horn no está muerto, como tampoco lo están el oficial Smith o el sargento Bledsoe; he aprendido a utilizar la culata de esta... —alzó un instante la pistola para que la vieran— con mucha precisión. Porque ahora tenemos aquí nuestra oportunidad de poner término, de acabar, de marcharnos, no sólo de dejar de matar a otros o de que nos maten, porque eso es sólo parte de la pesadilla, de la podredumbre y del hedor y el despilfarro...

El centinela lo recordaría, todavía incorregible, aparentando asentimiento, creyendo todavía que estaba esperando, que aguardaba el momento oportuno en el que él, o quizá dos o tres de los presentes, pudieran sorprender al mensajero y dejarlo fuera de combate, mientras escuchaba la voz inagotable y entrecortada, contemplando también los rostros vueltos que lo escuchaban, convencido aún de que veía en ellos tan sólo asombro, sorpresa, emociones que se transformarían de inmediato en un acuerdo al que él se incorporaría.

—Y ninguno de los dos hubiera vuelto —decía el mensajero— de no ser por su salvoconducto del Ministerio de la Guerra en París. De manera que ni siquiera sabéis todavía lo que os han hecho. Os han encerrado aquí, a todo lo largo del frente, desde el Canal de la Mancha hasta Suiza. Aunque por lo que vi anoche en París, no sólo a la policía militar francesa, americana y nuestra, sino también a la policía civil, cualquiera hubiese pensado que no les quedaban efectivos para encerrar a nadie. Pero los tienen; el mismo coronel no hubiera podido volver por la mañana sin un salvoconducto con la firma del anciano que está en el castillo de Chaulnesmont. Es como otro frente, formado por todas las tropas de los tres países incapaces de hablar la lengua propia del uniforme con el que, desde más allá del ecuador y después de dar la vuelta a medio mundo, han venido a morir bajo la lluvia y el frío, senegaleses, marroquíes, kurdos, chinos, malayos e indios, polinesios, melanesios, mongoles y

negros que no entienden la contraseña ni saben leer el salvoconducto: tan sólo reconocer quizá, memorizándolo maquinalmente, ese misterioso jeroglífico. Pero vosotros no. Ni siquiera podéis salir ahora y tratar de volver después. La tierra de nadie no la tenemos ya delante, sino a nuestra espalda. Antes, los rostros detrás de las ametralladoras y de los fusiles tenían pensamientos de raza blanca, aunque no hablaran ni inglés, ni francés ni americano; ahora ni siquiera piensan como los blancos. Son de otro planeta. Ni siquiera tienen que preocuparse. Durante cuatro años han tratado, matando alemanes, de salir del frío y del barro y de la lluvia del hombre blanco, sin conseguirlo. Pero ¿quién sabe? Tal vez matando a los franceses y a los ingleses y a los estadounidenses que tienen aquí embotellados, puedan estar mañana mismo camino de casa ya. De manera que no nos queda ningún sitio adonde ir como no sea el este...

En aquel momento el centinela se movió. Es decir, no se movió aún: hizo, simplemente, una sola transición infinitesimal hacia una rigidez todavía más convulsa, hablando ya, violento, grosero, maldiciendo a los rostros inmóviles, absortos:

—¿Es que vais a dejarle que se salga con la suya? ¿No os dais cuenta de que vamos a pagar todos el pato? Ya han matado al teniente Smith y al sargento Bledsoe...

—Tonterías —dijo el mensajero—. No están muertos. ¿No acabo de deciros que he aprendido cómo usar la culata de una pistola? Se trata de su dinero, no de otra cosa. Todo el batallón le debe dinero. Quiere que sigamos aquí sentados sin hacer nada hasta que haya conseguido su beneficio mensual. Luego desea que reanuden la guerra para que queramos otra vez apostarnos veinte chelines mensuales a que nos habremos muerto en treinta días. Que es lo que ellos van a hacer: empezar de nuevo. Todos vosotros visteis ayer aquellos cuatro aviones y el fuego antiaéreo. El fuego antiaéreo era con balas de fogueo. Había un general alemán en el avión de los boches. Anoche estuvo en Chaulnesmont. Tuvo que ir allí, porque, de lo contrario, ¿para qué habría venido? ¿Para qué tendría que haber volado a través de una nube de falso fuego antiaéreo, con tres S.E. haciendo el paripé de disparar contra él con balas de fogueo? Sí, ya lo creo que sí: yo también estaba allí; anteanoche vi los camiones que transportaban los proyectiles y ayer me encontraba detrás de una de las baterías que disparaban los obuses vacíos cuando uno de los S.E., aquel piloto tenía que ser un chaval, por supuesto, demasiado joven para que se hubieran atrevido a informarle por adelantado, demasiado joven para permitirle saber que los hechos y la verdad no son la misma cosa, se lanzó en picado, disparó una ráfaga de ametralladora contra la batería y a mí me alcanzó en el faldón de la guerrera con algo, fuera lo que fuese, que de hecho me causó un ligero escozor durante un momento. ¿Qué otra razón, excepto permitir a un general alemán visitar a sus colegas francés, británico y estadounidense de la misma graduación en el cuartel general del comandante en jefe de las tropas

aliadas sin alarmarnos a todos nosotros, simples bípedos, que no hemos nacido generales sino vulgares seres humanos? Y puesto que los generales, los cuatro, hablan el mismo idioma, prescindiendo de las torpes y aisladas lenguas nacionales en que se vieron forzados a hacerlo dadas las circunstancias, resolvieron el asunto probablemente en un periquete y lo más probable es que el alemán esté ya de camino hacia casa en este momento, sin necesidad siquiera de las balas de fogeo, porque las baterías y los cañones estarán ya cargados con proyectiles de verdad, simplemente esperando a que se quite de en medio para reanudar el fuego y borrar, eliminar para siempre, este espantoso e increíble accidente. De manera que no tenemos tiempo, daos cuenta. Cabe que ni siquiera dispongamos de una hora. Pero una hora será suficiente si logramos estar todos, el batallón al completo. No se trata de matar a los oficiales; ellos mismos han detenido las matanzas por espacio de tres días. No nos va a hacer falta si contamos con todos. Si tuviéramos tiempo podríamos incluso echar a suertes: un soldado por cada oficial, simplemente para tenerlos cogidos de la mano mientras los demás salimos. Pero la culata de una pistola es más rápida y no más nociva en realidad, como el oficial Smith y los sargentos Bledsoe y Horn os dirán cuando despierten. Después, no volver a tocar nunca más una pistola o un fusil o una granada o una ametralladora, salir para siempre de la trinchera, pasar la alambrada y avanzar sin otra cosa que nuestras manos vacías, y atrevernos, desafiar a los alemanes para que salgan también de sus trincheras y vengán a nuestro encuentro —hablaba con rapidez, con su voz apremiante y tranquilamente desesperada—. De acuerdo: salir a nuestro encuentro con fuego de ametralladora, me vais a decir. Pero también las baterías antiaéreas alemanas dispararon ayer proyectiles sin carga —dirigiéndose al anciano negro—: Hágales la señal ahora. ¿No ha demostrado usted ya que significa, más que ninguna otra cosa, fraternidad y paz?

—¡Imbéciles! —gritó el centinela, aunque no fue ésa la palabra que utilizó: violento y grosero por la indignancia misma de sus insultos apenas inteligibles, forcejeando ya, después de haber desafiado la pistola con un brusco movimiento de rechazo y de indignación, antes de darse cuenta de que el duro redondelito de acero no estaba ya en contacto con su columna vertebral y que el mensajero se limitaba a sostenerlo; el centinela observaba, veía con indignación los rostros que había creído simplemente inmovilizados por un desconcierto también precursor de la cólera, pero que se le acercaban, se le echaban encima, idénticos, ajenos y unánimes, hasta que fueron tantas las manos violentas sujetándolo que ni siquiera pudo forcejear, el mensajero frente a él, la pistola plana sobre la palma de una mano levantada, gritándole:

—¡Basta! ¡Ya es suficiente! Elige como te venga en gana, pero date prisa. Puedes venir con nosotros o quedarte con la pistola. Pero decídetelo.

Lo recordaría; ya estaban en el exterior, en la trinchera, y veía a un grupo

silencioso y en pleno trabajo, dentro del cual o, más bien, debajo del cual, habían desaparecido el comandante y dos capitanes y tres o cuatro sargentos (en el refugio donde estaba el puesto de mando del regimiento habían apresado al ayudante y al sargento mayor y al cabo de señales y habían encontrado al coronel todavía en la cama) y en ambas direcciones a lo largo de la trinchera veía a soldados que salían de sus agujeros y madrigueras, parpadeando a causa de la luz, aturdidos todavía pero mostrando ya en el rostro la expresión de asombrada incredulidad que se transformaba en otra de asombrada preocupación hasta desembocar en la aparición de una incrédula esperanza. Las manos decididas aún lo sujetaban; mientras lo alzaban para arrojarlo sobre la banqueta de fuego y a continuación por encima del borde del parapeto, vio cómo el mensajero saltaba y luego se volvía para agacharse y tirar del anciano negro hasta colocarlo a su lado mientras otras manos lo empujaban desde detrás, los dos de pie ya sobre el parapeto delante de la trinchera, la voz del mensajero aguda y quebradiza, llena de indomable desesperación:

—¡La señal! ¡La señal! ¡Dénos la señal! ¡Adelante todos! ¿Si es esto a lo que llaman seguir vivo, queréis seguir estándolo para siempre en estas condiciones?

Luego volvió a forcejear. Ni siquiera supo que se disponía a hacerlo, hasta que se sorprendió dando tirones, debatiéndose, maldiciendo, golpeando manos y evitándolas, sin darse siquiera cuenta de por qué lo hacía, para qué, hasta que se encontró en la alambrada, golpeando, coceando los cuerpos amontonados a la entrada del laberíntico corredor que utilizaban las patrullas nocturnas, escuchando su propia voz en una última protesta: «¡Que se j... todos! ¡Que os den por el c...!», arrastrándose ya, no el primero en atravesar el corredor, porque cuando se puso en pie, corriendo, el anciano negro jadeaba ya a su lado mientras él le gritaba:

—¡Te está bien empleado, por g...! ¿No te dije hace dos años que me dejaras en paz? ¿Es que no te lo dije?

Luego, también el mensajero estaba a su lado, agarrándolo del brazo y obligándolo a darse la vuelta mientras le gritaba: «¡Míralos!». Se volvió y los vio arrastrándose sobre las manos y las rodillas para atravesar los agujeros de las alambradas como si salieran del mismo infierno: rostros uniformes manos y todo teñidos para siempre de un solo color innominado e idéntico salido del barro en el que habían vivido como animales durante cuatro años, para ponerse luego en pie como si en aquellos cuatro años nunca hubieran apoyado los pies sobre la tierra, sino que, en aquel momento, hubieran regresado a la luz y al aire libre desde el purgatorio, como fantasmas manchados para siempre con el innominado y único color del purgatorio. «¡También allí!», gritó el mensajero, obligándole a darse la vuelta hasta que también lo vio: la distante alambrada alemana estremecida por un débil forcejeo y el pulso de un movimiento, indistinguible hasta que también se transformó en soldados que se ponían en pie, momento en el que una terrible urgencia se apoderó de

él, junto con algo más, que no tuvo tiempo de asimilar, de reconocer, de valorar, consciente tan sólo de la urgencia; y no sólo de su prisa, sino de una prisa única, no ya del batallón inglés, sino del batallón o regimiento alemán o lo que fuese, las dos unidades corriendo la una hacia la otra, las manos vacías, aproximándose hasta que pudo ver, distinguir cada uno de los rostros que eran, sin embargo, un solo rostro, una sola expresión, y luego supo de repente que también el suyo era igual, que todos tenían la misma expresión, indecisa, asombrada, indefensa y luego oyó las voces y supo que la suya era idéntica, un suave murmullo que se alzaba en el silencio increíble como un piar de pájaros perdidos, desolados y también indefensos; y luego supo igualmente qué era la otra cosa antes incluso de la frenética subida de los cohetes desde detrás de las dos alambradas, la alemana y la británica.

—¡No! —gritó—, ¡no! ¡A nosotros no! —sin darse cuenta siquiera de que había dicho «nosotros» y no «yo» probablemente por primera vez en su vida, sin duda por vez primera en cuatro años, sin advertir siquiera que un momento después dijo «yo» de nuevo, gritándole al anciano negro mientras se daba la vuelta: «¿Qué te había dicho? ¿No te dije que me dejaras en paz?». Aunque no se trataba del anciano negro, sino del mensajero, a quien tenía delante cuando la primera andanada de proyectiles cayó sobre el blanco. Nunca los oyó, ni tampoco el quejumbroso retumbar de las dos artillerías; como tampoco vio ni oyó apenas otra cosa durante aquel último segundo que la voz del mensajero, su grito en el centro de la silenciosa floración de fuego que le envolvió limpiamente la mitad del cuerpo desde el talón hasta la barbilla pasando por el ombligo:

—¡No nos pueden matar! ¡No pueden! ¡No es que no se atrevan, es que no pueden!

* * *

Excepto que, por supuesto, sólo podía seguir allí sentado durante muy poco tiempo más, porque, al cabo de un rato, amanecería. A no ser, claro está, que realmente el sol dejara de salir, lo que, como le enseñaban a uno en aquella subdivisión de la filosofía a la que se daba el nombre de dialéctica, subdivisión que había que tratar de aprender para intentar aprender después esa rama de la educación que llaman filosofía, no tenía otra finalidad que hacer posible la discusión. Aunque, a decir verdad, por qué no tendría que seguir allí sentado después de que amaneciera o incluso durante todo el día, puesto que la única limitación eficaz sería que a alguien —con autoridad y fuerza coercitiva para oponerse a la situación de un joven con uniforme de alférez sentado en el suelo contra la pared de un barracón— se le informara por medio de una corneta o de un silbato; y aquella otra situación, mucho más importante, que había provocado el día anterior el envío de tres aviones bastante costosos para divertirse alegremente por las cuatro esquinas del cielo con sus Vickers

cargadas con balas de fogueo, podía perfectamente anular también esta otra.

Luego la primera restricción había quedado eliminada, porque ya era de día y no había nadie que supiera dónde se había ido la noche; esta vez no se trataba de dialéctica, sino de él, que no sabía dónde se había ido la noche tan pronto, tan deprisa. O quizá sí era dialéctica, puesto que, hasta donde se le alcanzaba, sólo él la había visto marcharse y, puesto que sólo él, despierto, la había visto, a todos los demás que aún dormían, aún les seguía valiendo, como, en la oscuridad, el árbol dejaba de ser verde, y, puesto que quien la había visto marcharse seguía sin saber dónde se había ido, también para él seguía siendo de noche. Luego, casi antes de que hubiera tenido tiempo para empezar a preocuparse por resolver aquel problema y darlo por terminado, una corneta tocando diana le hizo perder el hilo, y su clamor (un sonido que él nunca había oído antes ni del que tampoco había oído hablar: una corneta sonando al amanecer en un aeródromo de avanzada donde la gente ni siquiera tenía armas de fuego y sólo estaba provista de mapas y de llaves inglesas) logró incluso ponerlo en pie: anulación de aquella situación más importante que acababa de ser abrogada de nuevo. De hecho, si todavía fuese cadete, habría sabido de qué delito podía acusarle quienquiera que lo encontrase allí sentado; el de no haberse afeitado; y, una vez en pie, se dio cuenta de que incluso había olvidado su problema; él, que se había pasado toda la noche pensando que ya nunca más tendría ninguno, como si estar sentado durante tanto tiempo en el ámbito de aquel pacífico hedor hubiera abolido en él el sentido del olfato o, quizá, privado al Sidcott de su olor, y que sólo el hecho de ponerse en pie había restablecido ambas cosas. Por un momento, de hecho, jugueteó con la idea de desenrollar el Sidcott para ver hasta dónde se había extendido la quemadura, aunque si lo hacía y dejaba entrar el aire, se exponía a que la quemadura creciera más deprisa, pensando, con algo semejante a un asombro pacífico, oyéndose decir: *Porque tiene que durar; nada más: no durar hasta, sólo durar.*

Al menos no lo metería dentro, de manera que lo dejó contra la pared, dio la vuelta al barracón y entró —ni Burk, ni Hanley ni De Marchi se habían movido aún, de manera que el árbol seguiría aún sin ser verde durante algún tiempo— y recogió los trastos de afeitar y luego, una vez más, el Sidcott y se fue a los lavabos; tampoco el árbol sería allí del todo verde aún, y todavía menos en las letrinas. Aunque sucedería enseguida, porque ahora el sol estaba ya muy alto, y él una vez más con el rostro más suave, el Sidcott hediendo pacíficamente bajo el brazo, y ya se veía movimiento alrededor de la sala de oficiales, recordando de repente que no había comido desde el almuerzo de ayer. Aunque estaba el problema del Sidcott, pero enseguida se dio cuenta de que el Sidcott también serviría para eso, de manera que se dio la vuelta y empezó a andar. Ellos —alguien— habían hecho retroceder su avión, metiéndolo de nuevo en el hangar, de manera que pisoteó su larga sombra hacia la

solitaria lata de gasolina, puso el Sidcott dentro y se quedó allí, sereno y vacío mientras el día iba creciendo, mientras se producía el inevitable e infinitesimal acortamiento de las sombras. Probablemente llovería, pero, en realidad, siempre estaba a punto de hacerlo; es decir, siempre lo hacía en los días sin patrulla, aún no sabía por qué, era demasiado novato. «Todo se andará», le decía Monaghan. «Espera hasta después de la primera vez que de verdad te entre el canguelo.»

De manera que ahora las cosas irían perfectamente: los que habían decidido levantarse pronto habrían desayunado ya y los demás seguirían durmiendo hasta la hora del almuerzo; podía incluso ir con el estuche de afeitarse al comedor, sin pasar por el barracón; y se detuvo, porque no recordaba siquiera cuándo había oído por última vez aquel murmullo extraño y dividido, aquel murmullo denso, espeso, mudo, frenético hacia el norte y el este; sabía exactamente dónde estaría, porque había volado por encima de aquel sitio la tarde del día anterior, pensando serenamente *Volví a casa demasiado pronto. Sólo con que me hubiera quedado allí toda la noche, habría podido ver cómo empezaba de nuevo*, escuchando, inmóvil a mitad de un paso, oyéndolo murmurar hasta alcanzar su *crescendo*, manteniéndolo cierto tiempo, para cesar bruscamente, susurrándole después un ratito en los oídos, hasta que descubrió que lo que en realidad escuchaba era una alondra; y había tenido razón, el Sidcott le había servido incluso mejor de lo que se imaginaba e incluso quizá mejor de lo que se proponía, llevándolo todavía intacto hasta después del almuerzo, puesto que ya eran más de las diez. Con tal de que, por supuesto, pudiera comer lo suficiente, ya que la comida —los huevos y el beicon y la mermelada— apenas podía decirse que supiera a nada, de manera que sólo en eso se había equivocado, aunque enseguida descubrió que también en eso, comiendo sin parar en el comedor desierto hasta que finalmente el ordenanza le dijo, sencillamente, que se habían acabado las tostadas.

Mucho mejor de lo que el Sidcott hubiera sido capaz de planear o incluso de soñar, porque durante el almuerzo el barracón estaría vacío y durante aquel tiempo podría utilizar su litera para el rato de lectura que se había prometido a sí mismo hacer entre patrullas, el héroe viviendo vicariamente vidas de héroes durante los tiempos muertos entre los momentos culminantes de sus heroicas audacias, lo que siguió haciendo durante un momento o dos mientras Bridesman permanecía parado en la puerta hasta que levantó la vista.

—¿Almuerzo? —preguntó Bridesman.

—He desayunado tarde, gracias —dijo él.

—¿Una copa? —dijo Bridesman.

—Luego, gracias —dijo, trasladándose poco después, llevándose el libro; existía un árbol que había descubierto durante la primera semana; un árbol viejo, en la zona trasera, encima del corte por donde corría la carretera que llevaba del aeródromo a

Villeneuve-Blanche, con dos gruesas raíces en relieve semejantes a los brazos de un sillón, de manera que era posible sentarse allí muy cómodamente, con las raíces para sostener los codos que, a su vez, sostenían el libro, al abrigo de la guerra pero todavía formando parte de ella, no demasiado remota, en aquellos días en que aún la llamaban guerra quienes ahora, al parecer, no habían decidido aún cómo llamar a lo que estaba sucediendo. De manera que ya habría habido tiempo suficiente; Bridesman sabía ya qué era lo que había sucedido por la mañana: pensando con tranquilidad, sosteniendo el libro todavía abierto antes de empezar a moverse: *Sí, ya lo sabrá a estas alturas. Tendrá que decidir si me lo cuenta o no me lo cuenta, pero lo decidirá.*

Como tampoco había ninguna razón para llevar el libro al barracón, porque quizá leyera incluso un poco más, entró y luego salió de la barraca de Bridesman con el libro todavía cerrado sobre un dedo para marcar el lugar hasta donde había llegado, todavía paseando con calma; de todos modos no había caminado deprisa en ningún momento, y finalmente se detuvo, vacío y tranquilo, tan sólo parpadeando ligeramente, contemplando el otro extremo del campo desierto, la hilera de hangares cerrados, la sala de oficiales y la oficina en donde entraban y de donde salían algunas personas. No demasiadas, en cualquier caso; al parecer Collyer había levantado la prohibición relativa a Villeneuve-Blanche; pronto estaría también contemplando la caída de la tarde y, de repente, pensó en Conventicle, pero sólo por un instante, pero nada más, porque, ¿qué podía decirle él a Conventicle o viceversa? «Escuche, sargento, el capitán Bridesman me dice que uno de nuestros batallones abandonó las armas esta mañana, salió de las trincheras, cruzó las alambradas y se reunió con otro batallón alemán también desarmado hasta que ambos lados estuvieron en condiciones de lanzar sobre ellos una cortina de fuego. De manera que ahora todo lo que necesitamos hacer es esperar preparados hasta que llegue el momento de devolver a su casa a ese general boche.» Y luego Conventicle: «Sí, mi teniente, eso es lo que he oído yo también».

Y ahora miraba ya la caída de la tarde, los últimos restos del sol, sin arrojar sombra alguna sobre la lata de gasolina. Aunque casi de inmediato empezó a ir un poco más deprisa, acordándose no del Sidcott sino de la quemadura; hacía ya más de doce horas que lo había dejado en la lata y quizá ya no quedase nada. Pero llegó a tiempo, si bien la lata estaba demasiado caliente para tocarla, de manera que la tumbó de una patada y el Sidcott cayó fuera, aunque también tendría que enfriarse un poco. Como así sucedió, mientras avanzaba no ya el atardecer, sino la noche misma, casi una noche de verano esta vez, una noche de mayo en su país; y en las letrinas el árbol había dejado una vez más de ser verde; solamente el hedor del Sidcott perduraba, había sido una preocupación inútil, dejándolo caer en el lavabo, donde se desplegó como por decisión propia hasta hacerse visible, en una suprema protesta —el lento y

denso olor de la quemadura visible ya en progresivas superposiciones, la prenda casi desaparecida ya—, tan sólo una pizca de nada ya, pero quizá había habido un momento, al principio, cuando tan sólo una pizca de fuego yacía sobre el rostro de la oscuridad y de las aguas derramadas, y se puso de nuevo en movimiento; uno de los retretes tenía un pestillo de madera que se podía echar si se era el primero, y él lo era, de manera que cerró la puerta invisible, sacó la pistola invisible del bolsillo de la guerrera y, con el pulgar, quitó el seguro.

* * *

La sala —arañas, candelabros y apliques— estaba de nuevo iluminada y, una vez más, corridas las cortinas y cerradas las ventanas contra el murmullo angustiado, con densidad de enjambre, de la ciudad insomne; el anciano general volvía a parecer un llamativo juguete en el aislamiento de su resplandeciente soledad, y se disponía a desmenuzar un cantero de pan en el cuenco que tenía delante cuando la puertecita se abrió de nuevo y apareció en el umbral el joven ayudante de campo.

—¿Ha llegado ya? —preguntó el anciano general.

—Sí, excelencia —dijo el ayudante.

—Hágalo pasar —dijo el anciano general—. Y que no entre nadie más después.

—Sí, excelencia —respondió el ayudante, que salió y cerró la puerta, para volver a abrirla muy poco después; el anciano general no se había movido, excepto para depositar calmosamente el pan, todavía sin desmigajar, junto al cuenco humeante; el ayudante se cuadró rígidamente junto a la puerta mientras el intendente general entraba en la sala, avanzaba uno o dos pasos y luego se detenía, hacía una pausa; el ayudante volvió a salir sin olvidarse de cerrar la puertecita, mientras el intendente general aún permanecía inmóvil un momento más: el gigantesco campesino demacrado, con rostro de enfermo y ojos hambrientos y afligidos, los dos ancianos contemplándose mutuamente unos instantes más, hasta que el recién llegado alzó parcialmente un brazo, lo dejó caer y luego siguió adelante hasta situarse delante de la mesa.

—¿Has cenado? —le preguntó el mariscal.

El otro ni siquiera respondió.

—Sé lo que ha pasado —dijo—. Yo lo he autorizado, lo he permitido; de lo contrario no hubiera sucedido. Pero quiero que me lo digas tú. No que lo admitas, sino que lo confieses: afírmalo, díme cara a cara que lo hemos hecho. Ayer por la tarde un general alemán cruzó el frente y vino aquí, se le recibió aquí, en esta casa.

—Sí —dijo el anciano general. Pero el otro esperaba aún, inexorable—. Hemos sido nosotros —añadió.

—Después, esta mañana, un batallón británico desarmado se reunió con otro alemán, también desarmado, entre los dos frentes, momento en que la artillería de

ambos lados procedió a destruirlos.

—Hemos sido nosotros —dijo el anciano general.

—Nosotros —dijo el intendente general—. Nosotros. No el nosotros formado por británicos, estadounidenses y franceses contra el ellos de los alemanes, ni el ellos de los alemanes contra el nosotros de británicos, estadounidenses y franceses, sino Nosotros contra todos porque nosotros no nos pertenecemos ya. No se trataba de un subterfugio nuestro para confundir y desorientar al enemigo ni del enemigo para confundirnos y desorientarnos a nosotros, sino Nuestro para traicionar a todos, puesto que todos han tenido que repudiarnos para defenderse, simplemente, de tanto horror; no una cortina de fuego nuestra o viceversa para impedir que un enemigo nos arrollara en un ataque con granadas de mano y bayoneta calada o viceversa, sino una cortina de fuego de Nosotros, ambos, para impedir que la mano sin armas tocara la mano opuesta, también sin armas. Nosotros, tú y yo y toda nuestra especie irredimida e irredimible; no sólo tú y yo y nuestra jerarquía compacta, cerrada, celosa, infalible detrás de estas alambradas y la correspondiente alemana detrás de las otras, sino más, peor: toda nuestra especie mezquina, repudiada y errante por toda la tierra que no sólo no tiene ya nada que ver con los seres humanos, sino tampoco con la tierra misma, puesto que hemos tenido que hacer esta última jugada degradante y desesperada para retener nuestra última desesperada y precaria posición en ella.

—Siéntate —dijo el anciano general.

—No —dijo el otro—. Estaba de pie cuando acepté este nombramiento. Puedo seguir de pie para dimitir —rápidamente, introdujo una mano grande y huesuda en el interior de la guerrera para sacarla enseguida, aunque, una vez más, siguió inmóvil, sosteniendo el papel doblado mientras miraba fijamente al anciano general—. Porque no fue sólo que creyera en ti. Era amor lo que sentía. Creí desde el primer momento en que te vi en la entrada de la Academia aquel día de hace cuarenta y siete años que estabas destinado a salvarnos. Que el destino te había elegido, sacándote de la paradoja de tus antecedentes para convertirte en paradoja con respecto a tu pasado con el fin de quedar libre de todo pasado humano y convertirte así en el único, de toda la tierra, libre de los condicionamientos del miedo, de la debilidad y de la duda que nos hacen a los demás incapaces de aquello para lo que tú sí eras competente; que tú, por tu fortaleza, nos redimirías incluso del fracaso debido a nuestra debilidad y a nuestro miedo. No me refiero a los hombres que están ahí fuera esta noche... — esta vez la enorme mano que sostenía el papel doblado hizo un único gesto, rápido y torpe, que indicó, que dio de algún modo la impresión de dar forma, en la resplandeciente habitación aislada, a toda la amplitud de la angustiada y sonora oscuridad exterior, extendiéndola incluso hasta la misma línea del frente: las alambradas, las trincheras superpobladas y, de momento, en cualquier caso, silenciosas, con cañones en reposo y soldados asombrados e incrédulos, esperando,

atentos, confusos e incrédulos por la esperanza—..., que no te necesitan, que son capaces de salvarse solos, como tres mil de entre ellos lo demostraron hace cuatro días. Lo único que necesitan es que se los defiendan, que se los proteja contra ti. No contaban con ello, ni tampoco lo esperaban siquiera; sencillamente se los debiera haber protegido, pero les hemos fallado. No tú en este caso, que no has hecho siquiera lo que querías, sino lo que debías, puesto que tú eres tú. No tú, sino yo y los pocos de mi especie, con graduación suficiente y autoridad y posición, como si Dios en persona hubiera puesto esta garantía en mi mano aquel día en previsión de este otro, tres años después, hasta que les fallé a ellos y a Él y por eso lo devuelvo —su mano, con un gesto brusco, envió, lanzó el papel doblado sobre la mesa, delante del cuenco y de la jarra y del cantero de pan todavía intacto, a ambos lados de los cuales las manos de venas abultadas y con manchas de edad del viejo general descansaban, ligeramente dobladas—. Te lo devuelvo en propia mano, como lo recibí de ti. No quiero tener nada que ver con todo ello. Ya sé: de acuerdo con mis propios argumentos, devuelvo demasiado tarde lo que, para empezar, nunca debería haber aceptado, porque, incluso al principio, tenía que haberme sabido incapaz de enfrentarme con lo que iba a traer consigo, si hubiera sabido entonces cuáles iban a ser las consecuencias. Soy responsable. Soy responsable y la culpa es mía y sólo mía; sin mí y sin esta autorización que me diste aquel día hace tres años, no podrías haber hecho esto. Con esta autoridad podría habértelo impedido entonces, e incluso después podría haberlo detenido, haberlo suspendido. Al igual que tú, comandante en jefe de los ejércitos aliados en Francia, en mi calidad de intendente general de toda Europa al oeste de nuestras alambradas, las británicas y las estadounidenses, podría haber decretado que toda la zona de la que formaba parte Villeneuve-Blanche (o, arbitrariamente, cualquier otro punto que tú hubieras podido amenazar) había alcanzado el cien coma uno de saturación, prohibiendo, en consecuencia, la entrada al número de soldados que se ha necesitado para conducir esos camiones con proyectiles de fogeo para las baterías antiaéreas, e incluso a un cien absoluto de saturación y, en consecuencia, prohibir la salida de ese único alemán supernumerario. Pero no lo hice. De manera que fui incluso más responsable que tú, porque tú no tenías elección. No hiciste siquiera lo que querías, sino únicamente lo que podías, puesto que eres incapaz de otra cosa, nacido y condenado a ser incapaz de otra cosa. Mientras que yo tenía la posibilidad de elegir entre poder y querer, entre estar obligado, deber y no poder, entre deber y no osar, entre *quiero hacerlo* y *me da miedo hacerlo*: yo he podido elegir y he descubierto que tenía miedo. Sí, sí, miedo. Pero, a decir verdad, ¿por qué no tendría que tenerte miedo, puesto que a ti te da miedo el ser humano?

—No me da miedo el ser humano —dijo el anciano general—. Miedo implica ignorancia. Donde no existe ignorancia, no hay necesidad de temer, tan sólo de

respetar. No temo los recursos del ser humano, tan sólo los respeto.

—Y los utilizas —dijo el intendente general.

—Desconfío de ellos —dijo el anciano general.

—Lo que, les tengas miedo o no, deberías. Será así algún día. No en mi caso, por supuesto. Yo soy un anciano, estoy acabado; he tenido mi oportunidad y no la he aprovechado; ¿es que hay alguien o algo que todavía me quiera o me necesite? ¿Qué estercolero o montón de escombros, y sobre todo, y menos que ninguno, el que está situado junto al Sena, con su hemisferio dorado, alzado gracias a los destrozos producidos en toda Europa por alguien más pequeño que tú, que se enzarzó con todos los ejércitos de Europa para perder al fin un mezquino imperio político, mientras que tú has hecho una alianza con todos los ejércitos de ambos hemisferios y, finalmente, incluso con el alemán, para hacer que la humanidad pierda el mundo?

—¿Vas a dejarme hablar un momento? —preguntó el anciano general.

—Claro —respondió el otro—. ¿No te he contado que hubo un tiempo en que sentía por ti un inmenso afecto? ¿Quién puede controlar una cosa así? Todo lo que uno se atreve a asumir como mandato es lo que ha jurado, los contratos que ha firmado.

—Dices que no me necesitan para salvarse de mí y de nosotros, puesto que se salvarán solos si se los deja tranquilos, con tal de que se los proteja y se los defienda de mí y de nosotros el tiempo suficiente. ¿Cómo crees que hemos resuelto eso a tiempo, en el instante y en el sitio requeridos, en este momento particular durante cuatro años de momentos, en este punto concreto a lo largo de mil kilómetros de regimientos en línea entre los Alpes y el Canal de la Mancha? ¿Simplemente estando ojo alerta? No sólo ojo alerta en este punto y momento concretos, sino preparados para enfrentarnos con el peligro y a concentrar y a eliminar en ese sitio y ese momento concretos su causa mediante aquello para lo que todo soldado profesional ha sido preparado y ha aprendido a aceptar como uno de los factores en la guerra y en la batalla, de la misma manera que ha de aceptar la logística y el clima y la escasez de munición; eso en cuatro largos años de momentos críticos de vulnerabilidad y de mil kilómetros de puntos vulnerables, puntos y momentos críticos porque aún no hemos encontrado nada mejor para superarlos que los seres humanos. ¿Cómo crees que nos hemos enterado a tiempo? ¿Acaso no lo sabes? ¿Quién, puesto que tú crees en los recursos del ser humano, está sin duda obligado a conocerlos?

Ahora el otro se había callado, inmóvil, enorme, su rostro enfermizo y famélico aún más desencajado por el conocimiento anticipado del futuro y la desesperación.

—¿Cómo? —preguntó, aunque con voz tranquila, casi amable.

—Uno de ellos nos lo contó. Uno de su misma escuadra. Uno de sus íntimos, como siempre. Como hacen siempre ése o todos los que..., o, por lo menos, uno entre aquellos por los que el ser humano pone en peligro lo que cree que es su vida y da por

supuesto que es su libertad y su honor. Se llama Polchek. Se presentó en la enfermería aquel domingo a medianoche y deberíamos haberlo sabido antes de una hora, si no fuera porque, al parecer, por tratarse también de un traidor (no te prives de llamarlo así si te gusta) tuvo que superar la desconfianza del regimiento. De manera que podríamos habernos enterado demasiado tarde, puesto que el general al mando de la división se encontraba ya una hora antes del amanecer en un puesto avanzado de observación donde no tenía por qué estar en aquel momento, de no ser por un teniente (un excéntrico descarado e incorregible, cuya carrera muy probablemente también acabó allí, puesto que prefirió la santidad de su suelo natal a la de los canales reglamentarios de su división; recibirá sin duda una condecoración, pero nada más, puesto que el aspecto venerable de su barba sirve únicamente para ridiculizar su graduación de teniente) que telefoneó al cuartel general del ejército al que pertenecía su división e insistió en hablar con algún alto mando. Fue así como lo supimos, el porqué de que dispusiéramos de tan poco tiempo para detener el golpe, ponernos en contacto con el enemigo y ofrecerle otra posibilidad, algo distinto del caos.

—De manera que yo estaba en lo cierto —dijo el otro—. Le tuviste miedo.

—Me inspiró respeto en cuanto criatura capaz de hacerse entender, dotada de locomoción y sensible al interés personal.

—Le tuviste miedo —dijo el intendente general—. Aquel que con dos ejércitos que ya habían sido derrotados en una ocasión, y un tercero que no había combatido aún lo suficiente para valorar su rendimiento, consiguió de todos modos hacer tablas con las tropas más poderosas, diestras y con la moral más alta de Europa, tuvo sin embargo que pedir ayuda a ese mismo enemigo para luchar contra la simple esperanza y el sueño hermanador de un solo hombre. No, tienes miedo. Y más me vale tenerlo yo también. Por eso te lo he devuelto. Ahí lo tienes. Tócalo, ponle la mano encima. O acepta mi palabra de que es el verdadero, el mismo, sin deshonor, puesto que el deshonor me pertenece por haber escurrido el bulto en mitad de una batalla, y una de las atribuciones de tu graduación es el derecho y el privilegio de suprimir al responsable de un fracaso.

—Pero ¿puedes traerlo de nuevo aquí? ¿Me lo puedes devolver? —preguntó dulcemente el anciano general.

—¿Por qué no? ¿No fuiste tú quien me lo dio?

—Pero ¿estás en condiciones de hacerlo? —volvió a preguntar el anciano general—. ¿Te atreves a pedirme que te conceda un favor, y no digamos nada de aceptarlo, tratándose de mí? El favor es el siguiente —prosiguió el mariscal con aquella voz suya amable pero casi monocorde—. Un ser humano va a morir de lo que el mundo llamará la más vil e ignominiosa de las muertes: se le va a ejecutar por cobardía cuando tenía que defender a su país o, al menos, su tierra de adopción. Ése es el nombre que le dará el mundo ignorante, que no sabrá que se le ha asesinado por

defender ese principio que, de acuerdo con tu amarga confesión autoflageladora, tú has sido incapaz de defender arriesgando por él vida y honor. Sin embargo, no solicitas esa vida, lo que pides en cambio es, simplemente, que se te destituya de un cargo. Un gesto. Un martirio. ¿Está tu martirio a la altura del suyo?

—¡Ese hombre no aceptará que lo dejen con vida! —exclamó el otro—. Si lo hace... —y se detuvo, sorprendido, horrorizado, adivinando y desesperándose mientras la voz paciente proseguía:

—Si lo hace, si acepta que no se le quite la vida, si la conserva, habrá anulado su propio gesto y su martirio. Si esta noche le devuelvo la vida, yo mismo voy a poder anular y dejar sin efecto eso que tú llamas la esperanza y el sueño de su sacrificio. Acabando, en cambio, con su vida, mañana por la mañana, confirmaré para siempre que no vivió en vano ni, mucho menos, que habrá muerto en vano. Dime ahora quién es el que tiene miedo.

El otro inició entonces, muy despacio, el movimiento para darse la vuelta, un poco a trompicones, como si fuese ciego, volviéndose hasta que tuvo de nuevo enfrente la puertecita y se inmovilizó no como si la hubiera visto, sino como si hubiera localizado su posición y dirección por medio de algún otro sentido inferior y menos exacto, como el olfato; el anciano general esperó a que terminara de dar la media vuelta para añadir:

—Has olvidado tu papel.

—Sí —dijo el otro—. Lo he olvidado —se dio la vuelta, una vez más a trompicones, parpadeando rápidamente; su mano tanteó un momento la superficie de la mesa, luego encontró el papel doblado y volvió a guardárselo en el interior de la guerrera y se detuvo de nuevo, parpadeando muchas veces—. Sí —dijo—. Efectivamente —luego se dio otra vez la vuelta, un tanto rígido todavía, pero moviéndose ya casi con rapidez, y atravesó la alfombra blanca, para dirigirse al menos con claridad hacia la puerta, que se abrió de inmediato, dando paso al ayudante de campo, que mantuvo la puerta abierta y adoptó la posición de firmes, mientras el intendente general se dirigía hacia ella, un poco rígido y torpe, demasiado grande y demacrado y ajeno, hasta que se detuvo, volvió a medias la cabeza y dijo:

—Hasta la vista.

—Hasta la vista —respondió el anciano general.

El otro siguió adelante, junto a la puerta ya, casi dentro del hueco ya, y empezó a inclinar un poco la cabeza, como respondiendo a la costumbre muy arraigada de saberse demasiado alto para la mayoría de las puertas; luego se detuvo casi debajo, la cabeza todavía un poco inclinada incluso después de volverla a medias hacia donde el anciano general seguía sentado, inmóvil y llamativo como un juguete infantil detrás del cuenco intacto y de la jarra y del cantero de pan todavía sin desmigajar.

—Y algo más... —añadió el intendente general—, que decir. Algo más...

—Con Dios —dijo el anciano general.

—Claro —respondió el intendente general—. Eso era. Casi lo he dicho.

* * *

La puerta se abrió estruendosamente; el sargento, con el fusil al hombro, entró primero, seguido por un soldado raso que llevaba el suyo en la mano, increíblemente largo con la bayoneta calada, como un cazador colándose a través de un agujero en una valla. De inmediato se situaron a ambos lados de la puerta, y los trece prisioneros volvieron, como si fueran una sola, las trece cabezas, para contemplarlos en silencio mientras otros dos soldados introducían en la celda una larga mesa de refectorio con bancos incorporados a ambos lados, la colocaban en el centro y volvían a salir.

—¿Nos van a engordar primero, no es eso? —dijo uno de los prisioneros. El sargento no respondió; estaba hurgándose los dientes delanteros con un palillo de oro.

—Si la próxima cosa que traen es un mantel, la siguiente será un cura —dijo otro prisionero. Pero se equivocaba, aunque el número de cacerolas y cazos y platos (incluyendo un calderito, de sopa, sin duda) que llegó a continuación, seguidos de un tercer soldado acarreando toda una cesta de botellas y un revoltijo de utensilios y cubertería, resultó casi igual de desconcertante, instante en el que el sargento habló, aunque todavía sin dirigirse a nadie en particular, ni sacarse el mondadientes de la boca:

—Sin prisas. Dejad al menos que mis hombres quiten de en medio manos y brazos.

Aunque en realidad los prisioneros no habían hecho gesto alguno de precipitarse sobre la mesa o los alimentos: se trataba tan sólo de un simple desplazamiento semicircular, contenido, mientras el tercer ordenanza ponía el vino (había siete botellas) sobre la mesa, y empezaba a colocar los vasos, recipientes, como quisiera llamárselos: tazas de hojalata, cubiletes sacados del comedor de la tropa, dos o tres vasos agrietados, dos jarras obtenidas por el procedimiento de cortar verticalmente una cantimplora.

—No se disculpe, *garçon* —dijo el ingenioso del grupo—. Basta con que tengan fondo por un lado y agujero por otro —luego el que había traído el vino se dirigió rápidamente hacia la puerta siguiendo a los otros dos y desapareció también; el soldado raso con la bayoneta calada consiguió una vez más cruzar la puerta con su arma de dos metros y se volvió, manteniendo la puerta abierta a medias para que saliera el sargento.

—De acuerdo, hijos de perra —dijo este último—. Comportaos como cerdos.

—Hable por usted, *maître* —dijo el ingenioso—. Si tenemos que cenar con mal olor, preferimos que sea el nuestro.

Luego, de repente, con un gesto espontáneo que, se diría, no habían premeditado

ni planeado ni instigado, ni tampoco esperaban, sino que les sorprendió de improviso, por la espalda, como un viento, todos se volvieron hacia el sargento, o quizá ni siquiera hacia el sargento, ni hacia los soldados que los vigilaban, sino simplemente hacia los fusiles, las bayonetas y la puerta de acero que se cerraba con llave, sin moverse, sin lanzarse sobre ellos, sino tan sólo gritándoles, un sonido ronco, fuerte, sin lenguaje, no de amenaza ni tampoco de acusación: nada más que una ronca afirmación de rechazo que se prolongó uno o dos instantes más, incluso después de que el sargento cruzara el umbral y la puerta se cerrara de nuevo con violencia. Luego se callaron, pero sin apresurarse aún por llegar a la mesa, todavía distantes, en semicírculo, casi desconfiados, rodeándola tan sólo, las ventanas de la nariz estremecidas, interrogadoras, como las de los conejos, sobre los olores que procedían de ella, sucios, mugrientos, exhalando todavía el hedor de las líneas del frente y de la incertidumbre y quizá de la desesperación; sin afeitar, rostros que nada tenían de alarmante, ni hablaban de resentimiento, sino únicamente de acoso; rostros de hombres que ya habían soportado no sólo más de lo que esperaban sino más de lo que creían poder resistir y que sabían que aún no había terminado, pero que (con algo parecido al asombro, incluso al terror) por mucho que fuera, también lo soportarían.

—Vamos, cabo —dijo una voz—. Empecemos.

—De acuerdo —dijo el cabo—. Tened cuidado.

Pero siguió sin producirse ni estampida ni desbandada alguna. Fue un simple amontonamiento, una concentración, un abrirse paso casi maquinal, no producto del hambre, de la necesidad, sino más bien de la prudente reserva de personas que todavía (hasta el momento presente al menos) se mantenían a la altura, sin salirse nunca, de los límites de un cuento de hadas que se desvanece, las maldiciones mismas distraídas e impersonales, sin impaciencia: sólo algún pequeño empujón al colocarse en los dos bancos fijos, cinco en un lado y seis en el de enfrente, hasta que el duodécimo arrastró hasta la cabecera de la mesa, para el cabo, el único taburete de la celda, y luego él mismo ocupó el sitio todavía libre al extremo del banco incompleto, como el vicepresidente en relación al presidente en el reservado de una taberna dickensiana, un individuo rechoncho, fuerte y curtido, con los ojos azules y el pelo y la barba rojizos de un pescador bretón, capitán, pongamos por ejemplo, de un recio e intrépido barquito, cargado, sin duda, de contrabando. El cabo llenó los cuencos que los demás se fueron pasando de mano en mano. Pero la voracidad seguía sin hacer acto de presencia. Más bien contención, pero uniforme, casi completamente desprovista de impaciencia, cada uno sosteniendo la cuchara todavía limpia como podría hacerlo la tripulación de un barco.

—Esto tiene mal aspecto —dijo uno.

—Más que malo —intervino otro—. Es peligroso.

—Es un respiro —dijo un tercero—. El que lo ha cocinado no era un simple

mecánico de garaje. De manera que si se han tomado tantas molestias...

—Ya basta —dijo el bretón. El comensal que tenía enfrente era bajo y muy moreno, la mandíbula torcida a consecuencia de una antigua herida. Estaba diciendo algo muy deprisa en una lengua casi ininteligible del sur de Francia, occitano, catalán, o quizá vasco. Se miraron unos a otros. De repente intervino alguien que no había dicho nada hasta entonces, alguien con aspecto de erudito, casi de catedrático.

—Quiere que se bendiga la mesa —dijo.

El cabo miró al originario del Mediodía.

—Bendice tú.

De nuevo el otro dijo algo rápido e incomprensible. Y el que tenía aspecto de erudito tradujo.

—Dice que no sabe ninguna oración.

—¿Hay alguien que sepa alguna? —preguntó el cabo. De nuevo se miraron unos a otros. Luego alguien dijo al cuarto:

—Tú has ido a la escuela. Bendice la mesa.

—Quizá fue demasiado deprisa y pasó de largo —intervino otro.

—Bendice tú entonces —le propuso el cabo al cuarto. El otro dijo rápidamente:

—Benedictus. Benedicte. Benedictissimus. ¿Servirá eso?

—¿Sirve eso, Luluque? —le preguntó el cabo al del Mediodía.

—Sí, sí —respondió el otro. Empezaron a comer. El bretón alzó apenas una botella en dirección al cabo.

—¿Ahora? —dijo.

—De acuerdo —respondió el cabo. Seis manos más tomaron las otras botellas; comieron, sirvieron vino y también pasaron las botellas.

—Un respiro —dijo el tercero—. No se atreverán a ejecutarlos hasta que hayamos terminado este banquete. Toda nuestra nación se alzaría indignada ante tal insulto a lo que consideramos la primera de las artes. ¿Qué os parece como idea? Si escalonamos esto, si comemos por turno, una persona cada hora, necesitaremos trece horas; seguiremos vivos hasta..., casi el mediodía de mañana...

—... momento en que nos servirán el almuerzo —dijo otro—, que escalonaremos hasta la cena y luego haremos lo mismo con la cena para que dure hasta pasado mañana...

—... y al final llegaremos a viejos comiendo así, hasta que ya no podamos comer más...

—Pues que nos fusilen entonces. ¿Qué más nos da? —dijo el tercero—. No. Ese hijo de perra de sargento estará aquí con su pelotón de ejecución después del café. Espera y verás.

—No tan deprisa —dijo el primero—. Has olvidado lo que consideramos también la primera de las virtudes. El ahorro. Esperarán a que hayamos digerido y defecado

esta comida.

—¿Para qué van a querer eso? —preguntó el cuarto.

—Fertilizante —respondió el primero—. Imagina el rincón, el trozo de huerta estercolado con el concentrado de esta comida...

—Estiércol de traidores —dijo el cuarto, que tenía las facciones soñadoras y furiosas de un mártir.

—En ese caso, ¿no crecerían el maíz, las alubias, las patatas cabeza abajo o, por lo menos, esconderían la cabeza si no podían enterrarla? —preguntó el segundo.

—Dejadlo ya —intervino el cabo.

—O incluso más que el rincón de una huerta —dijo el tercero—. La carroña que dejaremos mañana en herencia a Francia...

—¡Dejadlo ya! —dijo el cabo.

—Jesucristo nos perdone —dijo el cuarto.

—Así sea —dijo el tercero—. Entonces podremos recurrir a él. No tiene por qué asustarse de los cadáveres.

—¿Quieres que los haga callar, cabo?

—Vamos —dijo el cabo—. Comed. Os pasaréis el resto de la noche echando de menos algo con que entretener el hambre. Guardad la filosofía para entonces.

—Y también el ingenio —dijo el tercero.

—Entonces nos moriremos de hambre —dijo el primero.

—O de indigestión —dijo el tercero—, si gran parte de lo que hemos oído esta noche es ingenio.

—Vamos —dijo el cabo—. Ya os lo he dicho dos veces. ¿Qué preferís, que el estómago os diga que ya habéis comido lo suficiente, o que vuelva el sargento y diga que ya habéis terminado? —de manera que comieron de nuevo, todos menos el soldado que estaba a la izquierda del cabo, quien, una vez más, detuvo la hoja del cuchillo, cargada de comida, a medio camino de la boca.

—Polchek no está comiendo —dijo de repente—. Ni siquiera está bebiendo. ¿Qué te pasa, Polchek? ¿Te preocupa que tus tripas sólo produzcan flatulencias, que no te dé tiempo de ir a las letrinas y tengamos que dormir con ellas?

El interpelado, inmediatamente a la derecha del cabo, tenía el rostro inteligente, incluso bien parecido, de un hombre de la capital, resuelto, pero no arrogante, con una expresión estudiada, tranquila, y tan sólo cuando se le sorprendía sin que él se diera cuenta se advertía hasta qué punto predominaba en su mirada la desconfianza.

—Quizá un día de descanso en Chaulnesmont no fue el remedio adecuado para ese vientre suyo —dijo el primero.

—Sin duda lo será el *coup de grâce* del sargento mayor mañana por la mañana —dijo el cuarto.

—Quizá también evite que os suba la fiebre a todos pensando en lo que dejo de

comer o de beber —dijo Polchek.

—¿Qué sucede? —le preguntó el cabo—. Pasaste por la enfermería la noche del domingo antes de que volviéramos al frente. ¿Aún no te has recuperado?

—¿Qué más da? —dijo Polchek—. ¿Acaso es un problema? Tuve mal la tripa el domingo por la noche. Aún no está bien del todo pero sigue siendo mía. Yo estaba aquí, sentado con ella, sin preocuparme ni la mitad de lo que se preocupan algunos simples espectadores.

—¿Quieres convertirlo en un problema? —preguntó el cuarto.

—Da unos golpes en la puerta —le dijo el cabo al bretón—. Dile al sargento que tenemos un enfermo.

—¿Quién está convirtiéndolo ahora en un problema? —le dijo Polchek al cabo antes de que el bretón pudiera moverse. Luego levantó la copa llena—. Vamos —le dijo al cabo—. Hasta la última gota. Si a mi tripa no le gusta el vino esta noche, mañana por la mañana, como dice Jean, la pistola del sargento mayor se encargará de vaciármelo —luego hablando con todos—. Vamos. Brindemos por la paz. ¿No hemos conseguido al fin aquello por lo que llevamos cuatro años trabajando? Vamos, ¡hasta la última gota! —dijo, casi gritando, con aspereza, y trasluciendo en la voz, en el rostro, en la actitud, por un instante, algo semejante a la ferocidad. De inmediato, el mismo entusiasmo, el mismo ardor contenido pareció apoderarse de todos, que procedieron a alzar sus copas; todos menos uno: el cuarto de los montañeses, no tan alto como los otros y, en aquel instante, con una expresión de angustia que casi rondaba la desesperación; luego, de repente, alzó la copa a medias, pero se detuvo y no bebió con los otros, que ya habían depositado con estrépito sus extraños e inadecuados recipientes sobre la mesa y tendían de nuevo la mano hacia las botellas cuando, después de oírse ruido de pesadas botas, la puerta se abrió con estrépito una vez más y entraron el sargento y el soldado raso que lo acompañaba; el primero llevaba ahora en la mano un papel desplegado.

—Polchek —dijo. Por espacio de un segundo Polchek no se movió. Luego el hombre que no había bebido sufrió un violento sobresalto y, aunque lo reprimió de inmediato, cuando Polchek se puso en pie sin prisa los dos se movieron simultáneamente durante un momento, de manera que el sargento, que se disponía a dirigirse de nuevo a Polchek, hizo una pausa y los miró sucesivamente a ambos—. ¿Qué pasa? —preguntó el sargento—. ¿Cuál de los dos? ¿Ni siquiera sabéis quiénes sois? —nadie contestó. Como si fueran uno solo, los demás, a excepción de Polchek, estaban mirando al que no había bebido—. Tú —le dijo el sargento al cabo—. ¿Es que no conoces a tus hombres?

—Éste es Polchek —dijo el cabo, señalándolo.

—Entonces, ¿qué demonios le pasa a ése? —preguntó el sargento—. ¿Cómo te llamas? —le dijo al otro.

—Me... —respondió el interpelado; de nuevo miró rápidamente a su alrededor, sin fijarse en nada ni en nadie, lleno de angustia y desesperación.

—Se llama... —dijo el cabo—. Tengo su documentación... —se buscó en la guerrera y extrajo un papel sucio y manoseado que era, a todas luces, una orden de destino—. Pierre Bouc — a continuación leyó torpemente un número.

—No hay ningún Bouc en esta lista —dijo el sargento—. ¿Qué hace aquí?

—Dígame usted a mí —respondió el cabo—. El lunes por la mañana se unió a nosotros, no sé muy bien cómo. Nosotros tampoco conocemos a ningún Pierre Bouc.

—¿Por qué no lo ha dicho antes?

—¿Quién le hubiera escuchado? —dijo el cabo.

—¿Es eso verdad? —le preguntó el sargento al interesado—. ¿No eres de esta escuadra?

El otro no respondió.

—Díselo —le apuntó el cabo.

—¡No! —susurró el otro. Luego añadió en voz más alta—: ¡No! —se puso en pie torpemente—. ¡No los conozco! —dijo, debatiéndose, tambaleándose, medio cayéndose hacia atrás sobre el banco, casi como si intentara huir, hasta que el sargento lo sujetó.

—El comandante tendrá que ocuparse de esto —dijo el sargento—. Dame esa orden —el cabo se la entregó—. Fuera —dijo el sargento—, los dos —ahora los que estaban dentro pudieron ver, más allá de la puerta de la celda, otra fila de hombres armados, al parecer nueva, esperando. Los dos prisioneros salieron, seguidos por el sargento y el ordenanza; la puerta de hierro se cerró con estrépito tras ellos, aislando una vez más la celda y todo lo que contenía, significaba, presagiaba; más allá de la puerta Polchek preguntó, sin bajar siquiera la voz:

—Me prometieron brandy. ¿Dónde está?

—Calla la boca —dijo la voz del sargento—. Tendrás lo que te corresponde, no te preocupes.

—Más vale —dijo Polchek—. De lo contrario, puede que sepa lo que tengo que hacer.

—Se lo he dicho una vez —explicó la voz del sargento—. Si esta vez no se calla, hazlo callar.

—Con mucho gusto, mi sargento —respondió otra voz—. No se preocupe.

—Llévatelos —dijo la voz del sargento. Pero antes de que hubiera cesado por completo el estrépito de la puerta, el cabo estaba ya hablando, aunque sin levantar la voz; tan sólo decidido, todavía amable, en absoluto imperioso, únicamente firme:

—Comed —la misma persona intentó hablar de nuevo, pero, una vez más, el cabo se le adelantó—. Comed —dijo—. La próxima vez que vengan se lo llevarán todo.

Pero no fue eso lo que sucedió. La puerta volvió a abrirse casi de inmediato: esta

vez el sargento se presentó solo y se colocó frente al cabo, al otro extremo de la mesa cubierta de restos de comida, mientras las once cabezas que quedaban se volvieron como una sola para mirarlo.

—Tú —dijo el sargento.

—¿Yo? —preguntó el cabo.

—Sí —dijo el sargento.

El cabo siguió sin moverse. Luego repitió:

—¿Se refiere usted a mí?

—Sí —dijo el sargento—. Vamos.

El cabo se alzó entonces. Lanzó una rápida ojeada a los diez rostros que dejaron de mirar al sargento para mirarlo a él; rostros sucios, sin afeitar, tensos, que habían dormido demasiado poco durante demasiado tiempo, acosados, pero irrevocables, unidos en lo que fuera: no se trataba exactamente de confianza, ni de dependencia: quizá sólo unanimidad, determinación.

—Ocupa mi puesto, Paul —le dijo al bretón.

—De acuerdo —dijo el otro—. Hasta que vuelvas.

Pero esta vez el corredor estaba vacío; fue el sargento mismo quien cerró la puerta tras ellos, giró la pesada llave y se la guardó en el bolsillo. No había absolutamente nadie en el sitio que el cabo había esperado que encontraría repleto de hombres armados cuando los personajes de la resplandeciente habitación blanca del *Hôtel de Ville* enviaran a buscarlos por última vez. Luego el sargento se separó de la puerta y el cabo se dio cuenta de que estaban incluso apresurando un poco el paso: no de manera furtiva, ni siquiera subrepticia: tan sólo expedita, recorriendo rápidamente el corredor que ya había atravesado otras tres veces; una el día anterior por la mañana, cuando sus carceleros los llevaron desde el camión a la celda, y otras dos aquella misma noche, cuando los habían llevado al *Hôtel de Ville* y luego los habían devuelto a la celda, sus pesadas botas (las suyas y las del sargento) sin resonancia apenas, porque los suelos (era tan moderna la fábrica, mientras fue fábrica) no eran de piedra sino de ladrillo, produciendo en cambio un ruido sordo y amortiguado que parecía más fuerte porque sólo lo producían cuatro botas en lugar de veintiséis, además de las botas de los carceleros. De manera que para el cabo era como si no hubiera otra salida que aquélla, ni otra dirección que hacia adelante, y ya empezaba a dejar atrás el pequeño arco con su puerta de hierro cerrada con llave cuando el sargento lo detuvo y le hizo volverse, y como ni allí ni por sus alrededores había tampoco un alma, ni siquiera reconoció la silueta del casco y el fusil hasta que el soldado recorría ya el cerrojo desde fuera y abría la puerta para dejarlos salir.

Tampoco vio el automóvil de inmediato, aunque no fue necesario que el sargento llegara a tocarlo, bastó con mantenerlo al mismo paso, con la misma rapidez, como por simple yuxtaposición, hasta atravesar la verja y entrar por un pasadizo al fondo

del cual apareció un muro sin aberturas y, junto a la acera, el gran automóvil negro detenido, en el que no había reparado aún debido al silencio: no el vacío cavernoso en el que acababan de resonar sus botas un momento antes, sino el *cul-de-sac* de aquel vacío: él mismo, el sargento y los dos centinelas, el que había descorrido el cerrojo de la verja para dejarlos pasar y luego había vuelto a cerrarla y el que estaba situado al otro lado, ni siquiera presentando armas, tan sólo en su lugar, descanso, el fusil apoyado en el suelo, inmóviles y remotos, como desinteresados de la realidad para la que, a su vez, resultaban invisibles, los cuatro situados en un vacío de silencio dentro del rumor distante e infatigable de la ciudad. Luego el cabo vio el automóvil. No se detuvo; fue, todo lo más, una vacilación, el hombro del sargento lo rozó apenas antes de seguir adelante. El chófer ni siquiera hizo intención de salir del vehículo; el sargento abrió la portezuela, el hombro, también una mano esta vez, firme e imperiosa sobre la espalda del cabo porque ahora se había detenido, erguido, inmóvil e inamovible incluso después de que, desde dentro del automóvil, la voz dijera «Entra, hijo mío»; luego inamovible todavía un segundo más hasta que se agachó y entró, viendo, al hacerlo, el brillo apagado de los entorchados, el perfil de un rostro sobre la oscura capa envolvente.

Luego el sargento cerró la portezuela con el vehículo ya en movimiento, y eso fue todo; sólo los tres: el anciano con demasiada graduación para llevar encima un arma letal incluso aunque no fuera todavía demasiado viejo para usarla, y el chófer, con las manos ocupadas en el volante y que además le daba la espalda, incapaz ya de recordar cuándo, en los últimos cuatro días, no había habido no ya un brazo ni dos, sino entre veinte y un millar, con el arma amartillada y el dedo en el gatillo, dispuestos a quitarle la vida: todavía ni una sola palabra (indicación u orden) al salir del callejón, por parte del anciano con el quepis y la capa de color noche en el rincón opuesto al suyo; no volvían a la ciudad sino que la bordeaban, cada vez más deprisa; el automóvil atravesó, ruidoso, las calles estrechas y desiertas de los barrios extremos, tomando las curvas tan deprisa como si el motor mismo conociera su destino, y dio un largo rodeo por el límite de la ciudad mientras el terreno se elevaba ya, de manera que hasta el cabo empezó a imaginar adónde se dirigían probablemente, la ciudad misma empezó a ladearse hacia ellos al mismo tiempo que se hundía por debajo; sin una sola palabra del anciano tampoco ahora; hasta que el coche se detuvo y, al mirar más allá del distinguido y delicado perfil debajo de lo que debería haber sido el peso insoportable del quepis con sus entorchados, no pudo ver aún la plaza del *Hôtel de Ville*, puesto que aún no se habían elevado lo suficiente sobre la ciudad, pero sí pudo advertir en cambio que la concentración de su insoportable e insomne angustia se había apoderado de la luz y el resplandor del día.

—Ahora, hijo mío —dijo el anciano general, pero no dirigiéndose esta vez a él, sino al chófer. El automóvil siguió adelante y el cabo supo ya adónde se dirigían,

porque no había otra cosa, allí arriba, que la antigua ciudadela romana. Pero si sintió el golpe repentino de un terror instintivo y puramente corporal, no lo dejó traslucir. Y si, en el mismo momento, la razón también le estaba diciendo: *Absurdo. Ejecutarte a escondidas en una mazmorra estropearía precisamente lo que han querido lograr deteniendo la guerra y trayéndonos aquí a los trece*, tampoco se enteró nadie; el cabo siguió allí, erguido, un tanto rígido, porque en ningún momento se había arrellanado por completo en el asiento, atento pero muy tranquilo, ojo avizor pero sereno, el automóvil en segunda ya, pero todavía veloz siguiendo las curvas retorcidas de ciento ochenta grados hasta que, por fin, la masa pétreo de la ciudadela misma pareció inclinarse y descansar sobre ellos como una pesada sombra, y el automóvil torció una última vez, porque ya no podía llegar más allá, y se detuvo; no fueron ni él ni el chófer sino el anciano general en persona quien abrió la portezuela, se apeó y la mantuvo abierta hasta que salió el cabo, erguido de nuevo, y ya había empezado a volver la cabeza para contemplar la vista cuando el mariscal dijo «No, todavía no». A continuación se volvió, seguido por el cabo, y subió la última cuesta y el rocoso trayecto que tendrían que hacer andando, mientras la antigua ciudadela dejaba ya de parecer una sombra gigantesca por encima de ellos, para dar en cambio la sensación de estar acuclillada, de no ser gótica, sino románica; no elevándose hacia las estrellas como consecuencia de las aspiraciones de los hombres de antaño, sino convertida en gesto contra ellos, en gesto de su condición mortal, como un puño apretado o un escudo—. Ahora —dijo el anciano general—, vuélvete y contéplala —pero el cabo miraba ya, al fondo de la pendiente escarpada y oscura, donde la ciudad yacía, temblorosa e innumerable, con las luces en su cuenco de noche, como los rescoldos de un fuego de hojas secas, esparcido en la oscuridad ventosa; hojas secas más espesas y densas que las estrellas en su concentración de angustia e inquietud, como si toda la oscuridad y el terror se hubieran derramado de un solo golpe, en una ola, para yacer, palpitantes e imposibles de calmar, en la plaza del *Hôtel de Ville*—. Mira. Escucha. Recuérdalo durante un momento: luego cierra la ventana y deja fuera todo eso. Despreocúpate de esa angustia. Has sido la causa de que teman y de que sufran, pero mañana los habrás librado de ambas cosas y sólo te odian: en primer lugar por la deuda de cólera que tienes con ellos por haber provocado su terror, y después por la gratitud que te deberán por librarlos de él y, finalmente, por el hecho de que te hallarás más allá del alcance de una y otra. De manera que cierra la ventana sobre todo ello y libérate tú mismo. Ahora mira más allá. La tierra, o media tierra, toda una mitad de la tierra, hasta donde alcanza el horizonte. Está oscura, por supuesto, pero sólo oscura desde aquí; su oscuridad es sólo ese anonimato que un hombre puede cerrar sobre su pasado como una cortina, no sólo cuando debe hacerlo, desesperado, sino cuando lo hace para preservar su bienestar y, sencillamente, su independencia. Es cierto que sólo puede avanzar en una dirección: hacia el oeste; sólo un hemisferio,

el occidental, está a su disposición. Pero será lo bastante extenso para garantizar su independencia durante un año, porque tal situación sólo durará un año más, y luego dispondrá de toda la tierra. El enemigo solicitará una reunión oficial, condiciones, en algún momento del invierno; para el año próximo, incluso, tendremos, durante algún tiempo, algo a lo que llamaremos paz. Y no seremos nosotros quienes lo solicitemos: serán ellos, los alemanes, los mejores soldados del mundo actual y también, si vamos a eso, del de hace dos mil años, puesto que ni siquiera los romanos lograron derrotarlos; el único pueblo de la tierra apasionado y devoto no de la gloria sino de la guerra, que hace la guerra no por razones de conquista o de engrandecimiento sino como profesión, por vocación, y que perderán ésta por esa misma razón, la de que son los mejores soldados del mundo; no nosotros, franceses y británicos, que aceptamos la guerra como último recurso cuando todo lo demás ha fracasado ya y que incluso nos resignamos a utilizar este último medio sin tener tampoco confianza en él; pero ellos, los alemanes, que no han retrocedido un centímetro desde que cruzaron la frontera belga, hace casi cuatro años, y han conseguido que todas las batallas, desde entonces, terminen en tablas o las ganen ellos, y que tampoco se detendrán ahora, aunque saben perfectamente que una victoria más los destruirá; que quizá ganen aún dos o tres (el número no importa) pero que luego tendrán que rendirse porque el fenómeno peculiar de la guerra es su hermafroditismo: los principios de victoria o de derrota habitan el mismo cuerpo, y el enemigo, el adversario indispensable, no es más que el lecho donde se agotan mutuamente: un vicio todavía más terrible y letal por cuanto ningún pecho, ninguna separación se interpone para devolverles la salud por la simple distancia habitual y ausencia de oportunidad para la copulación, puesto que tampoco el orgasmo consigue liberarlos; se trata del vicio más costoso y mortífero jamás inventado por el ser humano, frente al cual los habituales de lujuria, bebida y juego, que el hombre cree neciamente capaces de destruirlo, son comparables al pirulí frente a la botella, la cortesana y el naipe. Un vicio enraizado desde hace tanto tiempo en la humanidad como para haberse convertido en dogma venerable que guía su comportamiento, un altar nacional para su amor al derramamiento de sangre y al sacrificio glorioso. Más aún incluso: un pilar no de la supremacía de su país sino de la supervivencia nacional; tú y yo hemos visto la guerra como el último recurso de la política; yo no lo veré, pero tú podrás verla, la verás convertida en el último refugio contra la bancarrota; verás (podrás ver, si quieres) el día en que una nación insolvente por exceso de población declare la guerra contra el adversario más rico y más sentimental al que pueda convencer para que proceda a derrotarla lo más rápidamente posible, a fin de que la intendencia del vencedor alimente a su pueblo. Pero no es ése nuestro problema en el momento actual; e incluso aunque lo fuera, simplemente por nuestra alianza con el vencedor, nosotros (Francia y Gran Bretaña) nos encontraríamos en la feliz situación

de ganar con nuestra victoria casi tanto como los alemanes con su derrota. Nuestro problema (llámalo mi problema si lo prefieres) es más inmediato. Ahí está el mundo. Tendrás la mitad ahora; para el año nuevo, muy probablemente, lo tendrás entero, toda su vasta extensión si se exceptúa esa minúscula supuración a la que los seres humanos llaman Europa y, ¿quién sabe?, con el tiempo, y con un poco de discreción y de prudencia, también eso, si lo deseas. Toma mi automóvil: sabes conducir, ¿no es cierto?

—Sí —dijo el cabo—. ¿Marcharme?

—Ahora —dijo el anciano general—. Llévate mi automóvil. Si sabes conducir, el gallardete sobre el capó te permitirá llegar hasta cualquier lugar de Europa al oeste de las alambradas alemanas; si conduces bien, el motor que hay debajo te llevará hasta la costa, Brest o Marsella, lo que prefieras, en dos días; tengo a punto la documentación para que subas a bordo de cualquier buque que elijas y que te permitirá además dar órdenes a su capitán. Luego América del Sur, Asia, las islas del Pacífico; cierra esa ventana cuanto antes; ciérrala para siempre y olvida ese sueño aberrante e inútil. No, no —se apresuró a añadir—; no sospeches ni por un segundo que cometo la equivocación de atribuirte un motivo de mezquino interés, sabiendo como sé que el lunes, en cinco minutos, detuviste una guerra que los alemanes mismos, los mejores soldados de Europa, no han conseguido sacar del punto muerto durante casi cuatro años. Tendrás dinero, por supuesto, pero sólo la cantidad exacta para alcanzar la libertad, tal como el águila o el bandido entienden la suya. No te soborno con dinero: te doy la libertad.

—Para abandonarlos —dijo el cabo.

—¿Abandonar a quién? Vuelve a mirar —la mano del mariscal apareció para esbozar un gesto rápido en dirección a la pálida ciudad insomne que estaba debajo; un gesto que no era despreciativo, ni merecedor tampoco de ningún otro calificativo; tan sólo un movimiento fugaz, que desapareció al instante, que se desvaneció en el interior de la capa de color noche—. No a tus compañeros de regimiento. ¿Dónde han estado desde el lunes? ¿Por qué no han deshecho ladrillo a ladrillo con las manos, puesto que tienen suficientes, los muros alzados por muchas menos manos que las tuyas, ni han arrancado de sus goznes esa única puerta que una sola mano cierra con llave, para liberaros a todos vosotros, que habéis intentado morir por ellos? ¿Dónde están los dos mil novecientos ochenta y siete que tenías, o creíste tener, al amanecer del lunes? ¿Por qué, tan pronto como atravesasteis las alambradas, no bajaron los brazos y os siguieron, si también ellos creían que estabais armados y protegidos por el arsenal de las invulnerables aspiraciones humanas, por su esperanza y su fe? ¿Por qué esos tres mil de entonces, que hubieran sido suficientes, no derribaron los ladrillos ni arrancaron la puerta, si creyeron en vosotros al menos durante cinco minutos, o el tiempo suficiente al menos para exponerse a lo que vosotros, en

cualquier caso, sabíais que os exponíais, los tres mil a los que faltan los doce que han estado encerrados contigo dentro de los mismos ladrillos infranqueables? ¿Dónde están incluso esos doce? Uno de ellos, compatriota tuyo, en estrecha hermandad contigo, pariente tuyo probablemente, puesto que allí todos erais consanguíneos en alguna época; un zsettlani que te ha negado, y el otro, zsettlani o no, consanguíneo o no, pertenecía a la hermandad de vuestra fe y vuestra esperanza o, al menos, había sido aceptado en ella; hablo de Polchek, que ya te había traicionado a medianoche del domingo. ¿No lo entiendes? Tienes incluso un sustituto a tu disposición, como aquella tarde Dios presentó el cordero que salvaría a Isaac (si es que puedes llamar cordero a Polchek). Mañana arrestaré a Polchek, y lo haré ejecutar con acompañamiento de tambores y trompetas; no sólo tendrás tu revancha y vengarás con ello al resto de esos tres mil a quienes traicionó, sino que devolverás el oprobio a todas esas voces de ahí abajo que ni siquiera pueden acostarse debido a la frenética necesidad de anatematizarte. Dame a Polchek y acepta la libertad.

—Todavía quedan diez —dijo el cabo.

—Intentémoslo. Nosotros nos quedaremos aquí; mandaré de vuelta al automóvil con la orden de descorrer el cerrojo y abrir esa puerta y luego autorizaré que todos los que ocupan el edificio desaparezcan sin preocuparse de nada, porque tendrán el don de la invisibilidad; que abran tranquilamente la puerta, luego la verja y que desaparezcan. ¿Cuánto tiempo tardarán esos diez en negarte también, en traicionarte, si se puede llamar traición a eso?

—También usted lo vería —dijo el cabo—. Diez minutos después no habría diez sino cien. Después de diez horas no habría mil sino diez mil. Y transcurridos diez días...

—Sí —dijo el anciano general—. Lo he visto. ¿No he dicho ya que no cometo la equivocación de atribuirte una bajeza que no te corresponde? Sí, digámoslo, hablemos de la amenaza que representas. ¿Qué otra razón hay para que intente comprar mi seguridad, nuestra seguridad, con cosas que la mayoría de los hombres no sólo no quieren sino que, por el contrario, hacen bien en temer y apartarse de ellas, como la independencia y la libertad? Sí, claro, puedo acabar contigo mañana por la mañana y salvarnos, de momento. Salvarnos incluso para todo el tiempo que me queda de vida. Pero no por mucho tiempo. Y si me veo obligado a hacerlo, lo haré. Porque creo en el ser humano con sus posibilidades y limitaciones. No sólo creo que es capaz de aguantar y que aguantará, sino que debe aguantar, al menos hasta que él mismo invente desarrolle produzca un instrumento mejor que pueda sustituirle. Elige mi automóvil y la libertad y te daré a Polchek. Acepta el más sublime de todos los éxtasis: la compasión, la piedad; el orgasmo de perdonar a aquel que ha estado a punto de herirte de muerte; ese pegamento, ese catalizador que, según te han enseñado a creer tus filósofos, impide que el mundo se derrumbe. Elige el mundo.

—Siguen quedando diez —dijo el cabo.

—¿Es que acaso me olvido de ellos? —respondió el anciano general—. ¿No he dicho dos veces que no me he equivocado nunca sobre tu manera de ser? No necesitas amenazarme. Sé que son ellos el problema y no tú; que estamos negociando por ellos y no por ti. Porque, en beneficio tuyo, he de acabar con los once y multiplicar por diez el valor de tu amenaza y de tu sacrificio. En beneficio mío he de dejarlos marchar también, para que sean testigos ante toda la tierra de que los has abandonado; puesto que, por mucho que hablen, por mucho que alcen la voz y por mucho tiempo que perseveren, ¿quién creera en el valor (¿valor? validez) de la fe que prediquen si tú, su profeta e instigador, has elegido tu libertad en lugar de su martirio? No, no; no somos dos campesinos griegos ni armenios ni judíos, ni siquiera normandos, regateando por un caballo: somos dos portavoces, autoelegidos probablemente, elegidos en cualquier caso, presuntos al menos, no tanto para defender como para poner a prueba dos concepciones antagónicas que, sin culpa nuestra, tan sólo debido a la simple pequeñez y a las restricciones del escenario donde han de enfrentarse, tienen que luchar y uno de ellos ha de perecer: yo, el campeón de este mundo terrestre que, me guste o no, existe y al cual no solicité venir, pero que, sin embargo, puesto que estoy aquí, no sólo debo habitar sino que me propongo habitar durante el tiempo que se me ha asignado; tú, el campeón de un reino misterioso fundado sobre las vanas esperanzas de la humanidad y su atracción (no, su pasión) sin límites por las quimeras. No, no son realmente antagonistas, no hay una contienda en realidad; pueden incluso existir juntas codo con codo en este escenario tan estrecho, y podrían y deberían hacerlo, si las tuyas no hubieran chocado con las mías. De manera que te lo digo una vez más: elige el mundo. Y ahora responde como ya sé que lo vas a hacer: «Siguen quedando diez».

—Todavía quedan esos diez —dijo el cabo.

—Entonces elige el mundo —respondió el mariscal—. Te reconoceré como hijo mío; unidos cerraremos la ventana sobre esa aberración, sellándola para siempre. Luego yo abriré otra para ti en un mundo que ni César, ni sultán ni kan vieron nunca, que ni Tiberio ni Kublai, ni todos los emperadores de Oriente soñaron jamás; ni Roma ni Baia: simples almacenes donde los depredadores depositaban sus rapiñas y burdel donde calmaban por última vez los ardores carnales antes de regresar a sus lúgubres desiertos para cometer nuevas fechorías o enfrentarse en su tierra natal con los puñales que sus inmediatos subordinados habían comprado, deseosos de evitarles ambas necesidades; tampoco Catay, quimera de poetas, de realidad tan inconsistente como el paraíso de Mahoma: un símbolo para justificar la necesidad de escapar de las callejas apestosas y de las arenas ardientes de sus inevitables orígenes; ni el Xanadú de Kublai, que ni siquiera era el sueño completo y terminado de un poeta, sino el rayo fulgurante de un poeta inglés saturado de láudano, fulgor tan intenso que ni siquiera

pudo enfrentarse con él el tiempo suficiente para asimilarlo; ninguna de las cosas que sólo fueron en el firmamento de la historia del mundo constelaciones raras y efímeras, a excepción de París, que equivale al mundo por la misma razón que el firmamento es la suma de las constelaciones que contiene; no el París donde cualquiera puede poseer todo eso, Roma, Catay y Xanadú, con tal de que tenga buenas relaciones y la bolsa bien repleta, porque no son ésas las cosas que tú quieres, ¿acaso no he dicho dos veces que no te he subestimado? Lo que tú ambicionas es el París que sólo mi hijo puede heredar de mí, el París que no rechacé en absoluto a los diecisiete años, sino que sencillamente dejé provisionalmente sin propietario para reivindicarlo el día que fuese un padre en condiciones de legárselo a un heredero digno de una herencia tan vasta y terrible. Hay en él una fatalidad y un destino: el mío y el tuyo, unidos e inseparables. Un poder sin igual y sin límites; no, no, no me he equivocado al juzgarte: yo, nacido ya heredero de ese poder tal como era entonces, manteniendo la herencia en reserva para convertirme en jefe incontestado e incontestable de la confederación que derrotaría y sojuzgaría, y por tanto destruiría, el único factor del mundo que la amenazaba; imagina tu futuro si dispones de ese poder junto con el don de persuadir a tres mil hombres para que acepten una muerte inmediata e inevitable, prefiriéndola a una muerte problemática calculada de acuerdo con un porcentaje comprobado matemáticamente, cuando sólo disponías, como mucho, de una división de quince mil hombres como posible ganancia y las manos vacías para hacerlo. ¿Qué no podrás hacer, qué no querrás hacer con el mundo entero por ganar y la herencia que estoy en condiciones de legarte? ¿Un rey, un emperador, manteniendo su magnificencia y su riguroso dominio sobre la humanidad sólo hasta que aparezca otro capaz de darles juegos circenses más sangrientos y pan más abundante y más fresco? Serás Dios, reteniendo para siempre al ser humano gracias a un ingrediente mucho más poderoso que sus simples deseos carnales y sus apetitos: su triunfante e irreductible locura, su inmortal pasión por ser dirigido, desconcertado y engañado.

—De manera que nos aliamos, que nos asociamos —dijo el cabo—. ¿Tanto miedo me tiene?

—Te respeto ya; no necesito tenerte miedo. Puedo arreglármelas sin ti. Lo haré; me propongo hacerlo. En ese caso, por supuesto, tú no lo verás y, ¡qué triste es esa reflexión! La última y más amarga píldora del martirio, sin la que el martirio mismo no puede realizarse, ya que en ese caso no habría martirio: incluso si por alguna increíble casualidad hubieras estado en lo cierto, nunca llegarías a saberlo; y la paradoja: sólo el acto de renunciar para siempre de manera voluntaria al privilegio de saber que tenías razón puede posiblemente dártela. Lo sé, no lo digas: si me las puedo arreglar sin ti, también puedes hacerlo tú; para mí tu muerte no es más que un comodín con el que maniobrar, mientras que para ti es lo único que te puede dar el

triunfo. Tampoco eso: he mencionado una vez la palabra soborno; ahora lo he ofrecido: soy un anciano y tú un hombre joven. Habré muerto dentro de unos pocos años y podrás usar tu herencia para ganar mañana la baza que hoy te quito con mis artimañas. Porque también aceptaré ese riesgo. No digas siquiera... —y se detuvo, alzando la mano que había sacado rápidamente de debajo de la capa—. Espera. No lo digas aún. Acepta la vida. Eres joven; incluso después de cuatro años de guerra, los jóvenes aún pueden creer en su propia invulnerabilidad; quizá mueran todos los demás, pero no ellos. No necesitan, por consiguiente, conceder un valor muy alto a la vida, dado que ni conciben, ni aceptan, la posibilidad de que se acabe. Pero con el tiempo te haces viejo y entonces ves la muerte. Entonces te das cuenta de que nada, absolutamente nada, ni el poder, ni la gloria, ni la riqueza, ni el placer, ni tampoco, siquiera, verse libre del sufrimiento, tiene tanto valor como el simple acto de respirar, el simple hecho de estar vivo, incluso con todo el pesar del recuerdo y el dolor de poseer un cuerpo irremediabilmente gastado; simplemente saber que estás vivo. Escucha esto que voy a contarte. Sucedió en los Estados Unidos, en un remoto lugar con un nombre indio, me parece: Mississippi. Un hombre que había cometido un brutal asesinato por un motivo rastrero: quizá provecho o venganza o tal vez, tan sólo, para librarse de una mujer y poder casarse con otra; no importa. El asesino compareció ante el tribunal manteniendo con lágrimas su inocencia y fue condenado y sentenciado proclamándola, y siguió incluso haciéndolo en la celda de los condenados a muerte, situada debajo del patíbulo, hasta que recibió la visita de un sacerdote; no la primera, por supuesto, ni la segunda ni quizá siquiera la tercera, pero todavía a tiempo: el asesino confesó finalmente su crimen contra la humanidad y se reconcilió con Dios, hasta que, muy pronto, fue casi como si el asesino y el sacerdote hubieran intercambiado sus papeles: no el sacerdote sino el asesino el más enérgico, el más tranquilo, la roca firme y poderosa, no de trémula esperanza sino de convencimiento y de fe inquebrantable, sobre la que el mismo sacerdote podía apoyarse en busca de firmeza y valor; eso hasta la mañana misma de la ejecución, instante que el condenado miraba ahora con algo muy parecido a la impaciencia, como si, de hecho, quisiera acercar el momento en que se liberaría del lamentable mundo efímero que lo había llevado a aquella situación y que exigía su expiación y aceptaba su perdón; hasta el momento mismo de subir al patíbulo, instrumento que, según tengo entendido, en Mississippi se instala al aire libre en el patio de la cárcel, cerrado provisionalmente con una alta empalizada para proteger al que va a ser ajusticiado de miradas morbosas o simplemente curiosas; aunque los espectadores acudían: en este caso recorrieron kilómetros en sus carros y carricoches y trajeron el almuerzo; hombres mujeres niños y abuelos, para situarse a lo largo de la empalizada, hasta que la campana, el reloj, lo que fuera a utilizarse para señalar el paso del condenado a mejor vida, se hizo oír, poniendo fin a la espera y permitiéndoles volver

a sus casas, después de haber visto, de hecho, menos incluso que el individuo situado debajo del lazo corredizo, libre ya, desde hacía una semana, de aquel cuerpo lamentable y mortal, que era la triste totalidad de lo que el castigo podía arrebatarse; de pie sereno tranquilo y en paz consigo mismo, el nudo trivial colocado ya en torno al cuello y contemplando un último fragmento de cielo, más allá del cual sus recientes conocimientos teológicos le habían enseñado que se trasladaría muy pronto, y también la rama solitaria de un árbol cercano, rama que pasaba por encima de la empalizada como para bendecirlo, un último gesto de la absolución de la tierra, si bien hacía ya tiempo que él había cortado cualquier frágil hilo que aún lo ligase a ella; pero, de repente, un pájaro voló hasta aquella rama, se detuvo, abrió el minúsculo pico y cantó; después de lo cual, aquel que menos de un segundo antes tenía ya el pie alzado para dejar atrás los dolores y congojas del mundo a cambio de la paz eterna, tiró por la borda paraíso, salvación, alma inmortal y todo lo demás, debatiéndose para soltarse las manos atadas y arrancarse el nudo corredizo al tiempo que gritaba, «¡Soy inocente! ¡Soy inocente! ¡Yo no lo hice!», incluso mientras trampilla, tierra, mundo y todo lo demás se hundían bajo sus pies; todo a causa de un pájaro, una efímera criatura ingrávida sobre la que, antes de ponerse el sol, podía abalanzarse un halcón o ser destruida por trampa o liga o perdigón casual de algún muchachito desocupado; si bien mañana, el año próximo, habría otro pájaro, otra primavera, la misma rama nuevamente cubierta de hojas y otro ser alado para cantar desde ella si él hubiera estado allí para oírlo, si le estuviera permitido seguir allí... ¿Me sigues?

—Sí —respondió el cabo.

—Entonces acepta ese pájaro. Retráctate, confiesa, di que te equivocaste; que lo que dirigías era (¿dirigías? No dirigiste nada: simplemente participaste) un ataque que no consiguió progresar. Acepta la vida que te ofrezco; pide clemencia y acéptala. Está en mi mano concederla, incluso tratándose de un fracaso militar. El general al frente de tu división exigirá un sacrificio (ya lo ha hecho) no en nombre de Francia ni de la victoria, sino de la mancha caída sobre su historial. Pero no es él quien lleva este quepis, sino yo.

—Siguen quedando esos diez —dijo el cabo.

—Que te odian hasta que se olviden de ti. Que incluso te maldecirán hasta que hayan olvidado al destinatario de sus maldiciones, y por qué lo maldecían. No, no: cierra la ventana y deja fuera ese sueño quimérico. Abre en cambio esta otra; quizá no veas, no puedas ver, más que grisura del otro lado, aunque siempre con la excepción de esa rama; esa única rama que siempre estará ahí; siempre esperando, preparada para esa carga efímera e ingrávida. Acepta ese pájaro.

—No tenga miedo —dijo el cabo—. No hay nada que temer. Nada que lo merezca.

Por un momento dio la sensación de que el anciano general no le había oído, a la distancia de toda una cabeza por debajo del alto cráneo montañés, bajo el peso, al parecer excesivo, del quepis negro y carmesí, bordado y engalanado con pesadas hojas de oro. Pero a continuación dijo:

—¿Miedo? No, no: es a ti, no a mí, a quien le asusta el ser humano; no soy yo sino tú quien cree que sólo puede salvarlo una ejecución. Yo estoy mejor informado. Sé que el ser humano posee algo que le permitirá sobrevivir incluso a sus guerras; algo más duradero que todos sus vicios, incluso ése más definitivo y terrible; algo que le permitirá sobrevivir incluso el siguiente avatar de su servidumbre, el avatar con el que ahora se enfrenta: convertirse en esclavo de la progenie demoníaca de su propia curiosidad mecánica, de la que acabará por emanciparse mediante el antiguo método probado e infalible gracias al cual los esclavos se han liberado siempre: el de inculcar a sus amos sus propios vicios de esclavos; en este caso el vicio de la guerra y el otro que no es vicio en absoluto sino, por el contrario, marca de su nobleza y garantía de inmortalidad: su eterna locura. Ya ha empezado a poner ruedas bajo su patio su terraza y su porche delantero; incluso, pese a mis muchos años, quizá llegue a ver el día en que lo que era en otro tiempo su casa se habrá convertido en el lugar donde almacenar cama, estufa, navaja de afeitar y ropa para mudarse; tú, con tu juventud, podrás ver (acuérdate del pájaro) el día en que invente su propio clima particular y traslade su estufa baño cama ropa cocina y todo lo demás a su automóvil y en el que aquello a lo que en otro tiempo se llamaba hogar habrá desaparecido del léxico humano: de manera que no se apeará nunca de su automóvil porque no le hará falta: el mundo será, en su totalidad, una extensión ininterrumpida de pavimento poblada de máquinas, sin montañas ni ríos ni tampoco, siquiera, las protuberancias que suponen los árboles o los matorrales o las casas o cualquier otro objeto que pueda crear una esquina o una amenaza para la visibilidad; y los seres humanos, en sus innumerables caparazones, encerrados sin ropa desde que nacen, en su envoltura personal con ruedas a manera de guante, con tubos y cañerías que subirán desde depósitos subterráneos para aprovisionarlos con un chorro de un compuesto que, en el momento propicio, mantendrá su movilidad, satisfará sus deseos sensuales, saciará sus apetitos y avivará sus sueños; enfermo de movimiento continuo, incontrolable, terminará muriendo cuando se produzca un cortocircuito automático sobre el dial de un velocímetro y, liberado desde mucho tiempo atrás de huesos, órganos e intestinos, dejará para el sistema municipal de recogida de basuras únicamente un caparazón oxidado e inodoro; el caparazón del que nunca sale porque no lo necesita, pero del que, dentro de poco, no saldrá ya nunca porque no se atreverá, dado que el caparazón será su única protección contra los detritos de hierro semejantes a granizo que habrá producido con sus guerras. Porque para entonces sus guerras lo habrán desposeído por el simple procedimiento de dejarlo atrás; su frágil constitución lo habrá

incapacitado para mantenerlas, soportarlas, participar, estar presente. Lo intentará, por supuesto, y, durante algún tiempo representará su papel; fabricará carros de combate más grandes y más rápidos y más indestructibles y con más capacidad ofensiva que nunca; construirá aviones mayores y más rápidos y capaces de transportar cargas mayores y con un poder de destrucción superior a todo lo que se conoce; durante algún tiempo los acompañará, los dirigirá, porque creará que es él quien los controla, incluso después de que, finalmente, aquel contra el que lucha no sea otro frágil mortal cuyas ideas difieran de las suyas en materia de política o de límites territoriales, sino el monstruo mismo en el que habita. No se tratará de alguien que lo acribille a balazos porque, en ese momento, discrepe de él. Será su propio frankenstein quien lo asará vivo con calor, lo asfixiará con velocidad, le arrancará las entrañas todavía palpitantes por la ferocidad de sus ataques en busca de una presa. De manera que ya no estará en condiciones de ir al mismo paso que él, si bien, durante algún tiempo todavía, el monstruo le permitirá mantener la ilusión de que lo controla desde tierra con mandos a distancia. Luego también eso desaparecerá; habrán pasado años, decenios, y más tarde siglos, desde la última vez que respondió a sus llamadas; habrá olvidado incluso el emplazamiento de sus centros de reproducción, y su último contacto con él será el día en que salga arrastrándose y tiritando de su madriguera cada vez más fría para agazaparse entre los delicados tallos de sus antenas muertas, semejantes a una fantasmagoría geométrica, bajo el fragor de una lluvia de diales y contadores e interruptores y fragmentos exangües de epidermis metálica, para contemplar a los dos últimos monstruos empeñados en el último combate titánico, teniendo como fondo un último cielo agonizante, despojado incluso de oscuridad y lleno con el monótono estruendo de dos voces mecánicas gritándose mutuamente polisilábicas tonterías patrióticas y sonidos inarticulados. Sí, ya lo creo que sí; el ser humano sobrevivirá porque posee algo que seguirá resistiendo incluso más allá de la última e inútil roca abandonada por las mareas, congelándose lentamente en la última puesta de sol sin calor, porque ya para entonces, en la inmensidad azul del espacio, la estrella más próxima retumbará con el clamor de su aterrizaje, su insignificante e inagotable voz hablando todavía, todavía haciendo planes; y también allí, después de que hayan resonado las últimas campanadas del desastre aún se producirá un sonido más: su voz, todavía haciendo planes para construir algo más alto y más rápido y más ruidoso; más eficaz y ruidoso y rápido que nunca, aunque igualmente ligado a la misma antigua falta original, puesto que tampoco en este caso conseguirá erradicar del mundo al ser humano. No lo temo. Hago algo mejor: lo respeto y lo admiro. Y me enorgullezco; estoy diez veces más orgulloso de esa inmortalidad que efectivamente posee de lo que él lo estará nunca de esa otra celestial ilusoria. Porque el hombre y su locura...

—Resistirán —dijo el cabo.

—Harán más —dijo con orgullo el anciano general—. Prevalecerán. ¿Regresamos?

Volvieron al automóvil que los esperaba y descendieron; atravesaron de nuevo las concéntricas conejeras resonantes y vacías alrededor de la distante y abarrotada plaza del *Hôtel de Ville*. Llegaron una vez más al callejón, y el automóvil redujo la velocidad para detenerse de nuevo frente a la pequeña verja cerrada con llave, delante de la cual, por encima de un grupo tumultuoso de cinco hombres, los fusiles con bayoneta calada de cuatro de ellos se ondulaban y saltaban como furiosas exclamaciones. El cabo contempló un instante el grupo que se debatía y dijo serenamente:

—Ahora ya son once.

—Ahora son once ya —repitió el anciano con la misma tranquilidad; de nuevo un gesto conminatorio de la mano elegante y delicada saliendo de debajo de la capa—. Espera. Contemplémoslo por un momento: un hombre liberado que ahora lucha, al parecer, por volver a lo que, hasta donde a él se le alcanza, habrá de ser su celda de condenado a muerte —de manera que siguieron sentados un momento, contemplando al quinto individuo (el mismo que dos horas antes había abandonado la celda con los mismos carceleros que buscaban a Polchek) debatiéndose, fornido y furioso entre las manos de sus cuatro captores, tratando, en apariencia, no de alejarse de la pequeña verja sino de acercarse, hasta que el anciano general se apeó del automóvil, seguido por el cabo, y dijo, sin alzar tampoco la voz en esta ocasión:

—¿En qué consiste el problema, sargento? —el grupo hizo una pausa en sus forzadas actitudes. El detenido miró hacia atrás en aquel momento, luego consiguió zafarse y corrió, atravesando la calzada, hacia el anciano general y el cabo, los cuatro captores siguiéndolo y apoderándose nuevamente de él.

—¡Quédate quieto! —susurró el sargento—. ¡Firmes, ar! Se llama Pierre Bouc. No pertenecía a esta escuadra, aunque no hemos descubierto la equivocación hasta que uno de ellos... —miró un momento al cabo—, aquí presente, se dignó dejarnos ver su orden de destino. Lo hemos encontrado cuando trataba de volver. Se ha negado a decir su nombre, no ha querido siquiera mostrar la orden hasta que se la hemos quitado por la fuerza —reteniendo con una sola mano al furioso individuo rechoncho, se sacó del bolsillo el papel manoseado y con las esquinas dobladas. Inmediatamente, el prisionero se lo arrebató.

—¡Miente! —le dijo al sargento. Antes de que pudieran evitarlo, rasgó la orden varias veces, se dio la vuelta y arrojó los pedazos a la cara del anciano general—. ¡Miente usted! —le gritó mientras los trozos de papel caían como confeti de ingrátidos copos de nieve o de plumas alrededor del quepis dorado, del rostro tranquilo, impasible e impenetrable que lo miraba todo sin creer en nada—. ¡Miente! —gritó una vez más el individuo rechoncho—. No me llamo Pierre Bouc. Soy Piotr...

—añadiendo algo en una lengua tosca, pero casi musical, del Este, tan llena de consonantes que casi resultaba ininteligible. Luego se volvió hacia el cabo, arrodillándose rápidamente, tomándole la mano y diciéndole algo más en la misma lengua incomprensible, algo a lo que el cabo respondió en el mismo idioma, pese a lo cual el otro siguió arrodillado, reteniéndole la mano; el cabo le habló de nuevo en la lengua llena de consonantes como si repitiera lo mismo, pero con un complemento diferente, un sustantivo quizá, y luego una tercera vez, con un ligero cambio en el tono, que hizo salir al otro de su inmovilidad, procediendo a ponerse en pie y a cuadrarse delante de él; el cabo entonces le habló de nuevo; el otro se dio la vuelta, un giro de noventa grados militarmente impecable, los cuatro centinelas rodeándolo rápidamente una vez más, hasta que el cabo dijo en francés:

—No es necesario que lo sujeten. Bastará con que abran la verja.

Pero el anciano general no intervino aún, inmóvil dentro de la amplia capa oscura, sereno, tranquilo, ni siquiera perplejo, tan sólo inescrutable, diciendo, al cabo de un momento, con un tono que no era siquiera de alguien que recapitula, con un tono perfectamente neutro:

—«Perdóname, no sabía lo que hacía», y tú has dicho, «Sé hombre», pero no se ha movido. Luego has añadido, «Sé un zsettlani», pero ha seguido sin reaccionar. Finalmente le has dicho, «Compórtate como un soldado», y se ha convertido en soldado —luego se dio la vuelta y entró en el automóvil, la nube oscura de la capa amplia y flexible inmovilizándose a su alrededor en el rincón del asiento trasero; el sargento cruzó rápidamente la acera y se colocó de nuevo exactamente detrás del cabo; en aquel momento, el anciano general en persona habló en aquella lengua veloz, desprovista de vocales:

—Y se ha convertido en soldado. No: ha vuelto a serlo. Buenas noches, hijo mío.

—Adiós, padre —le contestó el cabo.

—Adiós no —respondió el anciano general—. También yo soy tenaz; no abandono fácilmente. Recuerda de quién es la sangre con la que me estás desafiando —luego en francés al conductor—: Volvamos a casa —el automóvil se puso en marcha. Después el cabo y el sargento se volvieron juntos, el sargento una vez más exactamente detrás del otro, sin tocarlo, para atravesar de nuevo la puerta de la verja que uno de los centinelas mantuvo abierta para que pasaran y que luego procedió a cerrar con llave. Persuadido de que lo enviaban de nuevo a su antigua celda, el cabo se dirigía ya hacia el corredor, cuando el sargento, de nuevo, le hizo detenerse y cambiar de dirección, esta vez hacia un pasadizo por el que sólo cabía una persona, y apenas con altura suficiente para cualquier ser humano: un paso secreto con una sola dirección que llevaba hacia lo que parecían ser las entrañas mismas de la prisión; el sargento abrió con llave una puerta muy sólida, y luego volvió a cerrarla cuando entró el cabo, que se encontró esta vez en una celda poco más amplia que un gran armario,

y que contenía un banco de madera (para dormir) de la anchura de un hombre, a todo lo largo de las paredes, un cubo de hierro que hacía las veces de letrina y dos hombres, todo bañado por el resplandor brutal de una lámpara. Uno de los dos individuos tenía un aire fanfarrón, temerario y sardónico, incorregible y jovial, subrayado por un fino bigote; llevaba incluso la sucia boina y el pañuelo atado al cuello, sin olvidar la colilla apagada en la comisura de la boca, las manos en los bolsillos y un pie cruzado negligentemente sobre el otro, tal como se hubiera apoyado contra la pared de su estrecho callejón de Montmartre, mientras el otro prisionero, más bajo, permanecía a su lado con la tranquila y paciente fidelidad de un perro ciego: un individuo rechoncho de aspecto simiesco, cuyas manos vacías, formidables y pacíficas, le llegaban casi hasta las rodillas, como si estuvieran atadas por hilos al interior de las mangas, una cabeza también simiesca, pequeña y muy redonda, un rostro casi desprovisto de rasgos distintivos y la boca un poco babeante.

—Pasa, pasa —dijo el primero—. De manera que te ha tocado la china, ¿no es eso? Llámame Lapin; en la *prefecture* todo el mundo te lo confirmará —sin sacarse la mano del bolsillo señaló a su compañero con un codazo—. Éste es Casse-tête, Cheval para los amigos. Vamos de camino a la ciudad, ¿no es cierto, Cheval? —el segundo individuo emitió un único sonido ininteligible—. ¿Has oído? —dijo el primero—. Sabe decir «París» tan bien como cualquiera. Dile otra vez adónde nos vamos mañana —de nuevo el otro repitió el espeso sonido húmedo. Era completamente cierto; el cabo lo reconoció la segunda vez.

—¿Por qué lleva ese uniforme? —preguntó el cabo.

—Ah, esos hijos de perra lo asustaron —dijo Lapin—. Y no estoy hablando de los boches. No me irás a decir que sólo van a fusilar a uno de todo el regimiento.

—No lo sé —dijo el cabo—. ¿Ha estado siempre así?

—¿Tienes un pito? —preguntó el otro—. No me quedan.

El cabo sacó un paquete de cigarrillos. El otro escupió la colilla que le colgaba del labio sin mover siquiera la cabeza y cogió un pitillo del paquete—. Gracias —el cabo le tendió un mechero—. Gracias —dijo el otro. Tomó el mechero y lo hizo funcionar, hablando ya (o todavía) mientras encendía el cigarrillo, en movimiento sobre el labio, los brazos cruzados sobre el pecho, sujetando con cada mano el codo opuesto—. ¿Qué es lo que has dicho? ¿Si ha estado siempre así? Nooo. Un tornillo algo flojo, pero estaba perfectamente hasta..., ¿cómo?

Tenía al cabo delante, con la mano extendida.

—El mechero —dijo el cabo.

—¿Perdón?

—Mi mechero —dijo el cabo. Se miraron. Lapin hizo un leve movimiento con las muñecas y, al volver las manos, mostró las palmas vacías. El cabo siguió mirándolo, la mano extendida.

—Cielo santo —dijo Lapin—. Se me rompe el corazón. No me digas que has visto lo que he hecho con él. Si es cierto, entonces tienen razón; tan sólo han esperado un día más de la cuenta —hizo otro movimiento rápido con una mano; cuando volvió a abrirla el mechero estaba dentro. El cabo lo cogió.

—¿Qué te parece? —dijo Lapin—. Un tipo no es siquiera la suma de sus vicios: sólo la de sus costumbres. Aquí estamos los dos; a partir de mañana por la mañana a ninguno de los dos nos servirá de gran cosa y hasta entonces dará lo mismo quién lo tenga. Pero tú quieres que te lo devuelva porque estás acostumbrado a llevarlo encima, y yo intento birlártelo porque también es una de mis costumbres. Quizá sea ésa la razón de que se estén tomando tantas molestias preparándose para mañana por la mañana: van a hacer desfilar a toda la guarnición sólo para curar a tres pobres desgraciados de la mala costumbre de respirar. ¿No te parece, Cheval? —le dijo a su compañero.

—París —respondió el interpelado con voz ronca.

—No te quepa la menor duda —dijo Lapin—. De eso nos van a curar mañana: de la mala costumbre de no haber llegado a París después de trabajar cuatro años para conseguirlo. Pero esta vez lo vamos a lograr; aquí, el cabo, vendrá con nosotros para asegurarse de que llegamos.

—¿Qué ha hecho? —preguntó el cabo.

—No hace falta que seas tan discreto —replicó Lapin—. Pregunta qué hicimos. Asesinato. La culpa la tuvo la vieja; sólo tenía que decirnos dónde estaba escondido el dinero y luego portarse bien, tener la boca cerrada. Pero lo que hizo en cambio fue quedarse en la cama gritando como una posesa; de manera que la estrangulamos, porque de lo contrario nunca habríamos ido a París...

—París —repitió el otro con su voz babeante.

—Porque eso era todo lo que queríamos —dijo Lapin—. Todo lo que tratábamos de hacer: llegar a París. Pero la gente lo guiaba mal, lo mandaba en la dirección que no era, le echaban a los perros, los gendarmes diciendo siempre «circulen, circulen», ya sabes cómo son. De manera que cuando decidimos asociarnos aquel día (fue en Clermont Ferrand el año 14) Cheval no sabía cuánto tiempo llevaba en la carretera, porque tampoco sabíamos los años que tenía. Aunque sí bastante tiempo, porque no era más que un crío por entonces... Descubriste que tenías que ir a París antes incluso de descubrir que tenías que acostarte con una mujer, ¿no es cierto, Cheval?

—París —dijo el otro con voz ronca.

—... trabajaba un poco cuando encontraba una ocupación, dormía en establos y en setos hasta que volvían a echarle los perros o llamaban a la policía, diciéndole que circulara y sin molestarse siquiera en explicarle cómo ir a donde quería, hasta que llegas a pensar que no hay nadie en toda Francia que haya oído hablar de París, y no digamos nada de haber querido, de haber tenido que ir allí. ¿No es así, Cheval?

—París —dijo el otro.

—Hasta que un día nos encontramos en Clermont Ferrand y decidimos asociarnos y la cosa empezó a ir perfectamente: había una guerra en marcha y todo lo que tenías que hacer era enfundarte un traje azul del gobierno y al instante te librabas de los polis y de los civiles y de toda la raza humana; bastaba con saber a quién tenías que saludar y hacerlo enseguida. De manera que le llevamos una botella de brandy a un sargento que yo conocía...

—¿La raza humana? —preguntó el cabo.

—Claro —dijo Lapin—. Quizá no lo notes sólo con mirarlo, pero se mueve a oscuras sin hacer más ruido que un fantasma e incluso ve como un gato; apaga esta luz un segundo y te habrá sacado el mechero del bolsillo sin que te des cuenta... De manera que también él echaba una mano...

—¿Aprendió tan deprisa? —preguntó el cabo.

—Por supuesto que teníamos que tener un poco de cuidado con sus manos. Nunca quiso hacer nada malo, pero no sabe la fuerza que tiene, como aquella noche el mes pasado.

—Así que os iba bien durante esa época —dijo el cabo.

—Coser y cantar. De manera que también él ponía su granito de arena y a veces incluso iba motorizado, con el gobierno pagándoselo, y acercándonos cada vez más a París; poco más de un año, y ya habíamos llegado a Verdún, que, como cualquier boche te dirá, está prácticamente junto a París...

—Y os seguía yendo estupendamente —dijo el cabo.

—¿Por qué no? Si ni siquiera en tiempo de paz puedes confiarle tu dinero a un banco, ¿qué vas a hacer con él en tiempo de guerra, excepto guardarlo en el cañón de la chimenea o bajo el colchón o dentro del reloj de pared? O, si vamos a eso, en cualquier otro sitio donde se te ocurriera que podía estar escondido, porque a nosotros no nos importaba; aquí, Cheval, tiene tan buen olfato para un billete de diez francos como un cerdo para las trufas. Hasta aquella noche de hace un mes, aunque la culpa fue de la vieja; sólo tenía que decirnos dónde estaba el dinero y luego quedarse quieta con la boca bien cerrada, pero eso no le pareció bien, tuvo que seguir gritando en la cama, como una posesa, hasta que aquí, Cheval, le tapó la boca, ya te das cuenta, sin intención de hacerle daño; sólo apretarle un poco el cuello para que tuviéramos algo de paz y tranquilidad mientras buscábamos el dinero. Sólo que nos olvidamos de las manos, y cuando regresé...

—¿Regresaste? —preguntó el cabo.

—Yo estaba abajo buscando el dinero... Cuando volví ya no había nada que hacer. De manera que nos echaron el guante. Y cualquiera habría pensado que eso era suficiente, sobre todo porque incluso recuperaron el dinero...

—¿Lo habías encontrado? —preguntó el cabo.

—Claro. Mientras Cheval se ocupaba de la vieja. Pero no, no les pareció suficiente...

—¿Encontraste el dinero, te fuiste con él, y luego diste la vuelta y regresaste?

—¿Qué? —dijo Lapin.

—¿Qué te hizo cambiar de idea? —preguntó el cabo.

—Dame otro pito —respondió Lapin al cabo de un segundo. El cabo le pasó otro cigarrillo—. Gracias —el cabo le tendió el mechero—. Gracias —dijo Lapin. Lo cogió, encendió el cigarrillo y apagó el mechero; de nuevo inició con ambas manos la rápida y complicada manipulación hasta que se detuvo y, sin interrumpir el movimiento, una de las manos arrojó el mechero al cabo, los brazos cruzados de nuevo, las palmas en los codos opuestos, el cigarrillo agitándose mientras hablaba—. ¿Dónde me había quedado? Ah, sí. Pero eso no les bastó; sacarnos del calabozo de una manera decente y tranquila y fusilarnos no era suficiente; tenían que llevarse al pobre Cheval a un sótano en algún sitio y darle un susto de muerte. Justicia, ¿comprendes? Proteger nuestros derechos. Pillarnos no era suficiente; teníamos que insistir en que lo habíamos hecho. Que únicamente lo dijera yo no bastaba; también Cheval tenía que gritarlo hasta desgañitarse..., si es que eso quiere decir algo. Pero ya está todo en orden. Ahora ya no nos pueden parar —se volvió y le dio a Cheval una fuerte palmada en la espalda—. París mañana por la mañana, muchacho. No te olvides de eso.

Se abrió la puerta. Era otra vez el mismo sargento. No entró en la celda, sino que le dijo al cabo «Una vez más» y luego se apartó y sujetó la puerta hasta que salió. Luego la cerró con llave. En esta ocasión se trataba del despacho del alcaide mismo de la prisión, donde se encontraba una persona que el cabo tomó por otro suboficial hasta que vio, sobre el escritorio vacío, los utensilios que se utilizan para administrar los últimos sacramentos: sagrados óleos aguamanil velas y crucifijo, y sólo entonces reparó en la crucecita bordada en la guerrera de la persona que estaba junto a ellos; el otro sargento salió y cerró la puerta para que el cabo se quedara a solas con el sacerdote, quien alzó la mano para trazar en el aire el signo invisible de la Pasión, mientras el otro se detenía un instante en el umbral de la puerta, sin sorprenderse tampoco: atento, una vez más, mientras contemplaba al sacerdote; momento en el que una tercera persona que estuviera en la habitación habría advertido que casi eran de la misma edad.

—Entra, hijo mío —dijo el sacerdote.

—Buenas noches, sargento —dijo el cabo.

—¿Tanto te cuesta llamarme padre? —preguntó el sacerdote.

—Nada en absoluto —respondió el cabo.

—Entonces hazlo —le propuso el sacerdote.

—Claro que sí, padre —dijo el cabo. Luego entró en la habitación, lanzando

nuevamente una ojeada rápida y tranquila a los sagrados utensilios colocados sobre el escritorio mientras el sacerdote, a su vez, lo observaba.

—Eso no —dijo el sacerdote—. Todavía no. Vengo a ofrecerte la vida.

—Entonces lo manda él —dijo el cabo.

—¿Él? —preguntó el sacerdote—. ¿A quién puedes referirte, excepto al dispensador de toda vida? ¿Por qué tendría que enviarme Él para ofrecerte lo que ya te confiara en su momento? Porque el hombre al que aludes, pese a su altísima graduación y su mucho poder, sólo puede quitártela. Nunca ha estado en su mano darte la vida porque, pese a todas sus estrellas y entorchados, tampoco pasa de ser, ante Dios, otro pellizco de polvo descompuesto y efímero. Ni uno ni otro me han enviado aquí: ni quien te dio la vida, ni quien no tiene poder de dar la vida ni a ti ni a nadie. Es el deber lo que me ha traído aquí. No esto —por un instante su mano tocó la crucecita bordada en el cuello de la guerrera—, ni la sotana, sino mi fe en Él; no vengo siquiera como su portavoz, sino como hombre...

—¿Como francés? —preguntó el cabo.

—De acuerdo —dijo el sacerdote—. Sí, como francés, si lo prefieres... Un deber que me exige venir aquí para ordenarte, no para pedirte ni para ofrecerte sino para ordenarte, que conserves la vida que nunca ha sido tuya y a la que nunca tendrás derecho a renunciar para salvar otra vida.

—¿Salvar otra vida? —preguntó el cabo.

—El comandante de la división a la que pertenece tu regimiento —dijo el sacerdote—. También él morirá por lo que el mundo que él conoce (el único, porque le ha dedicado toda su vida) llamará su fracaso, mientras que tú morirás por lo que tú, en cualquier caso, llamarás una victoria.

—Así que es él quien lo ha enviado —dijo el cabo—. Para hacerme chantaje.

—Ten cuidado —dijo el sacerdote.

—Entonces no me lo diga a mí —dijo el cabo—. Dígaselo a él si es que, de todos modos, sólo puedo salvarle la vida a Gragnon dejando de hacer algo que, según usted me dice, ni puedo ni he podido hacer nunca. Dígaselo a él. Yo tampoco quiero morir.

—Ten cuidado —dijo el sacerdote.

—No era eso lo que quería decir —respondió el cabo—. Quería decir...

—Sé lo que querías decir —le atajó el sacerdote—. Por eso he dicho que tengas cuidado. Has de saber de Quién te burlas atribuyendo tu orgullo humano a Aquel que murió hace dos mil años para afirmar que los hombres no tendrán nunca ni el derecho ni la necesidad de erigirse en dueños de la vida y de la muerte de otro; a vosotros dos, a ti y a aquel a quien has mencionado, os libró de esa espantosa carga: a ti del derecho y a él de la obligación de disponer de tu vida; libró para siempre a los pobres mortales del miedo y de la opresión, y de la angustia de la responsabilidad, de esa soberanía sobre la muerte y el destino del ser humano que le habría sido legada, que

hubiera quedado ligada a él como una maldición, cuando Él rechazó en nombre de la humanidad la tentación de ese dominio, cuando rechazó la terrible tentación de ese poder sin límites y sin freno, cuando respondió al tentador: *Da al César lo que es del César*. Lo sé —dijo rápidamente antes de que el cabo pudiese intervenir—: A Chaulnesmont lo que es de Chaulnesmont. Sí, claro, estás en lo cierto; soy francés antes que nada. De manera que ahora puedes incluso citar contra mí al testigo, ¿no es cierto?

—¿Al testigo? —repitió el cabo.

—El Libro —dijo el otro. El cabo se lo quedó mirando—. ¿Quieres decir que ni siquiera sabes de qué hablo?

—No sé leer —dijo el cabo.

—Entonces lo citaré como si fueras tú, haré la alegación en tu lugar —dijo el sacerdote—. No fue Él con su humildad, su compasión y su espíritu de sacrificio quien convirtió al mundo; fue la Roma pagana y sanguinaria quien lo hizo con Su martirio; soñadores frenéticos e irreductibles llevaban trescientos años propagando el mismo sueño desde Asia Menor, hasta que, a la larga, uno de ellos encontró un César lo bastante estúpido como para crucificarlo. Y sí, tienes razón. Pero también la tiene él (ahora no estoy hablando de Él, sino del anciano que ocupa esa sala con la alfombra blanca y sobre cuyos hombros estás tratando de rechazar, esquivándolos, tu derecho y tu deber de querer y de decidir libremente). Porque sólo Roma podía haberlo hecho, podía haberlo logrado, e incluso Él (ahora sí hablo de Él) lo sabía, lo sentía y lo intuía, aunque fuese un soñador irreductible y frenético. Porque incluso Él mismo lo dijo: *Sobre esta piedra edificaré mi iglesia*, si bien no se dio cuenta, nunca llegó a hacerlo, del verdadero significado de lo que estaba diciendo, creyendo todavía que estaba utilizando una metáfora poética, un sinónimo, una parábola: que *piedra*, *roca*, significaba corazón inestable e inconstante, e *iglesia* esperanza quimérica. Tampoco fue el primero y más querido de sus aduladores quien entendió ese significado, puesto que era también ignorante e irreductible como Él y al final casi consiguió electrocutarse, como Él, con la chispa de aquel sueño irreductible. Fue Pablo, que era en primer lugar romano, en segundo lugar hombre y sólo después soñador, por lo que, entre todos ellos, resultó ser el único capaz de leer el sueño correctamente, dándose cuenta de que, para que durase tenía que ser algo más que una esperanza nebulosa y quimérica; tenía que ser una *iglesia*, una *institución*, una moral que permitiera al ser humano ejercer su derecho y su deber al libre albedrío y a la libre decisión, pero no a cambio de una recompensa parecida a los cuentos con los que se tranquiliza a los niños para que se acostumbren a la oscuridad, sino la recompensa de poder vérselas pacíficamente, sin perder pie, con el mundo duro y duradero (tanto si ha sabido siempre por qué como si no le ha preocupado nunca, dado que, en el momento actual, podía enfrentarse también con eso) en el que se

hallaba él mismo. Sin *caer en la trampa* del frágil entramado de esperanzas y miedos y aspiraciones a los que el ser humano llama su corazón, sino *fijada, establecida* para durar, en esa *pedra, roca*, cuyo sinónimo era la capital, rica en semillas, del mundo duro, duradero y resistente, contra el que el hombre debía, a cualquier precio, luchar o, de lo contrario, perecer. De manera que, ya ves, es el anciano de Chaulnesmont quien tiene razón. No fue Él, ni tampoco Pedro, sino Pablo quien, por tener sólo una tercera parte de soñador, y dos terceras partes de un hombre que era romano a medias, pudo luchar contra Roma. Todavía más: fue él quien rindiéndose al César, venció a Roma; más aún, la destruyó, porque ¿dónde está esa Roma en la actualidad? Hasta el punto de que sólo subsiste esta *roca*, esta ciudadela. Dar a Chaulnesmont. ¿Por qué tendrías que morir?

—Dígaselo a él —repitió el cabo.

—Para salvar otra vida que tu sueño electrocutará —dijo el sacerdote.

—Dígaselo también —respondió el cabo.

—Recuerda... —dijo el sacerdote—. No, no puedes recordarlo, no lo conoces, no sabes leer. De manera que tendré que ser yo las dos cosas: defensor y fiscal. *Convierte esas piedras en pan, y todos los hombres Te seguirán.* Y Él contestó, *No sólo de pan vive el hombre.* Porque también eso lo sabía, aunque fuese un soñador frenético e irreductible: sabía que se le tentaba para que tentara y condujera a los seres humanos no con el *pan*, sino con el *milagro* de aquel pan, la superchería, la añagaza, el engaño de aquel pan; se le tentaba para que creyera que el ser humano no sólo era capaz y estaba dispuesto, sino incluso deseoso de aquel engaño, que incluso cuando la superchería de aquel milagro lo hubiera llevado al punto donde el pan se convertiría de nuevo en piedra dentro de su propio vientre, destruyéndolo, sus mismos hijos suspirarían, anhelantes, aguardando la oportunidad de tener entre las manos, a su vez, la superchería de aquel milagro que los destruiría. No, no; escucha a Pablo, que no necesitaba ningún milagro, ni exigía ningún martirio. Salva esa vida. *No matarás.*

—Dígaselo a él —insistió el cabo.

—Acepta la tuya mañana, si debes hacerlo —dijo el sacerdote—. Pero salva la suya ahora.

—Dígaselo también.

—Poder —dijo el sacerdote—. No sólo poder sobre la tierra sola ofrecida por la tentación del simple milagro, sino ese poder más terrible sobre el universo mismo; ese terrible poder sobre todo el universo que Le hubiera dado el dominio sobre el destino mortal del hombre si no hubiese rechazado, cara a cara con el tentador, esa tercera y aún más terrible tentación de inmortalidad, tentación que si Le hubiera hecho vacilar o si hubiera sucumbido ante ella, habría destruido el reino de su Padre no sólo en la tierra sino también en el cielo, porque habría destruido el cielo; ¿qué

valor, en la escala de las esperanzas y las aspiraciones del ser humano, qué dominio, qué pretensiones sobre el mismo ser humano podría tener un cielo que fuese posible merecer por el rastrero medio de un chantaje: el ser humano, a su vez, sin más garantía que un solo precedente, arrojándose desde lo alto del precipicio más próximo, en el momento en que se cansara del peso de su libre albedrío y de su libre decisión, el derecho al primero y el deber de la segunda, diciéndole a su Creador, desafiante: *Déjame caer, si te atreves?*

—Dígaselo también a él.

—Salva esa otra vida. Admitamos que el derecho de libre albedrío está en tu propia muerte. Pero el deber de escoger no te pertenece. Le pertenece a él. Es la muerte del general Gragnon.

—Dígaselo —repitió el cabo. Se miraron el uno al otro. Luego el sacerdote dio la sensación de hacer, convulso, un esfuerzo terrible, aunque no quedó claro si para hablar o para callar, incluso después de que exclamase, como si se tratara de un gesto, de un gesto de adiós, no de derrota ni de cansancio, ni siquiera de desesperación, sino, por así decirlo, de rendición:

—Recuerda aquel pájaro.

—Entonces —dijo el cabo—, ha sido él quien lo ha enviado.

—Sí —dijo el sacerdote—. Me mandó llamar. Dar al César... Pero ha regresado —añadió.

—¿Regresado? —preguntó el cabo—. ¿Él?

—El que te había negado —dijo el sacerdote—. El que te volvió la espalda. El que se liberó de ti. Pero ha vuelto. Y ahora son once otra vez —se movió hasta situarse delante del cabo—. Sálvame también a mí —dijo. Luego se arrodilló ante él, las manos unidas, puño contra puño, sobre el pecho—. Sálvame —dijo.

—Levántese, padre —dijo el cabo.

—No —respondió el sacerdote. Buscó un momento en el interior de la guerrera y extrajo su libro de oraciones, con las esquinas dobladas y también con manchas, por el tiempo pasado en primera línea, que pareció abrirse automáticamente en la estrecha cinta morada de su registro cuando el sacerdote le dio la vuelta y se lo tendió al cabo—. Léemelo entonces —dijo. El cabo tomó el libro.

—¿Leer qué? —preguntó.

—El oficio para los moribundos —respondió el sacerdote—. Pero tú no sabes leer, ¿no es cierto? —dijo. Recuperó el libro y lo cerró con fuerza, las manos contra el pecho, la cabeza todavía inclinada—. Sálvame, entonces —dijo.

—Levántese —dijo el cabo, agachándose para coger al sacerdote por el brazo, aunque éste había empezado ya a levantarse, tratando un poco torpemente de introducir el libro en el bolsillo interior de la guerrera; al volverse, rígido y todavía inseguro, pareció tropezar ligeramente y dio la impresión de ir a caerse, aunque de

nuevo se rehizo antes de que el cabo lo tocara, dirigiéndose hacia la puerta, una mano alzada ya en su dirección, o en dirección a la pared o simplemente levantada, como si también estuviera ciego, el cabo observándolo, hasta que finalmente le dijo:

—Olvida sus cosas.

El sacerdote se detuvo, aunque sin volverse todavía.

—Sí —dijo—. Es cierto. Sí —continuó—, eso he hecho —luego se volvió, regresó junto al escritorio, reunió los objetos sagrados (óleos aguamanil estola y crucifijo), acumulándolos a duras penas bajo un brazo y extendiendo luego el otro hacia las velas, aunque se detuvo de nuevo, el cabo observándolo siempre.

—Puede usted mandar a alguien a recogerlos —le dijo.

—Sí —dijo el sacerdote—. Puedo mandar a alguien —se volvió, dirigiéndose de nuevo hacia la puerta, se detuvo una vez más y, al cabo de un momento, empezó a alzar la mano, aunque el cabo ya se le había adelantado, dando dos o tres golpes secos con los nudillos sobre la madera; la puerta se abrió un momento después, dejando ver al sargento, mientras el sacerdote permanecía inmóvil un segundo o dos más, apretando contra el pecho los amontonados símbolos de su ministerio. Luego pareció recuperarse—. Sí —dijo—, puedo mandar por ellos.

A continuación cruzó el umbral, y esta vez ni siquiera hizo una pausa cuando el sargento lo alcanzó para preguntarle:

—¿Quiere que se los lleve a la capilla, padre?

—Gracias —dijo el sacerdote, entregándole los objetos; después, ya libre, siguió andando; ahora estaba incluso a salvo: fuera, al aire libre, en contacto únicamente con la oscuridad primaveral, la noche de primavera suave y estrellada por encima de las paredes desnudas y sin luz, y también entre ellas, llenando el pasadizo vacío, el callejón sin techo, en cuyo fondo podía ver un fragmento de la distante alambrada y de la pasarela, iluminada de cuando en cuando por el despiadado resplandor de los reflectores, separados, a su vez, por los ojos enrojecidos de los pitillos de los centinelas senegaleses; y más allá el llano a oscuras, y más allá aún el débil resplandor insomne de la ciudad desvelada; y ahora recordó cuándo los había visto por vez primera, cuándo los había visto por fin, alcanzándolos por fin, dos inviernos atrás, cerca del Chemin des Dames —detrás de Combles, Souchez, no estaba seguro—, la plaza adoquinada en la tarde templada (no: noche templada, sólo era otoño todavía, todavía un poco antes de que empezara en Verdún aquel invierno definitivo para la raza humana, maldita y condenada), vacía ya de nuevo porque de nuevo se le habían escapado por unos minutos, los brazos las manos alzadas para mostrarle, las voces serviciales y contradictorias dándole instrucciones, demasiadas en realidad, demasiadas voces serviciales y demasiadas explicaciones, hasta que, al final, un lugareño lo acompañó hasta la salida del pueblo para mostrarle el camino exacto e incluso señalarle a lo lejos la masa confusa de la granja misma: un patio vallado que

encerraba casa, establos y demás dependencias, atardecer ya, y entonces los reconoció, ocho, inmóviles al principio en torno al porche de la cocina; luego vio a dos más, el cabo y otro, sentados en los escalones, con delantales de bayeta o hule, el cabo limpiando un ave, un pollo, el otro pelando patatas que luego colocaba en una cacerola, mientras cerca, por encima de ellos, la granjera con un jarro, acompañada por una niña de unos diez años aproximadamente, las dos manos llenas de tazones y vasos; enseguida, mientras los contemplaba, los otros tres salieron del establo con el granjero y cruzaron el patio con cubos de leche.

No se acercó, ni tampoco hizo nada por darse a conocer: se limitó a contemplarlos mientras la mujer y la chiquilla cambiaban el jarro y los vasos por el ave, la cacerola y los cubos de leche; después se llevaron los alimentos al interior de la casa y el granjero llenó con el contenido del jarro los recipientes que el cabo recibía e iba pasando a los demás; luego todos bebieron con los brindis habituales, al trabajo sosegado, al sereno terminar del día, en previsión de la cena tranquila a la luz de la lámpara, lo que quiera que fuese; luego llegó la oscuridad, la noche; la noche, desde luego, porque la segunda vez fue en Verdún, la noche helada para Francia y también para el ser humano, puesto que Francia era la cuna de la libertad del espíritu del hombre, en las ruinas del mismo Verdún, a tan poca distancia de Gaud y Valaumont que podía oírse su agonía; sin acercarse tampoco esta vez, tan sólo contemplando desde lejos, invisible detrás de las espaldas de color basura y angustia, el lugar donde los trece permanecían en el centro del círculo, conversando o en silencio, exhortando o no, nunca lo sabría, sin atreverse a saberlo; pensando: *Sí, incluso entonces no me atreví*; incluso aunque no necesitaran hablar o exhortar, puesto que creer, sencillamente, bastaba; pensando: *Sí, eran trece e incluso ahora todavía son doce*; pensando: *Incluso aunque fuera sólo uno, sólo él, sería suficiente, más que suficiente*, pensando *Sólo él para interponerse entre la salvación y yo, entre la seguridad y yo, entre la paz y yo*; y, aunque conocía bien el campamento y sus alrededores, por un momento quedó desorientado, como sucede a veces cuando se entra a oscuras en un edificio desconocido por una puerta, y luego, cuando ya es de día, se sale de él por otra, aunque aquí no era ése el caso, pensando con algo muy semejante a una tranquila ausencia de asombro *Sí, probablemente supe desde el momento en que me mandó llamar por qué puerta tendría que salir, la única salida que me quedaba*. De manera que sólo duró un momento o dos, o posiblemente aún menos que eso: un infinitesimal bandazo vertiginoso y pared de piedra y ladrillo recobraron una vez más su ordenada y siempre repudiada presencia; una esquina, un giro, y el centinela que seguía donde había recordado que estaría, sin hacer su recorrido habitual, sencillamente en su lugar descanso, con el fusil apoyado en el suelo, junto a la verja de hierro.

—Buenas noches, hijo mío —dijo el sacerdote.

—Buenas noches, padre —dijo el centinela.

—Me pregunto si me podrías prestar la bayoneta —dijo el sacerdote.

—¿La qué? —preguntó el centinela.

—La bayoneta —dijo el sacerdote, extendiendo el brazo.

—No me es posible hacerlo —dijo el centinela—. Estoy de guardia..., en mi puesto. El cabo... El mismo oficial de jornada podría pasar...

—Diles que me la he llevado yo —respondió el sacerdote.

—¿Llevado? —preguntó el centinela.

—Que te la exigí —dijo el sacerdote, el brazo siempre extendido—. Vamos — luego la mano se movió, sin prisa, y sacó la bayoneta del cinturón del centinela—. Diles que me la llevé —insistió el sacerdote, volviéndose ya—. Buenas noches.

O quizá el otro respondió incluso; quizá incluso en el callejón silencioso y vacío un último eco debilitado de una última y cordial voz humana expresándose en forma de protesta, aunque cordial y humana, o de asombro o simple defensa, sin dar explicaciones, de un *es sencillamente porque es*; y luego nada más, pensando: *Era una lanza, debiera de haber cogido también el fusil*, y luego nada más, pensando *El lado izquierdo y yo soy diestro*, pensando *Pero al menos Él no llevaba un capote de infantería y una camisa de los almacenes del Louvre, de manera que, por lo menos, puedo hacer eso*, abriéndose la guerrera y apartándola y después desabrochándose la camisa hasta que sintió contra la carne la punta fría de la hoja y a continuación el susurro frío y cortante de la hoja misma al hundirse, iniciando enseguida algo semejante a un grito débil, aunque audible, como de asombro ante su propia rapidez, si bien cuando bajó los ojos era apenas la punta misma lo que se había hundido y entonces dijo en voz alta, calmamente: *Y ahora, ¿qué? Pero Él tampoco estaba de pie*, pensó *Estaba clavado en la cruz y me perdonará* y se dejó caer de lado, sujetando con firmeza la bayoneta para que el extremo de la empuñadura golpeará los ladrillos, y se volvió un poco hasta que la mejilla reposó sobre los ladrillos todavía tibios y después empezó a emitir un débil grito de frustración y desesperanza hasta que la presión de la mano entre la guarda de la bayoneta y su propia carne le informó mejor, de manera que pudo dejar de gritar ya, al salirle, de repente, por la boca, a oleadas, el dulce y espeso murmullo cálido.

* * *

Tocando la bocina insistentemente —sin malhumor, ni angustia, ni siquiera irritación; tan sólo con un algo que se parecía a la infatigable y desenvuelta despreocupación gálica—, el automóvil francés de estado mayor se fue arrastrando por la plaza del *Hôtel de Ville* como si, con suavidad y firmeza, palmeara en la espalda con la bocina misma a la multitud para que se apartara, para que le abriera un camino por donde pasar. No era un vehículo grande. No llevaba gallardete de general

ni tampoco insignia alguna de ninguna clase; no era más que un pequeño vehículo militar, indudablemente francés, conducido por un soldado francés y ocupado por otros tres militares, tres soldados rasos americanos que, hasta que se reunieron en la oficina de la compañía en Blois, donde el automóvil francés los había recogido cuatro horas antes, nunca se habían visto, y que iban sentados dos atrás y uno en el asiento delantero, con el chófer, mientras el vehículo, entre suaves bocinazos, avanzaba a paso de tortuga entre el tropel de rostros extenuados, macilentos, insomnes.

Uno de los americanos del asiento trasero había sacado la cabeza por la ventanilla y miraba ávidamente a su alrededor, no a los rostros, sino a los edificios que circundaban la plaza. Llevaba abierto, entre las manos, un mapa muy grande que había sido doblado, desdoblado y vuelto a doblar infinidad de veces. Era muy joven, con ojos castaños tan confiados y tranquilos como los de una vaca, dentro de un rostro franco e ingenuo, incorregiblemente bucólico —un rostro de granjero, destinado a disfrutar con su tranquila herencia campesina (su padre, como él más tarde, criaba cerdos en Iowa, y cultivaba también el excelente maíz con que los alimentaba y los engordaba para luego venderlos), por la simple razón de que al final de sus jornadas de fáciles digestiones (lo que iba a sucederle en el transcurso de los próximos treinta minutos lo atormentaría por supuesto de cuando en cuando, pero sólo en sueños, como atormentan las pesadillas) nunca se le ocurriría que pudiera haber hallado en el mundo nada más digno de ser amado—, que sacaba apasionadamente medio cuerpo fuera del automóvil, prescindiendo por completo del amasijo de rostros entre los que se arrastraban, mientras preguntaba con avidez:

—¿Cuál es? ¿Cuál es?

—¿Cuál es qué? —preguntó el soldado que ocupaba el asiento al lado del chófer.

—El cuartel general —respondió el primero—. El Hotel de Villy.

—Espera a estar dentro —replicó el otro—. Te has ofrecido voluntario para verlo por dentro.

—También quiero verlo por fuera —dijo el primero—. Por eso me he presentado voluntario para esta..., como-se-quiera-llamarla. Pregúntale a él —dijo, indicando al chófer—. Tú hablas en gabacho.

—Esta vez no —dijo el otro—. Mi francés no está acostumbrado a edificios así —pero no era necesario, de todos modos, porque en el mismo momento vieron a los tres centinelas (estadounidense, francés y británico) encuadrando la puerta, y un instante después el automóvil torció para atravesar la verja y tuvieron delante el patio atestado de motocicletas y vehículos de estado mayor con los distintos emblemas de los tres países. El automóvil no se detuvo allí, sin embargo. Abriéndose camino entre los otros vehículos a una velocidad realmente disparatada, se dirigió hacia la fachada posterior del impresionante edificio barroco («¿Ahora qué?», le dijo el otro al natural de Iowa, siempre asomado a la ventanilla, contemplando el sorprendente camino de

ronda almenado del edificio. «¿Esperabas que nos dejaran pasar por la puerta principal?»

«Me da lo mismo», dijo el de Iowa. «Así es como me lo imaginaba.») donde un policía militar estadounidense les hacía señales con una linterna eléctrica junto a la entrada de un patio de sótano. El automóvil voló hasta llegar junto a él y se detuvo. El policía abrió la portezuela, pero, como el de Iowa estaba ahora ocupado tratando de doblar el mapa, fue el de delante, apellidado Buchwald, el primero en apearse. Su abuelo había sido el rabino de una sinagoga de Minsk hasta que un sargento cosaco le machacó el cráneo con los cascos herrados de su caballo. Su padre era sastre; él había nacido en el cuarto piso de una casa de vecindad de Brooklyn que no tenía ni ascensor ni agua caliente. Dos años después de que el Congreso de los Estados Unidos aprobara la ley seca, sin otra herramienta en las manos que una ametralladora Lewis adaptada, salida de los excedentes del ejército, se convirtió en el zar de un imperio de un millón de dólares que abarcaba toda la costa del Atlántico desde Canadá hasta la cala o el arenal de Florida que sus hombres utilizaban cada noche. Buchwald tenía unos ojos tan pálidos que casi resultaban incoloros; en aquel momento era además un individuo vigoroso y enjuto, aunque, unos meses antes del décimo aniversario de aquel día, tumbado en un ataúd de diez mil dólares y rodeado de flores por valor de la mitad de esa cifra, parecería rollizo, casi gordo.

—Vamos, vamos —dijo el policía militar agachándose hacia el interior del automóvil. El de Iowa se apeó también, en una mano el mapa torpemente doblado, mientras con la otra se palmeaba un bolsillo. Para evitar a Buchwald hizo una finta tan profesional como la de un jugador de fútbol americano, se abalanzó sobre la parte delantera del automóvil y colocó el mapa para que lo iluminara la luz de uno de los faros, todavía palmeándose el bolsillo.

—¡Maldita sea! —dijo—. He perdido el lápiz —el tercer soldado americano no había salido aún del vehículo. Era un individuo de color, de un negro intensísimo. Se apeó con la elegancia de un bailarín de ballet, sin cursilería ni afectación sino, más bien, viril y femenino a la vez o, quizá, más exactamente, asexuado, y se quedó quieto, con una postura apenas estudiada, mientras el de Iowa se daba la vuelta y esta vez hacía tres fintas para esquivar a los tres (Buchwald, el policía y el negro) y, siempre con el mapa a cuestas, que ahora volvía a desdoblarse irremediablemente, introdujo la mitad superior del cuerpo en el interior del vehículo, diciéndole al policía:

—Présteme su linterna. Debe de haberseme caído al suelo.

—Anda y que te zurzan —dijo Buchwald—. Vamos.

—Es mi lápiz —dijo el de Iowa—. Aún lo tenía en la última ciudad importante por la que pasamos..., ¿cómo se llamaba?

—Si es necesario llamaré a un sargento —dijo el policía—. ¿Van a obligarme a

hacerlo?

—Quia —dijo Buchwald—. Vamos —dirigiéndose al de Iowa—. Probablemente tendrán un lápiz ahí dentro. También aquí saben leer y escribir —el otro sacó el cuerpo del automóvil y se irguió. Luego empezó a doblar una vez más el mapa. Guiados por el policía, se dirigieron hacia el patio que quedaba por debajo del gran patio, y descendieron a él, el de Iowa siempre pendiente de la gran altura del edificio.

—Sí —dijo—. Tal como me lo imaginaba.

Bajaron unos escalones y cruzaron una puerta; se hallaban en un estrecho pasadizo enlosado; el policía abrió otra puerta y penetraron en una antecámara; el policía cerró la puerta tras ellos. La nueva habitación contenía una litera, una mesa, un teléfono y una silla. El de Iowa se acercó a la mesa y empezó a buscar entre los papeles que había encima.

—¿Crees que no te acordarás de que has estado aquí si no pones una cruz al lado del nombre? —preguntó Buchwald.

—No es para mí —dijo el de Iowa, desordenando todos los papeles—. Es para la chica con quien me voy a casar. Le prometí...

—¿También le gustan los cerdos? —preguntó Buchwald.

—¿Cómo? —respondió el de Iowa, que se detuvo para volver la cabeza; todavía medio inclinado sobre la mesa, miró a Buchwald con expresión amable, sincera, confiada, serena—. ¿Por qué no? —dijo—. ¿Qué tienen de malo los cerdos?

—De acuerdo —dijo Buchwald—. De manera que se lo prometiste.

—Eso es —dijo el de Iowa—. Cuando nos enteramos de que me mandaban a Francia le prometí llevar un mapa y marcar todos los sitios a donde fuera, especialmente los lugares de los que todo el mundo ha oído hablar, como París. Ya tengo Blois, y Brest, y conseguiré París por haberme presentado voluntario para esto, y además voy a marcar incluso Chaulnesmont, el gran cuartel general de todo el invento, tan pronto como encuentre un lápiz —acto seguido reanudó su búsqueda por la mesa.

—¿Qué vas a hacer con él? —preguntó Buchwald—. Con el mapa, cuando vuelvas a casa.

—Enmarcarlo y colgarlo de la pared —dijo el de Iowa—. ¿Qué pensabas que iba a hacer con él?

—¿Estás seguro de que querrás tener señalado este sitio? —preguntó Buchwald.

—¿Cómo? —dijo el de Iowa. Luego añadió—: ¿Por qué?

—¿Es que no sabes para qué te has presentado voluntario? —dijo Buchwald.

—Claro que sí —respondió el de Iowa—. Para tener la oportunidad de visitar Chaulnesmont.

—Lo que te pregunto es si alguien te explicó lo que ibas a hacer aquí —dijo Buchwald.

—No llevas mucho tiempo en el ejército, ¿verdad? —dijo el de Iowa—. En el ejército no preguntas qué es lo que vas a hacer: te limitas a hacerlo. De hecho, la manera de que te vaya bien en el ejército es no preguntarte nunca por qué quieren que se haga algo o qué van a hacer con ello cuando esté acabado; tan sólo limitarte a hacerlo y luego perderte de vista lo antes posible, no sea que te vean por casualidad y piensen en encargarte algo más; es mejor que tengan que pensar primero en algo que hacer y luego busquen a alguien que lo haga. Maldita sea. Me parece que tampoco aquí tienen un lápiz.

—Quizá Sambo tenga uno —dijo Buchwald. Miró al negro—. ¿Por qué te presentaste voluntario, además del pase para estar tres días en París? ¿También para ver Chaulnesmont?

—¿Qué me has llamado? —preguntó el negro.

—Sambo —dijo Buchwald—. ¿Tú no gustar?

—Me llamo Philip Manigault Beauchamp —dijo el negro.

—Sigue —dijo Buchwald.

—Se deletrea Manigault pero se pronuncia Manigó —dijo el negro.

—Ya vale —dijo Buchwald.

—¿Tienes un lápiz, compañero? —le preguntó el de Iowa al negro.

—No —respondió el otro. Ni siquiera miró al de Iowa. Aún seguía mirando a Buchwald—. ¿Es que no te parece bien?

—¿A mí? —dijo Buchwald—. ¿De qué parte de Texas eres?

—Texas —repitió el negro con una especie de desdeñoso asombro. Se miró las uñas de la mano derecha, y luego se las frotó con energía contra el costado—. Mississippi. Me iré a vivir a Chicago en cuanto se acabe esta mierda. Trabajaré en una funeraria, si eso te interesa.

—¿Pompas fúnebres? —dijo Buchwald—. Tú gustar muertos, ¿eh?

—¿No hay nadie en toda esta condenada guerra que tenga un lápiz? —preguntó el de Iowa.

—Sí —dijo el negro. Inmóvil, alto, esbelto, sin afectación: tan sólo con aplomo; de repente lanzó a Buchwald una mirada femenina y desafiante—. Me gusta ese oficio. ¿Pasa algo?

—De manera que sabes para qué te ofreciste voluntario, ¿no es eso?

—Quizá sí y quizá no —respondió el negro—. ¿Por qué lo has hecho tú? ¿Además del pase de tres días en París?

—Porque amo a Wilson —dijo Buchwald.

—¿Wilson? —preguntó el de Iowa—. ¿Conoces al sargento Wilson? Es el mejor del ejército.

—Entonces no lo conozco —respondió Buchwald sin mirar al de Iowa—. Todos los suboficiales que conozco son unos hijos de perra. ¿Te lo dijeron o no te lo

dijeron? —añadió, dirigiéndose al negro.

El de Iowa empezó entonces a mirarlos a los dos sucesivamente.

—¿Qué está pasando aquí? —preguntó.

Se abrió la puerta. Era un sargento mayor americano. Entró deprisa y los miró brevemente. Llevaba un maletín.

—¿Quién hace cabeza? —preguntó. Miró a Buchwald—. Tú —luego abrió el maletín y sacó algo que ofreció a Buchwald. Era una pistola.

—Es una pistola alemana —dijo el de Iowa. Buchwald la cogió. El sargento mayor buscó de nuevo en el maletín; esta vez sacó una llave, la llave para abrir una puerta, que también ofreció a Buchwald.

—¿Por qué? —preguntó Buchwald.

—Cógela —dijo el sargento mayor—. ¿No querréis seguir aquí vosotros solos toda la vida? —Buchwald aceptó la llave y se la guardó, junto con la pistola, en un bolsillo.

—¿Por qué no lo hacéis vosotros mismos, hijos de perra? —preguntó.

—Así que hemos hecho todo el camino hasta Blois para regresar con alguien que quiere pasarse la noche discutiendo —dijo el sargento mayor—. Vamos —añadió—. Acabad de una vez —empezó a darse la vuelta.

Esta vez fue el de Iowa quien levantó la voz:

—Un momento —dijo—. ¿Qué es lo que está pasando? —el sargento mayor se detuvo y miró primero al de Iowa y después al negro. A continuación le dijo a Buchwald:

—De manera que se te han vuelto tímidos de pronto.

—¿Tímidos? —dijo Buchwald—. No te preocupes por eso. El moreno no lo puede evitar, la timidez forma parte de lo que se podría decir que es uno de sus hábitos o costumbres o pasatiempos. El otro ni siquiera sabe lo que quiere decir tímido.

—De acuerdo —dijo el sargento mayor—. Es asunto tuyo. ¿Estáis listos?

—Espera —dijo Buchwald. No se volvió para mirar a los otros dos, cerca de la mesa, que los miraban a él y al sargento mayor—. ¿De qué se trata?

—Creía que te lo habían explicado —dijo el sargento mayor.

—Me interesa tu punto de vista —dijo Buchwald.

—Han tenido algún problemilla con él —dijo el sargento mayor—. Hay que hacerlo de frente, por su propio bien, y no digamos nada del de todos los demás. Pero no parecen capaces de hacérselo entender. Hay que matarlo por delante, con una bala boche, ¿te das cuenta? ¿Lo entiendes ahora? Cayó en el campo de batalla durante el ataque del lunes por la mañana; van a atribuirle todos los méritos: aquella mañana estuvo donde no le correspondía estar, ya que se trata de un general de división, autorizado para el resto de su vida a quedarse atrás y decir «¡Dadles su merecido,

muchachos!»). Pero no fue eso lo que hizo. Estuvo allí en persona, llevando a sus hombres a la victoria por Francia y por la patria. Creo que le van a dar incluso una medalla nueva, pero sigue empeñado en no entenderlo.

—¿De qué se queja? —preguntó Buchwald—. Sabe que está acabado, ¿no es cierto?

—Claro que sí —respondió el sargento—. Sabe que no tiene nada que hacer. Pero el problema no es ése. No van por ahí los tiros. Sencillamente se niega a dejarles hacerlo así; jura que no permitirá que lo maten de frente sino por la espalda, como cualquier sargento primero o subteniente que se cree demasiado fuerte para asustarse y demasiado duro para que le hagan daño. Ya entiendes: hacer saber a todo el mundo que no ha sido el enemigo sino su propia gente.

—¿Por qué no se limitan a sujetarlo? —preguntó Buchwald.

—Vamos, vamos —dijo el sargento mayor—. No se sujeta a un general de división francés y se le pega un tiro en la cara.

—Entonces, ¿cómo imaginan que lo vamos a hacer nosotros? —preguntó Buchwald. El sargento se lo quedó mirando—. Ah —dijo—. Quizá lo estoy entendiendo ya. No lo sujetan los soldados *franceses*. Quizá la próxima vez se trate de un general americano y tres gabachos consigan un viaje a Nueva York.

—Por supuesto —dijo el sargento mayor—. Si me dejan elegir a mí al general. ¿Estáis listos?

—Sí —dijo Buchwald. Pero no se movió. Luego añadió—: Claro. Pero ¿por qué nosotros, de todas formas? Si es un general gabacho, ¿por qué no lo han hecho los gabachos? ¿Por qué tenemos que ser nosotros?

—Quizá porque un guripa americano es el único hijo de perra al que se puede sobornar con un viaje a París —dijo el sargento mayor—. Vamos.

Pero Buchwald siguió sin moverse; sus pálidos ojos, llenos de dureza, reflexionaban impasibles.

—Vamos —dijo—. Escupe.

—Si os ibais a echar atrás, ¿por qué no hacerlo antes de salir de Blois? —preguntó el sargento mayor.

Buchwald dijo algo irreproducible.

—Escupe —exigió—. Acabemos de una vez.

—De acuerdo —dijo el sargento mayor—. Se lo han repartido. Los gabachos tendrán que fusilar a ese regimiento gabacho, porque es gabacho. El miércoles tuvieron que traer aquí a un general boche para explicar por qué iban a fusilar al regimiento gabacho, y eso les tocó hacerlo a los ingleses. Ahora tienen que fusilar a este general gabacho para explicar por qué trajeron aquí al general boche, y eso nos ha tocado a nosotros. Quizá lo echaron a suertes. ¿Todo claro ya?

—Sí —dijo Buchwald, con brusquedad y dureza. Luego lanzó una maldición—.

Sí. Acabemos de una vez.

—¡Esperad! —dijo el de Iowa—. ¡No! Me...

—No te olvides del mapa —dijo Buchwald—. No vamos a volver aquí.

—No me he olvidado —dijo el de Iowa—. ¿Por qué crees que no lo he soltado durante todo este tiempo?

—Bien —dijo Buchwald—. Entonces, cuando te devuelvan a los Estados Unidos para meterte en la cárcel por sedición, también podrás hacer una señal sobre Leavenworth.

Salieron al pasadizo y siguieron adelante. Estaba vacío, iluminado a intervalos por bombillas eléctricas de muy pocos vatios. No habían visto hasta entonces ningún otro signo de vida y, de repente, tuvieron la impresión de que no volverían a verlo hasta que salieran de allí. El estrecho corredor no había descendido, ni tampoco encontraron más escalones. Era como si la tierra por la que se abría paso el túnel se hubiera hundido como se hunde un ascensor, manteniendo el pasadizo intacto, inmune, vacío de toda vida o sonido a excepción del de sus propias botas, las piedras encaladas sudando en furiosa inmovilidad bajo todo el peso concentrado de la historia, capa sobre capa de tradición muerta, aplastada por el *Hôtel de Ville* encima de ellos: monarquía revolución imperio y república, duques granjeros generales y *sans-culottes*, leva tribunal y guillotina, libertad fraternidad igualdad y muerte y el pueblo, el Pueblo siempre capaz de aguantar y de prevalecer, el grupo, el bloque, apiñados ya, avanzando muy deprisa hasta que el de Iowa exclamó de nuevo:

—No, os digo que yo no voy... —hasta que Buchwald se detuvo, deteniéndolos a todos, se volvió, y le dijo al de Iowa en un murmullo tranquilo y furioso:

—¡Lárgate!

—¿Qué? —exclamó el de Iowa—. ¡No puedo! ¿Adónde voy a ir?

—¿Cómo demonios quieres que lo sepa? —dijo Buchwald—. No soy yo el descontento.

—Vamos —dijo el sargento mayor. Siguieron adelante hasta llegar a una puerta cerrada con llave. El sargento mayor introdujo una llave en la cerradura y la abrió.

—¿Tenemos que dar parte a alguien? —preguntó Buchwald.

—A mí no —dijo el sargento mayor—. Puedes incluso quedarte con la pistola de recuerdo. El automóvil estará esperando en el sitio donde os apeasteis —e iba ya a cerrar la puerta cuando Buchwald, después de echar una rápida ojeada a la habitación, se volvió, puso un pie para sujetarla, y dijo de nuevo con el mismo tono de voz ronco, tranquilo, furioso, autoritario:

—Dios santo, ¿es que esos hijos de perra no pueden traerle siquiera un cura?

—Lo están intentando aún —respondió el sargento mayor—. Alguien mandó a buscar al cura al campamento hace un par de horas, pero no han vuelto todavía. Parece que no consiguen encontrarlo.

—Entonces se supone que debemos esperararlo —dijo Buchwald con el mismo tono áspero, tranquilo, lleno de una indignación casi insoportable.

—¿Quién lo supone? —dijo el sargento mayor—. Quitá el pie.

Buchwald así lo hizo, la puerta se cerró, luego oyeron detrás el chasquido del cerrojo y los tres se encontraron en una celda, un cubículo, furiosamente blanqueado, que contenía una sola bombilla sin pantalla, una banqueta de tres patas semejante a las que se utilizan para ordeñar y al general francés. Más exactamente, el rostro era francés y, dada su expresión y su aspecto, se trataba de un rostro acostumbrado a las altas graduaciones desde hacía el tiempo suficiente para que fuera el de un general, prescindiendo de las insignias, de las condecoraciones, del correa de oficial y de las polainas de cuero, aunque el uniforme (una guerrera y unos pantalones de las fuerzas armadas de los Estados Unidos) podría ser, por ejemplo, el que hubiera llevado un sargento de caballería. El ocupante de la celda ya se había puesto en pie, erguido y rígido, como envuelto en el efluvio del movimiento convulso que le había hecho levantarse, y dijo en francés con aspereza:

—¡Firm...es!

—¿Cómo? —le preguntó Buchwald al negro, que estaba a su lado—. ¿Qué ha dicho?

—¿Cómo diablos quieres que lo sepa? —respondió el negro—. ¡Rápido! —añadió con voz entrecortada—. Ese cabrón de Iowa. Haz algo con él, y deprisa.

—De acuerdo —dijo Buchwald volviéndose—. Agarra tú al gabacho —terminando de volverse hacia el de Iowa.

—¡Te digo que no! —gritó este último—. No voy a...

Buchwald le asestó un golpe tan certero que apenas dio la impresión de moverse cuando el otro salió catapultado hacia atrás hasta estrellarse contra la pared, desde donde cayó al suelo. Buchwald se volvió a tiempo para ver cómo el negro agarraba al general francés y éste se volvía rápidamente de cara a la pared y se pegaba a ella, diciendo en francés por encima del hombro, mientras Buchwald le quitaba el seguro a la pistola:

—Dispara ahora, escoria de burdel. No me voy a volver.

—Oblígalo a darse la vuelta —dijo Buchwald.

—¡Pon otra vez el condenado seguro! —jadeó el negro, mirándolo con ferocidad—. ¿Quieres agujerearme también a mí? Tenemos que hacerlo entre los dos —Buchwald obedeció, pero siguió empuñando la pistola mientras forcejeaban, los tres, o más bien dos, tratando de separar al francés de la pared lo suficiente para volverlo—. Dale un golpecito —jadeó el negro—. Tenemos que noquearlo.

—¿Cómo demonios vas a noquear a un tipo que ya está muerto? —jadeó Buchwald.

—Venga, hazlo —jadeó el negro—. No le des muy fuerte. Deprisa —Buchwald

golpeó, tratando de calcular la intensidad del impacto, y acertó: el cuerpo se desplomó sólo lo bastante para que el negro tuviera que sostenerlo, pero sin perder del todo el conocimiento, los ojos abiertos, mirando a Buchwald y luego a la pistola, mientras Buchwald la levantaba y quitaba el seguro, con unos ojos en los que no había miedo, ni tampoco desesperación, sino que eran tan sólo incorregiblemente atentos y sagaces, tan atentos, de hecho, que dieron la impresión de haber visto el movimiento de la mano de Buchwald al apretar el gatillo, de manera que el repentino y furioso movimiento volvió no sólo el rostro sino todo el cuerpo al salir el proyectil, de manera que el agujero apareció finalmente detrás de la oreja izquierda cuando el cadáver cayó al suelo. Buchwald y el negro permanecieron inmóviles sobre él, jadeantes, al cañón de la pistola todavía caliente contra la pierna de Buchwald.

—Hijo de perra —le dijo Buchwald al negro—. ¿Por qué no lo sujetaste?

—¡Se escurrió! —jadeó el negro.

—¡Y una mierda! —dijo Buchwald—. No lo sujetaste.

—¡Hijo de perra tú! —jadeó el negro—. ¿Querías que estuviera ahí sujetándolo para que la bala lo atravesara y me agujerease a mí después?

—Vale, vale —dijo Buchwald—. Ahora tenemos que taponar el agujero y volver a disparar.

—¿Taponarlo? —preguntó el negro.

—Sí —dijo Buchwald—. ¿Qué clase de enterrador vas a ser si no sabes cómo taponar un agujero a un cabrón al que le han pegado un tiro donde no había que pegárselo? La cera servirá. Consigue una vela.

—¿Dónde voy a encontrar una vela? —preguntó el negro.

—Sal ahí fuera y ponte a gritar —dijo Buchwald, pasándose la pistola a la otra mano, al tiempo que sacaba la llave del bolsillo y se la daba al negro—. Sigue gritando hasta que aparezca un gabacho. Tienen que tener velas. Tiene que haber por lo menos una cosa en este ...ido país que no haya hecho falta acarrear tres mil kilómetros para regalárselo.

Viernes

Sábado

Domingo

Daba toda la impresión de que iban a tener nuevamente una alegre mañana de primavera llena de cantos de alondras; los llamativos uniformes, las armas, los adornos e incluso los rostros de ébano del regimiento senegalés parecían brillar en el aire transparente mientras, atendiendo a los misteriosos gritos tribales de los sargentos ecuatoriales, sus componentes entraban en la vacía plaza de armas para ocupar, en formación, tres lados de un cuadrado delante de los tres postes recientemente colocados en línea, a la misma distancia entre sí, sobre el borde de una larga excavación, de un foso, casi completamente lleno y nivelado con los detritos de cuatro años de guerra —latas, botellas, menaje de comedor inservible, utensilios de cocina demasiado gastados, botas, rollos inútiles e inextricablemente enredados de alambre oxidado—, cuya tierra se había utilizado para crear el talud de la vía férrea que pasaba por el extremo de la plaza de armas, y que serviría para recoger las balas que no detuvieran ni la carne ni la madera. Después de ocupar sus puestos, los senegaleses bajaron las culatas de sus fusiles, y de «en su lugar descanso» pasaron «a discreción» y más tarde se relajaron completamente, produciéndose entonces un ininterrumpido murmullo de conversaciones sin risas ni alegría: el simple rumor de una multitud de curiosos esperando la apertura de un mercado; el resplandor apenas visible de los encendedores no cesaba de pasar, intermitente, de cigarrillo a cigarrillo, entre el murmullo de las voces, mientras los rostros brillantes de color de ébano ni siquiera miraban al grupo de soldados de raza blanca que terminaban de apisonar las últimas paletadas de tierra alrededor de los postes y que, después de recoger sus herramientas, se marcharon sin orden ni concierto, como una cuadrilla de segadores abandonando un campo de heno.

Luego una corneta distante resonó una o dos veces, los suboficiales senegaleses gritaron algo, la tropa llamativamente uniformada apagó sin prisas los cigarrillos, y con una lentitud negligente, casi distraída, rectificaron la alineación y se colocaron en su lugar descanso mientras el sargento mayor de la guarnición, la pistola enfundada y sujeta con una correa al largo capote de faldones recogidos, entró por el lado vacío del cuadrado hasta situarse delante de los tres postes, deteniéndose e inmovilizándose mientras, respondiendo a las ásperas y abruptas exclamaciones de sus nuevos suboficiales, el regimiento amotinado entró en fila en el rectángulo vacío, donde se fueron amontonando, todavía réprobos, ajenos, descubierta la cabeza, desarmados, sin afeitar, todavía sucios con el barro del Aisne y del Oise y del Marne, de manera

que, frente al llamativo tapiz de los senegaleses, parecían refugiados de otro planeta, acosados, acorralados y sin hogar, agitándose un poco, pero tranquilos e incluso ordenados, o al menos decorosos, hasta que, de repente, un puñado de entre ellos, once en total, salieron bruscamente de entre la multitud y corrieron, masa informe y andrajosa hacia los tres postes, y ya se habían arrodillado delante de ellos, formando la misma masa informe y andrajosa, cuando el sargento mayor terminó de gritar algo que la voz de uno de los suboficiales repitió de inmediato, y una fila de senegaleses se puso rápidamente en movimiento, atravesó la parte vacía de la plaza de armas, rodeó a los arrodillados y tiró de ellos, aunque sin la menor rudeza, para ponerlos de nuevo en pie, darles la vuelta y conducirlos de nuevo entre sus compañeros, como pastores detrás de un pequeño rebaño de ovejas momentáneamente descarriadas.

En aquel instante apareció, procedente de la parte posterior, un grupo de jinetes al trote que se detuvo en el límite exterior del cuadrado, detrás de la tropa: eran el comandante de la guarnición, su ayudante, el ayudante del capitán preboste y tres ordenanzas. El sargento mayor gritó una orden, la tropa (a excepción del regimiento castigado) se cuadró con un prolongado restallar metálico, el sargento mayor se dio la vuelta y saludó al comandante de la guarnición por encima de la rígida empalizada de cabezas senegalesas, el comandante contestó al saludo, ordenó, a su vez, «¡En su lugar descanso!» y luego, una vez más, «¡Firm...es!», para devolver, finalmente, el mando al sargento. Éste, a continuación, puso a la tropa en posición de descanso y se volvió hacia los tres postes al mismo tiempo que, de manera abrupta y, al parecer, como si salieran de la nada, aparecieron un sargento y una hilera de soldados e, intercalados entre ellos y con la cabeza descubierta, los tres prisioneros, a los que, rápidamente, se procedió a atar a los postes —primero el individuo que había dicho llamarse Lapin, a continuación el cabo y finalmente la criatura de aspecto simiesco a quien Lapin llamara Casse-tête o Cheval—, colocándolos de cara a la parte vacía del cuadrado, aunque ya no podían verla porque, para entonces, se había interpuesto otro pelotón de unos veinte hombres en fila, al mando de un sargento, que les ordenó alto, media vuelta y en su lugar descanso, de espaldas a los tres condenados, a quienes el sargento mayor se acercó por turno para examinar rápidamente la cuerda que sujetaba a Lapin a su poste, luego la del cabo, extendiendo al mismo tiempo la mano (el sargento mayor) hacia la *Médaille Militaire* que colgaba de la guerrera del cabo, diciendo en un rápido murmullo:

—No querrá llevarla puesta.

—No —respondió el cabo—. Sería una lástima estropearla.

El sargento mayor procedió a arrancársela; no con violencia, tan sólo con rapidez, alejándose ya.

—Sé a quién dársela —explicó, dirigiéndose hacia el tercer condenado, que dijo, babeando un poco, nada intranquilo, ni siquiera apremiante: sólo con una ligera

desconfianza y tratando de reavivar el recuerdo, como cuando nos dirigimos a alguien, casi un desconocido, de quien depende algo que nos es absolutamente necesario, aunque quizá el otro haya olvidado momentáneamente lo que necesitamos o incluso se haya olvidado de nosotros:

—París.

—Por supuesto —dijo el sargento mayor. Luego también él se marchó; ahora los tres hombres atados sólo podían ver la espalda de los veinte soldados que tenían delante, aunque sí oyeron todavía la voz del sargento mayor cuando puso firme a toda la tropa una vez más y sacó de algún lugar del interior de su capote un papel doblado y un estuche de cuero muy gastado; a continuación desdobló el papel, se puso los lentes que sacó del estuche y leyó en voz alta, sosteniendo el papel con las dos manos para evitar la leve agitación de la brisa matutina, la voz, no muy potente, oyéndose con claridad, aunque curiosamente desolada, en el luminoso vacío lleno de cantos de alondra, mientras repetía las tétricas redundancias del parloteo judicial que evocaban, en términos pomposos, vanos y ridículos, la desaparición de un ser humano. «Por orden del presidente del tribunal militar...» salmodió el sargento débilmente; luego volvió a doblar el papel, se quitó los lentes y procedió a colocarlos de nuevo dentro del estuche, guardándose ambas cosas; una orden y los veinte fusileros dieron media vuelta, frente a los tres postes; Lapin, en aquel momento, tiraba con todas sus fuerzas de la cuerda hacia adelante, tratando de ver, más allá del cabo, al tercer condenado.

—Escucha —le dijo Lapin al cabo con un tono lleno de ansiedad.

—¡*Carguen!*

—París —dijo el llamado Cheval con voz ronca, húmeda, apremiante.

—Dile algo —suplicó Lapin—. Deprisa.

—¡*Apunten!*

—París —dijo de nuevo el otro.

—No te preocupes —dijo el cabo—. Vamos a esperarte. No nos iremos sin ti.

El poste del cabo quizá estuviera agrietado o incluso podrido, porque, si bien la descarga cerrada se limitó a cortar limpiamente las cuerdas que sujetaban a los suyos tanto a Lapin como al tercer condenado, de manera que los dos cuerpos se desplomaron al pie de sus dos postes, el cuerpo del cabo, junto con las cuerdas y todo el resto, cayeron hacia atrás, formando un solo bloque, en el borde de la zanja repleta de detritos; cuando el sargento mayor, en la mano la pistola que aún humeaba ligeramente, pasó de Lapin al cabo, se encontró con que, al caer, el poste y su carga habían ido a engancharse en un retorcido amasijo de alambre espinoso, uno de cuyos cabos se había enredado alrededor del extremo superior del poste y de la cabeza del difunto, como para entregarlos a los dos, sin romper la unidad de su caída, al anonimato de la tierra. El alambre estaba oxidado y picado y no hubiera desviado en

ningún caso el tiro de gracia, pero de todos modos el sargento mayor lo apartó cuidadosamente con el pie antes de apoyar el cañón del arma contra la oreja del cabo.

Tan pronto como la plaza de armas quedó vacía (antes incluso; el final de la columna de senegaleses no había abandonado por completo la calle de la compañía), se presentó el destacamento de fajina con una carretilla de mano en la que llevaban herramientas y una lona alquitranada doblada varias veces. El cabo que iba al mando sacó de la carretilla unos alicates de cortar y se acercó al sargento mayor, que ya había separado el cuerpo del poste tronchado.

—Tenga —dijo, pasándole los alicates al sargento—. ¿No irá a malgastar una lona alquitranada para uno de éstos?

—Retiren los postes —dijo el sargento mayor—. Mándeme dos hombres y la lona impermeable.

—De acuerdo —respondió el cabo, alejándose. El sargento cortó del alambre oxidado un trozo de unos dos metros. Cuando se puso en pie, tenía detrás a dos hombres con la lona doblada que lo observaban.

—Extiéndanla —dijo, señalando el sitio con la mano. Los otros le obedecieron—. Pónganlo dentro —dijo. Los soldados alzaron el cadáver del cabo, el que lo sujetaba por la cabeza con ciertas precauciones, a causa de la sangre, y lo colocaron sobre la lona—. Vamos —dijo el sargento mayor—. Enróllenlo. Luego pónganlo en la carretilla —después los siguió, el cabo del destacamento de fajina dejando bruscamente de mirarlo, los otros soldados inmersos de repente en la tarea de sacar los postes de la tierra. Tampoco el sargento mayor volvió a hablar. Simplemente hizo un gesto a sus dos acompañantes para que alzasen las varas de la carretilla y, colocándose detrás, estableció la dirección a seguir sirviéndose de una de las esquinas como pivote y empujando sobre la otra; luego se pusieron en movimiento, y la carretilla cargada cruzó la plaza de armas por una larga pendiente hacia un punto donde la alambrada terminaba en ángulo recto contra el muro de la antigua fábrica. El sargento mayor no volvió a mirar hacia atrás, los dos soldados que sostenían las varas trotando casi para evitar que la carretilla los atropellase, dirigiéndose hacia la esquina donde, en algún momento, también ellos debían de haber visto, del otro lado de la valla, la carreta de granjero, muy alta sobre sus dos ruedas, tirada por un recio caballo de labor, así como a las dos mujeres y a los tres hombres a su lado; el sargento mayor detuvo la carretilla de la misma manera que la había puesto en movimiento: parándose él y haciéndola girar para llevarla hasta el ángulo de la valla; luego avanzó él mismo y se colocó junto a la cerca —un hombre de más de cincuenta años que en aquel momento representaba cumplidamente la edad que tenía— hasta que la más alta de las dos mujeres —estatura aventajada, morena, de rasgos muy enérgicos y bien parecida a la manera que pueda serlo un hombre— se acercó por el otro lado de la alambrada. La segunda mujer, más baja, gordita y suave, no se había movido. Pero

contemplaba a los dos que se habían acercado a la valla, escuchando, el rostro vacío de toda expresión por el momento, pero del que emanaba un no sé qué tan atractivo y tranquilamente prometedor como pueda serlo una lámpara muy limpia, aunque todavía apagada, sobre una mesa de cocina.

—¿Dónde está la granja de su marido? —preguntó el sargento mayor.

—Ya se lo he dicho —respondió la mujer.

—Vuélvamelo a decir —replicó el sargento mayor.

—Más allá de Châlons —dijo la mujer.

—¿A qué distancia de Châlons? —preguntó el sargento—. De acuerdo —continuó—. ¿A qué distancia de Verdún?

—Está cerca de Vienne-la-Pucelle —respondió la mujer—. Más allá de Saint-Mihiel —añadió.

—Saint-Mihiel —dijo el sargento mayor—. En zona militar. Peor aún. En zona de combate. Con los alemanes a un lado y los americanos a otro. Americanos.

—¿Es que los soldados americanos son peores que otros soldados? —preguntó la mujer—. ¿Tal vez porque llevan menos tiempo peleando? ¿Es eso?

—No, hermana —dijo la otra mujer—. No es eso. Es porque los americanos han venido aquí muy jóvenes. Será más fácil para ellos —los dos que estaban a ambos lados de la valla, sin prestarle la menor atención, siguieron mirándose a través de la alambrada. Luego la mujer dijo:

—La guerra ha terminado.

—Ah —exclamó el sargento mayor.

La mujer no hizo movimiento ni gesto alguno.

—¿Qué otra cosa puede significar lo que ha pasado? ¿Qué otra explicación tiene? ¿Cómo justificarlo? No; ni siquiera justificarlo: ¿cómo implorar compasión, piedad, desesperación? —miró al sargento mayor, fría, insensible, impersonal—. ¿Cómo implorar perdón?

—Bah —dijo el sargento mayor—. ¿Se lo he preguntado yo? ¿Se lo ha preguntado alguien? —hizo un gesto hacia atrás con los alicates de cortar. Uno de los soldados soltó la vara de la carretilla que seguía sosteniendo, se acercó y cogió los alicates—. Corte el alambre de abajo —dijo el sargento mayor.

—¿Cortar? —dijo el otro.

—Ése, sí, ¡zopenco, más que zopenco! —exclamó el sargento mayor. El soldado empezó a agacharse, pero el otro ya le había arrebatado los alicates y se estaba agachando más; el tenso alambre más próximo al suelo saltó con un sonido débil, casi musical, aflojándose—. Sáquenlo de la carretilla —dijo—. Deprisa —finalmente entendieron. Alzaron el largo objeto envuelto en la lona alquitranada y lo depositaron sobre el suelo. La mujer se había apartado un poco y los tres hombres esperaban ahora junto a la valla para tirar, para arrastrar el largo objeto a través del agujero

abierto en la alambrada y alzarlo luego hasta la carreta—. Espere —dijo el sargento mayor. La mujer se detuvo. El sargento buscó dentro de su capote y extrajo un papel doblado que le entregó a través de la cerca. La mujer lo abrió y lo miró un instante sin que apareciera en su rostro expresión alguna.

—Sí —dijo—. Debe de haberse terminado, puesto que ahora, además de pasarte por las armas, te entregan un diploma. ¿Qué tengo que hacer con él? ¿Enmarcarlo y colgarlo en el salón?

El sargento mayor pasó el brazo a través de la alambrada y arrebató a la mujer el papel mientras, con la otra mano, sacaba de nuevo con torpeza el gastado estuche de cuero; luego, con las dos manos, todavía sosteniendo el papel desdoblado, se colocó los lentes sobre el puente de la nariz y examinó un momento el papel; enseguida, con un gesto violento, lo arrugó y se lo guardó en un bolsillo lateral, sacando otro, también doblado, de un bolsillo interior, y lo extendió a través de la alambrada, agitándolo violentamente para que se abriera antes de que la mujer pudiera tocarlo, desafiándola con contenida indignación:

—Diga entonces que no necesita éste. Mire la firma.

La mujer así lo hizo. No había visto nunca los finos garabatos, delicados, enigmáticos, indescifrables, que muy pocas personas conocían, pero que, en aquella época y en aquella mitad de Europa, cualquier persona capacitada para impugnar una firma hubiera reconocido al instante.

—De manera que sabe incluso dónde está la granja del marido de la hermanastra de su hijo —comentó.

—Bah —dijo el sargento mayor—. Más allá incluso de Saint-Mihiel. Si en cualquier lugar del camino se encontraran con una verja de oro incrustada en perlas, también conseguirían atravesarla con eso... Y también esto —dijo, mientras sacaba la mano del bolsillo y la pasaba de nuevo a través de la alambrada para mostrar, al abrirla, el bronce mate de la modesta condecoración y la mancha clara de la cinta, la mujer inmóvil de nuevo, sin tocarla todavía, alta, contemplando la palma abierta del sargento mayor, hasta que él sintió que la otra mujer lo estaba mirando y, al levantar los ojos, se encontró con sus ojos tranquilos y acogedores, al tiempo que le decía:

—En realidad es muy guapo, hermana. Y no demasiado viejo.

—Bah —repitió el sargento mayor—. ¡Cójala! —dijo, forzando torpemente a la más alta a aceptar la condecoración, y luego retirando la mano rápidamente al otro lado de la cerca—. ¡Márchense! —dijo—. ¡Piérdanse de vista! ¡Váyanse de aquí! —respirando ya con cierta dificultad, irascible, casi furioso, él, que ya era demasiado viejo para todo aquello, sintiendo de nuevo los ojos de la otra, aunque él no quiso buscarlos, echando la cabeza hacia atrás para gritar a la espalda de la más alta—: Ustedes eran tres. ¿Dónde está la otra..., su *poule*, lo que sea..., lo que quiera que fuese? —luego también tuvo que mirar a los ojos de la segunda mujer, en cuyo rostro

no se leía ya únicamente una intención, sino la expresión de una promesa infinita, al tiempo que le obsequiaba con una sonrisa llena de dulzura y de afecto, mientras decía:

—No importa. No tenga miedo. Adiós.

Un momento después ya se habían marchado, los cinco, la carreta y el caballo, muy deprisa; el sargento mayor se volvió, sacó de la carretilla el trozo de alambre oxidado y lo arrojó al suelo, junto al que había cortado.

—Únanlo —dijo.

—¿No ha terminado la guerra? —preguntó uno de los soldados. El sargento mayor se volvió hacia él casi con ferocidad.

—Pero no el ejército —dijo—. ¿Por qué esperas que la paz acabe con los ejércitos cuando ni siquiera lo consigue la guerra?

* * *

Cuando franquearon la antigua puerta oriental las tres mujeres iban en el alto asiento de la carreta: Marthe, empuñando las riendas, en un extremo, su hermana en el otro y la muchacha entre las dos; el asiento era tan alto que no daban la sensación de avanzar dentro del flujo humano, denso y espeso, que abandonaba la ciudad, sino por encima, no como parte de él sino sobre él, a modo de embarcación, las tres abandonando la ciudad en una carroza de un desfile de carnaval, salidas de la ciudad angustiada, con el diluvio decreciente de la angustia, sobre la efigie sin patas ni ruedas de un caballo y un carro, transportadas, por así decirlo, en triunfo, sobre los hombros de la multitud; transportadas tan alto que, de hecho, casi habían llegado a la puerta antigua antes de que los poseedores de las espaldas pensaran en alzar los ojos o la atención (o dieran siquiera la impresión de considerarlo) lo bastante alto como para fijarse en lo que transportaban y para suponer, para adivinar, lo que contenía la carreta o, simplemente, para apartarse de lo que iba dentro.

No fue un movimiento hacia atrás, una retirada, sino más bien un desvanecerse, una desaparición: de repente se concretó un círculo, un espacio vacío que fue rodeando la carreta en movimiento como crea un hueco el agua que se retira, permitiendo que la carroza descubriera entonces que no era un vehículo marítimo sino terrestre y que no la transportaba un fluido sino que estaba ligada a la tierra por patas y ruedas; una desaparición, como si los hombros que, durante cierto tiempo, la habían sostenido anulasen no sólo el hecho de haberla sostenido, sino también el de haber sentido la presencia y el peso de la carga, por lo que la multitud se apartaba deliberadamente de la carreta e incluso transmitía hacia adelante, como por ósmosis, el aviso de su proximidad, de manera que, incluso antes de llegar, el vehículo se había abierto camino, moviéndose ya más deprisa que la multitud, sin que los rostros de sus integrantes se alzaran siquiera, hasta que la hermana segunda, Marya, empezó a

llamarlos desde su extremo del alto asiento, no de manera perentoria, ni con el tono de quien hace un reproche; tan sólo insistente y serena, como si se dirigiera a unos niños:

—Vamos, vamos. No le debéis nada; no estáis obligados a odiar. No le habéis hecho daño; ¿por qué tener miedo?

—Marya —dijo su hermana.

—Tampoco tenéis que avergonzaros —dijo Marya.

—Calla, Marya —dijo la otra hermana. Marya volvió a apoyarse en el respaldo del asiento.

—Como quieras, hermana —dijo—. No me proponía asustarlos: sólo consolarlos —pero siguió observándolos, radiante y serena, la carreta avanzando mientras el espacio vacío se movía sin pausa delante de ella como si el vacío mismo se propagara por sí solo hacia adelante, de manera que, cuando alcanzaron la antigua puerta, el arco bajo la muralla estaba completamente despejado, la multitud inmóvil y ordenada en hileras a los dos lados para permitir el paso de la carreta; entonces, de repente, uno de los espectadores se descubrió, luego lo hicieron uno o dos más, de manera que al pasar la carreta bajo el arco, fue como si hubiera abandonado la ciudad envuelta en un débil susurro más visible que audible—. ¿Lo ves, hermana? —dijo Marya, con una serena y tranquila entonación triunfal—. Sólo para consolarlos.

Ya estaban fuera de la ciudad, y las largas carreteras rectas se separaban, alejándose unas de otras en torno a la ciudad como los radios que salen del eje de una rueda; por encima de ellas se arrastraban lentamente las intermitentes nubecillas de polvo en cuyo interior, por separado, en grupos, en algunos casos también viajando en carros, la ciudad se vaciaba; los padres y familiares del regimiento amotinado que habían corrido hacia la ciudad asombrados y aterrorizados, para multiplicar dentro de sus murallas insultos y ansiedad, y que ahora, se hubiera dicho, huían presas de un sentimiento que se asemejaba más a la vergüenza que al alivio.

Las tres mujeres no se volvieron para mirarla, aunque durante algún tiempo la ciudad siguió allí, por encima de la llanura sin relieves, soberanamente inmóvil, gris y coronada por la antigua ciudadela romana, y desvaneciéndose lentamente hasta que, a la larga, desapareció por completo aunque ellas no hubieran vuelto nunca la mirada para comprobarlo, sentadas tras el caballo de labor recio, lento, pesado, prudente, incapaz de apresurarse. Llevaban comida, por lo que no necesitaron detenerse, excepto unos momentos, a mediodía, en un bosque, para dar de comer y beber al caballo. De manera que sólo atravesaban los pueblos, los rostros inmóviles y silenciosos, el mismo susurro apenas audible cuando los hombres se descubrían, casi como si llevaran a un motorista de escolta o a un mensajero para anunciar su llegada, la muchacha envuelta en su chal entre las dos mujeres de más edad, Marthe impasible, la vista siempre al frente, y únicamente la otra hermana, Marya, mirando a

su alrededor, serena y tranquila, sin manifestar nunca asombro, nunca sorprendida mientras los pesados cascos lanudos del caballo resonaban con lentitud sobre los adoquines hasta que también aquel pueblo quedaba atrás.

Poco antes de que anoheciera llegaron a Châlons. Se hallaban ya en zona militar, acercándose a lo que, cinco días antes, había sido zona de combate, aunque ahora reinase la paz o al menos el silencio; pero todavía zona militar, en cualquier caso, porque, de repente, un sargento francés y otro estadounidense aparecieron junto a la cabeza del caballo, deteniéndolo.

—Tengo el papel —dijo Marthe, sacándolo y desdoblándolo—. Miren.

—Guárdelo —respondió el sargento francés—. Aquí no le hace falta. Está todo arreglado.

Marthe vio algo más enseguida: seis soldados franceses que, por detrás de la carreta, se acercaban con un modesto ataúd y que, cuando ella se estaba volviendo en el asiento para mirar, ya habían dejado el ataúd en el suelo y sacaban de la carreta el cuerpo envuelto en la lona alquitranada.

—Esperen —dijo Marthe con su voz áspera, sonora, en la que no había el menor asomo de lágrimas.

—Ya le he dicho que está todo está arreglado —repitió el sargento francés—. Irán ustedes en tren a Saint-Mihiel.

—¿En tren? —repitió Marthe.

—¡Vaya, hermana! —exclamó Marya—. ¡Nada menos que en tren!

—Tranquilícense —le dijo a Marthe el sargento francés—. No tendrán que pagar. Ya les digo que está todo arreglado.

—La carreta no es mía —dijo Marthe—. Me la prestaron.

—Lo sabemos —dijo el sargento francés—. Se devolverá.

—Pero hemos de transportarlo desde Saint-Mihiel a Vienne-la-Pucelle... Ha dicho usted Saint-Mihiel, ¿no es así?

—¿Por qué discute conmigo? —preguntó el sargento—. ¿No le he dicho un millón de veces que está todo arreglado? Su marido de usted las espera en Saint-Mihiel con su carro y el caballo. Apéense. Todas. Sólo porque la guerra se haya detenido, ¿creen que el ejército no tiene mejor ocupación que engañar a unos civiles con falsas promesas? Vengan conmigo. Están retrasando el tren, que también tiene otras cosas que hacer, se lo aseguro.

Entonces vieron el tren. No lo habían descubierto antes porque las vías estaban demasiado cerca. Se trataba de una locomotora y de un solo furgón de los denominados «cuarenta y ocho». Las tres mujeres se apearon de la carreta; caía ya la tarde; los soldados franceses terminaron de clavar la tapa del ataúd; luego lo levantaron y las tres mujeres y los dos sargentos los siguieron hasta el furgón y se detuvieron mientras los soldados alzaban el ataúd hasta la puerta abierta; luego los

soldados subieron al vagón, recogieron de nuevo el ataúd, avanzaron hasta perderse de vista en su interior, después reaparecieron y finalmente, uno a uno, saltaron otra vez al suelo.

—Arriba —dijo el sargento francés a las tres mujeres—. Y no se quejen por la falta de asientos. Hay paja limpia en abundancia. Y esto —era una manta del ejército. Ninguna de las tres supo de dónde la había sacado. Es decir, no se habían fijado antes en ella. Luego el sargento estadounidense le dijo algo al francés, en su propia lengua sin duda, puesto que ellas no entendieron nada, ni siquiera cuando el francés dijo «*Attendez*»; de manera que se limitaron a permanecer inmóviles bajo un cielo que se oscurecía paulatinamente hasta que el sargento americano regresó con un cajón de madera marcado con los misteriosos símbolos del material de guerra o de los suministros y procedió a colocarlo delante de la puerta del furgón; entonces, con algo de sorpresa quizá, entendieron el porqué, subiéndose por turno al cajón y pasando de allí al interior del furgón, casi en completa oscuridad, con sólo el débil brillo informe del ataúd sin pintar para romperla. Enseguida encontraron la paja, Marthe extendió encima la manta y se sentaron; en aquel momento apareció alguien más, subiendo ágilmente de un salto al interior del tren: un varón, un soldado, a juzgar por su silueta recortada contra la puerta, donde todavía quedaba un poquito de luz: un soldado americano que sostenía algo con las dos manos. Entonces olieron el café, el sargento inclinándose ya hacia ellas mientras decía, alzando mucho la voz:

—*Ici café. Café* —mientras les ofrecía a tientas los tres tazones hasta que Marthe los recogió y los distribuyó, sintiendo a su vez la mano áspera del soldado sujetándole mano y tazón mientras guiaba el pitorro de la cafetera hacia el recipiente; luego dio incluso sensación de haber previsto el tirón de la locomotora, porque exclamó «¡Cuidado!» en su propio idioma un segundo o dos antes de que el agudo silbido de tostadora de cacahuetes más que presagiar la sacudida la acompañara, apuntalándose contra la pared mientras el furgón parecía pasar de la inmovilidad a la velocidad más frenética sin transición alguna; a Marthe le saltó algo de café del tazón que sostenía, cayéndole sobre el regazo. Luego las tres mujeres consiguieron también estabilizarse apoyándose en la pared, el silbato tan áspero de nuevo como un roce, como si realmente se produjera una fricción: no el aviso de algo que se acerca sino un sonido de protesta y angustia desmesuradas y una acusación contra la tierra dura y sombría sobre la que avanzaba veloz, contra el enorme peso del cielo oscurecido bajo el que cavaba frenéticamente su surco, contra el horizonte constante e inviolable por el que necesita abrirse paso momento a momento.

Esta vez el sargento americano se arrodilló, todavía bien sujeto, utilizando de nuevo ambas manos para llenar los tazones, pero sólo hasta la mitad, para que ellas, apoyadas contra la pared, bebieran por entregas el café caliente, dulce y reconfortante, mientras el furgón atravesaba veloz la noche, invisibles unas para otras

en la oscuridad, incluso desaparecido ya el débil brillo del ataúd al otro extremo del furgón y, una vez acoplados sus propios cuerpos inertes, y reconciliados con la velocidad del tren, fue como si hubiera cesado el movimiento, si se exceptuaba, de tarde en tarde, la vibración del furgón demasiado rígido y los gritos angustiados de la locomotora.

Cuando se hizo de día el tren se había parado. Sería Saint-Mihiel; a ella le habían dicho Saint-Mihiel y así sería, aunque le hubiera fallado, todavía más grave después de cuatro años, ese sexto sentido que advierte a las personas de su proximidad a casa. De manera que tan pronto como el furgón se detuvo, Marthe había empezado a ponerse en pie, diciéndole al sargento americano «¿Saint-Mihiel?» porque, al menos, aquello sin duda lo entendería; luego, con algo parecido a la desesperación provocada por la urgencia, dijo incluso, empezó a decir *Mon homme à moi, mon mari* antes de detenerse, mientras el sargento hablaba ya, utilizando una o dos más de las pocas palabras que constituían todo su vocabulario francés:

—No no no. *Attention. Attention* —haciéndole, incluso en la oscuridad del furgón, indicaciones con las manos para que volviera a sentarse, como un adiestrador se lo ordena a un perro. A continuación desapareció, recortado por otro instante sobre la incipiente luminosidad de la abertura de la puerta, y las tres mujeres esperaron, apiñándose en busca de tibieza en el frío amanecer de primavera, la muchacha entre las dos hermanas, aunque Marthe no supiera si dormida o no, ni tampoco si había dormido o no durante la noche, aunque, por su manera de respirar, Marya, la otra hermana, sí dormía. Ya era completamente de día cuando regresó el sargento; las tres, tanto si habían dormido como si no, estaban despiertas ya; veían el primer sol del sábado y oían el canto eterno de las alondras. El sargento volvió con más café, la cafetera llena de nuevo, y esta vez traía además pan, diciendo en voz muy alta: «*Mongé. Mongé*». Y ahora ellas, ella, pudieron verlo ya: un joven de facciones enérgicas y muy marcadas y con algo más en el rostro: impaciencia o conmisericordia, Marthe no supo cuál de las dos. Tampoco le importaba, pensando una vez más en tratar de comunicar con él, si bien el sargento francés de Châlons había dicho que todo estaba arreglado; y, de repente, no fue que pudiera confiar en el americano porque sabía lo que estaba haciendo, dado que, sin duda, las acompañaba cumpliendo órdenes, sino que ella, las tres, no podían hacer otra cosa.

De manera que comieron el pan y bebieron una vez más el café, caliente y dulce. El sargento se marchó de nuevo y esperaron; Marthe no podía calcular ni adivinar cuánto tiempo iba a estar ausente. Pero por fin entró de nuevo en el vagón de un salto y esta vez Marthe supo que había llegado el momento. Los seis soldados que lo seguían eran estadounidenses; ellas tres se pusieron en pie y aguardaron inmóviles mientras los soldados deslizaban el féretro hasta la puerta, y luego saltaban al suelo, invisible para ellas desde donde estaban, por lo que tuvieron la sensación de que el

ataúd mismo se escapaba de repente por la puerta y desaparecía, las tres siguiéndolo mientras el sargento se dejaba caer al suelo; había otro cajón debajo de la puerta para que descendieran ellas, para que se asomaran a otra mañana radiante, parpadeando un poco después de la oscuridad del furgón: la sexta mañana luminosa de aquella semana durante la cual ni había llovido ni había existido presagio alguno de precipitaciones. Luego Marthe vio el carro, el suyo o más bien el de la familia, su marido inmóvil junto a la cabeza del caballo mientras los seis soldados americanos colocaban el ataúd, deslizándolo, en el interior. Marthe se volvió entonces al sargento y le dijo en francés «Gracias» y, de repente, y con cierta torpeza, él se quitó la gorra y le estrechó la mano, con energía y brevedad y, a continuación, hizo lo mismo con su hermana; después se caló de nuevo la gorra sin mirar ni una sola vez a la muchacha ni hacer intención de tocarla; Marthe dio la vuelta al carro hasta donde se hallaba su marido, un hombre fuerte y robusto vestido de pana, no tan alto como ella pero indudablemente de más edad. Se abrazaron y luego los cuatro se volvieron hacia el carro, apiñados durante un momento, como personas que no acaban de decidirse. Pero no durante mucho tiempo; no cabían todos en el asiento delantero, y la muchacha resolvió el problema trepando por encima de los varales y del asiento para llegar al interior de la carreta, acurrucándose junto al féretro, envuelta en el chal, el rostro fatigado e insomne y evidentemente necesitado ya de jabón y agua.

—Claro, hermana —dijo Marya, la de más edad, con voz alegremente sorprendida, casi de júbilo, por haber descubierto una solución tan sencilla—; yo también iré detrás —de manera que el marido la ayudó a subirse al varal y a pasar también por encima del asiento hasta sentarse por fin al otro lado del ataúd. Luego Marthe se instaló con decisión y sin ayuda de nadie en el asiento, su marido siguiéndola y empuñando las riendas.

Estaban ya a las afueras de la ciudad, por lo que no tuvieron que atravesarla, tan sólo rodearla. Aunque, de hecho, no había ciudad, no existían unos límites que separasen la ciudad del campo, porque no se trataba solamente de zona de guerra sino también de zona de combate, por lo que ciudad y campo se habían fundido, mezclándose una y otro bajo una enorme concentración de tropas, estadounidenses y francesas, no a la espera, sino más bien paralizadas, en suspenso, bajo aquel vasto silencio, dentro de aquella enorme cesación: toda la confusión de la batalla detenida como por hipnosis: medios de transporte inmóviles y silenciosos, depósitos de municiones y pertrechos, hasta que pronto empezaron a dejar atrás los cañones ordenados en baterías, vueltos hacia el este, todavía con sus dotaciones, aunque ni preparados ni a la espera: tan sólo silenciosos, bordeando el perfil, ahora en calma, del obstinado saliente con cuatro años de vida, de manera que los viajeros del carro con el ataúd veían la guerra o lo que seis días antes había sido la guerra: los campos horadados por los obuses, los árboles desmochados cuyos troncos habían recibido de

la primavera el regalo de algunas testarudas manchas de verdor; la tierra familiar que no habían visto durante cerca de cuatro años pero que seguía resultándoles familiar, como si incluso la guerra no hubiera conseguido borrar por completo la realidad secular de la ocupación humana. Y ya bordeaban las ruinas de lo que había sido Vienne-la-Pucelle cuando a Marthe pareció ocurrírsele que aún existían nuevas posibilidades de angustia y de miedo; sólo entonces le preguntó a su marido con una voz que ni siquiera llegó a los oídos de las otras dos personas sentadas en la parte posterior del carro:

—¿Y la casa?

—A la casa no le ha pasado nada —respondió el marido—. No me explico por qué. Pero los campos, la tierra. Devastados. Deshechos. Se necesitarán años. Y ni siquiera me permiten empezar ya. Cuando ayer me dieron permiso para volver, me prohibieron trabajar hasta que hayan revisado los campos en busca de obuses sin estallar.

Y su marido tenía razón, porque allí estaba la granja, la tierra agujereada (no con excesiva saña; algunos de los árboles ni siquiera estaban desmochados), con cráteres de obuses en sitios donde Marthe había trabajado junto a su marido en los años más duros; en campos que habían sido la vida del hermano ahora en el féretro barato que transportaban en el carro, campos que habrían llegado a ser suyos algún día; el hermano a quien ella traía ahora de vuelta para que descansara en ellos. Luego la casa; su marido tampoco había mentido; no tenía otras marcas que una serie de agujeritos en una pared, probable resultado de una ráfaga de ametralladora, el marido sin mirar siquiera a la casa, tan sólo apeándose del carro (con cierta dificultad; Marthe reparó por vez primera en que su artritis se había agravado considerablemente) para acercarse y quedarse quieto mirando la tierra devastada. Tampoco ella entró en la casa, llamándolo por su nombre.

—Vamos —añadió enseguida—. Terminemos esto primero.

De manera que él se volvió y entró; al parecer el día anterior había traído consigo algunas herramientas, porque reapareció de inmediato con una pala y se subió de nuevo al carro. Aunque ahora empuñó ella las riendas, como si supiera con toda exactitud adónde quería ir, el carro de nuevo en movimiento, cruzando los campos llenos de malas hierbas y amapolas, evitando de cuando en cuando algún cráter, hasta llegar, a medio kilómetro de distancia aproximadamente, a una lomita coronada por una añosa haya, también indemne a los proyectiles.

La tierra no era dura y cavaron sin demasiados problemas, turnándose, la muchacha también, aunque Marthe trató en una ocasión de disuadirla.

—No —respondió ella—. No. Déjame. Déjame que haga algo —aunque incluso así tardaron mucho tiempo en conseguir que el hoyo alcanzara la profundidad suficiente para ocultar por completo el ataúd, los cuatro empujándolo hasta colocarlo

en el interior del agujero que acababan de hacer.

—La medalla —dijo el marido—. ¿No querrás ponerla dentro? Te abriré el ataúd.

Pero Marthe ni siquiera respondió, apoderándose de la pala antes que nadie, hasta que el marido la sustituyó y al final el suelo quedó de nuevo alisado, excepto por las marcas de la pala; atardecía ya cuando regresaron a la casa. Las tres mujeres entraron mientras el marido se dirigía al establo con el caballo. Marthe llevaba casi cuatro años sin verla, pero tampoco se detuvo ahora a examinarla. Cruzó la sala y dejó caer la medalla, arrojándola casi, sobre la repisa vacía de la chimenea; luego se dio la vuelta, sin llegar tampoco entonces a examinar la habitación. La casa estaba intacta, sólo la habían destripado. Ellos sacaron todo lo que cupo en el carro aquel fatídico día de 1914, y el marido había traído consigo aquellas cosas el día anterior: vajilla y ropa de cama suficiente, los objetos sin valor que Marthe había insistido en conservar a expensas de cosas que realmente necesitarían cuando regresaran; ahora ni siquiera recordaba lo que había sentido, pensado, entonces: si regresarían alguna vez o no, si quizá aquel día angustioso no había sido la destrucción definitiva de hogar y esperanza. Tampoco trató de recordarlo ahora, mientras se dirigía a la cocina; su marido había traído comida y combustible para el fogón y Marya y la muchacha se ocupaban ya de encender el fuego; Marthe le dijo una vez más a la chica:

—¿Por qué no descansas?

—No —repitió la muchacha—. Déjame hacer algo.

La lámpara ya estaba encendida; casi era de noche cuando Marthe se dio cuenta de que el marido no había regresado aún del establo. Supo al instante dónde lo encontraría: inmóvil, casi invisible a la última luz del día, contemplando sus tierras destrozadas. Esta vez Marthe se acercó y lo tocó.

—Ven —dijo—. La cena está lista —deteniéndolo de nuevo con un movimiento de la mano cuando llegaron ante la puerta abierta y el interior iluminado, hasta que el marido vio a la hermana mayor y a la muchacha yendo y viniendo del fogón a la mesa—. Mírala —le dijo—. No le queda nada. Ni siquiera era familia suya. Tan sólo lo quería.

Pero él parecía incapaz de recordar nada ni de afligirse por otra cosa que su tierra; después de cenar los dos se tumbaron de nuevo en la cama familiar, entre paredes familiares, debajo de vigas igualmente familiares; él se durmió al instante, aunque, mientras ella yacía rígida e insomne a su lado, todavía alzó la cabeza de repente y masculló, gritó:

—La granja. La tierra —despertándose—. ¿Qué? —le preguntó—. ¿Qué pasa?

—No pasa nada —respondió ella—. Vuelve a dormirte —porque de repente supo que era él quien tenía razón. Stefan había muerto; todo aquello había pasado; concluido; había terminado sin posibilidad de volver a empezar. Stefan había sido su hermano, pero ella había sido además su madre, sabiendo, como ahora sabía, que

nunca tendría hijos propios y que a él lo había criado desde niño; Francia, Inglaterra, también para entonces, probablemente, los Estados Unidos, estaban llenas de mujeres que habían dado la vida de sus hijos para defender a su país y la justicia y el derecho; ¿quién era ella para pedir singularidad en el sufrimiento? Su marido tenía razón: eran la granja, la tierra, las que permanecían inmunes incluso a las explosiones e incendios de la guerra. Exigiría trabajo, sin duda, quizá necesitara incluso años de trabajo, pero los cuatro eran capaces de trabajar. Más aún: su paliativo y su suerte era el trabajo que tenían delante, puesto que el trabajo es la única anestesia eficaz contra el dolor. Más aún: lograr que la tierra fructificase de nuevo no sólo paliaría el dolor, sino que la minúscula unidad que era la granja se convertiría en afirmación de que Stefan no había muerto en vano, y de que si ellos sufrían no era por la humillación sino simplemente a causa del dolor, cuya única alternativa era la nada y, entre el dolor y la nada, sólo los cobardes eligen la nada.

De manera que incluso Marthe se durmió al fin, sin soñar; tan sin sueños que no supo que había estado durmiendo hasta que alguien la zarandeó. Era su hermana mayor; detrás se hallaba la muchacha con su cara de sonámbula cansada y sucia, una cara que podría volver a ser bonita con un poco de jabón y de agua y una semana de comer como Dios manda. Estaba amaneciendo y entonces ella, Marthe, oyó también el ruido antes de que Marya exclamase: «¡Escucha, hermana!», el marido despertándose también, tumbado aún por un instante, pero irguiéndose enseguida y apartando las sábanas.

—¡Los cañones! —gritó—, ¡los cañones! —los cuatro permanecieron inmóviles durante otros diez o quince segundos, como un cuadro viviente, mientras el estruendo de la barrera de fuego parecía avanzar directamente hacia ellos; aún siguieron paralizados incluso después de empezar a oír por encima o por debajo el rugido incesante de las explosiones, el silbido de los obuses pasando sobre la casa misma. Entonces el marido se puso en movimiento—. Hemos de salir de aquí —dijo, tambaleándose, y saltó de la cama, desde donde hubiera caído al suelo si ella no lo hubiera sujetado y retenido; a continuación los cuatro, todavía con la ropa de dormir, atravesaron a todo correr la habitación para salir de la casa, abandonando un tejado, un techo, sólo para avanzar tropezando, descalzos, y encontrarse bajo otro techo lleno de truenos y de silbidos diabólicos, sin darse cuenta todavía de que la cortina de fuego caía a doscientos o trescientos metros más allá de la casa, las tres mujeres siguiendo al marido, que parecía saber adónde iba.

Lo sabía efectivamente: los cuatro corrieron hacia un enorme cráter producido sin duda por un obús de gran tamaño, tropezando con los terrones entre las malas hierbas cargadas de rocío y las amapolas rojo sangre, hasta esconderse en el interior del cráter; luego el marido empujó a las tres mujeres contra la pared situada en la dirección del fuego, donde procedieron a acurrucarse, la cabeza inclinada casi como

en oración, el marido gritando con voz tan aguda y tan constante como la de una cigarra: «La tierra. La tierra. La tierra».

Es decir, todos menos Marthe, que ni siquiera se había agachado y seguía erguida en toda su altura, contemplando por encima del borde del cráter cómo la cortina de fuego pasaba sobre la casa, evitándola y evitando también los otros edificios de la granja con tanta precisión y, al parecer, de manera tan deliberada, como la guadaña evita un rosal, prosiguiendo su camino hacia el este sobre el campo en una inmensa cortina de polvo con resplandores rojos, el polvo todavía suspendido en el aire después de que los estallidos de los obuses hubieran cesado de parpadear y centellear rápidamente, para llegar aún más lejos y desaparecer más allá del límite del campo, como una furiosa migración de gigantescas luciérnagas habituadas a la luz del día, dejando atrás únicamente el trueno, ya en disminución, de su paso.

Luego Marthe empezó a trepar para salir del cráter. Trepó con rapidez y fuerza, ágil como una cabra, rechazando con los pies al marido cuando intentaba sujetarla por el borde del camisón primero y luego por los pies descalzos, hasta llegar a lo más alto y salir del cráter, corriendo con todas sus fuerzas a través de las hierbas y las amapolas, sorteando los escasos cráteres antiguos hasta alcanzar el límite de la franja bombardeada; una vez allí, los tres todavía acurrucados en el cráter pudieron verla saltar por encima y entre los innumerables agujeros que acababan de producirse. Luego el campo se llenó de hombres que corrían: una línea desordenada de tropas francesas y estadounidenses que la alcanzaron y sobrepasaron; vieron cómo uno de los soldados, oficial o sargento, se detenía y le hacía gestos, la boca abierta, le gritaba algo que no se entendía, pero acabó renunciando y siguió corriendo con el resto de los atacantes, los otros tres fuera del cráter ya, corriendo y tropezando con los nuevos agujeros, entre el polvo y el olor acre de la cordita que se disipaba lentamente.

Al principio ni siquiera lograron encontrar la pequeña loma. Y cuando por fin lo consiguieron el árbol había desaparecido: no quedaba ninguna señal, nada con que orientarse.

—¡Estaba aquí, hermana! —gritó la mayor, pero Marthe no respondió, corriendo todavía con todas sus fuerzas, seguida por los demás, hasta que también ellos vieron lo que ella, evidentemente, había visto ya: las astillas y los fragmentos, ramas enteras todavía intactas con sus hojas, todo esparcido en un radio de cien metros. Cuando la alcanzaron sostenía en la mano un trozo de madera clara, nueva, sin pintar, que había formado parte del ataúd; Marthe se dirigió a su marido, llamándolo por su nombre, con mucha amabilidad:

—Tendrás que volver a por la pala —pero antes de que pudiera darse la vuelta, la muchacha se le había adelantado, corriendo, frenética pero sin errar el camino, con la ligereza de una gacela entre los cráteres y lo que quedaba de las malas hierbas y de las indestructibles amapolas, haciéndose cada vez más pequeña, pero todavía

corriendo en dirección a la casa. Era domingo. Cuando la muchacha regresó con la pala, todavía corriendo, se turnaron para trabajar con ella, todo el día, hasta que la oscuridad les impidió ver. Encontraron algunas astillas más y fragmentos del féretro, pero el cuerpo había desaparecido.

Mañana

Eran doce una vez más, aunque en esta ocasión los mandara un sargento. Y también el vagón era un vehículo especial, aunque siempre de tercera clase; se habían retirado los asientos del compartimento delantero y en el suelo descansaba un ataúd militar nuevo y vacío. Los trece habían salido de París a medianoche y ya estaban bastante borrachos cuando llegaron a Saint-Mihiel. Y es que la tarea, la misión, iba a ser bastante desagradable, ahora que la paz y la victoria habían llegado ya a Europa Occidental en noviembre (seis meses después de aquellas curiosas vacaciones de una semana que la guerra se había tomado, después del pseudoarmisticio de mayo, tan falso que sólo se lo recordaba como una anomalía), puesto que cualquiera, aunque todavía vistiera de uniforme, podía hacerse la ilusión de haberse liberado, al menos hasta que se iniciara la próxima guerra, de los cadáveres de ayer. De manera que, para compensarlos, se les había concedido una ración extra de vino y de brandy de la que, para que la distribuyera entre sus hombres cuando lo juzgase necesario, se responsabilizó al sargento. Pero el sargento, que no deseaba aquella misión, era un hombre obstinado e introvertido, que, tan pronto como el tren salió de París, se aisló en un compartimento vacío con una revista pornográfica. Pero, atentos a la oportunidad, cuando se apeó del tren en Châlons (sus subordinados no supieron por qué ni les preocupó: quizá en busca de un urinario; quizá se trató de un simple requisito burocrático), dos de ellos (uno había sido, en la vida civil, antes de 1914, un hábil ladrón de ganzúa y planeaba volver al oficio tan pronto como se le permitiera quitarse el uniforme) entraron en el compartimento, abrieron la maleta de su superior y se llevaron dos botellas de brandy.

De manera que cuando el expreso de Bar-le-Duc se desprendió en Saint-Mihiel, donde debía recogerlo el tren local para Verdún, del vagón que ocupaban los trece, todos (con la excepción del sargento) estaban algo más que razonablemente borrachos; y cuando, poco después del alba, el tren local depositó el vagón en una vía muerta recientemente reparada entre las ruinas de Verdún, lo estaban, si cabe, un poco más todavía; para entonces también el sargento había descubierto el hurto y contado las botellas que quedaban, por lo que, entre el alboroto creado por sus amenazas indignadas y furibundas y el estado en que se hallaban sus subordinados, ni siquiera repararon, en un primer momento, en la presencia de la anciana; se fijaron tan sólo en que les estaba esperando algo que casi parecía una delegación, como si el anuncio de la hora de su llegada y de la naturaleza de su misión les hubiera precedido: un grupito, un apiñamiento de obreros de la ciudad y agricultores de los campos vecinos, todos varones con una sola excepción, contemplándolos en silencio mientras el sargento (la maleta en la mano) insultaba y amenazaba a sus hombres;

pero la única excepción en el grupo, la anciana, había entrado en acción de inmediato y ya le estaba tirando al sargento de la manga: una campesina más anciana por el aspecto que por la edad cuando se la miraba de cerca, con un rostro consumido y lleno de arrugas que hacía pensar, también en su caso, en que no había dormido mucho en los últimos tiempos, pero un rostro que ahora estaba animado e incluso iluminado por una exaltación y una esperanza desmesuradas.

—¿Cómo? —dijo por fin el sargento—. ¿Qué? ¿Qué es lo que quiere?

—Van ustedes a los fuertes —dijo—. Sabemos por qué. Llévenme con ustedes.

—¿Llevarla? —preguntó el sargento; todos escuchaban ya—. ¿Para qué?

—Se trata de Theodule —respondió la anciana—. Mi hijo. Me dijeron que murió allí en 1916, pero no lo mandaron a casa y no me dejan ir a buscarlo.

—¿Buscarlo? —repitió el sargento—. ¿Al cabo de tres años?

—Sé que lo encontraré —dijo ella—. Déjenme que vaya y mire. Sabré quién es. Usted tiene madre; piense en su sufrimiento si su hijo hubiera muerto y no se lo hubiesen devuelto. Llévenme con ustedes. Le aseguro que lo reconoceré. Sabré que es él inmediatamente. Vamos —ahora se le agarraba del brazo mientras él trataba de zafarse.

—¡Suélteme! —dijo el sargento—. Sin autorización no podría llevarla aunque quisiera. Pero además tenemos un trabajo que hacer; sería usted un estorbo. ¡Suélteme!

Pero la anciana seguía agarrada al brazo del sargento, mirando a los otros rostros que la observaban, mientras del suyo no desaparecían ni la exaltación ni la voluntad de superar cualquier obstáculo.

—Muchachos..., hijos míos —dijo—. También vosotros tenéis madres..., algunos de vosotros...

—¡Suélteme! —dijo el sargento, cambiándose de mano la maleta y logrando esta vez zafarse—. ¡Váyase! Déjenos en paz —la sujetó por los hombros, la maleta contra la espalda de la anciana, le hizo darse la vuelta y la empujó para que cruzara el andén en dirección al grupo silencioso que también los había estado observando—. A estas alturas ya no queda allí más que carne putrefacta; no encontraría nada aunque fuese.

—Sí que lo encontraría —respondió ella—. Sé que puedo. Incluso he vendido la granja. Tengo dinero. Le puedo pagar...

—A mí no —respondió el sargento—. Aunque si de mí dependiera, podría usted ir allí, encontrar al suyo y traernos otro de paso, mientras esperábamos aquí. Pero no va a ir —la soltó, hablándole casi con amabilidad—. Vuelva a casa y olvídense de todo eso. ¿La acompaña su marido?

—También ha muerto. Vivíamos en el Morbihan. Cuando terminó la guerra vendí la granja y vine aquí en busca de Theodule.

—En ese caso vuelva a donde viva usted ahora, porque no podemos llevarla.

Pero la anciana no fue más allá del grupito de donde había salido, para volverse enseguida, inmóvil de nuevo, el rostro gastado e insomne todavía esperanzado, porfiado, indomable, mientras el sargento regresaba junto a su escuadra, se detenía, y les lanzaba otra elocuente mirada de desprecio.

—De acuerdo —dijo finalmente—. Todos los que no veáis doble, en marcha. Porque no me apetece nada tener que hurgar por allí más del tiempo suficiente para conseguir un cadáver hediondo, y en ningún caso dos.

—¿Qué tal un trago antes? —preguntó uno de los soldados.

—Intenta conseguirlo.

—¿Quiere que le lleve la maleta, sargento? —preguntó otro. La respuesta del interpelado fue sencilla, breve y obscena. A continuación se dio la vuelta, los demás siguiéndolo sin orden alguno. Un camión, un vehículo cerrado, los estaba esperando, acompañado por un cabo, además del chófer. Los componentes de la escuadra sacaron del tren el féretro vacío, lo llevaron hasta el camión, lo deslizaron dentro y a continuación se subieron también. Tenían paja para sentarse; el sargento lo hizo sobre el ataúd, con la maleta en las rodillas y agarrándola todavía por el asa, como si temiera que alguno de sus hombres, o quizá todos, trataran de quitársela. El camión se puso en movimiento.

—¿No nos van a dar el desayuno? —preguntó alguien.

—Ya os lo habéis bebido —respondió el sargento—. Después de robarlo.

Pero sí desayunaron: pan y café sobre el mostrador de zinc de un *bistro* diminuto que, por alguna razón insondable, había sido respetado por los obuses, aunque no del todo, porque tenía un tejado nuevo de chapa ondulada fabricado en Estados Unidos, que destacaba entre la confusión de paredes derrumbadas a su alrededor. También aquello estaba previsto; París había pagado de antemano el refrigerio.

—Cáscaras —dijo uno—. Al ejército le debe de hacer mucha falta ese fiambre; si no no se explica que compren comida a civiles.

El sargento desayunó con la maleta sobre el mostrador, delante de él, entre los brazos. Luego montaron de nuevo en el camión, el sargento con la maleta bien agarrada sobre las rodillas; ahora, a través de la puerta trasera del camión, que permanecía abierta mientras el vehículo avanzaba lentamente entre montones de escombros y agujeros de obuses, tuvieron ocasión de ver parte de la ciudad en ruinas: los montes y las colinas de cascotes que los obreros se esforzaban por despejar y entre los que se alzaba ya un número asombroso de tejados de chapa estadounidenses que brillaban como plata al sol de la mañana; quizá los americanos no hubieran combatido toda la guerra, pero, al menos, estaban pagando para reparar los destrozos.

Habría que decir, más bien, que sólo el sargento pudo ver aquella parte de la ciudad, porque, casi de inmediato, sus hombres cayeron en algo que se asemejaba al estado de coma, antes incluso de cruzar el puente sobre el río Mosa y de alcanzar la

esquina en donde, con el tiempo, sobresaldrían —la mirada decidida, indomablemente vuelta hacia el este—, las cinco figuras colosales en bajorrelieve, sobre la simbólica sección del baluarte de piedra que las enmarcaría y contendría. O, más exacto aún, que el sargento podría haberla visto mientras permaneció con la maleta sobre las rodillas y bien apretada entre los brazos, como una madre con un bebé enfermo, contemplando a sus hombres con atención durante quizá otros diez minutos, tendidos y revueltos unos con otros sobre la paja, el camión alejándose progresivamente de la ciudad. Después se levantó, sin desprenderse de la maleta; en la pared delantera del camión había una pequeña abertura con una puerta corrediza. La abrió y durante un momento habló rápidamente y en voz baja con el cabo sentado junto al conductor; luego sacó de la maleta todas las botellas, menos una de brandy, y se las fue pasando al cabo; después cerró la maleta y regresó junto al féretro para sentarse en él, la maleta bien sujeta de nuevo sobre las rodillas.

De manera que ahora, mientras el camión ascendía por la carretera reparada, siguiendo la curva de las Cuestas del Mosa, el sargento pudo al menos contemplar, del otro lado de la puerta trasera, los campos devastados y martirizados, el cadáver de la tierra, parte de la cual, estéril para siempre por la cordita y la angustia y la sangre humanas, nunca volvería a vivir, como si, además de abandonarla el hombre, Dios mismo la hubiera repudiado: los agujeros de los obuses, las viejas trincheras y las alambradas oxidadas, los árboles quemados y desmochados, los pueblecitos y las granjas como cráneos destrozados, ni siquiera reconocibles como cráneos, empezaban ya a desaparecer bajo una vegetación exuberante, violenta, incolora, de hierbas famélicas que no brotaban tiernamente de la superficie de la tierra, sino que daban la impresión de haber surgido, ascendiendo a través de kilómetros y más kilómetros, del infierno mismo, como si el diablo en persona estuviera tratando de esconder lo que el hombre había hecho a la tierra que era su madre.

Después apareció el fuerte desmantelado que había resistido pese a todo, y que seguía en pie, incluso aunque ni Francia ni la civilización lo necesitaran ya; siempre en pie, aunque fuera únicamente para seguir infectando el aire no ya más de dos años después de concluida la batalla y de que la putrefacción en masa debiera de haberse autoesterilizado, sino más del doble desde el fin de la guerra. Porque tan pronto como el sargento, de pie ya y con la maleta apretada contra el pecho, los fue despertando con el lateral de una bota, les llegó el olor que no habían creído que empezarían a notar hasta que estuvieran realmente dentro del fuerte; aunque tan pronto como el sargento los sacó del camión a todos, hasta el último, a fuerza de maldiciones y patadas, descubrieron la razón: al lado de una de las entradas de poca altura practicadas en el muro de piedra, se alzaba un montón infecto de huesos y cráneos blanqueados, algunos todavía cubiertos en parte con tiras y remiendos de algo que parecía cuero marrón o negro, y botas y uniformes manchados, así como, de cuando

en cuando, lo que debía de ser un cuerpo intacto envuelto en un trozo de lona; mientras miraban, otros dos soldados, con mandiles de carniceros y la parte inferior de la cara, nariz incluida, cubierta con un trozo de tela, salieron por la entrada de poca altura llevando entre ambos unas angarillas cargadas con más trozos y fragmentos de quienes habían defendido el fuerte en 1916. Con el tiempo habría allí una capilla de grandes dimensiones con una torre, un osario, visible desde kilómetros a la redonda, a todo lo largo de las Cuestas del Mosa, semejante a la silueta, vagamente futurista, de una gigantesca oca o un iguanodonte, sacada de la piedra gris no por un escultor sino por expertos albañiles, y que abrazaba una enorme, una larguísima nave, rodeada de nichos —en cada uno de los cuales ardería una lámpara noche y día, cada arco de entrada con nombres tallados, pero no procedentes de placas de identidad, sino de las listas de los regimientos, puesto que no quedaba nada que fuese posible identificar— y acuclillada sobre la enorme y profunda fosa a la que se arrojarían, para sellarla después, la masa inextricable y anónima de los huesos, ya mondos y lirondos, de lo que habían sido hombres; frente a ella se divisaría la pendiente blanca de cruces cristianas en ordenada distribución como para una revista de tropas, con los nombres, y la indicación del regimiento, de los huesos que se hubiera podido identificar; y, más allá, la otra pendiente no con hileras de cruces sino con lápidas redondas, colocadas con una leve pero decidida oblicuidad de manera que mirasen hacia La Meca, torcidas de manera sistemática y casi ritual y talladas con misteriosos e indescifrables jeroglíficos porque también en este caso se habría podido identificar los huesos de quienes fueran en otro tiempo hombres llegados desde la lejanía de su sol y de sus arenas ardientes, desde la lejanía de su hogar y de todas las cosas que les eran familiares, para hacer, entre la lluvia, el barro y el frío del norte, el último sacrificio, sin saber por qué razón, a no ser que sus jefes, también ellos ignorantes, hubiesen sido capaces de explicárselo de manera incompleta y sucinta en su propia lengua. Pero, de momento, no existían más que los muros, ennegrecidos y martirizados y todavía en pie, de la fortaleza, flanqueados por las redondas cúpulas de cemento, hundidas en la tierra, de los nidos de ametralladora, semejantes a enormes champiñones, y el infecto montón de huesos y los dos soldados con mandiles de carnicero que volcaron en él sus angarillas y, una vez vacías, se volvieron para contemplarlos un instante, por encima de los tensos trozos de tela que les tapaban nariz y boca, con una mirada fija, insondable, ciega, inconsciente, de sonámbulo paseándose por una pesadilla, antes de descender una vez más los escalones; y, sobre todo ello, permanente e invencible, el hedor, como si, víctimas de la humanidad y, en consecuencia, libres de toda obligación con ella, aquellos muertos hubieran legado a los seres humanos lo que ya habían sido incapaces de vencer durante tres años y aún seguiría derrotándolos durante treinta más o incluso trescientos, de manera que a la larga no tuvieran otra solución que abandonarlo, que huir.

El sargento y sus hombres contemplaron el montón de restos humanos y luego el orificio subterráneo en la piedra ennegrecida por el que los dos soldados con las angarillas habían dado la impresión de arrojar, de dejarse caer como para descender a las entrañas de la tierra; aún no se daban cuenta de que también en sus ojos había aparecido la mirada, fija, demente, de las pesadillas.

—Dios santo —dijo uno de ellos—. Cojamos a uno de ese montón y vayámonos con viento fresco.

—No —dijo el sargento; su voz, si los otros hubieran sabido discernirlo, reflejaba menos el deseo de tomarse la revancha que el de no dejar traslucir una alegría que ya saboreaba anticipadamente. Había llevado el uniforme desde 1914 sin llegar nunca a ser soldado; y nunca llegaría a serlo aunque siguiera llevándolo otros diez años. Era un oficinista meticulado y de confianza; ni sus papeles estaban nunca desordenados, ni sus envíos se retrasaban. No bebía ni fumaba; nunca había oído disparar un arma en toda su vida, excepto las carabinas de los aficionados que tiraban contra todo lo que se moviera los domingos por la mañana en los alrededores del pueblito del Loira donde había nacido y donde había vivido hasta que la madre patria lo llamó a filas. Quizá todo eso explicara el porqué de que se le hubiera encomendado aquella misión —. No —repitió—. La orden dice: «Trasladarse a Verdún y, una vez allí, llegar con prontitud y celeridad hasta las catacumbas que se hallan bajo el fuerte de Valaumont, conseguir el cadáver entero de un soldado francés que no esté identificado, ni sea identificable en razón de su nombre, regimiento o graduación, y regresar con él». Y eso es lo que vamos a hacer. En marcha: adelante.

—Deje que echemos antes un trago —sugirió uno.

—No —respondió el sargento—. Después. Primero tenéis que cargarlo en el camión.

—Venga, sargento —suplicó otro—. Piense en la peste con que nos vamos a topar dentro de ese agujero.

—¡No! ¡Os lo he dicho ya! —dijo el sargento—. ¡En marcha! ¡Adelante!

No abrió la marcha, sino que los empujó por detrás, como si se tratara de un rebaño, para hacerles inclinar la cabeza uno a uno cuando penetraron en el túnel de piedra, y se dejaron caer, hundiéndose por turno al bajar las empinadas escaleras de piedra como si descendieran a las entrañas de la tierra, a la humedad y a la oscuridad, si bien, poco después, superado el sitio donde las escaleras cesaban para convertirse en túnel, no tardaron en advertir un resplandor rojizo, débil y vacilante, no un resplandor eléctrico —era demasiado rojo y cambiante—, sino de antorchas, como enseguida pudieron comprobar; había una en la pared, junto a la primera abertura sin puerta y, de inmediato, se vieron unos a otros mientras se ataban, por encima de la nariz, cualquier pañuelo sucio o trozo de tela mugriento que llevasen encima (uno que, al parecer, no tenía ni una cosa ni otra, se tapó la cara con el cuello del capote),

apiñándose y luego deteniéndose, porque un oficial, el rostro oculto hasta los ojos por un pañuelo de seda, había salido por la abertura; todos se aplastaron contra el muro del estrecho túnel, mientras el sargento, sin desprenderse nunca de la maleta, se adelantó, saludó y presentó la orden al oficial, que la desdobló y examinó brevemente; luego volvió la cabeza y se dirigió a alguien que se hallaba en la habitación que quedaba a su espalda, y de allí salió enseguida un cabo con una linterna eléctrica y una camilla plegada; colgada del cuello llevaba una máscara antigás.

Guiados por el cabo con la linterna eléctrica, y el primero de ellos acarreado la camilla, reanudaron la marcha entre los muros sudorosos, el suelo mismo bajo sus pies viscoso y grasiento, por lo que no era difícil resbalarse, y fueron dejando atrás sucesivos orificios sin puerta, tras de los cuales podían ver las literas superpuestas en las que, durante aquellos cinco meses de 1916, los sitiados habían aprendido a dormir bajo los truenos en sordina y el retemblar de la tierra; el olor que, en la superficie, conservaba, tenazmente, un no sé qué de nitidez, como si de algún modo participase aún de ese movimiento que es vida, no se hacía allí más intenso, pero sí más familiar —una costumbre vieja, rancia, muerta y gastada que el ser humano nunca lograría eliminar, de manera que, con el tiempo, incluso llegaría a acostumbrarse e incluso dejaría de olerla—, un olor subterráneo y claustrofóbico y condenado a la oscuridad, no sólo de putrefacción, sino de miedo y sudor antiguo y viejos excrementos y viejos sufrimientos; miedo enrarecido hasta el punto de tener que elegir entre el coma y la locura y, en los intervalos del coma, no ya miedo, sino sencillamente hedor.

Más parejas de soldados, el rostro cubierto, y con carretillas o parihuelas repletas, se cruzaron con ellos; de repente, encontraron una nueva escalera sudorosa y viscosa que descendía; al pie de la escalera el túnel formaba un ángulo agudo; el suelo, las paredes, no estaban ya recubiertos de cemento y, al doblar la esquina detrás del cabo, no encontraron ya un túnel sino una excavación una caverna una cueva un gran nicho tallado en una pared, en el que, durante la época de los combates más encarnizados, cuando no había otra manera de deshacerse de ellos, los muertos intactos y quienes habían sufrido además mutilaciones en el fuerte o en los nidos de ametralladoras conectados con él eran arrojados allí, cubriéndolos después con tierra, mientras el túnel mismo proseguía más allá; una madriguera apuntalada, ni siquiera lo bastante alta para avanzar erguido por ella, a través de la cual, o más allá de ella, vieron ahora una luz blanca y regular que tenía sin duda que ser eléctrica, y de donde, mientras la estaban mirando, surgieron otros dos soldados, con mandiles y el rostro cubierto, que transportaban otra camilla en la que esta vez, al parecer, yacía un cuerpo intacto.

—Espérenme aquí —dijo el cabo.

—Mis órdenes dicen... —comenzó el sargento.

—Métase sus órdenes... —respondió el cabo—. Nosotros tenemos nuestro

sistema. Hacemos las cosas a nuestra manera. Aquí abajo, compañero, se está en servicio activo. Présteme a dos de sus hombres y la camilla. Aunque también puede venir usted, si piensa que sólo así se le tranquilizará la conciencia.

—Eso es lo que voy a hacer —respondió el sargento—. Las órdenes que... —pero el cabo no esperó a que terminase de hablar, avanzando ya, los dos soldados con la camilla, el sargento el último, agachándose para entrar en el túnel de más allá, la maleta todavía abrazada contra el pecho como un niño enfermo. No les llevó mucho tiempo, como si hubiera un surtido abundante donde elegir en la siguiente abertura lateral; casi de inmediato, al menos ésa fue la impresión de los diez soldados restantes, vieron reaparecer al sargento, una vez más agachado, sin dejar la maleta, seguido por los otros dos, con la camilla cargada, casi a paso de marcha, aunque no demasiado seguro, y en último lugar el cabo que ni siquiera hizo una pausa, adelantándose a la camilla cuando los dos que la llevaban la dejaron caer; y ya se dirigía hacia la escalera cuando el sargento lo detuvo—. Espere —dijo, la maleta sujeta ahora bajo un brazo mientras sacaba del interior del capote la orden y un lápiz, procediendo a desdoblar el papel con un golpe seco—. También nosotros tenemos nuestros sistemas en París. ¿Es un soldado francés?

—Sí —dijo el cabo.

—Está entero. No le falta nada.

—Nada —respondió el cabo.

—Carece de identificación: ni nombre ni regimiento ni graduación.

—Así es.

—Entonces firme aquí —dijo el sargento, ofreciendo el lápiz al cabo mientras este último se acercaba—. Tú —le dijo al soldado que estaba más cerca—. Media vuelta y agáchate —lo que el otro procedió a hacer, el sargento sosteniendo el papel sobre su espalda inclinada mientras firmaba el cabo—. Su teniente tendrá que firmar también —dijo el sargento mientras recuperaba el lápiz—. Puede usted adelantarse y comunicárselo.

—Entendido —respondió el cabo, echando a andar de nuevo.

—Bien —les dijo el sargento a los improvisados camilleros—. Sacadlo de aquí.

—Un momento —dijo el que iba delante—. Vamos a echarnos antes ese trago.

—No —respondió el sargento—. Cuando lo dejéis en el camión —no había querido que le encomendaran aquella misión y evidentemente su sitio no era aquél, porque esta vez se limitaron a quitarle la maleta, los doce de común acuerdo, sin cólera ni violencia, tan sólo con rapidez: sin acalorarse y de manera casi impersonal, casi distraída, como se puede arrancar de la pared el calendario del año pasado para reavivar el fuego; el ex ladrón ni siquiera se molestó esta vez en disimular lo que hacía, sacando su instrumento a la vista de todos, rodeado por los demás mientras abría la maleta. Y como habían creído que la rapidez y facilidad con que se habían

apoderado de la maleta se debía a que eran demasiados para que el sargento se resistiera, se quedaron mirando la única botella que contenía primero con asombro, después con indignación y luego con algo parecido al horror mientras el sargento, erguido tras ellos, dominándolos, reía a carcajadas largamente, lleno de un júbilo vengativo y triunfal.

—¿Dónde están las demás? —preguntó uno.

—Las tiré —respondió el sargento—. Las vacié.

—Y un cuerno —dijo otro—. Las ha vendido.

—¿Cuándo? —intervino otro—. ¿Cuándo ha tenido tiempo para venderlas? Ni tampoco para vaciarlas.

—Mientras veníamos hacia aquí en el camión, todos dormidos.

—Yo no estaba dormido —protestó el segundo.

—Bueno, bueno —dijo el ex ladrón—. ¿Qué más da cuando lo haya hecho? Han desaparecido. Nos beberemos lo que hay. ¿Dónde tienes el sacacorchos? —le preguntó a un tercero. Pero el otro ya lo había sacado y estaba descorchando la botella—. De acuerdo —le dijo el ex ladrón al sargento—, vaya e informe al oficial; nosotros sacaremos el fiambre y lo meteremos en el ataúd.

—De acuerdo —respondió el sargento, recogiendo la maleta vacía—. También yo quiero irme de aquí. Ni siquiera necesito beber para demostrarlo.

El sargento se marchó. Los otros vaciaron la botella rápidamente, pasándosela de mano en mano, y luego la tiraron.

—Bien —dijo el ex ladrón—. Coged eso y salgamos de aquí —porque ya se había convertido en jefe, sin que nadie pudiera decir, ni saber, ni tampoco le importase a nadie, cuándo había sucedido. Porque no se habían embriagado, no eran borrachos sino dementes y, mientras casi corrían con la camilla subiendo las empinadas escaleras, sentían en el estómago, tan frío y sólido como una bola de hielo, el último brandy que se habían echado al colete.

—¿Dónde están entonces? —preguntó el que subía a toda velocidad detrás del ex ladrón.

—Se las dio al cabo que iba delante en el camión —respondió este último—. A través del panel movable mientras dormíamos —salieron fuera corriendo, al exterior, al mundo, a la tierra, a la dulzura del aire libre, al lugar donde los esperaba el camión, y vieron al conductor y al cabo de pie a cierta distancia con un grupo de soldados. Todos los miembros de la escuadra habían oído al ex ladrón; los que llevaban la camilla la soltaron y, sin hacer siquiera una pausa, corrían ya hacia el camión cuando el ex ladrón los detuvo—. Un momento —dijo—. Lo haré yo —pero las restantes botellas no estaban en el camión. El ex ladrón regresó junto a la camilla.

—Decidle al cabo que venga aquí —dijo uno—. Sé cómo conseguir que nos cuente dónde están.

—No seas estúpido —dijo el ex ladrón—. Si organizamos un lío ahora, ¿sabes lo que sucederá? Que el sargento llamará a la policía militar, nos arrestarán a todos y conseguirá que en Verdún el ayudante le consiga una guardia nueva. Aquí no podemos hacer nada. Tenemos que esperar a Verdún.

—¿Y qué vamos a hacer en Verdún? —preguntó otro—. ¿Comprar más brandy? ¿Con qué? No nos sacarías un franco a todos nosotros ni con sacacorchos.

—Que venda el reloj Morache —dijo un cuarto.

—¿Querrá? —dijo un quinto. Todos miraron a Morache.

—Olvídate de eso ahora —dijo Morache—. Ganzúa tiene razón; lo primero de todo es volver a Verdún. Venga. Metamos al fiambre en la caja —llevaron la camilla hasta el camión y alzaron el cuerpo envuelto en una sábana. La tapa del féretro no estaba sujeta; dentro del ataúd había clavos y un martillo. Arrojaron el cuerpo dentro: no supieron si boca arriba o boca abajo ni tampoco les importó; volvieron a colocar la tapa y hundieron los clavos lo suficiente para mantenerla sujeta. Luego el sargento, con la maleta vacía ya, subió por la puerta de atrás y se sentó de nuevo sobre el féretro; el cabo y el chófer regresaron también, evidentemente, porque el camión se puso de inmediato en movimiento, los otros doce sentados en la paja y recostados en las paredes, tranquilos ya, en apariencia tan correctos como niños bien educados, pero, en realidad, momentáneamente enajenados, capaces de cualquier cosa, en ocasiones hablando entre ellos reposadamente, mientras el camión regresaba a Verdún, hasta que finalmente se encontraron en la ciudad de nuevo, el vehículo se detuvo delante de una puerta con un centinela al lado (sin duda el cuartel general del comandante de la plaza), y el sargento se dispuso a levantarse del féretro. Entonces Ganzúa lo intentó por última vez:

—Tengo entendido que, según la orden, se nos daría brandy no sólo a la ida, antes de sacar el cuerpo, sino también al volver a París. ¿O estoy equivocado?

—Si te equivocas, ¿quién tiene la culpa? —le respondió el sargento. Después de mirar a Ganzúa un momento más, se volvió para dirigirse hacia la puerta; era como si también él hubiera reconocido su jefatura—. Tengo que firmar algunos papeles. Llévoslo a la estación, cargadlo en el vagón y esperadme allí. Luego almorzaremos.

—De acuerdo —dijo Ganzúa. El sargento saltó a tierra y desapareció; inmediatamente, antes incluso de que el camión se pusiera de nuevo en movimiento, se produjo una transformación, como si la personalidad y la forma de ser de los doce hubiera cambiado o, quizá, sin llegar a cambiar, como si se hubieran despojado de máscaras y capas; el habla misma se hizo breve, rápida, sucinta, misteriosa, a veces incluso sin palabras, como si no necesitaran una seña para comunicarse, sabiendo de antemano qué era lo que debían hacer a continuación.

—El reloj de Morache —dijo uno.

—Espera —respondió Ganzúa—. Primero la estación.

—Dile entonces que se dé prisa —intervino otro—. Lo haré yo mismo —añadió, empezando a levantarse.

—He dicho que esperes —respondió Ganzúa, sujetándolo—. ¿Quieres que aparezca la policía militar? —de manera que dejaron de hablar y se limitaron a seguir sentados, inmóviles pero en movimiento, furiosos en la inmovilidad de hombres en tensión contra una pirámide, como si estuvieran empujando desde la parte trasera del camión, llevados por la urgencia de su pasión y de su necesidad. Cuando el camión se detuvo ya se estaban apeando, los primeros cayendo a tierra antes de que hubiera dejado de moverse, las manos sobre el ataúd. El andén estaba vacío, o eso pensaron, o lo hubieran pensado si se hubieran fijado, cosa que no hicieron, ni siquiera mirando en su dirección mientras sacaban el ataúd del camión, casi corriendo de nuevo por el andén hacia donde el vagón esperaba en la vía muerta; sin notar nada hasta que una mano empezó a tirarle de la manga a Ganzúa, una voz apremiante, que le decía, a la altura del codo:

—¡Señor cabo! ¡Señor cabo!

Ganzúa miró hacia abajo. Era la anciana cuyo hijo había muerto en la batalla de Verdún.

—Váyase, abuela —dijo Ganzúa, liberándose con un movimiento brusco—. Vamos. Abrid esa puerta.

Pero la anciana se le había vuelto a colgar de la manga, hablando aún con la misma terrible insistencia:

—Tienen uno. Quizá sea Theodule. Lo sabré. Déjeme verlo.

—¡Váyase! ¿Cómo quiere que se lo diga? —replicó Ganzúa—. Tenemos mucho que hacer —de manera que no fue Ganzúa, pese a su condición de jefe, sino uno de los otros quien dijo de repente y con brusquedad, en voz baja: «Esperad».

Aunque un segundo después ya se les había ocurrido a todos la misma idea, cuando un extremo del ataúd descansaba sobre el suelo del vagón y cuatro de ellos estaban preparados para empujarlo hasta el fondo, todos deteniéndose y volviéndose a mirar mientras el que había hablado continuaba:

—Esta mañana dijo usted algo sobre la venta de una granja.

—¿Venta? —preguntó la mujer.

—¡Dinero! —dijo el otro, siempre a media voz.

—¡Sí, sí! —respondió la anciana, buscando bajo el chal y sacando un bolso de mano muy gastado y casi tan grande como la maleta del sargento.

En aquel momento Ganzúa retomó el mando.

—Esperad —ordenó por encima del hombro, para dirigirse después a la anciana—: Si dejamos que mire, ¿nos comprará dos botellas de brandy?

—Que sean tres —dijo un tercero.

—Y por adelantado —añadió un cuarto—. No averiguará nada viendo lo que hay

en esa caja.

—¡Sí que lo averiguaré! —exclamó la anciana—. ¡Se lo aseguro! Basta con que me dejen mirar.

—De acuerdo —dijo Ganzúa—. Vuelva con dos botellas de brandy y podrá verlo. Dése prisa, antes de que llegue el sargento.

—Sí, sí —dijo la anciana, dándose la vuelta y corriendo, rígida y torpe, sujetando con fuerza el bolso de mano mientras cruzaba el andén.

—Bien —dijo Ganzúa—. Metedlo dentro. Que uno de vosotros traiga el martillo del camión —afortunadamente no se les había ordenado hundir los clavos hasta el fondo, tan sólo asegurar momentáneamente la tapa (al parecer el cuerpo, cuando llegase a París, iba a ser trasladado a otro féretro un poco más elegante o, por lo menos, más en consonancia con la finalidad a la que se lo destinaba), para que pudieran sacarse sin dificultad. Así lo hicieron, pero, al levantar la tapa tuvieron que retroceder ante la vaharada, casi visible, que les alcanzó de repente: un último adiós, lánguido y débil, de la corrupción y de la muerte, como si el cadáver mismo lo hubiera atesorado durante tres años a la espera de aquél, o cualquier otro momento parecido, con la alegre y diabólica premeditación de un niño travieso. Luego la anciana regresó, apretando las dos botellas contra el pecho, todavía corriendo o al menos trotando, jadeante ya, temblorosa, casi como si estuviera completamente exhausta, porque no pudo siquiera subir los escalones cuando llegó junto a la puerta, de manera que dos de ellos saltaron al andén y la subieron en peso hasta el tren. Un tercero se hizo cargo de las botellas, aunque la anciana no pareció advertirlo siquiera. Durante un segundo o dos tampoco pareció ver el féretro. Después lo descubrió y se arrodilló o desplomó a medias junto a la cabecera del ataúd y retiró la lona que cubría lo que en otro tiempo fuera un rostro. Ellos (el que había hablado en cuarto lugar) tenían razón; no podía deducirse nada de la cara porque no se trataba ya de un rostro humano. Luego comprendieron que la mujer ni siquiera lo estaba mirando: tan sólo permanecía arrodillada, una mano descansando sobre lo que había sido la cara mientras con la otra acariciaba lo que quedaba de pelo.

—Sí. Sí. Es Theodule. Es mi hijo —dijo, alzándose de repente, con energía ya, enfrentándose a ellos, apoyada en el ataúd, recorriendo con la mirada todos los rostros hasta encontrar el de Ganzúa; también su voz se hizo tranquila y decidida:

—He de llevármelo.

—Usted dijo que sólo quería verlo —protestó Ganzúa.

—Es mi hijo. Debe volver a casa. Tengo dinero. Les compraré cien botellas de brandy. O les daré el dinero, si lo prefieren.

—¿Cuánto nos daría? —preguntó Ganzúa. La anciana no vaciló ni un instante, entregándole el bolso sin abrirlo.

—Cuéntelo usted mismo —dijo.

—Pero ¿cómo va a sacarlo..., de aquí? No tiene donde llevarlo.

—Tengo un carro y un caballo. Ha estado ahí, detrás de la estación, desde que ayer nos enteramos de lo que ustedes venían a hacer.

—¿Cómo se enteraron? —preguntó Ganzúa—. Esto es un asunto oficial.

—¿Qué más da? —dijo ella, casi con impaciencia—. Cuente el dinero.

Pero Ganzúa no abrió aún el bolso, sino que se volvió hacia Morache.

—Ve con ella a buscar el carro. Ponlo debajo de la ventanilla por el otro lado. Y deprisa. Landry aparecerá en cualquier momento.

No les llevó mucho hacerlo. Abrieron la ventanilla; casi de inmediato Morache se presentó con el carro, el corpulento caballo de labor avanzando, pesado y estupefacto, al galope. Morache le obligó a pararse en seco; los que estaban dentro del vagón ya habían sacado a medias por la ventanilla el cuerpo envuelto en la lona. Morache cedió las riendas a la anciana sentada a su lado, saltó por encima del asiento, tiró con decisión del cadáver hasta dejarlo caer en el carro y luego se apeó; en aquel momento Ganzúa, desde el interior del tren, arrojó por la ventanilla el bolso de mano, que también fue a caer dentro del carro.

—Márchese —le dijo Morache a la anciana—. Váyase de aquí con viento fresco. Deprisa.

Un instante después el carro ya se había ido. Morache volvió al vagón.

—¿Cuánto había? —le preguntó a Ganzúa.

—Me he quedado con cien francos —respondió Ganzúa.

—¿*Cien francos*? —dijo el otro con incrédulo asombro.

—Sí —dijo Ganzúa—. Y mañana me avergonzaré de haberle cogido incluso eso. Pero significa una botella por barba —entregó el dinero al que había hablado en último lugar—. Encárgate de comprarlas —luego a los demás—: Volved a poner la tapa. A qué estáis esperando, si puede saberse: ¿a que llegue Landry para ayudaros?

Volvieron a colocar la tapa y metieron los clavos en los agujeros que ya estaban hechos. La prudencia más elemental debiera haberles dictado, o al menos sugerido, la necesidad de poner antes en el féretro un peso, de la clase que fuera, cualquier peso, pero no les preocupaba la prudencia. El improvisado ganimedes regresó, apretando contra el pecho una raída cesta de mimbre, que le fue arrebatada antes incluso de que pudiera subir al vagón; el propietario del sacacorchos procedió a abrir rápidamente las botellas a medida que llegaban a sus manos.

—Ha dicho que le devolvamos la cesta —explicó el ganimedes.

—Llévasela entonces —dijo Ganzúa; luego nadie tuvo nada más que añadir; las manos se apoderaban de las botellas casi antes de que salieran los tapones, de manera que, cuando, una hora después, regresó el sargento, su indignación, no enfado, indignación, no tuvo límites. Pero en esta ocasión no podía hacer nada porque sus subordinados estaban realmente comatosos, todavía tirados por el suelo y roncando

sobre un estercolero de paja y orines y vómitos y brandy derramado y botellas vacías, todavía invulnerables e inmunes, gracias a aquel nepente, cuando hacia media tarde una locomotora recogió al vagón para devolverlo a Saint-Mihiel y aparcarlo en otra vía muerta, donde únicamente se despertaron debido a la deslumbrante luz amarilla que entraba en el vagón por las ventanillas y al ruido de los martillazos sobre el exterior de las paredes. El primero en moverse fue Ganzúa.

Sujetándose la cabeza, que estaba a punto de estallarle, y cerrando los ojos con fuerza para protegerlos del insoportable resplandor, tuvo la impresión de que no había habido nunca un amanecer tan radiante. Parecía casi luz eléctrica; no conseguía imaginarse cómo, bajo aquella luz, lograría levantarse y, una vez en pie, titubeante hasta que se agarró a algo, tampoco entendió cómo había realizado aquella hazaña, apoyándose en la pared mientras, uno a uno, despertaba a puntapiés a sus compañeros hasta devolverles el uso de los sentidos o al menos la consciencia.

—Levantaos —dijo—. En pie. Tenemos que salir de aquí.

—¿Dónde estamos? —dijo uno.

—París —dijo Ganzúa—. Ya es mañana.

—¡Ira de Dios! —dijo una voz. Porque estaban todos despiertos, amaneciendo no al recuerdo, puesto que, incluso comatosos, no habían olvidado nada, sino a la simple comprobación de la realidad presente, como sonámbulos que se despiertan para encontrarse de pie en el alféizar de una ventana del piso cuarenta. Ya no estaban borrachos. Y ni siquiera tenían tiempo para sentirse mal—. ¡Cielo santo! —dijo la misma voz. Se pusieron en pie, tambaleándose para no perder el equilibrio, estremecidos y temblorosos, y bajaron al andén a trompicones y se apiñaron, parpadeando repetidamente hasta habituarse al feroz resplandor exterior. Porque sí se trataba de electricidad; era todavía la noche anterior (o quizá mañana por la noche, hasta donde a ellos se les alcanzaba y sin que tampoco eso les preocupara por el momento): se trataba de dos reflectores, como los que, durante la guerra, habían utilizado las baterías antiaéreas contra los ataques nocturnos de la aviación, enfocados hacia el vagón y bajo cuya luz deslumbrante operarios subidos en escaleras de mano clavaban largas tiras de negra y fúnebre estameña para cubrir por completo los costados del vehículo. Y tampoco estaban en París.

—Seguimos en Verdún —dijo otro.

—Entonces se han llevado la estación al otro lado de las vías —dijo Ganzúa.

—En cualquier caso, no es París —dijo un tercero—. Necesito echar un trago.

—No —dijo Ganzúa—. Te tomarás un café y algo de comer —se volvió hacia el ganimedes—. ¿Cuánto dinero te queda?

—Te lo devolví —respondió el otro.

—No estoy para bromas —dijo Ganzúa, extendiendo la mano—. Afloja la pasta —el ganimedes se buscó en el bolsillo y sacó un pequeño fajo de billetes y algunas

monedas. Ganzúa lo contó rápidamente—. Quizá tengamos bastante —dijo—. Vamos —había un pequeño *bistro* frente a la estación. Encabezó la marcha y entró el primero: en el interior encontraron un pequeño recinto con un mostrador de zinc, en el que estaba apoyado un cliente con chaqueta de pana, campesino sin duda, y donde había además dos mesas ocupadas por otros individuos con ropa de granjeros o de obreros, jugando al dominó mientras bebían café o tomaban vino, todos ellos volviéndose a mirarlos cuando Ganzúa entró con su grupo y lo condujo hasta el mostrador, donde una tremenda mujer vestida de negro les dijo:

—¿Monsieurs?

—Café, Madame, y pan, si tiene —dijo Ganzúa.

—Yo no quiero café —dijo el tercero—. Necesito un trago.

—Naturalmente —dijo Ganzúa con entonación a la vez tranquila y furiosa e incluso bajando un poco la voz—: Quédate un rato por aquí hasta que venga alguien y alce la caja; y no digamos nada de abrirla. He oído decir que siempre te ofrecen un trago antes de subir los escalones.

—Quizá podamos encontrar otro... —empezó un cuarto.

—Cállate la boca —dijo Ganzúa—. Bébetelo el café. Tengo que pensar.

En aquel momento habló una voz desconocida.

—¿Qué sucede? —preguntó—. ¿Os habéis metido en algún lío, muchachos? —era el hombre que estaba de pie junto al mostrador cuando entraron. Ganzúa y sus hombres lo miraron: un individuo corpulento y sólido, evidentemente campesino, no tan viejo como les había parecido a primera vista, cabeza redonda, rostro enérgico y sin un pelo de tonto y el distintivo de una condecoración en la solapa de la chaqueta: no de las mejores, pero buena de todos modos, equivalente, de hecho, a la que lucía el mismo Ganzúa; posiblemente fuera ésa la razón de que les hubiera dirigido la palabra. Ganzúa y él se contemplaron en silencio unos instantes.

—¿Dónde la conseguiste? —preguntó Ganzúa.

—Combles —dijo el desconocido.

—Yo también —dijo Ganzúa.

—¿Estáis en un apuro? —preguntó el otro.

—¿Qué te lo hace suponer? —dijo Ganzúa.

—Mira, compañero —dijo el desconocido—. Quizá vuestra misión fuese secreta cuando salisteis de París, pero aquí ha dejado de serlo desde que vuestro sargento salió de ese vagón a primera hora de la tarde. ¿A qué se dedica, por cierto? ¿Es un predicador reformista, como esos que, según dicen, tienen en Inglaterra y en los Estados Unidos? Desde luego estaba como loco. No parecía importarle un comino que estuvierais borrachos. Lo que le traía a mal traer era que hubierais conseguido doce botellas de brandy sin que él supiera cómo.

—¿Esta tarde? —dijo Ganzúa—. ¿Quieres decir que todavía es hoy? ¿Dónde

estamos?

—Saint-Mihiel. Vais a seguir aquí esta noche hasta que claven suficiente tela negra en vuestro vagón para conseguir que parezca un coche fúnebre. Mañana por la mañana os recogerá un tren especial para llevaros a París. ¿Dónde está el problema? ¿Os ha pasado algo?

Ganzúa se volvió bruscamente.

—Ven a este lado —dijo. El otro lo siguió. Se situaron ligeramente apartados de los demás, en el ángulo entre el mostrador de zinc y la pared del fondo. Ganzúa habló deprisa pero contándolo todo, sin ocultar nada, mientras el desconocido escuchaba en silencio.

—Lo que necesitas es otro cadáver —dijo después.

—¿A mí me lo dices? —respondió Ganzúa.

—¿Por qué no? Yo tengo uno. En mis tierras. Lo encontré la primera vez que aré. He dado parte, pero no ha venido nadie. Tengo un caballo y un carro ahí fuera; nos llevaría unas cuatro horas ir y volver —se miraron el uno al otro—. Tenéis toda la noche..., en este momento.

—De acuerdo —dijo Ganzúa—. ¿Cuánto?

—Tendrás que decirlo tú, que sabes la mucha falta que os hace.

—No tenemos un céntimo.

—Se me parte el corazón —dijo el desconocido. Se miraron otra vez. Sin apartar los ojos, Ganzúa levantó un poco la voz.

—Morache —Morache se acercó—. El reloj —dijo Ganzúa.

—Un momento —dijo Morache. La maquinaria era suiza y la caja de oro; había querido uno desde que vio el primero, y lo encontró por fin en la muñeca de un oficial alemán herido, dentro del cráter de un obús, la noche en que perdió contacto con el resto de una patrulla enviada a capturar un prisionero, o al menos alguien lo bastante vivo para poder hablar. Vio incluso el reloj antes que a su propietario, porque se tiró dentro del agujero inmediatamente antes de que se encendiera una bengala, advirtiendo el reflejo del reloj a la lívida luz del magnesio antes de ver al alemán: un coronel, a quien un proyectil debía de haber atravesado la columna vertebral, ya que parecía estar únicamente paralizado, aunque totalmente consciente e incluso sin grandes dolores; era exactamente lo que les habían pedido que capturasen, con la excepción del reloj. De manera que Morache lo asesinó con su cuchillo de monte (un disparo hubiera provocado, probablemente, que le cayera encima toda una andanada), le quitó el reloj y se quedó tumbado en el exterior de su propia alambrada hasta que regresó la patrulla (con las manos vacías) y lo encontró. Durante todo un día se sintió incapaz de ponérselo o incluso de mirarlo, hasta que recordó que él llevaba la cara embadurnada de negro y que el alemán no hubiera podido dar su descripción, ni, menos aún, decir quién era; además, el tipo ya estaba muerto—. Un momento —dijo

—. Espera.

—Naturalmente —dijo Ganzúa—. Espera en ese vagón de ahí a que vengan a por la caja. No sé qué es lo que te harán entonces, pero sé lo que harán si sales corriendo, porque sería desertar —extendió la mano—. El reloj —Morache se quitó el reloj de pulsera y se lo entregó.

—Por lo menos —dijo—, consigue además un poco de brandy.

El desconocido trató de apoderarse del reloj.

—¡Caramba! Míralo desde ahí —dijo Ganzúa, mostrándolo sobre la palma de su mano alzada.

—Claro que tendréis brandy —dijo el desconocido.

Ganzúa cerró la mano, ocultando el reloj, y la dejó caer.

—¿Cuánto? —preguntó.

—Cincuenta francos —dijo el otro.

—Doscientos —dijo Ganzúa.

—Cien.

—Doscientos —insistió Ganzúa.

—¿Dónde está el reloj? —dijo el desconocido.

—¿Dónde está el carro? —dijo Ganzúa.

Les llevó poco más de cuatro horas («De todos modos tendréis que esperar a que terminen de clavar esa tela negra y se vayan», dijo el desconocido) y fueron cuatro los que se encargaron de la operación («Bastará con otros dos», dijo el desconocido. «Iremos con el carro hasta el sitio mismo.»): Ganzúa y el desconocido delante, en el asiento, Morache y otro detrás, dentro del carro; primero en dirección norte y este al salir de la ciudad, hasta hundirse en la oscuridad del campo, el caballo tomando el buen camino sin necesidad de guiarlo, sabedor de que volvía a casa; en la oscuridad sólo se percibían el constante traqueteo de un caballo al trote y los golpes y chasquidos del carro, un sonido y una vibración en lugar de un progreso, de manera que eran los árboles a los lados del camino los que parecían moverse, salir deslizándose de la oscuridad para correr lentamente en la dirección contraria hasta quedar atrás, recortándose contra el cielo. Pero eran ellos quienes se movían, aunque a Ganzúa le pareciera una eternidad, los árboles de los lados transformándose de repente en sucesión de postes más distantes entre sí, el caballo, siempre sin necesidad de guiarlo, torciendo bruscamente hacia la izquierda.

—Zona de combate, ¿eh? —observó Ganzúa.

—Sí —dijo el desconocido—. Los americanos rompieron el frente en septiembre. Vienne-la-Pucelle, allí —dijo, señalando con el dedo—. Le tocó de lleno. Estaba exactamente en la punta. Enseguida llegamos —pero tardaron un poco más, aunque acabaron por encontrarla: una granja con su corral, completamente a oscuras. El desconocido hizo detenerse al caballo y le cedió las riendas a Ganzúa—. Voy a buscar

una pala. Y os regalaré una tela impermeable —no tardó en reaparecer, pasando la pala y la tela doblada a los dos de atrás; luego se subió de nuevo al carro y tomó las riendas, el caballo lanzándose hacia adelante y queriendo meterse en el corral de la granja, pero el desconocido, tirando con firmeza de las riendas, lo apartó. Luego un portillo en un seto vivo; Morache se apeó y lo abrió para que pasase el carro—. Déjalo abierto —le indicó el desconocido—. Lo cerraremos cuando salgamos —Morache obedeció, saltando de nuevo al interior del carro cuando pasó a su lado; estaban en un campo ya, blando por haberlo arado; el caballo, siempre sin que nadie lo guiara, fue eligiendo el camino sin equivocarse, no en línea recta, sino en zigzag, volviendo casi sobre sus pasos de cuando en cuando, aunque Ganzúa seguía sin ver nada—. Obuses que no estallaron —explicó el desconocido—. Rodeados de banderas hasta que los retiren. Aramos en círculos para evitarlos. Según las mujeres y el viejo que estaban aquí entonces, la guerra volvió a empezar por todo lo alto, precisamente en ese campo de ahí, después de aquel descanso que se tomaron en mayo. Pertenece a una familia que se apellida Dumont. El marido murió ese mismo verano; supongo que dos guerras en sus tierras con sólo una semana de diferencia fue demasiado para él. Su mujer las trabaja ahora con la ayuda de un jornalero. Aunque en realidad no le hace falta; maneja el arado tan bien como él. Hay otra mujer en la casa, su hermana. Se encarga de la comida. Está un poco mal de la azotea —se había puesto en pie, escudriñando la oscuridad, la silueta recortada contra el cielo; enseguida se dio un golpe en la frente. Hizo girar bruscamente al caballo y, al cabo de un momento, lo detuvo—. Ya estamos —dijo—. Unos cincuenta metros más allá, sobre esa loma que nos divide, se alzaba la mejor haya de toda la zona. Mi abuelo decía que ni siquiera mi tatarabuelo se acordaba de cuando era sólo un arbolito. Probablemente acabaron con él el mismo día. Bien —añadió—. Saquémoslo. Seguro que no queréis perder aquí más tiempo del necesario.

Les mostró el sitio donde el arado había descubierto el cadáver, que luego él volvió a cubrir, marcando el lugar. No estaba muy hondo; les era imposible ver nada, pero después del tiempo transcurrido, o quizá porque sólo se trataba de un cuerpo, apenas olía; el objeto alargado, la inextricable confusión de huesos casi sin peso ya y de paño de uniforme, estuvo muy pronto fuera de la tierra, envuelta en los pliegues de la tela impermeable y luego depositada en el carro; el caballo creía que esta vez volvería sin duda a su pesebre, tratando de reanudar, incluso sobre la tierra blanda, removida por el arado, el pesado y monótono trote; Morache cerró el portón del seto y tuvo que correr después para alcanzar al carro, porque el caballo se había lanzado a un galope corto, pese a que su dueño trataba de retenerlo con las riendas, y procuró de nuevo meterse en el corral de la granja, pero su dueño lo apartó de nuevo, utilizando el látigo hasta que consiguió hacerle enfilarse una vez más la carretera que llevaba a Saint-Mihiel.

Un poco más de cuatro horas, pero quizá no fuese posible hacerlo en menos. La ciudad estaba ya completamente a oscuras, y el *bistro* desde donde habían empezado la expedición no era más que una masa de sombras que se destacaba entre otra masa de sombras todavía mayor y que a su vez se rompió en otras formas separadas a medida que los otros nueve soldados rodearon el carro, aunque este último no se detuvo, sino que siguió al mismo paso hacia el vagón que, envuelto por completo en su negro paño mortuorio, se había desvanecido por completo en la noche. Pero estaba allí; los componentes de la escuadra habían sacado de nuevo los clavos, de manera que sólo fue necesario retirar la tapa del ataúd, meter por la ventanilla el bulto envuelto en la tela impermeable, dejarlo caer dentro y volver a colocar los clavos.

—Hundidlos bien —dijo Ganzúa—. ¿A quién le importa ahora un poco de ruido? ¿Y el brandy?

—Todo está en orden —dijo una voz.

—¿Cuántas botellas habéis abierto?

—Una —dijo la voz.

—¿Contando desde dónde?

—¿Por qué tendríamos que mentir, cuando todo lo que tienes que hacer para comprobarlo es ver las que quedan? —dijo la voz.

—Está bien —dijo Ganzúa—. Ahora salid de ahí y cerrad la ventanilla.

Enseguida estuvieron todos en tierra. El granjero no se había bajado del carro y esta vez, con toda seguridad, el caballo volvía a casa. Pero los otros no esperaron a que se marchara. Se volvieron como un solo hombre, corriendo ya, apretujándose y dándose algún codazo para entrar en el vagón, pero regresaron al fin a su oscuro catafalco como si del útero materno se tratara. Estaban a salvo. Tenían un cadáver y bebida para pasar la noche. Quedaban mañana y París, por supuesto, pero de eso ya se encargaría Dios.

* * *

Con los huevos que acababa de recoger en el hueco del delantal, Marya, la hermana mayor, cruzó el patio en dirección a la casa como transportada por una nube, suave y lechosa, de gansos blancos; se diría que las aves la rodeaban, la protegían, con una ternura apasionada y conmovedora; dos de ellos, uno a cada lado, pegados a sus faldas, llevaban exactamente su mismo paso, los largos cuellos ondulantes apoyados contra sus costados en movimiento, las cabezas inclinadas hacia adelante, los duros picos amarillos ligeramente abiertos como bocas anhelantes, los ojos fijos y sin expresión, como empañados por el éxtasis; cuando Marya subió los escalones, abrió la puerta, entró rápidamente y volvió a cerrarla, los gansos, que la habían acompañado hasta la casa, siguieron pululando y empujándose alrededor y dentro del porche, deseosos de apretarse contra la madera lisa de la puerta, el cuello extendido,

la cabeza ligeramente echada hacia atrás, como si estuvieran a punto de desmayarse, dejando escapar, con sus voces roncas ásperas discordantes tiernas, exclamaciones de pesar, duelo e inconsolable sufrimiento.

Marya entró directamente en la cocina, llena ya, por la proximidad del mediodía, con el intenso olor de la sopa. No se detuvo siquiera un momento: guardó primero los huevos, alzó un momento la tapadera de la olla que hervía a fuego lento sobre el fogón, se apresuró después a colocar sobre la mesa de madera una botella de vino, un vaso, un cuenco para sopa, una hogaza de pan, una servilleta y una cuchara, atravesó a continuación la casa y salió por la puerta principal, que daba al camino a cuyo final se hallaba el campo donde pudo verlos ya: el caballo, la grada y a quien los guiaba, el jornalero que trabajaba para ellas desde la muerte de su cuñado cuatro años atrás, y a su hermana que iba y venía de un extremo a otro de lo que se divisaba del campo, como si celebrase un rito, la mano y el brazo hundiéndose en el saco que le colgaba del hombro, para volver a sacarlos describiendo esa amplia curva que es el segundo entre los gestos, o actos, más antiguos de la humanidad; Marya corría ya, evitando los viejos cráteres señalados con estaquitas de las que colgaban trozos de tela roja, y en los que tupidas malas hierbas crecían sobre los obuses que no habían llegado a explotar, mientras decía, gritaba, con su voz serena, luminosa y que se oía desde muy lejos:

—¡Hermana! Aquí está el joven inglés que viene a por la medalla. Son dos, se acercan ya por la senda.

—¿Trae a un amigo con él? —preguntó Marthe.

—No se trata de un amigo —respondió Marya—. Es alguien que busca un árbol.

—¿Un árbol? —preguntó la otra.

—Sí, hermana. ¿No lo ves?

Las dos, desde la senda ya, pudieron contemplarlos: varones, sin duda, pero, incluso a aquella distancia, uno de ellos no se movía del todo como un ser humano y, al acercarse, la impresión fue aún más clara, junto a las extrañas zancadas del otro, porque hacía pensar en la lentitud espasmódica y como a tirones de alguna especie de insecto gigantesco que se moviera erguido y sin dar la sensación de progresar apenas, incluso antes de que Marya dijera: «Anda con muletas», la única pierna balanceándose como un metrónomo, infatigable y también indomable, entre el rítmico contrapunto gemelo de las muletas; interminable y sin embargo también indomable y acercándose sin duda alguna, hasta que vieron cómo también le faltaba el brazo del mismo lado hasta cerca del codo, y (cuando llegó muy cerca) que lo que tenían delante no era siquiera un hombre completo, ya que incluso la mitad de la carne visible era una furiosa cicatriz azafranada que comenzaba en su deforme sombrero flexible y le dividía la cara exactamente por debajo del puente de la nariz, cruzándole boca y barbilla, hasta el cuello de la camisa. Pero se trataba tan sólo de la

aparición exterior, porque tenía una voz potente, sin asomo de autocompasión, y se dirigió a las hermanas hablando francés de corrido y con buen acento y únicamente su acompañante era el que estaba enfermo: un hombre alto, tan flaco como un cadáver, completo, por supuesto, y con el mismo aspecto de vagabundo, pero con un rostro enfermo insolente intolerante debajo de un astroso sombrero con una cinta y una larga pluma raída que le aumentaba la estatura hasta más de dos metros.

—¿Madame Dumont? —preguntó el primero.

—Sí —respondió Marya con su sonrisa luminosa y tierna, nada sentimental.

El hombre de las muletas se volvió hacia su acompañante.

—De acuerdo —le dijo en francés—. Son ellas. Adelante.

Pero Marya no esperó, dirigiéndose en francés al de las muletas.

—Los esperábamos. La sopa está lista, y sin duda tendrán hambre después del paseo desde la estación —luego se volvió hacia el otro, hablándole no en francés, sino en la antigua lengua balcánica de su infancia—: Usted también. Aún tendrá que comer durante un poco más de tiempo.

—¿Cómo? —dijo de repente y con aspereza la hermana, volviéndose hacia el individuo de la pluma, hablándole en la misma lengua montañesa—: ¿Es usted zsettlani?

—¿Cómo? —repitió con aspereza y alzando mucho la voz el individuo de la pluma—. Hablo francés. También quiero sopa. La pagaré. ¿Ve? —dijo, metiéndose la mano en el bolsillo—. Miren.

—Sabemos que tiene dinero —dijo Marya en francés—. Pasen. Una vez en la cocina pudieron examinar lo que les quedaba por ver del primer visitante: la cicatriz de color azafrán no se detenía en la línea del sombrero flexible, sino que dividía también el cráneo, dotándolo de una furiosa y abrasada rigidez, como si ni siquiera la cara que hablaba y la que muy poco después masticaría y tragaría fuesen la misma; la sucia camisa que se mantenía cerrada a la altura del cuello gracias a la tira de tela deshinchada, desteñida y a rayas de lo que las hermanas ignoraban fuese la corbata de un regimiento británico; el esmoquin sucio y manchado por encima de cuyo bolsillo delantero colgaban dos medallas con sus correspondientes cintas; los pantalones de tweed gastados y sucios una de cuyas perneras estaba recogida y sujeta por debajo del muslo con un trozo de alambre. El inglés siguió apoyado en sus muletas por un momento todavía, en el centro de la cocina, mirando a su alrededor con aquel único ojo atento, tranquilo, sin compasión, mientras su acompañante, tras él, junto al umbral, mostraba también su rostro desfigurado insolente desapacible, todavía con el sombrero cuya pluma casi tocaba el techo, como si estuviera suspendido de él.

—De manera que aquí es donde vivía —dijo el hombre de las muletas.

—Sí —respondió Marthe—. ¿Cómo lo supo? ¿Cómo averiguó dónde

encontrarnos?

—Vamos, hermana —dijo Marya—. ¿Cómo iba a venir por la medalla sin saber dónde vivíamos?

—¿La medalla? —dijo el inglés.

—Sí —dijo Marya—. Pero tómese primero la sopa. Tiene hambre.

—Gracias —respondió el inglés. Agitó la cabeza en dirección al individuo que tenía detrás—. ¿También él? ¿También está invitado?

—Por supuesto —dijo Marya. Luego recogió dos cuencos de la mesa y se acercó al fogón, sin ofrecerse a ayudarlo, aunque tampoco su hermana hubiera podido moverse con la rapidez o la agilidad necesaria para hacerlo mientras el mutilado pasaba la única pierna por encima del banco de madera, apoyaba las muletas a su lado y ya estaba descorchando el vino antes de que su acompañante, el hombre completo junto a la puerta, empezara a moverse. Marya alzó la tapa de la olla y, volviéndose a medias para mirar al segundo visitante, le dijo, esta vez en francés—: Siéntese. También puede usted comer. A nadie le importa ya.

—¿A nadie le importa el qué? —dijo con aspereza el de la pluma.

—Lo hemos olvidado —dijo Marya—. Quítese antes el sombrero.

—Les puedo pagar —dijo el de la pluma—. No tienen que darme nada, ¿ve? —se metió la mano en el bolsillo y luego la sacó con violencia, esparciendo las monedas, arrojándolas hacia la mesa y por encima y todavía más allá, esparciéndolas, tintineantes, por el suelo, mientras él se acercaba y se dejaba caer sobre el banco sin respaldo frente al inglés y, con gesto voraz, se apoderaba de la botella de vino y de un vaso.

—Recoja su dinero —dijo Marya.

—Recójalo usted misma si no lo quiere ahí —dijo el otro, que, vertiendo el vino con violencia, llenó el vaso hasta rebosar y se lo llevó acto seguido a la boca.

—Déjalo ahora —intervino Marthe—. Dale su sopa —se había movido no para situarse por completo detrás del inglés sino más bien encima, las manos descansando la una en la otra, el severo rostro montañés, que hubiera sido enérgico y bien parecido si se tratara de un hombre, mirándolo desde lo alto mientras el de las muletas alcanzaba la botella y se servía, dejaba la botella y alzaba el vaso hasta que la estuvo mirando a través de él.

—A su salud, Madame —dijo.

—Pero ¿cómo lo supo? —preguntó Marthe—. ¿Cuándo lo conoció?

—Nunca. No lo vi nunca. Oí hablar de él, de ellos, cuando regresé al frente en el 16. Entonces me enteré de lo que estaba pasando, de manera que después de aquello no me fue necesario verlo..., sólo esperar y apartarme de su camino hasta que estuviera preparado para hacer lo que hacía falta hacer...

—Traiga la sopa —exigió con aspereza el hombre de la pluma—. ¿No les he

mostrado ya dinero suficiente para comprarles la casa entera?

—Sí —dijo Marya desde el fogón—. Tenga paciencia. No tardará mucho ya. Incluso lo recogeré por usted —les llevó los dos cuencos de sopa; el de la pluma no esperó siquiera a que dejara el suyo sobre la mesa, arrebatándose y devorando el contenido, mirando por encima del cuenco, con ojos muertos, furiosos, insultantes, mientras Marya se agachaba alrededor de sus pies y debajo y alrededor de la mesa, recogiendo las monedas esparcidas—. Sólo hay veintinueve —dijo—. Tendría que haber una más.

Todavía con el cuenco inclinado hacia la boca, el hombre de la pluma se sacó bruscamente otra moneda del bolsillo, golpeándola contra la mesa.

—¿Ya está satisfecha? —dijo—. Lléneme otra vez el cuenco.

Marya, volviendo junto al fogón, lo hizo así, y regresó con el cuenco lleno, mientras él, de nuevo, desenfrenado y violento, se vertía vino en el vaso.

—Coma usted —le dijo Marya al de las muletas.

—Gracias —respondió él, sin mirarla siquiera, los ojos fijos en la hermana alta e inexpresiva de pie sobre él—. Pero más o menos alrededor de entonces o durante aquel tiempo o en aquel momento o cuando fuera después de que despertase, me encontré en un hospital en Inglaterra, así que tuve que esperar a la primavera siguiente para lograr convencerlos de que me dejaran volver a Francia e ir a Chaulnesmont, hasta que por fin encontré al sargento mayor y él me explicó dónde encontrarlas. Aunque en otro tiempo eran ustedes tres. Había también una muchacha. ¿Su esposa? —la mujer alta se limitó a mirarlo desde arriba, fría, tranquila, absolutamente inescrutable—. ¿Su prometida, tal vez?

—Sí —dijo Marya—. Eso es: su prometida. Ésa es la palabra. Tómese la sopa.

—Iban a casarse —dijo Marthe—. Era una puta de Marsella.

—¿Perdón? —dijo el inglés.

—Pero entonces no lo era ya —dijo Marya—. Iba a aprender a ser la esposa de un granjero. Tómese la sopa antes de que se le enfríe.

—Claro —dijo el de las muletas—. Gracias —sin mirarla siquiera—. ¿Qué ha sido de ella?

—Volvió a casa.

—¿A casa? ¿Quiere usted decir que volvió al..., que regresó a Marsella?

—Al burdel —dijo la mujer alta—. Dígalo. Ustedes, los ingleses. Los americanos también. ¿Por qué vacila en francés con esa palabra, hablándolo tan bien como lo habla? La chica tiene que vivir —añadió.

—Gracias —dijo el inglés—. Pero podía haberse quedado aquí.

—Sí —dijo Marthe.

—Pero no lo hizo.

—No —respondió la mujer alta.

—No podía, compréndalo —dijo Marya—. Ha de mantener a una abuela muy entrada en años. A mí me parece admirable.

—También a mí —dijo el inglés, empuñando la cuchara.

—Eso está bien —dijo Marya—. Coma.

Pero el hombre de las muletas aún estaba mirando a la otra hermana, la cuchara detenida encima del cuenco. El de la pluma no esperó esta vez a que le sirvieran, sino que, pasando las piernas por encima del banco y con el cuenco en la mano, se dirigió hacia el fogón y lo introdujo, mano incluida, en la olla, regresando con el cuenco, que goteaba abundantemente, a la mesa, donde Marya había hecho un perfecto montoncito con las monedas y donde el inglés seguía mirando a la hermana alta, mientras le decía:

—Por entonces también usted tenía un marido.

—Murió aquel mismo verano.

—Ah —dijo el inglés—. ¿La guerra?

—La paz —dijo la mujer alta—. Cuando por fin lo dejaron volver a casa, la guerra se reanudó antes de que pudiera empezar a arar, por lo que probablemente decidió que no soportaría otra paz. Así que se murió. ¿Eso es todo? —añadió.

El inglés había cogido ya una cucharada de sopa, pero se detuvo de nuevo.

—¿Todo qué?

—¿Quiere algo más de nosotras? ¿Quiere que le enseñemos su tumba? —sólo dijo «su», pero todos entendieron a quién se refería—. Es decir, ¿el sitio donde creemos que estaba? —también el inglés se limitó a decir «su».

—¿Para qué? —preguntó—. Está acabado.

—¿Acabado? —dijo ella con voz áspera y severa.

—No es eso lo que ha querido decir, hermana —intervino Marya—. Tan sólo que nuestro hermano lo hizo lo mejor que pudo; que hizo todo lo que pudo y ahora ya no tiene que preocuparse más. Le basta y le sobra con descansar —se lo quedó mirando, serena, más allá de toda sorpresa y sin sentimentalismo—. A usted le gusta reír, ¿no es cierto?

El inglés así lo hizo, riendo con fuerza, de manera decidida y sin reservas de ninguna clase, abriendo para hacerlo el lado de la boca que aún era capaz de mover, mirándola, mirándolas a ambas, de hito en hito con su único ojo, sereno, tranquilo, sin sentimentalismos, y que también reía.

—También usted sabe reír —le dijo a Marya—, ¿verdad que sí?

—Por supuesto —dijo Marya—. Vamos, hermana. La medalla.

De manera que, una vez más en el camino, eran tres las condecoraciones que llevaba el inglés, en lugar de las dos que había traído: tres trocitos de simbólico bronce tallado que se balanceaban y relucían al extremo de tres cintas a rayas como las de los bastones de caramelo, brillantes como adornos para carnaval y vistosas

como puestas de sol sobre el delantero del astroso esmoquin mientras, frente a ellas, se ajustaba las dos muletas en las axilas; luego, con la mano que aún le quedaba, se quitó el deforme sombrero flexible para hacer con él un saludo amplio e invulnerable y se lo volvió a encajar en un ángulo gallardo y casi fanfarrón; a continuación se dio la vuelta, la única pierna una vez más fuerte y segura e incansable entre el igualmente incansable y rítmico ir y venir de las muletas. Pero en movimiento: avanzando por el camino hacia el lugar donde el hombre de la pluma y él habían aparecido, incluso aunque el progreso infinitesimal estuviera en total desproporción con el tremendo esfuerzo realizado. Se movió incansable y duradero y perseverante, disminuyendo cada vez más con la distancia hasta que, finalmente, perdió por completo toda apariencia de progreso y pareció inmovilizarse sobre el horizonte, en frenética agitación infructuosa, pero no abandonado: únicamente solitario, invenciblemente único. A la postre desapareció.

—Sí —dijo Marya—. Se mueve suficientemente deprisa. Llegará con tiempo de sobra —las dos se volvieron, aunque fue la hermana quien se detuvo, como si sólo entonces se hubiera acordado del otro, del individuo con la pluma, cuando Marya dijo —: Sí, claro, también él tendrá tiempo de sobra —porque ya no estaba en la casa: tan sólo la mesa manchada, el cuenco, y el vaso volcado, en el sitio donde había ensuciado y desperdiciado su alimento, la mancha del vino y de la sopa formando un charquito sobre el que descansaba, donde Marya lo había dejado, el perfecto montoncito de monedas; y allí siguió toda aquella tarde mientras la hermana alta volvía a los campos, para continuar la siembra, y Marya limpiaba la cocina y los platos sucios, secando cuidadosamente las monedas y amontonándolas de nuevo, pequeña pirámide que brillaba en sordina mientras caía la tarde, hasta que se hizo de noche y regresaron a la cocina y encendieron la lámpara y él se presentó bruscamente, alto y cadavérico detrás de la pluma raída, saliendo de las sombras, para decir con su áspera voz intolerante:

—¿Qué tienen en contra del dinero? Vamos. Cójnlo... —alzando de nuevo la mano para derribar las monedas, para arrojarlas al suelo, hasta que habló la hermana alta.

—Marya ya se las ha recogido una vez. No vuelva a tirarlas.

—Vamos. Cójnlo. ¿Por qué no quieren? Trabajé para ganarlo..., sudé por ese dinero..., el único que he ganado en mi vida honradamente. Lo hice sólo para eso: primero lo gané y luego me tomé el trabajo de encontrarlas y de dárselo, y ahora ustedes no quieren cogerlo. Vamos —pero ellas no hicieron más que mirarlo, ajenas y tranquilas, fría y tranquila una, la otra con su serenidad luminosa e implacable, hasta que, finalmente, el otro dijo con algo semejante al estupor—: De manera que no se lo van a quedar. Es su última palabra —y las miró un momento más, luego se inclinó sobre la mesa, recogió las monedas, se las metió en el bolsillo y, dándose la vuelta, se

dirigió hacia la puerta.

—Así es —dijo Marya con su voz serena e inexorable—. Se puede ir. Ya no está muy lejos. No tendrá que desesperarse mucho más tiempo —al oírla el otro se volvió, encuadrado durante un momento en la puerta, el rostro lívido e intolerante, en el que ya no quedaba más que la insolencia, con la larga pluma del sombrero, que nunca se había quitado, sobrepasando la horizontalidad del dintel como si realmente estuviera colgado de una cuerda, sobre el fondo vacío de la oscuridad primaveral. Un instante después también él había desaparecido.

—¿Has encerrado ya a los gansos? —preguntó Marthe.

—Naturalmente, hermana —respondió Marya.

* * *

El día era gris, aunque el año no lo fuese. De hecho, el tiempo mismo no había sido gris desde aquel día, seis años atrás, cuando el héroe muerto —a quien habían venido a rendir el último homenaje las multitudes que, silenciosas y descubiertas, se alineaban a los dos lados de los Campos Elíseos, desde la plaza de la Concordia hasta el Arco de Triunfo, así como los dignatarios, modestamente a pie, que componían el cortejo— hiciera desaparecer toda sombra del rostro de la Europa Occidental y, en realidad, del mundo occidental. Tan sólo el día era gris, como si se tratara de un fúnebre homenaje para honrar a aquel a quien Francia debía (y seguiría debiendo siempre) el derecho y el privilegio de afligirse en paz, sin miedo ni inquietud.

Yacía en su espléndido féretro, en uniforme de gala, con todas sus condecoraciones (aunque las auténticas, las que le habían colgado del pecho el Presidente de la República y los reyes y presidentes de las naciones aliadas cuyos ejércitos había conducido a la victoria, estuvieran en los Inválidos, y las que iban a volver con él a la tierra no fuesen más que copias), el bastón de su mariscalato descansando sobre el pecho bajo las manos unidas, sobre un armón de artillería tirado por caballos engualdrapados y emplumados en negro, y bajo la bandera a la que, a su vez, y en su momento más desesperado, había aportado el esplendor de una nueva gloria; tras él, al paso lento y rítmico del cortejo, seguían los abanderados con los estandartes de otras naciones sobre cuyos ejércitos había tenido el mando supremo.

Pero las banderas no iban las primeras, porque inmediatamente detrás del armón caminaba (más bien se tambaleaba, sin llevar el paso, como ensimismado y olvidado de todo) el viejo asistente que lo había sobrevivido, con el uniforme y el casco de acero todavía inmaculado y virgen de la guerra, el fusil nunca utilizado que le colgaba a la funerala del hombro curvado y que seguía estando tan resplandeciente, gracias a un cuidado tierno y meticuloso, como si se tratara de un cucharón para servir a la mesa, un atizador o un candelabro. El anciano asistente, la cabeza ligeramente inclinada, llevaba sobre un cojín de terciopelo negro el sable enfundado

del mariscal, como un acólito entrado en años podría transportar un fragmento de la Cruz o las cenizas de un santo. A continuación seguían dos sargentos de caballería que llevaban de las riendas el corcel del difunto, también engualdrapado en negro, las botas con espuelas colgadas boca abajo de los estribos; y sólo a continuación las banderas y los tambores enfundados; los uniformes con banda de crespón negro de los generales de todas las categorías; las capas, las mitras y los roquetes de la Iglesia y los trajes oscuros y los humildes sombreros de seda de los embajadores; todos avanzando bajo el día gris y luctuoso al compás del redoble amortiguado de los tambores y de los lejanos disparos, minuto a minuto, del gran cañón situado en algún lugar en la dirección del Fuerte de Vincennes, sobre la larga y triste avenida, entre las banderas, respetuosamente a media asta, de muchos países, en un cortejo y según un ceremonial a la vez marcial y pagano: el jefe muerto, el esclavo, el corcel, las condecoraciones símbolo de su gloria y las armas con las que las había conquistado, y al que escoltaban, hasta la tierra de donde había salido, los barones vasallos de su feudo y de su magnificencia: príncipes y cardenales, soldados y hombres de Estado, herederos presuntos de los reinos e imperios, los embajadores y representantes personales de las repúblicas, y, entrando a raudales detrás de la última hilera de espléndidos personajes, la multitud misma, humilde y anónima, escoltándolo, protegiéndolo, acompañándolo hasta lo alto de la avenida, como en una marcha para el sacrificio o la hoguera, hasta el lugar donde el Arco gigantesco, sereno, triunfante y eterno coronaba la subida.

El monumento, invencible, impasible, hecho para durar eternamente, no porque fuera de piedra, ni tampoco por sus armoniosas proporciones, sino por su simbolismo, puesto que coronaba la ciudad, elevándose hacia el cielo gris y melancólico; en el suelo de mármol, exactamente debajo del centro de la altísima bóveda, y sobre el sueño eterno de los huesos anónimos traídos cinco años antes del campo de batalla de Verdún, ardía la llama perpetua: el cortejo siguió avanzando hacia el Arco, la multitud dividiéndose en silencio, humildemente, tras él, para extenderse por ambos lados y rodear y encerrar aquel monumento sagrado y consagrado, hasta que el cortejo mismo se detuvo finalmente, cambiando ligeramente de sitio, removiéndose un poco, para cumplir el silencioso protocolo, y tan sólo el armón continuó su movimiento para detenerse delante del Arco y de la llama, y no quedó más que el silencio, el día luctuoso y, a cada minuto, el sordo retumbar del cañón lejano.

Entonces un hombre se adelantó de entre los príncipes y los prelados y los generales y los hombres de Estado, también él con uniforme de gala y cubierto de condecoraciones; el primer hombre de Francia: poeta, filósofo, estadista, patriota y orador, y se detuvo, con la cabeza descubierta, delante del féretro, mientras el cañón distante señalaba sordamente la caída de otro minuto en la eternidad. Luego dijo:

—Mariscal.

Pero sólo le respondió el día, y el cañón lejano para marcar una medida más de su himno fúnebremente reglamentado. Luego el orador habló de nuevo, alzando más la voz, imperiosa, aunque no para ordenar, sino para suplicar:

—¡Mariscal!

Pero tampoco consiguió más respuesta que el himno fúnebre del día, el himno fúnebre de la Francia victoriosa en duelo, el himno fúnebre de Europa y también el del otro lado del mar, desde lugares donde los hombres habían podido guardar el uniforme con que los condujera hacia la paz, a través del dolor, aquel que ahora yacía tumbado bajo la bandera sobre el armón, e incluso desde todavía más lejos, desde lugares donde personas que no habían oído nunca pronunciar su nombre ignoraban incluso que le debían la libertad; y la voz del orador resonó de nuevo hasta el infinito en un eco doloroso para que, por todas partes, los seres humanos pudieran oírlo:

—¡Así está usted bien, soldado ilustre! ¡Descanse para siempre con el rostro vuelto hacia el este, para que los enemigos de Francia lo vean y sepan a qué atenerse!

En aquel momento se produjo entre la multitud que ocupaba uno de los laterales un brusco movimiento, una oleada; pudieron verse los quepis, las esclavinas y los bastones alzados de los policías dirigiéndose hacia el lugar del alboroto. Pero antes de que pudieran alcanzarlo, algo surgió de repente de entre la multitud: no un hombre sino una cicatriz en movimiento, que avanzaba en línea recta sobre muletas, que no tenía más que un brazo y una pierna, mientras todo un lado de la cabeza descubierta era tan sólo una quemadura sin cabello, ni ojo, ni oreja, y que vestía un mugriento esmoquin de cuyo delantero izquierdo colgaban, de cintas semejantes a la enseña de una barbería, una *Military Cross* británica, una *Distinguished Conduct Medal* y una *Médaille Militaire* francesa: esta última, probablemente, fue la causa de que la multitud, francesa en su inmensa mayoría, no se atreviera a impedirle salir de entre sus filas y que incluso a continuación tampoco se atreviera a sujetarlo y a obligarlo a retroceder, mientras que, con aquel espantoso contoneo, con aquel penoso y traqueteante paso de animal que tienen los seres humanos que caminan con muletas, el mutilado salía de la multitud y penetraba en el espacio vacío que rodeaba el Arco, hasta que, por fin, también él se encontró delante del armón de artillería. Luego se detuvo y, sujetándose las muletas bajo las axilas, rodeó con su única mano la condecoración francesa que llevaba al pecho, gritando igualmente con voz alta y sonora:

—¡Escúcheme también a mí, mariscal! ¡Esto es suyo: tómelo! —procediendo a arrancar, a desgarrar de su mugriento esmoquin la medalla que era su talismán protector; luego alzó el brazo, llevándolo hacia atrás para lanzarla. Sabía sin duda lo que iba a sucederle tan pronto como se desprendiera de la medalla y estaba dispuesto a afrontarlo; con la condecoración todavía suspendida de la mano levantada, se

detuvo incluso, se volvió para mirar a la multitud que parecía estar casi a punto de saltar ya, tirando de la correa a la espera del momento en que renunciara a su inmunidad, y se echó a reír, no con una carcajada triunfal, tan sólo indomable, con el único lado de su rostro destrozado que era capaz de reír; luego se volvió de nuevo y arrojó la condecoración sobre el armón, su voz resonando de nuevo en el aire horrorizado mientras la multitud se abalanzaba sobre él—. También usted contribuyó a hundir la antorcha del ser humano en ese crepúsculo que provocará su desaparición; he aquí sus epitafios: «No pasarán». «Mi país, con razón o sin ella.» «Aquí hay un rincón que es para siempre Inglaterra...»

Después se apoderaron de él. Desapareció como bajo una ola, una marea de cabezas y hombros por encima de la cual surgió de repente una de las muletas del lisiado empuñada por una mano que lo hubiera golpeado con ella si la policía (docenas de agentes ya, que venían de todas partes) no se la hubiese arrebatado; otros policías se dieron la mano para formar rápidamente un cordón de seguridad, obligando poco a poco a retroceder a la multitud, mientras que, ceremonial y solemnidad definitivamente perdidos, se oían los silbatos de los responsables del orden, y hasta el maestro mismo de ceremonias empuñó las riendas de los caballos que tiraban del armón y les hizo dar media vuelta, gritando al conductor «¡Adelante!», al tiempo que el resto del cortejo se amontonaba sin orden, olvidado igualmente el protocolo, a medida que todas aquellas personas apresuraban el paso, detrás del armón, casi en verdadera mezcolanza, como si realmente huyeran del escenario de una catástrofe.

El responsable de todo el alboroto yacía para entonces en el arroyo de un callejón sin salida, lugar adonde lo habían llevado los dos policías que lo rescataran antes de que la turbamulta desencadenada lograra acabar con él; estaba tendido de espaldas, inconsciente, una expresión de completa serenidad en el rostro, un hilillo de sangre en la comisura de la boca, y los dos agentes de pie a su lado, si bien, una vez calmada la indignación, sus simples uniformes parecían ya contención suficiente para los indignados ciudadanos que los habían seguido y que formaban un círculo en torno suyo, contemplando el rostro inconsciente y sereno.

—¿Quién es? —preguntó una voz.

—Lo conocemos bien —dijo uno de los policías—. Es inglés. Hemos tenido problemas con él desde que terminó la guerra; no es la primera vez que ha insultado a nuestro país y ha avergonzado al suyo.

—Quizá se muera esta vez —dijo otra voz. Luego el hombre tumbado en el arroyo abrió los ojos y se echó a reír, o lo intentó, atragantándose al principio, y, trataba de torcer la cabeza, como para sacarse de la boca y de la garganta lo que le ahogaba, cuando otro individuo se abrió paso entre la multitud y se le acercó: un anciano, un gigante demacrado de rostro enfermo y agotado, de ojos ávidos y

apasionados por encima de un canoso bigote militar, que llevaba un abrigo negro muy usado con tres diminutos distintivos descoloridos en la solapa, se arrodilló junto al inglés, le pasó un brazo por detrás de la cabeza y de los hombros, lo incorporó y le hizo volver ligeramente la cabeza hasta que consiguió escupir la sangre y los dientes rotos y pudo hablar. O reír, más bien, que fue lo que hizo en primer lugar, descansando como en una cuna en el brazo del anciano, sin dejar de reír en dirección al círculo de rostros que lo rodeaba, para luego hablar también él en francés:

—Es cierto —dijo—. Temblad. No me voy a morir. Nunca.

—Yo no estoy riendo —dijo el anciano inclinado sobre él—. Lo que ve son lágrimas.

Diciembre, 1944

Oxford - Nueva York - Princeton

Noviembre, 1953



WILLIAM FAULKNER nació en Oxford (Mississippi) en 1897 y murió en 1962. Su primera novela, *La paga de los soldados*, es de 1926. Luego, tras una breve estancia en Europa, publicó *Mosquitos* (1927), *Sartoris* (1929, Alfaguara, 2010, primera novela de la saga ambientada en el condado ficticio de Yoknapatawpha), *El ruido y la furia* (1929; Alfaguara, 1987), *Mientras agonizo* (1930), *Santuario* (1931; Alfaguara, 1980), *Luz de agosto* (1932; Alfaguara, 1991), *Pilón* (1935; Alfaguara, 2002), *¡Absalón, Absalón!* (1936), *Los invictos* (1938), *Las palmeras salvajes* (1939), *El villorrio* (1940; Alfaguara, 1987), *Intruso en el polvo* (1948; Alfaguara, 2012), *Réquiem por una monja* (1951), *Una fábula* (Premio Pulitzer 1954; Alfaguara, 1999), *La ciudad* (1957; Alfaguara, 1988), *La mansión* (1960; Alfaguara, 1990, 2012) y *La escapada* (1962; Alfaguara, 1997), que aparece poco antes de su muerte y por la que recibe nuevamente el Premio Pulitzer. Además de las novelas mencionadas y de su enorme producción cuentística, recogida en *Cuentos reunidos* (Alfaguara, 2009), colaboró en varios guiones cinematográficos y publicó también ensayos, poemas, obras teatrales y cartas, reunidas en el presente volumen. En 1950 recibió el Premio Nobel de Literatura.

Notas

[1] Royal Air Force (N del T.)<<

[2] Royal Flying Corps. (N. del T.)<<

[3] Regimiento de caballería al servicio del soberano británico. (N. del T.)<<

[4] Héroe de una balada incluida en el poema narrativo *Marmion*, 1808, de Walter Scott. (N. del T.)<<

[5] The Black Hole, celda de un fuerte de Calcuta, de unos 5 metros de largo por 4 de ancho, adonde, en la noche del 20 de junio de 1756, Siray al-Dawla, último nabab rey de Bengala, en su lucha por la independencia de su país contra la presencia británica, hizo arrojar a 146 prisioneros ingleses, de los que 123 perecieron de calor y falta de aire antes del amanecer. (N. del T.)<<